

José Aldazábal

Enséñame tus caminos 8

Domingos ciclo A



dossiers CPL 104

JOSÉ ALDAZÁBAL

ENSÉÑAME TUS CAMINOS

8

LOS DOMINGOS DEL CICLO A

Dossiers CPL, 104
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

No está permitida la reproducción pública total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento sin la autorización escrita de la editorial.

Primera edición: septiembre del 2004

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica
ISBN: 84-9805-006-5
D.L.: B - 39.749 - 2004
Imprime: JNP

SUMARIO

Introducción	9
Mateo, el evangelista del año	11
ADVIENTO	13
Domingo 1 de Adviento	17
Domingo 2 de Adviento	24
La Inmaculada Concepción. 8 de diciembre.....	30
Domingo 3 de Adviento	36
Domingo 4 de Adviento	43
NAVIDAD	49
Misa vespertina de la Vigilia	55
La Natividad del Señor. 25 de diciembre	59
Misa de medianoche. Misa de la aurora. Misa del día	
La Sagrada Familia	70
Santa María Madre de Dios. 1 de enero	77
Domingo 2 de Navidad	82
Epifanía del Señor. 6 de enero	87
Bautismo del Señor	93

CUARESMA	101
Domingo 1 de Cuaresma	108
Domingo 2 de Cuaresma	116
Domingo 3 de Cuaresma	122
Domingo 4 de Cuaresma	128
Domingo 5 de Cuaresma	134
Domingo de Ramos en la Pasión del Señor	140
TRIDUO PASCUAL	147
Jueves Santo. Misa vespertina	152
Viernes Santo: celebración de la Pasión	160
Domingo de Pascua: la Vigilia Pascual	167
CINCUNETENA PASCUAL	177
Domingo 1 de Pascua	184
Domingo 2 de Pascua	192
Domingo 3 de Pascua	200
Domingo 4 de Pascua	207
Domingo 5 de Pascua	214
Domingo 6 de Pascua	221
Domingo 7 de Pascua: la Ascensión del Señor	227
Domingo de Pentecostés	234
TIEMPO ORDINARIO	243
Domingo 2 del Tiempo Ordinario	253
Domingo 3 del Tiempo Ordinario	259
Domingo 4 del Tiempo Ordinario	266
Domingo 5 del Tiempo Ordinario	273
Domingo 6 del Tiempo Ordinario	280
Domingo 7 del Tiempo Ordinario	287
Domingo 8 del Tiempo Ordinario	296
Domingo 9 del Tiempo Ordinario	304

Domingo 10 del Tiempo Ordinario	311
Domingo 11 del Tiempo Ordinario	319
Domingo 12 del Tiempo Ordinario	327
Domingo 13 del Tiempo Ordinario	332
Domingo 14 del Tiempo Ordinario	339
Domingo 15 del Tiempo Ordinario	346
Domingo 16 del Tiempo Ordinario	353
Domingo 17 del Tiempo Ordinario	361
Domingo 18 del Tiempo Ordinario	367
Domingo 19 del Tiempo Ordinario	373
Domingo 20 del Tiempo Ordinario	380
Domingo 21 del Tiempo Ordinario	386
Domingo 22 del Tiempo Ordinario	394
Domingo 23 del Tiempo Ordinario	400
Domingo 24 del Tiempo Ordinario	410
Domingo 25 del Tiempo Ordinario	418
Domingo 26 del Tiempo Ordinario	425
Domingo 27 del Tiempo Ordinario	432
Domingo 28 del Tiempo Ordinario	438
Domingo 29 del Tiempo Ordinario	447
Domingo 30 del Tiempo Ordinario	453
Domingo 31 del Tiempo Ordinario	459
Domingo 32 del Tiempo Ordinario	466
Domingo 33 del Tiempo Ordinario	474
Domingo 34: Jesucristo, Rey del Universo	480
Santísima Trinidad: domingo siguiente a Pentecostés	486
Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo: domingo siguiente a la Trinidad	492
La Asunción de Nuestra Señora. 15 de agosto	500
Festividad de Todos los Santos. 1 de noviembre	505

INTRODUCCIÓN

Entre los años 1995 y 1998 publiqué siete volúmenes con el título común de “Enséñame tus caminos”, con unas reflexiones a modo de meditación de la Palabra de Dios, sobre las lecturas bíblicas de cada día.

Seis de ellos están dedicados a los días feriales de todo el año, y el último a las fiestas de los Santos que tienen lecturas propias. Todos ellos han tenido ya varias ediciones.

Últimamente, bastantes personas me han pedido que continúe la “serie” también para los domingos. Por eso he decidido añadir tres volúmenes a esta colección.

Apareció ya el volumen 10 de esta serie, con los domingos del ciclo C, que tiene a Lucas como evangelista del año. Ahora publicamos el correspondiente al ciclo A, que sigue a Mateo como evangelista propio.

Hay otra publicación, la *Misa Dominical*, de este mismo Centro, que constituye una ayuda bastante más completa para la animación de las misas dominicales y también para la preparación de la homilía, con sus “Orientaciones para la Celebración”, “Notas exegéticas” y “Proyecto de homilía”, junto con las moniciones y cantos que se proponen. Además, “Misa Dominical” ofrece a lo largo del año, en sus 16 envíos, con hojas amarillas, verdes y azules, abundante material de formación litúrgica y orientaciones pastorales, tanto para los pastores y equipos litúrgicos, como para los mismos fieles.

La intención de este volumen es bastante más modesta. Por ejemplo, no ofrece “orientaciones para la celebración” ni consejos pastorales, ni moniciones, ni

sugerencias de cantos. Sólo pretende ofrecer reflexiones de tipo espiritual, a modo de meditación personal sobre los textos bíblicos del día.

La Palabra de Dios nos interpela continuamente, ante todo a cada uno de nosotros, y luego, si tenemos que realizar el ministerio de la homilía, la reflexión que hayamos hecho nosotros mismos, enfrentados a la Palabra, puede ser que nos facilite también la ayuda a los demás.

Con esta intención ofrezco las siguientes páginas.

MATEO, EL EVANGELISTA DEL AÑO

Cada uno de los tres años o ciclos en que se ha organizado el actual Leccionario dominical, leemos a uno de los evangelistas sinópticos (a Juan lo leemos cada año en los tiempos fuertes). En los domingos de este año A proclamamos en una lectura semicontinuada el evangelio de san Mateo.

Este evangelio, aunque no es el primer escrito del Nuevo Testamento (algunas cartas de Pablo son anteriores), ni siquiera el primer evangelio (seguramente el de Marcos es anterior), desde muy antiguo ha sido considerado como el evangelio más completo y comentado y se puede decir que es el que ha ejercido mayor influencia, sobre todo en la teología eclesial.

Cada evangelista da un color distinto al relato que hace de las obras y los dichos de Jesús, desde su infancia o aparición en la vida pública hasta su muerte y resurrección. Mateo depende mucho de Marcos y Lucas, pero da a su escrito una personalidad propia. Como es imposible leer todo un evangelio en los domingos de un año, se han seleccionado, en el Leccionario del ciclo A, aquellos pasajes que son más propios de Mateo, y que no se repiten en otros evangelistas.

a) Mateo se distingue porque en su evangelio *abundan más las palabras que los hechos*, aunque también leemos algunos de sus milagros. O sea, da importancia a la enseñanza de Jesús.

Estos dichos de Jesús los organiza Mateo en cinco grandes “discursos”, que agrupan temáticamente las enseñanzas del Maestro. Cada uno de estos discursos o sermones acaba en Mateo con la fórmula: “cuando Jesús terminó estas palabras...”:

el sermón de la montaña o carta magna del Reino (cc. 5-7),
 el discurso de la misión, con las recomendaciones a los mensajeros del Reino (c. 10),
 las parábolas del Reino (c. 13),

la exhortación sobre la vida de la comunidad, sobre todo para sus dirigentes (c. 19),
 el discurso escatológico: con la exhortación a la vigilancia mientras el Reino actual nos prepara para el futuro (cc. 24-25).

b) También se puede ver cómo todo el evangelio de Mateo está como enmarcado por *dos grandes afirmaciones o confesiones cristológicas*: él es “el Dios con nosotros” (1,23), el Señor resucitado que afirma: “yo estoy con vosotros” (28,20). El Dios-con-nosotros, el Hijo de Dios, predica e inaugura el Reino de Dios y envía a sus discípulos a predicar y hacer crecer este Reino, y les promete su presencia y su ayuda en esa misión.

c) Otra característica de Mateo son *las abundantes citas del Antiguo Testamento*, bastantes de las cuales no se encuentran en los otros evangelios. La razón de ser de esta insistencia es que Mateo quiere demostrar una y otra vez que Jesús cumple las promesas del AT, como el Mesías anunciado por los profetas: “esto sucedió para que se cumpliera lo que estaba escrito...”. Jerusalén ha sido ya destruida, seguramente, cuando escribe Mateo, pero él quiere presentar la nueva etapa de la historia que se ha iniciado en Jesús, y que ahora es la Iglesia la que se establece en el mundo como el nuevo Israel. Se podría decir que el hilo conductor de Mateo es “Jesús, Mesías de Israel y Señor de la Iglesia”.

d) Mateo habla de *la Iglesia* más que ningún otro evangelista. La Iglesia es el nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios. Desde los primeros siglos fue considerado el de Mateo como el “evangelio de la Iglesia” o “el evangelio del Reino”. El Reino de Dios que Jesús anuncia, que será definitivo en la escatología, ya ha empezado aquí abajo: en la Iglesia, al menos como proyecto y programa que se ha inaugurado en Jesús y que seguirá creciendo y madurando hasta el final de los tiempos. Dentro de ella tiene particular relieve en este evangelio la figura de Pedro. Pero es el Señor Jesús, el Resucitado, el que está siempre presente a su comunidad como su Señor y su Maestro. Mateo narra los hechos históricos pensando en la comunidad que le escucha y le lee ahora, la comunidad postpascual.

e) Mateo tiene pasajes muy propios, como la genealogía de Jesús (c. 1), los relatos de su infancia, con un protagonismo notorio de José y las escenas de los magos y los inocentes (cc. 1-2), algunas de las parábolas, el primado de Pedro (c. 16), la escenificación del juicio final (c. 25) y la fórmula trinitaria del bautismo (c. 28) etc.

ADVIENTO

Como introducción histórica y ambientación espiritual para este tiempo del Adviento, puede ayudar la que contiene el Dossier de las ferias:

Enséñame tus caminos. 1. Adviento y Navidad día tras día. Comentarios al Leccionario ferial (=Dossiers CPL 67) CPL, Barcelona 2003, 6ª ed., en pp. 9-14.

Otros libros que pueden ayudar son:

* *Celebrar la venida del Señor* (=Dossiers CPL 44) CPL, Barcelona 1999, 3ª ed., 110 págs.

* *Adviento y Navidad. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 92) CPL, Barcelona 2001, 158 págs. (con disquete). Por ejemplo, en págs. 14-21, el comentario a los cuatro prefacios del Adviento.

* J. Castellano, *El año litúrgico, memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (= Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., pp. 63-120: "la celebración de la manifestación del Señor".

* J. Lligadas, *Adviento: el Señor viene* (= Emaús 1) CPL, Barcelona 1992, 2ª ed., 68 págs.

* J. Lligadas, *Adviento y Navidad en Isaías* (=Emaús 21) CPL, Barcelona 1996, 72 págs.

En el Dossier 67 se ofrecía el comentario a las lecturas de las *ferias* de este tiempo. En el presente, se completa con los cuatro *domingos* de Adviento y la solemnidad de la Inmaculada, así como de las fiestas del tiempo de la Navidad. Para la solemnidad de la Virgen de Guadalupe (12 de diciembre), cf. el Dossier 80: *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, Barcelona 1999, 2ª ed.

DOMINGOS DE ADVIENTO

Domingo 1

Is 2,1-5 El Señor reúne a todas las naciones en la paz eterna
del Reino de Dios
Rm 13,11-14a Nuestra salvación está cerca
Mt 24, 37-44 Estad en vela para estar preparados

Domingo 2

Is 11,1-10 Juzgará a los pobres con justicia
Rm 15,4-9 Cristo salva a todos los hombres
Mt 3, 1-12 Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos

Inmaculada Concepción de Santa María Virgen

Gn 3,9-15.20 Establezco hostilidades entre tu stirpe y la de la mujer
Ef 1, 3-6.11-12 Nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo
Lc 1,26-38 Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo

Domingo 3

Is 35,1-6a.10 Dios viene en persona y os salvará
St 5, 7-10 Manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca
Mt 11,2-11 ¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?

Domingo 4

Is 7, 10-14 Mirad: la virgen está encinta
Rm 1, 1-7 Jesucristo, de la stirpe de David, Hijo de Dios
Mt 1,18-24 Jesús nacerá de María, desposada con José, hijo de David

DOMINGO 1 DE ADVIENTO

—I—

Empieza un nuevo año cristiano

Hoy empezamos los cristianos un nuevo año litúrgico. Y lo hacemos con una convocatoria que nos resulta conocida y nueva a la vez: somos invitados a celebrar, en un único y progresivo movimiento, el Adviento, la Navidad y la Epifanía. Desde hoy hasta el día del Bautismo del Señor, el domingo siguiente a la Epifanía, van a ser unas seis semanas de “tiempo fuerte” en que celebramos la misma Buena Noticia: la venida del Señor. Las tres palabras –Adviento, Navidad y Epifanía, o sea, venida, nacimiento y manifestación– apuntan a lo mismo: que Cristo Jesús se ha querido hacer presente en nuestra historia para comunicarnos su salvación.

Cuando todos están hablando de las últimas semanas del año, nosotros hablamos de las primeras. Y se notará por las lecturas y las oraciones, así como la ambientación especial de las iglesias y por el repertorio de los cantos. También por las velas de la “corona de Adviento”, que se encienden sucesivamente a lo largo de este tiempo inicial del Adviento.

Isaías 2,1-5. *El Señor reúne a todas las naciones
en la paz eterna del Reino de Dios*

El profeta que más veces oiremos en este tiempo de Adviento y Navidad como primera lectura (diez de las catorce que hay) es Isaías.

La página de hoy es universalista y esperanzadora por demás: el profeta ve a judíos y paganos acudiendo gozosos al monte de Sión, Jerusalén, que será como un faro que guía a los viajeros y donde esperan que Dios les enseñe su ley y les instruya en sus caminos: “caminemos a la luz del Señor”.

Allí encontrarán todos la deseada paz. Son hermosas las comparaciones tomadas de la vida del campo: las espadas se convertirán en arados; las lanzas, en hoces o podaderas. O sea, lo que está pensado para la guerra se convierte en instrumento de trabajo y de paz. Porque no tiene que haber ya guerras.

Por eso *el salmo* es el famoso canto de alegría de los peregrinos que acuden a Jerusalén: “qué alegría cuando me dijeron...”. En Jerusalén encuentran paz y seguridad.

Romanos 13,11-14a. *Nuestra salvación está cerca*

Pablo no fundó la comunidad cristiana de Roma, pero tenía buena información de ella y le dedicó (hacia el año 58) una de sus cartas más importantes. La ciudad de Roma, capital del imperio, es la meta que Pablo imagina como centro de la evangelización del mundo.

En la página de hoy les dirige una advertencia urgente: tienen que “espabilarse” y estar en vela. El motivo es que la salvación está cerca, la noche está para acabar y ya apunta el día. Tienen que vivir, no según las obras de las tinieblas, sino según las de la luz. Eso significa también “revestirse de Cristo”, que nos lleva a un estilo de vida que no sigue la oscuridad de la noche, sino la luz del día.

Mateo 24,37-44. *Estad en vela para estar preparados*

Leemos hoy un fragmento del “discurso escatológico” de Mateo, que ocupa los capítulos 24 y 25. Mateo escribe con dos claves superpuestas: la destrucción de Jerusalén, que ya ha sucedido cuando él escribe, y el anuncio del final de los tiempos, que tal vez los de su generación consideraban inminente, pero cuya fecha claramente dice Jesús que no sabe nadie, sino sólo Dios.

Jesús invita a estar despiertos, mantenerse en vela, preparados ante la venida del Hijo del Hombre. Lo hace con dos comparaciones muy sencillas. Una, de la historia del AT: en tiempos de Noé, muchos no supieron estar atentos a los signos de los tiempos (la lluvia y la inundación que se les echaban encima) y perecieron. Y otra, tomada de la vida cotidiana: el ladrón vendrá a desvalijar una casa cuando menos se le espera. Hará bien el dueño de la casa en estar preparado para que eso no suceda.

-II-

Suena el despertador

Tanto las palabras de Isaías y las de Pablo como, sobre todo, las de Jesús, nos invitan a la vigilancia, a estar despiertos y atentos, preparados en todo momento, porque la venida del Señor a nuestra vida sucede en los momentos más inesperados: “estad en vela, que no sabéis qué día vendrá vuestro Señor”. Lo que decía Isaías a la “casa de Jacob”, al pueblo israelita, nos lo dice hoy a nosotros: “Iglesia de Jesús, ven, caminemos a la luz del Señor”.

Pablo nos advierte que “es hora de espabilarse”, “el día se echa encima”. Los que están dormidos, distraídos, satisfechos de las cosas de este mundo, no esperan a ningún salvador. Y corren el peligro de perder otra vez la ocasión: la cercanía del Señor, que siempre está viniendo a nuestras vidas para llenarnos de su salvación.

Jesús pone el ejemplo de lo que pasó en tiempos de Noé: sólo una familia supo darse cuenta de lo que se les venía encima. Los que no supieron estar atentos, quedaron anegados por las aguas de la tremenda inundación. También pone la comparación de la “visita” de un ladrón, que no avisa. En otros momentos del evangelio de Mateo, Jesús pone otras comparaciones exhortando a esta misma vigilancia: los siervos que no saben cuándo volverá su amo (24, 45ss.), las diez muchachas que esperan entrar a la fiesta de boda (25, 1ss.), los talentos prestados que hay que hacer fructificar (25, 14ss). Siempre es igual la lección: no sabemos el momento ni la hora en que llegará el momento decisivo. Hay que estar preparados. Con la casa en orden. Con aceite en las lámparas.

El Adviento no es tanto cuestión de calendario –unas semanas de preparación a la Navidad–, sino una actitud espiritual que debe durar todo el año y que en estos días intensificamos de un modo especial: la actitud de atención, de vigilancia, de espera activa. Como la Pascua no es un espacio de siete semanas, sino una convicción que nos mueve todo el año, aunque en esa cincuentena la celebremos con mayor intensidad.

Suena el despertador, pero ¿nos dejamos despertar? ¿o seguimos durmiendo, haciendo ver que no lo hemos oído?

Esperar y acoger a Cristo Jesús en nuestra vida

Los cristianos centramos nuestra mirada en una Persona viva, presente ya, que se llama Cristo Jesús. Cristo es la respuesta de Dios a los deseos y las preguntas de la humanidad. No nos va a salvar la política o la economía o los adelantos de nuestra ciencia o nuestra técnica. Es Cristo quien da sentido a nuestra vida y la abre a sus verdaderos valores, no sólo los de este mundo.

Cristo ya vino, hace dos mil años, después de siglos de espera en que lo fueron anunciando los profetas. Pero estas profecías no se han cumplido todavía del todo. Isaías prometía la venida del Salvador para todos los pueblos, un Salvador que nos enseñaría la verdad (“nos instruirá en sus caminos”) y nos traería la paz (“no alzaré la espada pueblo contra pueblo”). Pero la venida de Jesús, que recordaremos de un modo entrañable en la próxima Navidad, no fue un hecho aislado y completo, sino la inauguración de un proceso histórico que está en marcha.

Precisamente porque vino, los cristianos seguimos esperando y trabajando activamente para que la obra que Jesús empezó llegue a su cumplimiento, y que su Buena Noticia alcance a todos los hombres, que penetre en nuestras vidas, la de cada uno de nosotros y la de toda la sociedad. La obra salvadora de Jesús se inauguró en la Navidad primera pero sigue creciendo y madurando hasta el final de los tiempos: en este Adviento tenemos que abrirnos a él y estar atentos a su presencia.

No estamos esperando un nacimiento que ya sucedió, ni creemos que esté próximo el fin del mundo. Lo que esperamos y trabajamos por conseguir es

la venida de Dios a nuestras vidas hoy, este año, en la celebración litúrgica de la Navidad, y en toda nuestra vida, con la mejora de nuestra existencia y de la sociedad. Así como el pasado, la Navidad de Belén, sigue estando presente en nuestra vida, también lo está ya el futuro: el Reino que inauguró Jesús ya está aquí. Lo que somos invitados es a mantenernos despiertos y saberlo descubrir y acogerle en nuestro pequeño mundo.

Uno de los signos de esta venida será, según el profeta, la paz: ya no se levantarán las espadas en son de guerra. Ahora diría que no se fabricarán ni lanzarán misiles nucleares un pueblo contra otro.

En la *oración colecta* de hoy pedimos a Dios que “avive en sus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras”. En la *oración sobre las ofrendas* deseamos que “esta eucaristía que celebramos ahora en nuestra vida mortal sea para nosotros prenda de salvación eterna”. Y en la *poscomunión*, que sepamos “ya en nuestra vida mortal descubrir el valor de los bienes eternos y poner en ellos nuestro corazón”.

Vivir despiertos y en la luz

Lo que se opone a la esencia del Adviento es seguir “dormidos”, cerrados a los valores principales de la vida, que son los que Dios nos propone.

En tiempo de Noé la gente comía, bebía, se casaba, se dedicaba a sus ocupaciones. Y no anduvieron muy despiertos para ver lo que venía. Pablo nos habla de algunas cosas que nos impiden ver que ya amanece el día: comilonas, borracheras, lujuria y desenfreno, y también riñas y pendencias.

Todo eso son “obras de la noche”, que nos hacen vivir en tinieblas. Los cristianos debemos vivir en la luz, “revestidos” de Cristo Jesús. Todo eso son cosas inmediatas, preocupaciones materiales, pero nosotros, además, debemos tener en cuenta los valores espirituales y a largo plazo.

Que podamos decir que en nuestra vida la luz está venciendo a la oscuridad, la paz a la violencia, la verdad a la mentira. Que también después de Misa sigamos viviendo el Adviento: trabajando por un poco más de paz y de justicia y de esperanza a nuestro alrededor, dando testimonio de nuestra fe en nuestro ambiente.

Es así como podemos decir que vivimos vigilantes y atentos a Dios. Ya que no sabemos el día ni la hora de nuestros encuentros con él, y sobre todo de nuestro encuentro final, en la hora de nuestra muerte, es fundamental que ninguno de estos momentos intermedios nos encuentre desprevenidos o distraídos en mil ocupaciones no importantes. El que está siempre preparado es el que mejor puede esperar con confianza los acontecimientos importantes. El que está siempre preparado no tiene miedo a cuándo llegará el final. En una carrera ciclista, no se sabe cuándo atacará el adversario. Puede ser que los alumnos no sepan cuándo va a anunciar el profesor una evaluación parcial. Pero los corredores o los estudiantes que están vigilantes no le temen a ese momento decisivo.

Invitación a la utopía

Cuando leemos en este Adviento páginas optimistas del profeta sobre los tiempos mesiánicos, no deberíamos fácilmente tacharlas de utópicas o irrealizables. No son una descripción de lo ya conseguido, sino anuncio del proyecto de Dios, del programa que él nos ofrece y del que ha mostrado su inicio y eficacia en su enviado, Cristo Jesús.

Nos conviene mirar hacia delante con ilusión, con confianza. Tenemos derecho a soñar, como sigue soñando Dios con unos cielos nuevos y una tierra nueva. Dios no pierde la esperanza. Tampoco nosotros la deberíamos perder. El Adviento es una invitación a la utopía. A buscar nuevas fronteras.

El Adviento no nos puede dejar indiferentes. Nos hace mirar con atención a nuestro Dios, que es siempre Dios-con-nosotros. Esa mirada y esa convicción nos hacen vivir con confianza y alegría interior. Navidad es algo más que compras y reuniones familiares y vacaciones. Es alegría y esperanza y actitud de vigilancia y compromiso de mejorar este mundo en el que vivimos. El Adviento es una puerta abierta al futuro. No ha terminado la historia de la salvación, sino que apenas ha comenzado.

¿Esperamos de veras algo o a alguien? ¿o hacemos ver como que esperamos, porque toca, porque cada año leemos páginas de estos profetas y cantamos cantos de Adviento y Navidad? ¿sabemos interpretar los signos de los tiempos, o sea, los acontecimientos personales e históricos que van sucediendo, viendo en ellos pasos adelante o atrás en la “utopía de Dios”?

No es una amenaza, sino una promesa

El final no se anuncia como una catástrofe, sobre todo para los que estén preparados. Sí, se habla del diluvio que sorprendió a los contemporáneos de Noé, y del ladrón que puede venir en cualquier momento, y de la distinta suerte de las personas: una será llevada y otra dejada.

Pero la intención de Jesús no es ciertamente la de meternos angustia en el cuerpo, sino asegurarnos su venida, su cercanía –“vendrá vuestro Salvador, el Hijo del Hombre”–, y avisarnos que hemos de estar preparados, porque es real la triste posibilidad de que el ladrón o la inundación nos pillen desprevenidos. También las otras lecturas nos transmiten, no angustia, sino alegría y esperanza: “nos instruirá en sus caminos” (Isaías), “la salvación está más cerca, el día se echa encima” (Pablo). Eso sí, nos avisan de la exigencia de esta Buena Noticia: “es hora de espabilarse... dejemos las actividades de las tinieblas y armémonos de las armas de la luz” (Pablo), “venid, caminemos a la luz del Señor” (Isaías).

La Eucaristía que celebramos, escuchando la Palabra de Dios y recibiendo en la comunión a Cristo Jesús, alimento de vida, es la mejor manera de dar consistencia a lo que luego se debe ver en nuestra actuación: que estamos atentos a ese Dios que es Dios-con-nosotros.

DOMINGO 2 DE ADVIENTO



Juan, un profeta recio y de voz potente

Iniciamos la segunda semana de Adviento, todavía con la mirada puesta en el horizonte escatológico, el final de los tiempos. Los prefacios I y III nos orientan en esa dirección.

En este domingo escuchamos, no sólo a Isaías, sino ahora también a Juan, el Bautista, personaje importante en los cuatro evangelios, como profeta recio, consecuente, que sabe estar en su sitio de precursor del Mesías y que hace oír su voz en el desierto de Judá, más allá del Jordán, preparando los caminos del Señor. Juan morirá mártir, porque su voz de denuncia estorbaba a los poderosos de la época.

Isaías 11, 1-10. Juzgará a los pobres con justicia

Sigue Isaías con su tono poético y hasta idílico. Con comparaciones tomadas de la vida rural, que, aunque no conozcamos muy de cerca, podemos entender todos, el profeta anuncia que del tronco viejo, ya casi seco, de Jesé —el padre de David, y por tanto, símbolo de la dinastía principal de Israel— brotará un renuevo, un vástago verde, como prueba de que sigue viva la historia del pueblo elegido, a pesar de sus actuales circunstancias calamitosas en el destierro.

A ese vástago, que pronto los israelitas identificaron con el futuro Mesías, le llenará de sus dones el Espíritu. Sobre todo, será un juez justo y traerá la paz a la nación. Esta paz la describe expresivamente Isaías con la imagen de un lobo pastando junto con un cordero, y una vaca con un oso, y unos niños jugando tranquilamente con las serpientes. Y la ciencia del Señor inundará a su pueblo, que se convertirá también en señal de salvación para otros pueblos.

El *salmo* parece como el programa de gobierno de un rey justo, que procura a su pueblo la rectitud y la justicia, que consigue para todos la paz y que, sobre todo, se cuidará de los pobres y afligidos.

Romanos 15, 4-9. Cristo salva a todos los hombres

Como el domingo pasado, la 2ª lectura es de la carta a los Romanos, en su apartado exhortativo final, donde Pablo invita a sus lectores a mantener la esperanza con paciencia, acogiendo el consuelo que proviene de Dios.

Pero, además, les exhorta vivamente a que estén de acuerdo entre ellos, como buenos cristianos, a que se acojan mutuamente como Cristo nos ha acogido a todos: a los judíos y a los paganos.

Mateo 3, 1-12. Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos

Después de los capítulos que Mateo dedica a la infancia de Jesús, habla por primera vez de Juan el Bautista, que proclama valientemente el mensaje que Dios le encomienda: “convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos”. A todos les exhorta a preparar los caminos al Señor que viene a bautizar, no en agua, como él, sino en Espíritu y fuego. En efecto, muchas personas oyen su voz y se dejan bautizar por él, confesando sus pecados. Lo que come Juan, según el evangelio de hoy, saltamontes y miel silvestre, era algo común en las gentes sencillas que viven en el campo.

Pero increpa duramente —como hará más tarde Jesús— a los fariseos y otros dirigentes de la sociedad, reprochándoles que, fiados en su pertenencia a Abrahán según la raza, no dan los frutos que Dios pide de ellos. Por eso van a caer en el juicio que se avecina, porque —otra comparación de la vida del campo— el hacha ya está preparada para talar los árboles inútiles.

-II-

Convertíos, porque está cerca el Reino

El mensaje del Adviento, con la cercanía de la Navidad, la fiesta del Dios-con-nosotros, es fundamentalmente mensaje de alegría y esperanza. Pero no hay nada más exigente que el amor y la fiesta. Por eso escuchamos hoy llamadas claras a una seria preparación.

La llamada del Bautista no era sólo para sus contemporáneos que le escuchaban. Su voz nos alcanza hoy a nosotros. Y es siempre actual su mensaje: “convertíos, porque está cerca del Reino de los Cielos”. Haciendo tuyas las palabras que ya había proclamado Isaías, Juan nos urge a que preparemos y allanemos los caminos del Señor.

La conversión no significa algo superficial, unas prácticas más o menos clásicas de oración o de ayuno. La palabra correspondiente en griego es “metánoia”, que significa “cambio de mentalidad”. Para convertirnos, no hace falta que seamos grandes pecadores. A todos nosotros, desde nuestra existencia concreta, que puede ser sencillamente de pereza, tibieza o dejadez, se nos pide que en vísperas de la Navidad, nos convirtamos, que reorientemos nuestra vida, para poder celebrar bien la venida del Señor.

Juan bautizaba “en agua”, y el agua es un buen símbolo de purificación y limpieza. Pero anunció que venía otro detrás que convocaría a un bautismo “en Espíritu y fuego”. El Espíritu, como viento recio de Dios, penetra en lo más profundo. Y el fuego no sólo purifica: lo hace quemando lo que está mal. Quiere producir un cambio profundo en nuestra vida.

Se trata, no de decir palabras bonitas, sino de dar frutos, de hacer las obras de Dios. Los fariseos tenían palabras muy bonitas. Eran cumplidores, no faltaban a ninguna de las leyes. Pero no eran verdaderos hijos de Abrahán, no imitaban su fe y su obediencia al plan de Dios. Como diría más tarde Jesús, no se salva quien dice “Señor, Señor”, sino “el que cumple la voluntad de Dios”.

Los fariseos, y nosotros también si les imitamos, eran árboles secos, que no daban frutos, y por eso iban a ser cortados por el hacha que ya estaba

preparada. Tampoco nosotros podemos quedar tranquilos, fiados falsamente en nuestra condición de cristianos, o de “personas buenas”: tenemos que imitar en nuestras vidas el estilo de actuación de Cristo Jesús.

La acogida mutua, signo de un buen Adviento

Entre lo que podríamos llamar “las obras del Adviento” que hoy nos propone la Palabra, como signos de nuestra conversión, está, ante todo, la alabanza a Dios: “para que unánimes alabéis al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo” (Pablo).

Pero también hay una dirección horizontal: la paz, la acogida mutua, la práctica de la justicia. En este Adviento y en esta Navidad tendríamos que crecer en paz, en armonía, en convivencia humana y cristiana. Para que se cumpla este año mejor que el pasado lo que hemos dicho en el salmo: “que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente”.

¿Es posible que el lobo y el cordero sean amigos? Pues Isaías nos lo propone como modelo de lo que debería pasar en los “tiempos mesiánicos”, en los que nosotros ya estamos. Unos animales domésticos que pacen tranquilamente con otros animales salvajes. Detrás de la metáfora, que no es difícil de entender, podemos pensar nosotros que será buen Adviento el de este año si entre nosotros progresa esta convivencia pacífica entre los miembros de una misma familia, o entre los jóvenes y los mayores, o entre los ricos y los pobres, o entre los obreros y los empresarios, o entre personas de diversa raza y religión... Se puede resumir el idílico cuadro del profeta con su afirmación de que “nadie hará daño a nadie”.

Pablo, hablando ya más directamente de la vida de una comunidad cristiana, también nos urge a la acogida mutua. El modelo que nos propone es muy significativo: “acogeos mutuamente como Cristo os acogió para gloria de Dios... Cristo se hizo servidor de los judíos... y acoge a los gentiles”. También nosotros tendríamos que admitir en nuestra buena voluntad a los de carácter diferente, a los que no nos resultan naturalmente simpáticos. Una de las señales más creíbles de que el plan de Dios sigue adelante es si sabemos ser este año un poco más abiertos a los demás, sobre todo a los inmigrantes y a los pobres y a los que más lo necesitan, empezando por nuestra propia familia.

Invitación a seguir soñando

Parece inalcanzable el listón que nos ofrecen las lecturas bíblicas. ¿Es posible que de un tronco seco brote un renuevo vigoroso? Y sin embargo, el profeta nos lo anuncia como factible, como el programa que persigue Dios. Parece como si Isaías soñara con la vuelta al paraíso terrenal del Génesis.

¿Es posible mantener la esperanza en el mundo de hoy? Y sin embargo Pablo nos dice que las Escrituras se han escrito para que “entre nuestra paciencia y el consuelo que viene de Dios mantengamos la esperanza”.

Hay un salmo, el 125, que nos hace decir que “cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas...”. También nosotros podemos pensar que la Iglesia no tiene remedio, y que la juventud no acabará de entrar en los valores cristianos, y que la humanidad va a la ruina. Pero ¿qué derecho tenemos a perder los ánimos, si no los pierde Dios? ¿quiénes somos nosotros para desesperar de esta nuestra generación o de la juventud o de la Iglesia?

El Adviento no es una ficción: ese sería el caso si esperáramos un acontecimiento que ya pasó. Lo que esperamos es que lo que empezó en Belén siga adelante, madure y crezca.

¡Venga a nosotros tu Reino!

Tenemos que entrar en la dinámica del Adviento. No esperamos sólo la Navidad. No esperamos como inminente el fin del mundo. Lo que sí esperamos, y trabajamos para conseguirlo, es que el Reino venga de veras a nosotros, a nuestra existencia personal y comunitaria.

Por eso repetimos en el Padrenuestro, que nos enseñó Jesús, la petición “venga a nosotros tu Reino”.

El Reino ya vino. Ya está presente y vendrá al final de los tiempos en plenitud. Pero, mientras tanto, tiene que ir entrando en nuestra vida. Porque nunca lo acabamos de admitir en nosotros y abrirle nuestras puertas. Está en la Iglesia y en la Eucaristía y en la Palabra. Pero está también en las per-

sonas y los acontecimientos: porque Dios se nos manifiesta –si lo queremos reconocer– de mil maneras en nuestra vida de cada día.

El Adviento es una postura dinámica, activa. Le pedimos a Dios, en la *oración colecta*, que no permita que nos distraiga de nuestro camino ninguna tentación de las que nos salen al paso: “que cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo...”. En la *poscomunión* le pedimos que la Eucaristía que celebramos nos ayude a recentrar continuamente nuestro camino con discernimiento y lucidez para ver dónde están los verdaderos valores: “por la comunión de tu sacramento, nos des sabiduría para sopesar los bienes de la tierra amando intensamente los del cielo”.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

—I—

La fiesta del comienzo absoluto

La fiesta de la Inmaculada no desdice, ciertamente, del clima del Adviento. Estamos celebrando la venida del Hijo de Dios. Él va a ser el protagonista de nuestra fe y de nuestra alabanza. Pero también recordamos que Dios puso junto a Cristo a su Madre, la que le esperó, la que le dio a luz, la que le mostró a los demás.

La fiesta de la Inmaculada surgió en el Oriente hacia los siglos VII-VIII, y luego se extendió rápidamente también por el Occidente. El año 1854 el papa Pío IX declaró dogma de fe que María, por singular privilegio, fue preservada de toda mancha de pecado ya desde el momento de su concepción.

No es un “paréntesis” en el Adviento. En la Madre empieza a realizarse el misterio de la encarnación del Hijo. Es la fiesta del comienzo absoluto, como la Asunción podría llamarse la fiesta del final, de la plenitud pascual cumplida también en la Madre del Salvador. En ambos casos, el comienzo y el final, María aparece como modelo y figura de lo que es el destino de toda la comunidad eclesial. Como dijo el papa Pablo VI en su *Marialis Cultus*, hoy es una fiesta “en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical a la venida del Salvador y el feliz comienzo de la Iglesia, hermosa, sin mancha ni arruga”.

La fiesta principal de este mes no es esta, sino la Navidad. Y la novena o el

triduo de esta fiesta no tienen que restar ritmo al Adviento y a la auténtica “novena”, que son los días del 17 al 24 de diciembre, en la preparación inmediata de la Natividad.

Génesis 3, 9-15.20. *Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer*

El primer libro de la Biblia cuenta de un modo poético y popular el origen del mundo y de la humanidad. Lo principal que quiere afirmar es que el inicio de todo, del cosmos y de la familia humana, es idea e iniciativa de Dios.

Hoy leemos las consecuencias del primer pecado de la humanidad, que ha quedado “herida” y ha perdido el equilibrio y armonía iniciales. Es vivo y expresivo el diálogo: Adán echa la culpa a Eva; Eva, a la serpiente; y la serpiente recibe de Dios el “castigo” de tener que arrastrarse por tierra. El Génesis interpreta como consecuencia del pecado y castigo de Dios lo que sucede de negativo en la vida natural: que el hombre tenga que ganar el pan con el sudor de su frente, que la mujer sufra dolores en el parto y que la serpiente sea un animal que se arrastra por tierra.

Pero Dios no cierra del todo la puerta: ya en el momento de la primera caída, anuncia la salvación: “establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya”. Aparece una “mujer” en el horizonte de la salvación, María, la que va a ser en verdad “madre de los vivientes”, porque obedeció a Dios, no como Eva, que le desobedeció.

El *salmo* está lleno de júbilo: “cantad al Señor un cántico nuevo... aclamad al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad”.

Efesios 1, 3-6.11-12. *Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo*

Éfeso es una ciudad del Asia Menor, en la actual Turquía, y Pablo dedicó mucho tiempo y cuidados a la comunidad cristiana que él había fundado allí. Hoy leemos el comienzo de la carta que les escribió desde la cárcel en Roma hacia el año 62.

Es un himno lleno de entusiasmo en donde se muestra la iniciativa de Dios en la historia de la salvación y nuestra respuesta de alabanza. Bendecimos a Dios porque él nos ha bendecido con toda clase de bendiciones. Las dos direcciones, la descendente y la ascendente, se encuentran y recapitulan “en la persona de Cristo”. La bendición que nos ha hecho Dios es que nos ha destinado a ser sus hijos, santos e irrepachables, herederos con Cristo Jesús.

Con este “himno” de Pablo da comienzo el Catecismo de la Iglesia su segunda parte, la dedicada a la “celebración del Misterio de Cristo”, bajo la clave de la bendición que nos viene de Dios y la que nosotros le dedicamos en nuestro culto (cf. CCE 1077). Es un himno que rezamos cada semana en la celebración de Vísperas, y lo volveremos a leer en la Eucaristía del domingo II de la Navidad.

Lucas 1, 26-38. Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo

La escena de la anunciación a María, una de las más hermosas y significativas del evangelio, la leemos varias veces al año, pero siempre nos parece expresiva e interpelante para nosotros, como un símbolo del diálogo de Dios con la humanidad en la historia de la salvación.

La iniciativa es de Dios, que actúa por su Espíritu y envía como Salvador a su Hijo, Jesús. Pero esta iniciativa de Dios encuentra la respuesta de una humilde jovencita de Israel, que ha sido la elegida, la llena de gracia, que se muestra plenamente abierta a la Palabra y disponible para la misión encomendada, y que así, sin saberlo ella, se convierte en la representante de todas las personas que tanto en el AT como en el NT han sabido responder “sí” a Dios: “hágase en mí según tu palabra”.

—II—

La primera salvada por la Pascua de Cristo

Dios la eligió antes de que naciera, antes de que ella pudiera presentar sus méritos. El Génesis nos ha dicho que desde el inicio del mundo ya pensó

Dios en “la mujer” y en su “descendencia”, como promesa de salvación y de perdón del primer pecado. “Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída. Este pasaje del Génesis ha sido llamado *Protoevangelio*, por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de esta” (CCE 410).

En verdad Dios “ha hecho grandes obras en ella”, como dice María en el *Magnificat*. En previsión de la Pascua de su Hijo, Dios llenó de gracia a la Madre: “preparaste a tu Hijo una digna morada”, “en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado” (oración colecta), “la preservaste limpia de toda mancha” (ofrendas), el pecado “del que fue preservada de modo singular” la Inmaculada Virgen (poscomunión); “preservaste a la Virgen María de toda mancha de pecado original”, “purísima había de ser la Virgen que nos diera el Cordero inocente que quita el pecado del mundo” (prefacio).

María es el primer fruto de la Pascua de Jesús. Pablo no la nombra cuando en su himno describe la bendición que nos ha venido de Dios y la bendición que nosotros le elevamos como respuesta. Pero todos sabemos que, si Dios nos ha “bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en Cristo”, a María de Nazaret le ha alcanzado antes que a nadie la alegría mesiánica que Dios ha preparado para la humanidad. Y también la primera que supo bendecirle, con el *Magnificat*, desde su fe gozosa.

La mujer que supo decir “sí” a Dios

Al “sí” absoluto y gratuito de Dios a María —“por pura iniciativa suya”, como ha dicho Pablo—, y en ella a la humanidad entera, respondió ella con su “sí”, que también se puede decir que es el “sí” de todos nosotros.

Aquí se empieza a dibujar el admirable retrato de esta humilde mujer que luego, a lo largo de su vida, seguirá contestando a Dios “sí”, “hágase en mí”, en otras circunstancias más difíciles. Su “sí” hace perfecto eco a la actitud de Cristo en su encarnación: “vengo a hacer tu voluntad”. El anuncio del ángel y el “amén” de María no evitaron que luego, en su vida, tuviera ella

dificultades y oscuridades. Pero fue fiel. Hasta llegar a la escena cumbre de la Madre que se mantiene presente, recia, silenciosa, pero creyente, al pie de la cruz donde está muriendo injustamente su Hijo.

Por eso se nos presenta como la mejor maestra para todos los que en la historia han dicho y siguen diciendo “sí” a Dios: personas que probablemente no lo veían todo claro, que pasaban por dificultades, pero se fiaron de Dios y dijeron con decisión, como María, “hágase en mí según tu palabra”.

Fiesta de la Iglesia entera

La fiesta de hoy se puede decir que es también la fiesta de todos nosotros. María aparece como la primicia de toda la comunidad. La primera salvada por la Pascua de Cristo. La primera discípula de Cristo. La primera cristiana. La figura y el resumen de todo lo que la Iglesia quiere ser. Dirigiéndole nuestro canto podemos decirle una vez más: “tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de nuestra raza”.

Incluso se puede decir que en ella encuentra motivo de alegría toda la humanidad. No somos tan malos, cuando uno de nosotros, de nuestra raza, ha sido objeto de la bendición gratuita de Dios y ha sabido responder con elegancia espiritual a su plan de salvación.

En el *prefacio* de hoy se alaba a Dios, no sólo porque en María preparó una “digna Madre para su Hijo”, sino también porque quiso que ella fuera “comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura”.

Como Adán llamó a su mujer “Eva”, que significa “madre de los vivientes”, así María es la nueva Eva, y la podemos mirar como modelo de fe, motivo de esperanza, madre de los vivientes, porque nos dio a Cristo y ella misma acogió con gozo la salvación que su Hijo traía a la humanidad. Hoy nos alegramos porque intuimos cuál es también para todos nosotros el plan de salvación de Dios, que ha empezado a cumplir en la Virgen. En ella ha quedado beneficiada toda la humanidad. Todos estamos destinados a la misma salvación que le fue concedida a María.

También nosotros decimos nuestro “sí” a Dios

Hoy nos alegramos con razón de cómo Dios actuó con la Virgen María, llenándola de su gracia y preparándola para ser la Madre del Mesías. De que la eligiera a ella para hacerse Dios-con-nosotros y todos fuéramos bendecidos.

Pero también somos invitados a sacar una consecuencia personal de este misterio: se nos pide una vida santa, irreprochable, vida propia de hijos y herederos. Esta fiesta nos interpela para que también nosotros, desde nuestra vida, sepamos imitar la respuesta de María. Si es la fiesta del “sí” de Dios y del “sí” de María, debe ser también la fiesta y el compromiso de nuestro “sí”. Y así como de la confluencia de las dos actitudes de Dios y de María, por obra del Espíritu, sucedió la encarnación salvadora de Jesús, de nuestro sí a Dios brotará, por obra del Espíritu, también nuestra colaboración en la salvación del mundo.

María, la nueva Eva, la que aceptó para su vida el plan salvador de Dios, es nuestro mejor modelo para nuestra vivencia del Adviento y de la Navidad. Ya lleva dos mil años la comunidad cristiana colaborando en la salvación del mundo, sintiéndose impulsada a trabajar en la construcción del Reino de Dios y dispuesta a que se vuelva a encarnar en cada uno de nosotros el amor salvador de Dios.

Nosotros no aspiramos al privilegio de María desde la concepción. Pero sí pedimos participar en la lucha contra el mal, que sigue abierta a pesar de la victoria radical de Cristo. Pedimos a Dios “llegar a ti limpios de todas nuestras culpas” (oración colecta), “guárdanos también a nosotros, limpios de todo pecado” (ofrendas), y que la Eucaristía que celebramos “repare en nosotros los efectos del pecado” (poscomunión).

Es fácil decir “amén” en el momento de la comunión. Es bastante más difícil repetir ese “amén” en los diversos momentos, también los difíciles y oscuros, de nuestra vida.

DOMINGO 3 DE ADVIENTO

—I—

El domingo “Gaudete”

Este domingo ha sido llamado desde hace siglos domingo “Gaudete”, que es la primera palabra latina de la antífona de entrada (tomada, a su vez, de la carta de Pablo a los Filipenses): “Gaudete in Domino semper... Estad siempre alegres, alegraos”.

La consigna de la alegría, característica del Adviento, se repite hoy en la 1ª lectura: “el desierto y el yermo se regocijarán, se alegrarán el páramo y la estepa... se alegrará con gozo y alegría... vendrá a Sión con cánticos, alegría perpetua, gozo y alegría: pena y aflicción se alejarán”.

En la oración colecta pedimos a Dios que, ya que “su pueblo espera con fe la fiesta del nacimiento de su Hijo”, nos conceda “llegar a la Navidad, fiesta de gozo y salvación, y poder celebrarla con alegría desbordante”.

En un mundo con tantos quebraderos de cabeza, no está mal que los cristianos escuchemos esta voz profética que nos invita a la esperanza y a la alegría, basadas en la buena noticia de que Dios ha querido entrar en nuestra historia para siempre. Hoy escuchamos nosotros con mayor convicción la promesa del profeta: “mirad a vuestro Dios... viene en persona y os salvará”.

Isaías 35,1-6a.10. *Dios viene en persona y os salvará*

Leemos una página de Isaías llena de optimismo, poética, con comparaciones tomadas del mundo del campo y de la vida humana.

Anuncia a su pueblo —que está sufriendo la calamidad del destierro— la vuelta gozosa a la patria, hablándoles de un desierto que florece, de unas manos débiles y unas rodillas vacilantes que Dios quiere que se robustezcan, de unos cobardes que deben recobrar ánimos. El motivo es claro: “mirad a vuestro Dios... viene en persona y os salvará”. El plan de Dios es de alegría y liberación total. Si antes agradecían los israelitas a Dios su liberación de Egipto —el “éxodo”—, ahora van a tener un motivo aún más glorioso para alegrarse porque les van a hacer volver del destierro de Babilonia.

El *salmo* dirige a Dios una súplica muy confiada, porque “el Señor mantiene su fidelidad” y está siempre dispuesto a hacer justicia a los oprimidos, curar a los ciegos y sustentar al huérfano y a la viuda. El salmista acentúa la “opción preferencial” de Dios por los pobres.

Santiago 5,7-10. *Manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca*

Santiago invita a sus lectores a tener paciencia ante la venida del Señor, que los de aquella generación esperaban tal vez como algo inminente, y a ser constantes en su vida de fe, sin cansarse de ser buenos.

Les pone la comparación con el labrador, que también sabe tener paciencia para que el campo dé sus frutos a su tiempo. Es verdad que siempre se puede decir que “la venida del Señor está cerca... y el juez a la puerta”, pero hay que tener paciencia. Como la tuvieron los profetas del AT, que anunciaron unos tiempos que tampoco llegaron en seguida.

Mateo 11,2-11. *¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?*

Juan el Bautista vuelve a ser protagonista del evangelio de hoy. Desde su cárcel —la fortaleza de Maqueronte, en el desierto— envía mensajeros que pregunten a Jesús si es el Mesías o han de esperar a otro. Importa poco que

no se pongan de acuerdo los intérpretes del evangelio en si esta pregunta era “pedagógica”, para que los discípulos se convencieran por sí mismos, al ver cómo se cumplían en Jesús los signos prometidos por Isaías, o bien se debía a las dudas que el mismo Juan pudo haber tenido, sobre todo si esperaba un Mesías más decidido y enérgico.

Jesús, después de contestar a esos mensajeros, hace delante de todos una alabanza de Juan que parece una auténtica “canonización”. Juan es un profeta y más que un profeta, no precisamente una caña agitada por el viento ni una persona que busca comodidades y ropas y casas de lujo: es el mayor de los nacidos de mujer. Tampoco aquí se ponen los comentaristas de acuerdo respecto al sentido de la frase que sigue, de que “el más pequeño en el Reino de los Cielos es más grande que él”: ¿puede indicar que Juan pertenece todavía al AT y no ha penetrado la puerta del NT?, ¿o bien, que Juan es también miembro del Reino y eso es lo que le hace más grande, no tanto su carácter de profeta? ¿lo presenta como el último del AT o el primero del NT? En este segundo caso sería como cuando Jesús dijo, ante el que alababa a su madre, que son más importantes los que cumplen la Palabra de Dios: cosa que, ciertamente, hizo mejor que ninguno precisamente su madre.

-II-

¡Ánimo, no tengáis miedo!

Es bueno que suene un pregón como el de Isaías también en nuestro tiempo. Lo necesitamos, porque tanto en la vida personal como en la comunitaria puede ser que nuestra historia no sea demasiado gloriosa.

¿Puede alegrarse un desierto y convertirse en un jardín? ¿puede alegrarse el que va caminando, arrastrando sus pies cansados, sediento, por el desierto? Para Isaías, sí. Él, acentuando poéticamente el cambio que Dios quiere obrar, no sólo dice que los cojos caminarán, sino que saltarán; y que los mudos no sólo hablarán, sino cantarán. ¿También para nosotros es esto posible? ¿o hemos perdido ya la esperanza? ¿creemos de veras en que Dios es un Dios

cercano, el Dios-con-nosotros, sobre todo desde la venida de Cristo a nuestra historia? Y si lo creemos, ¿por qué ponemos la cara que ponemos?

También ahora Dios quiere “fortalecer las manos débiles y robustecer las rodillas vacilantes”. A todos nos pueden llegar días de flaqueza e impotencia. El Adviento y la Navidad nos quieren asegurar que Dios está cerca y que es médico y buen pastor. Por si acaso tenemos la tentación del desánimo, va para nosotros, en la Navidad de este año, la palabra de Dios: “decid a los cobardes de corazón: sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que viene en persona y os salvará”.

Dios quiere que los mudos vuelvan a recobrar el habla y que los prisioneros alcancen la libertad y los que están tristes se llenen de alegría.

La paciencia de los labradores y de los profetas

También Santiago nos ha invitado a no perder la esperanza. Nos ha puesto dos modelos de “paciencia”: el labrador que deja que la tierra siga sus tiempos y sus ritmos, sin impacientarse; y los profetas del AT, que anunciaban de parte de Dios la salvación a su pueblo, pero no siempre la veían con sus ojos a corto plazo.

El labrador no se asusta si llueve o hace nieve, porque comprende que son cosas que pueden ser incluso beneficiosas para el campo. Ni se extraña de que haga viento, porque puede contribuir a fortalecer sus plantas. Ni pierde la compostura si no ve crecer el trigo todo lo rápidamente que él desearía. Tiene paciencia. Eso sí: su paciencia no es pasiva ni inactiva. Ha preparado el terreno, ha sembrado, ha regado, ha arrancado las malas hierbas: y entonces, sí, “tiene paciencia”.

Los profetas también podían caer en la tentación de las prisas y de los resultados a corto plazo: la venida inmediata del Salvador que anunciaban. Pero supieron también tener paciencia. Y no dejaron de anunciar y esperar, aunque no vieran claro ni palparan con sus manos los resultados de su misión.

Cosa que no pasaba, por ejemplo, a algunos discípulos de Jesús, que perdieron la compostura cuando un pueblo de Samaría no les recibió, y querían hacer bajar fuego del cielo para castigar a sus habitantes. O, como los labradores

de la parábola, que querían arrancar ya inmediatamente la cizaña, aunque corrieran el peligro de arrancar también el trigo. Jesús tuvo que invitar a la paciencia. *Cada cosa tiene su tiempo.*

Los cristianos de las primeras generaciones tal vez corrieron el peligro de desanimarse o impacientarse porque la vuelta gloriosa del Señor, que habían creído inminente, no acababa de suceder. Nosotros también quisiéramos recoger los frutos de nuestro trabajo a corto plazo. Quisiéramos que ese mundo nuevo, rico en paz y justicia, lo pudiéramos ya palpar con nuestros ojos. La Palabra de Dios nos enseña la paciencia también a nosotros. Para que sigamos trabajando, pero sin angustias ni precipitación.

Las obras del Mesías

Llama la atención la correspondencia perfecta entre el anuncio de Isaías en la lectura primera y la respuesta de Jesús en la tercera. Las “obras del Mesías” son las que van a atestiguar que es en verdad el enviado de Dios. Jesús mismo cita a Isaías para demostrar que ha venido a cumplir sus anuncios proféticos.

La señal de que han empezado los tiempos definitivos es que ya se producen los cambios anunciados: Cristo cura, libera, resucita. Como había anunciado el profeta, los que veían cómo Jesús devolvía la vista a los ciegos, el oído a los sordos y la vida a los muertos, los que le oían anunciar la Buena Nueva a los pobres, podían deducir claramente que él era el Mesías anunciado, el Liberador de todos los males. ¡Cuántas manos débiles y cuántas rodillas vacilantes fortaleció él con sus palabras y sus hechos!

Los “signos” que había anunciado Isaías y que cumplía en efecto Jesús, están muy relacionados con las bienaventuranzas del sermón de la montaña a favor de los pobres, los que lloran, los que son perseguidos. Jesús hizo otras muchas cosas, y más sublimes desde el punto de vista teológico o cúltilo. Pero los signos de su mesianismo son su atención a los débiles y a los pobres.

Jesús expresó su deseo de que nadie se escandalice en él: o sea, que no se vea frustrado porque el Mesías llega con unas características –por ejemplo, con humildad y suavidad, con predilección por los pobres y los que sufren– distintas de las que muchos esperaban en Israel.

Las obras de nuestro Adviento

Los mismos “signos del Mesías” que caracterizaban a Jesús de Nazaret, son los que tendrían que caracterizar hoy a sus seguidores, a su Iglesia. Ahora a Cristo no le vemos ni le oímos en nuestras calles, él ya no cura directamente a los enfermos ni anima a los cobardes. Pero su comunidad sí hace lo mismo: esta familia cristiana o esta comunidad de religiosas, o este cristiano sencillo, pero valiente, trabajan para que haya más esperanza en el mundo y para que se vayan curando heridas y miedos.

Los cristianos no haremos milagros, como Jesús. Pero sí podemos echar una mano a los desanimados y transmitirles un poco de esperanza. Los mejores signos no son las palabras hermosas ni los sistemas teológicos admirables ni los cantos y los ritos con que celebramos la Navidad. Donde reconocerán nuestros contemporáneos que está presente el Señor, que es en verdad Dios-con-nosotros, es en nuestras obras. En las mismas obras que hacía Jesús.

Si a nuestro alrededor –en el ambiente concreto de cada uno de nosotros– algunos recobran la vista y caminan animados y vuelven a oír; si en nuestro ambiente hay un poco más de paz y tolerancia, de justicia y de acogida de los más pobres, entonces sí que se podrá decir que Dios está viniendo y que se va cumpliendo ya el programa optimista de su Reino. Si gracias a nuestra colaboración algo mejora en esta sociedad, entonces sí que se está estableciendo el Reino de Dios. Si los pobres pueden oír con esperanza la Buena Nueva de la salvación, porque la ven en nuestras obras de cercanía y misericordia, no ha sido inútil el anuncio de Isaías y la venida del Mesías hace dos mil años.

¿Qué va a cambiar estos días en nuestra familia, en la comunidad religiosa, en la parroquia? ¿va a crecer la ilusión, la esperanza, la colaboración sincera, la mano tendida? ¿o nuestra fe y nuestra celebración de la Navidad va a quedar encerrada sólo en nuestros momentos de iglesia? De palabras y discursos ya estamos saturados. Hacen falta obras visibles. Cambios de estilo en la vida, con mayor paz y convivencia y solidaridad.

Con alegría pero con las obras del Reino

El domingo tercero de Adviento nos proclama la alegría, a pesar del largo camino por el desierto que podamos estar pasando como personas o como comunidad eclesial o como humanidad. Las lecturas nos aseguran que en Cristo Jesús Dios ha salido ya al encuentro de todos nuestros males y se dispone a curarlos.

Pero a la vez, las lecturas nos urgen a dar pasos eficaces hacia el Reino: trabajando para que en la Navidad de este año crezca la paz, la justicia y la misericordia en torno nuestro. Este mundo tiene remedio. “Ánimo. No tengáis miedo”.

Nos invitan a no rendirnos, a no desesperar. A pesar de los retrasos que podamos creer que existen en la venida del Reino, y de las oscuridades y fracasos que nos puedan tentar al desánimo. Hoy es un domingo para crecer en alegría y confianza. Los tiempos mesiánicos empezaron hace dos mil años, siguen vivos en infinidad de signos que suceden a nuestro alrededor, si los sabemos ver: en tantos actos de amor y sacrificio, tanta solidaridad humana, tantos esfuerzos por la paz y la justicia. Pero todavía queda todo un programa por realizar. Nosotros somos los colaboradores de Cristo para que este año su Reino dé un decidido paso adelante.

Navidad se acerca con fuerza, al menos en los planes de Dios. Él quiere transformar, consolar, cambiar, curar. Si cada uno de nosotros pone su granito de arena, la venida del Señor será más clara y experimentable en medio de este mundo, y la Navidad habrá valido la pena. La sociedad será más fraterna; la Iglesia, más gozosa; las parroquias más vivas; cada persona, más llena de esperanza. Dios quiere una Iglesia valiente para emprender caminos, para echar mano a tareas, para colaborar en el cambio de este mundo según los planes de Dios.

DOMINGO 4 DE ADVIENTO

—I—

¿Un domingo “mariano”?

El IV domingo de Adviento tiene —cada año con lecturas distintas— un claro color mariano. Es como el prelude de la Natividad del Señor, que ya está cerca. En este ciclo A, el evangelio es la anunciación a José y la preparación inmediata del nacimiento de Jesús; en el B, la anunciación a María; y en el C, la visita de María a su prima Isabel.

El recuerdo de la Madre no interrumpe ciertamente el ritmo del Adviento ni la dinámica de la preparación a la Navidad. María fue la que mejor vivió el Adviento y la Navidad: ella, la que “le esperó con inefable amor de Madre” (prefacio II), ella, la nueva Eva, en la que “la maternidad se abre al don de una vida nueva” (prefacio IV). Ella puede ayudarnos a vivir la Navidad con mayor profundidad desde nuestra fe, no conformándonos con las claves de la propaganda de consumo de estos días y acogiendo a Dios en nuestra vida con el mismo amor y la misma fe que ella.

Isaías 7,10-14. *Mirad: la virgen está encinta*

El rey Acaz, preocupado por la estrategia a seguir para defenderse de los ataques de los reyes de Damasco y Samaría, no quiere hacer caso al profeta Isaías, que le recomienda que ponga su confianza en Dios. El rey prefiere apoyarse en una alianza militar con otros reyes, como el de Asiria.

Pero el profeta, de parte de Dios, aun contra la voluntad del rey, le anuncia un “signo”: “la virgen está encinta y da a luz a un hijo y le pone por nombre Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros”. Este hijo, históricamente, fue el rey Ezequías, pero muy pronto se interpretó la profecía como referida al futuro Mesías.

El *salmo* es entusiasta: “va a entrar el Señor, él es el Rey de la Gloria”, “del Señor es la tierra y cuanto la llena”. Y su venida la sabrán acoger sólo los justos, las personas más sencillas y puras: “¿quién puede subir al monte del Señor? El hombre de manos inocentes y puro corazón”... “Ese es el grupo que busca al Señor”.

Romanos 1, 1-7. *Jesucristo, de la estirpe de David, Hijo de Dios*

Leemos hoy el inicio de la carta de Pablo a la comunidad de Roma.

Llamado a ser “apóstol de Cristo Jesús”, Pablo se siente orgulloso de tener como misión proclamar a todos el misterio de salvación, anunciado por los profetas y cumplido en Cristo Jesús. Este misterio va dirigido también a los paganos, no sólo a los judíos. A todos “quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo”.

El motivo de haberse elegido para hoy este pasaje es porque Pablo afirma que Jesús ha nacido “según lo humano, de la estirpe de David”, y que el Espíritu lo ha constituido en plenitud de poder por la resurrección.

Mateo 1, 18-24. *Jesús nacerá de María, desposada con José, hijo de David*

En el evangelio de Mateo se proclama, como afirmación central, que en Jesús de Nazaret se cumple la profecía de Isaías: “la virgen concibe y da a luz un hijo... Dios-con-nosotros”. La muchacha virgen que da a luz es María, y el hijo que nos trae la salvación, Jesús.

Pero también se detiene el relato en la situación de José. José y María estaban en el período intermedio entre los desposorios y el matrimonio propiamente dicho, con cohabitación, período que a veces solía durar un año. Y ahí es

cuando José tiene sus dudas y decide retirarse de la escena que entiende como muy misteriosa.

Estas dudas no se referían, ciertamente, a la honradez de su prometida, sino que, intuyendo él la presencia de un misterio, quiso “retirarse” por creerse indigno de intervenir en esta historia. Así interpretan bastantes comentaristas modernos las palabras del ángel: no quiere justificar ante José el estado de María asegurándole que el hijo que espera es obra del Espíritu, sino que, dando por supuesto que José intuye el misterio, le asegura que él, José, sigue teniendo un papel importante: poner nombre al hijo de María, cosa que siempre hacía el padre, y en concreto el nombre de “Jesús”, que significa “Dios salva”.

Por tanto, José no tiene que retirarse. La respuesta de José, el hombre bueno, es que “cuando se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”.

-II-

Dios con nosotros

Tanto la lectura de Isaías como su cumplimiento, en el evangelio de Mateo (y también la antífona de la comunión), nos sitúan ante la gran convicción: Dios es un Dios cercano, un Dios que entra en nuestra historia, un Dios-con-nosotros. Es como el Dios del éxodo: “el que es”, “el que está”, el que ve el dolor de su pueblo y lo libera. El nombre que se le pondrá al Salvador es “Jesús”, que significa “Dios salva”.

¿No tendría que cambiar nuestra vida, y nuestro talante de esperanza, si creemos de veras en esta verdad? ¿No tendría que contrarrestar este anuncio la impresión que nos puedan hacer todas las demás noticias, no muy optimistas, de nuestra historia?

Nosotros somos ciertamente de los que, según decía Pablo a los Romanos, Dios ama y ha llamado a formar parte del pueblo elegido. Y la consecuencia debería ser que nos llene por dentro “la paz y la gracia” de ese Dios que nos ama.

María, la llena del Espíritu

En María se cumple, como ha dicho Mateo, la profecía de Isaías: la virgen que da a luz un hijo que es Dios-con-nosotros.

María es la nueva Eva, como afirma el prefacio IV del Adviento, el más apropiado para hoy, en el que damos gracias a Dios “por el misterio de la Virgen Madre. Porque si del antiguo adversario nos vino la ruina, en el seno virginal de María, la hija de Sión, ha brotado para todo el género humano la salvación y la paz. La gracia que Eva nos arrebató nos ha sido devuelta en María...”.

Jesús va a ser algo más que un descendiente de David —“de la estirpe de David”, como dice Pablo—, según la larga genealogía que tiene como último eslabón a José. Es Hijo de Dios. Es un don gratuito de Dios a María y a la humanidad.

Esto ha sido posible “por obra del Espíritu Santo”, que significa que está en marcha una misteriosa iniciativa de Dios, una intervención especial de Dios, como una nueva creación. En la primera, que nos cuenta el libro del Génesis, el Espíritu de Dios, aleteando sobre las aguas primordiales, las llenó de vida. En esta segunda, el Espíritu de Dios actúa sobre María de Nazaret y la hace madre del Hijo de Dios. (Por cierto, Mateo, al comienzo del evangelio de hoy, para referirse al “nacimiento” de Jesús, usa el término griego “génesis”).

José, un joven obrero que también cree en Dios

Y junto a ella, es interesante que hoy aparezca la figura de José, un joven obrero de pueblo, humilde, bueno, un modelo también estimulante para los que somos llamados a acoger en nuestras vidas la venida del Señor.

Puede acercarnos todavía más a la figura de José la interpretación de los exegetas modernos: precisamente porque José ya conoce —al menos de un modo global— el misterio sucedido y sabe que el hijo que va a tener María es obra de Dios, por eso, en su humildad, no quiere usurpar para sí una paternidad que ya sabe que es de Dios y se quiere retirar. No comprende

que él pueda caber en los planes de Dios respecto a la venida del Mesías de esa manera misteriosa.

Es el ángel quien le asegura que sí tiene una misión que cumplir: va a ser esposo de María y por eso va a hacer que el Mesías venga según la dinastía de Dios, y será él quien le ponga del nombre de Jesús.

José cree en Dios. Acepta para su vida el proyecto de Dios que, en principio, no coincidiría con el suyo, aunque seguramente no entiende todo el alcance de los proyectos de Dios respecto a su papel en la venida del Mesías.

José, hombre bueno, abierto a Dios, obediente en la vida de cada día a la misión que Dios le ha confiado. Junto a su esposa María, son las personas que mejor esperaron y acogieron la llegada del Hijo de Dios a nuestra historia. Podríamos decir también de José lo que Isabel dijo a su esposa: “feliz tú, porque has creído”.

El Espíritu actúa también en nuestra Eucaristía

El domingo IV nos ayuda a entrar ya en el misterio de la Navidad.

El salmo nos ha hecho repetir que “va a entrar el Señor, el Rey de la Gloria”. Nos adentramos ya en la fiesta mejor que podemos celebrar los cristianos: nuestro Dios es un Dios-con-nosotros.

Y como la Navidad fue “obra del Espíritu”, también lo es nuestra Eucaristía. En la oración sobre las ofrendas le pedimos a Dios que “el mismo Espíritu que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique estos dones que hemos colocado sobre tu altar”.

Esto no tendría que suceder sólo en nuestra celebración litúrgica, sino también en nuestra vida. Por encima de los aspectos más superficiales de la Navidad, el Espíritu nos quiere llenar de su gracia a todos nosotros, como a María de Nazaret, para que también nosotros colaboremos en el nacimiento de Jesús en este mundo concreto en que vivimos.

NAVIDAD

Cf. la introducción histórica y la ambientación espiritual de la Navidad que se ofrece en el Dossier de las ferias:

Enséñame tus caminos. 1. Adviento y Navidad día tras día. Comentarios al Leccionario ferial (=Dossiers CPL 67) CPL, Barcelona, 6ª edición 2003, en pp. 99-107.

Cf., además, sobre este tiempo de la Navidad:

* *Celebrar la venida del Señor* (=Dossiers CPL 44) CPL, Barcelona 1999, 3ª ed., 110 págs.

* *Adviento y Navidad. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 92) CPL, Barcelona 2001, 158 págs. (con un disquete); por ej. pp. 93-97.

* J. Castellano, *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (= Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., pp. 63-120: “la celebración de la manifestación del Señor”.

* J. Lligadas, *Navidad, Dios con nosotros* (= Emaús 8) CPL, Barcelona 1993, 72 págs.

En el Dossier 67 se comentan las lecturas de las ferias del tiempo de Navidad y Epifanía. En el presente, comentamos las cuatro misas de Navidad (vigilia, medianoche, aurora y día), y los domingos y festivos de este tiempo, terminando con el Bautismo del Señor.

Navidad y Epifanía

En Roma, a principios del siglo IV, aparece la fiesta de la Natividad del Señor el 25 de diciembre. Así en el calendario del 354 se dice: “octavo Kalendas ianuarii, natalis solis invicti, natus Christus in Bethlem Iudae” (el octavo

día antes de las calendas de enero, o sea, antes del 1 de enero, es el 25 de diciembre). Hasta entonces, en el calendario cristiano, sólo se celebraba la Pascua semanal (todos los domingos) y la anual.

Puede ser que esta fecha se decidiera para sustituir unas fiestas paganas que había en Roma por esas fechas, en honor del Sol invicto. Hacia el 25 de diciembre, pasado el solsticio de invierno (21 de diciembre), el sol –el día–, empieza a predominar sobre la noche. Era fácil la transcripción al Sol verdadero, porque a Cristo le cantamos en el *Benedictus* como “el sol que nace de lo alto” y como “luz para alumbrar a las naciones”.

Pero también podría que ser que, según cálculos que estuvieron muy en boga en el siglo IV (como atestiguan Agustín, Jerónimo y el Crisóstomo), creyeran que el 25 de diciembre era precisamente el día histórico del nacimiento de Cristo. Partían, para ello, de una convicción muy extendida de que el 25 de marzo era la fecha en que coincidían acontecimientos importantes: la creación del mundo, la encarnación de Jesús y su muerte. Así lo afirma, por ejemplo, el calendario de la liturgia mozárabe antigua y lo defienden autores actuales muy serios. Ahora bien, si la encarnación fue el 25 de marzo, el nacimiento coincidía más o menos con el 25 de diciembre.

En Oriente (empezando tal vez en Egipto), por las mismas fechas –comienzo del siglo IV–, tenemos testimonios de que se había organizado una celebración cristológica el 6 de enero, la Epifanía, sustituyendo también a otras fiestas “de la luz”, que se celebraban por el mismo motivo de la “victoria” del sol sobre el invierno.

Pronto, ya a partir del mismo siglo IV, hubo un “intercambio” de estas dos fiestas: en Oriente se aceptó también la Navidad, y en Occidente la Epifanía. Aunque para nosotros la Epifanía no es, como para los orientales, la fiesta del Bautismo (o incluso del nacimiento) de Jesús, sino su manifestación a los magos.

Las lecturas, las oraciones, los cantos, la ambientación de estas semanas de Navidad y Epifanía, nos invitan a celebrar un verdadero tiempo de gracia, un “sacramento” que no sólo conmemora, sino que hace presente y nos comunica la gracia del Nacimiento de Dios en nuestra familia.

DOMINGOS Y FIESTAS DE NAVIDAD

Natividad del Señor 24 diciembre: Misa vespertina de la vigilia

Is 62,1-	El Señor te prefiere a ti
Hch 13,16-17.22-25	Testimonio de Pablo sobre Cristo, Hijo de David
Mt 1,1-25	Genealogía de Jesucristo, Hijo de David

25 diciembre: Misa de medianoche

Is 9,1-3.5-6	Un hijo se nos ha dado
Tt 2,11-14	Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres
Lc 2, 1-14	Hoy os ha nacido un Salvador

Misa de la aurora

Is 62, 11-12	Mira a tu Salvador que llega
Tt 3,4-7	Según su propia misericordia nos ha salvado
Lc 2, 15-20	Los pastores encontraron a María y a José y al Niño

Misa del día

Is 52, 7-10	Verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios
Hb 1,1-6	Dios nos ha hablado por el Hijo
Jn 1,1-18	La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

La Sagrada Familia

Si 3,2-6.12-14	El que teme al Señor honra a sus padres
Col 3,12-21	La vida de familia vivida en el Señor
Mt 2, 13-15.19-23	Toma al niño y a su madre y huye a Egipto

1 enero. Santa María Madre de Dios

Nm 6,22-27	Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré
Ga 4,4-7	Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer
Lc 2, 16-21	Encontraron a María y a José y al Niño. A los ocho días, le pusieron por nombre Jesús

Domingo 2 de Navidad

Si 24,1-2.8-12	La sabiduría de Dios habitó en el pueblo elegido
Ef 1,3-6.15-18	Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos
Jn 1, 1-18	La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

Epifanía del Señor

Is 60, 1-6	La gloria del Señor amanece sobre ti
Ef 3,2-3a. 5-6	Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos de la promesa
Mt 2,1-12	Venimos de Oriente para adorar al Rey

Bautismo del Señor

Is 42, 1-4. 6-7	Mirad a mi siervo, a quien prefiero
Hch 10, 34-38	Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo
Mt 3, 13-17	Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios se posaba sobre él

MISA VESPERTINA DE LA VIGILIA DE NAVIDAD

—I—

Mañana contemplaréis su gloria

El sentido de esta Misa del 24 de diciembre por la tarde lo define ya su antifona de entrada, tomada de Éxodo 16: “hoy vais a saber que el Señor vendrá y nos salvará y mañana contemplaréis su gloria”. Y también el estribillo del aleluya antes del evangelio: “mañana quedará borrada la maldad de la tierra y será nuestro rey el Salvador del mundo”.

Esta Misa apunta, pues, claramente a la inminente fiesta de mañana. Pero no deja de lanzar una mirada a la venida última del Señor: “así como ahora acogemos gozosos a tu Hijo como Redentor, lo recibamos también confiados cuando venga como Juez” (oración colecta).

Esta Misa de la vigilia ya inaugura la celebración de la Natividad. Si se ve que para muchos va a ser la única Misa de esta festividad, se podrían utilizar para ella los textos de cualquiera de las Misas de la Natividad.

Para los que celebran diariamente la Eucaristía, el día 24 tiene ya su misa matutina.

Isaías 62, 1-5. *El Señor te prefiere a ti*

El profeta más leído en el Adviento nos anuncia la inminencia de la fiesta. Los últimos capítulos –que probablemente no son del primer Isaías, sino del segundo o del tercero– son claramente optimistas.

La de hoy es una lectura muy apropiada para la vigilia de la Navidad. El profeta no callará “hasta que rompa la aurora de su justicia”, y anima a su pueblo a confiar en Dios que es su Salvador: “los pueblos verán tu justicia”; “serás corona fúlgida en la mano del Señor... ya no te llamarán abandonada, sino mi favorita”.

La iniciativa la tiene Dios, que sigue amando a su pueblo: “el Señor te prefiere a ti... Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó”. La comparación entre Dios y su pueblo como esposo y esposa es muy repetida en los profetas, y en el NT se aplica a Cristo y a su Iglesia.

El *salmo 88* expresa la alegría de los salvados: “cantaré eternamente las misericordias del Señor”. También se alude a David, de cuya descendencia viene Jesús, según la promesa de Dios: “te fundaré un linaje perpetuo”.

Hechos de los Apóstoles 13, 16-17.22-25. *Testimonio de Pablo sobre Cristo, Hijo de David*

En el discurso que predicó en Antioquía de Pisidia, en la actual Turquía, precisamente en la sinagoga, a Pablo le interesa sobre todo resaltar que Jesús, el Mesías, proviene de la dinastía de David: “de su descendencia sacó Dios un Salvador para Israel, Jesús”.

También le interesa nombrar a Juan el Bautista, personaje muy apreciado por los judíos, que señaló a Jesús de Nazaret como el Mesías: “detrás de mí viene uno...”. Los dos personajes, David y el Bautista, apuntan claramente a Cristo Jesús como la respuesta de Dios a la humanidad.

Mateo 1, 1-25. *Genealogía de Jesucristo, Hijo de David*

Leemos hoy el comienzo del evangelio de Mateo, con la genealogía de Jesús. Ciertamente ni él ni Lucas –que también presenta otra lista genealó-

gica– pretenden seguir una estricta metodología histórica. Mateo organiza los antepasados de Jesús en tres grupos, encabezados por Abrahán, David y Jeconías: este por ser el primero después del destierro de Babilonia.

A continuación describe Mateo el diálogo del ángel con José, resolviendo sus dudas sobre si era digno de entrar en la esfera del misterio que estaba sucediendo en su prometida, María. José, como siempre, “hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”: acogió a María como esposa y luego puso el nombre a Jesús, que significa “Dios salva”.

–II–**Cristo pertenece a nuestra familia humana**

La lista genealógica de Mateo tiene una intención inmediata: demostrar que Jesús pertenecía a la casa de David, por parte de José.

Pero tiene también una intención más profunda que nos ayuda a entender el misterio del Dios-con-nosotros. El Mesías esperado, el Hijo de Dios, se ha encarnado plenamente en la historia humana y está arraigado en un pueblo concreto, el de Israel. No es un extraterrestre o un ángel sin raíces aquí abajo. Pertenece con pleno derecho a la familia humana.

Los nombres de esta genealogía, donde hay personas famosas y otras desconocidas, no son precisamente una letanía de santos: hay en ella hombres y mujeres que tienen una vida recomendable, y otros que no son nada modélicos. En el primer apartado de los patriarcas, la promesa mesiánica no arranca de Ismael, el hijo mayor de Abrahán, sino de Isaac. No sigue con el hijo mayor de Isaac, que era Esaú, sino con el segundo, Jacob, que arrancó con trampas a su hermano el derecho de primogenitura. No con el hijo preferido de Jacob, el justo José, sino con Judá, que había vendido a su hermano.

En la lista de los reyes, junto a David, que es una mezcla de santo y pecador, aparecen, antes del destierro, unos reyes claramente impresentables. Aparte, tal vez, de Ezequías y Josías, los demás son idólatras, asesinos y

disolutos. Después del destierro, apenas hay nadie que se distinga por sus valores humanos y religiosos. Hasta llegar a los dos últimos nombres, José y María.

Aparecen en este árbol genealógico cinco mujeres. Las cuatro primeras no son como para estar orgullosos de ellas. Rut es buena y religiosa, pero es extranjera, lo que para los israelitas es un inconveniente grave. Raab es una prostituta, aunque de buen corazón. Tamar, una tramposa que engaña a su suegro Judá para tener descendencia. Betsabé, una que ha cometido adulterio con David. La quinta sí: es María, la esposa de José, la madre de Jesús.

Entre los ascendientes de Jesús hay pecadores y santos. En verdad, los pensamientos de Dios no son como los nuestros. Él cuenta con todos y así va construyendo la historia. Jesús se ha hecho solidario de esta humanidad concreta, débil y pecadora, no de una ideal y angélica. Luego se pondrá en fila entre los que reciben el bautismo de Juan en el Jordán: él es santo, pero no desdeña de mostrarse en compañía de los pecadores. Ha entrado en nuestra familia, no en la de los ángeles. No excluye a nadie de su Reino.

Navidad con un corazón abierto a todos

Es una lección para que también nosotros miremos a las personas con ojos nuevos, sin menospreciar a nadie. Nadie es incapaz de salvación. La comunidad eclesial puede no gustarnos, porque la vemos débil y frágil en su testimonio. La sociedad nos puede parecer corrompida, y algunas personas indeseables, y las más cercanas, llenas de defectos. Pero Jesús viene precisamente a curar a los enfermos, no a felicitar a los sanos; a salvar a los pecadores, no a canonizar a los buenos.

La salvación es para todos. Jesús no renegó de su árbol genealógico porque en él hubiera personas pecadoras. Nosotros no debemos renegar de la generación en que nos ha tocado vivir. En esta Navidad deberíamos crecer en visión más optimista de las personas y de los acontecimientos, y respecto a las capacidades de cada persona ante la gracia salvadora de Dios.

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

25 de diciembre

—I—

“Hoy” nos ha nacido el Salvador

En estas fiestas de Navidad oímos repetidas veces la palabra “hoy”: “yo te he engendrado hoy”, “hoy, desde el cielo, ha descendido la paz sobre nosotros” (antífonas de entrada), “has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo” (oración colecta), “hoy nos ha nacido un Salvador” (salmo responsorial y evangelio), “hoy brillará una luz sobre nosotros” (entrada y salmo de la misa de la aurora), “hoy una gran luz ha llegado a la tierra” (versículo del aleluya, misa del día), “hoy nos ha nacido el Salvador” (poscomunión misa del día). Lo mismo pasará en la Epifanía: “hoy se nos ha manifestado”, “hoy la estrella condujo a los magos”.

Este “hoy” quiere significar que lo que celebramos en la Navidad no es un aniversario, sino un “sacramento”, o sea, una actualización sacramental del hecho salvífico del nacimiento humano del Hijo de Dios. En la fiesta de la Navidad, Dios nos comunica la gracia de un “nuevo nacimiento” como hijos en la familia de Dios. La Navidad es la condensación del “ayer” de Belén y del “mañana” de la última venida del Señor en el “hoy” de la celebración de este año, que es un acontecimiento siempre nuevo, no sólo un recuerdo pedagógico de hechos pasados.

Las lecturas bíblicas de las tres misas de la Navidad (noche, aurora, día) son intercambiables entre sí. Más aún, también se pueden utilizar en la misa vespertina del 24 las lecturas de las tres misas de la fiesta. Hay que tener en cuenta que la misa más importante, para muchos la única, es la del día.

MISA DE MEDIANOCHE

Isaías 9, 1-3.5-6. *Un hijo se nos ha dado*

El profeta Isaías, clásico en el Adviento, nos anuncia también la Navidad. Proclama gozosamente que “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”. La metáfora de la luz es muy expresiva para significar el cambio que sucederá al pueblo elegido cuando termine su destierro. Dios nunca abandona a los suyos.

La liberación producirá gran alegría: “acreciste la alegría, aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia”. El profeta asegura que se acaba la tiranía de los opresores, de la “vara del opresor”. El motivo es que “un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”.

Si el profeta hablaba, a corto plazo, de algún rey próximo –podría ser que el pasaje perteneciera al “ritual de entronización” de un nuevo rey en Israel, o fuera anuncio del rey Ezequías–, nosotros, los cristianos, interpretamos hoy este “hijo que se nos ha dado” aplicado a Cristo Jesús, el verdadero “príncipe de la paz”, el que ocupa “el trono de David” y quiere consolidar nuestro mundo “con la justicia y el derecho”.

El *salmo* prolonga la alegría con un canto de victoria, al que la antífona da un claro color cristiano: “hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”.

Tito 2, 11-14. *Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres*

En la carta a su discípulo Tito, a quien había encomendado la comunidad de Creta, Pablo le da unas consignas para la conducta de los cristianos.

Habla de dos “apariciones”, la que ya sucedió, al encarnarse Cristo Jesús en nuestra historia, y la que esperamos al final de los tiempos: “ha aparecido la gracia de Dios...”, “aguardando la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador, Jesucristo”.

En el tiempo intermedio, los cristianos, teniendo la garantía del triunfo final, debemos llevar “una vida sobria, honrada, religiosa”, renunciando “a la vida sin religión y a los deseos mundanos”.

Lucas 2, 1-14. *Hoy os ha nacido un Salvador*

Leemos en esta Misa (y también en otras, si lo preferimos) este evangelio de Lucas, que parece el más indicado para la fiesta.

Nos narra el nacimiento de Jesús, en la mayor pobreza: “le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre”. Pero en ese nacimiento tan sencillo se cumplen las promesas: José pertenece a la familia de David (venida a menos socialmente, desde luego) y así el Mesías viene, como se había prometido, de la dinastía de David.

A continuación nos narra Lucas la aparición del ángel a los pastores –la gente sencilla y humilde son los primeros destinatarios de la Buena Nueva– anunciándoles la noticia que llena al mundo de alegría: “hoy os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”. Se puede completar la lectura con el evangelio de la “misa de la aurora”, que es su continuación: los pastores corren al pesebre, encuentran al Niño y se convierten en los primeros apóstoles de la buena noticia.

MISA DE LA AURORA

Isaías 62, 11-12. *Mira a tu Salvador que llega*

En el breve pasaje de hoy, Isaías ve ya el retorno de los desterrados a Jerusalén y canta la alegría del “pueblo santo”, de los “redimidos del Señor”, de la que parecía olvidada de Dios pero que es la “ciudad no abandonada”. La victoria le acompaña. Es como un himno de alabanza y alegría por la salvación del pueblo: Dios está con ellos, y Jerusalén no está del todo destruida.

El *salmo* es muy propio de la misa de una aurora: “amanece la luz para el justo y la alegría para los rectos de corazón”, acompañado por un estribillo muy navideño: “hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor”.

Tito, 3, 4-7. *Según su propia misericordia nos ha salvado*

También es breve, pero jugoso, el pasaje de la carta que Pablo escribe a Tito, el responsable de la comunidad de Creta.

Le ofrece una serie de consignas para la vida de aquellos cristianos, motivadas porque “ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre”. Pablo se refiere al Bautismo, a la iniciación cristiana que ya han celebrado esos cristianos, iniciación que es “segundo nacimiento” y “renovación por el Espíritu Santo”. La llegada del amor de Dios y la experiencia del Bautismo para los cristianos les hace mirar hacia delante, porque “somos, en esperanza, herederos de la vida eterna”.

Lucas 2, 15-20. *Los pastores encontraron a María y a José y al Niño*

Este pasaje es continuación del evangelio de la medianoche: los pastores, después de oír el anuncio de los ángeles, corren a Belén, encuentran al Niño con sus padres y se convierten en pregoneros de su venida.

Es una escena muy sencilla y humana, pero admiramos la actitud de fe de aquellos pastores, que reconocen al Mesías en su pobreza y le adoran, y

luego cuentan a todos su experiencia, convirtiéndose en evangelizadores de la Buena Nueva para todos los que les quieran oír. Mientras la madre, María, medita todo esto en su corazón.

MISA DEL DÍA

Isaías 52, 7-10. *Verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios*

El profeta, probablemente el segundo Isaías, nos invita a la esperanza porque Dios viene a Sión, “consuela a su pueblo y rescata a Jerusalén”. La promesa se refiere a los tiempos del destierro en Babilonia y a su próximo final. Pero nosotros leemos el pasaje desde la perspectiva de la encarnación del Hijo de Dios.

Si en el AT se hablaba de lo hermosos que son los pies del mensajero que trae buenas noticias, nosotros, los cristianos, podemos leer con más alegría que los oyentes de Isaías el anuncio de que “tu Dios es Rey”, o que “ven cara a cara al Señor”, o que “verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios”. En verdad, “¡qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!”.

También el *salmo* nos hace cantar sentimientos de alegría y victoria: “cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas”, y hemos repetido con convicción: “los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”.

Hebreos 1, 1-6. *Dios nos ha hablado por el Hijo*

Escribiendo a cristianos que proceden del judaísmo, el autor de esta carta puede argumentar a partir del AT, para hacer ver cómo Cristo, en el NT, cumple en plenitud todas las promesas.

Los versículos que hoy leemos son como un resumen de toda la carta y una cristología concentrada: Dios nos ha hablado por los profetas, y ahora lo hace

por medio de su Hijo; Cristo es “reflejo de la gloria” de Dios y “sostiene el universo con su palabra poderosa”; es Hijo y Heredero; es superior a todos los ángeles; y ya desde la creación inicial, por medio de él, Dios “ha ido realizando las edades del mundo”.

Juan 1, 1-18. *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*

El evangelio de hoy nos ayuda a profundizar en la celebración de la Navidad: es el prólogo del evangelio de Juan. Esta lectura, junto con las anteriores, da a la Misa de hoy un tono contemplativo y teológico en las fiestas del Nacimiento del Hijo de Dios.

Este evangelio nos habla de la pre-existencia del Verbo en el seno de Dios, como el “Logos”, la Palabra viviente, por la que es creado el universo. Pero en la plenitud del tiempo se hace hombre, se encarna y “acampa entre nosotros”, *nos revela al Padre y nos hace partícipes de la plenitud de su gracia y de su vida.*

Es verdad que muchos, a pesar de que “viene a su casa”, no le acogen. Pero los que le acogen reciben el mejor don que podemos recibir: ser hijos de Dios.

-II-

La luz: la teología de la Navidad

La fiesta de Navidad, fiesta popular donde las haya, la tenemos que celebrar con un color claramente cristiano, asimilando las dimensiones más teológicas que nos presentan las lecturas y oraciones de las tres misas.

La escena del evangelio es muy sencilla: José y María van a Belén a inscribirse, porque así lo manda la ley. Allí María da a luz y, como no tienen lugar en la posada, cuando nace el Niño lo depositan en un pesebre.

Este acontecimiento, que nos produce una entrañable sensación de alegría y gratitud, tiene una dimensión teológica profunda, que los textos de hoy, sobre

todo los de la “misa del día”, nos ponen de relieve. Ese Niño recién nacido es también el Maestro, el Profeta, el Hijo de Dios, el que luego se entregará a la muerte y nos salvará, reconciliando a la humanidad con Dios, y volverá glorioso al final de los tiempos como Juez universal. A la ternura se une la teología. Es la teología que también expresamos –y en esta fiesta con más razón– en el canto del “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz”.

En uno de los prefacios de este tiempo, el lenguaje se hace también muy teológico: “en el misterio santo que hoy celebramos, Cristo, el Señor... se hace presente entre nosotros de un modo nuevo: el que era invisible en su naturaleza, se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno comparte nuestra vida temporal... para asumir en sí todo lo creado, para reconstruir lo que estaba caído... para llamar de nuevo al reino de los cielos al hombre sumergido en el pecado” (prefacio II).

Una imagen que se repite varias veces hoy es la de la luz: “has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo, la luz verdadera” (oración colecta de la noche), “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande” (Isaías), “hoy brillará una luz sobre nosotros” (antífona de entrada y salmo responsorial, misa de la aurora), “los que vivimos inmersos en la luz de tu Palabra” (oración colecta, misa de la aurora), “amanece la luz para el justo” (salmo, misa de la aurora), “hoy una gran luz ha bajado a la tierra” (versículo del aleluya, misa del día), “la Palabra era la luz verdadera que alumbraba a todo hombre” (evangelio misa del día). Somos invitados a la fiesta de la luz.

Con razón damos gracias a Dios “porque la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor” (prefacio I).

Los motivos de la alegría de la Navidad

Por muy preocupados que estemos por los problemas de la vida, y por negro que veamos el panorama social o eclesial, es bueno que nos dejemos contagiar de la alegría y la esperanza que ya anunciaba Isaías: “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande... porque un hijo se nos ha dado”. Lo que él anunciaba en el AT, nosotros tenemos mayor ocasión de crearlo como ya realizado inicialmente en Cristo Jesús.

Repetidamente se nos invita a la alegría: “alegrémonos todos en el Señor” (entrada misa de la noche), “acreciste la alegría y aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia, como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín” (Isaías), “alégrese el cielo, goce la tierra, delante del Señor que ya llega” (salmo de la noche), “os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo” (evangelio noche), “celebramos rebosantes de gozo el misterio del nacimiento de Cristo” (poscomunión de la noche), “la tierra goza, se alegran las islas innumerables” (salmo misa de la aurora), “hemos celebrado con cristiana alegría el nacimiento de tu Hijo” (poscomunión aurora).

Según Isaías, lo que trae el futuro Mesías es la liberación de toda clase de esclavitud: del bastón que golpea, del yugo injusto que se impone a los demás. Dios nos quiere dar “una paz sin límites”, hecha de “justicia y derecho”.

En efecto, Cristo nos salva de las varias pequeñas o grandes esclavitudes: materialismo, egoísmo, pesimismo, intolerancia, rencor, pereza, sensualidad, violencia.

Cristo ha venido a comunicarnos vida, la salvación y la filiación divina: “hoy nos ha nacido el Salvador para comunicarnos la vida divina” (poscomunión misa del día), “ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos” (Pablo a Tito), “así, justificados por su gracia, somos, en esperanza, herederos de la vida eterna” (Pablo a Tito), “de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia” (evangelio del día), “a cuantos le recibieron les da poder para ser hijos de Dios” (evangelio del día).

Alegría, paz, victoria, vida, liberación, justicia, filiación divina: vale la pena que los cristianos proclamemos, para nosotros mismos, y a todos los que nos quieran escuchar, un mensaje de alegría y de bendiciones que nos vienen de Dios en esta fiesta del nacimiento de su Hijo.

Esta “noticia” no saldrá precisamente en los telediarios. Pero los cristianos sí la sabemos y la celebramos.

El “maravilloso intercambio” que nos salva

Algunos textos de esta fiesta hablan de un admirable “intercambio” que sucede en la Navidad: “hoy resplandece ante el mundo el maravilloso inter-

cambio que nos salva, pues al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición, no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos” (prefacio III).

Lo dicen otras oraciones: “haznos participar de la divinidad de tu Hijo que, al asumir la naturaleza humana, nos ha unido a la tuya de modo admirable” (ofrendas de la noche), “compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana” (oración de la misa del día).

Es la noticia de la “humanización” de Dios y de la “divinización” del hombre: el hombre ha sido elevado a la categoría de hijo en la casa de Dios.

Mirando también al futuro

En la Navidad, que parecería sólo una celebración histórica, o en todo caso de actualización de la gracia que Dios nos comunica hoy y aquí, miramos también al futuro.

Pablo, por ejemplo, además de decirnos en su carta a Tito que “ha aparecido la gracia de Dios”, y por eso es motivo de alegría, también nos invita a mirar hacia el final de los tiempos, “aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador Jesucristo”.

En las oraciones pedimos a Dios: “concédenos gozar en el cielo del esplendor de su gloria a los que hemos experimentado la claridad de su presencia en la tierra” (oración de la noche), “concédenos que, así como ahora acogemos, gozosos, a tu Hijo como redentor, lo recibamos también confiados cuando venga como Juez” (oración de la misa de la vigilia).

De nuevo estamos en la dinámica de la historia de la salvación, que ha estado presente durante el Adviento: la venida humilde de Jesús en Belén es el comienzo de nuestra salvación. Su venida última y gloriosa, que no sabemos cuándo ni cómo será, nos llenará de alegría si hemos sabido vivir conforme a su programa de vida. En la oración que sigue en la Misa al Padrenuestro decimos cada día: “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”.

Los pastores, maestros de la acogida

Fueron unas personas sencillas las que primero supieron ver la llegada de los tiempos mesiánicos y acogieron al Enviado de Dios. Ante todo esa joven pareja de creyentes que se llaman José y María. Luego, los pastores, que hicieron caso a la invitación de los ángeles, corrieron a Belén, y reconocieron al Mesías a pesar de la extrema pobreza de su venida.

Otros, los importantes de Jerusalén, las autoridades tanto políticas como religiosas, no se enteraron, o no se quisieron enterar. Los pastores, sí. A veces son las personas humildes las que están más abiertas a la salvación y a la fe. Jesús, ya desde su nacimiento, pertenece a los pobres, que serán también sus predilectos en sus obras y en sus enseñanzas: basta recordar las bienaventuranzas.

Todos somos invitados a esta actitud de acogida. Dios se nos ha acercado, Dios es Dios-con-nosotros, y ha querido compartir nuestra vida para que nosotros, acogiéndole, compartamos la suya. Sea cual sea nuestro estado social, o nuestra edad, o nuestra cultura, todos somos importantes para Dios. Esta Navidad podemos decir, con mayor sentido que nunca, y desde el fondo de nuestro ser, la oración del Padrenuestro que nos enseñó Jesús: porque el Hijo de Dios se ha hecho Hermano nuestro, todos somos hijos en la familia de Dios.

Podemos espejarnos en esos pastores de Belén y acoger con fe y hasta con emoción a Dios en nuestras vidas. Y, además, ser apóstoles y evangelizadores para con los demás: “el que encomendó al ángel anunciar a los pastores la gran alegría del nacimiento del Salvador os llene de gozo y os haga también a vosotros mensajeros del Evangelio” (bendición solemne).

Consecuencia para la vida

Esto no sólo provoca nuestras alabanzas y cantos en la celebración litúrgica. Debe también producir un cambio en nuestras vidas. Sería una pena que también de nosotros se tuviera que decir: “vino a su casa y los suyos no le recibieron”. O lo que pasó a la pareja José y María, que andaban buscando una casa para dar a luz, y no hubo sitio en ninguna para ellos.

A veces estamos tan llenos de cosas y de preocupaciones intrascendentes, que no tenemos sitio para Dios en nuestra vida. Celebrar la Navidad debería significar hacer sitio al amor de Dios en nuestro programa de vida. Para muchos, la Navidad es sólo un período de vacación, de regalos y de encuentros familiares. Lo cual no está nada mal. Pero los cristianos tenemos un “plus” de motivos de alegría y de celebración. Y deberíamos, por tanto, evitar los peligros de una banalización consumista de esta fiesta. Deberíamos re-evangelizarla, llenándola del motivo fundamental de su celebración.

Pablo, en la carta a Tito (misa de la noche), nos señala un programa de vida consecuente con la alegría que celebramos: “renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos” y llevar ya desde ahora “una vida sobria, honrada y religiosa”, de modo que seamos “un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras”.

Por eso pedimos a Dios “la gracia de vivir una vida santa” (poscomunión noche), “que resplandezca en nuestras obras la fe que haces brillar en nuestro espíritu” (oración aurora). Y en la bendición solemne de esta fiesta el sacerdote nos desea a todos: “Dios, que disipó las tinieblas del mundo con la encarnación de su Hijo... e iluminó este día santo, aleje de vosotros la tiniebla del pecado y alumbre vuestros corazones con la luz de la gracia”.

LA SAGRADA FAMILIA

—I—

Un modelo para las familias cristianas

Terminamos los domingos del año civil con una fiesta entrañable. En el ambiente de la Navidad recordamos a la familia de Jesús, María y José en Nazaret.

Es una fiesta reciente (tiene poco más de un siglo de existencia): fue establecida por el papa León XIII para dar a las familias cristianas un modelo evangélico de vida.

La *oración colecta* expresa muy bien esta finalidad. Afirma que la familia de Nazaret es un “maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo”, para que imitando “sus virtudes domésticas y su unión en el amor”, podamos llegar a “gozar de los premios eternos en el hogar del cielo” (en latín dice, y mejor: “in laetitia domus tuae”, en la alegría de tu casa). En la oración sobre las *ofrendas* pedimos a Dios que “guarde nuestras familias en tu gracia y en tu paz verdadera”. Y en la *poscomunión*, que “después de las pruebas de esta vida, podamos gozar en el cielo de tu eterna compañía”.

Las lecturas primera y segunda, que ahora tienen lecturas diferentes para los tres ciclos, nos presentan ejemplos de virtudes domésticas. El evangelio nos recuerda escenas de la infancia de Jesús, en torno a la familia de Nazaret. En este ciclo A leemos las lecturas más clásicas, las que están en primer lugar, tal vez las mejores.

En unos tiempos en que la familia humana y cristiana es puesta en peligro incluso en su misma institución, es bueno que escuchemos lo que la Palabra bíblica nos dice acerca de ella.

Eclesiástico 3, 2-6.12-14. *El que teme al Señor honra a sus padres*

El libro del Eclesiástico, uno de los últimos libros sapienciales del AT, se llama también Sirácida, porque lo escribió Jesús Ben Sira, o hijo de Sira, unos doscientos años antes de Cristo.

El pasaje de hoy habla de las relaciones entre hijos y padres. El que honra a sus padres, dice el sabio, recibe una serie de beneficios: expía sus pecados, acumula tesoros, se llena de alegría y, cuando ora, es escuchado por Dios, que además le concede larga vida.

Añade un toque de realismo: un buen hijo no abandona a sus padres tampoco cuando se hacen viejos y “aunque flaquee su mente”.

El *salmo* también habla del ambiente familiar: con la mujer al frente de la casa, como “parra fecunda”, y los hijos en torno a la mesa, gozando todos de la bendición de Dios.

Colosenses 3, 12-21. *La vida de familia vivida en el Señor*

En la carta que escribe Pablo a la comunidad de Colosas (en Frigia, actual Turquía), les presenta un programa ideal de vida comunitaria. Su “uniforme” —el vestido que les distingue de los demás— debe ser misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Pablo desciende también a una ejemplificación en el ámbito de la familia: las relaciones entre marido y mujer, y entre padres e hijos.

A la vez, los cristianos deben permanecer en la acción de gracias (¿alusión a la eucaristía?), dando primacía a la Palabra, y orando con cantos, salmos e himnos.

Mateo 2, 13-15.19-23. Toma al niño y a su madre y huye a Egipto

Mateo nos cuenta el episodio de la huida de la familia de Jesús a Egipto, escapando de la persecución de Herodes: una de las escenas más populares del evangelio, aunque no sabemos de ella tantos detalles como desearíamos tener, y que ya se encargaron de rellenar en parte los evangelios apócrifos.

Egipto, también provincia romana, estaba fuera del alcance de Herodes. Cuando muere este, José recibe el aviso de que puede volver de nuevo a su tierra. Obediente a las indicaciones del ángel —como el evangelio resalta varias veces—, vuelve al país de Israel, pero no a Belén, sino a Nazaret, sobre todo porque el sucesor de Herodes, Arquelao, parecía tener las mismas aviesas intenciones.

El objetivo de Mateo, a lo largo de su evangelio, es subrayar que en Jesús se cumplen las profecías y anuncios del AT. Aquí también lo dice. Si Jesús ha tenido que ir a Egipto y luego volver, es para que se cumpla lo que dijo el profeta: “llamé a mi hijo para que saliera de Egipto”.

También lo de ir a vivir a Nazaret lo interpreta Mateo como cumplimiento del anuncio: el Mesías será llamado “nazareno”. El pueblecito de Nazaret se ha hecho famoso después, por ese Jesús que ha sido el “Nazareno” más importante de toda la historia.

—II—

Programa de vida de familia

De la familia de Nazaret —a la que siempre nos deberíamos acercar con un infinito respeto, porque está sumergida en el misterio de Dios— no sabemos muchas cosas. Pero una cosa sí es segura: el Hijo de Dios quiso nacer y vivir en una familia, y experimentar nuestra existencia humana, por añadidura en una familia pobre, trabajadora, que tendría muchos momentos de paz y serenidad, pero que también supo de estrecheces económicas, de emigración, de persecución y de muerte.

Esta familia de Nazaret aparece como un modelo amable de muchas virtudes que deberían copiar las familias cristianas: la mutua acogida, la comunión perfecta, la fe en Dios, la fortaleza ante las dificultades, el cumplimiento de las leyes sociales y de la voluntad de Dios.

El programa que aparece en los textos de esta fiesta vale para las familias, para las comunidades religiosas, para las parroquias, para la humanidad entera. Nos irían bastante mejor las cosas si en verdad los hijos cuidaran de sus padres siguiendo los consejos del Sirácida. Y si en nuestras relaciones con los demás vistiéramos ese “uniforme” del que habla Pablo: misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón. Los consejos de Pablo parecen pensados para nosotros: “perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro... que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón... y, por encima de todo, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada”. Pablo conocía bien las dificultades de la convivencia humana.

La fiesta de hoy no nos da soluciones técnicas para la vida familiar o social, pero nos ofrece las claves más profundas, humanas y cristianas, de esta convivencia. Habrán cambiado las condiciones sociales y el modo de relacionarse padres e hijos en comparación con las que describía el libro del Sirácida o el mismo Pablo en su tiempo. Ahora, por ejemplo, se tienen mucho más en cuenta los derechos de cada persona, y el papel de la mujer, como esposa y madre, es muy diferente del de hace siglos. Pero los principios y los valores principales siguen ahí: el respeto mutuo, el amor, la solidaridad, la tolerancia, la ayuda mutua.

Cuando los padres se hacen viejos y hay que cuidarlos

Ben Sira nos traza un pequeño tratado sobre el comportamiento de los hijos para con sus padres. Casi como un comentario o glosa del cuarto mandamiento: “honrarás al padre y a la madre”. El marco social ha cambiado, pero la norma que él da sigue en pie: atender a los padres, honrar padre y madre.

También sigue actual para las familias y para las comunidades religiosas el detalle que el sabio del AT apuntaba respecto a los padres ancianos, a los que ya “les flaquea la mente”. Él no sabía nada del mal de Alzheimer,

pero parece describirlo. Y nos invita a extremar nuestro amor a los mayores precisamente en esas circunstancias. Es fácil tratar bien a los padres cuando son ellos los que nos ayudan a nosotros porque dependemos hasta económicamente de ellos. Y difícil cuando ya no se valen por sí mismos y son ellos los que dependen de nuestra ayuda.

El Catecismo de la Iglesia Católica, citando precisamente el pasaje del Sirácida que hoy leemos, concreta el “cuarto mandamiento” recordando a los hijos sus responsabilidades para con los padres: “Cuando se hacen mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres... La obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que les es debido, que permanece para siempre... En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento” (CCE 2217-2218).

También con fe y oración

Este programa de vida familiar y comunitaria no es nada fácil. Y no se puede basar sólo en una filantropía humana, o en motivos de interés o de mera convivencia civilizada, sino sobre todo en la fe, en la oración, en la certeza de sabernos todos amados por Dios.

Para una vida familiar y comunitaria sólida necesitamos la fe, porque el motivo último de este amor que se nos pide es el amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo, y que estos días se nos ha manifestado de un modo más explícito. Ya Ben Sira ponía como motivo fundamental del amor a los padres la mirada hacia Dios: “el que honra a su padre, cuando rece será escuchado; al que honra a su madre, el Señor le escucha”.

Cuando Pablo invita a las mujeres, a los maridos y a los hijos a superar las dificultades que puedan encontrar y a vivir en paz y armonía, no se basa sólo en que debemos convivir civilizadamente unos con otros, sino que añade una pequeña pero significativa expresión: “en el Señor”.

Necesitamos la ayuda de Dios. Pablo, a los Colosenses —a nosotros— nos invita a no descuidar la acción de gracias (Eucaristía), a dar el debido lugar

a la Palabra de Dios, a dar sentido a nuestra vida con la oración y el canto de salmos e himnos. Una agrupación humana, sea la familia o una comunidad religiosa, no puede superar las mil dificultades que encuentra para la convivencia, si no es también con la ayuda de Dios. Si existe esta apertura hacia Dios, entonces sí se puede creer que es posible lo que Pablo recomienda a los Colosenses: que en la vida, “todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús”. El programa de Pablo es claro y concreto, pero difícil de cumplir cada día, como todos hemos experimentado más de una vez.

Es interesante que los tres miembros de la familia de Nazaret son presentados a lo largo del evangelio como personas que se distinguen por su escucha de la Palabra. José, cuando despierta, cumple lo que le había dicho el ángel de parte de Dios. María contesta en su diálogo con el ángel: “hágase en mí según tu palabra”. Y Jesús afirma que debe estar en las cosas de su Padre y en toda su vida aparece siempre atento a cumplir la voluntad de Dios.

Una familia que cada domingo acude a celebrar la Eucaristía tiene un apoyo consistente, en la escucha de la Palabra y en la comunión con Cristo como su alimento, para su camino de convivencia y de crecimiento humano y cristiano. Así es como crece más expresiva y testimonialmente como una “iglesia doméstica” (LG 11).

Jesús comparte las dificultades de los emigrantes

También puede resultarnos una lección actual el episodio de la marcha de esta familia a Egipto y su vuelta a la muerte de Herodes.

Jesús, con sus padres, experimenta y actualiza en sí mismo la historia del pueblo de Israel en su marcha a Egipto, en su éxodo y su vuelta a la tierra prometida. Como hacía siglos Jacob y sus hijos emigraron a Egipto huyendo del hambre, y luego sus descendientes volvieron a la patria tras un largo proceso de éxodo y peregrinación por el desierto, así ahora Jesús revive en su misma persona este éxodo solidarizándose con la historia de su pueblo.

La vida de una familia comporta a menudo momentos de tensión interna o externa, como los que leemos en el evangelio de hoy. José tuvo que decidirse a tomar a su mujer y a su hijo y huir a Egipto, con todo lo que eso supone

de incomodidades de viaje y de estancia en un país extranjero, sin conocer a nadie ni hablar su lengua. Y, de nuevo, la vuelta a su patria, instalándose en Nazaret.

No serían las únicas dificultades que pasaría esta familia. Ya se le anunció a María que una espada de dolor atravesaría su alma. Y cuando perdieron al hijo en el Templo sufrieron la angustia de la búsqueda y la incompreensión del lenguaje de Jesús. Por eso, la Familia de estas tres inefables personas nos resulta un modelo de armonía y de fidelidad a Dios tanto en los momentos de gozo como en los de dolor, incluidos los que pasaron como emigrantes o prófugos.

Una familia más santa, fruto de la Navidad

A la vez que seguimos meditando y celebrando el misterio del Dios hecho hombre, nos miramos hoy al espejo de la Sagrada Familia para mejorar el clima de la nuestra.

Precisamente ahora en que tantos interrogantes se levantan contra la institución de la familia humana y cristiana, en un tiempo en que tal vez más que en otros sentimos las dificultades de la convivencia familiar y se multiplican los ejemplos de violencia doméstica, y también se ve más difícil que en otros tiempos la estabilidad de nuestras opciones y relaciones, la Palabra de Dios ilumina desde la luz cristiana y navideña la realidad de nuestras familias.

Ojalá las nuestras imiten esas consignas de unión y mutua acogida y tolerancia que escuchamos en las lecturas de hoy, basadas también en la referencia necesaria a Dios.

Y ojalá también que miremos con ojos más amables a los inmigrantes que vienen a nuestro país buscando un modo de vida más humano.

SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

1 de enero

—I—

El recuerdo de la Madre en la fiesta del Hijo

La fiesta de hoy tiene varias direcciones: es el comienzo del año civil (la más popular), es la octava de la Navidad, el día en que Jesús fue circuncidado y le pusieron ese nombre, la jornada de oración por la paz (que podría motivar de modo especial la oración por la paz del mundo y el gesto de la paz mutua antes de comulgar). Pero, sobre todo, es la solemnidad de Santa María Madre de Dios.

Aunque el protagonista de todo el tiempo de la Navidad es Cristo Jesús, el recuerdo de la Virgen en la octava de la Navidad —la de hoy es seguramente la fiesta mariana más antigua en la liturgia romana—, no le quita al Hijo ninguna importancia y nos ayuda a todos a vivir mejor la Navidad. El título de “Santa María Madre de Dios” es el principal de todos los demás que se pueden aplicar a la Virgen.

Números 6, 22-27. *Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré*

En este libro, que se llama “Números” porque comienza con el censo de las tribus de Israel, los sacerdotes del AT reciben el encargo de bendecir a los fieles que acuden al lugar del culto, transmitiéndoles así la bendición de Dios, acompañada de su paz, sobre todo con ocasión del año nuevo.

Tiene muy buen sentido este breve pasaje el día de hoy: también nosotros necesitamos, para todo el año que empieza, esa bendición de Dios, que ahora está llena de mayor contenido, desde la venida de Cristo Jesús a nuestra familia.

El hermoso *salmo* que prolonga esta lectura pide para nosotros que “el Señor tenga piedad y nos bendiga”, y lo hace no sólo para nosotros, sino para todos los pueblos de la tierra, en un claro color universalista: “que te alaben todos los pueblos”.

Gálatas 4, 4-7. *Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer*

Pocas alusiones encontramos en Pablo a la Madre del Mesías. Hoy leemos cómo les dice a los cristianos de Galacia que Dios envió a su Hijo “nacido de una mujer y nacido bajo la ley” de Moisés, integrado, por tanto, en la raza humana y en concreto en el pueblo de Israel.

La finalidad de esa venida es, según Pablo, “rescatar a los que estaban bajo la ley”, y sobre todo “que recibiéramos el ser hijos” y así poder decir, movidos por el Espíritu, “Abbá, Padre”. Y si somos hijos, “también herederos”.

Lucas 2, 16-21. *Encontraron a María y a José y al Niño.* *A los ocho días, le pusieron por nombre Jesús*

De nuevo escuchamos, como el día de Navidad, cómo los pastores encontraron al Niño en Belén y marcharon luego gozosos, contando a todos su experiencia. Y también cómo “María conservaba todas estas cosas, meditando en su corazón”.

Aquí se añade además lo que sucedió “a los ocho días” del nacimiento de Jesús: su circuncisión y la imposición del nombre de Jesús, el nombre que ya había señalado el ángel a José. Los padres de Jesús obedecieron la ley de su pueblo, respecto a la circuncisión, y obedecieron también la indicación del ángel respecto al nombre que le habían de poner a su Hijo.

–II–

Empezamos bien el año

Toda la celebración rezuma “buena noticia”: estamos en la octava de la Navidad, celebrando todavía “el día santo en que la Virgen María dio a luz al Salvador del mundo” (embolismo propio en el Canon Romano). En medio de un mundo que no abunda precisamente en alegrías profundas, la fiesta de hoy nos “felicita” a todos el nuevo año proclamando la buena noticia del Dios-con-nosotros e implorando su bendición sobre nuestras vidas.

Si los sacerdotes del AT bendecían a sus fieles de parte de Dios y les deseaban la paz –“ilumine su rostro sobre ti... te conceda la paz”–, los cristianos sabemos que hemos sido bendecidos todavía con mayor plenitud en el Hijo. Su venida ha sido la mejor garantía de bendición y de paz para nosotros. El ángel lo anunció a los pastores: “gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres”.

Vale la pena releer la “bendición solemne” que el Misal propone para hoy y que el presidente de la Eucaristía pronunciará con énfasis: “El Dios, fuente y origen de toda bendición, os conceda su gracia... y os proteja durante todo este año que hoy comenzamos... os mantenga íntegros en la fe, incommovibles en la esperanza y perseverantes en la caridad... Os conceda un feliz y próspero año nuevo, escuche vuestras súplicas y os lleve a la vida eterna”.

¿Podemos desear algo mejor? Lo vamos a necesitar los doce meses del año que empieza.

Le pusieron por nombre Jesús, que significa Dios-salva

Estamos todavía en Navidad. Lo que celebramos es que Dios se ha acercado a nosotros al encarnarse en nuestra historia.

El nombre que le pusieron, siguiendo la indicación del ángel, fue “Jesús”, que en hebreo significa “Dios salva”: el nombre más significativo que se le podía poner al Mesías, equivalente al de Dios-con-nosotros.

La gracia fundamental de la Navidad es que Dios se ha introducido definitivamente en nuestra historia, que se ha hecho uno de nosotros para salvarnos desde dentro, por medio de su Hijo. Esta salvación ya ha empezado, pero está destinada a llegar a su plenitud al final: “así como nos llena de gozo celebrar el comienzo de nuestra salvación, nos alegremos un día de alcanzar su plenitud” (oración sobre las ofrendas).

Somos hijos

En concreto, como dice Pablo en su carta de hoy, “envió Dios a su Hijo para que recibiéramos el ser hijos por adopción”.

Nuestra auténtica relación con Dios no es sólo de creaturas, y menos de esclavos. El Hijo de Dios se ha hecho hermano nuestro para que nosotros seamos hijos en la familia de Dios, “de manera que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero” junto con Cristo. Y por eso, movidos desde dentro por el mismo Espíritu que movía a Jesús, podemos exclamar en verdad “Abbá, Padre”.

El prólogo del evangelio de Juan, que leemos en estas fiestas, nos dice que “a cuantos lo recibieron les dio poder ser hijos de Dios”, afirmación que continúa en una de sus cartas: “mirad qué amor nos ha tenido el Padre: que somos llamados hijos de Dios, y lo somos”.

Nos hace bien que al principio del año se nos recuerde esta convicción que da un tono distinto a nuestra historia: somos hijos en la casa de Dios. Puede ser que no gocemos de mucha salud, y que nuestra situación social no sea envidiable, y que nuestras cualidades no sean muy brillantes. Pero lo que nadie nos quita es esto: que somos hijos en la familia de Dios, que Dios nos quiere como a sus hijos. Eso no es un mero consuelo psicológico, sino teología. Sea lo que sea lo que nos vaya a deparar el año nuevo, una cosa es importante: a lo largo de todos sus días, Dios seguirá siendo nuestro Padre y nos querrá como a hijos.

Aquí está también la motivación principal de esa paz que todos deseamos en casa propia y en todo el mundo: si todos nos sabemos hijos en la casa de Dios, sacaremos la conclusión de que todos somos hermanos, y nos sentiremos invitados a tratarnos como tales.

Santa María, Madre

Todo el tiempo de Adviento y Navidad es claramente un “tiempo mariano”, por la presencia tan privilegiada de María en el misterio del nacimiento y manifestación de Jesús. Y no ciertamente porque lo hayamos decidido nosotros: ha sido Dios mismo quien quiso que ella estuviera al lado de Jesús en este inicio de su vida, así como luego iba a estar al pie de la cruz, en la alegría de la Pascua y en la venida del Espíritu sobre la comunidad.

Pero la fiesta de hoy nos recuerda de modo especial a María: nos invita a “celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa, por la que merecimos recibir al Autor de la vida” (Pablo VI, *Marialis Cultus*).

Afirmamos con gozo que “por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación”, y que por ella “hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida” (oración colecta). En la poscomunión de hoy aparece por primera vez en los textos litúrgicos el título de “Madre de la Iglesia”, aplicado a María solemnemente por el papa Pablo VI y ahora asumido por el Misal: “proclamamos a María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia”.

María es maestra de la espera, de la acogida y de la manifestación del Mesías al mundo. Es la persona que mejor vivió el Adviento y la Navidad, y la manifestación de la Epifanía. Por ello su recuerdo puede ayudarnos, junto al de Jesús, a celebrar mejor este tiempo y a empezar mejor el año.

DOMINGO 2 DE NAVIDAD

—I—

Profundizando en la Navidad

Este domingo es como un eco o una profundización de la fiesta de la Navidad, con el tono teológico y elevado que ya se había iniciado en la “misa del día” del 25 de diciembre con el prólogo del evangelio de Juan.

El aspecto que más se resalta en los textos de hoy es el de Cristo como la Palabra viviente de Dios, que nos comunica su luz y su salvación.

En los primeros días del nuevo año, seguimos meditando y celebrando el gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en nuestra historia. Imitando, también en esto, la actitud de María, la Madre, que “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.

Eclesiástico 24,1-4. 12-16. *La sabiduría de Dios habitó en el pueblo elegido*

El libro del Eclesiástico, llamado también “Sirácida”, porque fue escrito por Jesús, Ben Sira (hijo de Sira), es uno de los últimos libros sapienciales del AT.

Hoy “prepara” bien la lectura del prólogo de Juan, porque habla de la sabiduría de Dios. Ya en el AT se intuía que la sabiduría de Dios, personificada,

existía “desde el principio, antes de los siglos”, e iba a tener un puesto central: “se gloria en medio de su pueblo”, “en la congregación plena de los santos”; esa sabiduría de Dios “habita en Jacob, en Jerusalén”, “eché raíces en un pueblo glorioso”, mientras otros pueblos permanecen en la oscuridad y la ignorancia.

Para los que leemos ese libro dos mil años después de la venida de Cristo, esa promesa no puede tener otro sentido que el de Cristo como Palabra eterna de Dios, enviado como Profeta y Maestro auténtico.

El *salmo* sigue en la misma perspectiva de un Dios que “envía su mensaje a la tierra y su palabra corre veloz”, que “anuncia su palabra a Jacob”. La antífona que se intercala entre sus estrofas, “la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”, hace que cantemos ese salmo desde la visión cristiana. Nosotros sí que podemos decir que “con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos”.

Efesios 1, 3-6.15-18. *Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos*

Volvemos a leer el entusiasta comienzo de la carta de Pablo a la comunidad de Éfeso, que ya escuchábamos el día de la Inmaculada.

Es Dios quien actúa primero, “por pura iniciativa suya”, bendiciéndonos con toda clase de bendiciones, y eso provoca que nosotros le respondamos con nuestra bendición: “Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido...”. La bendición descendente de Dios y la ascendente de nuestra alabanza se encuentran “en la persona de Cristo”.

La bendición mejor que nos ha otorgado Dios es que “nos ha destinado a ser sus hijos”. Pablo pide a Dios que conceda a sus cristianos “espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo”, que les abra sus ojos para una inteligencia más viva del misterio de Dios.

Juan 1, 1-18. *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*

Proclamamos hoy, con el prólogo del evangelio de Juan, el mejor resumen

teológico, no sólo del misterio de la Navidad, sino de toda la historia de la salvación.

Cristo, desde la eternidad, estaba junto a Dios, era Dios, y era la Palabra viviente de Dios. Cuando llegó la plenitud del tiempo, el que era la Palabra se hizo hombre, se “encarnó” y acampó entre nosotros para iluminar con su luz a todos los hombres. Los que le acogen reciben el don de nacer de Dios y ser sus hijos.

¿Se puede pensar en una teología más resumida y densa del misterio que estamos celebrando? Son los grandes conceptos propios de Juan: Palabra, Vida, Luz, Gracia, Hijos...

-II-

El Niño recién nacido es la Palabra viviente de Dios

Estamos todavía en la Navidad. Hemos celebrado el nacimiento del Hijo y la fiesta de la Madre. Pronto celebraremos la Epifanía, la manifestación del Salvador a las naciones. Pero las lecturas de hoy nos ayudan a entender más en profundidad lo que representa para nosotros el que el Hijo de Dios haya tomado nuestra naturaleza humana. No sólo le vemos como el Niño recién nacido, sino como el Mesías, el Maestro y Profeta que nos enseña la verdad de Dios.

Los textos de hoy se centran sobre todo en Jesús como la Palabra de Dios, como la Sabiduría encarnada. Nuestro Dios no es un Dios mudo: es un Dios que nos habla, que nos dirige su Palabra personal.

Ya el Sirácida, en la primera lectura, anunciaba que la Sabiduría de Dios iba a establecer su morada en Israel y que iba a “echar raíces en un pueblo glorioso”. Pero ha sido Juan el que ha proclamado el cumplimiento de las promesas: “la Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros”.

La alegría que experimentaba Israel porque la Sabiduría de Dios, hecha persona, habitaba en medio de ellos, la sentimos los cristianos con mayor

razón, porque sabemos que Jesús no sólo nos ha venido a traer la Palabra de Dios, sino que él mismo ES Palabra viviente. “En el principio era la Palabra y la Palabra era Dios”, y esa Palabra, hecha persona, es la que ha venido al mundo y ha puesto su tienda en medio de nosotros. Lo que era profecía en el AT es ahora realidad.

¿No es esto lo que celebramos en la Navidad y nos llena de alegría y da sentido a nuestra existencia? Nuestro Dios no es un Dios lejano: nos ha “dirigido su Palabra” y esta Palabra es Cristo Jesús. En la oración sobre las ofrendas afirmamos que Dios, por medio de su Hijo, “nos ha señalado el camino de la verdad”.

Necesitamos la sabiduría de Dios

Pero el evangelio de Juan nos ha planteado el dilema: unos reciben a esa Persona que es la Palabra viva de Dios, y otros, no. Esa Palabra era la Luz, pero a veces pasa que “la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió”, “vino a su casa y los suyos no la recibieron”. Los que sí la acogen, reciben el gran don de ser hijos, de “nacer de Dios”.

Todos necesitamos la luz de esa Palabra. Todos necesitamos, para descubrir el sentido de nuestra vida, esa Sabiduría que nos ayuda a ver las cosas desde los ojos de Dios, que es “luz de los que en él creen” (oración colecta). Si no recibimos a ese Cristo como la Palabra definitiva de Dios, no nos extrañemos del desconcierto y de la confusión que reina en las ideologías de este mundo. Se puede seguir diciendo, como dijo Jesús de muchos de sus contemporáneos, que “andan como ovejas sin pastor”.

En su carta a los Efesios, Pablo pide para ellos que maduren en su fe, que Dios les conceda “espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo”, y que les ilumine “para que comprendan cuál es la esperanza a la que nos llama y la riqueza de gloria que nos tiene preparada como herencia”. “Conocer”, “comprender”: el Maestro que es Cristo, la Palabra viviente que es él, es quien nos puede dar ese conocimiento profundo de la historia. Los creyentes ya caminamos en la luz, pero necesitamos profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo, que es también nuestro propio misterio, el sentido de la vida y de la historia y de la muerte.

En cada Eucaristía, a la escuela de la Palabra.

Pronto terminaremos las fiestas de la Navidad. Pero queda, para todo el año, nuestro encuentro dominical (o diario) con Cristo, la Palabra viviente que nos dirige una y otra vez Dios Padre.

Esa es nuestra mejor catequesis, nuestra más profunda y eficaz “formación permanente”, la escuela que nos ayuda a crecer en nuestra fe y en nuestra vida cristiana. Si con el salmista pedimos a Dios “enséñame tus caminos”, su respuesta es precisamente esta: la proclamación de su Palabra en las celebraciones comunitarias, además de la lectura que podemos hacer personalmente o en los grupos de oración o de lectura bíblica o en la “lectio divina”.

En la primera parte de cada Eucaristía –la “primera mesa” a la que nos invita el Señor– vamos asimilando su sabiduría, o sea, su mentalidad, su manera de ver las personas, las cosas y los acontecimientos. Como la Virgen María contestó a Dios: “hágase en mí según tu Palabra”, nosotros deberíamos ajustar nuestro estilo de vida a la Palabra que Dios nos va dirigiendo. Así viviremos en la luz, creceremos en fe y esperanza, y nos sentiremos estimulados a vivir según Cristo.

EPIFANÍA DEL SEÑOR

6 de enero

–I–

La manifestación universal del Salvador

La fiesta de hoy, prolongación de la Navidad, tiene en nuestra liturgia romana como protagonistas a unos magos de tierras extrañas que vienen a adorar al Mesías, mientras que en el Oriente ha sido siempre la fiesta del Bautismo y también del nacimiento del Señor.

Tendremos que saber pasar, a partir del aspecto más popular de la fiesta, que es una jornada entrañable de regalos para los niños, a celebrar lo que es su objetivo fundamental: la “epifanía”, o sea, la “manifestación” del Mesías también a los pueblos paganos. El Ceremonial de Obispos la describe así: “en ella se celebran, en el Niño nacido de María, la manifestación de aquel que es el Hijo de Dios, el Mesías de los judíos y la luz de las naciones”.

Hoy, después de la lectura del evangelio, se suele proclamar el “calendario” de las fiestas principales del año, sobre todo de la Pascua. Una vez más, se enlaza el misterio del nacimiento del Señor con su Pascua. Al final de la Misa, como seguramente se habrá hecho en otras fiestas dentro de la Navidad, hoy tiene particular sentido dar a besar la imagen del Niño, imitando así a los magos que adoraron a Jesús.

Isaías 60, 1-6. La gloria del Señor amanece sobre ti

Con un lenguaje muy poético, el profeta Isaías –seguramente el segundo o tercer Isaías–, en uno de sus últimos capítulos, los más esperanzadores, anuncia la alegría de la salvación, la vuelta de los desterrados, una salvación universal centrada en Jerusalén: “levántate, Jerusalén, que llega tu luz”, por encima de las tinieblas de la tierra: “sobre ti amanecerá el Señor”.

El profeta, lleno de entusiasmo, anuncia cómo vendrán desde las regiones más lejanas a ofrecer sus regalos a Jerusalén, “incienso y oro”. Esta lectura prepara así la de los magos que vienen a adorar al Niño.

El *salmo responsorial* insiste: “se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra” y habla de los que vendrán desde lejos –Tarsis, Saba, Arabia– a ofrecer sus dones al “rey”, que nosotros vemos como figura del Mesías, que hoy recibe estos regalos de los magos que vienen de lejos.

Efesios 3, 2-3a.5-6. Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos de la promesa

Para Pablo, la llamada a la fe no sólo de los judíos, sino también de los paganos, es uno de sus temas preferidos. Se siente orgulloso de “la gracia que se le ha dado”, poder revelar a todos el misterio que había estado escondido desde siempre: “que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo”. Ahora el punto de atracción no es una capital geográfica o política, sino una Persona: Cristo Jesús.

Es una convicción por la que luchará Pablo continuamente, y logrará convencer a la Iglesia apostólica de que tiene que abrirse también a los paganos, no sólo al pueblo de Israel, el pueblo elegido que, ciertamente, sigue siendo el primer destinatario de la promesa de Dios.

Mateo 2, 1-12. Venimos de Oriente para adorar al Rey

Mateo es el único evangelista que nos cuenta el episodio de los magos que vienen a visitar al recién nacido Mesías.

¡Qué diferencia de actitud en las personas! Esos personajes que vienen desde lejos, obedientes a una intuición misteriosa, llegan hasta Jesús, lo reconocen como el enviado de Dios y “cayendo de rodillas, lo adoran”. Mientras que las autoridades de Jerusalén, tanto políticas como religiosas, empezando por el rey Herodes –que emprendió la construcción del Templo, pero se hizo famoso sobre todo por su crueldad– se asustan de lo que puede significar esa estrella y ese “rey” recién nacido. Y no saben reconocerle.

–II–**Otra fiesta de la Luz**

Tanto en Roma como en Egipto y Oriente, las fiestas del 25 de diciembre y del 6 de enero tenían mucho que ver con la luz: la luz cósmica que, por estas fechas, empieza en nuestras latitudes a “vencer” a la noche, después del solsticio de invierno que es el 21 de diciembre. De ahí es fácil el paso a la luz de Cristo, el verdadero Sol que ilumina nuestras vidas.

Ya Isaías anunciaba todo el programa de salvación de Dios bajo el símbolo de la luz: “llega tu luz, la gloria del Señor amanece sobre ti”. Alrededor, “las tinieblas cubren la tierra”, pero “sobre ti amanecerá el Señor”. Además, el pueblo elegido debe ser como un faro evangelizador para los demás: “y caminarán los pueblos a tu luz”.

Eso se cumple en lo que nos narra el evangelio. Los magos de Oriente, después de la fallida consulta a las autoridades de Israel, “se pusieron en camino y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño”.

Nuestra actitud de acogida del misterio de la Navidad debería ser una actitud de apertura a la luz: “que tu luz nos disponga y nos guíe siempre para que contemplemos con fe pura y vivamos con amor sincero el misterio del que hemos participado”.

En la bendición solemne que en esta fiesta traza el sacerdote sobre la comu-

nidad, al final de la celebración, se afirma que “Dios os llamó de las tinieblas a su luz admirable”, que “Cristo se ha manifestado hoy al mundo como luz en la tiniebla” y que al final de la vida nuestro destino es que “llegemos a encontraros con Cristo, luz de luz”.

Dios quiere la salvación de todos

Epifanía es también el mensaje gozoso de la universalidad de la salvación de Dios. ¿Para quién ha venido Cristo Jesús? Para todos los pueblos de la tierra. Esta es la respuesta de las lecturas de hoy. No sólo para Israel, también para los paganos. No sólo, ahora, para los católicos o los cristianos, también para los demás pueblos y religiones.

En la Epifanía celebramos la manifestación de Jesús a todos los pueblos de la tierra, representados en los magos. Lo anunciaba ya Isaías: “todos los pueblos caminarán a tu luz: todos se reúnen y vienen a ti”. El salmo nos ha hecho repetir que “se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra”.

Claro que lo que anunciaba Isaías, que iban a venir a ofrecer sus regalos, ahora no lo hacen a Jerusalén como capital geográfica, sino a Cristo, en quien se cumplen los anuncios: “caminarán los pueblos a tu luz... proclamando las alabanzas del Señor”. Como dice el Catecismo, “en estos magos, representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el evangelio ve las primicias de la naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación” (CCE 528).

Todo eso, como dice Pablo, responde al plan de Dios: el “misterio” que estaba oculto durante siglos y que ahora se ha manifestado en Cristo: “que también los paganos son coherederos, copartícipes de la promesa en Jesucristo”. Como dice la oración colecta de hoy: “tú en este día revelaste a tu Hijo Unigénito a los pueblos gentiles”.

Estos días estamos asistiendo a una manifestación progresiva del Mesías: a sus padres, a los pastores, a los ancianos Simeón y Ana en el Templo, a los magos de Oriente y, como celebraremos el domingo que viene, su proclamación mesiánica en el Bautismo del Jordán, antes de empezar su misión. Por eso la fiesta de hoy de alguna manera se puede decir que es la fiesta de la Iglesia misionera.

¿Es universal nuestro corazón?

Nos conviene esta fiesta de la Epifanía, porque no nos resulta fácil ser universales en nuestra visión del mundo y en nuestra conducta con los demás.

Es verdad que los magos nos dan también otro ejemplo. Aunque de ellos no se nos dice ni cuántos son, a qué se dedican o de dónde proceden con exactitud, sí se ve que son personas que se ponen en camino, buscan la luz y la verdad, y quieren responder a la llamada que intuyen que les viene de Dios, venciendo con su fe las distancias y las dificultades y la acogida un tanto fría de las autoridades de Jerusalén. Todos necesitamos esta actitud de búsqueda y de disponibilidad, porque también nuestra fe es camino y búsqueda.

Pero, a la vez, la fiesta de hoy nos recuerda que hemos de ser universales. Dios es universal en su plan de salvación y quiere que también nosotros lo seamos.

Ahora que se da cada vez más en todas partes una mezcla de culturas y razas, por la creciente inmigración de otros pueblos, tal vez la lección más apremiante de la fiesta de hoy es que aprendamos de Dios a ser más abiertos de corazón: él quiere la salvación de todos los pueblos y razas, porque es el Padre de todos, y nos enseña a actuar así también a nosotros, con espíritu misionero, pero con corazón tolerante y solidario, comprensivo para todas las opiniones y culturas religiosas. Como Cristo que, a lo largo del evangelio, aparece como nuestro mejor maestro y modelo de acogida a todos.

Ser universales significa, en el nivel eclesial, que no nos encerremos en nuestro grupo o movimiento o cofradía, sino que nos abramos a la cooperación con los demás y tengamos una visión global de la Iglesia, no como patrimonio de un grupo o de una cultura.

En el nivel social, ser universales significa que seamos claramente pluralistas, aceptando a las personas de otra raza y cultura, también religiosa, venciendo en nosotros mismos todo brote de “racismo”, que no necesariamente se nota en nuestra relación con personas de otra raza, sino también de otra cultura, edad, opiniones políticas, etc.

Ser universales en el nivel familiar o comunitario quiere decir ser tolerantes, capaces de dialogar, abiertos a los demás, no cerrados en nuestros gustos y blandiendo sólo nuestros derechos.

Siempre que celebramos la Eucaristía, hacemos una profesión de universalidad, porque nos reunimos gentes de edad y gustos diferentes, convocados por la fe en Cristo. Participamos todos de la misma Palabra, rezamos y cantamos juntos y, sobre todo, compartimos el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo, precisamente después de hacer con los más cercanos el gesto de la paz, como símbolo comprometedor de que queremos progresar en los valores de la fraternidad y la mutua acogida.

BAUTISMO DEL SEÑOR

—I—

Termina Navidad, empieza la misión

Con la fiesta de hoy termina el ciclo de la Navidad. Esta tarde, con las vísperas, retiramos ya los símbolos del tiempo navideño y dejamos paso a las semanas de Tiempo Ordinario que precederán a la Cuaresma. En rigor, hoy sería el domingo primero del Tiempo Ordinario: pero en él siempre se celebra esta fiesta del Bautismo. Mañana, lunes, sí es lunes de la 1ª semana.

Terminamos la Navidad con la escena que da inicio a la misión pública de Jesús: su Bautismo en el Jordán, donde recibe la confirmación oficial de su mesianismo. Del Niño recién nacido pasamos al Profeta y Maestro que nos ha enviado Dios y que va a comenzar su misión. Seguimos en clima de Epifanía, de manifestación, con lecturas bíblicas diferentes para cada uno de los tres ciclos dominicales.

Puede parecer un tanto brusco este paso de la infancia de Jesús a su vida pública: pero Mateo no quiere sencillamente narrar cosas, sino transmitir un evangelio, la buena noticia que Jesús mismo era y predicaba. Las lecturas bíblicas de esta fiesta son diferentes para cada uno de los tres ciclos.

Isaías 42, 1-4.6-7. *Mirad a mi siervo, a quien prefiero*

El libro de Isaías incluye cuatro “cantos del Siervo de Yahvé”, de los que hoy leemos el primero.

Es un poema que prepara perfectamente lo que luego escuchamos en el evangelio, porque las palabras que Dios dice sobre el Siervo y las que suenan sobre Jesús en el Jordán son muy parecidas. El canto del AT dice: “Mirad a mi Siervo, a quien sostengo, mi elegido, a quien prefiero”. La voz del cielo sobre Jesús suena así: “tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”. La palabra “hijo”, en griego “pais”, puede significar “hijo” o “siervo”, indistintamente. Sobre los dos baja el Espíritu. En Isaías dice la voz sobre el Siervo: “sobre él he puesto mi espíritu”. Mateo dice de Jesús que “se abrió el cielo y el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él”.

Isaías describe también cuál va a ser la misión y el estilo de actuación de este Siervo: “no gritará... la caña cascada no la quebrará... promoverá el derecho... te he hecho alianza de un pueblo...”.

El *salmo* se fija más en “las aguas” –“la voz del Señor sobre las aguas torrenciales”– y en la glorificación del Señor: “el Dios de la gloria ha tronado... el Señor se sienta como rey eterno”. Es un salmo que parece preludiar ya la designación oficial de Jesús como el Mesías y el Rey en el río Jordán. Un Rey que viene a traer la paz. De ahí el estribillo que repetimos: “el Señor bendice a su pueblo con la paz”.

Hechos de los Apóstoles 10, 34-38. *Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo*

La catequesis que Pedro hace de Jesús, en casa de Cornelio –en el marco de la apertura de la comunidad a los paganos–, empieza precisamente con el recuerdo del Bautismo de Jesús.

El resumen que Pedro hace de este episodio es denso: Jesús, aquel día, fue “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo” y así pudo empezar su misión mesiánica. Además, en el cumplimiento de su misión, “pasó haciendo el bien” y haciendo cosas maravillosas, “porque Dios estaba con él”.

Mateo 3, 13-17 *Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios se posaba sobre él*

El Bautismo de Jesús por parte del Bautista, en el Jordán, es un acontecimiento al que los cuatro evangelistas dan mucha importancia: Jesús es manifestado como el Hijo, el predilecto de Dios, lleno del Espíritu, dispuesto a comenzar su misión mesiánica, solidario con todo el pueblo que acude al bautismo de Juan. Parece la investidura oficial de Jesús de Nazaret como el Mesías anunciado y el comienzo de su misión.

Se ve claramente que los evangelistas aluden al cántico de Isaías, porque narran la escena casi calcando los términos en que el profeta había anunciado la venida del Enviado de Dios.

Lo característico del relato en Mateo es el diálogo entre Jesús y el Bautista. El Precursor, humilde, reconoce que es él, Juan, quien necesita el bautismo de conversión, y no Jesús. ¿Cómo puede recibir el Mesías un bautismo de conversión, cuando es él quien viene a convertir y a perdonar y a salvar? Pero Jesús quiere “cumplir todo lo que Dios quiere”. Tiene un estilo muy propio de cumplir su misión de Salvador: ahora y en la cruz, con una solidaridad radical con la humanidad pecadora.

–II–

La teofanía trinitaria

Un aspecto teológicamente importante de los textos de hoy es esta “teofanía trinitaria” que sucede en la escena del Bautismo, que lleva consigo también la “investidura”, la proclamación oficial de Jesús de Nazaret como Mesías enviado de Dios.

Así nos lo ha narrado Mateo: “apenas se bautizó Jesús, salió del agua, se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: este es mi Hijo, el amado, mi predilecto”.

La oración colecta del día ya empieza diciendo: “en el Bautismo de Cristo quisiste revelar solemnemente que él era tu Hijo amado enviándole tu Espíritu Santo”. También la oración sobre las ofrendas habla del “día en que manifestaste a tu Hijo predilecto”.

El prefacio explica cuál era la intención del Bautismo de Jesús: “hiciste descender tu voz desde el cielo, para que el mundo creyese que tu Palabra habitaba entre nosotros; y por medio del Espíritu ungió a tu siervo Jesús para que los hombres reconociesen en él al Mesías, enviado a anunciar la salvación a los pobres”.

Decir que Jesús de Nazaret es el Ungido manifiesta su misión divina. El término griego “Cristo” y el hebreo “Mesías” significan lo mismo: el “Ungido”. Como dice el Catecismo: “eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobrentendido el que ha ungió, el que ha sido ungió y la unción misma con la que ha sido ungió. El que ha ungió es el Padre. El que ha sido ungió es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción” (cita de san Ireneo)” (CCE 438).

El protagonismo del Espíritu

En la escena del Bautismo de Jesús en el Jordán aparece también el protagonismo del Espíritu, en forma de paloma que se posa sobre él. No sabemos bien por qué la paloma: ¿por ser un ave sutil, mansa, símbolo de la paz? ¿o como reminiscencia del Génesis, que nos cuenta que el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas primordiales y las llenó de vida?

Ese mismo Espíritu del origen del mundo, es el que se prometía al Siervo, y se daba a los profetas y reyes en el AT como símbolo de la fuerza de Dios que les iba a acompañar en su misión. Es el mismo Espíritu que intervino en la encarnación humana del Hijo de Dios, en el seno de María de Nazaret, “por obra del Espíritu”, y el que actuaría luego en el sepulcro de Jesús, resucitándole a una vida nueva.

En el Jordán se posó este Espíritu sobre Jesús. Pedro nos dice que Jesús fue “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo”. Cuando Mateo escribe su evangelio (y Lucas el suyo y el libro de los Hechos) la comunidad cristiana tenía amplia y profunda experiencia de que el Espíritu iba guiando sus pasos

y llenándola de su gracia. Como lo sigue haciendo en nuestro tiempo. También ahora, por medio de los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, y por sus ricos carismas e impulsos, es el Espíritu el que continuamente nos empuja a la misión y a la evangelización.

El estilo de actuación del Siervo y de Jesús

En el canto de Isaías 42 se nos describe cuál va a ser el estilo de actuación del Siervo: “no gritará... la caña quebrada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará... promoverá el derecho...”.

Además, dice del Siervo, y nosotros lo vemos cumplido en Jesús de modo pleno: “te he hecho alianza de un pueblo y luz de las naciones... para que abras los ojos de los ciegos...”.

El evangelio nos demuestra continuamente cómo se ha cumplido este poema en Jesús de Nazaret: no apagó las llamas vacilantes ni acabó de quebrar lo que estaba roto, sino que hizo siempre lo posible para recuperar al que parecía perdido (el hijo pródigo, los pecadores, Pedro que le había negado). Su estilo era, en verdad, no el del grito ni la violencia, sobre todo con los débiles y humildes, sino el de la mansedumbre y la comprensión. Precisamente Mateo es el que nos describe más tarde a Jesús citando por extenso las palabras del canto del Siervo que leemos hoy sobre la caña cascada y el pábilo vacilante (Mt 12,17-21).

El nombre que, siguiendo la sugerencia del ángel, puso José a su hijo fue “Jesús”, que significa “Dios salva”: a eso vino, a salvar, y cumplió perfectamente esa misión. Como resume Pedro en su catequesis, Jesús “pasó haciendo el bien” y “curando a los oprimidos por el diablo”. Siempre tuvo tiempo para los pobres, los sencillos, los niños, los enfermos, los que sufrían. De él sí que podemos decir con verdad que fue constituido “alianza para un pueblo y luz para las naciones”. Y que abrió los ojos del ciego y ayudó a caminar a los paralíticos e hizo oír a los sordos.

El que para su Bautismo se pusiera en la fila de los pecadores que acudían a Juan es una muestra de la solidaridad y cercanía que durante toda su vida iba a mostrar para los más débiles y pecadores, para los marginados de la

sociedad. Es un aspecto que se pone de relieve repetidas veces en el evangelio. Isaías 53 ya había anunciado que el Siervo de Yahvé iba a cargar sobre sus hombros los pecados de todos.

Nuestro seguimiento de Cristo a lo largo del año

El Bautismo de Jesús es el prototipo del nuestro: “en el Bautismo de Cristo has realizado signos prodigiosos para manifestar el misterio del nuevo Bautismo” (prefacio).

Empezamos nuestra vida cristiana siendo bautizados y renacidos por el agua y el Espíritu, o sea, introducidos en la esfera de Cristo y constituidos “hijos de Dios”. Desde entonces somos “hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo” (oración colecta).

Hoy sería bueno empezar la Eucaristía con el rito de la aspersion, en vez de con el acto penitencial y el “Señor, ten piedad”. Es un gesto simbólico que nos invita a recordar nuestro Bautismo, del que el Bautismo de Jesús es el prototipo, y a pedir a Dios que renueve en nosotros la gracia que nos concedió en aquel sacramento.

Pero el Bautismo, para nosotros, como para Cristo Jesús, es el comienzo de un camino y de una misión. Ser bautizados significa ser seguidores e imitadores de Cristo Jesús, que va a ser continuamente nuestro guía para toda la vida.

Termina la Navidad. Pero a partir de hoy seguiremos desarrollando la gracia de nuestro Bautismo y nuestra respuesta de fe, escuchando ante todo, en las lecturas de la Eucaristía, cómo actúa Jesús durante su vida, curando a los enfermos, consolando a los atribulados, perdonando a los pecadores, resucitando a los muertos, enseñando los caminos de Dios, proclamando a todos la buena noticia de la salvación.

Termina la Navidad, pero queda Jesús Maestro y Profeta y Enviado de Dios, para todo el resto del año. Para que se pueda decir de nosotros que somos discípulos y seguidores suyos, que intentamos imitarle en nuestro estilo de vida, de modo que se pueda decir de nosotros, como de él, al final del año, o de nuestra vida: “pasó haciendo el bien, porque Dios estaba con él”.

En concreto, será bueno que reflexionemos ya desde ahora si imitamos ese estilo de actuación que Isaías anunciaba y que Jesús cumplió a la perfección:

- * si también nosotros promovemos el derecho y la justicia,
- * si somos personas de alianza y de unión,
- * si no actuamos a gritos y con violencia,
- * si somos suaves en nuestros métodos, tolerantes y comprensivos con los demás, si echamos una mano para ayudar y no para empujar,
- * si cuando vemos a una persona que, por su desánimo o sus crisis, se puede comparar a una caña cascada, no la terminamos de quebrar, sino que intentamos rehabilitarla,
- * si cuando alguien a nuestro lado está a punto de apagarse, como un pábilo vacilante, no soplamos para que se acabe de apagar, sino que hacemos lo posible para que se recupere,
- * si somos personas que saben apagar fuegos o bien que los encienden y azuzan.

CUARESMA

Como lectura introductoria y ambientación espiritual de la Cuaresma, puede ser útil la del Dossier de misas feriales:

Enséñame tus caminos. 2. La Cuaresma día tras día (=Dossiers CPL 73) CPL, Barcelona 2001, 4ª ed., en págs. 7-12.

Además, pueden ser útiles:

* *Celebrar la Cuaresma* (=Dossiers CPL 57) CPL, Barcelona 1997, 3ª ed., 160 págs: págs. 45-49, estudio de los prefacios de este tiempo.

* *Cuaresma. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 96) CPL, Barcelona 2003, 142 págs. (con disquete).

* J. Castellano, *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (=Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., págs. 125-152, “La Cuaresma: camino de la Iglesia hacia la Pascua”.

* R. Grández, *El camino cuaresmal* (= Emaús 9) CPL, Barcelona 1994, 70 págs.

En el Dossier 73 se comentan las lecturas de las ferias de Cuaresma. Aquí lo completamos con las de los seis domingos (el sexto, el de Ramos).

Las fiestas importantes que pueden celebrarse en el tiempo de Cuaresma, como la de san José y la Anunciación del Señor, están comentadas en el Dossier 80, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, Barcelona 1999; 2ª ed.

Un poco de historia

En los primeros siglos, después de organizarse la Pascua y su prolongación de siete semanas, se fue evolucionando poco a poco, en las diversas Iglesias, hacia un tiempo de preparación a esta fiesta principal cristiana, que empezó ya en el siglo II con los dos días del Viernes y Sábado Santos, que formaban con el Domingo el Triduo Pascual. Hasta llegar, en el siglo IV, a una Cuaresma parecida a la que tenemos ahora.

No les debió costar mucho decidirse por el número de “cuarenta días”, que es lo que significa Cuaresma, “quadagesima”. Bastaba seguir la tendencia de la Biblia, que repetidamente presenta la cuarentena –de días o de años– como período de preparación a un acontecimiento importante: los cuarenta días del diluvio universal, los cuarenta días de Moisés en el monte antes de sellar la Alianza, los cuarenta años de Israel por el desierto hasta llegar a la tierra prometida, los cuarenta días de Elías en su huida, el plazo de cuarenta días que Jonás dio a Nínive para su conversión, los cuarenta días de Cristo en el desierto, los cuarenta días entre la Resurrección y la Ascensión de Jesús...

Las lecturas dominicales del ciclo A

Las lecturas dominicales del tiempo de Cuaresma muestran una organización muy pensada para irnos conduciendo por el camino cuaresmal hacia la plenitud de la Pascua de Cristo.

a) *Las primeras lecturas*, del AT, tienen una dinámica interna original. Nos presentan seis grandes momentos de la historia de la salvación, según el plan histórico de Dios, desde el principio hasta la llegada de Jesús. En cada ciclo son diferentes estas páginas.

En el ciclo A, el de este año, los acontecimientos del AT se proclaman en su sentido más primordial, haciendo ver la iniciativa salvadora de Dios en todas sus etapas:

1. la creación cósmica y el primer pecado de Adán y Eva;
2. la vocación de Abrahán, que da origen al pueblo elegido;
3. la marcha de Israel por el desierto, camino de la libertad plena, guiados por Moisés, con el episodio del agua de la roca;

4. la unción de David como rey de ese pueblo;
5. la visión del profeta Ezequiel: de los huesos saldrá vida;
6. el Siervo de Yahvé que se entregará para salvar a todos.

El *salmo*, como siempre, es como una prolongación, en tono contemplativo o sapiencial, de lo que ha dicho la 1ª lectura.

b) *Las segundas lecturas*, de Pablo, a veces complementan a modo de aplicación espiritual el mensaje de la 1ª. Así, en el domingo 1º, opone a la caída del primer Adán la victoria y la gracia del nuevo y definitivo Adán, Jesús; y en el 2º, junto a la vocación de Abrahán, nos habla de nuestra vocación cristiana.

Otras veces anticipan lo que nos va a decir el evangelio: en el domingo 3º ya adelanta que será derramado el Espíritu sobre los creyentes, preparando la lectura del agua en la escena de la mujer samaritana; en el 4º, antes de la lectura del ciego que recobra la vista, nos invita a vivir nosotros como hijos de la luz; y en el 5º, a vivir como resucitados, anticipando la resurrección de Lázaro.

Se puede decir que las segundas lecturas son ya como “homilias” de Pablo que quieren aplicar a nuestra vida el mensaje de las otras lecturas. La Pascua de Israel en el AT y sobre todo la Pascua de Cristo Jesús son el modelo y la pauta de la Pascua de cada cristiano.

c) *Los evangelios* de estos domingos tienen una línea clásica y nos presentan a Jesús como el modelo viviente del camino pascual. Los dos primeros domingos son iguales en los tres ciclos, cada vez a partir de su evangelista:

1. las tentaciones de Jesús en el desierto;
2. su transfiguración en el monte.

Los domingos 3 al 5, en el ciclo A, se caracterizan por sus temas bautismales, tomados del evangelio de Juan: 3. el agua y la samaritana; 4. la luz y la curación del ciego; 5. la vida que recobra Lázaro. El domingo último, el de Ramos o de la Pasión, se proclama siempre la Pasión del Señor, este año según san Mateo.

Así, las lecturas dominicales nos presentan como el camino catecumenal del cristiano hacia la Pascua, y además lo hacen con una selección de lecturas que se puede llamar “clásica” de la Cuaresma, tanto en las etapas del AT como en los evangelios.

DOMINGO 1 DE CUARESMA

– I –

Iniciamos el camino cuaresmal hacia la Pascua

Para muchos cristianos empieza hoy prácticamente la Cuaresma, mientras que otros han vivido ya los días de introducción desde el miércoles de ceniza, con el gesto simbólico de la ceniza y los ricos programas de vida cuaresmal-pascual que nos proponen las misas de estas ferias.

Ayudados por los recursos pedagógicos de la Cuaresma –ambientación más austera, cantos propios de este tiempo, el silencio del alaluya y del Gloria– y sobre todo por los textos de oración y las lecturas bíblicas, nos disponemos a emprender, en compañía de Jesús, su “subida a la Cruz”, para pasar juntamente con él, este año con mayor decisión que en los anteriores, a la vida nueva de la Pascua. Es lo que el Ceremonial de los Obispos llama “el tiempo de preparación por el que se asciende al monte santo de la Pascua” (CE 249).

Pascua es un acontecimiento nuevo cada año: no celebraremos el “aniversario de la muerte y resurrección de Cristo en una primavera como esta”. Él, que ahora está en su existencia de Resucitado, quiere comunicarnos en la Pascua de este año su gracia, su vida nueva, su energía.

Las tres lecturas de hoy tienen un mensaje bastante unitario: su tono está en la tentación, en la presencia del mal en nuestra existencia y en la lucha que pide para que lleguemos preparados a la Pascua.

Génesis 2, 7-9; 3, 1-7. *Creación y pecado de los primeros padres*

De las grandes etapas de la historia de la salvación que iremos meditando en las primeras lecturas de los domingos de Cuaresma, hoy empezamos con la primera página del Génesis: después de la admirable creación por parte de Dios, nos encontramos en seguida con la tentación y el pecado.

El Génesis nos describe el origen del mundo y de la humanidad, no con un lenguaje científico, sino religioso y sapiencial. Por ejemplo, la creación de Adán de la arcilla de la tierra (parece que hay un juego de palabras entre “adamah”, arcilla, y “adán”, ser humano).

No sabemos en qué consistió exactamente la prohibición y luego la caída. Pero lo que sí sabemos es que Adán y Eva, seducidos por la promesa del enemigo –“seréis como dioses”– desobedecieron a Dios, quisieron independizarse o ser iguales a él. Las consecuencias, en las páginas siguientes del Génesis, van a ser desastrosas: empezando por el asesinato de uno de sus hijos a manos de su hermano. Toda una historia de guerras y ambiciones que no ha terminado todavía.

En el *salmo* hacemos nuestras las palabras del salmo *Miserere*: “misericordia, Señor, hemos pecado... crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro...”. Palabras que retratan la actitud de David, o de quien sea el autor del salmo 50, y deberían también coincidir con nuestros sentimientos, porque todos somos débiles y pecadores.

Romanos 5, 12-19. *Si creció el pecado, más abundante fue la gracia*

Si la segunda lectura de los domingos comenta a veces lo que ha dicho la 1ª y otras adelanta el tema del evangelio, hoy se puede decir que el pasaje de Romanos conecta perfectamente a los dos protagonistas de las otras lecturas: Adán y Cristo.

Lo que acarreó el pecado del primer Adán –la muerte– ha quedado ampliamente superado por lo que nos ha conseguido el segundo y definitivo Adán, Cristo Jesús: la vida. Los contrastes son elocuentes. Por Adán entró el pecado y, con el pecado, la muerte y la condena. Por Cristo conseguimos el perdón,

la gracia, la vida, la salvación. Sin proporción, porque lo positivo de Jesús supera inmensamente a lo negativo de Adán.

Mateo 4, 1-11. *Jesús ayuna cuarenta días y es tentado*

El relato de las tentaciones –que este año escuchamos según el evangelista Mateo– sigue inmediatamente al del Bautismo de Jesús. Y esto, seguramente no sólo por un motivo cronológico, sino temático, porque en el Bautismo se declara la mesianidad de Jesús y aquí el diablo le intenta desviar del verdadero concepto del mesianismo. Mateo tiene en su relato algunas particularidades, como el orden diferente entre la segunda y la tercera tentación, comparadas con Lucas, o la cita más completa del Deuteronomio en la respuesta de Jesús a la primera.

Después del Bautismo, Jesús “es llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo”, a quien en este mismo pasaje se le dan los nombres de “tentador”, “diablo” y “Satanás”. En el desierto está Jesús en ayunas cuarenta días. El desierto nos recuerda también la larga marcha del pueblo elegido hacia la libertad, con sus continuas tentaciones y caídas. Cuarenta años de éxodo para Israel y cuarenta días de ayuno para Jesús.

En ese momento le vienen de parte del demonio las famosas tentaciones, que le quieren hacer interpretar en provecho propio su condición mesiánica y de filiación divina: “si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes”, “tírate de aquí abajo y Dios encargará a los ángeles que cuiden de ti”, “todo esto te daré si te postras y me adoras”. Son la tentación de entender el mesianismo como triunfal, fácil, favorable a sí mismo, con prestigio y poder. De todas esas tentaciones sale vencedor Jesús y se mantiene fiel y totalmente disponible al plan salvador de Dios.

– II –

Con la Cuaresma ya inauguramos la Pascua

La Cuaresma no es un tiempo aislado: está íntimamente unida a la Pascua, a la Cincuentena Pascual. Los 40 días de la preparación y los 50 de la celebra-

ción forman esos 90 días de “tiempo fuerte” en que acompañamos a Cristo en su camino a la Cruz, hacia la Vida Nueva y el envío de su Espíritu.

Los textos de estos domingos repiten la idea de que ya estamos iniciando la Pascua. La Eucaristía de hoy “inaugura el camino hacia la Pascua” (oración sobre las ofrendas); si vencemos con Cristo las tentaciones y el pecado, “celebrando con sinceridad el misterio de esta Pascua, podremos pasar un día a la Pascua que no acaba” (prefacio); al celebrar la transfiguración del Señor, expresamos la convicción de “que la pasión es el camino de la resurrección” (prefacio domingo II); la Eucaristía “nos prepara a celebrar dignamente las fiestas pascuales” (oración sobre las ofrendas, domingo II); a medida que pasan los días de la Cuaresma, pedimos a Dios que “vaya creciendo en intensidad nuestra entrega para celebrar dignamente el misterio pascual” (oración colecta del jueves III); “concedes, año tras año, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua” (prefacio I), ahora que “en nuestro itinerario hacia la luz pascual, seguimos los pasos de Cristo” (prefacio V).

Pascua tiene un sentido dinámico: significa “paso, tránsito”. Para Israel, Pascua fue el “paso” desde la esclavitud a la libertad, a través del Mar Rojo y el desierto. Para Cristo, Pascua fue su “paso” a través de la muerte y la sepultura a la vida nueva de Resucitado. Para nosotros, Pascua es –debería ser, cada año– el “paso” de lo viejo a lo nuevo, del pecado a la gracia.

Cuaresma es algo más que un período de ascesis y penitencia. Es un “sacramento”. Es lo que los textos (latinos) de estos días llaman “sacramento de la Pascua”, o “venerable sacramento de la Cuaresma”. Lástima que en la oración colecta de hoy se traduzca sencillamente por “celebrar un año más la santa Cuaresma” lo que el latín afirma con mayor profundidad: “annua quadragesimalis exercitia sacramenti: el ejercicio anual del sacramento cuaresmal”. La oración sobre las ofrendas, en latín, no dice sólo que “inauguramos el camino hacia la Pascua”, sino que habla del inicio del sacramento venerable de la Cuaresma: “venerabilis sacramenti exordium”. Decir que la Cuaresma es “sacramento” es decir que son cuarenta días de gracia.

Pecado y gracia, muerte y vida

Empezamos el camino pascual con realismo: existe la tentación y existe el pecado. Empezamos con “el negativo de la Pascua”, el pecado. Adán y Eva cayeron en la tentación. Israel, en su travesía por el desierto y luego en la tierra prometida, cayó en muchas tentaciones. Jesús venció las que le proponía el adversario. ¿Y nosotros? ¿a quién imitamos: al primer Adán en su pecado o al segundo Adán en su victoria?

Desde la primera página de la Biblia aparece la tensión entre el fuerte binomio: muerte y vida. Es importante discernir qué caminos llevan a la muerte y cuáles a la vida. Adán y Eva —o la humanidad de todos los tiempos— creyeron alcanzar la felicidad y la plenitud, pero pecando encontraron la tragedia y la muerte. Israel cayó con frecuencia en las tentaciones de idolatría y desobediencia a Dios. Los libros sagrados interpretan los males de su atormentada historia como un castigo que ellos mismos merecieron con su conducta.

Todos experimentamos la lucha entre las dos fuerzas: la vida y la muerte, con sus caminos respectivos. Como a los primeros padres, el maligno disfraza astutamente el mal con apariencias de bien: “no es verdad que vayáis a morir... al contrario, se os abrirán los ojos...”. Ahora sonaría: “no tengáis miedo, no existe el pecado... ¿qué hay de malo en esto? haced esto y lo otro, y seréis libres”.

Todos somos hijos del primer Adán y a la vez hermanos del segundo Adán. Sentimos la debilidad y a la vez experimentamos la fuerza de Jesús. La verdadera sabiduría —el “conocimiento” de que habla el Génesis— está en saber discernir dónde está el buen camino. Donde Adán y Eva creían encontrar la plenitud y la libertad, encontraron la ruina. Cristo encontró la vida precisamente allí donde el mundo diría que era imposible: en su muerte en la cruz. Y así nos enseña también a nosotros el camino de la felicidad verdadera.

Una historia en cuatro actos

Podemos establecer un sencillo cuadro comparativo con las lecturas de hoy:

1ª lectura: en aquel tiempo / Adán / conducido al jardín / fue tentado por la serpiente /no escuchó la Palabra / comió de lo prohibido / se dio cuenta que estaba desnudo /y fue arrojado del paraíso;

3ª lectura: en aquel tiempo / Cristo /conducido al desierto /fue tentado por el demonio /escuchó a Dios /no comió, ayunó /y venció /y los ángeles le servían;

2ª lectura: la muerte reinó desde Adán / pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia / y si por culpa de uno todos fueron pecadores / por la obediencia de uno todos son justos;

homilía: hoy / nosotros / conducidos al desierto de la Cuaresma / tentados / ¿escucharemos la Palabra? / ¿ayunaremos, nos convertiremos en la Pascua de este año? / si es así, venceremos / y donde abundó el pecado /sobreabundará la gracia de la Pascua.

Las tentaciones de Jesús y las nuestras

Jesús nos invita a ir con él al desierto: a entrar dentro de nosotros mismos, a luchar contra las tentaciones y a encontrarnos con Dios. Para animarnos en este camino de desierto que a veces es nuestra vida, encontramos hoy esta página tan estimulante de las tentaciones de Jesús, que pueden reflejar bien las que encontramos nosotros en nuestro camino. Adán falló. Israel falló. Nosotros, por desgracia, también fallamos. Pero hoy se nos presenta a Jesús saliendo victorioso de la tentación.

Las que describen los evangelistas parecen como un resumen y eco de las tentaciones que Israel encontró en su marcha por el desierto. Como dice el Catecismo, “Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios: Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto” (CCE 538).

Además, estas tentaciones se pueden considerar, no sólo como acontecimientos puntuales, sino como el símbolo de toda la vida de Jesús dedicada a la lucha contra el mal. Se repite siempre la tentación del querer ser más que los demás —Adán y Eva, Caín, la tentación de Jesús, al que querían hacer rey después de la multiplicación de los panes— y buscar una vida más

fácil. ¿No es también la tentación de la Iglesia a lo largo de los siglos? ¿y la nuestra?

Cristo nos enseña el camino de la Pascua y nos anima a vencer las tentaciones. La tentación de convertir las piedras en pan, como si lo material fuera lo principal. La tentación de pedir milagros a Dios, manipulando a nuestro favor la vida religiosa. La tentación de adorar al diablo, o a los valores que no son los últimos, olvidando que Dios es el único absoluto a quien tenemos que adorar. Tal vez se puede resumir todo en la tentación de evitar el propio destino, la misión encomendada por Dios, la cruz. Para Jesús, la tentación de desviar el mesianismo en su favor. Para nosotros, la de desviar la fe también a nuestro favor, evitando sus exigencias.

Aparte de lo que pueda significar cada una de las tentaciones experimentadas por Jesús, lo principal es que, en nuestra lucha contra el mal, él nos da ejemplo de fortaleza, apoyado en la palabra de Dios: siempre cita las Escrituras para contestar al diablo. En el prefacio de hoy damos gracias a Dios porque “Cristo, al rechazar las tentaciones del enemigo, nos enseñó a sofocar la fuerza del pecado”.

No son sólo las naciones las que muestran a veces una ambición desmedida para conseguir la supremacía, pasando sin escrúpulos por encima de toda justicia. También nosotros experimentamos tentaciones que nos impulsan a buscar el camino fácil, egoísta, materialista, el de las cosas “a corto plazo”, sin abrirnos a las verdaderamente importantes. Son tentaciones como las que muchas veces no supo vencer Israel en su travesía del desierto, seducido por los dioses falsos de los pueblos vecinos y su estilo de vida menos exigente que la alianza que habían firmado con Yahvé.

También nosotros caemos fácilmente en la idolatría, faltando al primer mandamiento, que sigue siendo el principal: “no tendrás otro dios más que a mí”. Nuestros “ídolos” no son ahora estatuillas de madera o piedra, sino otros dioses y diosillos que nos creamos nosotros mismos –dioses a nuestra medida–, los valores que absolutizamos: el dinero, el placer, el poder, el prestigio, el propio yo...

Todos estamos comprometidos en una continuada lucha entre el bien y el mal. El mal existe. También dentro de nosotros. A todos nos cuesta vencer

las tentaciones de nuestro camino. Pero es la condición para poder llegar también nosotros a la Pascua y su vida nueva: desierto, tentaciones, cansancio, sed, soledad, lucha, victoria, vida plena... Con la ayuda de Dios y el ejemplo estimulante de Cristo podemos y debemos vencer.

En la Vigilia Pascual se nos preguntará si renunciamos al demonio y a sus obras. Contestaremos que sí. Pero antes habremos de demostrarlo en las “obras de la Cuaresma”, pasando del hombre viejo al nuevo.

La Palabra, alimento para el camino

En el camino cuaresmal nos ayuda eficazmente la Palabra siempre viva e interpelante de Dios.

En la poscomunión de hoy pedimos a Dios que “después de recibir el pan del cielo que alimenta la fe, consolida la esperanza y fortalece el amor”, nos ayude a “sentir hambre de Cristo, pan vivo y verdadero, y nos enseñe a vivir constantemente de toda Palabra que sale de su boca”.

Jesús, respondiendo a la primera tentación, cita el Deuteronomio con la afirmación de “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Para nosotros, esa Palabra que vamos escuchando en cada Eucaristía, es, junto con el alimento eucarístico que le sigue, nuestra fuerza para el camino de la vida y para la lucha contra el mal.

Es esa Palabra y esa Eucaristía las que nos permiten “avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud” (oración colecta).

DOMINGO 2 DE CUARESMA

– I –

El domingo de la transfiguración

En este segundo domingo de Cuaresma escuchamos cada año la escena de la transfiguración de Jesús ante sus discípulos, este año según Mateo. Esta escena aparece como muy importante en el evangelio: es la revelación solemne de Jesús como Hijo, como predilecto, como Maestro.

Nada más dar inicio en la Cuaresma al camino de la cruz, hacia la pasión y muerte de Cristo, ya se nos propone el destino último de este camino: la gloria de Cristo y nuestra. Después de haber leído el domingo pasado la lucha contra las tentaciones y el mal, hoy se nos asegura que el proceso termina con la victoria y la glorificación de Cristo. Que también a nosotros la lucha contra el mal nos conduce a la vida. En nuestro camino cuaresmal, no nos olvidamos de pedir a Dios que esta Eucaristía “nos prepare a celebrar dignamente las fiestas pascuales”.

Génesis 12, 1-4a. *Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios*

La etapa de la historia de la salvación que se proclama el segundo domingo de Cuaresma es cada año la figura de Abrahán: en ese ciclo A, su inicio, su vocación, que él acepta inmediatamente.

A Abrahán, un hombre ya mayor, que vive en Ur, una próspera ciudad en el actual Irak, en una sociedad pagana y politeísta, Dios le pide: “sal de tu tierra”, y le promete “y haré de ti un gran pueblo”. Era difícil de creer esta

promesa, porque su mujer, Sara, era estéril y ambos muy mayores. Pero Abrahán cree y sale de su tierra, “como le había dicho el Señor”. Es el comienzo de la historia del pueblo de Israel.

Dios le anuncia que en él recibirán la bendición todos los pueblos. Y parece como si el *salmo* quisiera comentar esta bendición: “que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti”. El salmista, y nosotros con él, entendemos que “el Señor es nuestro auxilio y escudo”.

2 Timoteo 1, 8b-10. *Dios nos llama y nos ilumina*

En la segunda lectura de hoy podemos decir que Pablo aplica la vocación de Abrahán, y su respuesta de fe, a los cristianos: en concreto a Timoteo, uno de sus discípulos predilectos. Esta carta, que Pablo le dirige desde la cárcel de Roma, es como su testamento espiritual.

La vocación de un cristiano, y más si es llamado a la responsabilidad pastoral, no es fácil. Dios nos ha llamado a todos “a una vida santa según las fuerzas que Dios nos da”. Pero eso comportará seguramente dificultades en el camino. El cristiano debe “tomar parte en los duros trabajos del Evangelio”.

Mateo 17, 1-9. *Su rostro resplandeció como el sol*

Mateo nos cuenta la transformación que experimentó Jesús en presencia de sus tres discípulos más cercanos, Pedro, Santiago y Juan. El verbo griego que emplea para esta “transfiguración” es el correspondiente a la “metamorfosis”. Sólo Mateo nos dice que el rostro de Jesús “resplandecía como el sol”.

Jesús está acompañado por Moisés y Elías, y conversa con ellos. La presencia de estos dos personajes se debe tal vez a que son como los representantes de la “ley” y los “profetas” del AT, o bien porque ambos gozaron de la visión de la gloria de Dios en el monte, o porque los dos habían experimentado en sus vidas este número simbólico: cuarenta días en el monte, Moisés; cuarenta días de viaje hacia el monte, Elías.

La reacción de Pedro, Juan y Santiago, es de alegría inmensa, y luego de susto al verse envueltos en la nube y ver finalmente solo a Jesús. El comentario de Pedro sobre las tres chozas y su deseo de quedarse allí para siempre, lo explican otros evangelistas porque “no sabía lo que decía”.

El momento culminante es la teofanía: la nube luminosa y, sobre todo, lo que dice “una voz desde la nube: este es mi Hijo, el Escogido, escuchadle”. Es la afirmación de su Filiación divina y su misión de Maestro y Salvador.

– II –

Abrahán, el que creyó contra toda esperanza

Abrahán, por su fe, se nos presenta como un buen modelo de nuestro camino cuaresmal. Su respuesta a la llamada de Dios es en verdad admirable: “Abrahán marchó como le había dicho el Señor”.

Prototipo de tantas vocaciones, llamadas de Dios, a las que muchísimas personas, de antes y después de Cristo, han sabido responder con generosidad. Por eso Abrahán es considerado el patriarca de la fe, tanto por los judíos como por los musulmanes y los cristianos, y es tantas veces alabado en el NT por Pablo o por el mismo Jesús.

Lo que Dios le pidió a Abrahán fue que “saliera de su tierra”, o sea, que rompiera con el pasado, que realizara un “éxodo” y, además, sin especificarle a dónde le llevaba. Se va a convertir en nómada, una persona siempre desarraigada, sin poder instalarse en ninguna parte. Salió, como dice la carta a los Hebreos, “sin saber a dónde iba” (Hb 11,8). La llamada de Dios siempre es gratuita. Abrahán era pagano cuando inició su proceso. Pablo le dice a Timoteo que Dios nos ha llamado “no por nuestros méritos, sino porque él dispuso darnos su gracia”.

Abrahán creyó en Dios y salió de su tierra, emprendiendo un camino que le llevaría a ser el padre de numerosos pueblos y el modelo mejor de los creyentes. A pesar de que no le debió resultar fácil cumplir la misión que Dios le encomendaba ya en su edad madura, pero se fió de Dios y fue fiel a lo que se le pedía.

La cruz como camino y garantía de victoria

Pero tenemos un modelo más vivo e interpelante: Cristo mismo, que sigue su camino mesiánico, incluida la cruz, con fidelidad absoluta al proyecto

salvador de su Padre. Mirándole a él, nos damos cuenta de la seriedad de su vocación y a la vez del destino de luz y de vida que va a ser su Pascua. Abrahán fue figura y profecía de Cristo. Cristo es la plenitud y la verdad.

Es interesante que esta escena de la transfiguración la leamos precisamente en Cuaresma. Su intención la expresa bien el prefacio de hoy: “él, después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección”.

Mateo sitúa este episodio inmediatamente después del primer anuncio, por parte de Jesús, de su muerte y resurrección. Quiere animar a los suyos asegurándoles que la última palabra no será esa muerte, sino la glorificación plena. Que la cruz no es destino, sino camino para la gloria.

La cruz ha sido siempre un escándalo para los hombres. También para los apóstoles de Jesús, que no entendieron cómo su Maestro les podía decir que iba a morir. Hasta el punto de que Pedro reaccionó diciendo que eso era imposible, lo que le trajo escuchar palabras duras de reproche de Jesús. Mientras que aquí, en el monte de la transfiguración, sí que está entusiasmado Pedro y quiere quedarse para siempre en él. Acepta la gloria, pero no el camino de la gloria, que es la cruz.

Tendrán que madurar bastante, Pedro y los demás, hasta que entiendan y acepten los planes de salvación que Dios tiene para la humanidad. A los dos discípulos de Emaús, y luego a los demás, tuvo que explicarles Jesús Resucitado que era necesario que el Mesías muriese para salvar a los hombres.

Va también para nosotros la invitación que Pablo hace a Timoteo de que no tenga miedo, que tome parte en los duros trabajos del Evangelio. Los cristianos no seguimos a Cristo sólo cuando luce el sol y nos encontramos bien en el monte Tabor. También cuando nos toca luchar y participar en su cruz.

La transfiguración supuso seguramente una inyección de ánimo para los tres discípulos en su seguimiento de Cristo. Pedro, años después, en su primera carta, se muestra orgulloso de poder decir que “estaba con él en la montaña” y que “había sido testigo ocular de su grandeza”, porque “recibió de Dios

Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: este es mi Hijo muy amado en quien me complazco”.

También a nosotros nos conviene recordar que el desierto de la Cuaresma tiene como meta la alegría de la Pascua. Que a la noche le sigue siempre la aurora. Que todo túnel tiene salida. Que no van a ser vanos nuestros esfuerzos por vivir según Cristo, en medio de este mundo contrario o indiferente.

Para ambientarnos en la teología y la espiritualidad de esta escena de la transfiguración podríamos leer las páginas que le dedica el Catecismo de la Iglesia: CCE 554-556. O la sabrosa meditación que J. Castellano ofrece ante el icono de la transfiguración en su libro “Oración ante los iconos” (Dossiers CPL 56, pp. 89-96).

Cada uno responde a la llamada que le hace Dios

Nos deben animar en esta Cuaresma el camino recio y fiel de Abrahán y, sobre todo, el de Cristo hacia su Pascua.

Haremos bien en mirarnos al espejo de Abrahán, confiar en Dios y seguir el camino de la vocación a la que nos haya llamado a cada uno de nosotros, aunque el cielo esté oscuro. No vale servir a Dios sólo cuando es fácil y todo nos va bien. Tenemos que creer en Dios, o creer a Dios, también cuando nos asalta la duda y nuestra fidelidad se ve tentada por las voces y criterios de este mundo.

También la Virgen María, ya en el NT, nos da un ejemplo de fidelidad y obediencia: “hágase en mí según tu Palabra”.

Y, sobre todo, Jesús mismo es nuestro mejor modelo. Su misión es dura. Es una subida a Jerusalén en el sentido físico y simbólico: va a caminar hasta la cruz para conseguir la salvación de todos. Es un camino serio, de dolor y renuncia, de fidelidad recia. Cristo en sí mismo condensa todas las “cuaresmas” difíciles del AT: Moisés y Elías, que supieron de largos caminos de búsqueda y esfuerzo por cumplir la misión que se les había encomendado. Por eso están ahora acompañando a Cristo en la gloria del Tabor. Y también las no menos difíciles “cuaresmas” de tantas personas de todos los tiempos que han querido ser fieles a Dios.

Eso sí, la escena de hoy nos asegura la victoria final, con el mismo destino que Cristo. La cruz lleva a la vida. La Cuaresma, a la Pascua. La noche oscura que a veces nos sorprende en nuestra existencia, se ve iluminada por la transfiguración. En Mateo todo es luminoso: el rostro de Jesús, sus vestidos, la nube...

“Este es mi Hijo: escuchadle”

Los tres apóstoles que Jesús llevó consigo al monte tuvieron la fuerte experiencia de una teofanía, de una manifestación misteriosa de Dios, con la voz del Padre: “este es mi Hijo, el Escogido: escuchadlo”. Con la presencia testimonial de dos representantes del AT, Moisés y Elías, Jesús aparece como el cumplimiento de las antiguas promesas, y la voz de Dios le proclama como Hijo suyo, y además, como su Palabra y como el Maestro que él envía a la humanidad: “escuchadle”.

En la teofanía que había sucedido el día del Bautismo de Jesús en el Jordán, donde se oyen palabras muy semejantes, no se añadía el final: “escuchadle”. Aquí, sí. Jesús es el Maestro auténtico que nos ha enviado Dios.

Este es el Jesús en quien nosotros creemos, a quien escuchamos en cada Eucaristía y a quien intentamos seguir en nuestra vida. Vamos por buen camino. Jesús es el Hijo de Dios y el Maestro y la Palabra definitiva que Dios dirige a la humanidad.

Hoy somos invitados a remotivar y refrescar nuestra condición de discípulos: tenemos que “escuchar” más a Jesús. En Cuaresma y a lo largo del año, domingo tras domingo –día tras día– acudimos a la escuela de este Maestro y él nos va enseñando, con su ejemplo y con su palabra, el camino de la salvación y de la vida.

En la oración del principio de la misa hemos pedido a Dios: “tú nos has mandado escuchar a tu Hijo: alimenta nuestro espíritu con tu Palabra”.

No nos quedaremos en la montaña, fabricando tres tiendas. Bajaremos al valle, a trabajar y a anunciar el Reino. Pero la experiencia de la montaña –de cada celebración de la Eucaristía– nos da fuerzas y ánimos para ser luego consecuentes con nuestra fe en la vida.

DOMINGO 3 DE CUARESMA

– I –

Los evangelios “bautismales” del ciclo A

En la organización de los evangelios dominicales de Cuaresma, cada ciclo tiene sus características peculiares. El de este año, el ciclo A, presenta durante tres domingos unos pasajes, no de Mateo, sino de Juan, que quieren prepararnos a la Pascua por medio de un camino “catecumenal”.

Después de las tentaciones de Jesús en el desierto (domingo 1º) y de su transfiguración (2º), los domingos del 3º al 5º nos ofrecen tres pasajes “bautismales”: el agua viva ofrecida a la mujer samaritana junto al pozo, la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro. Pasajes de claro contenido cristológico, con una revelación progresiva hasta llegar al “yo soy”: Jesús como Agua viva, como Luz y como Vida, tres conceptos muy de Juan y muy propios del camino de iniciación cristiana, que tradicionalmente han servido para motivar el camino bautismal de los catecúmenos o también de la comunidad cristiana en su recorrido cuaresmal hacia la Pascua.

La Palabra de Dios, en las lecturas, es la que mejor nos va guiando en nuestro camino cuaresmal-pascual. Hoy, además, se da la coincidencia del tema de la sed y del agua tanto en la primera lectura como en el evangelio, aunque cada una de ellas lo haga siguiendo su propia organización interna.

Éxodo 17, 3-7. *Danos agua para beber*

En el repaso de la historia de la salvación que hacemos en las primeras lecturas de los domingos de Cuaresma, después de recordar el domingo

pasado a Abrahán, hoy se nos presenta a Moisés, el gran líder que sacó al pueblo israelita de Egipto y lo condujo a través del desierto hasta las puertas de la tierra prometida.

La página de hoy nos presenta un episodio muy agitado de rebelión y protesta del pueblo: episodio que ha quedado en la historia de Israel como “el día de Meribá y Massá en el desierto”. Massá significa “prueba” y Meribá, “protesta”. El cansancio del camino por el desierto, la pertinaz sequía y la sed hacen que protesten contra Moisés: le echan en cara que les ha traído a morir al desierto. Moisés, cansado también él de soportar a ese pueblo, acude a Dios, y consigue el agua deseada, para las personas y el ganado, golpeando la roca que Dios le señala.

La conclusión no se sabe bien si es una afirmación o una pregunta dubitante: “¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?”.

El *salmo* invita, por una parte, a los creyentes a elevar alabanzas y vítores al Señor, porque “él es nuestro Dios y nosotros su pueblo”. Pero también advierte: “no endurezáis vuestros corazones como en Meribá, como el día de Massá... cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras”.

Romanos 5, 1-2.5-8. *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado*

Esta vez parece que la página de Pablo que leemos se refiere más bien al evangelio que va a seguir, sobre todo por la afirmación sobre el Espíritu Santo de Dios que se derrama en nuestros corazones.

Pablo, en el capítulo en que compara al primer Adán con el segundo y definitivo, resalta la salvación que nos ha venido de Cristo. Por medio de él y de su entrega pascual, y precisamente cuando todavía éramos enemigos de Dios y pecadores, estamos en paz con Dios y gozamos de la esperanza de su gloria. Esa es la “prueba de que Dios nos ama” y, sobre todo, de que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”.

Juan 4, 5-42. Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna

El episodio del diálogo de Jesús con la mujer samaritana junto al pozo de Siquem es realmente expresivo y rico en sugerencias.

(El pasaje del diálogo con los apóstoles no es que se tenga que suprimir. El Leccionario lo pone entre corchetes, no porque no es importante o porque es una digresión superflua. Esos versículos contienen ideas interesantes en la teología de Juan y para la comprensión del episodio. Si se “pueden” suprimir es para simplificar un poco el mensaje de la lectura, que tiene también buen sentido suprimiendo ese párrafo).

Jesús dialoga con gran pedagogía, consiguiendo que la mujer “entre en sí misma” y se dé cuenta de su situación. Habla con ella del agua viva, de los sucesivos maridos que ha tenido, de la venida del Mesías, del culto que agrada a Dios... La mujer, hasta cierto punto sincera consigo misma (“no tengo marido”), se abre a la fe y luego se convierte en apóstol de Cristo entre sus paisanos.

– II –

Cristo, fuente de agua viva

Es una hermosa coincidencia que este año, a la escena de la mujer sedienta de Samaría, corresponda la lectura del pueblo sediento del desierto, con respuesta de Dios a los dos.

La respuesta es Cristo. Cristo se revela, a lo largo de las páginas del evangelio, con múltiples nombres y definiciones: luz, camino, puerta, pastor, profeta, maestro. Aquí entra en juego la expresiva metáfora del agua viva.

Ya humanamente el agua tiene no sólo utilidades muy ricas, sino también simbolismos religiosos muy sugerentes. El agua sacia la sed, purifica, hace fecundos los campos..., y por eso se convierte en símbolo de la pureza y de la vida misma.

Pero aquí Jesús anuncia otra agua más importante. No un agua superficial,

sino una que quita eficazmente la sed. Como luego hará con el pan y con la luz y la vida. Y esa agua es él mismo. El “yo soy” del evangelio de Juan lo vamos a escuchar en varias claves durante estos días, para que nos convenzamos de que Cristo es la respuesta de Dios a todas las clases de sed que hay en la humanidad y toda búsqueda de luz y de vida.

Otras veces este simbolismo del agua se refiere al Espíritu Santo. Como cuando Jesús, en la fiesta de las Tiendas, proclamó: “si alguno tiene sed, venga a mí y beba... De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía (apostilla el evangelista Juan) refiriéndose al Espíritu, que iban a recibir los que creyeran en él “ (Jn 7, 37-39).

El misterioso camino de la fe

Jesús ofrece un voto de confianza a las personas. A Pedro, a pesar de sus deficiencias y fallos. A los apóstoles, a pesar de su cortedad de miras y su cobardía. Aquí, a la mujer samaritana.

Es un camino misterioso el que conduce a esa mujer a la fe. Le interpela un judío, cosa inusual en la época. Un judío sediento que ha ido al pozo sin ningún recipiente. Una persona que, a partir de la vida de ella, que él parece conocer, consigue dialogar con ella. Jesús sabe situar a las personas en su justo lugar, y desde donde están conducir las hacia donde él quiere. Al ciego le conducirá de la luz de los ojos físicos a la Luz que es él mismo. A los que se sacian con la multiplicación de los panes, a enterarse del Pan que les va a dar él, al Pan que es él mismo. A la familia de Lázaro, desde la recuperación de la vida humana hacia la Vida que es él mismo.

Se repite el “yo soy” en el evangelio de Juan: “yo soy, el que contigo habla”. Lo escucharemos estos tres domingos, porque también son afirmaciones muy expresivas de la fe cristiana: Cristo “es” el agua viva, “es” la luz verdadera, “es” la vida eterna.

En el prefacio se hace un comentario de la escena evangélica: Jesús, “al pedir agua a la samaritana, ya había infundido en ella la gracia de la fe, y si quiso estar sediento de la fe de aquella mujer, fue para encender en ella el fuego del amor divino”.

Liturgia muerta y liturgia viva

Uno de los temas que salen en la conversación de Jesús con la mujer es dónde hay que rendir culto a Dios: ¿en Garizim, el “monte santo” para los samaritanos, monte al pie del cual se encuentra el pozo de Siquem? ¿o en el templo de Jerusalén, como pretenden los judíos?

Jesús da una de sus clásicas respuestas. Parece que relativiza el culto en cuanto el lugar donde se realiza, o los ritos, o el templo donde sucede, y afirma que el culto que agrada a Dios es un culto “en espíritu y en verdad”.

Ciertamente Jesús no reniega del culto, de los ritos, de las oraciones, del templo como lugar de oración. Lo demuestra a lo largo del evangelio. Lo que sí quiere es que ese culto sea “en espíritu y en verdad”, no consistente sólo en ritos exteriores, en una actitud que se pudiera tachar de “formalista” o de “ritualista”, sino que implique lo más interior de la persona. Que la alabanza a Dios no esté sólo en los labios, sino en el corazón. Que los ritos externos (sacrificios, ofrendas, incienso) correspondan a los sentimientos y actitudes más profundas de la persona.

También nosotros podemos recoger la lección. Porque la liturgia, por ser un ritual repetido, corre siempre el peligro de la rutina o del ritualismo. Nuestra oración, nuestra Eucaristía, deben tener una estrecha relación con nuestra vida fuera de la celebración, no deben quedar “secuestradas” en la iglesia, sino traducirse después claramente en nuestro estilo de vida.

¿De qué tenemos sed?

Nos podemos ver fácilmente reflejados en la historia del pueblo y en la situación personal de la samaritana.

El pueblo de Israel estaba cansado y sediento. Ya quedan lejos el entusiasmo primero al salir de Egipto y los proyectos optimistas sobre la tierra prometida. Ahora se dan cuenta de que entre Egipto y la tierra prometida está el desierto, lleno de fatigas y peligros y sequía.

También la mujer sedienta que acude al pozo es una imagen patética, representativa de la situación de la humanidad. Tiene sed, y no sólo de agua, sino

de felicidad: la está buscando y no está satisfecha. Ya ha tenido cinco maridos. Es buen retrato de una humanidad que busca, que tiene sed, que no sabe bien a qué pozos acudir a por agua, que se hace preguntas profundas y no encuentra soluciones satisfactorias. En ambos casos Dios les da agua para su sed.

También Pablo dice, en la 2ª lectura, cómo sale a nuestro encuentro el amor del Padre que se nos da por su Espíritu en lo más profundo de nuestro ser, el amor que se nos ha manifestado sobre todo en ese Cristo Jesús que ha muerto por nosotros, a pesar de que no nos lo merecíamos. Estamos envueltos en el amor de Dios.

En nuestra vida también hay momentos en que tenemos sed y sufrimos de los inconvenientes del desierto. Como a Israel, Dios nos da también el agua que puede saciar esa sed, si queremos. Y podremos decir, sin interrogantes, sino con convicción: “el Señor está en medio de nosotros”.

Cristo nos alcanza, no sólo en el templo, sino en la vida misma, allí, junto al pozo, donde sentimos la sed y buscamos sentido para nuestra vida. La mujer de Samaría es un símbolo de tantas personas en búsqueda. Y también a nosotros nos dice Cristo: “el que beba del agua que yo le daré...”.

Todos tenemos sed: sed de verdad, de felicidad, de amor, de vida. Es bueno que sintamos sed. Sería una pena que no sintiéramos sed de nada. Entonces no andaríamos en búsqueda: el que no tiene sed, no busca fuentes de vida, el que lo sabe todo no pregunta, el que se cree un santo, no pide perdón, el que se siente rico, no pide nada. El que tiene todo eso, ¿para qué necesita la Pascua y la salvación?

Si nos vemos reflejados en ese pueblo que camina fatigosamente por el desierto o en esa mujer que acude al pozo con su cubo, podremos entrar dentro de nosotros mismos y situarnos ante Dios en la actitud justa: “como tierra reseca, agostada, sin agua”, como dice el salmo 142.

Y en vez de ir buscando aguas no verdaderas en otros “pozos” que no pueden parecer apetecibles, le pediremos en esta Pascua, haciendo nuestras las palabras de la buena mujer: “Señor, dame esa agua”.

Si tenemos esa experiencia podremos también imitar a Cristo en otro aspecto: nos sentiremos movidos a ayudar a otros a que se den cuenta de esa sed que tienen y acompañarles al manantial del agua verdadera y profunda, Cristo Jesús.

DOMINGO 4 DE CUARESMA

— I —

La perspectiva sigue siendo la Pascua

Seguimos viviendo la Cuaresma como preparación e inicio de la Pascua. En la oración colecta pedimos a Dios: “haz que el pueblo cristiano se apresure, con fe viva y entrega generosa, a celebrar las próximas fiestas pascuales”.

Y lo hacemos en una clave, sobre todo estos últimos domingos, de iniciación catecumenal al Bautismo. Si el domingo pasado se nos presentaba Jesús como fuente de agua viva, hoy se revela como la luz auténtica que ilumina a la humanidad. La curación de la vista corporal le sirve al evangelista Juan para construir una catequesis de la luz espiritual, con la que Cristo nos ilumina a nosotros y nosotros le reconocemos como el Enviado de Dios.

Esta clave de la luz va a ser también fundamental en la Vigilia Pascual y durante toda la Cincuentena, para entender mejor y sintonizar con el misterio de la nueva vida pascual de Cristo. La Pascua es Pascua de luz.

1 Samuel 16, 1b.6-7.10-13a. *David es ungido rey de Israel*

En las etapas de la historia de la salvación que seguimos en la 1ª lectura de los domingos cuaresmales, no podía faltar la figura del rey David, uno de los personajes más importantes de la historia de Israel, junto con Abrahán y Moisés. David, además de su fervor religioso –en conjunto, a pesar de

sus pecados, fue un rey “según el corazón de Dios”–, fue quien dio unidad política y prestigio a Israel entre las naciones.

Hoy leemos cómo Samuel, a pesar de que todavía vivía y seguiría reinando el primer rey, Saúl, recibe el encargo de elegir ya su sucesor. De los hijos de Jesé, parecían favoritos los mayores. Pero Dios tiene una manera de pensar distinta: *no juzga por apariencias, sino que ve el corazón. Y elige precisamente al hermano más joven, David.*

Samuel, el mismo que antes había ungido a Saúl, ahora unge a David como futuro rey. La unción (masaje) es un simbolismo muy antiguo de la fuerza y la salud que Dios comunica a una persona para la misión que le encomienda, de la misma manera como el aceite cura y fortalece nuestra piel y nuestros músculos. Después de esta unción “invadió a David el Espíritu del Señor”.

El *salmo* nos recuerda que el verdadero rey, el que gobierna la historia de todos los pueblos, el auténtico pastor, que elige luego como pastores a los que él quiere, es Dios mismo: “el Señor es mi pastor, nada me falta... nada temo, porque tú vas conmigo”.

Efesios 5, 8-14. *Levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz*

La lectura de Pablo, en una de las últimas páginas de su carta a los cristianos de Éfeso, en la actual Turquía, nos prepara para escuchar el evangelio con la clave de la luz. “En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor”, “caminad como hijos de la luz”. Por encima de la metáfora de la luz, Pablo hace la descripción de qué es un creyente y qué consecuencias tiene para su vida la fe en Cristo Jesús, Luz del mundo.

Las últimas palabras del pasaje de hoy parecen citar un himno que probablemente se cantaba en la comunidad: “despierta, tú que duermes... y Cristo será tu luz”.

Juan 9, 1-41. *Fue, se lavó y volvió con vista*

Cuando Juan nos transmite uno de los milagros-signo de Jesús, suele rodearlo de una explicación cristológica muy detenida. En este caso, a la

curación del ciego le acompaña un diálogo muy movido, a veces irónico, con intervenciones del mismo ciego, de sus familiares, de los fariseos y del mismo Jesús. La curación de su ceguera le crea al buen hombre una serie de situaciones incómodas con sus familiares y con los fariseos, que acaban por expulsarle, porque les ha puesto en evidencia y les ha confundido con su buen sentido común.

Pero Jesús se le hace el encontradizo y, en una escena muy similar a la que leíamos el domingo pasado, en que Cristo conducía a la samaritana hacia el terreno de la fe, también hoy guía hábilmente al ciego curado hacia otra luz más profunda, la de la fe: a aceptar a Cristo como luz, hijo del hombre, enviado, profeta, Mesías y Señor.

Es preferible leer el pasaje por entero, sin creerse obligados a suprimir esas que parecen “digresiones” pero que son las que dan el marco y contexto al hecho básico. Juan emplea muy pocos versículos para el milagro en sí, la curación del ciego, pero luego se entretiene mucho en su “catequesis”, con la que nos conduce hasta el “yo soy” de Cristo: esta vez, al “yo soy la luz”.

– II –

Los hombres ven la apariencia. Dios ve el corazón

La historia de la salvación, ya en sus etapas del AT, nos revela cómo actúa Dios. Cuáles son sus intenciones y planes.

Dios no elige al que hubiera sido más lógico, a uno de los hijos mayores de Jesé, alto y fuerte, sino a un muchacho débil, en quien nadie había pensado: David, un hombre que luego se mostrará lleno de virtudes y también de defectos, y que está en la línea genealógica de Jesús, al que en el NT se le llamará “hijo de David”.

Los instrumentos más débiles son los que parece elegir Dios a lo largo de la historia: matrimonios ancianos o estériles, o personas que pertenecen a un país insignificante en el concierto de las naciones. Dios no suele elegir

a los grandes y fuertes, sino a los sencillos y pequeños, a los que humanamente tal vez hubiéramos marginado. Así se ve mejor que la iniciativa de la salvación es totalmente de Dios y siempre gratuita.

También en el NT vemos a un hombre de pueblo, hijo de un obrero, pobre, que no pertenece a la nobleza ni a las clases sacerdotales. Pero este hombre, Jesús de Nazaret, es el Enviado de Dios y el que con su muerte (aparentemente un fracaso trágico) salva a la humanidad. Los planes de Dios son distintos de los nuestros, ciertamente.

Jesús, Luz del mundo

Es interesante ver cómo el evangelio de Juan, con una revelación progresiva, típica de este evangelista, que culmina en el “yo soy” de Cristo (yo soy el pastor... la puerta... el pan de vida... el camino y la verdad y la vida...), nos conduce esta vez al “yo soy la luz”.

Lo había dicho ya en el prólogo del evangelio: “en él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres”, “la Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre”.

Y lo había repetido en el capítulo anterior al que hoy leemos: “yo soy la luz del mundo, el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12).

Cristo es “luz sobre toda luz”, como decimos en la Plegaria IV, o el “sol que nace de lo alto”, como cantamos en el Benedictus. No es de extrañar que en el prefacio de hoy alabemos a Dios porque su Hijo “se hizo hombre para conducir al género humano, peregrino en tinieblas, al esplendor de la fe”. Y que al final de la Eucaristía de hoy pidamos a Dios: “Señor Dios, luz que alumbras a todo hombre que viene a este mundo, ilumina nuestro espíritu con la claridad de tu gracia...”.

Hay ciegos y ciegos

Todos somos de alguna manera ciegos. Quien más quien menos, todos podemos estar faltos de luz y orientación en la vida, en una situación de

penumbra o de tiniebla: dudas, desorientación, búsqueda, confusión de ideas. La respuesta de Dios se llama Cristo Jesús, que disipa nuestra tiniebla, nos comunica la verdad y nos conduce a la salvación.

Pero en la escena que nos narra Juan se ve claramente que hay dos clases de ciegos. Al comienzo parece que hay uno solo, pero luego se ve que hay otros muchos. Al primero le faltaba la luz física de los ojos. El pobre ciego tiene una suerte patética: condenado a la oscuridad desde su nacimiento y, encima, zarandeado por sus familiares y por los judíos con discusiones sobre su culpabilidad.

A los otros les faltaba la vista interior de la fe. Son ciegos morales, que no ven ni quieren ver ni toleran que otros “vean”. Son los que creen que ven, y se encierran en su postura. Jesús les desenmascara: “si estuvierais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado persiste”. Y esa clase de ceguera no hay piscina de Siloé que la cure, si no se convierten.

Sólo nos curará Jesús de la ceguera si somos humildes, si no nos creemos “justos”. Cristo/Luz será siempre signo de contradicción: a muchos tal vez no les interesa ver, ni que queden iluminados ciertos aspectos de su vida.

Caminar como “hijos de la luz”

Pablo saca la consecuencia concreta, no ya poética, sino bien prosaica y estimulante, de la gran noticia de que hemos sido iluminados por Cristo. Podemos decir que Pablo es quien nos ofrece su “homilía”, aplicando la revelación de Cristo como luz a nuestra vida concreta. Por eso hoy va también para nosotros su consigna: “despierta, tú que duermes, y Cristo será tu luz... Caminad como hijos de la luz”.

En esta Pascua cercana Cristo nos quiere devolver la vista también a nosotros. Si de cuando en cuando acudimos al oculista para un chequeo de nuestros ojos, la Pascua también quiere ser una limpieza y sanación de los defectos que podamos tener en nuestra visión de fe. Para que caminemos como hijos de la luz.

Esto nos interpela: ¿queremos de veras vivir en la luz, o preferimos la oscuridad o la penumbra? Caminar como hijos de la luz significa, para Pablo,

que hemos de vivir en la bondad, la justicia y la verdad. No podemos actuar como los escribas y fariseos del evangelio de hoy, que se empeñan en no salir de su ceguera y de su hipocresía, apoyados en las instituciones y en los criterios que ellos mismos se han construido. Vivir en la luz significa no vivir en la trampa, en el odio, en la manipulación de la verdad.

La poscomunión de hoy nos recuerda, ante todo, que Dios es la luz verdadera: “Señor Dios, luz que alumbras a todo hombre”. Pero en seguida pide que nosotros, los que hemos celebrado esta Eucaristía, quedemos envueltos en esa misma luz: “ilumina nuestro espíritu con la claridad de tu gracia”.

El Bautismo fue nuestra primera “iluminación”: este fue uno de los nombres de este sacramento desde los primeros siglos. Cada año renovamos nuestro Bautismo, en la Vigilia pascual, y pedimos a Dios que nos renueve la gracia bautismal, que renueve la “iluminación” de nuestros ojos.

Luz para los demás

Pero además de vivir como hijos de la luz, se nos encarga que seamos nosotros “luz del mundo”. Como nos encargó Jesús en el sermón de la montaña: “vosotros sois la luz del mundo... no se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa: brille así vuestra luz delante de los hombres” (Mt 5,14).

Es lo que pasará en la Vigilia Pascual: entraremos en la iglesia siguiendo y cantando aclamaciones a Cristo como luz del mundo, y a la vez encenderemos unas velas personales, tomando la luz del Cirio símbolo de Cristo, mostrando plásticamente que también nosotros hemos de ser iluminadores de este mundo con nuestra vida pascual. Como el ciego, que dio testimonio de su fe a los demás, aunque le costara la expulsión de la sinagoga.

Pascua es Pascua de luz. Y nos invita a optar por la luz en nuestra vida. La luz que es Cristo. La luz que nos comunica a nosotros. La luz que nosotros somos encargados de comunicar a los demás.

DOMINGO 5 DE CUARESMA

– I –

Seguimos los pasos de Cristo, vida del mundo

Estamos a dos semanas de la Pascua. El domingo próximo ya será Domingo de Ramos, la puerta de la Semana Santa. Las lecturas de hoy nos preparan muy bien a la Pascua: nos ayudan a fijar nuestros ojos en Jesús, en su camino hacia la cruz y hacia la vida nueva. Como dice el prefacio V de Cuaresma, “en nuestro itinerario hacia la luz pascual, seguimos los pasos de Cristo, maestro y modelo de la humanidad reconciliada en el amor”.

En la serie de etapas salvíficas de la historia del AT llegamos hoy a la figura de los profetas, don eximio de Dios a su pueblo. En concreto, el profeta Ezequiel. Mientras que en el evangelio leemos la resurrección de Lázaro, donde Jesús se revela a sí mismo como la vida del mundo, después de haberse manifestado en domingos pasados como la fuente de agua viva y como la luz.

Hoy las tres lecturas bíblicas apuntan al mismo y gozoso mensaje: la vida. Tanto Ezequiel para su pueblo, como Pablo para sus lectores como, sobre todo, el evangelio con el relato de Lázaro, nos aseguran que nuestro destino es la vida.

Ezequiel 37,12-14. *Os infundiré mi espíritu y viviréis*

A los profetas les escuchamos muchas veces a lo largo del año. Pero hoy nos fijamos sobre todo en el don tan valioso de Dios que supuso el ministerio de los profetas en los diversos períodos de la historia de Israel.

Como representante de estos profetas se ha elegido a Ezequiel, un profeta muy singular, lleno de fantasía, con un lenguaje cargado de simbolismos. Era sacerdote en Jerusalén cuando, junto con otros muchos israelitas, fue deportado a Babilonia. Allí compartió con su pueblo la experiencia de este desastre nacional, en el siglo VI antes de Cristo.

De Ezequiel leemos, no el famoso oráculo de los huesos que revivirán, sino unas palabras esperanzadoras para los desterrados: “abriré vuestros sepulcros y os traeré a la tierra de Israel... os infundiré mi espíritu y viviréis”. Palabras que se corresponden muy bien con el evangelio de la resurrección de Lázaro.

Con razón podemos cantar con el *salmo* que “del Señor viene la misericordia y la redención copiosa”. Es el famoso salmo “De profundis”, que asociamos instintivamente al recuerdo de los difuntos, y que es un salmo de esperanza confiada: “mi alma espera en el Señor, más que el centinela la aurora”.

Romanos 8, 8-11. *El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros*

El capítulo 8 de la carta a los Romanos es una catequesis muy densa del protagonismo del Espíritu en la vida de una comunidad cristiana. A Pablo le gusta distinguir el binomio “carne – espíritu”, no como elementos constitutivos de la persona humana, sino como dos dinamismos que actúan en ella y tiran de ella hacia ámbitos distintos. Vivir en la carne es vivir según la mentalidad meramente humana. Vivir en el Espíritu es dejarse llevar por la fuerza salvadora de Dios y sus criterios de vida.

Las afirmaciones que leemos hoy son ciertamente valientes y nos ofrecen una perspectiva optimista: “si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos (o sea, el Espíritu de Dios Padre) habita en vosotros... vivifi-

cará también vuestros cuerpos mortales”. Es una página que nos prepara a escuchar el evangelio de la resurrección de Lázaro, que es también el destino que nos espera a todos los que creemos y seguimos a Cristo.

Juan 11,1-45. *Yo soy la resurrección y la vida*

La resurrección de Lázaro fue el último de los grandes “signos” de Jesús, que aceleró su muerte, por la reacción de sus adversarios. El evangelista Juan, como leíamos en los domingos anteriores, elabora una progresiva “catequesis” cristológica, esta vez bajo la clave de la *vida*. El milagro en sí ocupa pocos versículos. Pero Juan lo hace preceder de un diálogo muy vivo entre Jesús y las hermanas de Lázaro.

Todo desemboca en el “yo soy” de Cristo, que se nos había presentado ya como “fuente de agua viva” y como “luz del mundo”: hoy se revela como “la resurrección y la vida”.

Convendrá leer el evangelio entero, expresivamente, porque todo él está lleno de intención teológica y espiritual.

– II –

Cristo, la Vida

La tercera de las “revelaciones” cristológicas de estos domingos –después de la clave del agua y la de la luz– es también la más decisiva y profunda. Antes de su Pasión, Jesús resucita a Lázaro y se presenta a sí mismo como “la resurrección y la vida” para la humanidad.

Ya en el prólogo de su evangelio, Juan nos decía que “en él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres”. Pero hoy, en su diálogo con las hermanas de Lázaro, afirma más insistentemente: “yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá”.

El prefacio de hoy da gracias a Dios porque Cristo, su Hijo, además de resucitar a su amigo Lázaro “como Señor de la vida”, y ahora “extiende su

compasión a todos los hombres y por medio de sus sacramentos los restaura a una vida nueva”.

Dios quiere abrir sepulcros

También ahora necesitamos todos, como personas y como comunidad, oír las palabras de esperanza pascual y de vida que rezuman los textos de hoy. Porque podemos sentir la tentación del desánimo o de la impotencia ante un mundo que puede parecer que no tiene mucho futuro, o ante una comunidad eclesial poco viva y creativa, o ante personas determinadas –nuestra comunidad cristiana, o nosotros mismos– que pueden presentar síntomas de cansancio y hasta de muerte.

Los tres evangelios “bautismales” de estos domingos parece como si quisieran presentarnos los diversos estados deficitarios de la humanidad: la situación problemática de la mujer samaritana, una persona con sed, y no sólo de agua; la situación lastimosa del ciego de nacimiento, condenado a una oscuridad total y perpetua; y ahora la situación de Lázaro, todavía más radical: la muerte. Un sepulcro es la imagen más clara de la no-vida, y no favorece precisamente la esperanza.

Pero Dios nos invita a la esperanza. Por medio de Ezequiel, de Pablo y, sobre todo, de Cristo Jesús.

En Ezequiel, hoy hemos escuchado palabras muy esperanzadoras: “abriré vuestros sepulcros... os infundiré mi espíritu y viviréis”. Dios es Dios de vida. Sus planes no son de muerte, sino de vida.

Para Pablo también nosotros, si vivimos en el Espíritu, estamos destinados a que nuestros cuerpos mortales sean vivificados.

Pero es en Jesús donde más expresivamente manifiesta y realiza Dios su plan de resurrección y vida. El evangelio describe al cadáver de Lázaro “en una cavidad cubierta de una losa... los pies y las manos atadas con vendas”. ¿Puede ser hoy el retrato de una persona o de una comunidad “muertas”? Pero llega Jesús, que dice escuetamente “quítale la losa”, y a continuación “grita con voz potente: Lázaro, ven afuera... desatadlo y dejadlo andar”. Es la mejor imagen de un Dios que, por medio de su Hijo, quiere abrir sepulcros y resucitarnos a la vida, en la Pascua de este año.

Lázaro, por una parte, es como la figura anticipada del mismo Jesús que dentro de unos días saldrá victorioso del sepulcro, liberado, para siempre, de las ataduras de la muerte (mientras que Lázaro resucitó sólo para un tiempo). Y, por otra, también es la figura y ejemplo de cómo nosotros, en la Pascua, somos invitados a abandonar nuestros sepulcros, con la fuerza de Dios.

Es el Espíritu quien da la vida

Pero este paso a la vida será posible sólo por el Espíritu de Dios. Pablo nos ha dicho que si ese Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos “habita en nosotros”, nos resucitará también a nosotros. Ese es el programa que Dios tiene para la Pascua.

En la profesión de fe de nuestro Credo afirmamos del Espíritu Santo que es “Señor y dador de vida”. Es él quien nos transmite la vida nueva de Cristo, su gracia, su amor, sus sacramentos, la fuerza de la Palabra. Quiere realizar en nosotros lo mismos que en Pentecostés, cuando transformó y llenó de vida a la primera comunidad, y de comunidad muda la hizo comunidad evangelizadora, y a personas cobardes las llenó de ánimos para anunciar valientemente a Cristo, y a un grupo encerrado por miedo le hizo abrir los balcones y manifestarse ante el pueblo y las autoridades.

Si nos sentimos movidos por el Espíritu de Cristo, y es él quien anima nuestra oración, nuestra caridad, nuestra alegría, nuestra esperanza, superaremos toda muerte, toda anemia espiritual, todo pesimismo y desaliento.

El domingo pasado podíamos pensar que “hay ciegos y ciegos”: ciegos físicos y ciegos morales. También hoy podemos afirmar que “hay muertos y muertos”. Hay personas que parecen vivas, y ofrecen una fachada llena de éxitos y efectos y, sin embargo, están muertas. A algunos les atenaza el miedo, a otros la pasión, la ignorancia.

Una vez más escuchamos la buena noticia de que la muerte no es la última palabra. No sabemos explicar cómo será esa “vida nueva”. Pero estamos seguros y confiados en la palabra de Jesús: “el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá... no morirá para siempre”. Es hermoso recordar lo que dijo el P. Arrupe, un poco antes de su muerte: “la muerte para un cristiano es el último *amén* de su vida y el primer *aleluya* de su vida nueva”.

La Eucaristía, garantía y semilla de vida

La Eucaristía es semilla, anticipo y garantía de vida.

El Señor Resucitado, que ya está en la escatología, en la vida definitiva, se apodera de ese pan y ese vino que traemos en el ofertorio al altar, y entonces, identificado radicalmente con esos dos elementos, se nos da a nosotros, comunicándonos así su vida escatológica. Por eso nos dijo, según Juan, en su “discurso del Pan de vida”: “el que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida... yo le resucitaré el último día... Como yo vivo por el Padre, así el que me coma vivirá por mí”.

Estamos en primavera, que ve brotar con nuevo brío la vegetación. Estamos a punto de entrar en la Pascua, que es vida nueva para Cristo y para nosotros. La Pascua de este año debería ser una primavera espiritual en la que estemos todos sumergidos. Dios quiere ayudarnos a pasar a una vida más abundante en cada Eucaristía. Y, de un modo especial, en la Pascua próxima.

El mensaje de este domingo es en verdad esperanzador. Para Israel. Para Lázaro. Para Cristo. Para nosotros. Eso significa la Pascua. Eso significa el Bautismo, que nos sumergió ya desde el principio, con Cristo, en su muerte y en su vida. Nosotros, que creemos en Cristo resucitado, no podemos vivir sin esperanza. No hay tumba que se resista a ese Espíritu vivificador que está dispuesto a repetir el portento de la Pascua con nosotros.

¿Se va a notar en nosotros, en nuestras personas y en nuestras comunidades, una vida más floreciente, más pascual? ¿se va a notar que el Espíritu del Resucitado nos comunica su energía, su novedad, su libertad, su alegría, su vida? ¿o seguiremos igual de perezosos, o conformistas, o instalados en una estéril mediocridad? ¿o, peor aún, encerrados en el sepulcro sin darnos cuenta nosotros mismos que estamos muertos?

Tendremos que oír la voz imperiosa de Jesús: “sal fuera”.

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

– I –

Comienza la Semana Santa con gloria y dolor

Damos inicio hoy a la “Semana Santa” o “Semana Grande”, que es mitad Cuaresma (hasta la Eucaristía del Jueves) y mitad Triduo Pascual (desde esa Eucaristía hasta la Vigilia Pascual y luego todo el domingo).

La empezamos con este domingo que, como su nombre compuesto refleja –“domingo de Ramos en la Pasión”–, tiene dos dimensiones muy distintas: las alabanzas que la multitud dedicó a Jesús en su entrada a Jerusalén, con palmas y Hosannas, y luego la Eucaristía, más adusta, con las tres lecturas apuntando al drama de la cruz, sobre todo la de la pasión.

Por eso, la Eucaristía de este domingo tiene dos elementos característicos: la entrada procesional y el evangelio de la Pasión. A veces, resulta difícil conjugar estas dos actitudes, sobre todo en comunidades en que abundan los niños, que tienen en esta fiesta un protagonismo evidente, como el que tuvieron en Jerusalén. Pero es una sucesión de aspectos que está bien pensada: la entrada de Jesús en la ciudad santa fue acompañada por un inesperado entusiasmo por parte de la gente sencilla, pero él iniciaba esta última semana de su vida dispuesto a cumplir su misión con su muerte en la cruz. Las dos cosas se unen en la celebración de hoy, a pesar de su contraste.

Todavía estamos en Cuaresma, y hoy vamos a escuchar lecturas muy profundas que retratan el camino de Jesús hacia su Pascua, con el poema de Isaías y sobre todo con la pasión según Mateo. Ya desde la oración colecta de la Misa, nada más terminar la procesión, el discurso es diferente: “tú quisiste que nuestro Salvador se anonadase, muriendo en la cruz, para que todos nosotros sigamos su ejemplo”.

(Antes de la procesión) Mateo 21, 1-11. Bendito el que viene en nombre del Señor

La lectura evangélica antes de la procesión nos cuenta lo que sucedió aquel día, cuando, sabiendo que había llegado su hora, Jesús decide entrar en Jerusalén. Montado en un borrico, entra en la ciudad acompañado de las aclamaciones de los discípulos: “viva (¡hosanna!) el Hijo de David... bendito el que viene en nombre del Señor”. No sería seguramente un gran acontecimiento, sino más bien una manifestación (menos mal que entonces no había el prurito de contar el número de presentes) popular y espontánea de admiración al que consideraban como el Profeta enviado de Dios. Tampoco la cabalgadura en que entra es demasiado gloriosa.

Esta procesión en honor a Cristo el domingo de Ramos tuvo su origen en Jerusalén, ya en el siglo IV, y luego se difundió a toda la Iglesia. Las comunidades que pueden hacerlo organizan hoy una procesión partiendo de un lugar diferente, mientras van dedicando cantos de alabanza a Cristo.

Lo principal no son los ramos benditos, sino que la comunidad “acompaña a Cristo aclamándole con cantos”, agitando, eso sí, esos ramos que han sido “bendecidos” porque se les da un significado simbólico de fe.

Isaías 50, 4-7. *No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado*

En el repaso celebrativo de los momentos importantes de la historia de la salvación, llegamos al tercer “cántico del Siervo del Señor”, de Isaías. Un poema que nosotros vemos cumplido en Jesús de Nazaret. El cuarto, el más impresionante, lo proclamamos el Viernes Santo.

Hoy se afirma de este Siervo que tiene “una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento”. Pero también se dice que antes, “cada mañana, me espabila el oído para que escuche como los iniciados”. Escucha para luego poder comunicar las palabras de Dios. El Siervo es, además, consciente de que su misión va a ir acompañada de oposición: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban”, siempre, eso sí, con la ayuda de Dios: “mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido”.

A esta lectura, que ya prelude la Pasión, le hace eco uno de los *salmos* más impresionantes: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado”, el salmo que los evangelistas ponen en labios de Jesús en la cruz. En verdad, la pasión de Jesús está narrada después como siguiendo la pauta de los versículos de este salmo: “se burlan de mí... acudió al Señor, que lo libre... me taladran las manos y los pies... echan a suertes mi túnica”. Incluida también la confianza en Dios: “tú, Señor, no te quedes lejos, ven a ayudarme”.

Filipenses 2, 6-11. *Se rebajó: por eso Dios lo levantó sobre todo*

En su carta a los cristianos de Filipos, Pablo incluye un himno cristológico que seguramente ya se cantaba en las primeras comunidades. Un himno que habla del proceso “pascual”, su “paso” o “tránsito”. Desde su condición divina se rebaja a la humana y a la humillación de la muerte, el anonadamiento total (movimiento descendente). Desde ahí la fuerza de Dios lo eleva como Señor de toda la creación (movimiento ascendente).

Es un resumen poético y teológico de la Pascua de Cristo. No es de extrañar que en la celebración de las Vísperas de cada sábado recitemos este himno, que resume el misterio pascual de Cristo con su muerte (viernes), su estancia en la sepultura (sábado) y la resurrección en la madrugada del domingo.

Mateo 26, 14 – 27, 66. *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*

El relato de la Pasión –en el que se ve cómo se cumplen a la perfección las anteriores lecturas– presenta en Mateo unos matices propios. Por ejemplo, es el que más citas bíblicas aporta, para demostrar, como pretende en todo su evangelio, que en Jesús se cumplen las promesas del AT. Es el único

que nos habla del remordimiento y suicidio de Judas; pone énfasis en los espectaculares fenómenos que suceden a la muerte de Jesús en el velo del templo, en la tierra, en las rocas y en la resurrección de muertos; también se detiene en los ultrajes que dirigen a Jesús en la cruz la gente, las autoridades y los ladrones ajusticiados con él.

La pasión empieza en Mateo en la última cena de Jesús con los suyos, el anuncio de la traición de Judas, las palabras y gestos sobre el pan y el vino, la advertencia a Pedro sobre su negación; para seguir con la oración y la agonía en el huerto, la traición de Judas y la detención por los enviados de las autoridades, el episodio de las negaciones de Pedro, el juicio ante las autoridades religiosas y luego ante las civiles, la condena a muerte por Pilato, el camino hacia el Gólgota y la muerte en la cruz, gritando las palabras del salmo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, para terminar con la sepultura del cuerpo de Jesús por parte de José de Arimatea.

El impresionante relato es muy conveniente leerlo por entero, y con los mejores recursos de una buena lectura y comunicación: es lo que más bien puede hacer a la comunidad cristiana, año tras año, poniéndonos ante la gran lección de generosidad que Cristo nos dio al entregarse como reconciliación entre Dios y la humanidad. Aunque lo escuchemos cada año –y por duplicado, porque también se proclama el Viernes– nunca deja de impresionarnos.

– II –

Pascua es muerte y vida

La procesión de hoy no es sólo la entrada a la Eucaristía: es la entrada a toda la Semana Santa. Cada Misa la iniciamos con una “entrada”, pero la de hoy es especial, recordando la de Jesús cuando llegó a Jerusalén para su semana decisiva. Sus discípulos seguramente pensarían que este era el momento decisivo para proclamar rey a su Maestro. Pero Jesús sabe que, aunque parece entrar como Señor y Rey, en realidad, antes tiene que sufrir como el Siervo, y que en vez de un trono le espera la cruz.

Las dos dimensiones son importantes para hoy y van íntimamente unidas. Tal vez algunos de los que hoy vienen a “bendecir ramos”, no acudan después a las celebraciones del Triduo Pascual. Por eso es bueno que se unan en la celebración de hoy el recuerdo de la muerte, con la lectura de la pasión, y también el adelanto de la resurrección, que aparece en varios textos, y se escenifica de alguna manera en la procesión.

La Pascua son las dos cosas: cruz y vida. El prefacio de hoy dice, por una parte, que “Cristo, siendo inocente, se entregó a la muerte por los pecadores, y aceptó la injusticia de ser contado entre los criminales”, pero a la vez da gracias a Dios porque “de esta forma, al morir, destruyó nuestra culpa y, al resucitar, fuimos justificados”. En la oración colecta pedimos a Dios “que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio y que un día participemos en su resurrección gloriosa”.

Nosotros también nos unimos a las aclamaciones de la gente de Jerusalén, expresándole a Jesús, al comienzo de “su” Semana Grande, toda nuestra admiración y gratitud, dispuestos a acompañarle esos días en su camino de cruz a la alegría de la Pascua.

“Por eso Dios lo levantó sobre todo”

Jesús camina decidido a su Pascua, a la Pascua completa, que es muerte y resurrección. Y nos da una gran lección desde la cruz.

Para Isaías, la misión del Siervo es “decir una palabra de aliento a los abatidos”, pero él mismo tiene que asumir el dolor y el castigo de la humanidad: “ofrecí la espalda a los que me golpeaban”. Aspecto que ha subrayado fuertemente el salmo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Pero el poema del Siervo no sólo se puede considerar figura de la muerte de Cristo, sino también de su glorificación: “mi Señor me ayudaba... sé que no quedaré avergonzado”.

Lo mismo sucede con Pablo, que describe el “viaje pascual” de Cristo Jesús: “se despojó... se rebajó... y muerte de cruz... Dios lo levantó sobre todo”. Muerte y resurrección. Al contrario que Adán y Eva, que querían “ser como dioses”, Jesús se rebaja, se despoja de su rango, hasta la muerte.

El relato de la pasión nos ha presentado toda la seriedad del camino de Jesús, por solidaridad con los hombres, hasta la muerte en cruz. Pero no va a ser esa la última palabra: en la Vigilia Pascual escucharemos el evangelio más importante del año, el de la resurrección, que será la respuesta de Dios a la entrega de Jesús.

De momento, color rojo: rojo de sangre, rojo de cruz, rojo de fiestas de mártires, rojo de Viernes Santo. Para desembocar dentro de una semana en el blanco de la vida y de la Pascua.

¡Desde el “hosanna” de hoy hasta el “crucifocale” del Viernes y el “aleluya” de la noche pascual!

Cruz y gloria también en nuestra vida

La impresionante lectura de la Pasión nos afecta a todos y se refleja también en nuestra vida, a lo largo del año.

Nuestro seguimiento de Cristo comporta, a veces, cargar como él con la cruz. Seguramente no será tan dramático nuestro camino como el suyo: abandonado de todos, incluso con silencio o ausencia aparente de Dios, azotado cruelmente, escarnecido, clavado en la cruz, ejecutado injustamente. Pero sí tendremos días en que se acumulan los motivos de dolor y desánimo.

Por eso también nosotros necesitamos reafirmar hoy de alguna manera, con la procesión de ramos, la confianza en el triunfo de Cristo y nuestro. Estamos destinados, no a la cruz, sino a la vida. No al sufrimiento, sino a la alegría perfecta. Aunque el camino sea como el que nos ha señalado Jesús. No todo el año será Semana Santa. O si lo es, también irá acompañada de Pascua. Las celebraciones de esta Semana, sobre todo las del Triduo Pascual, son como el faro que da sentido a la vivencia de todo el año.

En la monición que el sacerdote dice, según el Misal, antes de la procesión, se expresa bien el sentido de este domingo: “recordando con fe y devoción la entrada triunfal de Jesucristo en la ciudad santa, le acompañemos con nuestros cantos, para que, participando ahora de su cruz (“per gratiam consortes effecti crucis”, hechos por la gracia partícipes de la cruz), merezca-

mos un día tener parte en su resurrección (“resurrectionis et vitae”, de la resurrección y de la vida)”.

El texto de Pablo a los de Filipos es breve. Si leyéramos el versículo inmediatamente anterior a este “himno”, veríamos la intención con la que Pablo incluye este himno de la comunidad en su carta: “tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo de condición divina...”. Se trata de que cada uno de nosotros haga suya esta actitud de Jesús en su Semana Santa. La Pascua de Cristo –su paso por la muerte a la vida– es también la Pascua de la Iglesia, y de la Humanidad, y de cada uno de nosotros.

TRIDUO PASCUAL

De un modo más extenso he presentado la historia, teología, espiritualidad y pastoral de estos días en:

J. Aldazábal, *El Triduo Pascual* (=Biblioteca Litúrgica 8) CPL, Barcelona 1998, 188 págs.

Además pueden ser útiles:

* *La celebración de la Semana Santa* (Dossier CPL 61), Barcelona 1999, 3ª ed., 154 págs.

* J. Castellano, *El Año Litúrgico* (=Biblioteca Litúrgica 1) CPL, Barcelona 1996, 2ª ed., pp. 153-208.

* J. Lligadas, *Semana Santa, siglos de esperanza* (=Emaús 49) CPL, Barcelona 2002, 76 págs.

* J. Lligadas, *Semana Santa, el camino* (=Emaús 24) CPL, Barcelona 1998, 2ª edic., 74 págs.

* J. M. Ramos, *Así viví el Viernes Santo* (=Emaús 44) CPL, Barcelona 2001, 68 págs.

El “hoy” de la Pascua

La Pascua anual se empezó a celebrar muy pronto en la historia de la comunidad cristiana, no sólo con la Vigilia del sábado al domingo, sino con los días enteros del Viernes y el Sábado, unidos como en un único día con el domingo: el que san Agustín llama “sacratísimo Triduo del Cristo crucificado, sepultado y resucitado”. Además, con el Viernes y el Sábado vividos en un ayuno bastante riguroso.

Siglos más tarde, al adelantarse la Vigilia a la mañana del Sábado Santo, se empezó a hablar del “Triduo Santo”, que entonces abarcaba el Jueves,

Viernes y Sábado. Hasta que Pío XII, en la reforma que promovió entre el 1951 y el 1955, recuperó la Vigilia en la noche del sábado al domingo, y el “Triduo Pascual” como punto culminante de todo el Año Cristiano. El Triduo Pascual abarca ahora de nuevo el Viernes, el Sábado y el Domingo, con la Eucaristía vespertina del Jueves como introducción.

Estos días no vamos a celebrar unos “aniversarios”, sino el “hoy” del misterio pascual de Cristo. No sólo la Eucaristía que él nos dejó como testamento, sino también su muerte y resurrección se hacen de alguna manera actuales, presentes, para que los celebremos y participemos de su fuerza salvadora.

También los judíos, en la celebración anual de su Pascua, se consideran, no sucesores, sino contemporáneos de sus antepasados y alaban a Dios por “lo que hizo conmigo Yahvé cuando salí de Egipto”. No sólo recuerdan que sus padres fueron liberados de Egipto y pasaron el Mar Rojo, sino que ellos mismos, los actuales creyentes, experimentan ese mismo acontecimiento salvador y renuevan la Alianza con Dios.

Nosotros con mayor razón: porque Cristo no sólo vivió la Pascua, sino que él mismo es la Pascua, siempre presente y salvadora para su comunidad. El Jueves Santo, en las variantes del Canon romano, el sacerdote dice: “esta ofrenda que te presentamos en el día mismo en que nuestro Señor...”, “el cual, hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación...”. La oración sobre las ofrendas, al pedir a Dios que nos ayude a “participar dignamente de estos misterios”, pone como motivación que “cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención”.

En el prefacio de la Vigilia Pascual se habla de “esta noche en que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado”: la Eucaristía de esa noche es la Eucaristía de todo el Triduo, y la actualización de todo el misterio pascual, muerte y resurrección. La oración del día de Pascua dice: “en este día has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo”.

Es el “hoy” que resuena continuamente, como también sucedía en la Navidad. La celebración litúrgica es la actualización del misterio salvador: no sólo porque la comunidad lo celebra, sino porque el mismo Cristo Jesús, ahora Resucitado, que contiene en sí mismo, vivos, los misterios salvadores de la Encarnación y la Redención, nos los hace presentes y nos los comunica.

TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo

- Ex 12, 1-8.11-14 Prescripciones sobre la cena pascual
 1Co 11,23-26 Cada vez que coméis y bebéis,
 proclamáis la muerte del Señor
 Jn 13,1-15 Los amó hasta el extremo

Viernes Santo

- Is 52,13 – 53,12 Él fue traspasado por nuestras rebeliones
 Hb 4,14-16; 5, 7-9 Aprendió a obedecer y se ha convertido para todos
 los que le obedecen en autor de salvación
 Jn 18,1 – 19,42 Pasión de N. S. Jesucristo

Vigilia Pascual

- Gn 1,1 – 2,2 Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno
 Gn 22,1-18 El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe
 Ex 14,15–15, 1 Los israelitas en medio del mar a pie enjuto
 Is 54, 5-14 Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor
 Is 55 ,1-11 Venid a mí y viviréis; sellaré con vosotros
 alianza perpetua
 Ba 3,9-15.32–4,4 Camina a la claridad del resplandor del Señor
 Ez 36, 16-28 Derramaré sobre vosotros un agua pura
 y os daré un corazón nuevo
 Rm 6,3-11 Cristo, una vez resucitado de entre los muertos,
 ya no muere más
 Mt 28, 1-10 Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea

JUEVES SANTO: MISA VESPERTINA

—I—

La Eucaristía del Jueves: inicio del Triduo Pascual

Con la Misa vespertina, de hoy damos por concluida la Cuaresma e iniciamos el Triduo Pascual, que abarcará los tres días siguientes: Viernes, Sábado y Domingo.

Tradicionalmente en la mañana de este Jueves, en vísperas ya de Pascua, se celebraba la Misa de reconciliación de los que durante la Cuaresma habían hecho el camino de los “penitentes”. Y también la Misa Crismal, en la que se bendicen o consagran los óleos y el crisma que se utilizan, a partir de la nueva Pascua, en cuatro de los sacramentos: Bautismo, Confirmación, Unción de enfermos y Orden. Ambas celebraciones, la penitencial y la crismal, se suelen celebrar ahora uno de los días anteriores, siempre en la cercanía inminente de la Pascua.

Aunque la celebración principal de estos días, y por tanto de todo el año, es la Eucaristía de la Vigilia Pascual, la de hoy es también entrañable para el pueblo cristiano: recuerda la institución de la Eucaristía, el mandamiento del amor fraterno –con el gesto simbólico del lavatorio de los pies– y la institución del ministerio sacerdotal. Y la celebramos, hoy con particular significado, bajo las dos especies: pan y Vino, que nos recuerdan que estamos participando del Cuerpo entregado y de la Sangre derramada de Cristo, que ahora vive como el Señor Resucitado.

En esta Eucaristía hay otra particularidad: consagramos más cantidad de pan para poder comulgar mañana, Viernes, día en que no celebramos la Eucaristía, pero sí podemos comulgar. Esto hace que la “reserva” eucarística en el sagrario sea hoy particularmente significativa y se haya convertido con los siglos en un acto de fe y de amor por parte de la comunidad, que dedica unas horas a la adoración agradecida al Señor Jesús por su gesto de entrega continuada en la Eucaristía.

Éxodo 12, 1-8.11-14. *Prescripciones sobre la cena pascual*

El texto del Éxodo describe cómo celebraban y siguen celebrando los judíos su cena pascual, empezando por aquella noche decisiva de su historia, cuando Moisés, con la ayuda de Dios, los sacó de Egipto y se inició el éxodo de su liberación. Esta cena histórica está descrita con los ritos que luego se harían usuales, en tiempos más pacíficos: la reunión familiar, el sacrificio del cordero y el pan ácimo, que es un pan sin acabar de fermentar, símbolo de pan de mayor tristeza, pan precipitado.

Esta celebración es cada año para los judíos un memorial en honor del Señor, en recuerdo y actualización del amor de Dios que salva a su pueblo. Es también la que celebró Jesús con los suyos antes de dar a sus gestos y palabras un sentido nuevo: el memorial de su Pascua.

“Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles”, dice el *salmo* de hoy. Pero su amor y su poder logran lo que parecía imposible: liberar al pueblo de la esclavitud. La copa de la salvación, que para el salmista era acción de gracias “por todo el bien que me ha hecho”, es para nosotros la seguridad de que “el cáliz de la bendición es la comunión con la sangre de Cristo”.

1 Corintios 11, 23-26. *Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor*

Nosotros ahora celebramos ya la pascua cristiana, la que Cristo nos dejó en testamento antes de iniciar su Pasión: la Eucaristía.

En la ciudad griega de Corinto se ve que dejaban mucho que desear las reuniones eucarísticas. Pablo les acusa duramente: “os resulta imposible

comer la Cena del Señor”, eso que celebráis no es la Eucaristía que Cristo pensó. El pecado de los corintios era la falta de fraternidad. No esperaban a que llegaran los pobres y no les hacían partícipes de lo que sobraba a los ricos en la cena previa a la celebración: “despreciáis a la comunidad y avergonzáis a los pobres”.

Lo que leemos hoy es el razonamiento que él emplea para desautorizar tales celebraciones. Lo que pensó Cristo con la Eucaristía es precisamente lo contrario: él ofreció a todos su Cuerpo y su Sangre y les encargó que hicieran el memorial precisamente de esa entrega. Lo que hacen en Corinto no parece memorial, sino anti-memorial.

Esta situación de la comunidad de Corinto hace que Pablo describa por primera vez en todo el NT el relato de la última cena de Jesús, la institución de la Eucaristía, que todavía no han tenido ocasión de narrar los evangelistas. Es lógico que hoy se proclame en todas las comunidades de la Iglesia este pasaje. Jesús ha dado a ese pan partido y a esa copa de vino un sentido trascendental: son su propio Cuerpo y Sangre.

Juan 13, 1-15. Los amó hasta el extremo

Cuando Juan inicia el relato de la Última Cena, no nos cuenta la institución de la Eucaristía, como hacen los demás evangelistas. Dice que Jesús, “sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre” –o sea, de su éxodo personal–, para manifestar a todos su amor “hasta el extremo”, antes de ir a su Pasión, realizó el gesto simbólico del lavatorio de los pies: “se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe, echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos”.

Pedro, incapaz de comprender cómo el jefe y maestro del grupo pueda humillarse de esa manera, se niega a que le lave los pies, hasta que Jesús le “amenaza” con lo que Pedro no podía de ningún modo admitir: “si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo”.

El final de la escena es el “mandato” de que le imiten también ellos en su vida: “pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”.

– II –

Inauguramos el Triduo Pascual

Cristo inició su “Triduo Pascual” con la Cena. Nosotros, también. Él, cuando iba a emprender su Pasión, quiso anticipar sacramentalmente, con los signos del pan y del vino, su entrega en la cruz. También ahora su Iglesia, en miles y miles de comunidades en todo el mundo, celebra en esta Eucaristía el prólogo de la Pascua. En ese Pan partido y en ese Vino compartido quiso Cristo que participáramos cada vez de su propia persona y de su Pascua.

Esta celebración no tendríamos que considerarla “autónoma” (algo así como “el día de la caridad fraterna”, o “de la Eucaristía”, o “del sacerdocio”), sino ver todos esos aspectos en relación íntima con la Pascua, con la muerte y resurrección de Cristo: instituyó la Eucaristía “la noche en que fue entregado”. Esta Eucaristía es la inauguración del Triduo Pascual. En una de las oraciones del Jueves en la liturgia hispánica se dice: “venimos, Señor, con la asamblea de todo el pueblo, para dar solemne inicio a la celebración de la Pascua”.

Desde hace siglos, el canto de entrada de hoy no apunta, como uno pudiera pensar, ni a la Eucaristía ni a la caridad fraterna, sino a la Pascua de la muerte y resurrección: “nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: en él está nuestra salvación, vida y resurrección”. Como decimos en la oración del día, “celebramos aquella memorable cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte...”, y la Eucaristía la vemos como la celebración de la Alianza que Jesús selló en la cruz: “el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la Alianza eterna”.

La variante del Canon romano para este día también relaciona nuestra celebración con la cruz del Viernes: “el cual, hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres, tomó pan...”. También el gesto simbólico del lavatorio de los pies, que realizamos hoy después del evangelio y de la homilía, apunta claramente a la muerte del Siervo, que se entregó por todos en la cruz.

La Eucaristía es siempre, también el Jueves Santo, memorial y actualiza-

ción de la muerte salvadora de Cristo: “el cual, al instituir el sacrificio de la eterna alianza, se ofreció a sí mismo como víctima de salvación (en la cruz) y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya (en la Eucaristía). Su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica” (prefacio I de la Eucaristía).

En la oración sobre las ofrendas resumimos la teología de la celebración eucarística: “cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención”.

Pascua para Israel, para Cristo...

Para Israel la Pascua fue una experiencia única, que recuerdan siempre con fe y gratitud: fue Yahvé quien “pasó” por las casas de Egipto, y luego el pueblo también “pasó” a través del Mar Rojo y del desierto hasta la tierra prometida y la libertad. De ese “paso = pascua”, acontecimiento histórico irrepitible, celebran anualmente, en la cena pascual, un memorial lleno de alegría. La primera lectura de hoy nos introduce en esa perspectiva.

Esa Pascua primera se cumplió plenamente en el “paso” de Cristo a través de la muerte a la vida: “antes de la fiesta de Pascua (la fiesta judía que celebró con los suyos, sea en el mismo día que los demás o en otro anterior), sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre...”.

... y para nosotros

Es también nuestra Pascua. De la Pascua de Cristo se nos hizo partícipes ya el día de nuestro Bautismo: “¿o es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos con él sepultados por el Bautismo en su muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm 6,3-4).

Pero además nos encargó que celebráramos, hasta su vuelta, un memorial de esa Pascua en forma de comida, participando de su Cuerpo entregado y de su Sangre ofrecida por la humanidad. La Eucaristía no la podemos entender

ni celebrar bien sino desde la perspectiva de la entrega pascual de Cristo en la cruz. Es lo que nos recuerda hoy san Pablo al relatarnos la última cena: “haced esto en memoria mía”.

La última frase del apóstol define bien lo que es la Eucaristía en ese “tiempo intermedio” entre la Pascua primera de Jesús, hace dos mil años, y la última, al final de los tiempos: “cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que venga”. La Eucaristía es un “hoy” siempre en dinámica tensión entre el “ayer” de la muerte pascual de Cristo y el “mañana” de su vuelta gloriosa.

Es admirable, y nunca acabaremos de alegrarnos y de agradecer suficientemente, el que Cristo instituyera un sacramento en el que podemos participar de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada.

Los varios prefacios de la Eucaristía describen la finalidad de este sacramento, como alimento para nuestro camino: “en la última cena con los apóstoles, para perpetuar su pasión salvadora, se entregó a sí mismo como Cordero inmaculado y Eucaristía perfecta... con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles” (prefacio II), “su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica” (prefacio I). Con ello Cristo nos quiere dar fuerza para que recorramos el camino de esta vida y lleguemos con él a la Pascua eterna: “nos reunimos en torno a la mesa de este sacramento admirable, para que la abundancia de tu gracia nos lleve a poseer la vida celestial” (prefacio II); “has querido que tu Hijo nos precediera en el camino del retorno a ti... y en la Eucaristía él se hace comida y bebida espiritual, para alimentarnos en nuestro viaje hacia la Pascua eterna” (prefacio III).

Será bueno, en la jornada de hoy, releer la encíclica que Juan Pablo II firmó el Jueves Santo del año 2003 sobre la Eucaristía: “La Iglesia vive de la Eucaristía”, en la que, entre otras cosas, nos invita a no perder nuestra capacidad de admiración, asombro y estupor, ante lo que significa que Jesús haya pensado dejarnos este sacramento como factor de unidad con él. Y como alimento para nuestro camino.

El mandato del amor fraterno

Pero hoy no podemos olvidar otra entrañable lección que nos dio Jesús, en el momento en que se disponía a iniciar su Pasión. Además de dejarnos la “herencia” de la Eucaristía, nos dejó también en testamento una lección de caridad servicial y de amor fraterno, sobre todo para los que ejercen en la comunidad alguna clase de autoridad.

El lavatorio de los pies tiene una clara relación con la muerte del Siervo, que se entrega totalmente por los demás. El Jueves se despoja del manto y lava los pies a sus discípulos. En la cruz se despoja incluso de su vida, para dar vida a todos. Tanto en la cruz como en la Eucaristía, destaca su lección de amor fraterno universal. Lo que en la cruz sucedió dramáticamente, en la Eucaristía se celebra y participa cada vez de un modo sacramental: “mi Cuerpo por vosotros”.

Es un gesto simbólico que de forma plástica expresa la lección que nos quiere dejar como testamento. Tanto el relato que los evangelistas hacen de las palabras y gestos de Jesús con el pan y el vino (los sinópticos) como el del lavatorio de los pies (Juan) terminan con la misma recomendación: “haced esto como memorial mío... os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

Celebrar la Pascua del Señor debe tener un reflejo en nuestra existencia. Y el aspecto que más debería notarse en nuestra “vida pascual” es el de la caridad fraterna, servicial, si hace falta con sacrificio, como en su caso.

La caridad no es algo añadido a la Eucaristía (o a la Pascua): es algo integrante de ella. Pablo reprende a los Corintios que pretendan celebrar la Eucaristía sin fraternidad. Esta celebración no debe hacernos crecer sólo en nuestra unión con Cristo, sino también en fraternidad. Por eso preparamos cada vez la comunión con Cristo con la petición del Padrenuestro “perdónanos como nosotros perdonamos”, con el gesto de la paz, y con el gesto simbólico del Pan partido y compartido, lo mismo que el del cáliz que también compartimos.

¿Somos, queremos ser, discípulos de Jesús en esto? Él nos ha indicado el camino: haced lo que yo he hecho, celebrad la Eucaristía en mi memoria,

recibid mi Cuerpo y mi Sangre como alimento, y lavaos los pies los unos a los otros, amándoos como yo os he amado. Pedro no entendió —o no le interesaba entender— el gesto de Cristo: el que ejerce la autoridad, ¿debe humillarse de este modo?

Esto nos compromete a todos, en la vida eclesial y en la familiar, a una actitud de servicialidad y entrega. Si celebramos bien la Eucaristía y crecemos en el amor fraterno y en nuestros esfuerzos por la justicia social, entonces sí que se podrá decir que hemos aprendido la lección de Cristo y estamos celebrando bien la Pascua.

VIERNES SANTO: CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN

– I –

La centralidad de la cruz

Hoy entramos de lleno en el Triduo Pascual, ya inaugurado a modo de prólogo con la Eucaristía vespertina de ayer. Y lo hacemos dirigiendo nuestra mirada hacia la cruz de Cristo.

El Viernes y el Sábado no tienen Eucaristía: se celebran, junto con el Domingo, como un único día, y la Eucaristía central de los tres días es la de la Vigilia, en la que afirmaremos que “Cristo Nuestra Pascua, ha sido inmolado” (prefacio). O sea, aquella Noche no sólo celebramos la resurrección de Jesús, sino también su inmolación en la cruz, como un acontecimiento único en dos etapas.

El Viernes, y también a ser posible el Sábado, se vive austeramente, con el ayuno llamado “pascual”, que no tiene color penitencial, sino de inicio ya cúllico de la Pascua.

El esquema de la celebración de hoy, que no es Eucaristía, sino una liturgia de la Palabra seguida de la adoración de la cruz y de la comunión, es muy sencillo pero de un contenido impresionante:

* después de una entrada austera, sin canto, y con una postración contemplativa,

* pasamos a escuchar las lecturas bíblicas, sobre todo la Pasión, que en este día es cada año la de san Juan;

* la Palabra termina, después de la homilía, con la Oración Universal, hoy con más solemnidad, pidiendo a Dios, precisamente el día de la muerte de nuestro Sacerdote e Intercesor, que su salvación alcance a toda la humanidad;

* a continuación realizamos un gesto simbólico muy expresivo: después de mostrar solemnemente la cruz de Cristo, la adoramos con un gesto –la genuflexión, el beso– que significa nuestra gratitud y admiración;

* y, aunque hoy no haya Eucaristía, sí podemos participar en la comunión del Cuerpo de Cristo que se consagró expresamente para hoy en la Eucaristía del Jueves. En los primeros siglos nadie comulgaba en este Viernes, ya que no se celebra la Eucaristía; luego, durante siglos, comulgó sólo el sacerdote; fue Pío XII, quien en su reforma de la Semana Santa, en 1955, introdujo la posibilidad de que la comunidad participara hoy del Cuerpo de Cristo.

Como dice Jesús Castellano en su presentación de este día, las etapas de esta celebración son la Pasión proclamada (en las lecturas), la Pasión invocada (en la oración universal), la Pasión venerada (en el gesto de la adoración de la cruz) y la Pasión comunicada (en la comunión eucarística).

Todo el día de hoy (y el de mañana) preside los lugares de culto la cruz del Salvador, centro de la atención de los fieles, como en la tarde-noche de ayer Jueves lo fue la Eucaristía.

Isaías 52,13 – 53,12. *Él fue traspasado por nuestras rebeliones*

Las lecturas apuntan claramente a la muerte salvadora de Cristo. Empezando por el cuarto cántico del Siervo (el domingo de Ramos leímos el 3º, y entre semana también los otros dos), el poema que directamente se centra en la actitud de entrega del Siervo hasta la muerte.

La descripción del Siervo que carga con los males de la humanidad es en verdad dramática: “despreciado y desestimado... él soportó nuestros sufrimientos... leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones”.

El *salmo* que acompaña a esta lectura parece como un eco del cántico de Isaías, expresando el dolor del justo –“soy la burla de mis enemigos”– y, a la vez, su confianza: “pero yo confío en ti, Señor, haz brillar tu rostro sobre tu siervo”. Repetimos como antifona las palabras que los evangelistas ponen en labios de Cristo en la cruz: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Hebreos 4,14-16; 5,7-9. *Aprendió a obedecer y se ha convertido en autor de salvación eterna*

El autor de la Carta a los Hebreos anima a sus lectores a la perseverancia en su seguimiento de Cristo, que en su Pasión realiza la misión anunciada del Siervo. Para ello les propone el ejemplo de Jesús en su hora más crítica.

El argumento que aduce es que “no tenemos un Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas”, porque las ha experimentado él mismo en su vida. Describe la crisis de Jesús ante su muerte con palabras más expresivas todavía que las de los evangelistas (que hablaban de tristeza, miedo, pavor y tedio), cuando dice que “a gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte” y, “a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer”. También dice que fue escuchado en su petición: no porque se le libró de la muerte antes, sino después de experimentarla.

Juan 18,1 – 19,42. *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*

El Viernes Santo leemos cada año la Pasión según Juan, mientras que el domingo de Ramos se van alternando los otros tres evangelistas. De nuevo, hoy, una lectura pausada, expresiva, de la Pasión es el momento culminante de la celebración de la Palabra. La comunidad cristiana queda siempre impresionada por este relato del camino de Cristo a la cruz.

La escena queda interrumpida en el punto más bajo del camino pascual de Cristo: la crucifixión, la muerte y la sepultura. El relato se completará en la noche de Pascua con el de la resurrección.

–II–

La gran lección de la cruz

Juan termina su relato con las palabras del profeta Zacarías: “mirarán al que traspasaron”. Nosotros estamos hoy mirando impresionados a ese Cristo clavado en la cruz, el mismo a quien Pilato ha presentado al pueblo diciendo: “ahí tenéis al hombre” (“ecce homo”). Ahí está: perseguido como un criminal, calumniado, torturado física y moralmente, muerto. Las lecturas nos ayudan a entender toda la profundidad de este acontecimiento.

Hoy dedicamos particular atención a la muerte de Cristo, el primer acto del “tránsito” o del “paso” pascual. La celebración la hacemos con vestiduras rojas, el color de la sangre, por la muerte del primer Mártir, Cristo Jesús. No estamos de luto, sino que, en una celebración sobria e intensa, contemplamos con fe y admiración la entrega generosa de Cristo en solidaridad con el género humano.

Las lecturas nos presentan la teología del dolor de Cristo, como el Siervo que ha cargado sobre sus hombros el mal de toda la humanidad, como el que, enviado por Dios para salvarnos, aunque con gritos y lágrimas deseara ser librado de la muerte, obedeció hasta el final, experimentando en sí mismo todo el dolor que puede sufrir una persona. Dios nos salva asumiendo él con su propio dolor el desfase que se da entre su plan salvador y nuestra debilidad. Es el pensamiento que desarrolla con densidad teológica Juan Pablo II en su “*Salvifici doloris*” (“el sentido cristiano del dolor”) de 1984.

También el dolor de la humanidad

Las lecturas y textos del día de hoy apuntan también al dolor de toda la Humanidad. En la cruz de Cristo se puede decir que están representados todos los que han sufrido antes y después de él: los que son tratados injustamente, los enfermos y desvalidos, los que no han tenido suerte en la vida, los que sufren los horrores de la guerra, del hambre o de la soledad, los crucificados de mil maneras. También en nuestro caso el dolor, como en el de Cristo, puede tener valor salvífico, aunque no acabemos de entender todo el sentido del plan salvador de Dios.

Dios no está ajeno a nuestra historia. No es un Dios inaccesible, impasible. Por medio de su Hijo ha querido experimentar lo que es sufrir, llorar y morir. Nos ha salvado desde dentro. Cristo no sólo ha sufrido por nosotros, sino con nosotros y como nosotros. No nos ha salvado desde la altura, sino que ha asumido nuestro dolor. Es un ejemplo, como quiere el autor de la carta a los Hebreos, para todos los que se sienten cansados en su camino de fe y tentados de dimitir. Nos propone el ejemplo palpitante de este Cristo que camina hacia la cruz y que es “capaz de compadecerse de nuestras debilidades, porque ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado”.

El salmo de hoy, al final, nos invitaba a todos los que experimentamos alguna vez el dolor y el desánimo: “sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor”. Con el ejemplo de la pasión y muerte de Cristo, tenemos más motivos todavía para aceptar en nuestras vidas el misterio del *dolor y del mal*.

El Catecismo de 1992 lo expresa bien: “Jesús, aun siendo Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia. ¡Con cuánta más razón la deberemos experimentar nosotros, criaturas y pecadores, que hemos llegado a ser hijos de adopción en él! Pedimos a nuestro Padre que una nuestra voluntad a la de su Hijo para cumplir su voluntad, su designio de salvación para la vida del mundo. Nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre” (CCE 2825).

Pero con la esperanza de la vida

Pero hoy no celebramos sólo la cruz. Celebramos la totalidad del Misterio Pascual. El Viernes es ya “Pascua”: la Pascua del Crucificado. Aunque pongamos énfasis en la primera etapa del único movimiento pascual, la muerte en la cruz, los textos de hoy nos invitan a mirar hacia delante, hacia la resurrección. Ese Cristo muerto en la cruz resucitará por el poder de Dios, y el destino de gloria que le espera a Cristo es también el que nos espera a nosotros.

Las oraciones de hoy hablan también de la resurrección. Pedimos a Dios su protección, ya que “Jesucristo tu Hijo, a favor nuestro instituyó por medio de su sangre el misterio pascual” (oración inicial). En la poscomunión afirmamos: “nos has renovado con la gloriosa muerte y resurrección de Jesucristo”. En la oración sobre el pueblo, se dice que esta comunidad “ha celebrado la muerte de tu Hijo con la esperanza de su santa resurrección”. Es lo correspondiente a lo que diremos en el prefacio de la Noche Pascual: “en esta noche en que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado”. Aquella noche no celebramos sólo la resurrección, sino también la inmolación de Cristo, el misterio pascual entero, y hoy recordamos, no sólo la muerte, sino también la resurrección.

También las lecturas dejan abierta la puerta de la esperanza. La de Isaías asegura que este Siervo que “tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores... que justifica a muchos cargando con los crímenes de ellos”, *luego “verá su descendencia y prolongará sus años”*.

Para la carta a los Hebreos, después del momento crítico de Jesús en su dolor, que terminó en la obediencia y en la entrega de la cruz, cambia el panorama: “y llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que obedecen en autor de salvación eterna”.

La muerte de Jesús se celebra con seriedad, pero con aire de victoria. Durante el gesto de la adoración de la cruz, se cantan antifonas como esta: “tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo”, o cantos como “Victoria, tú reinarás”. Uno de los himnos clásicos del Viernes Santo es el “Vexilla Regis prodeunt”, “los estandartes del Rey avanzan”. Según el Misal Romano, en su tercera edición de 2002, también se puede cantar, durante esta adoración, el *Stabat Mater dolorosa*, porque la Madre del Salvador es la mejor maestra en nuestra sintonía con el dolor de Cristo Jesús.

Lo que celebramos hoy da sentido a toda nuestra vida, también a nuestros momentos de dolor y fracaso. No se nos ha asegurado que los que creemos en Jesús no vamos a tener dificultades, o que no experimentaremos la enfermedad y la soledad y el fracaso y la muerte. Pero sí se nos ofrece luz y fuerza para que nuestra vivencia de todos esos momentos sea en sintonía con Cristo. Aunque no entendamos del todo el misterio del mal o de la

muerte, no es en vano, sino que tiene una fuerza salvadora y pascual, hacia la nueva vida que Dios nos prepara.

Ese Cristo clavado en la cruz, que dedica palabras de perdón a sus vecinos condenados con él y ofrece su vida al Padre, es nuestro modelo más vivo y convincente. Cuando hoy besamos la cruz, en signo de adoración a Cristo, le pedimos también que nos enseñe a vivir la nuestra, nuestra pequeña o gran cruz, con la misma entereza con que él la vivió. Cuando en la comunión participamos de su “cuerpo entregado por todos”, nos alegramos que la muerte salvadora de Cristo se nos comunique continuamente en este sacramento admirable de la Eucaristía.

DOMINGO DE PASCUA: LA VIGILIA PASCUAL

– I –

La celebración principal del año cristiano

Después de un día transcurrido en la oración y el silencio, el Sábado, en torno al sepulcro del Señor, la comunidad se reúne esta noche para la celebración principal de todo el año. Cambiamos de horario: iniciamos la Vigilia después de caída la noche, para “velar” con el Señor y celebrar con él su paso de la muerte y del sepulcro a la vida nueva. Una serie de símbolos apuntan a subrayar que la de hoy es la celebración principal del año: la hora, el Cirio y los cirios, la iluminación progresiva de la iglesia, la celebración o el recuerdo del Bautismo, la Eucaristía celebrada con más solemnidad y expresividad...

Toda la Cuaresma, con su itinerario de conversión, nos ha preparado para esta Vigilia. El proceso catecumenal de la iniciación cristiana tiene también su culminación en los sacramentos de esta noche, sobre todo con el Bautismo y la Eucaristía. A su vez, esta Vigilia es el punto de partida para la Cincuentena Pascual, siete semanas de prolongación festiva que nos llevarán a la solemnidad conclusiva, Pentecostés.

Los judíos tienen toda la razón en alegrarse en la celebración de su Pascua, como memorial de su liberación de la esclavitud de Egipto. Nosotros, los cristianos, además, tenemos otro motivo fundamental: la resurrección de Cristo.

El *esquema de la celebración de esta Vigilia* tiene una hermosa coherencia interior, dinámica, progresiva, con varios momentos de énfasis que conducen “in crescendo” hasta la Eucaristía final:

* ante todo, desde fuera de la iglesia, en torno al fuego nuevo, iniciamos una procesión siguiendo al Cirio Pascual, símbolo de Cristo, Luz del mundo, le acompañamos con cirios encendidos en las manos y escuchamos el pregón inicial de la fiesta pascual; es el rito de entrada, hoy más solemne, lo que podríamos llamar *fiesta de la luz* o el “lucernario”;

* la proclamación de la Palabra tiene hoy más lecturas, sobre todo del AT, que nos van conduciendo desde la primera creación hasta la nueva creación o resurrección de Jesús; aquí se cumple lo que Jesús dijo a los de Emaús: “todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí, tenía que cumplirse”; es la *fiesta de la Palabra*;

* la parte sacramental de esta noche es más rica: ante todo celebramos el Bautismo, junto con la renovación de las promesas bautismales por parte de los ya bautizados; es la *fiesta del agua*;

* y entonces pasamos a la Eucaristía, la principal de todo el año, en la que participamos del Cuerpo y de la Sangre del Resucitado; es la *fiesta del Pan y del Vino*;

* también es especial en esta noche la conclusión de la Eucaristía, con los “aleluyas” de la despedida, el saludo cantado a la Virgen y la prolongación, si parece bien, de un pequeño *ágape* de los participantes;

* antes de la Vigilia, con la concentración de los fieles en torno al fuego, debería “funcionar” ya la *fiesta de la comunidad*; y al terminar, con el *ágape* y la dispersión, debería comenzar la *fiesta de la vida* pascual, a la que nos envía esta celebración.

Génesis 1,1 – 2,2. *Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno*

Empezamos la escucha de la Palabra con el relato de la creación del mundo y del género humano según el primer libro de la Biblia, el Génesis. Con un lenguaje poético y popular, que se puede compaginar bien con las teorías

más avanzadas de la evolución y del origen del cosmos, el Génesis, que tiene una finalidad religiosa y no científica, nos dice que todo es obra de la sabiduría y del amor de Dios. “Y vio que era bueno”, es la frase que se repite cada “día”, excepto cuando crea al hombre y la mujer, en que dice: “vio que era muy bueno”.

En esta noche nos disponemos a celebrar el “nacimiento” a la vida resucitada del segundo Adán, Cristo, el primogénito de la nueva creación. La fuerza creadora de Dios se manifiesta poderosamente en la resurrección de Cristo, y su Espíritu, que aleteaba sobre las aguas primordiales, llenándolas de vida, es quien hace renacer a Jesús de su sepulcro y a los cristianos de las aguas del Bautismo. Todo es nuevo en la Pascua. Todo es génesis. Cristo es el nuevo Adán.

El *salmo 103* nos ayuda a expresar nuestra admiración por la creación cósmica: “Bendice, alma mía, al Señor. Dios mío, ¡qué grande eres! ¡Cuántas son tus obras, y todas las hiciste con sabiduría”. Nos sale espontáneo pedir a Dios: “envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”, para que vayan haciéndose “los cielos nuevos y la tierra nueva”.

La *oración* que sigue conecta esa primera creación con la segunda: “que tus redimidos comprendan cómo la creación del mundo no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio pascual de Cristo” o, como dice la otra oración alternativa: “con acción maravillosa creaste al hombre y con mayor maravilla lo redimiste”.

Génesis 22,1-18. *El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe*

El sacrificio de Isaac es figura de la pasión de Cristo. Abrahán, nuestro padre en la fe, puesto a prueba, dio un magnífico ejemplo de fidelidad y de confianza en los planes de Dios. Finalmente pudo evitar el sacrificio del hijo, pero en el NT, Dios sí entregó hasta las últimas consecuencias a su Hijo en solidaridad con la salvación del mundo. Como dice el *Exsultet* de esta noche, “para rescatar al esclavo, entregó al Hijo”.

El *salmo 15* se aplica fácilmente a Cristo en su sepultura y en su resurrección, dando a su sacrificio un tono de esperanza confiada: “mi carne descansa

serena, porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción”. Todos necesitamos repetir a Dios nuestra oración de súplica: “protégeme, Dios mío, que me refugio en ti”.

La oración con que el sacerdote concluye esta 2ª lectura pide que los cristianos sepamos imitar la disponibilidad de Abrahán: que nos conceda responder a la llamada de Dios, o sea, a nuestra vocación de cristianos en medio del mundo, dando testimonio como el que dio Abrahán.

Éxodo 14,15 – 15,1. Los israelitas en medio del mar a pie enjuto

La salida de Egipto y el paso del Mar Rojo, camino de la libertad, es el acontecimiento fundamental en la historia del pueblo israelita y el mejor símbolo para todos los procesos de liberación de un pueblo.

En el Éxodo esta liberación está contada con un tono épico, popular, con las aguas formando un muro a derecha e izquierda. De las dos versiones que escuchamos, seguramente la 1ª es más verosímil: un viento cálido que en algunas horas seca el cauce del mar, de modo que se puede pasar sin demasiadas dificultades, circunstancia que los israelitas saben aprovechar.

En el pregón pascual de esta noche se cantan las tres perspectivas de este pasaje: a) la de los judíos: “esta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas y les hiciste pasar a pie el Mar Rojo”; b) la de Cristo: “esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo”; c) la nuestra: “esta es la noche en la que los que confiesan su fe en Cristo son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, son restituidos a la gracia y agregados a los santos”.

El salmo es esta vez un pasaje del mismo libro del Éxodo: “cantaré al Señor, sublime es su victoria”. Nosotros pensamos en la liberación de Israel, y también en la de Cristo, y deseamos que pueda ser también nuestra propia liberación, más profunda en esta Pascua que en las anteriores: “mi fuerza y mi poder es el Señor, es fue mi salvación”.

La 1ª oración compara la liberación “de un solo pueblo de la persecución del Faraón” con la que sucede ahora: “hoy aseguras la salvación de todas las naciones haciéndolas renacer por las aguas del bautismo”. La segunda se fija

más en el simbolismo del paso por las aguas: “el Mar Rojo fue imagen de la fuente bautismal”. Hacemos bien en pedir a Dios “que todos se regeneren por la participación de tu Espíritu”.

Isaías 54,5-14. Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor

Terminadas las tres lecturas “históricas”, empiezan las proféticas. El primer pasaje de Isaías nos habla de la fidelidad con que Dios nos quiere. A pesar del pecado humano, continúa firme el amor de Dios, con símbolos muy expresivos: la mujer abandonada es acogida por Dios –“con misericordia eterna te quiero”–, la ciudad en ruinas es reedificada por Dios y los oprimidos encuentran alguien que defiende su causa.

El salmo 29 nos hace repetir que Dios es misericordioso y salvador: “te ensalzaré, Señor, porque me has librado... sacaste mi vida del abismo... cambiaste mi luto en danzas”.

La oración nos vuelve a asegurar que Dios es “fiel a su palabra” y está dispuesto a “aumentar con su adopción los hijos de la promesa”, para que “la Iglesia vea en qué medida se ha cumplido ya cuanto los patriarcas creyeron y esperaron”.

Isaías 55,1-11. Venid a mí y viviréis; sellaré con vosotros alianza perpetua

El segundo pasaje de Isaías nos hace ver cómo Dios nos promete una alianza renovada, que nos llevará a la vida. El profeta se sirve de la metáfora del agua que sacia la sed nunca satisfecha de la humanidad. La Pascua de Cristo es el cumplimiento de todas las promesas, y en el Bautismo somos hechos por primera vez partícipes de la alianza que Dios nos ofrece. Hoy renovamos esa alianza, y además participamos de ella en la Eucaristía comulgando con el mismo Cristo Jesús.

El salmo, que aquí es un cántico del mismo Isaías, nos centra en Dios, nuestro salvador, también con la imagen del agua viva: “sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación”. Con las palabras del profeta, también nosotros bendecimos a Dios por todo lo que ha hecho por nuestra salvación.

En la *oración* pedimos a Dios que cumpla hoy plenamente “los misterios que había anunciado por la voz de los profetas” y que nos haga “progresar en la virtud” con la ayuda de su gracia.

Baruc 3, 9-15.32-4,4. *Camina a la claridad del resplandor del Señor*

El profeta Baruc nos invita a caminar a la luz de Dios, porque esa es la sabiduría verdadera. El que abandona ese camino no encuentra paz, sino fracaso: “vuélvete... camina a la claridad de su resplandor”. Nosotros, que escuchamos al Maestro auténtico enviado por Dios, su Palabra viviente, Cristo Jesús, tenemos la suerte de conocer mejor los caminos de esa sabiduría.

Con más razón que el mismo salmista podemos decir con *el salmo 18*: “la ley del Señor es perfecta... alegra el corazón... y da luz a los ojos”. Y podemos ir repitiendo las palabras que dijo Pedro a Jesús: “Señor, tú tienes palabras de vida eterna”.

La *oración* se acuerda de los que en esta noche reciben el Bautismo, y de todos nosotros, que ya estamos bautizados, y pide a Dios que a los que va agregando a la Iglesia como nuevos hijos, nos defienda con su constante protección a lo largo de la vida.

Ezequiel 36,16-28. *Derramaré sobre vosotros un agua pura y os daré un corazón nuevo*

La última lectura del AT es del profeta Ezequiel, testigo, en el siglo VI antes de Cristo, del destierro del pueblo a Babilonia. De parte de Dios él anuncia el perdón a su pueblo, y le promete un agua pura y un corazón nuevo, una nueva creación y un nuevo espíritu. A pesar de los fallos del pueblo de entonces, y los nuestros ahora, Dios tiene planes de vida, perdón y restauración: “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”.

El *salmo 41* se alegra ya con la vuelta del destierro, “hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza”, “al Dios de mi alegría”. Y nos hace repetir, como haciendo eco al tema del agua pura: “como busca la cierva corrientes de agua...”. O bien, si se prefiere, con el salmo 50, “Oh Dios, crea en mí un corazón puro”, que también hace eco a la página de Ezequiel.

La *oración*, que puede considerarse la mejor de toda la noche, pide que hoy se cumplan para nosotros todas estas promesas: “lleva a término la obra de la salvación humana: que todo el mundo experimente y vea cómo lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de Cristo, de quien todo procede”.

Romanos 6,3-11. *Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más*

Ahora pasamos a las lecturas del NT, después del canto festivo del Gloria. En verdad, como dice la oración después del Gloria, Dios “ilumina esta noche santa con la gloria de la resurrección del Señor”, que ahora vamos a escuchar proclamada solemnemente.

De la carta a los Romanos leemos hoy el pasaje en que Pablo compara la experiencia del bautizo en agua con la Pascua del Señor: incorporados a la muerte, sepultados con él, resucitados con él “para que andemos en una vida nueva... ¡si hemos muerto con Cristo, también viviremos con él!”.

Mateo 28,1-10. *Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea*

Después del *aleluya*, solemnemente entonado hoy después del largo ayuno de la Cuaresma, y prolongado por algunos versículos del salmo pascual 117 –“dad gracias al Señor porque es bueno... la diestra del Señor es poderosa... no he de morir, viviré... la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”–, se nos proclama el evangelio más importante de todo el año: la resurrección del Señor de entre los muertos.

Después de escuchar dos veces la Pasión, el domingo de Ramos y el Viernes Santo, se completa ahora el segundo acto de la Pascua con esta Buena Noticia de la resurrección. Mateo subraya que sucedió “el primer día de la semana”. Empieza no sólo una nueva semana, sino una nueva época: desde ahora ese “primer día de la semana” va a ser “el día del Señor”, el “domingo”, que va a marcar el tiempo de todas las generaciones.

A las mujeres que van con aromas al sepulcro y que lo encuentran vacío, el misterioso ángel del Señor les dice: “no temáis: ya sé que buscáis a Jesús

el crucificado. No está aquí: ha resucitado”. Las mujeres, presurosas, van a anunciarlo a los apóstoles, pero en el camino les sale al encuentro el mismo Señor: “no tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos...”.

– II –

No está aquí: ha resucitado

En un mundo lleno de noticias preocupantes, que nos inclinan al desánimo; en medio de una sociedad indiferente, que estos días piensa tal vez más en las vacaciones que en la Pascua del Señor, nosotros nos reunimos y escuchamos la Buena Noticia de la resurrección de Cristo Jesús.

Las mujeres fueron a buscarle al sepulcro, entre los muertos. Pero el Espíritu de Dios lo había sacado de ahí definitivamente. Ahora, dos mil años después, sigue vivo y presente, aunque no lo veamos, dando ánimos a su comunidad. Tal vez nosotros también necesitemos oír la palabra del ángel: “no temáis... no está aquí”, y la que repite a las mujeres el mismo Jesús: “alegraos... no tengáis miedo...”.

Este es el acontecimiento que da sentido a nuestra fe. Si somos cristianos es por eso, porque Jesús no se quedó en el sepulcro, sino que la fuerza de Dios lo hizo pasar a su nueva existencia, en la que está para siempre, y desde la que se nos hace presente continuamente, sobre todo en la Eucaristía. Es la noticia –un “credo” abreviado y rotundo– que los demás discípulos transmitieron a los dos discípulos que volvían de Emaús: “era verdad, ¡ha resucitado el Señor!”.

Vale la pena que nos dejemos conquistar por la alegría de esta noche y que entremos en el acontecimiento de la Pascua también nosotros, junto con Jesús. Ese “sepulcro vacío” es un símbolo elocuente de la victoria de Cristo sobre la muerte. Nosotros no seguimos a un muerto, por importante que hubiera sido en vida. Seguimos a uno que está vivo. El aviso del ángel es una consigna para todas las generaciones cristianas: “ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros...”.

Para una ambientación de estos días sería bueno leer lo que dice el Catecismo sobre la resurrección de Cristo: CCE 639-647.

La Palabra de Dios nos señala el camino de la vida nueva

Las diversas lecturas de hoy nos ayudan a orientarnos en la línea que Dios quiere, apuntando a la nueva vida del Resucitado y a nuestro Bautismo:

* la admiración agradecida por la creación cósmica y de la familia humana por parte de Dios, obra de su sabiduría, de su poder y de su amor, que ahora nos concede conocer y seguir al nuevo Adán, Cristo Jesús, cabeza de la nueva humanidad;

* la fidelidad de un hombre creyente como Abrahán, que tendríamos que copiar nosotros incluso cuando nos parece que Dios nos pone a prueba y se nos acumulan las dificultades y los contratiempos;

* el deseo de que también para nosotros suceda el “paso del Mar Rojo” y la liberación, porque nuestra vida es un continuo éxodo, y con la ayuda de Dios, podemos ir renovando siempre más nuestra libertad interior, venciendo a todos los “faraones” que se nos puedan cruzar en nuestro camino de seguimiento de Cristo, pasando en esa noche pascual y bautismal de la esfera del pecado a la de la gracia;

* la voz de los profetas, en sus cuatro lecturas –“os reuniré, os daré un corazón nuevo, os purificaré, seréis mi pueblo, os amaré con misericordia eterna–, nos anima a confiar en la misericordia y el amor de Dios, que nos es siempre fiel a pesar de nuestros fallos; que nos ofrece su Alianza, renovada ahora en Cristo Jesús; que nos lleva a corrientes de agua fresca para que saciemos nuestra sed de felicidad; que nos hace conocer la verdadera sabiduría, la que proviene de su Palabra; y que nos promete un corazón nuevo y un espíritu nuevo;

* Pablo nos invita a refrescar la gracia que Dios nos hizo el día de nuestro Bautismo, haciéndonos sus hijos; nosotros, esta noche, renovamos nuestras promesas bautismales, con la renuncia al mal y la profesión de fe en Dios;

* pero, sobre todo, lo que más nos interpela es el evangelio de la resurrección de Cristo; si somos cristianos es porque Cristo ha resucitado y ha inaugurado

un nuevo orden de cosas y nos anima continuamente con su gracia a seguir su camino. No seguimos a un libro, o a una doctrina, sino a una Persona Viviente, Jesús, Cabeza de la nueva humanidad, que ha sido resucitado por la fuerza del Espíritu.

El paso a los sacramentos y a la vida pascual

La alegría y la esperanza de esta noche deben recordarnos también el sentido que tienen los sacramentos pascales.

El Bautismo es nuestra Pascua personal inicial: el sacramento que nos introduce, por el baño en agua y la acción del Espíritu, en el misterio de ese Cristo que atraviesa la muerte y pasa a la vida. Por eso renovamos esta noche las promesas bautismales y pedimos a Dios que nos renueve la gracia que nos concedió el día de nuestro Bautismo: “aviva en nosotros el espíritu filial” (oración colecta antes de la lectura de Romanos).

Pero también tiene particular sentido esta noche la Eucaristía, recibida preferentemente bajo las dos especies de Pan y Vino, el don de sí mismo que nos hace el Señor Viviente para que tengamos su fuerza en nuestro camino.

A la vez, esta noche pascual nos introduce en siete semanas de fiesta, la cincuentena, hasta el día de Pentecostés, y así nos estimula a una vida nueva, una vida pascual, una vida conforme al Señor Resucitado.

En la Pascua de este año se tiene que notar que algo ha cambiado, que hay en nosotros más energía, alegría, libertad interior, esperanza, dinamismo, entrega solidaria por los demás. Los dos discípulos de Emaús, que lo veían todo negro y estaban desencantados (“nosotros esperábamos...”), empezaron a cambiar de visión después de haber acogido al caminante amigo en su casa (la caridad nos predispone a la fe), y luego supieron reconocerle en la Fracción del Pan, en la Palabra (¿no ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras?) y en la comunidad a la que volvieron.

Toda la celebración ha podido ser contemplativa, admirando y alabando los planes de Dios, pero debe conducirnos a una traducción vivencial de lo que nos ha dicho la Palabra de Dios y lo que supone la celebración de la Nueva Vida del Resucitado.

CINCUENTENA PASCUAL

Como introducción espiritual y pastoral al Tiempo de Pascua, cf. J. Aldazábal, *Enséñame tus caminos. 3. El tiempo pascual día tras día* (=Dossiers CPL 68) CPL, Barcelona 2001, 4ª ed. En las págs. 7-18 hay una presentación de la Cincuentena, a partir de las lecturas bíblicas y de los prefacios.

Además, pueden ser útiles:

* *La Cincuentena Pascual* (=Dossiers CPL 4) CPL, Barcelona 1997, 6ª ed. 96 págs.

* *Pascua/Pentecostés* (=Dossiers CPL 52) CPL, Barcelona 1995, 2ª ed., 108 págs.

* *Tiempo Pascual. Sugerencias y materiales* (=Dossiers CPL 100) Barcelona 2004, 124 págs (contiene disquete).

El Dossier 68 ofrece comentarios a las lecturas feriales de este tiempo. En el presente se comentan las de los ocho domingos de la Cincuentena.

Las fiestas de Santos que tienen lecturas propias y que puedan celebrarse en el tiempo de Pascua (Marcos, Isidoro, Felipe y Santiago, Matías, la Visitación) están comentadas en el Dossier 80, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias*, Barcelona 1999, 2ª ed.

La Cincuentena Pascual: siete semanas de fiesta

El Tiempo Pascual comprende cincuenta días (en griego, “pentecostes”) celebrados como uno solo: “Los cincuenta días que median entre el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés se han de celebrar con alegría y júbilo, como si se tratara de un solo y único día festivo, como un gran domingo” (*Normas Universales sobre el Calendario*, de 1969, n. 22).

En la reforma posconciliar se conservó con más autenticidad la unidad interna de esta “cincuentena”, suprimiendo, por ejemplo, la octava que seguía a Pentecostés. La fiesta de la Ascensión se celebra dentro de este tiempo, entre nosotros no a los cuarenta días de la Pascua, sino el domingo séptimo, y el Cirio pascual sigue encendido también después de la Ascensión, hasta la tarde del domingo de Pentecostés.

Unas lecturas que ayudan a entrar en el Misterio Pascual

En Pascua no leemos el AT, que es promesa y figura, y en este tiempo estamos celebrando la plenitud de Cristo y de su Espíritu.

Como *1ª lectura*, leemos todos los años los Hechos de los Apóstoles, cada ciclo dominical con una selección diferente, completada, además, con la más abundante selección de los días feriales (esta, igual cada año).

No es extraño que una antiquísima tradición, tanto de la Iglesia oriental como de la occidental, haya reservado la lectura de los Hechos para el Tiempo Pascual. En este libro vemos a la comunidad como fruto de la Pascua del Señor y guiada por su Espíritu, una comunidad que nos da testimonio de su crecimiento y maduración en medio de un mundo nada propicio.

Este año A las lecturas dominicales nos presentan a la comunidad cristiana en su origen, con sus características peculiares, y también con los agentes que la hacen crecer, además de Cristo y de su Espíritu: los ministros ordenados.

La *segunda lectura*, este año, se toma de la primera Carta de Pedro (en el ciclo C, de la primera carta de Juan, y en el C, del Apocalipsis).

Esta carta está atribuida, por su misma firma, al apóstol Pedro, aunque no sea segura esta paternidad. Nombraba también a varios de sus colaboradores, como

Silvano y Marcos, y la escribe desde Roma (exactamente dice que desde Babilonia, que era un nombre en clave para Roma en tiempo de persecución). Va dirigida a los cristianos, los “elegidos”, dispersos por el mundo.

En un período de dificultades y pruebas, la carta de Pedro quiere dar ánimos a los cristianos, recordándoles la fuente de su identidad cristiana, el Bautismo, y la herencia que les espera. Algunos ven en esta carta como una homilía dirigida a los recién bautizados, los neófitos, para que se animen a vivir el nuevo estilo de vida de Cristo.

Los *evangelios* de estos domingos pascuales no van a ser tanto de Mateo, el evangelista del año, sino de Juan y de Lucas. Con una excepción: el día de la Ascensión, en que sí leemos a Mateo.

Los primeros domingos escuchamos las apariciones del Resucitado. El cuarto, el evangelio del Buen Pastor. El quinto y sexto, palabras de Cristo en su Cena de despedida, con consignas sobre la vida futura de la Iglesia. Y los dos últimos domingos, los pasajes correspondientes de la Ascensión y de Pentecostés.

Las tres series de lecturas de estos domingos irán poniendo de relieve a los protagonistas de la vida eclesial y los grandes valores del Misterio Pascual que la comunidad cristiana vive a lo largo de los siglos: a) la fe en Cristo Resucitado; b) la actividad animadora de su Espíritu, que llena de luz y de fuerza a su comunidad en los momentos más difíciles; c) la presencia de los apóstoles y ministros de la comunidad como testigos privilegiados y predicadores incansables de la Buena Noticia; d) la comunidad de los creyentes que avanza fielmente por los caminos del evangelio del Señor; e) una comunidad universal que inicia su marcha en Jerusalén pero luego se extiende a todos los países conocidos y hasta Roma; y f) una comunidad que se reúne cada “primer día de la semana” para escuchar la Palabra y celebrar la Eucaristía.

CINCUENTENA PASCUAL

Domingo de Pascua

Hch 10,34a.37-43 Hemos comido y bebido con él después de su resurrección
 Col 3,1-4 Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo
(o bien) 1Co 5,6b-8 Quitad la levadura vieja para ser masa nueva
 Jn 20,1-9 Él había de resucitar de entre los muertos
(o el de la noche) Mt 28, 1-10. Ha resucitado y va por delante de vosotros
 a Galilea
(o, por la tarde) Lc 24,13-35. Quédate con nosotros, porque atardece

Domingo 2 de Pascua

Hch 2, 42-47 Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común
 1P 1,3-9 Por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos,
 nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva
 Jn 20,19-31 A los ocho días, se les apareció Jesús

Domingo 3 de Pascua

Hch 2, 14.22-33 No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio
 1P 1, 17-21 Os rescataron a precio de la sangre de Cristo,
 el Cordero sin defecto
 Lc 24, 13-35 Le reconocieron al partir el pan

Domingo 4 de Pascua

Hch 2, 14a.36-41 Dios lo ha constituido Señor y Mesías
 1P 2, 20b-25 Habéis vuelto al pastor de vuestras vidas
 Jn 10,1-10 Yo soy la puerta de las ovejas

Domingo 5 de Pascua

Hch 6, 1-7 Eligieron a siete hombres llenos de espíritu
 1P 2, 4-9 Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real
 Jn 14, 1-12 Yo soy el camino y la verdad y la vida

Domingo 6 de Pascua

Hch 8,5-8.14-17 Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo
 1P 3,15-18 Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu
 Jn 14,15-21 Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor

La Ascensión del Señor

Hch 1,1-11 Lo vieron levantarse
 Ef 1,17-23 Lo sentó a su derecha en el cielo
 Mt 28, 16-20 Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra

Pentecostés

Hch 2,1-11 Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar
 1Co 12,3b-7.12-13 Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu
 para formar un solo cuerpo
 Jn 20, 19-23 Como el Padre me ha enviado, así también os envío
 yo. Recibid el Espíritu Santo

DOMINGO 1 DE PASCUA

– I –

Ocho días vividos como uno solo

Hoy es el “tercer día” del Triduo Pascual y a la vez el primero de la Cincuentena. Hoy es el domingo más importante del año, del que reciben sentido todos los demás.

Para bastantes fieles este es el día en que comienzan a celebrar la Buena Noticia de la Resurrección del Señor, porque no han acudido a la Vigilia Pascual. Vale la pena que la celebración de hoy sea particularmente festiva y expresiva. El Cirio Pascual, encendido por primera vez la noche anterior, va a acompañarnos a lo largo de siete semanas, y todos tendrían que captar su sencillo y simpático mensaje de alegría y estímulo.

La “octava” de Pascua, los ocho días que abarcan el domingo 1 y 2 y los días intermedios, se viven en la comunidad cristiana como un solo día. En el prefacio de todos estos días se dirá cada vez “en este día en que Cristo, nuestra Pascua...”. Y cada día recibiremos la bendición solemne al final de la celebración, como si cada uno fuera realmente “solemnidad” en la clasificación de los días litúrgicos. Esta semana no admite ninguna otra festividad de Santos. Si coinciden, se recuperarán en la semana siguiente.

Hechos 10,34a.37-43. Hemos comido y bebido con él después de su resurrección

El libro de los Hechos de los Apóstoles es una óptima lectura para el tiempo pascual. Aquellos primeros cristianos fueron la “comunidad de Jesús Resucitado”, nacida de la Pascua. El Señor sigue actuando en ella, invisiblemente, por medio de su Espíritu, y visiblemente por medio de su comunidad.

No les faltaron dificultades, persecuciones y martirio. Pero en verdad, primero los apóstoles y luego otros discípulos, como los diáconos o Pablo y Bernabé, dieron un valiente testimonio de Cristo Jesús y fueron edificando comunidades llenas de fe y alegría. Hace bien la comunidad cristiana en mirarse al espejo de los Hechos de los Apóstoles en estas semanas, para estimularse a seguir su ejemplo de firmeza en la fe y en su maduración.

El primer pasaje que leemos es el testimonio de Pedro, en casa del pagano Cornelio, sobre la resurrección de Cristo. Lucas da mucha importancia a este episodio de la conversión de Cornelio: le dedica dos capítulos enteros, el 10 para narrar cómo sucedió, y el 11 para explicar cómo Pedro dio cuenta a la comunidad de Jerusalén de lo acontecido. Es un hecho fundamental para motivar la apertura universalista de la comunidad cristiana también a los paganos.

El testimonio principal de Pedro, que repite en todas sus “catequesis” o discursos, delante del pueblo o de las autoridades, y aquí en casa de unos paganos, es: “lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día”, y “los que creen en él, reciben el perdón de los pecados”.

El *salmo* no podía ser otro que el 117, el más “pascual” del Salterio: “este es el día en que actuó el Señor... la diestra del Señor es poderosa... no he de morir, viviré... la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”. De las actuaciones poderosas de Dios en la historia de la salvación, para nosotros la principal es esta de la resurrección de Jesús. Podemos repetir con convicción: “sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Colosenses 3,1-4. *Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo*

El pasaje de Pablo en su carta a los de Colosas es el más apropiado para este domingo. Es breve pero denso y estimulante: “ya que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba”.

Celebrar la Pascua del Señor es asumir coherentemente lo que representa de novedad de vida en el Espíritu: “aspirad a los bienes de arriba”, porque caminamos hacia la misma meta que Cristo: “entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria”.

(o bien) **1 Corintios 5,6b-8.** *Quitad la levadura vieja para ser masa nueva*

También se puede elegir como 2ª lectura este otro pasaje de Pablo a los cristianos de Corinto, que hace referencia a Cristo como “nuestra pascua”. La levadura o el fermento del pan lo compara Pablo con la malicia o la corrupción, y quiere que las comunidades cristianas estén libres de esa mala levadura. Un pan sin levadura es pan “ázimo”. Así debería ser la comunidad, un pan sin malicia.

Ya que “Cristo, nuestra Pascua (o nuestra víctima pascual) ha sido inmolado”, tenemos que evitar toda maldad y “celebrar la Pascua con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad”.

Después de la 2ª lectura, como anticipo del evangelio, esta semana cantamos la *secuencia* que en latín tiene el nombre de “Victimae paschali laudes”, “a la víctima pascual alabanzas...”, probablemente del siglo XI. Es un simpático poema, que además de esa alabanza a Cristo como nuestra víctima pascual, “dialoga” poéticamente con María Magdalena sobre cómo se encontró en el camino con el Resucitado.

Juan 20,1-9. *Él había de resucitar de entre los muertos*

Hoy tenemos tres evangelios a elegir: a) el de Jn 20, con la visita de María Magdalena y de Pedro y Juan al sepulcro vacío; b) el que ya hemos leído la noche pasada, de Mateo, con el anuncio de la resurrección (sobre todo si

vemos que la mayoría de los que participan en la Misa del domingo no han acudido a la Vigilia); y c) si la celebración es por la tarde, el evangelio de Lucas 24, con la escena de Emaús.

Si optamos por el evangelio de Juan, nos encontramos con la experiencia de María Magdalena, testigo del sepulcro vacío, que corrió a anunciarlo a los apóstoles, convirtiéndose así en “apóstol de los apóstoles”, la primera evangelizadora de la Buena Noticia de la Pascua. También Pedro y Juan ven el sepulcro vacío. Ninguno de ellos se acaba de creer que Jesús haya resucitado: “no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos”.

Mateo 28,1-10. *Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea*

Si elegimos repetir el evangelio de Mateo, ya proclamado anoche, cf. la reflexión que hacíamos en la Vigilia.

Lucas 24,13-35. *Quédate con nosotros, porque atardece*

En las misas vespertinas se puede leer el evangelio de Lucas con la escena de los discípulos de Emaús, muy propia para este día y hora.

Es magnífico el relato “catequético” que hace Lucas, en el último capítulo de su evangelio, del viaje “de ida y vuelta” de aquellos dos discípulos que van a Emaús y luego vuelven a Jerusalén. El viaje de ida es triste, en silencio, con sentimientos de desilusión (“nosotros esperábamos...”). No reconocen al caminante que se les junta. El viaje de vuelta es lo contrario: corren presurosos, llenos de alegría, los ojos abiertos ahora a la inteligencia de las Escrituras, impacientes por anunciar su experiencia a la comunidad.

En medio ha sucedido algo decisivo: el Señor Jesús les ha salido al encuentro, dialoga con ellos, les explica las Escrituras y finalmente le reconocen en “la fracción del pan”, aunque luego recuerdan que ya “ardía su corazón cuando les explicaba las Escrituras”.

– II –

“Este es el día en que actuó el Señor”. ¡Aleluya!

Naturalmente, el mensaje de este día de Pascua es la resurrección de Cristo: la noticia mejor de todo el año para los cristianos. La que cambió la vida de los primeros discípulos. La que proclamó con valentía Pedro, en su catequesis en casa de Cornelio: que a ese Jesús, el Ungido por el Espíritu, “a quien mataron colgándolo de un madero, Dios lo resucitó al tercer día y lo nombró Juez de vivos y muertos”. Contagiándonos de su entusiasmo cantamos en el salmo nuestra alegría: “este es el día en que actuó el Señor”.

Vale la pena que resuene, también en las misas de este domingo, el anuncio gozoso del ángel a las mujeres (según el evangelio de la noche): “¡No está aquí: ha resucitado!”. Es bueno detenernos en esta convicción –“Cristo es el que vive”–, porque nos hace falta para seguir con más ánimos nuestro camino cristiano. Lo mismo que, si leemos el evangelio de Emaús, la tarde del domingo, nos tenemos que dejar convencer también nosotros y llegar a “reconocer” al Resucitado en su Palabra, en su Eucaristía, en su comunidad y luego dar testimonio de esa experiencia en nuestra vida.

Ojalá el canto de entrada queelijamos refleje bien las antifonas que ofrece el Misal: “He resucitado y aún estoy contigo”, o bien “Era verdad, ha resucitado el Señor, aleluya”.

No puede ocultar su alegría la oración colecta: “en este día has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo, vencedor de la muerte”, y pide que esta Pascua histórica que estamos celebrando nos oriente hacia la eterna: “que renovados por el Espíritu, vivamos en la esperanza de nuestra resurrección futura”. La alegría de la Pascua es evidente también en la oración sobre las ofrendas: “rebosantes de gozo pascual, celebramos estos sacramentos”.

El prefacio describe lapidariamente y magistralmente el contenido de la fiesta de hoy: “Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado: muriendo, destruyó nuestra muerte, resucitando, restauró la vida”. ¿Se puede expresar en menos palabras el misterio de la redención que Cristo ha obrado en su Pascua? Parece un “parte de guerra”, el telegrama de una victoria anunciada a la comunidad.

Dios ha dicho “sí” a su Hijo y a la humanidad. El grano de trigo, sepultado en la tierra, ha muerto, pero ha renacido y dará fruto abundante. Es también la fiesta de nuestra liberación y nuestra resurrección. Podemos manifestar con aleluyas solemnes y flores nuestra alegría de cristianos seguidores del Resucitado. Haciendo caso del salmo de hoy, que nos invita a que este día, “en que actuó el Señor”, también “sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Carácter bautismal de la Pascua

Pascua es la fiesta bautismal, porque en el Bautismo es cuando por primera vez nos sumergimos en la muerte y resurrección, en la nueva vida del Señor. Pablo, con una comparación “botánica” muy expresiva, decía que, por el Bautismo, hemos sido “injertados” (“complantati sumus”) en la nueva vida de Cristo. En la Vigilia de anoche se han celebrado probablemente, si no se han dejado para las misas de este domingo, los bautizos, después de la preparación de la Cuaresma.

Este día, y todo el Tiempo Pascual, tiene carácter bautismal. En la oración sobre las ofrendas hablamos de “estos sacramentos en los que tan maravillosamente ha renacido y se alimenta tu Iglesia”, o sea, los sacramentos de la iniciación cristiana. La oración poscomunión insiste: “tu Iglesia, renovada por los sacramentos pascales”.

Por eso es lógico que, al comienzo de la Eucaristía de los ocho domingos del Tiempo Pascual, realicemos el gesto simbólico de la aspersion bautismal. En vez del acto penitencial y del “Señor ten piedad”, nos dejamos “mojar” en recuerdo del sacramento por el que fuimos “sumergidos” por primera vez en Cristo muerto y resucitado.

Por la tarde, como les ha parecido a bastantes comunidades, se puede recuperar la antigua costumbre de las “vísperas bautismales”, yendo en procesión, durante el *Magnificat*, a la fuente bautismal y santiguándose todos con su agua bendita.

Los apóstoles, testigos

Leyendo, desde hoy, el libro de los Hechos de los Apóstoles durante el Tiempo Pascual, se nos propone el ejemplo de aquella comunidad que dio testimonio de su fe en Cristo Jesús y se dejó guiar por su Espíritu en su expansión al mundo conocido.

Las primeras “evangelizadoras” fueron las mujeres. En el evangelio de la noche, son las mujeres que acudieron al sepulcro las que oyeron de labios del ángel la noticia: “no está aquí, ha resucitado”. En el evangelio de Juan es Magdalena la que va al sepulcro, lo ve vacío, y corre a anunciarlo a los apóstoles. Para los discípulos de Emaús fue aquel “viajero peregrino”, Cristo mismo, a quien de momento no supieron reconocer, quien les explicó las Escrituras y les aseguró la verdad de su resurrección.

Luego van a ser los apóstoles, los ministros de la comunidad, los que más oficialmente aparecen en el libro de los Hechos como anunciadores de la Pascua. Pedro, en casa de Cornelio, es consciente de que Cristo les ha encomendado este anuncio: “nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado, a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de la resurrección”. E insiste: “nosotros somos testigos... nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos”. En verdad los apóstoles dieron con valentía este testimonio.

El libro de los Hechos nos recuerda que la historia continúa. Se puede decir que no tiene último capítulo: nosotros mismos, a inicios del siglo XXI, seguimos escribiendo estos “hechos”. En el rito copto, que celebran los cristianos sobre todo de Egipto, cuando se proclama este libro en Misa, el lector dice al final, a modo de aclamación: “Y la Palabra de Dios sigue creciendo, en esta Iglesia y en todas las Iglesias”.

Ahora somos nosotros los que en nuestro siglo nos comprometemos a anunciar a Cristo a este mundo, a nuestra familia, a nuestros amigos, a la sociedad. Los cristianos no sólo debemos ser buenas personas, sino además “testigos” de la resurrección de Cristo, con nuestra conducta y con nuestra palabra. En casa de Cornelio, un pagano, o en medio de una sociedad también paganizada, tenemos que dar testimonio de que Jesús es el Salvador: en nuestra familia,

en el mundo de educación, en el cuidado de los ancianos y enfermos, en la actividad profesional, en los medios de comunicación.

Vida pascual

La Pascua de Cristo debe contagiarnos también a nosotros y convertirse en Pascua nuestra, de modo que imitemos la vida nueva de Jesús.

Es lo que le preocupa a Pablo. En su carta a los Colosenses les invita a que, ya que en el orden del ser —ontológicamente— han recibido la vida de Cristo en el Bautismo, ahora en la práctica la vivan pascualmente. Para Pablo eso significa vivir como resucitados, “buscar los bienes de allá arriba”, “aspirar a los bienes de arriba, no a los de la tierra”. Si celebramos bien la Pascua, también nosotros debemos morir a lo viejo y resucitar a lo nuevo, morir al pecado y vivir con Cristo la novedad de su vida. Al final seremos resucitados, pero ya ahora vivimos como resucitados, alimentados como estamos con la Eucaristía, que nos hace participar de la vida ya definitiva del Señor.

Vivimos en este mundo, y nuestro compromiso con la tarea que aquí tenemos encomendada es serio, pero los cristianos “buscamos los bienes de allá arriba”, porque estamos en camino y somos ciudadanos de otro mundo, el mundo en el que ya ha entrado Cristo Resucitado.

(También en la otra carta alternativa, a los Corintios, Pablo nos invita a que eliminemos de nuestra comunidad toda levadura vieja, toda malicia y corrupción, y vivamos una vida nueva, en la sinceridad y la verdad).

Una instrucción que se publicó en 1964, *Inter Oecumenici*, para la recta aplicación de la reforma litúrgica, daba una feliz definición de lo que es una liturgia bien celebrada, sobre todo de la liturgia pascual: “ut *Mysterium Paschale* viviendo exprimatur”, que expresemos el misterio pascual con nuestra vida. Con nuestra alegría, nuestra entrega por los demás, nuestra energía para el bien, nuestra valentía en la lucha contra el mal y contra toda injusticia, nuestra esperanza y novedad de vida.

DOMINGO 2 DE PASCUA

– I –

Concluye la octava de Pascua

Dentro de la Cincuentena Pascual, tiene personalidad propia esta primera semana que hoy acaba, la “octava de Pascua”, que se celebra como un único día. Hoy, en el prefacio, todavía decimos: “en este día en que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado”.

La tercera edición oficial del Misal Romano (año 2002) le da a este domingo el nombre de “Domingo II de Pascua o de la divina misericordia”. Lo cual no significa ninguna fiesta nueva, ni ningún cambio en los textos del domingo. Es antigua tradición en diversas liturgias (como en la hispánica) de distinguir los varios domingos con un título que alude a sus contenidos: “el domingo de Lázaro”, o “de la samaritana”, o “del Buen Pastor”. A este mismo domingo otros le llaman “domingo de Tomás”. Desde muy antiguo, se le ha llamado también “dominica in albis”, porque en Roma, durante toda esta octava, los neófitos conservaban el vestido blanco que habían recibido en el Bautismo de la Noche pascual, y el domingo de la octava se despojaban de él: por eso se llamaba este domingo “in albis”, o sea, “in albis deponendis”, “el domingo en que se despojan ya de los vestidos blancos”. Por influencia de una santa polaca, Faustina Kowalska, se ha generalizado en Polonia, y después en otras partes, esta “devoción a la divina misericordia”. Pero el decreto con que se estableció el nuevo nombre de este domingo, el año 2000, indica

claramente que seguimos celebrando la Pascua del Señor, precisamente en su día octavo, y que no cambian los textos ni bíblicos ni de oración de este domingo.

Hoy es un buen día para dirigir la atención de la comunidad hacia la realidad del domingo, como día en el que de modo privilegiado “se aparece” el Señor Resucitado a los suyos: el “primer día” de la semana, y luego “a los ocho días”, o sea, de nuevo el primer día, pero de la semana siguiente.

Hechos 2, 42-47. *Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común*

En el libro de los Hechos de los Apóstoles podemos espejarnos en verdad las comunidades cristianas de todos los tiempos.

Hoy leemos un pasaje que se puede considerar como un resumen de lo que era la vida de aquella primera comunidad, uno de los “sumarios” que Lucas incluye en los Hechos. Este es el primero (hay otros en el c. 4 y en el c. 5). Y nos informa de que las cuatro dimensiones básicas de la vida de aquella comunidad eran la doctrina apostólica, la comunión de bienes, la celebración de la eucaristía y la plegaria común.

El *salmo responsorial*, más que comentar la lectura 1ª, sintoniza con la Pascua que estamos celebrando: “hay cantos de victoria en las tiendas de los justos”. Nos invita a alabar a Dios: “dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”. En ningún tiempo como en el de Pascua tenemos motivos para expresar esta alegría agradecida, porque sigue siendo “el día en que actuó el Señor, y tiene que ser nuestra alegría y nuestro gozo”.

1 Pedro 1, 3-9. *Por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva*

Este año, como decíamos en la introducción a la Cincuentena, es la primera carta atribuida a Pedro la que nos acompañará los domingos de Pascua, una carta que se dirigía a las comunidades cristianas del Asia Menor que vivían en un ambiente nada favorable, y que se puede considerar como una catequesis bautismal-pascual.

La página de hoy es un himno de acción de gracias a Dios Padre, porque “por la resurrección de Cristo nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva”, y eso nos da ánimos para seguir fieles a Cristo, a pesar de que haya pruebas y sufrimientos, mientras caminamos hacia la herencia final que tenemos ya reservada para nosotros en el cielo.

Juan 20, 19-31. *A los ocho días, se les apareció Jesús*

Por una venerable tradición, se lee cada año en este domingo el evangelio en el que Juan nos cuenta las dos apariciones del Resucitado a los apóstoles: el “primer día de la semana”, en ausencia de Tomás, y “a los ocho días”, ahora con la presencia del incrédulo, que tiene la ocasión de expresar su fe con una confesión muy afortunada: “Señor mío y Dios mío”.

Las dos veces el saludo de Jesús es un saludo de paz que les llena de alegría: “¡shalom!”. Pero el encuentro es también de misión, “así también os envío yo”, y de donación del Espíritu, “recibid el Espíritu Santo”. Para Juan la infusión del Espíritu sucede en el día mismo de Pascua, y no a los cincuenta días, como en el relato de Lucas.

Esta infusión del Espíritu y esta misión tienen un contenido muy importante: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados” (este es el motivo por el que desde la Iglesia de Polonia se ha pedido que este domingo se llame también “de la misericordia divina”).

– II –

Se llenaron de alegría al ver al Señor

La noticia pascual por excelencia –que Cristo vive y nos está presente–, sigue resonando hoy con fuerza para todas las comunidades cristianas del mundo. El Resucitado es el mismo que el Crucificado, y por eso enseña las llagas de sus manos y de su costado. Pero también el Crucificado es ahora el Resucitado, que vive para siempre.

La aparición de Jesús a los suyos el primer día, y luego el día octavo, les llena con razón de alegría. Esa misma resurrección y presencia es la razón de ser de la alegría y la confianza que rezuma la carta de Pedro: “no habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado”.

Continúa, por tanto, al final de esta octava, el carácter pascual de nuestra fe y de nuestra Eucaristía, como también el carácter bautismal de nuestra comunidad, porque es todavía muy reciente la experiencia de los bautizos y tal vez han comenzado ya las Confirmaciones. La oración colecta, aludiendo claramente a los “sacramentos de iniciación”, que son también los sacramentos más pascuales, pide la gracia de que “comprendamos mejor que el Bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido”. En la oración sobre las ofrendas también afirmamos sentirnos “renovados por la fe y el Bautismo”, camino de la eterna bienaventuranza.

Una comunidad “pascual”: ¿cuadro utópico? ¿un reto para nosotros?

El primer fruto de la Pascua de Cristo y de su envío del Espíritu fue su comunidad, transformada por el gran acontecimiento: “¡hemos visto al Señor!”.

Es una comunidad que, según Lucas, permanece fiel a cuatro aspectos de su vida: la doctrina de los apóstoles, la comunión fraterna, la fracción del pan y la oración. Podríamos decir que estos cuatro pilares de la comunidad son la evangelización, la oración, la Eucaristía y la comunión fraterna.

Es una comunidad *de creyentes*. Los que forman esa comunidad son los que han sido agraciados con el don de la fe, los que han creído “que Jesús es el Mesías, el hijo de Dios” y que en su nombre se nos da la vida, los que han creído a pesar de no haberle visto. Además, “perseveran en la enseñanza de los apóstoles”.

Es una comunidad *sacramental*. Los que creen y reciben el Bautismo “nacen de nuevo”, se agregan a la comunidad y se reúnen cada domingo para celebrar la Eucaristía. También es una comunidad depositaria de otro signo sacramental, el de la Reconciliación: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados”.

Es una comunidad *fraterna y solidaria*. “Lo tenían todo en común: vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos”. Los creyentes no comparten sólo su fe, sino también se muestran solidarios y van trabajando para que crezca la fraternidad entre ellos. Es una comunidad unida hacia dentro.

Es una comunidad *misionera* que crece. “Yo os envío”, dice Jesús a sus apóstoles, y en los Hechos nos enteramos de que la gente sabía apreciar el testimonio que daba aquel grupo de cristianos: “eran bien vistos por todo el pueblo”, y por eso “día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando”. No es una comunidad cerrada, sino abierta y enviada a una misión. Están en el mundo, aunque son distintos y dan testimonio de valores nuevos.

Es una comunidad *experta en dolor*. Ahora ya está formada por personas que “no han visto a Jesús” y que por eso a veces tienen la tentación de la duda. Una comunidad que ya desde el primer siglo es perseguida por un mundo hostil o indiferente. El libro de los Hechos nos contará muchos de estos momentos difíciles, y la carta de Pedro habla ya desde el inicio de que los que creen en Jesús tendrán que sufrir un poco, en pruebas diversas. Pero también dice que lo podrán superar todo movidos por la fe y la esperanza en Cristo Jesús.

Es una comunidad *alegre y esperanzada*. La página de Pedro está llena de optimismo: resurrección, nacimiento nuevo, esperanza, alegría, fuerza, marcha dinámica hacia la salvación final. Que en medio haya momentos de prueba es menos importante, porque con la fuerza de Dios lo superan todo.

Es un buen espejo para que nos examinemos nosotros hoy: nuestras comunidades cristianas, parroquiales o religiosas, ¿tienen estas cualidades que admiramos en la primera? Puede parecer un poco utópico el cuadro “pascual” que nos presenta Lucas (seguramente está idealizado: basta seguir leyendo en los capítulos siguientes). Pero es el programa de vida nueva al que Dios nos invita al unísono al Resucitado y dejarnos guiar por su Espíritu. Es un reto para toda comunidad cristiana de hoy.

Los domingos se nos “aparece” el Señor

Sobre todo, la comunidad cristiana, ya desde el principio, es una comunidad *eucarística*, que se reúne cada domingo para celebrar y participar en el memorial de la Pascua que Jesús les ha dejado en testamento. Para nosotros, cada domingo es la Pascua semanal.

Hoy parece como si el evangelio nos quisiera transmitir una “catequesis del domingo cristiano”. La primera de las apariciones que nos cuenta Juan sucede “el día primero de la semana”, y la segunda “a los ocho días”, o sea, de nuevo el primer día: pero de la semana siguiente, lo cual apunta a nuestra marcha incesante, semana tras semana, hacia la plenitud de los tiempos.

Uno puede preguntarse si en los días intermedios no tuvieron aquellos discípulos la convicción de la presencia del Resucitado. Jesús se había despedido diciendo: “estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Pero aquí Juan parece como si quisiera convencernos de que es en este día del domingo cuando de un modo privilegiado podemos experimentar la gracia que nos hace el Señor con su presencia.

La reunión dominical es un momento muy significativo en que nos reunimos en torno a Cristo (“donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo”), escuchamos su Palabra y participamos en el memorial de su sacrificio pascual, comulgando con su Cuerpo y Sangre.

Vale también hoy lo que ha sido lema y consigna desde el principio de la Iglesia: la “comunidad del Señor” se reúne en “el día del Señor” para celebrar la “cena del Señor”.

Ser fieles a esta convocatoria eucarística del domingo es como una garantía de que los cristianos seguiremos creciendo en nuestra unión con Cristo, en nuestra pertenencia a su comunidad y en nuestra vida de fe.

La Eucaristía dominical es como una inyección de esperanza y valentía para la vida de cada día.

Creer en tiempo de dudas

El que Tomás tuviera dudas puede resultar estimulante para nosotros: “si no meto la mano en su costado, no lo creo”. No creyó a lo que le decían sus hermanos de comunidad. A todos nos viene la tentación de pedir a Dios pruebas de su cercanía, como un “seguro de felicidad” o poco menos. Quiéramos tal vez “ver el rostro de Dios” (como en el AT había sido el deseo de Moisés y de Elías), o recibir signos de que nuestro camino es el bueno. Algunos, incluso, tienen un excesivo afán de milagros y apariciones en los que basar su fe. Queremos “ver” para poder “creer”. Mientras que Jesús llama bienaventurados a los que creen sin haber visto.

Todos tenemos dudas y momentos de crisis en la fe: o porque Dios parece haber entrado en eclipse en nuestra vida, o porque se nos han acumulado las desgracias que nos hacen dudar del amor de Dios, o porque las tentaciones nos han llevado por caminos no rectos o porque nos hemos ido enfriando en nuestro fervor inicial.

No es que sea buena la duda en sí, sobre todo si es sistemática y puede resultar casi patológica e impedirnos seguir el camino. Pero la duda tiene también aspectos positivos. Dudar puede significar que no ponemos nuestra confianza en cosas superficiales, que somos humildes en nuestros planteamientos, que seguimos siempre en búsqueda y apertura. Dudar puede significar que somos peregrinos, y que nuestra fe no se basa sólo en que nuestra familia o nuestro entorno nos la han transmitido, sino que, además de ser don de Dios, es también conquista nuestra, que pide nuestro “sí” personal, en medio de la ventolera de ideas que hay a nuestro alrededor, que puede hacer tambalear nuestras seguridades en un momento determinado.

Podemos aprender de la duda de Tomás a despojarnos de falsos apoyos, a estar un poco menos seguros de nosotros mismos y aceptar la purificación que suponen los momentos de inseguridad, sabiendo creer en el testimonio de la Iglesia que, desde hace dos mil años, nos anuncia de palabra y de obra la presencia del Resucitado, aunque no le veamos.

Nosotros, después de dos mil años de los acontecimientos pascuales de Jerusalén, pertenecemos a esas generaciones que tienen todavía más mérito que la primera al creer en Cristo, porque, como decía Pedro a sus lectores

de la segunda generación, nosotros tampoco hemos oído ni visto ni tocado personalmente a Jesús y, sin embargo, creemos en él. Se nos aplica perfectamente lo que Jesús dijo al incrédulo Tomás: “porque me has visto, Tomás, has creído: dichosos los que crean sin haber visto”.

Tanto en los momentos en que brilla el sol en nuestra vida como cuando hay nubarrones que nos hacen tener miedo o dudas, debemos imitar a Tomás en la segunda de sus actitudes, en su fe, que nos haga decir también a nosotros: “Señor mío y Dios mío”. Y nos haga vivir de acuerdo con esa fe.

Ojalá a los que no “vemos” personalmente a Jesús nos resulte fácil “descubrirle” presente por el testimonio de su comunidad. Si la comunidad eclesial, si cada creyente, si cada familia cristiana, fueran como la que dibuja Lucas –unida, alegre, abierta, solidaria, rica en fe y esperanza– seguramente no necesitaríamos milagros ni apariciones para creer en Jesús. Su “aparición” serían las personas que dicen creer en él y, en efecto, imitan su estilo de vida y crean a su alrededor un espacio de esperanza. Para eso no hace falta que la Iglesia sea perfecta: pero en medio de sus debilidades o tensiones o dificultades, debe dar testimonio creíble de esa buena noticia que es la presencia viva del Señor y la herencia que nos está reservada a sus seguidores.

DOMINGO 3 DE PASCUA

– I –

Era verdad: ha resucitado el Señor

La resurrección de Jesús sigue siendo la Buena Noticia por excelencia. Es la que anuncia Pedro en su discurso de Pentecostés (“vosotros lo matasteis pero Dios lo resucitó”), la que invoca la carta del mismo Pedro para sacar consecuencias para la vida de los cristianos (“Dios le resucitó y le dio gloria”), y el centro de la conversación y de la experiencia de los discípulos de Emaús en su encuentro con el Señor (“es verdad: ha resucitado el Señor”).

Y es que, como anticipa el salmo y argumenta Pedro, Dios no podía permitir que el Justo, su Hijo, “conociera la corrupción”.

Continúa la Pascua. Sigue el Cirio encendido y las flores y los cantos y los aleluyas. Y, sobre todo, el pueblo cristiano se siente “renovado y rejuvenecido en el espíritu”, con la “alegría de haber recobrado la adopción filial” (oración colecta), “renovado con estos sacramentos de vida eterna” (poscomunión), “exultante de gozo porque en la resurrección de tu Hijo nos diste motivo para tanta alegría” (oración sobre las ofrendas).

Hechos 2, 14.22-33. *No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio*

El domingo pasado leíamos el primer “sumario” que intercala Lucas en los Hechos sobre la vida de la comunidad. Hoy se nos presenta parte del

importante discurso del apóstol Pedro el día de Pentecostés, el primero de los cinco suyos que ofrece el libro de los Hechos.

Con valentía y claridad dice Pedro a la multitud: “lo matasteis en una cruz, pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte... Dios resucitó a este Jesús y nosotros somos testigos”. Es admirable el “éxito” que tiene esta primera predicación: tres mil personas se convierten a la fe en Cristo.

El *salmo* de hoy ha sido escogido por la cita que de él hace Pedro en su discurso de Pentecostés, aplicando sus afirmaciones a la resurrección de Jesús: “se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas y mi carne descansa segura... porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción”.

1 Pedro 1, 17-21. *Os rescataron a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto*

Para el autor de la carta de Pedro se derivan consecuencias muy concretas del hecho de la resurrección de Jesús. Ya que los cristianos han sido rescatados “a precio de la sangre de Cristo” y ahora “creen en Dios y han puesto en él su fe y su esperanza”, se sigue lógicamente la consigna que les da a continuación: “tomad en serio vuestro proceder en esta vida”, viviendo fuertes en la fe y en la esperanza, a pesar de que seguramente vivían en un ambiente hostil.

Lucas 24, 13-35. *Le reconocieron al partir el pan*

Este domingo leemos a Lucas, que nos narra con exquisita delicadeza y una estructura muy bien pensada la aparición de Jesús a los dos discípulos de Emaús.

Lucas nos ofrece un hermoso relato “catequético”, en el último capítulo de su evangelio, del viaje “de ida y vuelta” de aquellos dos discípulos que van a Emaús y luego vuelven a Jerusalén. El viaje de ida es triste, en silencio, con los ojos cerrados, con sentimientos de desilusión (“nosotros esperábamos”). No creen a los que afirman que han visto el sepulcro vacío, ni reconocen al caminante que se les junta. El viaje de vuelta es lo contrario: corren presu-

rosos, llenos de alegría, los ojos abiertos a la inteligencia de las Escrituras, impacientes por anunciar su experiencia a la comunidad.

En medio ha sucedido algo decisivo: el Señor Jesús les ha salido al encuentro, ha dialogado con ellos, les ha explicado las Escrituras y finalmente le han reconocido en “la fracción del pan”, aunque luego recuerdan que ya “ardía su corazón cuando les explicaba las Escrituras”.

– II –

Sigue la alegría de la Pascua

Los textos de hoy siguen, naturalmente, con el tono de entusiasmo y alegría que inauguramos hace apenas dos semanas. Esta alegría viene, por una parte, de la resurrección del Señor. Y, por otra, porque estamos convencidos de que a nosotros nos está preparado el mismo destino de vida perpetua.

Así, en la oración colecta pedimos a Dios “que la alegría de haber recobrado la adopción filial afiance su esperanza de resucitar gloriosamente”. La oración sobre las ofrendas habla también de la “Iglesia exultante de gozo” y pide que “pues en la resurrección de tu Hijo nos diste motivo para tanta alegría, concédenos participar de este gozo eterno”. También la poscomunión enlaza las dos perspectivas: “ya que has querido renovar a tu pueblo con estos sacramentos de vida eterna, concédele también la resurrección gloriosa”.

Tanto el salmo como la cita de Pedro en su discurso ante el pueblo, nos aplican a nosotros, ahora desde la clave de Cristo Resucitado, las esperanzadoras palabras: “me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha”.

Por otra parte, Pedro, en su carta, dirige a sus cristianos palabras de ánimo y confianza. Han sido rescatados por Cristo (ha pagado la “fianza” que debían) y ahora han puesto en Dios su fe y su esperanza. Cambia radicalmente el sentido de sus vidas.

Todavía nos quedan cinco semanas de Pascua. ¿Estamos progresando en

esta actitud de alegría interior, de paz, de confianza? ¿nos creemos de veras la Buena Noticia de la Vida de Jesús y su aplicación a nosotros? ¿se puede decir que los demás nos ven con otra cara, con cara pascual, ante los acontecimientos y las personas?

¿Dónde le “reconocemos” nosotros?

Tal vez nos sentimos retratados en esos dos discípulos que caminan hacia Emaús. Tienen una clara crisis de fe. “Nosotros esperábamos...”. No están seguros de nada. No reconocen al Maestro: sus ojos están cerrados. No tendrían que haberse puesto en marcha para refugiarse en su casita de Emaús: a la comunidad no hay que abandonarla, sobre todo si está pasando momentos de desánimo y desorientación.

En nuestra vida hay días de eclipse. No reconocemos al Señor ni aunque se nos presente como compañero de camino. El relato de Lucas está escrito con toda la intención para animar a las generaciones siguientes, a nosotros, a los cristianos que no han tenido la suerte de ver y oír y tocar al Maestro. También ellos le pueden reconocer y animarse con su presencia.

Le podemos reconocer en la fracción del pan, o sea, en la Eucaristía, el sacramento más inefable que pensó Jesús para seguir siendo él mismo alimento para el camino de los suyos “hasta que venga” al final de los tiempos.

Le podemos reconocer en la celebración de la Palabra: “les explicó las Escrituras...¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba?”. Cuando en nuestra celebración se proclaman las lecturas bíblicas, sobre todo el evangelio, es Jesús mismo, aunque no le veamos ni nos parezca oírle directamente, quien nos comunica su mensaje, más aún, quien se nos da él mismo, porque él es la Palabra definitiva de Dios.

Le podemos reconocer en la comunidad. Cuando los dos de Emaús llegaron a donde estaba el grupo de Jerusalén, oyeron la Buena Noticia: “era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”.

Le podemos reconocer en la caridad fraterna. Ellos, aunque estuvieran tan desanimados, tuvieron el gesto de invitar al “peregrino” desconocido a cenar con ellos. Y allí es donde se les abrieron los ojos. La caridad fraterna es la

mejor clave y el mejor ambiente para reconocer la presencia del Señor en nuestras vidas. ¿Por qué será que una buena parte de las apariciones del Resucitado se realizaron en el clima de una comida fraterna?

Le reconocieron en la fracción del Pan

Sobre todo, aparece destacado el énfasis en esta frase: “ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”. Parece como si Lucas quisiera demostrar, con su relato, que también los cristianos de las generaciones siguientes tienen un momento privilegiado donde pueden “ver” al Resucitado. Este momento es la fracción del pan, el nombre que en el primer siglo recibía la Eucaristía.

Dicen los estudiosos que Lucas, sin pretender contarnos que la escena fuera celebración eucarística –impensable todavía, antes de Pentecostés– quiso dejarnos en el último capítulo de su evangelio una “catequesis historizada” de esta importante convicción. Que Cristo Jesús sigue también presente a las generaciones siguientes sobre todo en la Eucaristía, en la que se concentran los varios aspectos del episodio: ver a Cristo, con los ojos de la fe, en la comunidad reunida, en la Palabra, en la fracción del pan, en la caridad fraterna. Es lo que hacemos cada vez que acudimos a la celebración comunitaria de este sacramento.

La Eucaristía dominical es para los cristianos como el motor de toda su vida de fe durante la semana. No suceden en ella milagros. Pero siempre nos ofrece un encuentro con Cristo Palabra y con Cristo Pan. Y nos hace recordar que la comunidad es el primer “sacramento” de su presencia en medio de nosotros: “donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo”. Son diversos modos de manifestarse la presencia siempre viva del Resucitado, además del modo privilegiado del Pan y el Vino eucarísticos. Y que también sigue siendo real y experimentable fuera de la celebración: en la caridad fraterna.

Y nosotros somos testigos

La experiencia del encuentro con el Resucitado –sobre todo en la Eucaristía– debe cambiar algo en nuestras vidas, como lo hizo con los dos de Emaús

o con Pedro. Nos debe enviar claramente a una “misión”, a dar testimonio de nuestra fe en la vida.

Hoy es Pedro quien nos da un admirable ejemplo de coherencia y valentía. Hacía pocos días había negado que conociera a Jesús y, en el momento de la cruz, había huido como casi todos los demás, acobardados. Pero ahora han tenido la experiencia de la Pascua, se han visto inundados por la fuerza del Espíritu el día de Pentecostés, están llenos de ánimo y se atreven a decir ante las autoridades: “vosotros lo matasteis, pero Dios lo resucitó”.

Entonces fue Pedro quien ante el pueblo –luego lo repetirá ante las autoridades– dio testimonio de su fe: “Dios resucitó a este Jesús y todos nosotros somos testigos”.

Ahora también hacen falta cristianos y comunidades así, que actúen como testigos de Cristo. La Buena Noticia de Jesús no la hemos escuchado nosotros por boca de ángeles, sino por el testimonio de la comunidad eclesial, desde hace ya dos mil años. Nadie nace cristiano: continuamente está en marcha esta dinámica de “nueva evangelización”, por parte de la comunidad eclesial, ayudada por las familias y las escuelas cristianas.

Son testigos creíbles de Cristo las comunidades y las familias que se aman y promueven la paz y la justicia, que se esfuerzan por ayudar a todos, en actitud de servicialidad, en medio de un mundo egoísta. Ya nos dijo él: “en esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros”.

Por grandes que sean las dificultades y por hostil o indiferente que nos parezca el ambiente social, si estamos llenos de la Pascua del Señor, convencidos de la fe en él, y movidos por el Espíritu, se nos notará en todo momento, en las palabras y en los hechos, cuál es nuestra motivación. Nos mantendremos firmes en nuestra fe, independientes de las modas o de las corrientes ideológicas o de los intereses humanos o de nuestras cobardías y miedos.

Pedro, hablando a judíos que habían acudido a Jerusalén para la fiesta, argumenta a partir de las citas del AT – con un lenguaje que pudiera parecer poco diplomático y demasiado directo – para demostrar que Jesús es el Enviado de Dios. Cuando luego Pablo se dirija a paganos, empleará otro lenguaje, partiendo de lo que sus oyentes saben y creen. Lo importante es anunciar a Cristo Jesús y ser sus testigos en la familia y en la sociedad.

También los dos discípulos de Emaús corren presurosos a anunciar a los demás su entrañable experiencia de encuentro con el Resucitado, como lo habían hecho antes las mujeres que habían acudido al sepulcro.

¿Y nosotros? Al empezar la tercera semana de Pascua, ¿se nota algún cambio en nuestra vida? ¿estamos todavía en el “viaje de ida” de los de Emaús, o ya en el de vuelta? ¿todavía en la penumbra y la tristeza, o ya en la luz y la alegría? ¿en la cobardía o en la valentía del testimonio?

DOMINGO 4 DE PASCUA

– I –

El Domingo del Buen Pastor

De las varias imágenes que en el NT intentan describir quién es Jesús para nosotros (el Cordero, el Señor, el Rey, la Piedra angular, el Hijo del Hombre, la Luz, el Siervo, la Verdad, la Vida), en este domingo 4º de Pascua cada año se nos presenta Jesús como el Buen Pastor, siguiendo el capítulo 10 del evangelio de Juan.

De este capítulo cada año se lee un pasaje distinto. En este ciclo A escuchamos sus primeros versículos, los que se refieren a Cristo como el Pastor auténtico y también como la Puerta de entrada para pastores y ovejas.

Hechos 2, 14a.36-41. *Dios lo ha constituido Señor y Mesías*

Del discurso de Pedro el día de Pentecostés, que habíamos leído en gran parte el domingo pasado, escuchamos hoy su conclusión, que es también el resumen de todo el “kerigma” de Pedro en sus varios discursos, o sea, del núcleo evangelizador que contienen: “sepa, pues, todo Israel que a ese Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías”.

El efecto del discurso es inmediato, y muchos de los oyentes de Pedro se preguntan: “¿qué hemos de hacer?”. Lo que sigue es como el camino programático de lo que significa la iniciación cristiana, desde la fe al bautismo y a la agregación a la comunidad.

No podía ser otro hoy el *salmo* intercalado entre las lecturas: “el Señor es mi pastor, nada me falta”. No tanto como eco a la primera lectura de hoy, sino por sintonía con el ambiente de toda la celebración, con la clave central del Buen Pastor.

1 Pedro 2, 20b-25. *Habéis vuelto al pastor de vuestras vidas*

Para un cristiano que tiene que soportar dificultades y sufrimientos, según Pedro en su carta, el mejor modelo es Cristo Jesús: “padeció su pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas”.

Al describir este ejemplo que nos ha dejado Jesús, la carta hace como un resumen del cuarto cántico del Siervo, en Isaías 53: “él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca... cargado con nuestros pecados subió al leño... para que nosotros vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado”.

Y describe lo que significa en la vida de un cristiano el haber encontrado a Cristo Jesús: “si, obrando el bien, soportáis el sufrimiento, hacéis una cosa hermosa ante Dios, pues para esto habéis sido llamados”. Además, este encuentro con Jesús, buen Pastor, debe representar un cambio en la vida: “andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas”.

Juan 10, 1-10. *Yo soy la puerta de las ovejas*

Del capítulo que Juan dedica a desarrollar la comparación del Pastor y las ovejas, este año leemos los primeros versículos.

Ya hablan –aunque menos explícitamente que los pasajes de otros ciclos– de Cristo como el auténtico Pastor, que “conoce a sus ovejas”, que da la vida por ellas, que ha venido “para que tengan vida y la tengan abundante”.

Pero, sobre todo, al explicar a los fariseos la intención de sus palabras, insiste más en que él mismo, Cristo Jesús, es la legítima Puerta que da acceso a pastores y ovejas al redil de Dios.

– II –

Cristo, el Pastor

El protagonista de hoy, como no podía ser de otra manera en Pascua, es Cristo Jesús, que se proclama a sí mismo como el Buen Pastor y la Puerta.

Puede ser que no nos guste mucho el símil del pastor y las ovejas, sobre todo si nos fijamos en lo del “rebaño” y que todas las ovejas “le siguen”. Parecería como si se favoreciese una visión paternalista y gregaria de la comunidad eclesial. O podemos pensar que tal vez los que vivimos en ciudades no entenderemos el símil empleado por Jesús.

Sin embargo, no es la intención de Cristo ese tono peyorativo del “rebaño” y del seguimiento al pastor, porque él les describe con rasgos claramente personalistas y de respeto a la libertad de cada uno. Y tampoco es verdad que los “urbanos” no podamos entender las características de un pastor y su relación con las ovejas, aunque no veamos cada día rebaños que cruzan nuestras calles o autopistas.

Otros textos del día también inciden en el mismo tema de Cristo como el buen Pastor. La carta de Pedro termina diciendo a sus lectores: “habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas”; la oración colecta pide que “el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor”; el versículo del aleluya anticipa ya el contenido del evangelio: “yo soy el Buen Pastor, conozco a mis ovejas y las mías me conocen”; la antifona de la comunión afirma que “ha resucitado el Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas y se dignó morir por su grey”; la poscomunión llama Pastor a Dios Padre: “Pastor bueno... haz que el rebaño adquirido por la sangre de tu Hijo pueda gozar...”.

Cristo, la Puerta

Pero hoy Jesús se presenta sobre todo como la Puerta por la hay que entrar y salir. Puerta significa acceso, entrada, mediación, acogida.

Las palabras de Jesús se aplican, ante todo, a los pastores mismos. Los que

entran por esa puerta son guías y pastores legítimos. A los que no entran por ella, sino que “saltan por otra parte”, los compara Jesús a los ladrones, los bandidos y los extraños, que vienen a robar y matar, o a aprovecharse de las ovejas en favor propio.

Él mismo, Cristo Jesús, es un Pastor que ha entrado por la puerta legítima, enviado por Dios. Y él, a su vez, es el verdadero Maestro, el Camino, la bienvenida de Dios a su Reino. “El que entre por mí se salvará”. Como dice Pablo, “por él unos y otros tenemos acceso al Padre” (Ef 2,18). Y como razona el autor de la carta a los Hebreos, “tenemos la seguridad para entrar en el Santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros a través de su propia carne” (Hb 10,19). El domingo que viene leeremos, en el evangelio, una afirmación del mismo Jesús en la última cena: “nadie va al Padre sino por mí”.

Jesús es también la Puerta para todos los que quieren salvarse. Es la Puerta abierta que invita a entrar en el Reino, una Puerta que es una verdadera bienvenida a la casa del Padre.

En la 1ª lectura hemos visto cuál es el camino de la iniciación cristiana, o sea, de entrada en el Reino de Cristo: a) después del discurso evangelizador de Pedro; b) viene la conversión y la fe por parte de muchos: ¿“qué hemos de hacer?”; c) Pedro les dice que se conviertan, que abandonen su camino anterior, propio de una “generación perversa”; d) o sea, que crean en Jesús; e) los que creen, reciben el Bautismo, que es perdón de pecados y a la vez don del Espíritu; f) bautismo que es universal, para todos los que se sientan llamados por Dios; y g) así quedan agregados a la comunidad eclesial, la comunidad del Resucitado, el nuevo Israel, que empieza a crecer nada menos que con tres mil nuevos miembros.

El programa de vida de esta comunidad ya lo leímos el segundo domingo de Pascua en el primer “sumario” de Lucas: doctrina, fracción del pan, oración, fraternidad.

Ese es el camino auténtico, la Puerta por la que se entra en la comunidad de la salvación. En un mundo que busca respuestas al sentido de la vida y ensaya caminos y puertas diferentes para la felicidad o el progreso, la respuesta de Dios es hoy clara: la Puerta verdadera es Cristo, el Señor.

Aunque entrar por la Puerta que es Cristo no significa sólo estar bautizado o haber inscrito el nombre en una comunidad, sino oír su voz, seguirle e imitarle.

Lecciones para los “pastores” de hoy

Cristo dedica palabras muy duras a los fariseos, que eran en verdad “malos pastores” del pueblo. Por contraste, las cualidades que debe tener un buen pastor les hacen falta hoy, en positivo, a todos los que de alguna manera son “pastores” en la comunidad como colaboradores de Cristo a favor de todos: ante todo los ministros ordenados, desde el Papa hasta los obispos, presbíteros y diáconos, pero también los padres, los educadores, los catequistas, los que llamamos “agentes pastorales” de una comunidad. Todos participan en un grado u otro del ministerio pastoral de Cristo Jesús.

Y a todos ellos les va bien recordar que el auténtico pastor:

a) entra por la puerta legítima y no, como los ladrones, por la puerta falsa; no se arroga él mismo el ministerio, sino que lo recibe de la Iglesia, y en el caso de los ministros ordenados, sellado con un sacramento; no puede actuar como los falsos profetas o guías ciegos que no conducen a la salvación, sino a la perdición; si Pedro predica con valentía y autoridad, es porque ha oído de labios del mismo Maestro la palabra: “apacienta a mis ovejas”;

b) conoce a sus ovejas, las llama por su nombre: ¿no es esta una invitación a que los pastores conozcan y respeten a cada persona, con sus características, su temperamento y formación? ¿se puede decir que conocemos a cada oveja por su nombre, a cada persona en su contexto y sus circunstancias, y no considerar que todas son iguales y tratarlas “gregariamente”?;

c) “va delante de las ovejas”, camina precediéndolas: da la cara por ellas si acecha el peligro, las conduce por caminos seguros, les da ejemplo de servicialidad, de entrega por los demás, de desinterés, de vida de oración, de lucha por la justicia; es como Jesús, que en su decidida marcha hacia Jerusalén, iba delante de sus discípulos (cf. Mc 10, 32) y, en la última cena, se ciñó la toalla y les dio un magnífico ejemplo de servicialidad fraterna, y al final les dijo: “vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros, porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros”;

e) anuncia a todos la buena noticia de la resurrección de Cristo con el mismo entusiasmo que el primer Papa, Pedro, y los demás apóstoles, que no podían guardar para sí la gran convicción y llenaron el mundo de su anuncio;

f) no se aprovecha a favor propio de la misión que se le ha encomendado, sino que debe estar dispuesto a defender y dar su vida por las ovejas, como Cristo...

Va llamando por su nombre a sus ovejas

Además, las lecturas de hoy nos invitan a pensar si nuestro método evangelizador es como el de Cristo: conociendo a cada uno y respetando su situación y su cultura. Pablo y Bernabé predicaban a judíos y a paganos. Lo hacían con una pedagogía adecuada a cada caso. También de ellos se puede decir que “conocían a sus ovejas” y respetaban su situación cultural y religiosa. Si sus oyentes eran judíos, partían del AT y les intentaban convencer de que en Jesús de Nazaret se cumplían las promesas. Si eran paganos, partían del Dios Creador, de la hermosura de este mundo, de los valores que entendían sus oyentes, y de ahí les llevaban a Cristo Jesús.

En la tarea misionera que la Iglesia ha ido desarrollando desde hace muchos siglos, es notorio, en algunas ocasiones, el esfuerzo de inculturación de la teología y de la liturgia según las características culturales de cada pueblo. Desde el Vaticano II, la Iglesia se ha decidido a adoptar las lenguas vivas de cada región para su celebración litúrgica: cosa que ya en el siglo IX intentaron realizar los hermanos Cirilo y Metodio en tierras eslavas, y otros misioneros en el siglo XVI por el lejano Oriente. Aunque no ha sido una opción seguida en otras ocasiones.

Para evangelizar a las personas y a los pueblos, además del paso que se ha dado del latín a las más de cuatrocientas lenguas en que ahora se celebra la liturgia en la Iglesia, todavía queda mucho por hacer en la búsqueda de un lenguaje más accesible para el hombre de hoy. Es un esfuerzo continuado de encarnación, tanto en la labor evangelizadora como en la celebrativa.

Como el pastor, según dice Jesús, conoce a sus ovejas, y como Pablo y Bernabé se adaptaban a la situación cultural de fe de sus auditorios, los

cristianos de hoy –en particular los que tienen alguna clase de autoridad o misión catequética y evangelizadora– también tendremos que adaptarnos a la situación de fe de las personas: de los novios que vienen a pedir la boda por la Iglesia, o de las familias que piden el Bautismo o la Primera Comunión o el entierro eclesiástico para los suyos.

Deberíamos ser universales, cada uno en su ambiente. No sólo en el ministerio pastoral de los ordenados en la comunidad, sino también en nuestro servicio de educación de los jóvenes o de atención a los ancianos o en la catequesis o en nuestro diálogo con los alejados o con personas de otra cultura y religión, deberíamos aprender el método del Buen Pastor, método de cercanía, de acompañamiento, de conocimiento de cada persona.

El Buen Pastor nos habla y nos alimenta en la Eucaristía

En la Eucaristía tal vez sea el momento privilegiado en que nosotros, seguidores de Jesús, “escuchamos su voz”, hacemos caso de lo que nos dice y nos alimentamos con su Cuerpo y Sangre, cuando él, como el auténtico Buen Pastor, “nos da la vida eterna”.

En la oración sobre las ofrendas de hoy expresamos una vez más una “definición” de lo que sucede cada vez que celebramos la Eucaristía, como memorial de la muerte salvadora de Cristo: “que la actualización repetida de nuestra redención sea para nosotros fuente de gozo incesante”.

Aunque luego, fuera de la celebración, a lo largo del día y de la semana, debemos seguir siendo discípulos de Cristo que escuchan su voz y le siguen en su estilo de vida. En el “domingo del Buen Pastor”, haremos bien en examinarnos si nosotros somos “buenas ovejas”, buenos discípulos de Cristo Jesús, con una relación vital e interpersonal con él, no sólo “creyendo en él”, sino siguiéndole, imitándole. Porque nos ha dicho Pedro que Cristo “nos dejó un ejemplo para que sigamos sus huellas”.

DOMINGO 5 DE PASCUA

– I –

La Pascua sigue creciendo

Los domingos 5º y 6º de Pascua (y, allí donde la Ascensión no se celebra en domingo, también el 7º), escuchamos en el evangelio, distribuidas en los tres ciclos, palabras de Jesús en su Cena de despedida, dándoles a sus discípulos consignas para cuando él falte. Se acerca la Ascensión, su “despedida”.

Hoy escuchamos su afirmación: “yo soy el Camino y la Verdad y la Vida”. También en la carta de Pedro nos encontramos con otra gran convicción teológica y pastoral: la comunidad cristiana es un pueblo sacerdotal, un templo vivo en el Espíritu. Y la página de los Hechos nos presenta otro factor importante en este crecimiento pascual de la comunidad: los ministros ordenados. Las tres realidades básicas: Cristo, la comunidad sacerdotal y los ministros de la comunidad. Son elementos que nos ayudan a vivir gozosamente la Pascua.

Han transcurrido ya cuatro semanas de Pascua y hoy inauguramos la quinta. Las lecturas bíblicas nos van ayudando a entrar cada vez con mayor fuerza en la vida nueva del Resucitado y las consecuencias que tiene para la comunidad cristiana. No debemos cansarnos de celebrar nuestra fiesta principal, que dura siete semanas: nuestra fe cristiana es fundamentalmente alegría y visión optimista.

Ya en dirección a Pentecostés, a muchos les ayudará también el recuerdo de la Virgen María, en el mes de mayo. En efecto, ella es el mejor modelo que podemos tener para sumarnos a la Pascua de Jesús, ella, que la vivió muy de cerca y se dejó llenar otra vez en plenitud del Espíritu, junto con la comunidad.

Hechos 6, 1-7. *Eligieron a siete hombres llenos de espíritu*

Todo colectivo humano sabe de conflictos y desavenencias. En la comunidad de Jerusalén se creó una seria tensión entre los de lengua hebrea y los de lengua griega, procedentes estos de la diáspora romana y helénica, y que también como judíos tenían en Jerusalén sinagogas propias. Los de lengua griega se quejaban de que en la distribución benéfica que se hacía en la comunidad a los pobres, las viudas de su grupo no recibían el mismo trato que las del grupo más autóctono.

Se establece sin tardar un diálogo comunitario, y se resuelve la situación, creando siete “diáconos” específicos para los del grupo helénico. El resultado es el que Dios persigue, a pesar de las debilidades humanas: “la Palabra de Dios iba cundiendo y en Jerusalén crecía mucho el número de discípulos”. Esos diáconos de lengua griega, por cierto, tendrán un papel importante en el desarrollo de la comunidad.

El *salmo* es de alabanza: “aclamad, justos, al Señor”, y de confianza en ese Dios que va guiando a su comunidad: “que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de ti... los ojos del Señor están puestos en sus fieles...”.

1 Pedro 2, 4-9. *Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real*

Si es verdad lo que dicen los entendidos de que esta carta atribuida a Pedro es como una larga catequesis bautismal, se explica mejor que el pasaje de hoy afirme de la comunidad de los bautizados que son “raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios”.

También compara simbólicamente al pueblo de Dios a un templo construido

con piedras vivas –cada uno de los cristianos–, sobre el cimiento o piedra angular que es Cristo, para construir el Templo del Espíritu.

Juan 14, 1-12. *Yo soy el camino, y la verdad y la vida*

Empezamos a leer los capítulos que Juan dedica a la Última Cena de Jesús con los suyos. Hoy escuchamos unas revelaciones de Jesús sobre su relación con el Padre: “quien me ve a mí, ha visto al Padre”, “yo estoy en el Padre y el Padre en mí”. De alguna manera anuncia ya su Ascensión: “yo me voy al Padre... me voy a prepararos sitio”.

Pero la afirmación central es “yo soy el camino y la verdad y la vida”.

– II –

Cristo, centro de nuestra Pascua

Cristo Resucitado sigue siendo el centro de nuestra fiesta. Hoy, por ejemplo, con el símbolo de la “piedra angular” que había sido desechada por los hombres, pero que resultó ser, como ha dicho la carta de Pedro, “piedra escogida y preciosa ante Dios: el que cree en ella, no quedará defraudado”.

Sobre todo en el evangelio se nos motiva la razón de ser de nuestra fe y de nuestra alegría: “yo soy el camino y la verdad y la vida”. Si el domingo pasado Jesús se presentaba a sí mismo como el Pastor y como la Puerta, hoy hace tres afirmaciones a cual más expresivas de su identidad: a) “yo soy el Camino”: si él es la Puerta de acceso a Dios, hoy emplea una comparación semejante, la del camino; b) “yo soy la Verdad”: no sólo es el Maestro o Profeta enviado por Dios, sino que él “es” la Verdad misma, la Palabra viviente que Dios dirige a la humanidad de una vez para siempre; y c) “yo soy la Vida”: no sólo resucita muertos y cura enfermos: él “es” la Vida misma.

Difícilmente se puede expresar mejor la centralidad de Cristo Jesús para nuestras vidas.

Una comunidad sacerdotal

La comunidad cristiana, la que cree en Cristo Jesús y se ha reunido en torno a él, es “raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios”. Es un pueblo sacerdotal, o sea, mediador, evangelizador, misionero, constructor de un mundo nuevo.

Este sacerdocio –mediación– que el pueblo cristiano tiene como participación en el único sacerdocio de Cristo, se ejerce en dos direcciones. Una, hacia Dios, ofreciéndole nuestras alabanzas y sacrificios: “para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo”. Y otra hacia los hombres, con el encargo misionero de la evangelización, del anuncio a todos de la buena nueva de Dios: “para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla”.

Este pasaje de la carta de Pedro sobre el sacerdocio bautismal de los cristianos es el que más se cita para motivar el sacerdocio bautismal de los cristianos. Así lo hace el Concilio en la constitución *Lumen Gentium* (LG 9-11), donde se desarrolla ampliamente esta dignidad y esta misión sacerdotal de todo el pueblo cristiano. O el Misal, cuando, por ejemplo, motiva el que los que participan en la Eucaristía eleven a Dios su “oración universal”, la “oración de los fieles”, “ejerciendo su sacerdocio bautismal”.

Precisamente en este tiempo de Pascua en que muchos reciben el Bautismo, y otros participan por primera vez plenamente de la mesa eucarística de la comunidad, o reciben el Sacramento del don del Espíritu, la Confirmación, es bueno recordar que la comunidad del Señor se les debe presentar a ellos –a las generaciones jóvenes– como una comunidad viva, llena de fe, sacerdotal, animada por el Espíritu, que canta alabanzas a Dios y participa de los sacramentos, pero que también da testimonio de su fe en la vida. Es una comunidad creyente, celebrante y misionera. A la vez que es una comunidad siempre en construcción, siendo cada uno de nosotros “piedras vivas” en ese edificio que es la Iglesia de Dios, basada en la piedra angular que es Cristo, y animada por los ministros ordenados.

Ojalá se pudiera decir de la comunidad cristiana lo que dijo de sí Jesús: “el que me ve a mí, ha visto al Padre”. ¿Podría atreverse a afirmar una comunidad cristiana: “el que me ve a mí, ha visto a Cristo”?

Cuando surgen las tensiones

Ahora bien, por buena que sea una comunidad, no es nada extraño que en su vida haya momentos de tensión. Tenemos que ver las cosas con los pies en el suelo. Pascua es fiesta, pero también tarea, camino, misión, lucha.

En la vida de la primera comunidad, y a pesar del idílico cuadro que Lucas nos había dibujado en el primero de sus “sumarios” (y que leíamos el domingo 2º de Pascua), empiezan a surgir dificultades. En Jerusalén algunos judíos procedentes del helenismo se convirtieron al cristianismo, y formaban un grupo étnico y lingüístico bastante diferente, con lengua y sensibilidad propia, aún dentro de la fe cristiana. La lengua no es sólo una gramática y un vocabulario: es reflejo de una cultura y de una formación. La fe en Cristo puede unir a todos, pero la sensibilidad no cambia fácilmente. Estos cristianos de lengua griega se quejaron de que no se les respetaban los mismos derechos y modos de beneficencia que a los de lengua hebrea.

La comunidad de Jerusalén nos da aquí –y lo hará más adelante con el conflicto de la admisión a personas procedentes del paganismo– un buen ejemplo de serenidad y diálogo. Los apóstoles escuchan las quejas y establecen en seguida un diálogo, llegando a un acuerdo: nombrar a siete diáconos, todos de nombre griego, presentados por la comunidad. Se llega, por tanto también a una descentralización y una nueva distribución de responsabilidades dentro de la Iglesia.

A lo largo de la historia van apareciendo continuamente situaciones nuevas, y ya desde muy pronto, como vemos. A veces es por el número creciente de los cristianos, o por el carácter heterogéneo de la composición de sus grupos, o por las tensiones que se crean desde dentro, además de las persecuciones externas.

Hoy, la venida de numerosos inmigrantes de otras regiones del propio país o de otras naciones más o menos lejanas y diferentes en lengua, cultura y religión, hace que la convivencia, incluso dentro de la comunidad cristiana, sea más complicada que antes. Todos compartimos la misma fe, pero pueden surgir problemas de sensibilidad no pequeños. En todas partes hay el peligro de la discriminación, por motivos de edad o lengua, de formación

o procedencia, entre jóvenes y mayores, hombres y mujeres, religiosos y laicos, nativos e inmigrantes.

La página de hoy nos interpela. No hay que asustarse por la existencia de problemas, pero hay que saber resolverlos. Las tensiones que surgen no se resuelven ignorándolas, o adoptando posturas crispadas, sino dialogando. También en el ámbito eclesial tiene que funcionar lo de que “los hombres hablando se entienden”.

También entre nosotros, si adoptamos un talante de tolerancia y de diálogo constructivo, sucederá como en la comunidad primera: “la Palabra de Dios iba cundiendo y crecía el número de discípulos”. La unidad fraterna es la que posibilita el trabajo misionero. El signo que hace más creíble lo que se predica, es la caridad: la caridad hacia dentro y hacia fuera.

Los ministros, al servicio de la comunidad

Un factor que ayuda a que las comunidades cristianas vivan su misión con más eficacia es, según la primera lectura de hoy, la presencia en ellas de los ministros ordenados.

Esos ministros son fieles que, además de estar bautizados y confirmados por el Espíritu, como los demás, han recibido otro sacramento, el del Orden, que les confiere la gracia de configurarse más explícitamente a Cristo Buen Pastor, para bien de la comunidad. Son los diáconos, los presbíteros y los obispos que, haciendo las veces de Cristo en medio de la comunidad, realizan con toda su buena voluntad el ministerio de la palabra, de la oración, del servicio fraterna y de la autoridad.

En el caso que leemos hoy, se trata de los diáconos (en griego, “servidores”), elegidos entre “los hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría”.

De esos diáconos, destacan en los siguientes capítulos de los Hechos dos: Felipe, el que evangelizó Samaría y tuvo el encuentro con el eunuco de Candace; y Esteban, que asombró e irritó a las autoridades con su valiente predicación y sus maravillosos signos y se convirtió en el primer mártir de la comunidad eclesial.

En Jerusalén se pensó en una división de responsabilidades: los apóstoles se dedicarán a la oración y a la predicación, mientras que los diáconos se cuidarán de “las mesas”, de la distribución de la beneficencia en la comunidad. Aunque en seguida notamos que esta división no fue tan inflexible, porque vemos pronto a diáconos como Felipe y Esteban predicando y bautizando. Los diáconos se convirtieron, por tanto, en eficaces auxiliares de los apóstoles en la dirección de las comunidades.

En las nuestras hay también otros ministerios o servicios que no requieren necesariamente el sacramento del Orden, sino que los realizan los laicos: los catequistas, los educadores, los padres de familia, los encargados de la pastoral de los enfermos, de los ancianos o de los niños, los que animan las iniciativas de caridad y las celebraciones litúrgicas de la comunidad...

La Iglesia vive de la Eucaristía

Este fue el título de la encíclica de Juan Pablo II sobre la Eucaristía, en la Pascua del 2003.

Todos los aspectos que las lecturas de hoy nos proponen parecen como resumidos y fotografiados en nuestra celebración eucarística.

En ella es cuando mejor se experimenta que el Resucitado sigue presente para nosotros como Maestro y Alimento. En ella se ve a la comunidad reunida, comunidad sacerdotal, abierta a la Palabra, que alaba a Dios, intercede por todo el mundo y participa en la Mesa eucarística que le da fuerza para su vida de testimonio. También se ve el papel de los ministros ordenados, miembros de esa misma comunidad, con el ministerio adicional de ayudar a los demás, de dirigir su oración y su vida, como signos visibles de Cristo Buen Pastor. Y los ministerios de otras personas que ayudan, como lectores, cantores, monitores, sacristanes, etc., a que la comunidad cristiana pueda celebrar mejor la Eucaristía. Y así pueda decirse en verdad que “la Iglesia vive de la Eucaristía”.

DOMINGO 6 DE PASCUA

– I –

El Espíritu nos ayuda a seguir viviendo la Pascua

Después de cinco semanas de Pascua, y cuando quedan dos para Pentecostés, parece como si la oración de este domingo quisiera asegurarse de que no decaiga el tono y el ritmo de la fiesta, porque pide a Dios que nos conceda “continuar celebrando con fervor estos días de alegría en honor de Cristo resucitado”.

Siete semanas son un período que se puede hacer largo para una fiesta. Pero es tan importante la Pascua, el corazón de todo el año, que vale la pena que la vivamos en plenitud.

Siempre hay aspectos “nuevos”. Hoy aparece en las tres lecturas el protagonismo del Espíritu, que es quien da vida a la comunidad. Estamos a dos semanas de Pentecostés, la conclusión de la Pascua, marcada con la donación del Espíritu a la Iglesia por parte del Resucitado.

También el recuerdo de la Virgen María, tan extendido durante el mes de mayo, puede ayudarnos a dar nuevo aliento a nuestra vivencia de la Pascua y a nuestra espera del Espíritu. Ella, al igual que es nuestra mejor Maestra para vivir el Adviento y la Navidad, lo es también para la Cuaresma, la Pasión, la Pascua y Pentecostés. Estuvo muy presente en todo el misterio de Cristo, y por eso nos enseña a nosotros cómo celebrarlo y vivirlo.

Como quiera que entre nosotros el domingo 7° de Pascua, el próximo, se ha convertido en fiesta de la Ascensión, en lugar del jueves anterior, como antes, los textos del domingo 7° se podrían adelantar a este domingo 6°: la segunda lectura de Ap 22 y el evangelio de Jn 17. Pero creemos que es mejor leer los que tocan a este mismo domingo 6°.

Hechos 8, 5-8.14-17. *Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo*

Uno de los diáconos que fueron ordenados, como leíamos el domingo pasado, para la comunidad de habla griega, el diácono Felipe, tiene un notable éxito con su predicación en un pueblo de Samaría: ha anunciado a Jesús y además ha acompañado su palabra con signos maravillosos. Aquel pueblo “se llenó de alegría”. Esto sucedía después del martirio del diácono Esteban y de la dispersión que los cristianos “helénicos” sufrieron en consecuencia. Pero lo que parecía ser el final, fue el comienzo de una expansión admirable de la fe.

La comunidad de Jerusalén envía allá a Pedro y a Juan, dos apóstoles, para que completen la obra del diácono: a los ya evangelizados y bautizados por este, los apóstoles les imponen las manos y les comunican el Espíritu Santo.

Este pasaje (junto con otro posterior que sucedió en Éfeso) se ha considerado siempre como referente a lo que ahora llamamos sacramento de la Confirmación: que “confirma” lo que ha hecho ya el Bautismo con la donación explícita del Espíritu.

No nos extraña que el *salmo* sea de tono misionero: “aclamad al Señor, tierra entera”, “que se postre ante ti la tierra entera”. Los habitantes de Samaría son los primeros no judíos en recibir la fe en Cristo Jesús.

1 Pedro 3, 15-18. *Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu*

Por última vez leemos este domingo la carta de Pedro. El próximo, la Ascensión, y el siguiente, Pentecostés, tienen lecturas propias del misterio celebrado.

Pedro invita a los cristianos a que sepan dar testimonio de su esperanza en la vida de cada día, y les da como consigna que sepan sobrellevar los inconvenientes de la vida con mansedumbre y respeto en medio de la sociedad,

aunque les toque “padecer haciendo el bien”. Una actitud que es la contraria de la agresividad o del orgullo. El ejemplo que les pone delante es el mismo Jesús, que, siendo inocente, murió por los culpables, “para conducirnos a Dios”. Eso sí, resucitó a la vida por el Espíritu: “como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida”.

Juan 14, 15-21. *Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor*

Seguimos leyendo pasajes del discurso-oración de Jesús en la Última Cena. En el de hoy, Jesús anuncia el envío del Espíritu, “el otro Defensor” o Abogado. El primero era él mismo, Cristo Jesús.

A sus discípulos les encomienda que cumplan su mismo estilo de vida: “si me amáis, guardaréis mis mandamientos”.

También revela la admirable y estrecha unión que existe entre él, el Padre y los creyentes: “yo estoy con mi Padre y vosotros conmigo y yo con vosotros”. Unión que se concreta sobre todo en el amor: “al que me ama, lo amará mi Padre y yo también lo amaré”.

– II –

Creer en el Resucitado es guardar sus mandamientos

En la última cena, Jesús prepara a sus discípulos a su vivencia pospascual de la fe. La marcha del Maestro podía causar tristeza y miedo en los discípulos. Pero Jesús les asegura que “no les dejará huérfanos o desamparados”. Les enviará su Espíritu y él mismo, Cristo Jesús, no les abandonará: “vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo”. En la Ascensión escucharemos su promesa: “yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Los cristianos que no han sido contemporáneos de Jesús tenemos la ocasión de cumplir una de sus últimas bienaventuranzas: “dichosos los que creen sin haber visto”.

Pero Jesús pide a los suyos, en la última cena, que le amen y que cumplan su doctrina, su estilo de vida: “si me amáis, guardaréis mis mandamientos”.

Celebrar la Pascua es algo más que alegrarnos por la resurrección de Jesús. El Resucitado nos invita a una comunión vital: nuestra fe y nuestro amor a él nos introducen en un admirable intercambio de unidad y de amor entre el Padre que le ha enviado, entre él mismo y sus seguidores: “yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros”.

Pedro, en su carta, dice a los cristianos que estén en todo momento prontos a dar testimonio de la esperanza, con mansedumbre y buena conciencia, dispuestos a sufrir lo que sea, a imitación de Cristo que, para conducirnos a Dios, sufrió la muerte, siendo inocente.

También ahora necesitamos paz y ánimos y alegría. Porque puede haber tormentas o “eclipses” de la presencia de Dios en nuestra vida personal o comunitaria. Sólo desde la convicción de la presencia siempre viva de Cristo Resucitado y de su Espíritu podemos encontrar la clave de la serenidad interior para seguir caminando y trabajando.

La Pascua la celebramos bien si se nota que vamos entrando en esa comunión de mentalidad, de estilo de actuación con Cristo, el Resucitado. Y eso, no sólo en la Eucaristía, que es el momento privilegiado de nuestra comunión con él, sino también en la vida.

La Pascua tiene que notarse en nuestra conducta. En la oración colecta de hoy le pedimos a Dios que “los misterios que estamos recordando transformen nuestra vida y se manifiesten en nuestras obras”. En la poscomunión, de nuevo, pedimos que, ya que “en la resurrección de Jesucristo nos ha hecho renacer a la vida eterna”, Dios nos ayude a que se note en nuestra vida que estamos llenos de esa Pascua: “haz que los sacramentos pascuales den en nosotros fruto abundante y que el sacramento de salvación que acabamos de recibir fortalezca nuestras vidas”.

Sin el Espíritu no puede vivir la comunidad

Pero hay otro protagonista que nos hace posible esta comunión con el Resucitado: el Espíritu Santo, que fue el mejor don que Jesús hizo a su primera comunidad y nos hace también a nosotros, y del que oiremos hablar mucho en las dos próximas semanas.

A dos semanas de Pentecostés, Jesús promete en el evangelio que el Padre

enviará su Espíritu sobre los creyentes. Este Espíritu, llamado Defensor o Abogado (la palabra griega “para-kletos”, significa, igual que la latina “ad-vocatus”, defensor, abogado), es, ante todo, según el pasaje de hoy, Defensor de la comunidad en sus peligros. También es “el Espíritu de la verdad”, y estará, además, bien cerca de los creyentes: “vive con vosotros y está con vosotros”.

Se ve cómo, según la voluntad de Cristo, el protagonista invisible del “tiempo de la Iglesia” va a ser el Espíritu, como se ve continuamente en el libro de los Hechos, por ejemplo en la lectura de hoy, con la imposición de manos de los apóstoles. El mismo Espíritu que devolvió a la vida a Jesús, como dice Pedro en su carta, es el que reciben los bautizados de Samaría y nosotros en la Confirmación.

También ahora es el Espíritu quien da vida a cada cristiano y a toda la comunidad en todos los aspectos: en su oración, en su celebración sacramental, en la evangelización y el ímpetu misionero, en la creación de un mundo más justo, en los signos vivos del amor y de la solidaridad entre todos. El Espíritu es, en verdad, como decimos en el Credo, “Señor y dador de vida”.

Mientras que el protagonista visible es la misma comunidad. Aquella primera comunidad que ha retratado el libro de los Hechos es una comunidad que se sentía claramente “misionera”, evangelizadora y “sacramental”.

A la vez esa comunidad está internamente animada por los ministros. Vamos encontrando en su primera historia, por ejemplo, a los diáconos que evangelizan y bautizan, y a los apóstoles que bajan a Samaría a completar la obra del diácono Felipe e imponen las manos a los bautizados “para que recibieran el Espíritu Santo”.

También ahora, si toda la comunidad participa del ministerio evangelizador y santificador de Cristo, el Gran Sacerdote, esta comunidad está animada visiblemente por sus ministros, sobre todo los ministros ordenados, que coordinan y presiden toda la labor evangelizadora y fraterna de la Iglesia. Con la participación cada vez más activa y responsable de numerosos laicos. Sobre todo, animados todos por el Espíritu, que es como su “alma” y motor interior. La Iglesia es algo más que una empresa o una sociedad. Su razón de ser radica sobre todo en la presencia de Cristo y en la acción vivificadora de su Espíritu.

La Eucaristía, retrato de una comunidad pascual

En este Tiempo Pascual seguramente estamos celebrando en nuestras comunidades los sacramentos de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación, las primeras Eucaristías. Y, ojalá, muchas ordenaciones para los ministerios sagrados.

Pero siempre, es en nuestra Eucaristía donde se cumplen de un modo sintomático las dimensiones de una auténtica comunidad pascual.

Es una comunidad unida a Cristo. Al igual que en el evangelio de hoy Jesús nos dice que hay sintonía entre él y nosotros, “yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros”, antes ya había prometido una “interpermanencia” entre él y los creyentes que participan en la Eucaristía: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... igual que yo vivo por el Padre, el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,56-57).

A la vez, si Jesús promete un Espíritu de la Verdad que “vive con vosotros y está con vosotros”, en la Eucaristía es cuando más explícitamente nos acordamos de que estamos vivificados por ese Espíritu de Jesús.

El Espíritu “de la verdad” es quien inspiró los libros sagrados de la Biblia que proclamamos, y quien hace que, al escuchar su contenido, brote en nosotros la fe y la fuerza para llevar a nuestra existencia esa Palabra de vida.

El Espíritu de la vida es a quien invoca la comunidad para que transforme el pan y el vino en la Persona del Resucitado, y para que transforme también a los que participarán comulgando de ese Cuerpo y Sangre de Cristo, en el verdadero Cuerpo eclesial de Cristo: “derrama sobre nosotros el Espíritu del Amor, el Espíritu de tu Hijo: fortalece a tu pueblo con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y renuévanos a todos a su imagen”, como dice una Plegaria Eucarística.

Celebrando bien la Eucaristía, como miembros activos de la comunidad eclesial, y movidos por el Espíritu de Jesús, es como mejor seguiremos madurando en la vida pascual de Cristo, para dar luego a nuestra sociedad un ejemplo creíble de alegría y de esperanza.

DOMINGO 7 DE PASCUA: LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

– I –

La Ascensión, complemento y desarrollo de la Pascua

No en otras regiones del mundo, pero sí entre nosotros, la Conferencia de los Obispos ha decidido que la solemnidad de la Ascensión se celebre en el domingo séptimo de Pascua, y no, como antes, en el jueves anterior. Ambas opciones son buenas. No era lo principal el respetar la cronología exacta que parece presentar Lucas (cuarenta días después de la resurrección) para celebrar este misterio de la Ascensión, que forma una unidad con el de la resurrección del Señor. También tiene muy buen sentido que lo celebremos este domingo dentro de la Pascua, y precisamente el anterior al envío del Espíritu.

La Ascensión es como el desarrollo del acontecimiento de la Pascua, su plenitud, que todavía “madurará” más con el envío del Espíritu. Pascua, Ascensión y Pentecostés no son unos hechos aislados, sucesivos, que conmemoramos con la oportuna fiesta anual. Son un único y dinámico movimiento de salvación que ha sucedido en Cristo, nuestra Cabeza, y que se nos va comunicando en la celebración pascual de cada año. Se pueden leer con provecho los números que el Catecismo dedica a la Ascensión del Señor: CCE 659-667.

Hechos 1, 1-11. *Lo vieron levantarse*

Hoy escuchamos dos veces el relato de la Ascensión. Primero, en boca de Lucas, que lo cuenta al inicio del libro de los Hechos. Y en el evangelio de Mateo, que es el evangelista de este ciclo A, en su último capítulo, con las consignas de despedida de Jesús (aunque no se refiera expresamente a la Ascensión). Podríamos decir que la Ascensión es “punto de llegada” de la misión de Jesús (el evangelio) y “punto de partida” de la misión de la Iglesia (el libro de los Hechos).

En los Hechos dice Lucas que Jesús estuvo cuarenta días hablando con sus discípulos del Reino de Dios y prometiéndoles su Espíritu. Entonces “le vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista”. Unos ángeles les aseguraron que el mismo Señor volvería al final de los tiempos.

El *salmo 46* no puede ser más adecuado para hoy. Invita a los pueblos a batir palmas porque “Dios asciende entre aclamaciones, el Señor, al son de trompetas”. El salmista lo decía de Yahvé, con ocasión de alguna victoria. Nosotros, después de la Pascua del Señor, lo cantamos con entusiasmo confesando nuestra fe en la victoria de Cristo Jesús.

Efesios 1, 17-23. *Lo sentó a su derecha en el cielo*

Pablo, en su carta a la comunidad de Éfeso (actual Turquía), les desea que sepan comprender en profundidad el misterio de Cristo y la “extraordinaria grandeza del poder” que desplegó Dios en Cristo, “resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo”. Ese Cristo es ahora Cabeza y plenitud de la Iglesia y del cosmos entero.

El pasaje está ciertamente bien elegido para la solemnidad que celebramos: es el himno cristológico, el cántico de alabanza a Dios con el que da comienzo la carta de Pablo a los Efesios.

Mateo 28, 16-20. *Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra*

Al final de su evangelio, Mateo nos cuenta el encuentro de los discípulos con el Resucitado en Galilea, a modo de despedida. En realidad Mateo sólo

“sugiere” la Ascensión, presentándonos las últimas palabras de Jesús a los suyos, llenas de gran contenido para la misión de la Iglesia.

Después de afirmar: “se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra”, les da la consigna múltiple que es la misión de la Iglesia hasta el final de los tiempos: evangelizar (hacer discípulos), bautizar en nombre de Dios Trino y enseñar a todos a “guardar todo lo que os he mandado”.

La afirmación final –de la escena y del evangelio– ofrece la clave para que toda esta tarea sea posible: “y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

– II –**El triunfo de Jesús**

La comunidad cristiana se alegra con el triunfo de su Señor y Cabeza. Jesús es glorificado. Ha cumplido su misión y ahora ha alcanzado la plenitud, también en cuanto Hombre, junto al Padre. El Catecismo describe así el misterio: la Ascensión significa que Jesús “participa en su humanidad en el poder y la autoridad del mismo Dios” (CCE 668) y que se ha convertido en Señor del cosmos y de la historia y de la Iglesia.

“Subir”, o la “Ascensión”, supone una concepción no histórico-geográfica de la localización del cielo con respecto a la tierra, sino un símbolo de la glorificación plena del Señor Resucitado. También lo decimos en el Credo: “subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios”. Celebramos el triunfo de Cristo Jesús, a la derecha del Padre, en el puesto de honor, constituido Juez y Señor y Mediador universal.

Ahora podemos entender mejor, desde la Pascua cumplida, el misterio de Jesús. Podemos admirar, como quiere Pablo, “la fuerza poderosa que ha desplegado el Padre resucitando a Jesús” y constituyéndolo superior a todo.

Podemos hacer nuestras las expresiones de entusiasmo del prefacio, en el que damos gracias a Dios “porque Jesús el Señor, el rey de la gloria, ven-

cedor del pecado y de la muerte, ha ascendido hoy ante el asombro de los ángeles a lo más alto del cielo, como mediador entre Dios y los hombres, como juez de vivos y muertos”.

Nunca conoceremos del todo la profundidad del misterio de Cristo. Pero tenemos en esta Pascua, ahora completada por la Ascensión, y el domingo que viene por la venida del Espíritu, motivos abundantes de alegría y fiesta, y también para dar sentido y motivación a nuestra vida de seguimiento de ese Cristo Jesús que ha triunfado y que nos comunicará a su debido tiempo su mismo destino a nosotros: “ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino” (prefacio I).

Comienza la misión de la Iglesia

El triunfo de Jesús, que es también nuestro triunfo, es a la vez el inicio de la misión por parte de su comunidad a través de los siglos. La comunidad no se queda “mirando al cielo”, sino que baja a la ciudad, por encargo de los ángeles. Quedarse mirando al cielo es más cómodo. Como lo era para Pedro y sus compañeros levantar tres tiendas y quedarse en la luz del monte Tabor. Pero la tarea está en “el valle”, en la vida de cada día.

La Ascensión es para Jesús el punto de llegada triunfal. Para su comunidad, el punto de partida, el comienzo de su camino misionero desde Galilea y Jerusalén hasta los confines del mundo. Como Jesús fue el auténtico testigo de Dios en su vida terrena, ahora lo debe ser su comunidad, hasta el final de los siglos.

Esta misión parece un paralelo de la que recibió Abrahán, partiendo de su ciudad a un destino para él entonces desconocido. La promesa que al patriarca se le hizo, de que todas las naciones serían bendecidas en él, sólo se ve que se cumpla ahora, con la comunidad del Resucitado enviada a todo el mundo.

El encargo no es nada fácil, como se sigue demostrando en la historia pasada y en la presente. Los cristianos somos testigos de Cristo en el mundo y se nos encomienda la tarea de a) la evangelización, predicando la Buena Noticia, convenciendo a las personas de cada generación de que se agreguen al grupo

de seguidores de Jesús; b) la celebración de los sacramentos, comenzando desde el Bautismo; y c) la construcción de un mundo mejor, enseñando a los demás, sobre todo con nuestro propio ejemplo, a guardar el mismo estilo de vida que nos enseñó Jesús.

En rigor, el libro de los Hechos no tiene último capítulo: lo tendrá al final de los tiempos, cuando concluya la misión de la comunidad del Señor.

Con una doble presencia y garantía

Eso sí, hay una doble garantía para que una comunidad débil como la nuestra pueda realizar esa misión.

Ante todo, la presencia y la ayuda del mismo Señor Resucitado, que prometió que estaría con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (antífona de comunión, tomada precisamente del evangelio de Mateo), porque, como dice el prefacio I de la Ascensión, “no se ha ido para desentenderse de este mundo”. La Ascensión no es anuncio de una “ausencia”, sino de una “presencia misteriosa e invisible”, más real incluso que la física o geográfica que tenía Jesús antes de su Pascua. Estará presente a su comunidad todos los días, hasta el fin del mundo. Si el evangelio daba comienzo con el anuncio del “Dios-con-nosotros”, el Emmanuel y Mesías, ahora termina con el “yo-estoy-con-vosotros” del Resucitado, que se extiende “todos los días, hasta el fin del mundo”.

Además, hay otro protagonista, también invisible, que acompaña esta tarea de la Iglesia, el Espíritu, a quien Jesús ha prometido como “fuerza de lo alto” y cuya venida sobre la Iglesia celebraremos de un modo especial el domingo que viene. Las últimas palabras de Jesús, según los Hechos, antes de ser elevado al cielo, fueron: “cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo”.

Un prefacio de la Ascensión afirma que Jesús “ahora intercede por nosotros, como mediador que asegura la perenne efusión del Espíritu” (prefacio III).

Con alegría y esperanza

Lo importante es que cada uno de nosotros, miembros de la comunidad de Jesús y del Espíritu, realicemos esa misión, en medio de circunstancias favorables o desfavorables, en el ambiente familiar y en el profesional, con alegría y esperanza.

Con alegría, “porque la ascensión de Jesucristo es ya nuestra victoria” (oración), y porque el misterio del Cristo Resucitado ha dignificado nuestra naturaleza humana, dándole sus mejores valores: “fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad” (prefacio II), y en Cristo “nuestra naturaleza humana ha sido tan extraordinariamente enaltecida que participa de tu misma gloria” (poscomunión). El triunfo de Jesús es nuestro mejor motivo de alegría.

Con esperanza, porque la fiesta de la Ascensión nos invita también a mirar hacia delante “y donde nos ha precedido él, que es nuestra Cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo” (oración). No nos ha abandonado, “sino que ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino” (prefacio). En la oración sobre las ofrendas pedimos a Dios “que la participación en este misterio eleve nuestro espíritu a los bienes del cielo”. Pablo quiere, en su carta, que los cristianos de Éfeso, junto al misterio de Cristo, entiendan también “cuál es la esperanza a la que os llama”.

Hoy es la fiesta de la esperanza. Es verdad que el compromiso de ser testigos de Cristo en el mundo es exigente y muchas veces comporta dificultades. Es más cómodo seguir las propuestas de este mundo. Pero debe prevalecer la fidelidad a Cristo y, si surgen dificultades, la esperanza. Todos estamos incluidos en el triunfo de Cristo, aunque todavía nos queda camino por recorrer. La Virgen Madre sí, ya terminó su camino, y es la “asunta”, ascendida tras su muerte e incorporada al triunfo final de su Hijo. También en esto es ella la “primera cristiana”.

Pablo quiere que también nosotros, como los cristianos de Éfeso, comprendamos “cuál es la esperanza a la que nos llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos”.

En un mundo en que no abunda la esperanza, se nos pide que seamos personas ilusionadas. En medio de un mundo egoísta, que mostremos un amor desinteresado. En un mundo centrado en lo inmediato y lo material, que seamos testigos de los valores que no acaban. Y esto lo debemos realizar, no sólo los sacerdotes y los religiosos y los misioneros, sino todos: los padres para con los hijos y los hijos para con los padres, los mayores y los jóvenes, los políticos y escritores cristianos, los maestros y los educadores.

En medio, la Eucaristía

Esta comunidad que camina en tensión escatológica, entre la Ascensión y la vuelta definitiva de Jesús, concentra su vivencia de fe en la Eucaristía: “cada vez que coméis... proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Co 11,26). En cada Eucaristía recordamos la Pascua primera de Cristo, la que sucedió en Jerusalén hace dos mil años; anticipamos ya la Pascua final, definitiva, al final de la historia; y, mientras tanto, nos alimentamos con su Cuerpo y Sangre, que es el memorial de las dos Pascuas, la pasada y la futura.

En la Eucaristía es donde más concretamente “experimentamos”, desde la fe, la presencia viva del Resucitado: en la comunidad, en el presidente que es su imagen personal, en la proclamación de la Palabra, y sobre todo en la mesa eucarística, en la que participamos del Cuerpo y Sangre de ese Cristo que ha vencido a la muerte y nos comunica cada vez su vida de Resucitado como garantía y prenda de nuestra futura resurrección y vida plena. “El que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá vida eterna: yo le resucitaré el último día”.

Con la consecuencia de que también fuera de la celebración, en la vida de cada día, sabremos descubrir la presencia del Señor, por ejemplo en la persona del prójimo, sobre todo de los que sufren o tienen hambre o están enfermos, para que podamos oír la alentadora palabra final del Juez: “a mí me lo hicisteis”.

El “podéis ir en paz” conclusivo de cada celebración es el envío a la vida, “para que cada uno regrese a sus honestos quehaceres alabando y bendiciendo a Dios” (IGMR 90).

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

– I –

A los cincuenta días, el Espíritu

“Pentecostés”, en griego, significa “día quincuagésimo”. El 50 es un número que ya los judíos tenían asimilado desde hace siglos como símbolo de plenitud: una semana de semanas, siete por siete más uno. Es cuando celebran, después de la Pascua-Éxodo, la fiesta de la recolección agrícola y la alianza que sellaron con Yahvé en el monte Sinaí, guiados por Moisés, a los cincuenta días de su salida de Egipto.

Los cristianos celebramos hoy, después de la Pascua-Resurrección de Jesús, su donación del Espíritu a la comunidad apostólica precisamente a los cincuenta días. No como fiesta independiente, sino como culminación de la Pascua: la “Pascua granada”, que completa la “Pascua florida”.

Esta fiesta tiene textos propios para la Eucaristía que se celebra la tarde anterior. Eucaristía vespertina que se puede también prolongar a modo de Vigilia, similar a la de la Noche Pascual, con la comunidad reunida en oración como lo estuvo la primera con la Virgen y los Apóstoles. Además, esta fiesta posee también una hermosa Secuencia, “Veni, Sancte Spiritus”, atribuida al arzobispo inglés Langton en el siglo XIII.

Si uno quiere meditar sobre el misterio de Pentecostés, puede leer los números que el Catecismo dedica al artículo del Credo “Creo en el Espíritu Santo”: CCE 687-747.

Una Vigilia rica en textos bíblicos

Las lecturas bíblicas de la Vigilia nos presentan una visión muy rica de la misión del Espíritu.

La primera se puede elegir de entre las cuatro del AT que ofrece el Leccionario, que preparan y completan, a veces por contraste, lo que nos van a decir las lecturas del NT y el evangelio:

* Gn 11,1-9 nos cuenta lo que sucedió en Babel, con la dispersión de las lenguas: mientras que el Espíritu, en Pentecostés, a partir de las muchas lenguas, obra la unidad;

* Ex 19,3-8a.16-20b: Dios se manifiesta a Moisés en el monte en medio de truenos, sonido de trompetas y fuego: lenguaje que Lucas emplea para describir la irrupción del Espíritu en la primera comunidad;

* Ez 37,1-4: la visión de Ezequiel sobre los huesos secos que reciben el Espíritu de Dios y reviven: al Espíritu le llamamos en el Credo “Señor y dador de vida”;

* Jl 3,1-6: Joel anuncia que el Espíritu será derramado y profetizarán mayores y jóvenes: esta es la explicación que da Pedro, en la mañana de Pentecostés, ante la evidencia de los carismas del Espíritu.

El *salmo* nos hace repetir la antífona: “Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”.

Ya en las lecturas del NT de esta misa vespertina, Pablo (Rm 8,22-27) habla de “los dolores de parto” de la humanidad y el papel del Espíritu, quien intercede por nosotros con gemidos inefables. En el evangelio (Jn 7,37-39) Jesús promete a los suyos que les enviará su Espíritu con la expresiva comparación de los “torrentes de agua viva” que brotarán dentro del creyente.

Es interesante la perspectiva. Pero nosotros aquí nos vamos a limitar a la reflexión y comentario de la misa del día.

Misa del día

Hechos 2, 1-11. *Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar*

La página de hoy es continuación de la que leíamos el domingo pasado, en la fiesta de la Ascensión, y nos narra el gran acontecimiento que supuso para la primera comunidad la venida del Espíritu.

El episodio de Pentecostés lo describe Lucas con el lenguaje de la teofanía del Sinaí: estando todos reunidos, bajó sobre ellos el Espíritu, con viento recio y ruido y lenguas de fuego. Aquí se confirmó y manifestó la nueva y definitiva Alianza que Jesús había sellado con su Sangre en la cruz.

El primer efecto del don del Espíritu es que empezaron a hablar en lenguas y, además, cada uno de los oyentes, que en aquellos días eran muy numerosos en Jerusalén, y de pueblos distintos, les oía hablar en su propia lengua.

El *salmo* es de alabanza y entusiasmo: “bendice, alma mía, al Señor... Dios mío, qué grande eres... gloria a Dios para siempre”. Como antífona se nos hace repetir una frase con clara visión del NT: “envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”. Este es el mismo salmo que cantamos en la Vigilia Pascual después de la lectura de la creación en el Génesis: el Espíritu, que ya aleteaba sobre las aguas primordiales, “renueva ahora la faz de la tierra” con la Pascua de Cristo.

1 Corintios 12, 3b-7.12-13. *Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo*

La segunda lectura de hoy es de la 1ª carta a los Corintios, en el capítulo en que describe los dones y carismas tan variados que hay en una comunidad griega como la Corinto, famosa por su sabiduría y riqueza creativa. Pablo atribuye todos estos dones al único Espíritu, que es el que tiene que mantener unida a la comunidad.

El razonamiento es sencillo: todos formamos un solo cuerpo en Cristo, hemos sido bautizados en el mismo Espíritu y, por tanto, la diversidad de dones no tiene que romper la unidad, sino edificar la única comunidad.

Juan 20, 19-23. *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.*

Antes del evangelio recitamos o cantamos la Secuencia de este día, “Veni, Sancte Spiritus”, una antigua composición poética que es una oración muy sentida dirigida al Espíritu Santo: “ven, Espíritu divino... don en tus dones espléndido... dulce huésped del alma... riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo... danos tu gozo eterno”.

El evangelio más adecuado para hoy es ciertamente el de la aparición de Jesús a sus discípulos la tarde del primer “domingo” cristiano, el mismo día de la resurrección del Señor. Para Juan, la donación del Espíritu no parece haber tenido lugar a los cincuenta días de la resurrección del Señor, sino el mismo día de la Pascua, poniendo de relieve, por tanto, la unidad de todo el misterio: la glorificación del Señor y el envío de su Espíritu.

Después del saludo, “paz a vosotros”, que llena de alegría al grupo de discípulos, Jesús les envía como él había sido enviado por el Padre y, para que puedan cumplir esta misión, les da su mejor ayuda, exhalando sobre ellos su Espíritu, como hizo Dios al crear al primer hombre en el Génesis, diciendo: “recibid el Espíritu Santo”. En concreto, esta misión va a ser ante todo la reconciliación: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados”.

– II –

El don pascual del Resucitado: su Espíritu

El centro de nuestra celebración es, naturalmente, el acontecimiento de Pentecostés. La primera comunidad recibe de su Señor, como se lo había prometido, el mejor Don, su Espíritu Santo, plenitud y complemento de la Pascua. Jesús sopló sobre sus discípulos, diciendo: “recibid el Espíritu Santo”.

El mismo que resucitó a Jesús es el que ahora despierta y llena de vida a la comunidad y la hace capaz de una insospechada valentía para la misión que

tiene encomendada. El libro de los Hechos nos ha contado el cambio radical que se dio en la primera comunidad cuando bajó sobre ella el Espíritu. De una comunidad muda la convirtió en evangelizadora. De una comunidad cobarde, en valiente. De una comunidad cerrada, a una comunidad con las ventanas abiertas. El Espíritu actúa así, llena por dentro y lanza hacia fuera: “se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar”.

Es entusiasta el lenguaje del prefacio de hoy agradeciendo a Dios Padre esta donación de su Espíritu: a) El Espíritu es la plenitud de la Pascua: “para llevar a plenitud el misterio pascual, enviaste hoy el Espíritu Santo sobre los que habías adoptado como hijos tuyos por su participación en Cristo”; b) el Espíritu anima y da vida a la comunidad: “Aquel mismo Espíritu que, desde el comienzo, fue el alma de la Iglesia naciente”, o como dice la oración colecta: “por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia extendida por todas las naciones”; c) también es quien actúa, con una proyección misionera y universal, el proyecto de salvación: “el Espíritu que infundió el conocimiento de Dios a todos los pueblos, que congregó en la confesión de una misma fe a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas”.

Nuestra generación ha tenido la suerte de “redescubrir” al Espíritu y su actuación. Se ha notado, sobre todo, a partir del Catecismo de 1992, en el que él aparece como protagonista de toda la vida de la Iglesia, y en particular de su celebración sacramental.

El Espíritu sigue actuando hoy

En la oración colecta le pedimos a Dios: “no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica”.

En efecto, lo que ha hecho el Espíritu en la historia (“in illo tempore”) lo sigue haciendo hoy (“hodie”) en el mundo, en la Iglesia y en cada uno de nosotros:

* él sigue siendo el alma de la Iglesia, llenándola de sus dones y carismas, más todavía que en la comunidad de Corinto: el Concilio, el Jubileo y tantos otros acontecimientos eclesiales, universales o diocesanos, son en verdad señales de la activa presencia del Espíritu en la animación de su comunidad;

* es él quien suscita y hace florecer tantas comunidades cristianas llenas de fuerza, y anima tantos movimientos y renueva a su Iglesia en tantos aspectos;

* el Espíritu de la verdad sigue influyendo en estos últimos años para que se renueve en profundidad la teología, la comprensión del misterio de Cristo;

* él sigue inspirando nuestra oración y guiando a la Iglesia a renovar la celebración litúrgica, la oración personal y un conocimiento más espiritual y profundo de la Palabra de Dios; como dice Pablo, “nadie puede decir Jesús es Señor si no es bajo la acción del Espíritu”;

* él, el Espíritu del amor, suscita y sostiene tantos ejemplos de amor, entrega y compromiso de los cristianos en el mundo, a veces hasta el martirio, en defensa de la justicia o de la vida o de la verdad;

* él, que en Pentecostés unió a los que “hablaban en lenguas diferentes”, es el que promueve también hoy iniciativas de unidad interna y ecuménica, en línea con la diversidad de dones y ministerios de que nos habla la carta a los Corintios.

También hoy, a principios del siglo XXI, tenemos motivos claros para renovar nuestra profesión de fe: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida”. Le seguimos necesitando.

Dejarnos transformar por el Espíritu del Resucitado

Debemos alegrarnos de este Don de Dios, plenitud de la Pascua. En nuestra oración, solemos pedir a Dios paz, justicia, salud, libertad, perdón de nuestras faltas, buenas cosechas del campo, éxito en nuestras empresas. Y Dios nos da... su Espíritu, que es lo mejor, el que nos regala la verdadera paz y libertad y éxito.

Pero, a la vez, nos tenemos que dejar transformar por él y vivir según él. Le hemos pedido a Dios insistentemente en el salmo responsorial que envíe su Espíritu y repueble la faz de la tierra. Pentecostés es una gracia renovada, cada año, por la que Dios quiere seguir renovando y purificando. El Espíritu es viento y aire, a veces suave como una brisa, y otras, impetuoso

y purificador. El Espíritu es fuego, y el fuego calienta, ilumina, purifica y transforma en fuego todo lo que toca.

La comunidad es enviada por el Resucitado a una misión: para que sea luz y levadura, y anuncie la Buena Noticia. Y a la vez le da la fuerza del Espíritu para que pueda cumplir esa misión. Aquel puñado de primeros discípulos –el día de Pentecostés eran ciento veinte– no parecían precisamente los más indicados para revolucionar el mundo. Pero lo consiguieron.

El mismo Espíritu que actuó en el seno de María de Nazaret y la hizo madre del Hijo de Dios, el mismo Espíritu que actuó en el sepulcro de Jesús y lo resucitó a una nueva existencia, el mismo Espíritu que bajó sobre la comunidad el día de Pentecostés y la llenó de vida, es el que ahora quiere actuar en nosotros y nos quiere transformar.

Sería bueno que leyéramos despacio la secuencia de hoy, en la que pedimos directamente al Espíritu que nos llene de su gracia, que encienda en nosotros el fuego del amor, que envíe sobre nosotros su luz, que riegue nuestras sequías...

Una comunidad orgánicamente unida y que habla lenguas

Sobre todo, siguiendo la línea de pensamiento de Pablo, tendríamos que aprender y dejarnos transformar por el Espíritu para llegar a ser una comunidad unida, dentro de la pluralidad de sus ministerios, carismas y movimientos. Todos los dones que puede haber en la Iglesia en general, y en cada comunidad en particular, son dones de Dios, del Espíritu, y son “para el bien común”. Esta unidad, dentro de la diversidad, se debe a que “todos hemos bebido del mismo Espíritu”.

Ya sería un buen fruto de nuestras siete semanas de Pascua si de ellas saliéramos con la convicción de que todos somos hijos en la familia de Dios, y que nos sintiéramos más dispuestos a colaborar orgánicamente en la tarea eclesial común, con un espíritu más universal y acogedor, superando la diferencia de edad o de cultura, de situación social o eclesial. A Pablo le gustaba la comparación de una comunidad con el cuerpo humano, en el que los diversos miembros cumplen una misión diferente, pero para bien de todo el organismo.

Si en Babel, en la historia del AT, sucedió la gran confusión por la diversidad de lenguas, Pentecostés se nos presenta en el NT como el anti-Babel, porque los apóstoles hablan en lenguas, y los oyentes les entienden cada uno en su propia lengua.

Podríamos sentir envidia de aquellos primeros discípulos que recibieron del Espíritu el don de lenguas: hablaban, y todos sus oyentes, cada uno de procedencia distinta, les entendían. Y así se experimentó que la salvación de Jesús es universal, para todas las razas y naciones.

En Pentecostés debemos dejarnos llenar del Espíritu, de su novedad, de su creatividad, de su fuego, de su aire renovador, de sus sorpresas, de sus ideas nuevas, de sus ventanas abiertas. Sin quedarnos anquilosados, instalados en costumbres viejas, encerrados en unos esquemas. El Espíritu es siempre sorprendente. No hay ordenador que lo pueda contener.

Una Eucaristía siempre “pentecostal”

El Espíritu es quien actúa cada vez en los Sacramentos, como ha hecho ver de modo más claro el Catecismo de la Iglesia Católica (cf. CCE 1091ss). En las lecturas de hoy se nombra explícitamente al Espíritu en relación con el Bautismo (carta a los Corintios) y a la Penitencia (evangelio: “recibid al Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados”).

De modo particular en la Eucaristía invocamos su venida dos veces: sobre los dones del pan y del vino, para que él los transforme en el Cuerpo y Sangre del Resucitado; y luego sobre la comunidad que va a participar de estos dones, para que también ella quede transformada en el Cuerpo único y sin división de Cristo Jesús. Esta segunda invocación es claramente “pentecostal”: lo que sucedió a aquella primera comunidad cuando bajó sobre ella la fuerza del Espíritu es lo que tendría que suceder a cada una de las nuestras cuando participa de la Eucaristía.

En la Eucaristía pedimos como fruto específico de la comunión, que el Espíritu haga de nosotros “un solo cuerpo y un solo espíritu”, sin divisiones. El primer día de Pentecostés unió a aquellos discípulos de Jesús. El de este año

tendría que ayudarnos a todos a superar diversidad de lenguas y formación, colaborando, con una unidad interna, a la evangelización más animada de este mundo. En aquella ocasión dice Lucas que “todos quedaron llenos de Espíritu y empezaron a hablar”. Nosotros, ciertamente, no debemos “apagar el Espíritu”, sino dejarnos llenar de vida por él.

EL TIEMPO ORDINARIO

Como introducción breve sobre lo que significa el Tiempo Ordinario en el conjunto del Año Cristiano, véase:

J. Aldazábal, *Enséñame tus caminos. 4. Semanas 1-9* (=Dossiers CPL 72), barcelona 2002, 3ª ed., 264 págs., págs. 7-10.

Además pueden ser útiles:

C. Urtasun, *Las oraciones del Misal. Escuela de espiritualidad de la Iglesia* (=Biblioteca Litúrgica 5) CPL, Barcelona 1995, 780 págs.

J. D. Gaitán, *La celebración del tiempo ordinario* (=Biblioteca Litúrgica 2) CPL, Barcelona 1994, 102 págs.; en pp. 41-52 comenta el leccionario dominical.

La mayor parte del año

Los domingos del Tiempo ordinario, que son la mayoría del año (33 o 34 semanas), se celebran en una primera serie antes de la Cuaresma y, en otra más larga, después del Tiempo Pascual. La primera serie la celebramos entre la Navidad y la Cuaresma, en un número variable de domingos, que depende de si la Pascua coincide en los primeros o en los últimos días del margen astronómico que tiene (desde el 22 de marzo hasta el 25 de abril).

De estos domingos del Tiempo Ordinario, algunos han sido “ocupados” por fiestas del Señor, como el Bautismo del Señor, o la Trinidad o el Corpus, o el último, el que hace número 34, que es siempre la solemnidad de Cristo Rey del Universo.

Para las celebraciones que ocurren en el Tiempo Ordinario y que, o por ser “fiestas” del Señor o “solemnidades”, sustituyen a la celebración de un domingo (Presentación del Señor, Juan Bautista, Pedro y Pablo, Santiago Apóstol, Fieles Difuntos...), cf. J. Aldazábal, *Enséñame tus caminos. 7. Los Santos con lecturas propias* (=Dossiers CPL 80), Barcelona 1999, 2ª ed., 184 págs.

Aquí, después de toda la serie de domingos, ofrecemos el comentario de las cuatro solemnidades que no están en el Dossier 80 recién citado: la Trinidad, el Corpus, la Asunción y Todos los Santos.

El Leccionario dominical del Tiempo Ordinario

Las lecturas bíblicas de estos domingos del Tiempo Ordinario nos presentan, cada año según el propio evangelista, lo que llamamos la “vida pública” de Jesús. Su infancia la escuchamos en el Adviento y la Navidad. Su pasión, muerte y resurrección, en el tiempo de Cuaresma y Pascua.

Los *evangelios* son una lectura semi-continua, este año de Mateo, a partir del domingo 3º, porque el 1º es la fiesta del Bautismo de Jesús y en el domingo 2º todavía se escucha un pasaje de Juan, como eco a la manifestación navideña.

Tienen siempre relación con estos evangelios las lecturas del *Antiguo Testamento*, que cumplen el papel de preparación del pasaje evangélico del día. Así se pone de manifiesto que el AT ya contiene y anuncia lo que en Cristo Jesús es la plenitud de la revelación. No hacemos, pues, una lectura continua de los varios libros del AT, como sucede en el Leccionario ferial, sino una lectura “temática”, en correspondencia con el evangelio del día. Los “títulos” de ambas lecturas ponen de manifiesto la relación que guardan entre ellas.

Las *segundas lecturas* van por su cuenta, con una lectura semi-continua de algunos libros del NT, sobre todo cartas de Pablo. Como la primera carta a los Corintios es muy larga, se ha repartido entre los tres ciclos. Lo mismo sucede con la carta a los Hebreos, que se lee a medias entre el ciclo B y el C.

En este ciclo A leemos de una manera cuasi-continua la 1ª a los Corintios (siete domingos), la carta a los Romanos (dieciséis domingos), Filipenses (cuatro domingos) y 1ª a los Tesalonicenses (cinco domingos).

DOMINGOS DEL TIEMPO ORDINARIO: CICLO A

Domingo 2

Is 49, 3.5-6
1Co 1,1-3

Jn 1, 29-34

Te hago luz de las naciones, para que seas mi salvación
La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre,
y de nuestro Señor Jesús sean con vosotros
Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

Domingo 3

Is 8, 23b- 9,3
1Co 1, 10-13.17
Mt 4, 12-23

En la Galilea de los gentiles el pueblo vio una luz grande
Poneos de acuerdo y no andéis divididos
Vino a Cafarnaún. Allí se cumplió lo que había dicho Isaías

Domingo 4

So 2,3; 3, 12-13
1Co 1, 26-31
Mt 5, 1-12a

Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde
Dios ha escogido lo débil del mundo
Dichosos los pobres en el espíritu

Domingo 5

Is 58, 7-10
1Co 2,1-5
Mt 5,13-16

Romperá tu luz como la aurora
Os anuncié el misterio de Cristo crucificado
Vosotros sois la luz del mundo

Domingo 6

Si 15, 16-21
1Co 2, 6-10

Mt 5, 17-37

No mandó pecar al hombre
Dios predestinó la sabiduría antes de los siglos
para nuestra gloria
Se dijo a los antiguos, pero yo os digo

<i>Domingo 7</i>	
Lv 19, 1-2.17-18	Amarás a tu prójimo como a ti mismo
1Co 3, 16-23	Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios
Mt 5, 38-48	Amad a vuestros enemigos
<i>Domingo 8</i>	
Is 49, 14-15	Yo no te olvidaré
1Co 4, 1-5	El Señor pondrá al descubierto los designios del corazón
Mt 6, 24-34	No os agobiéis por el mañana
<i>Domingo 9</i>	
Dt 11, 18.26-28.32	Mirad: os pongo delante bendición y maldición
Rm 3, 21-25a.28	El hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley
Mt 7, 21-27	La casa edificada sobre roca y la casa edificada sobre arena
<i>Domingo 10</i>	
Os 6, 3-6	Quiero misericordia y no sacrificios
Rm 4, 18-25	Se hizo fuerte en la fe, dando con ello gloria a Dios
Mt 9, 9-13	No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores
<i>Domingo 11</i>	
Ex 19, 2-6a	Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa
Rm 5, 6-11	Si fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón seremos salvos por su vida!
Mt 9, 36 -10,8	Llamando a sus doce discípulos, los envió
<i>Domingo 12</i>	
Jr 20, 10-13	Libró la vida del pobre de manos de los impíos
Rm 5, 12-15	No hay proporción entre el delito y el don
Mt 10, 26-33	No tengáis miedo a los que matan el cuerpo
<i>Domingo 13</i>	
2R 4, 8-11.14-16a	Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí
Rm 6, 3-4.8-11	Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva
Mt 10, 37-42	El que no toma su cruz no es digno de mí. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí

<i>Domingo 14</i>	
Za 9, 9-10	Mira a tu rey que viene a ti modesto
Rm 8, 9.11-13	Si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis
Mt 11, 25-30	Soy manso y humilde de corazón
<i>Domingo 15</i>	
Is 55, 10-11	La lluvia hace germinar la tierra
Rm 8, 18-23	La creación, expectante, está aguardando a plena manifestación de los hijos de Dios
Mt 13, 1-23	Salió el sembrador a sembrar .
<i>Domingo 16</i>	
Sb 12, 13.16-19	En el pecado, das lugar al arrepentimiento
Rm 8, 26-27	El Espíritu intercede con gemidos inefables
Mt 13, 24-43	Dejadlos crecer juntos hasta la siega
<i>Domingo 17</i>	
1R 3, 5. 7-12	Pediste discernimiento
Rm 8, 28-30	Nos predestinó a ser imagen de su Hijo
Mt 13, 44-52	Vende todo lo que tiene y compra el campo
<i>Domingo 18</i>	
Is 55, 1-3	Venid y comed
Rm 8, 35.37-39	Ninguna criatura podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo
Mt 14, 13-21	Comieron todos hasta quedar satisfechos
<i>Domingo 19</i>	
1R 19, 9a.11-13a	Ponte en pie en el monte ante el Señor
Rm 9, 1-5	Quisiera ser un proscrito, por el bien de mis hermanos
Mt 14,22-33	Mándame ir hacia ti andando sobre el agua
<i>Domingo 20</i>	
Is 56, 1.6-7	A los extranjeros los traeré a mi monte santo
Rm 11, 13-15.29-32	Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel
Mt 15, 21-28	Mujer, qué grande es tu fe

<i>Domingo 21</i> Is 22, 19-23 Rm 11, 33-36 Mt 16, 13-20	Colgaré de su hombro la llave del palacio de David Él es origen, guía y meta del universo Tú eres Pedro y te daré las llaves del Reino de los cielos
<i>Domingo 22</i> Jr 20, 7-9 Rm 12, 1-2 Mt 16, 21-27	La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí Ofreceos vosotros mismos como sacrificio vivo El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo
<i>Domingo 23</i> Ez 33,7-9 Rm 13,8-10 Mt 18, 15-20	Si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre Amar es cumplir la ley entera Si te hace caso, has salvado a tu hermano
<i>Domingo 24</i> Si 27,33 – 28,9 Rm 14, 7-9 Mt 18, 21-35	Perdona la ofensa de tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas En la vida y en la muerte somos del Señor No te digo que le perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete
<i>Domingo 25</i> Is 55, 6-9 Flp 1, 20c-24.27a Mt 20, 1-16	Mis planes no son vuestros planes Para mí la vida es Cristo ¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?
<i>Domingo 26</i> Ez 18, 25-28 Flp 2, 1-11 Mt 21,28-32	Cuando el malvado se convierte de su maldad, salva su vida Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús Recapacitó y fue
<i>Domingo 27</i> Is 5, 1-7 Flp 4,6-9 Mt 21, 33-43	La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel Poned esto por obra, y el Dios de la paz estará con vosotros Arrendará la viña a otros labradores
<i>Domingo 28</i> Is 25, 6-10a	El Señor preparará un festín y enjugará las lágrimas de todos los rostros

Flp 4, 12-14.19-20 Mt 22, 1-14	Todo lo puedo en aquel que me conforta A todos los que encontréis convidadlos a la boda
<i>Domingo 29</i> Is 45, 1.4-6 1Ts 1, 1-5 Mt 22, 15-21	Llevó de la mano a Ciro para doblegar ante él las naciones Recordamos vuestra fe, vuestro amor y vuestra esperanza Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios
<i>Domingo 30</i> Ex 22, 20-26 1Ts 1, 5c-10 Mt 22, 34-40	Si explotáis a viudas y huérfanos se encenderá mi ira contra vosotros Abandonasteis los ídolos para servir a Dios y vivir aguardando la vuelta de su Hijo Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo
<i>Domingo 31</i> Mt 1, 14b –2, 2b.8-10 1Ts 2, 7b-9.13 Mt 23, 1-12	Os apartasteis del camino y habéis hecho tropezar a muchos en la ley Deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas No hacen lo que dicen
<i>Domingo 32</i> Sb 6, 12-16 1Ts 4, 13-17 Mt 25, 1-13	Encuentran la sabiduría los que la buscan A los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él ¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!
<i>Domingo 33</i> Pr 31, 10-13.19-20.30-31 1Ts 5, 1-6 Mt 25, 14-30	Trabaja con la destreza de sus manos Que el día del Señor no os sorprenda como un ladrón Has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor
<i>Domingo 34: Jesucristo, Rey del Universo</i> Ez 34, 11-12.15-17 1Co 15, 20-26.28 Mt 25, 31-46	A vosotras, mis ovejas, os voy a juzgar entre oveja y oveja Devolverá a Dios Padre el Reino, y así Dios lo será todo en todos Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros

Isaías 49, 3.5-6. *Te hago luz de las naciones, para que seas mi salvación*

Leemos hoy el segundo de los cuatro “cánticos del Siervo” de Isaías, o mejor, del “segundo Isaías”. No lo leemos entero: sólo los versículos que se refieren a la misión universal del Siervo. El primero de estos poemas lo leímos el domingo pasado, la fiesta del Bautismo de Jesús.

El futuro Siervo es llamado por Dios, ya desde el seno materno, para reunir al pueblo de Israel, desde su dispersión, y a la vez para ser luz de las naciones: “para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”.

El *salmó* refleja la actitud de obediencia del Siervo a la voluntad de Dios que, según van diciendo el cántico tercero y cuarto, que leemos en la Semana Santa, se ofrece a sí mismo por la salvación de todos. La antifona que repetimos es la actitud que la carta a los Hebreos atribuye a Jesús en el momento mismo de su encarnación: “tú no quisiste sacrificios ni ofrendas... Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”.

1 Corintios 1,1-3. *La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de nuestro Señor Jesús sean con vosotros*

Durante siete domingos, la segunda lectura la haremos de la 1ª carta de Pablo a los Corintios (en los ciclos B y C se completa su proclamación).

Corinto era y es una ciudad griega de gran vitalidad, puerto de mar, con gran comercio e importantes actividades ciudadanas. Era pagana y con muy mala fama en cuanto a su moral y costumbres. En esa ciudad estuvo Pablo más de un año, entre el 51 y el 52, creando una comunidad cristiana muy viva, rica en valores, pero también en problemas que en parte se explican por su carácter de recién convertidos del paganismo.

El pasaje de hoy es el inicio de la carta, y nos dice quién es su autor (Pablo, apóstol), sus destinatarios (la Iglesia de Dios que está en Corinto, el pueblo santo) y el saludo que les dirige (y que hoy haría bien el sacerdote en repetir al comienzo de la Eucaristía: “la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo, sea con vosotros”).

Juan 1, 29-34. *Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*

El Bautismo de Jesús lo cuenta el evangelista Juan con un claro testimonio del Bautista sobre Jesús. Nos dice que al principio “no lo conocía”, pero vio cómo el Espíritu bajaba sobre Jesús y así pudo el Bautista anunciar a todos: “este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo... He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él”. Más aún, llega a afirmar la identidad más profunda de Jesús: “Este es el Hijo de Dios”.

— II —

El Siervo que se entrega por todos

Las lecturas de hoy nos ayudan a centrar **nuestra atención en la persona de Jesús, el Enviado y Mesías.**

Sea cual sea la intención original de Isaías al ofrecernos estos “poemas del Siervo”, nosotros, los cristianos, creemos que en Jesús de Nazaret es en quien mejor se han cumplido las profecías y esperanzas puestas en ese futuro Siervo de Dios.

Además, la misión del Siervo ya se afirmaba desde el principio que iba a ser universal, porque los planes de Dios sobrepasan los límites del pueblo de Israel: “es poco que seas mi Siervo y restablezcas las tribus de Jacob”, “te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”.

Esta universalidad de la salvación se ha cumplido en Jesús de Nazaret que el día del Bautismo es proclamado como el Mesías de Dios, sobre el que baja el Espíritu, y al que Juan presenta como “el Hijo de Dios”. Él es la auténtica Luz del mundo y el Salvador universal de la humanidad.

El Cordero que quita el pecado del mundo

Los nombres que aplican a Jesús las lecturas de hoy intentan describir la rica personalidad de Cristo Jesús: el Enviado de Dios, el Mesías, el Siervo, el Hijo de Dios, el Amado y preferido del Padre, Señor nuestro. A veces él mismo se presenta como el Pastor. Pero hoy se dice de él que es “el Cordero que quita el pecado del mundo”.

El cordero es un animal que para los contemporáneos de Jesús estaba lleno de simbolismo y resonancias bíblicas. La primera comunidad cristiana vio en Jesús cumplidos los recuerdos y figuras de aquel “cordero pascual” cuya sangre, marcando las puertas de las familias de los judíos en Egipto, fue el inicio del éxodo y de la liberación de Israel. También tienen una relación íntima con Jesús los sacrificios diarios de corderos en el Templo, ahora sustituidos por la ofrenda que de sí mismo hace este verdadero Cordero en la cruz. También Isaías, en los cantos siguientes al que hemos leído hoy, presenta al Siervo como una oveja que llevan al matadero y se ofrece por la salvación de todos.

Todo eso se realiza en plenitud en Cristo Jesús. De él sí se puede decir que es “el Cordero que quita el pecado del mundo”. Recién terminadas las fiestas navideñas, hacemos bien en mirar a ese Jesús que en su Pascua se entregará por toda la humanidad y nos reconciliará con Dios.

Una comunidad con luces y sombras

Cuando escuchamos la carta de Pablo a los Corintios, la tenemos que considerar como escrita para nosotros mismos, deseando merecer las alabanzas del apóstol y procurando corregirnos de sus reproches, si es que se nos pueden aplicar. La de Corinto es una comunidad cristiana que vive en un ambiente pagano, lo que también le da mayor actualidad ahora.

La Escritura no se proclama en nuestra celebración para que nos enteremos de que hace veinte siglos las comunidades tenían tales o cuales problemas, sino para que nos miremos al espejo y procuremos que nuestros caminos vayan coincidiendo cada vez más con los de Dios.

Hay abundantes luces en la Iglesia de hoy. También nuestras comunidades pueden definirse como aquella: “la Iglesia de Dios en Corinto”, afincada en medio de una sociedad concreta. Y, sobre todo, también están compuestas por personas que son “los consagrados por Jesucristo, el pueblo santo que él llamó”. Además, como la de Corinto, nos sentimos unidos “a todos los demás que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro y de ellos”.

Pero a la vez también entre nosotros se pueden descubrir los mismos problemas que iremos encontrando a lo largo de la carta a los de Corinto. Nuestras comunidades deberían sentirse unidas interiormente por la gracia de Dios, y a la vez unidas universalmente con todas las otras comunidades esparcidas en el mundo, sin cerrarse en sí mismas.

Hacen falta testigos de Cristo en el mundo de hoy

El auténtico testigo de Dios fue el mismo Cristo, que, con sus obras y sus palabras, nos anunció el amor de Dios e instauró su Reino. De él podemos decir con plena verdad lo que ya afirmaba el salmista: “he proclamado tu salvación ante la gran asamblea”.

Hoy hemos escuchado además la voz de dos testigos del plan de salvación de Dios: en el AT, el profeta Isaías, anunciando al Siervo, y en el NT, el testimonio valiente de Juan el Bautista, que no sólo aparece en los evangelios como el “precursor” o el que prepara los caminos, sino también como el que da testimonio del Mesías ya presente, y al final muere mártir defendiendo valores proféticos que le malquistaban con las autoridades.

En el mundo de hoy hacen falta cristianos convencidos que den testimonio de Cristo Jesús. Deberíamos anunciar (empezando por los más cercanos a nosotros, la familia, los vecinos y los compañeros de trabajo) la Buena Nueva de la Salvación de Cristo.

También nosotros, que tal vez al principio “no le conocemos”, después de experimentar con los ojos de la fe la presencia de Jesús Salvador, debemos a continuación dar testimonio de él. Más con nuestro estilo de vida que con nuestras palabras.

La Eucaristía, encuentro y misión

En nuestra Eucaristía llamamos varias veces a Jesús con el apelativo que le da el Bautista, “Cordero de Dios”: en el Gloria (“Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre”), en el canto del “Agnus Dei” (“Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo...”) y en la invitación que el sacerdote nos hace para que nos acerquemos a comulgar (“Este es el Cordero de Dios”). Haremos bien en pronunciar esta última invitación con expresividad, recordando que la frase viene de la afirmación del Bautista y que presenta a Jesús como Salvador de la humanidad.

También es de notar una afirmación que haremos en la oración sobre las ofrendas: “concédenos participar dignamente de estos santos misterios, pues cada vez que celebramos este memorial del sacrificio de Cristo se realiza la obra de nuestra redención”. Es como la definición de lo que es la celebración sacramental cristiana. Nuestra participación en la Eucaristía no es un mero cumplimiento, o un consuelo espiritual, sino la actualización del acontecimiento fundamental, la Pascua de Jesús, su entrega sacrificial en la Cruz, para que cada uno de nosotros participe de ella.

Esta experiencia de encuentro con el Señor Resucitado, el Cordero que quita el pecado del mundo, debe darnos fuerzas para luego, en la vida, ser consecuentes y dar testimonio del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo Jesús.

DOMINGO 3 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Un año con Mateo

Hoy empezamos a leer el evangelio de Mateo, que nos acompañará como guía de nuestro camino cristiano hasta el fin del año. Tal vez valdrá la pena que leamos la página en la que, al comienzo de este mismo libro, presentábamos las características de este evangelista, para que tengamos una cierta clave para irle interpretando y sacar así más provecho de su lectura. O mejor, alguna presentación más detenida de este evangelio.

Empezamos con el capítulo 4 de Mateo, saltando los primeros, los que nos cuentan la infancia de Jesús, que ya hemos leído en el Adviento y la Navidad.

Isaías 8, 23b – 9,3. *En la Galilea de los gentiles el pueblo vio una luz grande*

El profeta da ánimos a su pueblo con el anuncio de un futuro mucho mejor, precisamente para Galilea, la “Galilea de los gentiles”, que era una región en que vivían bastantes paganos en medio del pueblo judío. Esta región, al norte y al oeste del lago de Galilea, fue la primera en ser conquistada y desterrados sus habitantes por los asirios, a mediados del siglo VIII AC.

Era este en verdad un pueblo sumergido en tinieblas, falto de alegría y

esperanza. Pero el profeta les anuncia tiempos mejores: de las tinieblas pasarán a la luz, de la tristeza a la alegría, de la esclavitud a la liberación.

El *salmo* recoge el tema de la luz, que había apuntado Isaías: “el Señor es mi luz y mi salvación”. Y también el de la alegría: “espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida”.

1 Corintios 1, 10-13.17. *Poneos de acuerdo y no andéis divididos*

Después del saludo inicial de la carta a los Corintios, que leíamos el domingo pasado, entra Pablo en materia señalando la inconveniencia de que en una comunidad cristiana haya discordias y cismas. No puede ser que unos digan “soy de Pablo”, otros “soy de Pedro” o “de Apolo”. Todos deben decir “soy de Cristo”, que es quien ha muerto por todos. Ni Pablo ni ningún otro ha dado su vida por ellos.

Corinto era una ciudad muy compleja, mezcla de razas, y también parece que lo era su comunidad cristiana. A lo largo de la carta encontramos varios casos de estas desavenencias, incluida la celebración decadente de la Eucaristía, con una clara falta de fraternidad.

Mateo 4, 12-23. *Vino a Cafarnaúm. Allí se cumplió lo que había dicho Isaías*

Mateo sitúa el inicio del ministerio de Jesús en Galilea, siguiendo la profecía de Isaías respecto a esta región. Después del Bautismo en el Jordán, de las tentaciones del desierto y de la detención del Bautista, empieza Jesús su ministerio en Cafarnaúm, a la que llamará más tarde “su ciudad”. La primera consigna que predica es: “convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos”.

A continuación, llama a seguirle a los primeros discípulos, dos parejas de hermanos. Los cuatro “dejaron las redes y le siguieron”. Jesús sigue predicando, proclamando el Reino y curando a las personas de sus enfermedades y dolencias.

– II –

Jesús, luz, alegría y liberación

Hoy se ve claramente cuál es la relación, en los domingos del Tiempo Ordinario, entre la primera lectura y el evangelio: el evangelio es el que se lee en continuidad, mientras que del AT se escogen pasajes que “preparan” la escena evangélica del día. Hoy, por ejemplo, la profecía sobre Galilea es como un prelude de la realización de Jesús, que empieza su ministerio precisamente en Galilea.

Pero no es la geografía lo principal. En Jesús se cumplen a la perfección las perspectivas optimistas del profeta: la luz (“el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”), la alegría (“acreciste la alegría, aumentaste el gozo”), con la comparación de la alegría que sienten los segadores ante una buena cosecha o los guerreros ante un rico botín. Y también la liberación de toda esclavitud (“quebrantaste la vara del opresor y el yugo de su carga”).

Jesús es en verdad la luz, la alegría y la liberación. Así aparece a lo largo del evangelio, y lo empieza a decir Mateo ya desde su inicio, haciendo ver cómo se cumplen en él las profecías del AT. Ha venido a perdonar y a liberar de todos los males y esclavitudes. El evangelio de hoy sigue diciendo que, además de anunciar el Reino con palabras, lo anunció más creíblemente todavía con sus hechos: “curando las enfermedades y dolencias del pueblo”.

También en nuestro tiempo es él quien nos anuncia la salvación y nos libera de nuestros males, quien da luz a las oscuridades que todos experimentamos, el auténtico liberador de las dolencias y fallos de nuestra sociedad.

Jesús empieza en la frontera

Su misión la empieza Jesús en un terreno impensado: no en Jerusalén, ni en la más pacífica Judea, sino en Galilea. Ya había anunciado Isaías que

Dios tenía planes de salvación para esa “Galilea de los gentiles”. Galilea, y en concreto Cafarnaún, era una mezcla de razas y lugar de paso de civilizaciones, mezcla también de judíos y de paganos. Galilea está “en la frontera”. La elección de este escenario ya da a entender que Jesús va a ofrecer una salvación universal.

Ahí es donde anuncia que el Reino de los cielos, el Reino de Dios, está cerca, que ya se inaugura. Y se atreve también a predicar un cambio de actitud que va a resultar incómodo: la conversión, el cambio de mentalidad, la aceptación de los caminos de Dios.

Haremos bien en aprender de él, ya que queremos ser sus testigos en el mundo, la lección que nos da de preferencia por los alejados, como el pastor que tiene un cuidado especial para las ovejas descarriadas. En su tiempo se escandalizaron bastante algunos de su atención a los pecadores, a los publicanos, a los marginados de la sociedad. ¿Se puede decir que nuestra opción preferencial es precisamente ayudar a los que andan en tinieblas, buscando sentido a sus vidas, mareados por las ventoleras de este mundo, los “incómodos”, los alejados? ¿les echamos una mano para liberarles de sus males en cuanto nosotros podemos?

No deberíamos rehuir predicar y dar testimonio en “la frontera”, refugiándonos sólo en los ambientes más pacíficos y libres de peligro.

Una comunidad no dividida

Nos hace falta también siempre, a todas las comunidades, diocesanas, parroquiales y religiosas, atender a la consigna de Pablo: la unidad.

Corinto fue una comunidad difícil de unir. Había cristianos procedentes de diversas culturas y sensibilidades, de distinta condición social. En esa comunidad hubo escándalos y abusos, dudas teológicas y prácticas como la de la resurrección de los cuerpos y la relación entre el matrimonio y la virginidad, y maneras bastante deficientes de celebrar incluso la misma Eucaristía (aunque en este ciclo A no leeremos los capítulos correspondientes a todos estos aspectos).

También hubo divisiones y “cismas” que pueden reflejar situaciones que

a lo largo de la historia se han ido repitiendo: unos son seguidores de Pablo, otros de Apolo, otros de Pedro. Son los partidismos eclesiales. La argumentación de Pablo es clara: todos deben ser seguidores de Cristo Jesús. Lo que dice de sí mismo se aplica a los otros predicadores que convocan a estos seguidores: “¿ha muerto Pablo en la cruz por vosotros?”. El único que lo ha hecho es Cristo, y Cristo no puede estar dividido.

Es lastimoso el espectáculo que damos todavía hoy las diversas confesiones cristianas, creyentes todas en Cristo Jesús, bautizadas en su nombre y, sin embargo, divididas en cismas y facciones. Precisamente por estas fechas somos convocados a una semana de oración por la unidad de los cristianos, lo que nos despierta la conciencia y la responsabilidad en este sentido.

Pero cosas parecidas suceden internamente en la comunidad católica, tanto en un nivel universal como en el diocesano y parroquial. ¡Qué divisiones más lamentables se dan entre nosotros, a veces por motivos bien extraños y superficiales! Divisiones que impiden la eficacia de nuestra misión en el mundo.

Pablo nos dirige hoy a nosotros la misma recomendación que a los Corintios de hace dos mil años: “os ruego, en nombre de nuestro Señor Jesús, poneos de acuerdo”. ¿Cómo puede estar dividida una comunidad en la que todos creen en Cristo, en la que todos pretenden seguirle, porque se saben salvados por el mismo Cristo?

La unidad empieza por casa. En una comunidad religiosa. Entre los colaboradores y miembros de una parroquia. En los que formamos una comunidad diocesana. A veces vivimos situaciones de tensión por tendencias, por sensibilidades distintas, por ideologías más o menos adelantadas o tradicionales, por partidismos eclesiales y conflictos de pareceres en todos los órdenes. Por motivos que con un poco de buena voluntad y amor se podrían resolver fácilmente, aun manteniendo la diversidad de sensibilidades, pero centrándonos en Cristo Jesús, que es la luz y el guía de todos.

Jesús busca los primeros colaboradores

Además de presentar a Jesús como el cumplimiento de las profecías y luz del mundo, y decirnos que “recorría toda Galilea enseñando y proclamando y curando”, el evangelio nos cuenta cómo empezó a rodearse de los primeros discípulos. Su misión la quiere cumplir Jesús ayudado por sus apóstoles, en su tiempo y, después, por los sucesores de esos apóstoles y por todos nosotros.

Leemos la vocación apostólica de los primeros discípulos, unos pescadores galileos: los hermanos Pedro y Andrés, y los también hermanos Santiago y Juan. Vemos la sencillez de la llamada y la prontitud de la respuesta. Son los representantes de tantos miles y millones de personas que han sentido en sus vidas la misma voz, “venid y seguidme”, y no han dudado en dejarlo todo y gastar sus mejores energías en la proclamación del Reino.

La Iglesia, la comunidad de Jesús, está llamada a ser de generación en generación –en los veinte siglos que ya lleva de existencia y en los que todavía le queden– evangelizadora, anunciadora de alegría y de luz, liberadora de los males y dolencias de cada generación. Siguiendo el estilo de su Maestro, con palabras y con obras, no sólo los sucesores de los apóstoles, sino cada cristiano, en su propio ambiente, debe ser colaborador de ese Cristo Jesús que sigue anunciando la buena noticia del amor y de la salvación de Dios.

El que dijo de sí mismo que era la luz del mundo, fue también el que dijo a sus seguidores: “vosotros sois la luz del mundo”.

Puede tener un sentido un tanto peyorativo decir que los llamados por Jesús han de ser “pescadores de hombres”. Pero ciertamente la expresión no tiene un sentido de conquista o de engaño, sino de evangelización y convicción: anunciar a todos la salvación de Dios y convencerles de que vale la pena vivir según Cristo.

La Eucaristía, escuela y ejercicio de unidad

Domingo tras domingo –día tras día– la Palabra de Dios nos va interpelando a los cristianos de hoy, por boca de Isaías o de Pablo o del mismo Cristo,

para que también en el mundo de hoy podamos realizar con eficacia la misión que Jesús inauguró.

A veces la Palabra nos anima, otras nos interpela y juzga, o nos urge a la “conversión”, como Jesús en sus primeras palabras en Galilea.

Es también en la Eucaristía donde mejor ejercemos el signo de la unidad que debe haber entre nosotros. En el Padrenuestro pedimos que nos perdone Dios como también nosotros prometemos perdonar. En el momento de la paz, antes de ir a comulgar todos con el mismo Cristo, hacemos el gesto comprometedor de la fraternidad. En la fracción del pan representamos también simbólicamente el signo de la unidad: vamos a participar del mismo Pan.

En la Eucaristía, todos escuchamos la misma Palabra. Todos participamos del mismo Cristo, que ha querido ser nuestro alimento. ¿Cómo podemos estar divididos en la vida?

DOMINGO 4 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El domingo de las bienaventuranzas

Los domingos no hace falta que tengan “título”. Pero si alguno merece el de hoy es este: “el domingo de las bienaventuranzas”.

El sermón de la montaña lo proclamamos durante seis domingos, cuando seguimos el evangelio de Mateo, donde ocupa los capítulos 5 al 7. Por eso es una lástima que por diversos motivos casi nunca lo leamos entero, entre otras cosas, porque después del ciclo de Cuaresma y Pascua, los primeros domingos del Tiempo Ordinario están “ocupados” por la Trinidad y el Corpus.

Sofonías 2,3; 3,12-13. *Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde*

Hoy se ve también con claridad cómo la primera lectura se ha seleccionado para anticipar ya de alguna manera, desde el AT, la enseñanza de Jesús en el evangelio: esta vez es la predilección de Dios por los pobres y humildes.

El libro de Sofonías describe el ministerio de este profeta en el siglo VII AC. En sus breves páginas habla mucho del “día del Señor”. Pero hoy se han seleccionado las palabras que dirige al pueblo de Judá, diciendo que el “resto de Israel” lo formarán los que ponen su confianza en Dios, “un pueblo pobre y humilde” sin maldad, sin mentiras, sin lengua embustera.

El *salmo* adelanta también lo que va a afirmar el evangelio: “dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”. Habla de cómo Dios prefiere y protege a las personas que pueden reflejar todos los males y debilidades del mundo: los oprimidos, los hambrientos, los cautivos, los ciegos, los que se doblan, los peregrinos, los justos, los huérfanos y viudas. Mientras que “trastorna el camino de los malvados”.

1 Corintios 1,26-31. *Dios ha escogido lo débil del mundo*

Coincide bastante también la segunda lectura con el mismo tema que las otras dos: el elogio de la humildad. Las divisiones y cismas de la comunidad de Corinto, de las que hablaba Pablo en la lectura del domingo pasado, tienen su raíz normalmente en el orgullo, en nuestra tendencia a sentirnos superiores a los demás.

Hoy escribe a los Corintios que esa comunidad, como otras muchas, no tiene precisamente mucho de qué gloriarse según las medidas humanas, aunque estén inmersos en un ambiente de cultura griega. Si de algo pueden gloriarse es de los dones de Dios, no de los méritos propios. No hay muchos sabios y poderosos ni aristócratas. Más bien parecería que Dios elige “lo necio” de este mundo, las personas que la sociedad considera más bien despreciables. Pero Dios nos ha reunido “en Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención”.

Mateo 5,1-12a. *Dichosos los pobres en el espíritu*

El sermón de la montaña es el primero de los grandes “discursos” de Jesús que nos trae san Mateo, llamado “la carta magna del cristianismo”, y que empieza con la página de hoy, la lista de las bienaventuranzas, una de las más conocidas del evangelio, resumen catequético de muchos momentos de enseñanza de Jesús. Este texto sigue, no tanto el estilo de las prescripciones o mandamientos, sino un género literario muy usado en la Biblia: el de las bienaventuranzas o “macarismos” (en griego “mákaros” significa “feliz, dichoso”).

Subiendo al “monte” (el monte siempre ha sido, como en el caso de la Alianza del Sinaí, el lugar del encuentro con Dios), se puso Jesús a enseñar a la multitud. Empezó su enseñanza pronunciando ante todo su “lista de bienaventurados” (a uno le sigue gustando el adjetivo anterior, “bienaventurados”, más que los nuevos “felices”, o “dichosos”): los pobres, los que sufren, los que en esta vida tienen que llorar, los que tienen hambre y sed de la justicia, los que tienen el corazón misericordioso, los que son limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los que son perseguidos a causa de su fidelidad a los valores de Dios.

– II –

Una comunidad humilde y sencilla

Hoy coinciden las tres lecturas en una dirección: la humildad, la pobreza, la sencillez, como cualidad que nos hace los preferidos de Dios.

Pablo afirma que en Corinto, una ciudad griega en la que debían abundar los filósofos y los doctos, la comunidad cristiana no reunía precisamente a esta clase de personas. No es que necesariamente sean mejores los no cultos que los cultos, los pobres que los acomodados. La humildad que Dios prefiere es la del corazón, que a veces puede coincidir con la humildad social y otras puede también darse en una condición social más holgada. “El que se gloríe, que se gloríe en el Señor”.

También Sofonías en el AT hablaba de una comunidad así: invita al pueblo de Israel a la moderación, la pobreza, la humildad, la honradez, la búsqueda de la paz y la verdad. Dios no aprecia a los ricos y pagados de sí mismos.

Tampoco nuestras comunidades cristianas, ahora, probablemente estén compuestas por personas socialmente muy importantes. Más bien son las personas sencillas las que trabajan en bien de la comunidad y del mundo. Personas no importantes –no pertenecen a los VIP– según el mundo, pero sí a los ojos de Dios.

Nos irían mucho mejor las cosas si fuéramos más sencillos de corazón y más humildes. Habría menos divisiones y momentos de fricción. Tal vez tendremos que corregir las medidas que usamos para juzgar la importancia de las personas. ¡Cuántas personas conocemos, tal vez en nuestra propia familia, que no han tenido mucha cultura humana, ni mucho éxito social, pero sí poseen la sabiduría de Dios y han caminado lúcida y serenamente por la vida. Ya dijo Jesús una vez, lleno de alegría, que su Padre a veces esconde los misterios del Reino a los que se creen sabios y los revela a los sencillos.

¿Quién acogió a Jesús en su nacimiento? No ciertamente las personas importantes de Jerusalén, ni las autoridades civiles ni religiosas. Personas sencillas: la joven pareja formada por José y María, los pastores de alrededores de Belén, los ancianos Simeón y Ana que servían en el Templo, aquellos personajes de Oriente que llamamos “magos”, que siguieron una estrella que les pareció significativa...

No tendríamos que fiarnos de nuestras fuerzas, ni estar orgullosos de nuestros méritos. Dios parece que muestra su preferencia por los sencillos y los pobres, eligiendo, tanto en el AT como en el NT, para sus planes de salvación, a personas que según el mundo no serían precisamente las más indicadas, para que se vea que es él quien salva el mundo, y no nosotros.

Las bienaventuranzas de Jesús

La primera bienaventuranza del Maestro va dirigida a los *pobres*, y es la que da el tono a todas las demás. Se trata de los pobres “de espíritu”, o “en el espíritu”, o “los que eligen ser pobres”. Ciertamente estas expresiones no quieren designar a los que son pobres en cualidades, o que no tienen espíritu, sino a los que interiormente han hecho una opción por no poner en las riquezas su corazón. Lo contrario del joven rico que no se atrevió a renunciar a sus posesiones y seguir a Jesús.

Son los “pobres de Yahvé” (los “anawim”) del AT, tantas veces alabados por los profetas y los salmos: los pobres, no por necesidad, sino por opción. De ellos es el Reino de los cielos. Son pobres según el mundo, pero ricos según Dios, y heredarán el Reino verdadero, según Jesús.

Para Jesús son también bienaventurados los *sufridos*, los que *lloran* y los que son *perseguidos* a causa de la justicia. ¡Cuántas personas sufren, por desgracias familiares o personales! ¡Y cuántas son “perseguidas por la justicia”, no en el sentido de que han cometido una fechoría y la justicia les persigue, sino que son insultadas, calumniadas o menospreciadas por su opción de ser fieles a Dios, por seguir la justicia! Los “justos” siempre han sido incómodos para la sociedad. De todos ellos dice Jesús que son felices, porque Dios tiene en cuenta lo que están sufriendo.

También son bienaventurados los que tienen *hambre y sed de justicia*. Los que no tienen la comida o el éxito material como primer valor en la vida, sino la justicia y la fidelidad y el amor de Dios. O sea, el Reino de Dios. Y lo demás lo relativizan sabiamente. También los *misericordiosos*. No tanto los que son mansos de carácter, sino los que tienen buen corazón y están dispuestos a ayudar a los demás, con las que se han llamado “obras de misericordia”, y no cierran los ojos ante la gran vergüenza del hambre en el mundo y ante la injusticia que tantos millones de personas sufren.

Son bienaventurados para Jesús los *limpios de corazón*. O sea, los que tienen un corazón libre de trampas, de cálculos y dobles intenciones, un corazón transparente, sincero, no hipócrita. Y los que *trabajan por la paz*. No necesariamente porque son por natural “pacíficos”, sino porque hacen opción de crear paz a su alrededor y no aprueban ninguna clase de carrera de armamentos ni de violencia agresiva.

Jesús pudo predicar estas bienaventuranzas porque él mismo las cumplió en su vida: pobre, lleno de misericordia, limpio de corazón, obrador de paz, perseguido por causa de su fidelidad a Dios...

Las bienaventuranzas de este mundo

Esta lista nos interpela fuertemente, si la tomamos en serio. Es, en verdad, revolucionaria. Resulta paradójico que Jesús llame felices a los pobres, a los perseguidos, a los que trabajan por la paz. Naturalmente la felicidad no está en la misma pobreza o en las lágrimas o en la persecución, sino más adentro, en el espíritu, en la actitud de confianza y humildad y apertura ante Dios.

Los cristianos de hoy, eclesiásticos y laicos, los que tienen cargos importantes y los que no, conviene que recordemos a quién llama “felices y bienaventurados” Jesús. Aunque tal vez no nos guste mirarnos a ese espejo y sacar consecuencias.

Todos buscamos la felicidad. Pero Jesús nos la promete por caminos muy distintos de los que señala este mundo. Porque en nuestra sociedad de hoy –y la de todos los tiempos, también los de Jesús– se suele confeccionar otra lista muy distinta. El mundo aplaude y llama felices a los ricos, a los que tienen éxito, a los que ganan en las competiciones deportivas, a los que tienen siempre la risa en la boca, a los que manejan cuentas bancarias sustanciosas, a los que pueden hacer ostentación de chalets o yates o coches de lujo y pasan las vacaciones en los sitios más impensados.

A esos parece que se les adjudica la felicidad según el mundo. Pero Jesús ha prometido la verdadera felicidad a los más sencillos y pobres, a los que les toca sufrir en este mundo, a los que son mal vistos precisamente por su bondad y rectitud.

No se trata de que sean dichosos los socialmente pobres, los que económicamente no han tenido éxito, los mendigos, los pobres en cultura. Contra esa clase de “pobreza” luchamos todos, también los cristianos, para que nadie tenga que sufrir de ella. No se trata de aceptar esa pobreza social con resignación pasiva. A Jesús no le gusta la pobreza y que la gente llore o sea injustamente tratada. La “pobreza” a la que Jesús “beatifica”, o sea, proclama feliz, es a la humildad y sencillez de corazón, al desapego de los bienes materiales como meta de la vida, a la actitud de paz y de ayuda, a la fidelidad a los ideales y valores verdaderos, aunque acarreen inconvenientes. Hay muchos “económicamente pobres” que son felices, aunque no hayan sido bien tratados por la vida. Y muchos “ricos” que no lo son, aunque no les falte de nada.

Sería bueno que nos preguntáramos con sinceridad si creemos en esa proclama de felicidad que escuchamos a Jesús, o si preferimos la del mundo. Si no acabamos de ser felices, ¿no será porque no somos pobres, sencillos, humildes de corazón, abiertos a Dios y al prójimo, sino orgullosos, satisfechos de nosotros mismos, arrogantes?

En la Plegaria Eucarística IV del Misal damos gracias a Dios porque Jesús vino a “anunciar la salvación a los pobres”. Antes había dicho María de Nazaret, la Madre de Jesús, en su *Magnificat*, que Dios a los “ricos” los despide vacíos, mientras que a los “hambrientos” los llena de bienes. Los pobres son los que no se apoyan en sí mismos, sino en Dios. No son felices porque son pobres, sino porque se abren a Dios.

Es importante que sepamos a quiénes llama “felices” Jesús, no vaya a ser que nos esforcemos en buscar felicidades inmediatas que no nos conducen a nada y olvidemos las que él sí valora.

DOMINGO 5 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

La luz como símbolo

Estamos muy acostumbrados al simbolismo cristológico de la luz, porque el mismo Jesús se presenta como luz del mundo. También en nuestras celebraciones hacemos uso simbólico –y no sólo práctico– de la luz: las velas encendidas sobre el altar, la lámpara del sagrario, el Cirio pascual que se enciende en “la noche de la luz”, la Vigilia Pascual, y luego en los bautizos y exequias. En la civilización de la luz artificial, sigue teniendo fuerza expresiva el simbolismo de la luz: tanto en la mesa festiva de un banquete como en la procesión de luminarias en Lourdes.

En las lecturas de hoy se dirige este simbolismo a la vida misma del cristiano: es la persona del creyente la que tiene que ser luz para los demás. Esto nos lo dicen el profeta en la primera lectura y Jesús en el evangelio.

Isaías 58,7-10. Romperá tu luz como la aurora

El simbolismo de la “luz”, que prepara lo que va a decir Jesús en su evangelio (“vosotros sois la luz del mundo”), lo entiende el profeta, seguramente el “tercer Isaías”, de un modo muy concreto y vivencial: seremos luz para los demás si compartimos el pan con ellos, si hospedamos al que no tiene techo, si vestimos al desnudo, si evitamos toda opresión o amenaza o maledicencia.

Esto lo dice en la sección en que habla del ayuno, que no tiene que ser ritualismo vacío, sino ir acompañado de las obras. Además, asegura que entonces sí nos escuchará Dios si le suplicamos, y nos dirá “aquí estoy”.

El *salmo* refleja la misma perspectiva: “el justo brilla en las tinieblas como una luz”, pero sólo si “reparte limosna a los pobres y su caridad es constante, sin falta”.

1 Corintios 2,1-5. *Os anuncié el misterio de Cristo crucificado*

Pablo hace una confesión de humildad. Cuando fue a Corinto y se quedó allí evangelizando a los que iban a formar la comunidad cristiana de aquella ciudad pagana, se presentó ante los griegos “débil y temeroso”, y no se apoyó en elocuciones y sabidurías humanas, sino en “el poder del Espíritu” o “el poder de Dios”.

Toda la carta a los Corintios –no olvidemos que era ciudad griega, y los griegos eran los “sabios” y los “prudentes” en el conjunto de los pueblos de entonces– está llena de una fina ironía. Para Pablo no es la ciencia la que salva, sino la caridad. Por eso se presenta él mismo como “no sabio” según las medidas humanas griegas. Él sólo sabe, y lo afirma valientemente ante los sabios griegos, “a Jesucristo, y a este crucificado”:

Mateo 5,13-16. *Vosotros sois la luz del mundo*

Inmediatamente después de la lista de bienaventuranzas, que leíamos el domingo anterior, pasa Jesús, en su sermón del monte, a hacer estas afirmaciones de hoy: “vosotros sois la sal de la tierra... sois la luz del mundo”.

Son dos comparaciones tomadas de la vida y que admiten una fácil traducción metafórica a la conducta y a las relaciones interpersonales. La de la luz va acompañada de otra comparación: la ciudad que se halla situada en un lugar visible, para orientar a los viajeros. Mientras que la de la sal se contrapone a lo inútil que se vuelve esta si pierde su fuerza y su identidad.

– II –

Vosotros sois la sal de la tierra

Después de las bienaventuranzas, Jesús sigue enseñando qué debe aportar un seguidor suyo en este mundo. Ciertamente no podemos interpretar las bienaventuranzas como una invitación a una actitud resignada y pasiva. Las dos afirmaciones que hoy leemos son muy concretas: un cristiano debe ser sal y luz en su ambiente, testigo y profeta en medio del mundo.

La sal condimenta y da sabor a las comidas. Una comida sin un poco de sal –sin exagerar, que los médicos nos recomiendan cuidar la tensión– no apetece. Una comida sin sal es como un día sin sol, reza el dicho popular. La sal también preserva de la corrupción. Lo que ahora hace la cámara frigorífica para conservar los alimentos, lo ha hecho desde siempre la sal.

Desde siempre se ha visto en la sal una dimensión simbólica respecto a la vida, a la sabiduría, al gusto, a la purificación.

En el AT se prescribía que las víctimas ofrecidas como signo de alianza tuvieran sal: “sazonarás con sal toda oblación que ofrezcas... no permitas nunca que falte la sal de la alianza de tu Dios” (Lv 2,13). También ha sido siempre la sal símbolo de la hospitalidad y acogida: ofrecer el pan y la sal es acoger amablemente en casa al forastero.

Otras veces se interpreta en la Biblia la sal como ese sabor o gracia que debe existir en nuestra convivencia fraterna: “tened sal en vosotros y tened paz unos con otros” (Mc 9,50); “que vuestra conversación sea siempre amena, sazonada con sal, sabiendo responder a cada cual como conviene” (Col 4,6). Por todo ello no nos extraña que Jesús, en el pasaje de hoy, nos diga que tenemos que ser “sal de la tierra”.

Estos simbolismos han hecho que la sal encontrara un lugar en el lenguaje sacramental del bautizo cristiano. Desde antiguo, en bastantes culturas, a los recién nacidos se les daba sal, tal vez como signo de la sabiduría, o de la incorrupción que se les deseaba. Lo mismo ha pasado en la celebración del Bautismo: la sal en la boca se ha conservado hasta la última reforma, y podría muy bien continuar usando su lenguaje expresivo en las culturas que lo crean conveniente.

Toda la Iglesia en medio del mundo, y cada comunidad local y cada cristiano en su propio ambiente, debemos ser “sal de la tierra”. Sal de sabiduría humana y cristiana, de amabilidad y de humor. Sal que contagia sabor y gracia a la vida. Sal que es un poco de alegría y humor y amor e ilusión en la convivencia humana. El cristiano puede contribuir calladamente (la sal no se impone ni usa violencia) a dar a una familia o una comunidad un gusto de evangelio, que en el fondo es un valor cristiano y radicalmente también humano.

También puede ser que, a veces, tengamos que ser sal que denuncia los males, recordando a la sociedad que debe preservar de la corrupción los valores fundamentales. Se nos invita a ser “sal”, y no “azúcar”.

Cristo, Luz del mundo

En la Biblia la luz ha sido siempre símbolo del bien, del amor, de la verdad, de la felicidad. Es a Dios mismo a quien radicalmente se aplica este simbolismo, ese Dios “que habita en una luz inaccesible”, ese Dios “que es luz, y en él no hay tiniebla alguna”.

De una manera especial se aplica este lenguaje a Cristo, que es “la luz verdadera que ilumina a todo hombre”, como dice Juan en el prólogo de su evangelio. O como afirmó el anciano Simeón, presentando al Niño como “luz para iluminar a las naciones”. Lo dijo el mismo Jesús: “yo soy la luz del mundo: el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida”. Frase que repetimos hoy como antifona del aleluya antes del evangelio.

El Credo llama a Cristo “luz de luz”. Y uno de los himnos más conocidos de las primeras generaciones le canta así: “Oh luz gozosa de la santa gloria del Padre celeste”.

Los cristianos, luz del mundo

Pero el mismo que dijo “yo soy la luz del mundo”, dice también “vosotros sois la luz del mundo... alumbré así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre”.

Iluminados por Cristo, nos convertimos en iluminadores de los demás. Algo así como pasa con la luna, nuestro satélite, que, iluminada por el sol, se convierte en luz para nuestras noches.

Todos necesitamos a alguien que nos ilumine, que nos aconseje, que responda a nuestras dudas. El día del Bautismo se encendió una vela, tomando la luz del Cirio pascual de Cristo. Cada año, en la Vigilia Pascual, entramos en la iglesia con una vela encendida en la mano. Es la luz que debe brillar en nuestra vida de cristianos, la luz del testimonio, de la palabra oportuna, de la entrega generosa.

Jesús completa esta metáfora de la luz con dos comparaciones más. Una ciudad debe ser visible, en lo alto de una colina, para orientar a los peregrinos. Y una lámpara no debe esconderse, sino que pueda iluminar todos los rincones de casa.

Los cristianos somos invitados a ser luz para los demás. No se trata de encender una vela, o regalar lámparas o pilas eléctricas. Se trata de que “seamos luz” nosotros mismos, con nuestra vida, para los que nos rodean y nos ven, testigos de esperanza y del verdadero sentido de la vida, en medio de una sociedad secularizada en la que se está perdiendo el sentido de Dios. Que seamos luz para tantas personas desorientadas, que viven en crisis, en la oscuridad o en la penumbra.

La luz de las obras de misericordia

Aparte de las comparaciones, que podrían parecer un poco poéticas, ¿qué significa que un creyente debe ser luz para los demás? Las lecturas de hoy orientan este lenguaje hacia la vida concreta, hacia el efecto que produce en los demás nuestro estilo de actuación. En el evangelio el mismo Jesús habla de que los demás “vean vuestras buenas obras”.

Pero es en la lectura profética donde se nos concreta más qué significa ser luz para los demás, y por eso la han elegido, porque viene a darnos la clave para interpretar lo que dice Jesús: seremos luz para los demás, no tanto por lo que sabemos y decimos, sino por lo que hacemos. Uno esperaría que se nos invitara a ser “sabios” y así ayudar con nuestra ciencia a los demás. O

bien, que se nos recordara la obligación del culto o de la oración. No es por ahí por donde Isaías Su aplicación es existencial, no intelectual.

Los ejemplos que enumera él no se refugian en la poesía, son bien concretos y valen exactamente igual ahora que hace dos mil quinientos años: partir el pan con el que no tiene, no oprimir a nadie, no hablar mal de nadie, sobre todo de nuestro hermano, no cerrarse a nadie, hospedar a los sin techo, no adoptar nunca un gesto amenazador... Parece una versión antigua de lo que siempre hemos llamado “obras de misericordia”. Sólo entonces seremos luz. Sólo el que ama es luz para los demás. Sólo entonces podremos pedir que Dios nos escuche también a nosotros.

A veces, cuando hablamos de violencia o agresividad, pensamos en las naciones poderosas que se aprovechan de las débiles. Pero también pasa o puede pasar en nuestro nivel doméstico. Lo mismo puede pasar con la “maledicencia”, que consiste en difamar a los demás.

También el salmo nos hace decir que “el que es justo, clemente y compasivo, en las tinieblas brilla como una luz”. En un mundo egoísta, en que cada uno mira por lo suyo, la misión que tiene un creyente es salir un poco de sí mismo y ayudar a los demás, con una palabra oportuna, con el ejemplo de coherencia y entrega. Además, empezando por casa. Jesús dice en el evangelio que esa luz debe alumbrar a todos los de casa. El profeta nos ha dicho: “no te cierres a tu propia carne”. La caridad empieza por la propia familia o comunidad.

No se trata de que todos seamos “lumbreras” que suscitan la admiración y el aplauso de todos. No se trata de “deslumbrar” con nuestros talentos a los demás. Se trata de “alumbrar”, de ayudar con nuestra luz a que otros también tengan luz.

Cada cristiano es llamado, no sólo a vivir él en la luz, a ser “hijo de la luz”, sino también a ser luz para los demás. Una familia cristiana puede ser luz y sal para otras familias de la misma escalera o para los compañeros de trabajo. Que sea conocida porque “siempre van a Misa”, pero también, porque “siempre están dispuestos a ayudar a los demás”.

Pablo, apóstol de Corinto

No le resultó nada fácil a Pablo evangelizar a los habitantes de aquella sociedad pagana de Corinto. Pero apoyado, no en sabidurías humanas ni en cualidades personales, sino en “el poder del Espíritu”, “el poder de Dios”, anunció valientemente a Cristo Crucificado.

El evangelio de Jesús es un mensaje que el mundo de hoy tampoco tiene muchas ganas de escuchar. Más bien quieren palabras bonitas y con sabidurías más o menos persuasivas desde el punto de vista humano. También hoy, la comunidad cristiana –desde el Papa hasta los misioneros y los catequistas y todo cristiano que quiere dar testimonio de su fe– se podría decir que se presenta ante la sociedad, como Pablo, “débil y temerosa”, sin grandes ilusiones. Eso sí, también como Pablo, apoyada en la fuerza de Dios. No tuvo grandes éxitos Pablo en Grecia. No tiene muchos éxitos la Iglesia de hoy en muchas ocasiones. Pero la fuerza de Dios se manifiesta en lo débil y en lo humilde, en la fragilidad de nuestras personas.

Pablo fue en verdad luz y sal para Corinto. Evangelizador, constructor de una comunidad, anunciador incansable de Cristo Jesús, crucificado y resucitado.

La Eucaristía, motor de nuestra vida

Sí, un cristiano es sal y luz. Pero corre el peligro que corren la sal y la luz, según Jesús. La sal a veces se desvirtúa, se echa a perder y ella misma se vuelve “insípida” (el término griego indica “necia”) y entonces ¿para qué sirve? Y si la luz o la lámpara se esconde, ¿a quién aprovecha?

En la Eucaristía tenemos la mejor fuente de la sabiduría y de la luz y de la sal, para que después, en la vida, podamos ser eso mismo para los demás.

DOMINGO 6 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Los “nuevos mandamientos” de Jesús

En la escuela de Jesús, que vamos siguiendo domingo tras domingo, aprendemos cuál es la mentalidad del Maestro que nos ha enviado Dios, comparada con la del AT y la de las escuelas rabínicas del tiempo de Jesús. Siguiendo el “sermón de la montaña”, vemos cómo Jesús supera la Ley antigua, en una línea de mayor profundización y autenticidad.

Él se refiere a unos ejemplos concretos de la vida, algunos de los cuales seguiremos leyendo el domingo que viene: a) El “no matarás”, que él completa con la prohibición del rencor o del insulto, llegando a decir que nos reconciliemos con el hermano antes de llevar la ofrenda al altar, o que nos pongamos de acuerdo con el adversario sin llegar a presentarnos juicio ante los tribunales. b) La fidelidad conyugal: desautorizando el adulterio que se comete ya en la interioridad del corazón, y también el divorcio, o el libelo de repudio. De tal modo que estemos dispuestos a privarnos del ojo o de la mano para no caer en la tentación. c) La doctrina sobre los juramentos. Jesús dice que es mucho mejor no jurar en absoluto, sino basarse siempre en la veracidad: el sí y el no de un seguidor suyo deben ser creíbles.

Sirácida (Eclesiástico) 15, 16-21. *No mandó pecar al hombre*

La primera lectura, como siempre, prepara la página evangélica.

Según el Sirácida (el libro escrito por Ben Sirá, el hijo de Sirá, libro llamado también Eclesiástico), cada uno es libre y debe tomar sus decisiones en la vida: “Si quieres, guardarás los mandamientos del Señor. Tienes delante una opción: puedes escoger entre el fuego y el agua, entre la muerte y la vida”.

Pero la verdadera prudencia es seguir la voluntad del Señor. El auténtico sabio es Dios, que lo ve todo: “los ojos de Dios ven las acciones, él conoce todas las obras del hombre”. El que sigue sus mandamientos va aprendiendo también esa sabiduría.

El *salmo* insiste en la misma dirección: “dichosos los que caminan en la voluntad del Señor”. El justo tiene que seguir ese camino que le enseña Dios: “ojalá esté firme mi camino para cumplir tus consignas”, “enséñame a cumplir tu voluntad y a guardarla de todo corazón”.

1 Corintios 2, 6-10. *Dios predestinó la sabiduría antes de los siglos para nuestra gloria*

Sigue Pablo, en su carta a los cristianos de Corinto, con el tema de la sabiduría, comparando la humana y la divina. Los griegos eran famosos por su filosofía, por su sabiduría humana. Pero Pablo prefiere apoyarse en la de Dios, esa sabiduría misteriosa de Dios: “ni el ojo vio ni el oído oyó lo que Dios ha preparado a los que lo aman”. Sólo el Espíritu nos revela esa sabiduría, ese Espíritu “que todo lo penetra”.

Mateo 5, 17-37. *Se dijo a los antiguos, pero yo os digo*

Seguimos leyendo el sermón de la montaña. El pasaje de hoy reúne una serie de enseñanzas de Jesús sobre la relación de los cristianos con el AT.

Ante todo, dice que él no ha venido a abolir (literalmente, a demoler, a destruir) la Ley, sino a cumplirla, a llevarla a su plenitud. Lo que dice el

AT sigue válido. No hay que despreciar ni uno solo de sus mandamientos, ni una sola letra o tilde (en el original debía ser el “yod”, la letra más pequeña del alfabeto hebreo). Recientemente se está hablando, más que del “antiguo” Testamento, del “primer” Testamento, o de la “nunca derogada primera Alianza”, como la ha llamado Juan Pablo II.

La interpretación que Jesús hace de una serie de mandatos del AT, ciertamente en una línea mucho más profunda que la de los escribas y fariseos, va hacia la interiorización y la autenticidad más plena. Y los ejemplos que pone, como hemos dicho, son referentes al respeto a la vida de los demás, a la fidelidad conyugal y a la no necesidad de los juramentos.

— II —

La sabiduría humana y la divina

El salmo 118 es una larga reflexión, orada, sobre lo que tiene que hacer el justo en su vida. En cada estrofa aparece un término sinónimo de la “voluntad de Dios” (mandatos, preceptos, decretos, palabras, leyes, consignas). El que cumple la voluntad de Dios es el que elige la verdadera sabiduría.

Las dificultades que nos rodean –las tentaciones de este mundo y las interiores a nosotros mismos– no nos quitan normalmente la libertad y la responsabilidad: “si quieres, guardarás los mandatos del Señor” dice el libro del AT. Si queremos, podemos. Dice el sabio Sirácida que podemos elegir entre el fuego y agua. La ley bien entendida no es esclavitud. Puede ser signo de amor y de libertad interior. No cumplimos la voluntad de Dios por miedo, sino por amor. Ese amor nos hace libres, nos libera de nuestras ataduras internas.

No parece muy apetecible para este mundo la sabiduría de las bienaventuranzas. Tampoco la de las consignas que hoy da Jesús a sus seguidores, ni en cuanto a la caridad fraterna ni menos en cuanto al comportamiento en la vida sexual. Pero ese es el camino de la verdadera felicidad para el cristiano.

Tendríamos que hacer nuestro el salmo de hoy: “dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor... muéstrame, Señor, el camino de tus leyes y lo seguiré puntualmente”.

Yo os digo...

Jesús utiliza en su enseñanza un género didáctico muy expresivo: el de las antítesis. Al “se os dijo” contraponen él ahora, y con autoridad, el “yo os digo”. A veces no es de oposición a lo anterior, sino de perfeccionamiento e interiorización de lo que ya estaba en la Ley o se enseñaba en las escuelas rabínicas de la época, o en el Qumran. Si la página de las bienaventuranzas era sorprendente, también lo es la que leemos hoy. En ella vemos que Jesús es un Maestro exigente, que ser cristiano es algo más que estar bautizado o decir unas oraciones.

El primer ámbito que Jesús nombra es el de la caridad con el hermano. El “no matarás” se convierte para los seguidores de Jesús en algo más exigente. No se puede estar peleado y guardar rencor al hermano. No se le puede insultar. Las situaciones de ira y de ofensa grave son, según Jesús, igualmente merecedoras de castigo como el homicidio.

Añade dos incisos muy expresivos. Si uno está enemistado con el hermano, es inútil que venga a ofrecer sacrificios al altar. Antes, tendrá que ir a reconciliarse con su hermano y así será grata su ofrenda a Dios. Y si uno tiene un pleito con su hermano, más vale que haga las paces, hablando con él, sin llegar al juicio ante los tribunales.

La fidelidad matrimonial

A continuación, Jesús enseña, no sólo que no hay que cometer adulterio, cosa que estaba ya prohibida y castigada en la Ley, sino que hay que vigilar el corazón, para que no se cometan adulterios de intención: “yo os digo: el que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior”. Para Jesús el matrimonio es un compromiso serio, y no sólo cuenta el acto externo, sino también la interioridad de la intención. Se puede cometer adulterio ya en el corazón.

De modo que si el ojo o la mano nos sirven de “escándalo”, o de piedra de tropiezo, debemos tomar las medidas para que no nos hagan caer. Si el corazón es la raíz de todo, hay que vigilarlo. Se puede decir que el ojo y la mano son como los instrumentos con los que realizamos las intenciones del corazón. En este terreno de la sexualidad y en el de la avaricia y la justicia, el “ojo” nos lleva a apetecer lo que no es nuestro.

Jesús llega a decir que, si el ojo y la mano son ocasión de “escándalo”, de tropiezo, si nos van a hacer caer en la tentación, un cristiano debe estar dispuesto a una operación drástica. Naturalmente no hay que tomar estas palabras en su sentido literal. Pero así como un médico, en casos extremos, llega a recomendar la amputación de un miembro que amenaza la salud de todo el cuerpo, un cristiano debería saber someterse él mismo a una “cirugía espiritual”, a ir a la raíz de las cosas, y renunciar a cosas que le apetecerían, para poder conservar su vida espiritual. Para ser buenos cristianos en el mundo de hoy –y en el de todas las épocas– hay que estar dispuestos a ciertas renunciaciones valientes.

También desautoriza el repudio de la mujer por parte del marido, o el divorcio. Aquí adelanta ya Jesús la doctrina que repetirá más adelante en el mismo evangelio (Mt 19,3-10) respecto al divorcio. Para él, el divorcio es la antesala del adulterio, tanto por parte de la mujer como del hombre. Sólo autoriza este divorcio en casos que es difícil determinar cuáles son, porque la traducción de la “porneia” griega puede variar mucho: unos lo refieren a casos en que la mujer ha cometido adulterio, pero seguramente se refiere a uniones ilegales, como el concubinato o la prostitución o la unión incestuosa (en grados de parentesco que no sólo la ley judía prohibía sino también la romana). Algo parecido al caso del incestuoso de Corinto (1Co 5) o de la unión ilegítima de Herodes y Herodías que denunció el Bautista. En estos casos sí se puede, y se debe, llegar a la separación.

No juréis

Respecto a los juramentos, ya existía una tendencia a evitarlos al máximo, a no acostumbrarse a ellos en nuestra vida. Pero Jesús es más radical: “yo os digo: no juréis en absoluto”, de modo que “os baste decir sí o no”.

No sólo desautoriza el perjurio, o sea, el jurar en falso. Prefiere que no se tenga que jurar nunca, que la verdad brille por sí sola. Que la norma del cristiano sea el “sí” y el “no”, con transparencia y verdad. Es una invitación a la verdad, a la veracidad en nuestro trato con los demás. Nuestro “sí” y nuestro “no” deberían ser tan creíbles que no hiciera falta ningún juramento. Que no necesitemos añadir “te lo juro” para que nos crean.

Nuestro punto de referencia: Cristo, el Maestro

Es bueno que la comunidad cristiana escuche hoy, en todo el mundo, la doctrina de Jesús sobre estos aspectos de la vida. Una de las características de nuestro tiempo es tal vez la pérdida de la “conciencia moral”, sobre temas tan candentes como la solidaridad fraterna, la justicia social, la moral sexual y la manipulación de la verdad.

Sería poco seriamente motivada nuestra conducta moral si sólo se basara en estadísticas sociales, que en el fondo son modas ideológicas, que normalmente se basan en lo que gusta, lo que hace la mayoría, o en un cierto consenso de la sociedad, que suele situar el “listón” ciertamente muy bajo. El criterio, para los cristianos, no es lo que hacen los demás, o lo que está o no penalizado por la ley vigente, sino en lo que nos ha enseñado Cristo Jesús, que nos invita a ir a la raíz de nuestras acciones.

No sólo nos conformamos con no matar, porque hay otras maneras de matar al hermano, sin sacar la pistola o el cuchillo: no podemos estar peleados con él ni guardarle rencor. No evitamos sólo el adulterio de hecho, sino tampoco consentimos en deseos y concupiscencias que están ampliamente fomentadas por nuestra sociedad. No sólo evitamos los juramentos falsos, sino incluso los lícitos, mientras que fomentamos en nosotros y en torno a nosotros la defensa de la verdad, sin manipularla ni dejarnos manipular con las medias verdades o las falsedades.

Tal vez no sea el caso de desarrollar exhaustivamente cada uno de estos temas, pero sí de hacer ver la exigencia de Cristo, el Maestro que nos ha enviado Dios, que quiere una mayor interiorización de nuestras actitudes en la vida.

Eucaristía y amor fraterno

Puede parecer extraño que Jesús, al comparar la caridad fraterna y la liturgia, o la ofrenda cúllica de unas ofrendas, dé preferencia a la reconciliación con el hermano.

Nos viene bien recordar esto. Porque pudiera ser que en la Eucaristía viéramos sólo la parte “vertical”, nuestra unión con Cristo. Pero también tiene una dirección “horizontal” que le es connatural, la unión con el hermano.

Antes de ir a comulgar con Cristo, hay unas palabras y unos gestos que nos recuerdan una y otra vez que la Eucaristía nos debe hacer crecer también en el amor al hermano. En el Padrenuestro le decimos a Dios que nos perdone como nosotros perdonamos. En el gesto de paz mostramos nuestra voluntad de mejorar en fraternidad también fuera de la celebración. El partir el pan y beber del mismo cáliz nos recuerdan que compartimos al mismo Cristo con nuestros hermanos.

DOMINGO 7 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

“Yo os digo...”

Seguimos leyendo este domingo el sermón de la montaña, con páginas a cual más exigentes y concretas sobre cómo debe comportarse un seguidor de Jesús en este mundo.

El domingo pasado escuchábamos el “yo os digo” aplicado al homicidio o al insulto del hermano, a la fidelidad matrimonial o al divorcio, y al uso de los juramentos. Esta vez se aplica, con la correspondiente profundización y radicalización de la doctrina anterior, a la caridad fraterna, el aspecto que caracteriza más a este domingo.

Se ve muy bien, en las lecturas de hoy, la estrecha relación que se busca entre la primera y la tercera: la lectura del AT anticipa la lección que nos dará Jesús en el evangelio, con muy parecidas motivaciones para el amor fraterno. Podemos decir que así oímos el mensaje como “en estereo”, en relieve.

Levítico 19, 1-2.17-18. Amarás a tu prójimo como a ti mismo

El libro del Levítico contiene, para sus destinatarios primeros, los levitas que cuidan del culto en el Templo, muchas normas referentes a la celebración cúllica. Pero también tiene páginas que invitan a una

vida conforme a la Alianza, sobre todo en la sección llamada “código de santidad” (capítulos 17-26).

La página de hoy nos pone delante a Dios mismo como modelo de nuestra actuación: “seréis santos porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo”. Y aplica en concreto ese ejemplo que nos da Dios a nuestra relación con los hermanos: “no odiarás a tu hermano... reprenderás a tu pariente (la corrección fraterna)... no te vengarás ni guardarás rencor a tus parientes”. Terminando con la que se puede considerar la “regla de oro”: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

El *salmo* insiste en el modelo que representa Dios para los creyentes. El salmo 102 nos presenta de nuevo un retrato muy vivo y positivo de Dios: “el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia...”.

1 Corintios 3, 16-23. *Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios*

Pablo sigue comentando, para sus cristianos de Corinto, el escándalo de las divisiones en una comunidad. La comunidad cristiana es un “templo de Dios” y en ella “habita el Espíritu Santo”. Las divisiones destruyen ese templo.

Pero también insiste en otro de sus temas favoritos, hablando a los griegos, que son conocidos por su prudencia y su sabiduría. Si uno se fía de la sabiduría meramente humana, la sabiduría “según este mundo”, no va a ninguna parte. Entonces sí se producen esas divisiones y cismas: uno es de Pablo, otro de Apolo, otro de Pedro. La “sabiduría de este mundo es necedad ante Dios”. Un cristiano debe buscar la sabiduría de Dios, “haciéndose necio” según el mundo para “llegar a ser sabio” según Dios. Entonces sí que encontraremos la clave para una convivencia serena: “todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios”.

Mateo 5, 38-48. *Amad a vuestros enemigos*

En el sermón del monte continúan las antítesis entre el “se os dijo” y el “pero yo os digo”, esta vez dedicada a la caridad fraterna, en la que

también quiere Jesús que sus seguidores hagan algo “extraordinario”, algo más que la mera justicia.

Espejándose en el modelo supremo, que es Dios Padre, que hace salir el sol sobre justos y pecadores, los seguidores de Jesús tienen que tener un amor universal, no sólo para los hermanos y amigos, sino también para los enemigos. Jesús cambia la “ley del talión”, que es la de “ojo por ojo y diente por diente”. Sus discípulos deben hacer algo mucho más generoso: no devolver mal por mal, presentar la otra mejilla, prestar la capa además de la túnica que le piden, acompañar dos millas, en vez de una.

Más aún: el seguidor de Jesús debe perdonar al enemigo, al que le insulta o denigra. No sólo saluda al que ya le saluda, sino también al que no le saluda.

La medida es asombrosa: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”.

— II —

El primer modelo, el Dios lleno de misericordia

A veces el “modelo” que la Palabra de Dios nos presenta para nuestra relación fraterna lo encontramos en lo que nos dice hoy el Levítico, y que repite también el evangelio en varias ocasiones: “ama a tu prójimo como a ti mismo”. A nosotros sí nos amamos. Se trata de amar así a los demás.

Otras veces, el evangelio nos propone el modelo admirable de Cristo Jesús: “amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Él entregó nada menos que su vida como muestra de su amor.

Pero hoy las lecturas nos presentan un modelo todavía más radical: Dios mismo. Ya la lectura del Levítico nos dice que imitemos la santidad de Dios: “seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo”. El Dios que aparece cercano y salvador es también el todo Santo.

Es Jesús mismo quien nos propone a Dios Padre como modelo: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Como ejemplo de lo que le interesa subrayar hoy, que es la caridad fraterna universal, nos dice que Dios Padre “hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos”, porque es Padre de todos. Así hemos de actuar también nosotros, para ser “hijos de vuestro Padre que está en el cielo”.

El salmo de hoy, el salmo 102 (que vale la pena cantar o leer despacio hoy, por ejemplo en torno a la comunión) es un vivo retrato de Dios: “el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia... él perdona... cura... rescata... colma de gracia y de ternura”.

Tenemos un buen “espejo” en el que mirarnos. A decir verdad, no se puede decir que sea esta la medida a la que refiere su conducta el hombre de hoy: más bien, en todo caso, miramos a actuar de modo que no caigamos en penalización, o de modo que no hagamos daño a nadie, o tal vez que mostremos al menos un mínimo de solidaridad con los demás. Pero ¿pensamos en ser santos como lo es Dios? ¿o perfectos como lo es Dios? ¿le tomamos a él como Maestro y Modelo de nuestra conducta, en concreto para nuestro trato con los hermanos? En verdad las lecturas de hoy nos ponen el listón alto.

Por una parte, hoy reafirmamos nuestra confianza filial en ese Dios que comprende y perdona y está lleno de misericordia. Y, por otra, aprendemos a ser también nosotros, para con los demás, más misericordiosos y comprensivos. No podemos decir que honramos a Dios si luego no imitamos su manera de actuar: lento a la ira, comprensivo, perdonador, rico en clemencia...

Las bienaventuranzas, traducidas en la caridad fraterna

Se puede decir que las recomendaciones que hoy escuchamos a Jesús, que son continuación de aquella lista de bienaventuranzas con la que da inicio su sermón del monte, es precisamente el cumplimiento de estas bienaventuranzas. Aquí se ve quiénes son los “pacíficos de corazón”, o los “obradores de paz” o los “misericordiosos” a los que Jesús llama bienaventurados.

Además, hoy es como si desarrollara aparte la cuarta bienaventuranza: “dichosos cuando os odien y os insulten”. Es la bienaventuranza de los no violentos, de los que no responden con el mal al mal que reciben, sino que saben detener la dinámica de la venganza, de los que rompen la espiral de la violencia y de los contraataques, y saben perdonar. Cosa que evidentemente es rara en este mundo, tanto en el terreno más doméstico como en el socio-político nacional e internacional.

Jesús cambia la ley del talión, en la línea de las bienaventuranzas. Esta ley se llamaba así por la palabra “talis”: tal como ha sido la ofensa debe ser el castigo, sin infligir a nadie un castigo desmesurado, desproporcionado. Ojo por ojo. Diente por diente. Esta ley se puede decir que socialmente era ya un progreso y suponía una justicia equilibrada.

Pero Jesús va mucho más allá: hay que poner la otra mejilla, conceder en el pleito más de lo que pide el adversario, acompañar dos millas al que pide una. No se trata, desde luego, de interpretar al pie de la letra cada uno de estos ejemplos (el mismo Jesús, cuando le golpearon en una mejilla, ante el juez, pidió explicaciones al soldado que le pegó). Sino de aprender la gran lección del amor generoso y de la no violencia.

¿Amar a nuestros enemigos?

Si las bienaventuranzas de Jesús eran sorprendentes, no lo son menos las exhortaciones que leemos hoy, sobre cómo tenemos que comportarnos con los demás, incluso con los enemigos. La enseñanza moral de Jesús es siempre el amor. En el AT se decía que hay que amar al prójimo. La segunda parte del dicho, “aborrecerás a tu enemigo”, no la encontramos en ningún libro, pero se ve que era la interpretación popular complementaria de la anterior.

Es duro lo que nos pide Jesús. Si nos hubiera dicho que no devolvamos mal por mal, o que no nos vengamos, o que no recurramos a la violencia... Incluso si nos dijera que perdonáramos, como hizo él en la cruz... Pero nos dice que amemos a nuestros enemigos, que hagamos el bien a quienes nos aborrecen, que oremos por los que nos calumnian, que pongamos la otra mejilla, que al que nos pide la túnica le demos también la capa. El motivo

es el ejemplo de Dios Padre: “así seréis hijos de vuestro Padre... que hace salir el sol sobre malos y buenos”.

Claro que a algunos tal vez habría que recordarles que amen al menos a sus amigos. Pero eso ya se supone, y aquí Jesús nos invita a seguir adelante. Si nos dejamos interpelar por esta doctrina, tenemos materia para examinar y para cambiar nuestra actuación. El odio y el rencor son malos consejeros. Tenemos que superar esos bloqueos que a veces se producen en nuestro corazón. La no-violencia es la única respuesta para romper la escalada de odio y represalias que nos tienta, tanto en el nivel de las relaciones políticas como en la vida eclesial y familiar.

Por si no queremos entenderlo del todo, sigue el Maestro con su pedagogía siempre concreta. Si sólo amamos a los que nos aman, eso lo hacen todos: “¿qué hacéis de extraordinario?”. Si sólo saludamos a los que nos saludan, eso no tiene ningún mérito: “¿qué premio tendréis?”. Los cristianos deben hacer eso “extraordinario”: saludar al que sabes que está hablando mal de ti. Eso es amor: dar gratuitamente. Lo otro puede ser más bien negocio o comercio interesado.

Todo esto no quiere decir que admitamos el mal o nos quedemos de brazos cruzados ante la injusticia que presenciamos o que algunos cínicos se salgan con la suya, aplastando a los que les estorban. Ni Jesús ni los cristianos permanecen indiferentes ante estas injusticias, sino que las denuncian. Lo que sí se nos pide es que luchemos contra el mal y a favor de la justicia y de la liberación total de las personas, pero sin odio en el corazón, sin violencia ni ánimos de venganza personal. La ley se tiene que cumplir, castigando a los que obran el mal, pero nuestro corazón no se tiene que llenar de rencor ni de deseos de venganza. Hemos de vencer el mal con el amor. Como Cristo, que murió perdonando a sus enemigos en la cruz.

Respetar a la comunidad

Aunque Pablo siga, en su carta a los Corintios, su propia línea de pensamiento, hoy coincide en parte con el mensaje de las otras lecturas, en cuanto a la caridad fraterna dentro de la comunidad cristiana.

Pablo les tachaba en páginas anteriores de inmaduros e infantiles, por las divisiones que se suscitaban entre ellos. Son “sabios según el mundo”, pero no según Dios. Esa sabiduría es necedad a los ojos de Dios. Hoy les dice que la comunidad es un templo de Dios y que en ella habita el Espíritu de Dios. Y que seguir con esas divisiones es ir destruyendo ese templo.

Si aplicaran la verdadera sabiduría, la de Dios, encontrarían un equilibrio mucho más sereno en la comunidad. Se convencerían de que no son unos de Pablo y otros de Apolo, sino todos de Cristo, llegando a la afirmación final de hoy: “todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios”.

Ciertamente irían mejor nuestras comunidades si cumpliéramos lo que decía el Levítico: “no odiarás a tu hermano... no te vengarás ni guardarás rencor a tus parientes, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Y, sobre todo, si cumpliéramos las consignas de Jesús sobre la generosidad con el hermano y el perdón al enemigo.

También hemos de tener en cuenta lo de la corrección fraterna: o sea, que nuestro silencio no sea cómplice del mal. Amar no significa siempre callar. El silencio a veces sería colaboración con el mal. A veces el amor incluye, como nos dice el Levítico, la corrección fraterna: “reprenderás a tu pariente para que no cargues tú con su pecado”. Unos padres no pueden quedar indiferentes ante los malos caminos de los hijos, y los hijos deben saber decir también una palabra oportuna a los padres, y lo mismo en la comunidad parroquial o en la religiosa. Amar no significa cruzarse de brazos y renunciar a una posible acción de ayuda al hermano. Eso sí, no desde la agresividad, sino desde el amor.

Todas estas enseñanzas, tanto del AT como del evangelio, parecen indicar que hay que empezar a practicar ese amor precisamente con los de casa, con los más cercanos, que son los que más motivos y ocasiones nos dan de practicarla. Saber tener paz y construir clima de paz y comprensión en la familia, en el equipo de trabajo, en la comunidad religiosa y en la parroquial, y no dar importancia a pequeñeces, sobre las que discutimos a veces perdiendo el humor y la paz.

Todo ello pide gestos concretos: no teorías o palabras bonitas. Amar a los hermanos que viven con nosotros y forman comunidad. Acompañar dos

millas al hermano que lo necesita: como el Cirineo que ayudó a Jesús a llevar la cruz.

El que mejor cumplió el ejemplo de ese Padre que es “perfecto” y “hace salir el sol sobre todos” fue Jesús mismo, que si por alguien mostró preferencias fue por los pobres, los débiles, los marginados, los pecadores, los que no le podían devolver nada por lo que él les daba. Y al final entregó su vida por todos y murió perdonando a los que le crucificaban.

Esa es la clave para construir una sociedad –eclesial o civil– más fraterna. Nosotros no haremos llover ni salir el sol, pero sí podemos ofrecer buena cara a todos, y acoger y ayudar y decir palabras amables y, cuando haga falta, perdonar. Aunque en la comunidad seguro que hay personas de otro temperamento, carácter, cultura, gustos, opiniones y manías, nosotros, los seguidores de Jesús, recordamos en esas ocasiones que somos discípulos de Jesús y que hemos de imitar el amor universal de Dios. Porque cuando los demás nos resultan simpáticos y nos interesa su amistad, no hace falta recordar ninguna consigna.

¿Una utopía?

Nos damos cuenta una vez más de que ser discípulo y seguidor de Cristo no es fácil. Que en esta escuela hay una asignatura que realmente es cuesta arriba. Porque a todos nos resulta difícil amar a los demás, sobre todo perdonar a los demás, y hacer el bien cuando recibimos mal. Espontáneamente tendemos a devolver mal por mal. Cuando perdonamos, no acabamos de olvidar, dispuestos a echar en cara su falta al que nos ha ofendido. Esta página del sermón de la montaña es de esas que tienen el inconveniente de que se entienden demasiado. Lo que cuesta es cumplirlas, adecuar nuestro estilo de vida a esta enseñanza de Jesús, que, además, es lo que él cumplía el primero.

¿Estamos dispuestos a “poner la otra mejilla”, a prestar más de lo que nos piden, a recorrer con el hermano una segunda milla además de la que él nos pide? ¿estamos dispuestos a amar al enemigo? En verdad Jesús nos pone el listón de nuestra conducta muy alto. Cuando nos sentimos ofendidos, tenemos una doble opción: o adoptar una postura de venganza más o

menos declarada, o bien perdonar, encajando con humildad lo que haya habido de ofensa.

La enseñanza de Jesús, y su propio ejemplo, nos hace pensar y nos interpela, nos propone una nueva manera de vida, distinta de la de los que no tienen fe, un estilo de actuación que va más allá de lo legal y de lo justo, y que se basa en el amor gratuito. Un estilo que ciertamente no es el que vige en este mundo. El cristiano debe ser distinto: saluda a los adversarios, presta gratuitamente, no responde con contraataques. No se trata de “poner la otra mejilla” literalmente, pero sí de aprender el espíritu de reconciliación, sin albergar sentimientos de represalia (“el que me la hace me la paga”), sino cortando las escaladas del rencor en nuestro trato con los demás.

¿Somos capaces de perdonar hasta setenta veces siete, como Jesús contestó en cierta ocasión a Pedro? Al mismo Pedro le tuvo que mandar que devolviera la espada a la vaina, porque no es con la violencia como se arreglan las cosas. ¿Somos personas que guardan su rencor durante días y años? ¿O somos de buen corazón, y procuramos que se enfríe nuestro disgusto rápidamente y deshacemos la espiral de la violencia? ¿Somos capaces de saludar al que no nos saluda, de poner buena cara al que sabemos que habla mal de nosotros, de tener buen corazón con todos?

La Palabra de hoy no nos debe dejar indiferentes. Si nos deja “en paz” es que no la hemos escuchado bien. Porque en verdad es exigente y paradójica.

DOMINGO 8 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Invitación a la confianza en Dios

El evangelio de hoy es realmente “provocador”. En un mundo como el nuestro, a algunos les puede parecer hasta escandaloso hablar de los pájaros del cielo que encuentran comida y de las flores que se visten de colores y de la confianza que hay que tener en la bondad de Dios,

Esta página debe resultar difícil de entender a los que están en el paro, a los que a duras penas logran hacer cuadrar sus cuentas a fin de mes, por lo que cuesta la comida y los vestidos y los libros de la escuela, y sobre todo a los millones de personas que pasan hambre en el mundo.

Pero estamos leyendo la enseñanza central de Jesús en su sermón del monte. ¿Sigue siendo válida esa enseñanza? ¿cómo la tenemos que leer?

Isaías 49, 14-15. *Yo no te olvidaré*

El breve pasaje de hoy, que es el final de uno de los “poemas del Siervo de Yahvé”, está tomado de la segunda parte del libro de Isaías, atribuida a un “segundo Isaías” (cc. 40-55, llamados “el libro de la consolación”).

Es breve pero intenso. Es un canto al amor que Dios tiene para con su pueblo, a pesar de sus extravíos. Podríamos suponer que una madre se

olvidara de su hijo –cosa que el profeta presenta como muy improbable– pero de lo que podemos estar seguros es de que Dios no lo hará: “pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré”.

El *salmo*, naturalmente, hace eco a esa convicción: “descansa sólo en Dios, alma mía”. Para el salmista Dios es roca y salvación, alcázar seguro, esperanza y refugio.

1 Corintios 4, 1-5. *El Señor pondrá al descubierto los designios del corazón*

Es la última página que leemos este año de la carta de Pablo a los Corintios. En los ciclos B y C continuaremos proclamando capítulos sucesivos.

En la comunidad de Corinto había, como veíamos ya en domingos pasados, divisiones y “partidos” eclesiales. Pero estaban también en ella los ministros ordenados, entre ellos, él, Pablo. Se ve que era un tema candente.

Para él los ministros deben ser “servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios”, y por tanto fieles a esa misión que han recibido. Si alguien quiere juzgar a esos ministros, tendrá que ser con mucha discreción, sin precipitaciones. Él, Pablo, está tranquilo en conciencia delante de Dios, que es quien en definitiva nos juzgará a todos, y en particular a los ministros: “mi juez es el Señor”. Los demás no tienen el juicio definitivo: “no juzguéis antes de tiempo... dejad que venga el Señor ... él pondrá al descubierto los designios del corazón”.

Mateo 6, 24-34. *No os agobiéis por el mañana*

Seguimos con el sermón de la montaña. Ahora Jesús nos invita a no agobiarnos por lo material: la comida, el vestido, la duración de nuestra vida. Y a dar importancia a lo principal: el Reino de Dios y su “justicia”. La raíz está en la primera afirmación: no podemos “servir a dos señores, Dios y el dinero”.

Jesús pone unas comparaciones que pudieran parecer demasiado poéticas:

los pájaros del cielo que encuentran comida y las flores del campo que se visten mejor que los reyes. Y todo, porque Dios lo ha dispuesto así. ¡Cuánto más no hará con nosotros!

Termina con una recomendación entre humana y religiosa: no tenemos que preocuparnos excesivamente del mañana, porque “a cada día le bastan sus propios disgustos”.

— II —

¿Podemos confiar en Dios?

Muchos cristianos han tenido y siguen teniendo dudas sobre la cercanía de Dios y su amor para con nosotros, sobre todo en tiempos de oscuridad en que se acumulan las desgracias personales o comunitarias. También ahora puede uno pensar, como en tiempos del destierro que sufrían los contemporáneos de Isaías: “me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado”. Dios, a veces, parece ausente, callado, olvidadizo.

La respuesta nos la ha dado ya Isaías: aunque una madre se pudiera olvidar del hijo de sus entrañas, Dios no se olvida nunca de los suyos. El salmo ha insistido: “confiad en él, desahogad ante él vuestro corazón”.

En la página del evangelio que hemos escuchado hoy Jesús llama dos veces a Dios “vuestro Padre”, y nos asegura que si cuida con ese mimo a los pájaros y a las flores del campo, “¿no hará mucho más por vosotros?”, y que “ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso”.

En la Biblia aparece Dios, a veces, con rasgos maternos. La comparación que hace Isaías de Dios con una madre, representa un vivo retrato de cómo es Dios ya en el AT. Se hizo famoso el papa Juan Pablo I cuando afirmó que Dios “más que Padre, es Madre”. Con ello reflejaba las páginas en que en la Biblia aparece dibujado ese “rostro maternal de Dios”, como cuando Jesús se compara a sí mismo a una gallina que cobija a sus polluelos.

En el NT se acentúa más todavía el amor de Dios. Hasta la valiente afirmación que llega a hacer Juan en sus cartas, al decimos con convicción que “Dios es Amor”.

Muchas veces no sabremos explicar cómo Dios puede permitir o no remediar tanto mal como hay en el mundo. Hoy, las lecturas, no pretenden darnos respuesta a estos interrogantes. Sí nos invitan a confiar en Dios. Y Cristo nos ofrece otros criterios de conducta que ciertamente darían más paz a nuestra vida.

No os agobiéis por qué comeréis y cómo vestiréis

¿Sigue siendo válida esta llamada a la confianza en Dios en nuestro mundo de hoy?

Jesús nos da pistas para nuestra actuación de creyentes. Unas pistas y consignas que pueden parecernos poco convenientes en el mundo de hoy, donde estamos enfrascados en una lucha, a veces cruel, por la supervivencia. Pero él nos invita a confiar en Dios, en oposición a la excesiva preocupación por el dinero.

Empieza diciendo que no podemos servir a dos señores: Dios y el dinero (Dios y Mammon). “Servir” es un verbo fuerte. Es como “pertener”, obedecer en todo. La postura de Jesús frente a las riquezas y los ricos es bastante negativa, a lo largo de todo el evangelio. Quiere enseñarnos que las riquezas no deben ser nuestra obsesión, que no son la meta fundamental, que hay otras cosas más importantes.

Lo que sigue es consecuencia de eso (“por eso os digo”). Jesús nos invita a no agobiamos ni por la comida ni por el vestido, dos de las cosas que más nos preocupan siempre. Pone el ejemplo de los pájaros, que comen porque Dios les ha puesto el instinto de buscar y encontrar comida para sí y para sus polluelos, y el de las flores, que también saben sacar de la tierra la hermosura que les caracteriza. En la naturaleza misma se ve cómo Dios ha puesto en principio un equilibrio sano, que deberíamos saber imitar.

El verbo que aquí más se repite y se subraya es el de “no os agobiéis” (hoy sería el equivalente del “estrés”). Naturalmente que hay que comer y vestirse, y buscar cómo dar de comer y de vestir a los nuestros. Pero sin agobio. Es como una explicitación de la primera bienaventuranza: “bienaventurados los pobres”.

No es una invitación a la ociosidad

Ciertamente no nos está aquí Jesús invitando a no hacer nada, fiándonos de que ya lo hará Dios todo. No está predicando una confianza pasiva en la providencia de Dios, olvidando el trabajo y la búsqueda de lo necesario en esta vida, pensando en que nos alimente la sociedad o que haga milagros la providencia de Dios.

Baste recordar la parábola de los talentos, que hay que saber hacer fructificar. Ya desde el Génesis suena lo de que “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Pablo dijo que “el que no trabaja, que no coma”.

Sería una falta de responsabilidad descuidar la preocupación por el bienestar de la familia. Pero Jesús no ha dicho “no os preocupéis”, sino “no os agobiéis”. No es una invitación a la ociosidad, sino a evitar la angustia, el excesivo afán de tener y poseer. Sobrevivir es bueno y obligatorio. Lo que aquí desautoriza Jesús es esa otra carrera en la que a veces somos tentados de participar, por poseer cada vez más: un afán que nos hace poner tristes porque no hemos conseguido el coche de la última marca que están anunciando. También se puede ser feliz con la penúltima.

También nos conviene hacer caso del consejo último, que debe ser como un proverbio del tiempo y pertenece a la filosofía popular de todas las culturas: a cada día le bastan sus propios disgustos, y no vale la pena adelantar las angustias que pensamos que nos sucederán mañana. Viviríamos con mayor serenidad interior y podríamos ser igualmente eficaces, o más, en nuestros asuntos.

Es una invitación a buscar lo principal en esta vida...

Jesús nos dice que vivamos de una manera más serena y no hagamos de lo material la obsesión de nuestras vidas y que sepamos dar a cada cosa la importancia que le toca. Que sepamos sobreponernos a esa frenética carrera consumística a la que nos invita el mundo, despertando continuamente en nosotros necesidades superfluas.

Hay cosas más importantes que la comida y el vestido, como nuestro propio cuerpo y nuestra vida. También la convivencia, la amistad, los

“ratos perdidos” con los nuestros, y la capacidad de gozar de las cosas más sencillas y profundas que nos ofrecen la vida y la naturaleza.

El dinero lo necesitamos. Pero debemos “servirnos” de él, no “servirle a él”. Que no se convierta en un ídolo, en un dios al que levantamos altares y le servimos, como los israelitas, al pie del monte Sinaí, ante el becerro de oro que se fabricaron. Pablo llama varias veces “idolatría” a la codicia de dinero (cf. Ef 5,5 y Col 3,5).

Que el dinero no se convierta de medio en fin. Que no se nos pegue al corazón. Que el corazón quede libre. Porque el dinero puede ofuscar nuestra vista y bloquear nuestra libertad interior. Recordemos el aviso de Jesús a los que se dejan llevar de este afán obsesivo de las riquezas: es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que no un rico pueda entrar en el Reino. En un pasaje anterior del sermón de la montaña, que no hemos leído en la selección de estos domingos, advertía Jesús de que “donde está tu tesoro allá estará también tu corazón” (Mt 6, 21).

Sería una pena que la excesiva obsesión por el dinero nos quitara el amor, el humor, los sentimientos más humanos. Que no tuviéramos tiempo para reírnos, para jugar, para pasear, para perder el tiempo con la familia o la comunidad o los amigos.

... sobre todo el Reino de Dios y su justicia

Dentro de esta jerarquía de valores que un creyente debe saber respetar, Jesús nos dice que debemos buscar con ahínco el Reino de Dios y su justicia. O sea, que demos prioridad a las cosas de Dios, a ese mundo nuevo que ha venido a instaurar Jesús, ese orden de cosas en el que adoptamos la actitud justa ante Dios y también ante los hermanos: un mundo más justo y más amable, más respetuoso de Dios y del hermano.

También aquí vale lo de “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” y lo de “a Dios rogando y con el mazo dando”.

“Todo lo demás se nos dará como añadidura”. Todo lo demás, no es que podamos descuidarlo, pero es relativo. Hay que recordar la primera de las bienaventuranzas: “bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino

de los cielos". En rigor, todo el sermón del monte es como un desarrollo y una traducción a la vida concreta de la lista de bienaventuranzas.

El domingo, por ejemplo, ciertamente nos invita al descanso personal, a una cierta relajación incluso mental, y a disfrutar de la vida de familia o de los "hobbies" deportivos y culturales que podamos apetecer, pero también nos invita a celebrar la Eucaristía con la comunidad, y a unos momentos de oración en el seno de la familia. O sea, a vivir ese día de descanso desde la perspectiva humana, y a la vez la cristiana, que se alegra por el triunfo pascual de Cristo y lo siente presente en su vida.

Eso es buscar el Reino de Dios y las cosas del espíritu, relativizando en su justa medida los bienes materiales, en un equilibrio sereno que es el que nos enseña Jesús.

Los ministros en la comunidad

Otro tema que aparece en las lecturas de hoy y que merece nuestra atención es el de los ministros. Los ministros son, en la comunidad, servidores de Cristo y administradores fieles de los misterios de Dios. Por tanto, deben ser "fieles", porque no son dueños, sino administradores. No son protagonistas, no es su palabra la que salva. Predican una palabra que no es suya, sino de Dios.

Los ministros son ciertamente conscientes de que la suya es una misión difícil, de la que serán juzgados por Dios. El prestigio que puedan tener entre los fieles es, para Pablo, sólo relativamente importante. Es el juicio de Dios lo que importa. Él dice que está tranquilo en su conciencia, y se remite a ese juicio de Dios. El juicio de los corintios parece superficial, a juzgar por sus divisiones. Si a un ministro le alaban por algún motivo, no por eso es necesariamente bueno. Si le critican, no por eso es necesariamente malo.

No es que Pablo no admita ninguna crítica a la labor de los ministros. Él mismo ejerció esta crítica con Pedro, en el episodio de Antioquía, porque juzgó que con su manera de actuar llevaba a engaños a otros. Es un caso explícito de "corrección fraterna", que, naturalmente, también debe admitir el mismo Pablo. En efecto, muchas veces se muestra humilde, respecto a su persona.

Pero lo que no admite es que alguien ponga en peligro la credibilidad del evangelio o intente destruir, con una crítica negativa, la vida de la comunidad. Como cuando dirige palabras muy serias a los judaizantes que en la comunidad de Galacia quieren hacer dar un paso atrás a los fieles en su fe en Cristo, volviendo a la ley de Moisés.

Es una buena ocasión para que los encargados de una comunidad se examinen a sí mismos: no son sino administradores y servidores de unos bienes que pertenecen a Dios y a toda la comunidad. En este ministerio harán bien en no fiarse demasiado de la opinión que ellos tienen de sí mismos, ni tampoco depender obsesivamente del juicio que merezcan a los demás. Sino ponerse sinceramente en la presencia del Dios que es el justo juez. Por eso Pablo dice estar tranquilo porque la conciencia no le remuerde ante Dios.

¿Qué buscamos en nuestro trabajo de ministros: el aplauso humano o el de Dios? Es el juicio de Dios, que escruta nuestro corazón, el que nos debe preocupar.

DOMINGO 9 DEL TIEMPO ORDINARIO

—I—

Termina el sermón de la montaña y empieza la carta a los Romanos

Dos cosas caracterizan este domingo, en cuanto a las lecturas bíblicas. Por una parte, terminamos la selección que hemos ido escuchando durante seis domingos del sermón de la montaña, y lo hacemos con unas consideraciones finales de Jesús: el que edifica su casa sobre la Palabra de Dios ese construye sobre roca.

Por otra parte, damos comienzo a la lectura semicontinua de una de las cartas más importantes de Pablo: la de los Romanos, que vamos a ir leyendo nada menos que durante 16 domingos de este ciclo A. Vale la pena que, para ayudarnos en nuestra lectura y meditación y, sobre todo, los que tienen que predicar, en la preparación de la homilía, leamos alguna introducción sustanciosa de esta carta de Pablo.

Deuteronomio 11, 18.26-28.32. *Mirad: os pongo delante bendición y maldición*

Deuteronomio es una palabra griega que significa “segunda ley”. Este libro es el último de los cinco del Pentateuco. Contiene la despedida de Moisés al final de la travesía del desierto.

Moisés presenta a los israelitas una alternativa, dos caminos por los que

ellos tendrán que decidir: uno lleva a la maldición, y otro a la bendición. Depende de si quieren escuchar o no “los preceptos del Señor”, o sea, si son fieles a la Alianza que han sellado con Yahvé al pie del Sinaí o si prefieren “ir detrás de dioses extranjeros”, cuya moral es mucho más permisiva, pero que no pueden conducir a la salvación.

El *salmo* quiere afianzar esta actitud del creyente: “sé la roca de mi refugio, Señor”. El salmista opta claramente por Dios y está seguro que nunca quedará defraudado. Lo de la “roca” anticipa de alguna manera lo que va a enseñar Jesús en el evangelio: el hombre prudente debe edificar la casa sobre roca, y no sobre arena.

Romanos 3, 12-15a. 28. *El hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley*

Roma era para Pablo un punto de referencia importante. Había predicado el evangelio en el Mediterráneo oriental y ahora quería llegar hasta las tierras de España, en el occidente (cf. Rm 15,28), pero, sobre todo, estaba fascinado por la idea de ir a Roma, la capital del imperio, metrópoli mucho más importante que Corinto o Antioquía o Éfeso.

Esta carta la escribió Pablo desde Corinto, hacia el año 58, a los cristianos de Roma, que no conocía personalmente, porque su escrito es anterior a su estancia en Roma. Es una carta de madurez, de alta teología en sus primeros capítulos y de orientaciones espirituales en los últimos.

Su idea central es que nos salvamos por la fe en Cristo Jesús, y no por la Ley del AT. Es esta una de las afirmaciones que más repite siempre Pablo: todos, tanto los judíos como los paganos, “son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús”.

Mateo 7, 21-27. *La casa edificada sobre roca y la casa edificada sobre arena*

El sermón de la montaña termina con unas exhortaciones de Jesús a que escuchen sus palabras y las pongan por obra, porque son la garantía del éxito en la vida.

“Aquel día”, el día del juicio, no valdrá apelar a que conocemos la Palabra de Dios, o que “hemos profetizado” en su nombre, o que “hemos expulsado demonios” o incluso que “hemos hecho muchos milagros”. Lo importante es si hemos “puesto en práctica” o no esa Palabra.

Ahí está la verdadera sabiduría. El que escucha esa Palabra y la cumple edifica su casa sobre roca firme. El que no, edifica sobre arena. Con las consecuencias que se pueden esperar y que Cristo describe con detalles expresivos.

– II –

Sabios a la hora de construir

Jesús nos invita a ser sabios en la construcción de nuestra casa, de nuestra personalidad, de nuestro futuro.

Cuando emprendemos la tarea de construir un edificio material, ponemos mucho cuidado en elegir bien los materiales y edificar siguiendo las leyes de una sabia arquitectura. Si no, nos exponemos a que cualquier terremoto, por pequeño que sea, o una inundación, o sencillamente el peso del edificio, den al traste con toda la construcción.

Lo mismo pasa en otros órdenes de cosas. No se puede construir una familia o una comunidad con fundamentos falsos, “sobre arena”. No es sólida una amistad fundada en intereses o en apariencias superficiales. No se puede educar a los hijos o a los alumnos descuidando los valores básicos de la vida y llevándoles a poner su confianza en otros que no les llevarán a nada estable.

La Palabra de Dios nos invita a ser sabios en las cosas más importantes, las que atañen a nuestra personalidad de creyentes y a nuestro futuro. No se edifica una sólida personalidad humana o cristiana sobre unas bases agradables a primera vista pero faltas de profundidad, que ofrecen un camino fácil, con ventajas a corto plazo, pero que no tienen consistencia a los ojos de Dios y no nos van a llevar a la salvación.

Ya en el AT daba Moisés a los suyos una consigna muy clara: para ser sabios y tener éxito en la vida, tienen que escoger entre la “bendición” que supone seguir los caminos del Señor, o la “maldición” que nos va a acarrear olvidar esos caminos y seguir otros, los “de los dioses extranjeros”, que son más halagüeños, pero que conducen a la perdición.

“Hacer”, y no sólo “decir”

Jesús nos pone claramente ante una alternativa: construir sobre roca o sobre arena, con las consecuencias que fácilmente se pueden suponer.

Nos dice dónde está el fundamento sólido, la “roca”, sobre la que edificar nuestro futuro: sobre la Palabra de Dios, como contrapunto a tantas otras palabras humanas que nos pueden seducir, pero que son palabras vacías.

Eso sí, para Jesús, no basta conocer esa Palabra, o decirla o predicarla. Lo que da solidez es el cumplirla. No valen, por admirables que parezcan, ni los carismas de profecía o del exorcismo, ni los milagros. Lo que cuenta es si hemos llevado a la práctica la Palabra que él nos ha enseñado. A los que han escuchado su sermón de la montaña les da precisamente esta última recomendación: que traduzcan a sus vidas lo que acaban de escuchar.

Lo cual va también para nosotros, los cristianos de hoy, que escuchamos tantas veces lo que Dios nos dice y podríamos quedar ya tranquilos con ello, o sentirnos conformes con estar bautizados, o con algunas prácticas que nos parecen aseguradoras de premio. Pero ¿creemos de veras lo que nos dice esa Palabra, hasta el punto de ir la traduciendo en nuestra conducta?

Una de las cosas que más reprochaba Jesús a los fariseos es que sabían muy bien la Ley, pero no la cumplían. Hasta el punto de que tuvo que aconsejar a sus oyentes que hicieran lo que los maestros de la Ley “decían”, pero que no imitaran lo que “hacían”, porque no cumplían ellos mismos lo que enseñaban.

En las primeras comunidades debió haber personas que alardeaban de sabias y pontificaban a sus anchas, con palabras que parecían carismáticas y convincentes. Se nota en varios capítulos de las cartas de Pablo o en la de Santiago, y aquí en el evangelio. Eran profetas falsos, y su conducta distaba

mucho de lo que decían saber. Se buscaban a sí mismos. Se escuchaban a sí mismos, y no a Dios.

También nosotros solemos ser mucho más ricos en palabras que en hechos. Organizamos congresos, escribimos libros, celebramos fiestas y sabemos decir palabras muy bonitas. Pero luego no hacemos lo que decimos.

La antítesis, según Jesús, está entre los verbos “decir” y “hacer”. El que dice y no hace es como un árbol frutal que enseña muchas hojas pero muy pocos frutos.

Roca y arena

La verdadera sabiduría está en la conducta, no en lo mucho que sabemos o lo bien que hablamos. Santiago, en su carta, compara a los falsos sabios con las personas que se miran al espejo, pero luego, aunque hayan notado algunos defectos o manchas en su cara, se olvidan y no corrigen aquello que han visto.

El que nos enseña la auténtica sabiduría es Jesús, cuyas enseñanzas muchas veces se expresan a base de símbolos y comparaciones: una casa, una roca, el temporal, la arena, los cimientos. Jesús quiere que construyamos sobre roca sólida, con verdadera sabiduría.

El que construye sobre la ideología de moda o sobre lo que dicen las estadísticas, ese no construye sobre roca y su casa no tendrá solidez ni garantías. Si nuestra fe se basa en apariciones, en gustos, en tradiciones familiares o sociales, o en un cierto sentido religioso de miedo o de interés, estamos edificando sobre arena, sobre motivaciones superficiales. Llegará la tormenta o la inundación, llegarán las dudas y las épocas en que no nos convencen aquellas motivaciones basadas en el sentimiento, y no se mantendrá el edificio de nuestra personalidad cristiana o de nuestra vocación o de nuestra fidelidad a Dios. Se vendrá abajo, a veces con estrépito. No se puede construir nada duradero sin buenos fundamentos.

Si construimos sobre algo sólido, sobre roca, sobre la Palabra que Cristo Jesús nos va transmitiendo día tras día, domingo tras domingo, y sobre el proyecto que Dios tiene sobre nuestras vidas, tendremos tal vez las mismas

dificultades –las mismas lluvias y crecidas de los ríos y vientos– pero seguro que, con la ayuda de Dios, encontraremos apoyo contra todas ellas y se mantendrá el edificio de la vocación, de la fe personal, de la integridad de la familia.

Es Cristo quien salva, no la Ley

La tesis que empieza hoy a desarrollar Pablo, en su carta a los Romanos, de que es Cristo quien salva, y no la ley del AT, puede parecernos un poco extraña a nosotros. No parece, a primera vista, nuestro problema.

Sin embargo, puede ser que tengamos el peligro de caer en una tentación equivalente. ¿Nos sentimos seguros cuando “cumplimos” la ley, cuando nos consideramos “cristianos practicantes”? ¿tenemos, al menos en el subconsciente, la idea de que estamos “ganándonos” la salvación por los méritos que vamos acumulando ante Dios al cumplir sus mandatos?

Es verdad que hoy en día no es muy popular recomendar que se “cumplan los mandamientos”. Pero tanto Moisés, a los israelitas, como Jesús a sus seguidores, nos lo han dicho claramente: “si escucháis los preceptos del Señor vuestro Dios”, tendréis “la bendición”; “no el que dice: Señor, Señor, sino el que escucha estas palabras mías y las pone en práctica”. Edificar sobre otros criterios puede ser más fácil pero no es más sabio, y nos llevará a la ruina.

La tesis de Pablo nos ayuda a ser un poco más humildes, sabiendo que es Dios nos salva por su amor y por la entrega generosa de su Hijo en la cruz.

Eucaristía: a la escuela de Jesús

Está bien que cada uno de nosotros se examine y responda con sinceridad a esta pregunta: ¿sobre qué bases estoy edificando mi personalidad? Domingo tras domingo, o día tras día, acudimos a la “escuela” de Jesús, el Maestro que Dios nos ha enviado. Él es la roca sobre la que debemos edificar nuestro futuro, la piedra angular de todo edificio que quiera ser duradero.

Pero lo que él dijo a sus oyentes al final del sermón de la montaña, nos lo dice a nosotros, que le escuchamos tantas veces. No basta con que oigamos, o incluso que recemos y digamos “Señor, Señor”, o que hagamos milagros: tenemos que ir aplicando a nuestra vida lo que escuchamos, la respuesta que Dios va dando a las preguntas de la humanidad. No tiene que haber divorcio entre lo que decimos y cantamos y lo que luego hacemos.

DOMINGO 10 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Cristo elige a un “pecador” para el grupo de sus apóstoles

Hoy escuchamos, en el evangelio, la llamada de Mateo, cobrador de impuestos, para pertenecer al grupo de los apóstoles, con el consiguiente escándalo por parte de los fariseos, y la respuesta de Jesús: “no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos”. A raíz de esta discusión cita Jesús al profeta Oseas –que, por ello, leemos como primera lectura– cuando dice: “misericordia quiero, y no sacrificios”. Se va acentuando la oposición de Jesús respecto a los maestros de la ley de su época. Oposición que acabará en la cruz.

Por otra, Pablo, en la carta de los Romanos que comenzamos a leer el domingo pasado, toma a Abrahán como ejemplo y modelo de su tesis fundamental: es la fe la que nos salva, la fe en Cristo Jesús.

Oseas 6, 3-6. *Quiero misericordia y no sacrificios*

Oseas actuó a mediados del siglo VIII antes de Cristo, en un período de profunda crisis política y religiosa, bajo el reinado de Jeroboam, antes del destierro que sufrieron los habitantes del reino del Norte (Israel).

En los capítulos 4-13, el profeta urge al pueblo a que caminen según la Alianza que han firmado con Yahvé, y no según los dioses falsos. Que se

esfuerzen por “conocer” a Dios, o sea, que se den cuenta de su voluntad sobre nuestras vidas y se dispongan a cumplirla. Entonces, sí, “amanecerá la aurora y bajará sobre nosotros como lluvia temprana...”.

Aquí es donde Oseas afirma lo que luego Jesús citará varias veces en su enseñanza. Dios asegura a su pueblo que el culto que le rinden –oraciones, fiestas, sacrificios– no vale si no va acompañado de obras de caridad fraterna y de justicia: “quiero misericordia, y no sacrificios; conocimiento de Dios más que holocaustos”. Dios nos llena de su amor y, como respuesta, quiere que también nosotros vivamos sobre todo el amor a los demás.

El *salmo* insiste en los mismos pensamientos: “al que sigue buen camino, le haré ver la salvación de Dios”. También aquí dice Dios a sus fieles que lo principal no son los sacrificios, sino la conducta: “no te reprocho tus sacrificios... ofrece a Dios un sacrificio de alabanza y cumple tus votos”.

Romanos 4, 18-25. *Se hizo fuerte en la fe, dando con ello gloria a Dios*

Para ilustrar la que es su tesis central –que lo que nos salva es la fe en Cristo Jesús– Pablo trae como ejemplo y modelo al patriarca Abrahán.

Abrahán que, cuando fue llamado por Dios, era un pagano, tuvo el mérito de creer: “creyó contra toda esperanza... no vaciló en la fe”. Creyó que se podían cumplir las dos promesas que Dios le hacía, ambas increíbles de entrada: que tendría descendencia, siendo tanto él como su mujer Sara muy ancianos, y que le daría en posesión esta tierra en la que ahora entraba.

“Ante la promesa no fue incrédulo, sino que se hizo fuerte en la fe”, creyó que Dios podía sacar vida de donde no había, y esto “le fue computado como justicia”. Lo mismo nosotros, nos salvaremos “si creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús”.

Mateo 9, 9-13. *No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*

Terminada, el domingo pasado, la lectura seleccionada del sermón de la montaña, y saltando bastantes episodios intermedios, leemos hoy la llamada vocacional de Mateo y las consecuencias que tuvo en su ambiente.

La vocación misma, y la rápida respuesta de Mateo –a quien Marcos y Lucas llaman Leví–, se narran en pocas palabras. En lo que se detiene el evangelio es en la comida que siguió, y en la que se sentaron a la mesa varios compañeros de oficio de Mateo, o sea, publicanos, recaudadores de impuestos. No es extraño que los fariseos se escandalizaran, ellos, que se consideraban “los justos”: ¿cómo puede Jesús sentarse a la mesa con los “pecadores”?

La respuesta de Jesús es programática, como un resumen de todo su evangelio: ha venido a salvar a los pecadores, no a los justos. Como el médico está para los enfermos, y no para los sanos. Aquí es donde cita Jesús a Oseas: “misericordia quiero, y no sacrificios”.

– II –

Jesús elige a uno considerado “indeseable” por la sociedad

El profeta Oseas habla continuamente en su libro del amor que Dios tiene a su pueblo, a pesar de lo pecador que este era. Esta relación la compara con la del esposo (Dios) y la esposa (Israel). Dios se distingue siempre por su misericordia: él comprende, está cerca, perdona, es como “el amanecer y la aurora, y su sentencia surge como la luz”.

Pero donde vemos más claramente la lección de la misericordia universal de Dios es en Cristo Jesús, a lo largo de toda su vida, y, en concreto hoy, en la llamada que hace a Mateo, para formar parte del grupo de sus apóstoles. Se entiende, en el ambiente de entonces, el escándalo de los fariseos por el episodio de Mateo: no tanto por la llamada a formar parte del grupo de seguidores de Jesús, sino porque este se sentara a la mesa con los publicanos.

Mateo era publicano, un funcionario (en este caso probablemente secundario) que recaudaba impuestos al servicio de los romanos, o sea, de la potencia extranjera que en aquellos momentos ocupaba Palestina.

Seguramente en Cafarnaún, lugar fronterizo, habría más oficinas de estos impuestos y tasas de aduanas que en otras poblaciones. Mateo estaba sentado en ese “mostrador” o “telonio”, y respondió sin dudarle a la llamada de Jesús.

Los publicanos eran mal vistos en la sociedad: por recaudar impuestos –que siempre resulta odioso–, por hacerlo para los romanos, y seguramente también porque ejercían ese oficio con poca honradez, enriqueciéndose indebidamente (basta recordar el episodio de Zaqueo, otro publicano con el que Jesús comparte mesa y que llegó a reconocer en la “sobremesa” que había estafado a diversas personas). No es raro que se les enumere frecuentemente junto con los “pecadores” y las “prostitutas”.

Jesús no aprueba el pecado, ni las injusticias, ni las posibles trampas. Pero atiende a todos. Ha venido a salvar a todos, sobre todo a los pecadores. Precisamente porque los publicanos son “pecadores” en la opinión pública, así como las prostitutas, extrema Jesús para con estas personas su atención y su cercanía, buscando su salvación.

Una buena lección para nosotros, que tal vez perseguimos, sin darnos cuenta, una Iglesia “elitista” y perfecta.

El amor, por encima de los sacrificios

Con motivo de este episodio es cuando Jesús cita al profeta y afirma que hay que tener un corazón misericordioso y tolerante, y que esto es más importante que los sacrificios que uno pueda ofrecer a Dios.

Lo más fácil, para sentir una cierta seguridad en nuestro ánimo, es ofrecer una limosna, o ir a Misa, o hacer alguna ofrenda. Era, por lo que se ve tantas veces en los profetas y en el evangelio, la tentación del pueblo de Israel: dar importancia a los ritos externos, a las oraciones y ayunos, y en concreto a los sacrificios de dinero o de animales que ofrecían en el Templo, y no cuidar las actitudes internas de fe.

El profeta les echa en cara a los judíos de su tiempo, con unas comparaciones muy expresivas, que sus oraciones y sacrificios los hacen puntualmente, pero que “su misericordia es como nube mañanera, como rocío de

madrugada que se evapora” rápidamente. Oseas quiere que crezcan en “conocimiento de Dios” y en “misericordia” para con el prójimo.

También Jesús parece relativizar esos sacrificios ofrecidos en su tiempo. A veces relativiza algunas normas litúrgicas del culto: la observancia del sábado, o las oraciones, o la pureza ritual de manos. Aquí, los sacrificios. No los desautoriza, evidentemente, pero sí quiere que vayan acompañados de una actitud interna de cumplimiento más convencido de la voluntad de Dios. No les dice que no haya que cumplir los otros elementos del culto: la oración, la celebración de fiestas, ahora también los sacramentos. Si Jesús relativiza todo eso, y en concreto los sacrificios, es porque pueden caer en la tentación de ser unos ritos vacíos, meramente externos y formalistas.

También en otra ocasión (Mt 12,7), con ocasión de que los fariseos murmuraban porque los seguidores de Jesús comieron en sábado unas espigas del campo, les vuelve Jesús a recordar el dicho de Oseas: “si hubierais comprendido lo que significa aquello de que misericordia quiero, que no sacrificios, no condenaríais a los que no tienen culpa”.

El aviso va también para nosotros ahora. Nosotros no vamos al templo a ofrecer sacrificios de animales. Pero realizamos otros actos de culto equivalentes, en torno a los cuales también podemos merecer el aviso de Oseas y de Jesús. Si vamos a misa, y rezamos, y cantamos, pero luego nuestra vida no se parece en nada al estilo de vida que nos enseñó Jesús, si nuestra caridad y nuestra justicia dejan que desear, habrá que cuestionar si los actos de culto los hacemos con la profundidad e interioridad que nos pide Jesús.

¿En qué ponemos énfasis en nuestra espiritualidad: en el cumplimiento de las normas –que, naturalmente, no podemos descuidar– o en el amor? ¿en las estructuras o en las personas? Es interesante recordar que el Código de Derecho Canónico, que es el que rige la vida comunitaria de la Iglesia, precisamente en su último canon (c. 1752), el que regula el delicado tema del traslado de los párrocos, dice que se haga “guardando la equidad canónica y teniendo en cuenta la salvación de las almas, que debe ser siempre la ley suprema en la Iglesia”.

Para Jesús la ley suprema es el amor. Lo que él más anuncia en su

evangelio es el amor misericordioso de Dios, tanto con sus enseñanzas (baste recordar la parábola del hijo pródigo) como con sus obras (como en la escena de hoy). El amor desborda la ley, no en el sentido de que la suprime, sino en cuanto la llena de sentido y contenido.

La Iglesia y los marginados de ahora

Jesús, al incorporar a Mateo al grupo de sus seguidores más inmediatos, y al sentarse a la mesa con él y con otros publicanos, hizo un gesto que le comprometía y que se prestaba a críticas fuertes, como las que en efecto siguieron. Era un gesto que le iba a dar mala fama. Como cuando perdonó a la mujer adúltera o cuando aceptó los gestos de respeto de la mujer que le ungió los pies en el banquete en casa del fariseo. Parece como si Jesús insistiera en acoger y tratar con delicadeza a los “marginados” de su tiempo (los enfermos, sobre todo los leprosos, pero también los niños). La lista de sus bienaventuranzas comienza así: “bienaventurados los pobres... los que lloran...”.

Ante todo, no deberíamos sentirnos “justos” nosotros, y mirar por encima del hombro, con un tono de compasión, a los demás, a los que podemos fácilmente considerar “pecadores”. Por tanto, no deberíamos marginar nosotros a nadie. La tentación existe siempre: marginar o “excomulgar” a los que no opinan como nosotros, a los que consideramos “pecadores” por diversos motivos. Era lo que más criticaba Jesús en relación a los fariseos, llenos de sí mismos y de su “justicia” y que despreciaban a los demás.

No nos deberíamos “escandalizar” fácilmente por las miserias humanas que podemos experimentar, en nosotros mismos y a nuestro alrededor. Si es el caso, deberíamos crecer en confianza en ese Dios lleno de misericordia que perdona y quiere nuestra curación.

Además, deberíamos atender con la misma delicadeza y caridad como lo hizo Jesús, a esas personas que en la sociedad de hoy también están marginadas: a los “no practicantes”, a los inmigrantes que acuden a nuestras tierras y que están “sin papeles”, a los que nos resultan incómodos, como los enfermos o los drogadictos o (para algunos) los jóvenes en general, porque no comparten nuestros criterios, a los “no practicantes”...

Un párroco –o el equipo de acogida de una parroquia– se encuentra a veces con parejas de novios o con padres que piden los sacramentos para sí o para sus hijos y que vemos que no están muy preparados, o incluso que están en situaciones de clara falta de fe. No por eso les negamos nuestra acogida fraterna. Nos sabrá mal que se hayan enfriado en su fe y que estén alejados de la Iglesia. Pero, como Jesús, les atendemos con delicadeza.

Lo mismo puede pasar a los maestros y educadores, ante alumnos que no resultan cómodos en el trato. O a los padres, a los que algún hijo o hija les “sale” muy diferente y les come los nervios, pero a los que hay que ayudar sinceramente.

Nosotros no queremos que existan esas personas marginadas. Pero existen. Nuestra actitud respecto a ellas debe ser la de Jesús, que tampoco quería que hubiera enfermos ni pecadores, pero les acogía con gran misericordia. El médico no quiere que haya enfermos, pero los hay, y él está para ayudarles.

¿Somos capaces de dar un voto de confianza a personas que están mal vistas o que consideramos “descarriadas”? ¿Hubiéramos sido capaces de invitar a un “pecador” como Mateo a formar parte de nuestro grupo de colaboradores?, ¿y de sentarnos a la mesa con personas que tienen mala fama, pero que intuimos que por dentro tienen capacidad de mejorar y pueden esconder valores interesantes a los que vale la pena dar un margen de confianza? ¿Nos cuidamos sólo de “los que vienen” o también nos preocupamos de los alejados?

El ejemplo de Jesús debería ser nuestro espejo para ser más tolerantes y misericordiosos. ¿No llamó el Resucitado a Pablo, que era un perseguidor de su comunidad, para apóstol suyo?, ¿no perdonó a Pedro después de su grave negación?, ¿no acudió a casa de Zaqueo, a pesar de su mala fama, y consiguió su cambio radical?

Hoy vale la pena recordar el “voto de confianza” que Jesús dio al publicano Mateo, y además sin exigirle ninguna profesión solemne de fidelidad. Mateo respondió, le siguió, fue su apóstol, y autor, según la tradición, de un evangelio que ha hecho tanto bien a generaciones y generaciones de creyentes, y que es el que leemos precisamente en los domingos de este

año. Fue un gesto de confianza que valió la pena, a pesar de la extrañeza de los fariseos.

Abrahán, modelo de fe

La fe de Abrahán, que Pablo presenta como modelo de la nuestra, no fue nada fácil. Cuando Dios le llamó, él era pagano. Pero nos da una lección muy hermosa de respuesta decidida a la voluntad de Dios.

Las dos promesas de Dios –la paternidad a su edad avanzada y la posesión de la tierra– eran de momento increíbles, y luego se hicieron esperar mucho. En verdad, como dice Pablo, Abrahán “creyó contra toda esperanza”. Por eso alaba tanto esa fe y dice que “se le computó como justicia”, o sea, como agradable a Dios.

No es de extrañar que Abrahán sea tantas veces alabado por Jesús o por Pablo y sea considerado “patriarca de la fe” por parte, no sólo de los cristianos, sino también de los musulmanes y de los judíos.

Nosotros no tendremos la tentación de apoyarnos en el cumplimiento de la ley de Moisés, como los interlocutores de Pablo. Pero también podemos recoger la lección. No por pertenecer a una raza, o ser nosotros cristianos, “inscritos” oficialmente en la comunidad de Jesús, o formar parte de una familia religiosa, o por hacer méritos en la presencia de Dios, tenemos asegurada la salvación.

Abrahán nos enseña a ponernos en manos de Dios, a apoyarnos, no en nuestros propios méritos y fuerzas, sino en ese Cristo Jesús que ha muerto y resucitado para nuestra salvación. Como la Virgen María, que es para el NT el modelo de creyente como para el AT lo fue Abrahán, y a la que Isabel alabó por su fe: “dichosa tú, porque has creído”.

DOMINGO 11 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Jesús busca colaboradores para su misión

Lo más característico de este domingo es que en el evangelio llegamos a una sección que ocupará tres domingos, con el segundo de los grandes “discursos” que nos trae Mateo, el “discurso apostólico” o “de la misión”, que habla de los consejos que da Jesús a los colaboradores que él ha elegido y enviado. Hoy leemos el envío de los doce apóstoles. Jesús busca colaboradores que le ayuden, ya en su tiempo, y luego para siempre, en el anuncio y la extensión del Reino de Dios.

Es una página del evangelio siempre de actualidad, porque también ahora “la mies es abundante, pero los trabajadores, pocos”. Como ya en el AT se pedía al pueblo de Israel que fuera “misionero” en medio de los otros pueblos.

Éxodo 19, 2-6a. *Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa*

Como preparación al evangelio de la misión de los apóstoles, leemos en el AT una página en la que Moisés recuerda al pueblo, de parte de Dios, la misión que tiene Israel en medio de las naciones: “seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos: seréis para mí un reino de sacerdotes y

una nación santa”. Serán, por tanto, mediadores de salvación para con los demás pueblos.

El *salmo* nos invita a aclamar al Señor y servirle. El motivo es doble: por una parte, “el Señor es bueno y su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades”, y, por otra, “nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño”.

Romanos 5, 6-11. *Si fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón seremos salvos por su vida!*

Pablo sigue desarrollando su tesis fundamental: es Cristo quien nos salva.

Si cuando todavía éramos “pecadores” y “estábamos sin fuerza”, porque éramos paganos y no conocíamos a Dios, sucedió el gran acontecimiento de que “Cristo murió por los impíos y nos reconcilió con Dios”, mucho más ahora, que ya somos creyentes, podemos “gloriamos en Dios, por Nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido la reconciliación”.

Mateo 9, 36 – 10,8. *Llamando a sus doce discípulos, los envió*

Cuando Jesús, dedicado a su ministerio por los caminos de Palestina, vio que “las gentes estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor”, es cuando dijo: “la mies es mucha, los trabajadores (los braceros), pocos”, les encargó a sus discípulos que rogasen “al Señor de la mies para que envíe trabajadores a su mies”, y envió a los doce apóstoles a participar de su misma misión.

El número doce es ciertamente simbólico: serán los representantes en la Iglesia –nuevo Israel– de las doce tribus del Israel antiguo.

A esos doce se les encarga algo muy comprometido: deben anunciar que el Reino de los Cielos está cerca, pero a la vez deben curar a los enfermos, liberar a los poseídos por el demonio y hasta resucitar muertos. Todo ello desinteresadamente “lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”. De momento, esta misión queda restringida a los pueblos de Judea y Galilea, sin entrar en Samaría ni pasar a otros países paganos. Al final, antes de la

Ascensión, sí recibirán el encargo de que vayan a evangelizar a “todas las naciones”.

– II –

Toda la comunidad, pueblo sacerdotal y profético

Un aspecto menos conocido de la historia de Israel es que ya en el Antiguo Testamento este pueblo elegido tenía una misión universal. Dios elige al pueblo o a los profetas, no pensando en ellos solos, sino para “enviarlos” a una misión hacia fuera. Hace Alianza con el pueblo, pero hoy le dice que debe cumplir una misión concreta en medio de los pueblos de la tierra: dar a conocer a los otros el amor de un Dios que es salvador, liberador, como lo ha sido para con ellos, los israelitas; el pueblo elegido debe ser signo y mediador de la salvación de Dios.

La dinámica que aparece es fundamental para el que quiere ser testigo. Primero se es testigo presencial, se “ve” una actuación de Dios, y luego se da testimonio de lo visto ante los demás: “habéis visto lo que he hecho... ahora pues, seréis un reino de sacerdotes y una nación santa”.

Ahora es todo el pueblo cristiano, toda la comunidad de bautizados, la que participa del “sacerdocio” mediador de Cristo y de su “profetismo”. Ser sacerdotes significa ser mediadores. El Mediador y Sacerdote y Profeta único y auténtico es para siempre Cristo Jesús. Pero él mismo envió a los doce apóstoles, y en otras ocasiones a 72 discípulos, o sea, a todos sus discípulos, a colaborar con él en el anuncio y la realización del Reino en este mundo, hasta el final de los tiempos.

Decir que el pueblo cristiano es un pueblo de sacerdotes significa, ante todo, que le debemos llevar a Dios, de parte del resto de la humanidad, nuestras alabanzas, súplicas, protestas, sacrificios; y que, además, debemos transmitir a la humanidad, de parte de Dios, el anuncio del Reino y la Buena Noticia del amor que Dios nos tiene y que se ha manifestado en Cristo Jesús.

Decir que la comunidad es sacerdotal es decir que no se encierra en sí misma, que no ha recibido los dones de Dios para gozarlos ella, sino para difundirlos en el mundo. La comunidad es misionera. Como lo tuvo que ser Israel, pero mucho más ahora la Iglesia de Jesús.

Significa que todos los cristianos –una comunidad religiosa en medio del barrio, una comunidad parroquial, una comunidad diocesana en su región– son como fermento de amor en este mundo. Que son puente entre Dios y la humanidad. La Iglesia no se hace propaganda de sí misma, no se anuncia a sí misma, sino a Dios. Significa que todos, los casados y los religiosos, los jóvenes y los mayores, los misioneros y los que se han quedado aquí, se esfuerzan por ser en su ambiente testigos del amor que nos tiene Dios. Ese fue el encargo final de Jesús, en el momento de la Ascensión: “seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta los confines del mundo”.

En la Introducción al Misal Romano (en su última edición, del 2002, IGMR 5), el papa Pablo VI, después de afirmar la identidad de los “ministros ordenados”, se entusiasma hablando de todo el pueblo cristiano como pueblo sacerdotal: “Se trata nada menos que del pueblo de Dios, adquirido por la Sangre de Cristo, congregado por el Señor, que lo alimenta con su Palabra. Pueblo que ha recibido el llamamiento de presentar a Dios todas las peticiones de la familia humana. Pueblo que, en Cristo, da gracias por el misterio de la salvación ofreciendo su sacrificio. Pueblo, finalmente, que por la comunión de su Cuerpo y Sangre se consolida en la unidad...”.

Ante una mies que es abundante, ante un trabajo que es inmenso –a cada generación hay que evangelizarla, porque nadie nace cristiano–, es admirable la colaboración, generosa y eficaz, que aportan tantos laicos a la evangelización y a la vida de la Iglesia: las familias como hogar y escuela de virtudes humanas y cristianas, la escuela con su nobilísima misión de la formación humana, los religiosos y religiosas, cada uno desde su carisma propio, y los que trabajan en los medios de comunicación, los que se dedican al mundo sanitario, cada cristiano en su ambiente de vida y trabajo, los numerosos colaboradores laicos de la labor misionera, lejos de la patria...

Los apóstoles de entonces...

Pero, dentro de esa comunidad que toda ella participa del sacerdocio salvador de Cristo, él mismo estableció a algunos con un ministerio especial. Empezando por los doce apóstoles, que ahora tienen como sucesores a los miembros del colegio episcopal de la Iglesia, ayudados en su ministerio, de modo especial por los presbíteros y los diáconos.

La palabra “apóstol”, en griego, significa “enviado”. Los primeros apóstoles, a los que Mateo enumera de dos en dos, por un recurso literario sencillo y expresivo, eran doce. Algunos han sido famosos, empezando por Simón Pedro. De otros no sabemos apenas nada respecto a lo que hicieron después de Pentecostés. Uno tiene el mismo nombre que Pedro, Simón, apodado el “zelota” o “fanático”. Hay también dos que se llaman Judas, uno de los cuales fue el que traicionó al Señor.

Lo primero que tuvieron que aprender los apóstoles de la primera comunidad fue a “estar con” Jesús, aprender su estilo de vida, imitarle en sus actitudes: en este caso, su capacidad de compasión y de amor a la gente. Con dos expresivas comparaciones tomadas de la vida del campo –las ovejas sin pastor y un campo de mies que necesita más “braceros” para la cosecha– expresa Jesús la situación de su pueblo y la necesidad de que sus colaboradores se pongan con decisión a la tarea.

Ante todo les dice que rueguen a Dios, que es el Señor de la mies, para que él envíe operarios a su mies. Parecería que lo más urgente era ponerse a trabajar, pero Jesús dice que lo primero es rezar...

... y los de ahora

También hoy mucha gente está cansada, desorientada, como ovejas sin pastor, buscando el sentido de la vida. Los ministros de la comunidad, y la comunidad entera, deberían comprobar ellos mismos la cercanía y el amor universal que mostró Jesús. Pero además debería ser evidente que los ministros de la comunidad “ven” la situación de bastante gente necesitada de ayuda y se llenan de dolor y compasión por ellos. Que aman

a su comunidad, como Jesús, que se preocupan por ella, que dedican sus mejores horas y años a tratar de ayudar a todos. El verbo que Mateo emplea para esa “compasión” de Jesús, apunta a una “conmoción del corazón”, de las entrañas, en sintonía con el que sufre, con la gente, a la que compara a un rebaño disperso, desorientado, sin pastor.

En el versículo anterior al pasaje de hoy (Mt 9, 35) –versículo que no leemos en esta selección– se afirma que “Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas y proclamando el evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia”. Empalma con esa noticia su compasión por la gente y la movilización que emprende de sus discípulos.

A los ministros de la comunidad siguen dándoles Cristo Jesús también hoy, en el siglo XXI, ese mismo encargo:

a) anunciar el Reino, comunicar la Buena Noticia de la salvación y del amor de Dios a todos, tratar de convencerles de que Dios actúa a nuestro favor, que está siempre presente en nuestra vida, que en Cristo Jesús, como nos ha dicho Pablo, hemos sido reconciliados con Dios y hemos alcanzado la posibilidad de la salvación;

b) curar a los enfermos, limpiar a los leprosos, cuidarse de los que sufren; lo que hizo él, Jesús, según los evangelios, que siempre tuvo tiempo para los enfermos y los marginados de la sociedad, es lo que encarga a sus ministros;

c) expulsar demonios y resucitar muertos.

La misión de los ministros es decir y hacer, palabras y acción, anunciar el Reino y construirlo con las obras. Dios aparece en el AT como creíble porque ha intervenido y ha salvado a su pueblo de la esclavitud. Cristo se presenta en el NT creíble, porque además de anunciar doctrinas hermosas, da de comer, sana y dedica su tiempo a los demás. A la Iglesia comunidad y a sus ministros les podrá creer el mundo de hoy sí, además de predicar, hacen, actúan, dan ejemplo de entrega por los demás. Las palabras pueden mover, pero los ejemplos arrastran y tienen un lenguaje que todos entienden.

El mundo de hoy sigue necesitando la buena noticia de Jesús. Los jóvenes y los mayores. Los de la vieja Europa y los de las comunidades más jóvenes del Tercer Mundo. Los seguidores de Jesús deben tener capacidad de compasión, de “com-padecer”, padecer con el que padece. Como Cristo nunca pasaba al lado de una persona que sufría sin dedicarle su tiempo y su ayuda, a veces milagrosa, sus ministros –y, en general, todos los cristianos– no pueden desentenderse de ningún dolor, de ninguna injusticia que ven a su alrededor.

¡Cuántas personas, a nuestro alrededor, están extenuadas y desorientadas! Si saliéramos un poco más de nuestro mundo y recorriéramos los caminos, como Jesús, nos daríamos cuenta de las necesidades de la gente. También hoy la mies es mucha y muchos están como ovejas sin pastor. Es bueno recordar el comienzo de la *Gaudium et Spes* del Vaticano II: “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo” (GS 1).

Ahora no va Jesús por nuestras calles. Pero vamos nosotros, y se debería escuchar la voz y ver las obras de los seguidores de Jesús, de su Iglesia. Todos estamos comprometidos en la evangelización, unos como responsables de la comunidad, desde su ministerio ordenado, y otros desde su condición de cristianos, “sacerdotes” mediadores de la esperanza y de la alegría de Dios para con los demás.

Por una parte, un cristiano proclama el Reino, o sea, evangeliza. Pero, por otra, intenta curar a las personas de sus dolencias, orientarlas en su búsqueda, expulsar los males de todo género que afligen a la gente, comunicar esperanza... Lo mismo que hizo Jesús en su vida. Y todo ello, “gratis”, por convicción, con el gozo de sentirse colaboradores de Cristo, que es quien también ahora, desde su existencia de Resucitado, ofrece salvación y vida a toda la humanidad.

En verdad, se puede decir que la comunidad de Jesús, en los dos mil años que lleva de existencia, dentro de sus defectos y fallos, se ha dedicado con admirable generosidad a un anuncio misionero a todas las generaciones, y se ha ocupado de un modo meritorio en la tarea de liberar a las personas de sus males, físicos y morales.

Redimidos y reconciliados por Cristo

Nosotros, probablemente, no nos hemos convertido recientemente del paganismo, como los lectores de la carta de Pablo.

Pero la lección y la invitación a la alegría es igual: Cristo se entregó por todos nosotros cuando todavía ni existíamos, y nos reconcilió de una vez por todas con Dios. Esa ha sido la mejor “prueba de que Dios nos ama: que Cristo, cuando todavía éramos pecadores, murió por nosotros”.

La iniciativa siempre ha sido de Dios. En verdad podemos estar contentos, “gloriamos”, estar orgullosos, dice Pablo, y dar gracias a Dios y a Cristo Jesús porque nos han elegido para la salvación. El amor de Dios que hemos experimentado en Cristo Jesús es el origen de todo. Los milagros que él hizo para mostrar que el Reino estaba ya presente, eran movidos por el amor. La escena de hoy, con el envío de los doce apóstoles, está motivada en Mateo por la situación que veía Jesús en las gentes que le rodeaban: “se compadecía de ellas porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor”. Entonces es cuando envió a los doce.

Pero Jesús, antes de enviar a los doce a predicar, les dice que “rueguen” al Señor de la mies para que envíe operarios a su mies. Antes que nuestros esfuerzos y talentos, está la iniciativa de Dios, y tenemos que estar unidos a él si queremos que nuestro trabajo sea eficaz.

Dios quiere la salvación de todos. Nosotros tenemos la suerte de estar en la comunidad de Jesús, la comunidad de los salvados por Cristo Jesús. En nuestras celebraciones lo principal que hacemos, antes de pedir cosas, es alabar y dar gracias a Dios por su infinito amor.

¿Se nota que estamos orgullosos de ese amor de Dios?, ¿que nos sentimos agradecidos por la salvación que Cristo Jesús nos ha conseguido en su Cruz?

DOMINGO 12 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Domingo tras domingo

Los domingos del Tiempo Ordinario –que ocupan 34 semanas, más de la mitad del año– no presentan siempre características muy específicas, como algunos de los tiempos fuertes.

Pero constituyen, ya desde el primer siglo, el entramado más firme de nuestra vivencia cristiana a lo largo del año. Son el momento privilegiado: a) de experimentar nuestra pertenencia a la comunidad cristiana, b) de vivir el “día del Señor”, con la conciencia gozosa de que está presente, aunque no le veamos, c) de escuchar la Palabra en la lectura, sobre todo, del evangelio, pero también de los pasajes principales del AT y del NT, y d) de alimentarnos con el Cuerpo y Sangre de Cristo, el sacramento que él pensó precisamente para darnos fuerza en nuestro camino, y así salir de nuevo a “la vida” con más ánimos y energía.

Jeremías 20, 10-13. *Libró la vida del pobre de manos de los impíos*

Leemos hoy una de las “confesiones” de Jeremías. Es un profeta que ha padecido en su propia carne el drama de su pueblo y la persecución de que ha sido objeto él como portavoz de Dios: “oía el cuchicheo de la gente: pavor en torno”.

Pero, eso sí, ha intentado ser fiel a su vocación profética, y no ha perdido la esperanza en la ayuda de Dios: “mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo”.

Es lógico que el *salmo* se tome de uno de los que expresan esta angustia existencial del justo en medio de una sociedad hostil: “que me escuche tu gran bondad, Señor... mi oración se dirige a ti, Dios mío, el día de tu favor”.

Romanos 5, 12-15. *No hay proporción entre el delito y el don*

Sigue contraponiendo Pablo lo que sucedía antes de Cristo y lo de ahora. Lo que provocó en la historia el primer Adán y lo que ha conseguido para todos el segundo y definitivo Adán: “por un hombre entró el pecado en el mundo y, por el pecado, la muerte”, y así “la muerte reinó desde Adán hasta Moisés”. Pablo no explica por qué el pecado del primer Adán se nos comunicó a todos. Para él lo que sí es seguro es que por Jesús, Cabeza de la nueva humanidad, hemos recibido la reconciliación y la vida.

Además, “no hay proporción entre el delito y el don”: es mucho más abundante lo que nos ha conseguido Jesús que lo que perdimos por Adán.

Mateo 10, 26-33. *No tengáis miedo a los que matan el cuerpo*

Cuando se escribió el evangelio de Mateo debía haber larga experiencia ya de malentendidos y persecuciones. Por eso él incluye aquí –siguiendo el “discurso misionero” que iniciamos el domingo pasado– las palabras que dice Jesús a los suyos para que no se desanimen: “no tengáis miedo a los hombres ... que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma” ni la libertad interior.

Más aún: “si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo”. Testimonio por testimonio: no quedará sin recompensa nuestra fidelidad a Cristo. Y al revés: “si alguien me niega ante los hombres, yo también le negaré ante mi Padre”. A eso sí que tendríamos que tener miedo: a defraudar a Cristo Jesús en nuestra vida.

– II –

Todos pasamos momentos de dificultad

Jeremías es un personaje del AT que sintetiza en su vida lo que le puede esperar a un profeta fiel a Dios: su mensaje resultó incómodo a todos, sobre todo a las autoridades, y por eso le persiguieron, le interpretaron mal, le detuvieron y golpearon. Hoy leemos cómo se queja ante Dios de que le espían, le quieren poner traspies e intentan acabar con él.

Cuando fue llamado por Dios a ser su profeta, no había cumplido todavía los veinte años, es el modelo de una persona que vivió intensamente la vocación profética y tuvo que echar mano de toda su fe para no perder la esperanza y seguir confiando en Dios. Él sí que pudo decir, ya en el AT, como Pablo en el NT, “sé de quién me he fiado”, “el Señor está conmigo, como fuerte soldado”.

Jeremías representa a tantas personas a quienes les toca sufrir en esta vida, pero que tienen su confianza puesta en Dios y siguen adelante su camino, tantas personas que pueden decir con el salmo de hoy: “por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro, pero mi oración se dirige a ti, Dios mío”. Tal vez no nos perseguirán y nos llevarán a la cárcel o al pozo lleno de fango, como a Jeremías, pero sí caemos a veces en esa sutil red de indiferencia y de burla que nos rodea y que puede minar nuestros ánimos.

Todos pasamos momentos de dificultad en nuestra vida de creyentes. A veces esas dificultades nos vienen de dentro, de nosotros mismos: el cansancio, la tendencia hacia lo fácil, la flojera en nuestras convicciones. Otras, de fuera: la sociedad en la que vivimos no nos ayuda precisamente a ser fieles a los caminos de Dios. Jesús no nos prometió que todo nos saldría bien y nos resultaría fácil. Al revés: nos aseguró que tendríamos dificultades, los discípulos igual que el Maestro.

Pero lo que nos lleva al éxito final y a la felicidad verdadera es nuestra fidelidad a Dios a pesar de todo. Que no nos cansemos de ser buenos, que no dejemos de dar testimonio de nuestra fe y de anunciar la Buena Noticia

a nuestros contemporáneos, y que lo hagamos gratis, porque gratis hemos recibido los dones de Dios.

Eso no lo hacen sólo el Papa o los obispos, sino cada cristiano en su familia y en su ambiente, superando las propias perezas y los ambientes hostiles.

No tengáis miedo

Tres veces, en el pasaje del evangelio de hoy, nos repite Jesús su invitación: “no tengáis miedo”. Parece como el desarrollo de la última de las bienaventuranzas: bienaventurados si os persiguen...

Jesús nos anunció varias veces, por una parte, que íbamos a tener dificultades. Los discípulos no pueden tener mejor suerte que el Maestro: ser creyentes fieles en medio de este mundo les va a traer dificultades.

Pero, por otra, nos invita a la confianza, por diversos motivos: a) lo escondido no quedará así, sino que lo llegarán a saber todos: el tiempo dará la razón a los que la tienen; b) todos estamos en las manos de Dios: si él lleva cuenta hasta de los cabellos de nuestra cabeza y de los gorriones del campo, cuánto más no cuidará de nosotros, que somos sus hijos; c) los que persiguen a los discípulos de Jesús podrán matar el cuerpo, pero no el alma; si los cristianos están convencidos de lo que creen y lo que anuncian, los podrán meter en la cárcel, pero nadie les podrá arrebatar la libertad interior; d) el mismo Jesús, ante su Padre, dará testimonio de nosotros si nosotros le hemos sido fieles.

El mejor ejemplo no lo tenemos ni en Jeremías ni en Pablo, sino en el mismo Jesús, objeto de contradicciones, que acabó en la cruz, pero nunca cedió, no se desanimó y siguió haciendo oír su voz profética, anunciando y denunciando, a pesar de que sabía las consecuencias que eso iba a traerle. Así salvó a la humanidad y fue elevado a la gloria de la resurrección.

Las pruebas y dificultades de la vida no nos deben extrañar ni asustar: ni las que nacen de nosotros mismos ni las que nos vienen de fuera. La comunidad de Jesús lleva un mensaje que, a veces, choca contra los intereses y los valores que promueve este mundo. No nos tenemos que cansar, ni avergonzarnos de dar testimonio de Cristo, sino seguir

anunciando, en lo escondido y a plena luz, a los cercanos y a los lejanos, la buena noticia de la salvación que Dios nos ofrece.

Siempre ha resultado difícil ser buen creyente, ser sacerdote o religioso o misionero, ser una familia cristiana, un joven practicante y comprometido. Todo eso son opciones que comportan con frecuencia dificultades en no pocos ambientes. Pero es una misión muy noble y que vale la pena de cumplir superando los inconvenientes. “No tengáis miedo”: con constancia, con valentía, sin respetos humanos, los cristianos de hoy, precisamente porque el mundo está más duro de oído, debemos anunciar la buena noticia con una voz más alta y una vida más creíble.

El primer Adán y el segundo

Pablo contrapone a Adán y a Cristo Jesús: por el primero entró el pecado y la muerte en el mundo. Por el segundo, la gracia y la vida. Y si fue abundante el pecado, más lo fue, y desbordante, la gracia que nos conquistó Jesús.

Cada uno de nosotros es hijo del primer Adán y también hermano e imagen del segundo. Sentimos la debilidad y a la vez experimentamos la fuerza de Jesús. ¿Qué aspecto triunfa más en nuestra vida: el pecado o la gracia, el hombre viejo o el nuevo, la desobediencia o la obediencia, la muerte o la vida, Adán o Cristo?

Por muchos fracasos que hayamos experimentado, no debemos perder la confianza en Dios. Son muchos más los signos del amor que él nos tiene y que se ha manifestado en Cristo Jesús. La solidaridad con Adán es grande, pero mayor la solidaridad que Dios nos ofrece en su Hijo.

En varios momentos de nuestra oración decimos: “tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros”. Hemos de sentirlo desde dentro, cuando lo decimos, y pedirle a Dios que nos ayude a vencer las herencias del primer Adán en nuestra vida y nos haga pasar, con el nuevo Adán, a la plenitud de su vida.

DOMINGO 13 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

La hospitalidad, virtud humana y cristiana

De los varios temas que trata el evangelio de hoy –el seguimiento radical de Cristo Jesús, las exigencias de la identidad cristiana, la acogida a los enviados de Cristo– podemos dar relieve al que las mismas lecturas subrayan más: la hospitalidad.

En los domingos del Tiempo Ordinario, la primera lectura anticipa ya el mensaje del evangelio, haciéndonos así ver este mensaje ya presente en el Antiguo Testamento. Hoy, la exquisita amabilidad de aquel matrimonio de Sunem para con el profeta Eliseo es la que adelanta la invitación que nos hace Jesús en el evangelio, de saber acoger a los profetas actuales, incluso a las personas más pobres y menos significativas socialmente, como si fueran él mismo.

Pero también podemos reflexionar sobre la fuerte exigencia que supone ser seguidores de Cristo Jesús, así como sobre las consecuencias que Pablo deduce de nuestro Bautismo. No sería mala idea dar comienzo a la celebración de este domingo con la aspersion bautismal, en lugar del acto penitencial, aludiendo en una oportuna monición a esta lectura que se escuchará a continuación.

2 Reyes 4, 8-11.14-16. *Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí*

Leemos un simpático episodio –a modo de “florezilla”– de la vida del profeta Eliseo. Una buena mujer de Sunem, de acuerdo con su marido, decide poner a disposición del profeta itinerante una sencilla habitación en la parte alta de su casa, en un gesto de elegante hospitalidad.

El profeta anuncia a la pareja que tendrán un hijo, como premio de Dios a su bondad, superando así la mayor desgracia que podía tener una mujer en aquel ambiente: el no tener hijos (más adelante, se cuenta cómo murió ese hijo y cómo Eliseo lo devolvió a la vida; es una serie de episodios en paralelo con el de la viuda de Sarepta y el profeta Elías).

El *salmo* entona alabanzas a Dios porque siempre ha estado cerca del pueblo para salvarlo: “cantaré eternamente las misericordias del Señor”. El salmista quiere que todos saquen la conclusión de seguir los caminos del Señor, de “caminar a la luz de su rostro”.

Romanos 6, 3-4.8-11. *Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva*

Pablo, siguiendo con su decidida doctrina de la salvación por la fe en Cristo, acude aquí al hecho del Bautismo. Los cristianos, por este sacramento, se han incorporado a Cristo y han pasado con él de la muerte a la vida.

Pablo tiene que inventar neologismos en griego para expresar el movimiento dinámico del Bautismo, que se supone realizado por inmersión: hemos sido con-crucificados, con-muertos, con-sepultados, pero también con-resucitados con Cristo a nueva vida (en otro pasaje dirá también que con-sentados a la derecha de Dios). Pablo expresa ese acontecimiento sacramental como un “injerto” de los creyentes en Cristo. Lo que le interesa resaltar es que ya desde el Bautismo hemos de morir al pecado y vivir para Dios, al igual que Cristo ya no muere más, sino que vive para Dios.

Mateo 10, 37-42. *El que no toma su cruz no es digno de mí. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí*

Leemos hoy la parte final del segundo de los grandes discursos que Mateo pone en labios de Jesús: el sermón de la misión. Este evangelio tiene dos pasajes diferentes, con sus correspondientes consejos y consignas.

En el primero, con formulaciones que pueden parecer exageradas y paradójicas, Jesús afirma la radicalidad que supone en su seguimiento: ni siquiera el afecto a los padres o a los hijos puede ser superior a la fidelidad que debemos tener para con él. Más aún, incluso la propia vida nos debe parecer relativamente menos importante que el seguimiento de Jesús. El que le quiere seguir debe cargar con la cruz y seguirle.

En el segundo, promete que tendrán premio de parte de Dios los que acojan a los que Jesús envía a predicar. El que le recibe a él, recibe al Enviado de Dios: así quien acoge en su nombre a los profetas o discípulos, e incluso a los más pequeños que Jesús envía con una misión, le recibe a él mismo: “el que os recibe a vosotros me recibe a mí”.

— II —

El Bautismo, inicio de vida nueva

San Pablo se basa en el sacramento del Bautismo para motivar con más urgencia la vida nueva que deben vivir los cristianos, su paso de la esfera del pecado a la de la gracia.

El acontecimiento fundamental es la Pascua de Cristo: su “tránsito” a través de la muerte a la vida nueva de Resucitado. Ese paso lo dio como Cabeza de la nueva humanidad. Por eso, los que nos incorporamos a él –Pablo habla de que hemos sido “injertados” a Cristo (“synfitoi, complantati”)– debemos vivir su vida nueva, y no la vida antigua de pecado.

La muerte y resurrección de Cristo fueron una realidad histórica, mientras que nuestra muerte y paso a la vida nueva, en el Bautismo, han sido una realidad sacramental, para que vivamos en unión con Cristo la vida de Dios.

Este es el programa que Pablo recuerda a los cristianos: tienen que morir al pecado y vivir para Dios. Tienen que entrar decididamente en la vida nueva de Cristo Resucitado.

Ser cristiano tiene sus exigencias

Ser discípulo de Jesús tiene sus exigencias. Hoy aparecen expresadas de una manera que nos puede parecer exagerada. Jesús exige a los suyos que le prefieran a él por encima de todos y de todo, que le prefieran a los padres o a los hijos. Más aún: que le prefieran a la misma vida. El que quiera conservar su vida la perderá, mientras que el que renuncie a ella por Cristo, la ganará.

Es una afirmación atrevida, en cierto modo escandalosa. Lo que los mandamientos dicen de Dios mismo –“amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza”–, ahora se lo aplica Jesús a sí mismo. No tenemos que anteponer nada a él. Los demás profetas –como el Bautista– no dicen nada parecido. Ellos orientan a sus oyentes hacia Dios. Mientras que Jesús se atreve a exigir la fe en él mismo como condición para salvarse. Jesús y el Padre “son una cosa”, como afirma varias veces. Por eso, el que cree en él y le acoge, acoge al mismo Dios. Los cristianos no creemos en un libro, o en una doctrina. Creemos en una Persona, que es Cristo Jesús, el Hijo de Dios.

No es que tengamos que rechazar el afecto a la familia, o que Jesús esté aquí aboliendo el cuarto mandamiento. Ni nos está invitando a descuidar la defensa de nuestra vida. Pero tenemos que subordinarlo todo a nuestro seguimiento de Jesús. Los demás valores son penúltimos, son secundarios. Cuando tengamos que optar entre nuestra fidelidad a Cristo y la incompreensión o hasta las persecuciones familiares o sociales, tendremos que optar claramente por Cristo, como han hecho tantos y tantos mártires de todos los tiempos. Los deportistas, para conseguir su premio, o los estudiantes, para sacar adelante su carrera, tienen que renunciar a otras opciones, que son en sí buenas, pero que ellos saben que son relativamente menos importantes que las metas que se han propuesto.

Así nos pasa a los discípulos de Jesús. Él no admite medias tintas. No

nos propone ciertamente un cristianismo “light”, sino exigente y radical. Nos dice que tendremos que tomar la cruz y seguirle, negarnos a nosotros mismos, renunciar incluso a la vida, si es el caso, para encontrar la verdadera felicidad y la vida.

¿No es el caso de tantos millones de mártires de todos los tiempos, también actuales, que han sido perseguidos por su fe y se han mantenido fieles, dando testimonio de Cristo, incluso con su vida? ¿No es el caso de tantos cristianos que renuncian a una fácil carrera social o comercial porque se les pide que para ello renieguen de valores en los que creen firmemente? ¿No es el caso de tantos y tantos creyentes que aceptan seguir la vocación a la vida religiosa, o al ministerio sacerdotal, o a la entrega misionera, renunciando a otros valores buenos, pero considerando superiores los valores del Reino de Cristo Jesús?

El seguimiento de Cristo no comporta sólo consuelo y bendiciones de Dios. Supone muchas veces renunciaciones y sacrificios. Hay continuas ocasiones, en la vida personal o familiar o social, en que nos encontramos ante la encrucijada de opciones contradictorias: aceptar o no la cruz, optar por los valores del evangelio o por los más fáciles de este mundo. Hoy Cristo nos dice que debemos optar por él, por encima de intereses económicos o de lazos familiares, si queremos alcanzar la vida.

Acoger a los demás como al mismo Jesús

Pero hay otro mensaje en las lecturas de hoy, la hospitalidad, actitud que deben tener todas las personas y, por lo que se ve, también de un modo especial los seguidores de Jesús. En el “juicio final”, según Mateo 25, oiremos esta palabra: “era peregrino y me hospedasteis”.

La buena mujer del Antiguo Testamento, y su marido, pusieron a disposición del profeta Eliseo una pequeña habitación y una cama, para cuando tuviera que pasar por aquella población. La mujer razona así su actitud: “ese hombre de Dios es un santo”. Se puede decir que es la precursora de aquellas otras mujeres que, según el evangelio, atendían a Jesús y a sus discípulos, y de tantas personas que a lo largo de los siglos han dedicado su tiempo y sus mejores energías a cuidar a los demás, viendo en ellos al mismo Jesús. En

concreto a ayudar también materialmente a los ministros o misioneros de la comunidad.

Jesús habla primero de recibir a los profetas y apóstoles, a los enviados por él a predicar el Reino, como dice también en otros momentos: “el que recibe a mi enviado me recibe a mí” (Jn 13,20). A ellos les pide desprendimiento y desinterés económico, y a los demás les asegura que si les acogen con generosidad, también ellos serán premiados con generosidad.

Pero en otras ocasiones, como aquí, amplía la actitud de hospitalidad también hacia los que no son necesariamente apóstoles o profetas oficiales: “el que dé de beber a uno de estos pobrecillos”. En otra ocasión dirá: “el que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí” (Mt 18,5). Acoger a los poderosos, a los ricos, a los que nos resultan simpáticos, no tiene mérito (“si saludáis al que os saluda, ¿qué hacéis de extraordinario?”). Hay que acoger también a los socialmente pequeños, a los que él hoy llama “pobrecillos”. ¿Cómo acogemos a los pobres, a los enfermos, a los ancianos, a los inmigrantes, a los que se encuentran solos y marginados por la sociedad? ¿vemos en ellos al mismo Jesús?

El motivo es claro: “el que os recibe a vosotros me recibe a mí”. Es lo que dice Jesús, según Mateo 25, poniendo la expresión en labios del Juez supremo: el que da de comer al hambriento o de beber al sediento o visita al enfermo u hospeda al peregrino, se lo hace a él mismo: “a mí me lo hicisteis”.

Recordamos la carta en la que Pablo le pide a su discípulo Filemón que acoja al fugitivo esclavo Onésimo como a un hermano, ahora que ya es cristiano, que lo reciba como si fuera el mismo Pablo. Esta vez es Jesús quien nos dice que acogamos al prójimo como si fuera él mismo.

No se trata sólo de gestos solemnes, dignos de aparecer en la prensa. Jesús pone un ejemplo bien sencillo, de la vida cotidiana: un vaso de agua (fresca, añade Mateo), dado en nombre de Jesús, no quedará sin paga. Un detalle humano: Jesús sabe lo que se agradece en un día de calor o después de un camino largo un vaso de agua. Él mismo, junto al pozo de Jacob, pidió a la mujer samaritana que le diera de beber.

A veces lo que los demás esperan de nosotros –en un mundo técnicamente muy adelantado, pero humanamente deficitario– no es dinero, ni milagros,

sino un detalle, una atención, un poco de nuestro tiempo, una mano tendida, una palabra amable.

Jesús nos asegura que cualquier gesto de hospitalidad que hagamos “no quedará sin recompensa”. Como el profeta Eliseo logró de Dios que premiara a aquel matrimonio hospitalario con lo que ellos más deseaban: un hijo.

En cada Eucaristía aprendemos y ejercemos simbólicamente esta hospitalidad. Realizamos un gesto de paz con los más cercanos, antes de acudir a comulgar con Cristo. Es el símbolo de que también fuera de la Misa queremos ser acogedores y universales.

Es que en cada Misa comemos al “entregado por”, y eso nos compromete para que nosotros seamos también en la vida “entregados por” los demás. “Partimos el Pan”, comulgando con el mismo Cristo, para luego “compartir el pan” también con los demás, sobre todo con los más necesitados

DOMINGO 14 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Venid a mí los que estáis agobiados, y yo os aliviaré

Hay días en que la Palabra de Dios nos ofrece una luz amable y un bálsamo para nuestra vida a veces ajetreada y complicada.

Hoy las lecturas nos invitan a alegrarnos en Dios, con sencillez de corazón, a confiar en él, porque es “clemente y misericordioso”, “cariñoso con todas sus creaturas”. Y porque Jesús, nuestro Maestro, es “manso y humilde de corazón” y nos ofrece alivio y descanso.

A la vez, Pablo nos urge a que los cristianos, fieles a la vida nueva que recibimos en el Bautismo, seamos consecuentes con ella, dejándonos guiar por el Espíritu de Dios, y no por los criterios de este mundo.

Zacarías 9, 9-10. *Mira a tu rey que viene a ti modesto*

Leemos pocas veces a lo largo del año al profeta Zacarías, aunque se le cita muchas veces en el evangelio. La página de hoy probablemente pertenece al que podríamos llamar “segundo Zacarías”, y es un pasaje lleno de alegría y entusiasmo, que prepara lo que escucharemos en el evangelio sobre cómo el yugo del Mesías, de Cristo Jesús, es suave y llevadero.

Zacarías invita al pueblo de Israel a alegrarse, a cantar a su Dios, que nos envía a un rey victorioso, pero humilde, que nos librerá de toda esclavitud

y guerra. Describe a ese rey cabalgando en un asno, que es como los evangelios describen la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos: montado sobre un asno.

Por eso también el *salmo* expresa sentimientos de paz y alabanza: “día tras día te bendeciré”, y hace un “retrato” de Dios como “clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad... bueno con todos...”.

Romanos 8, 9.11-13. *Si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis*

Durante varios domingos leeremos este importante capítulo 8 de la carta a los Romanos, que se podría titular “la vida del cristiano en el Espíritu”.

A los que por el Bautismo han entrado a formar parte de la comunidad de Cristo Jesús, les dice Pablo que tienen que vivir una vida nueva, lejos de todo pecado. El binomio que aquí repite, como en otras cartas, es el de “Espíritu-carne”. Vivir guiados por el Espíritu de Jesús nos lleva a un estilo de vida. “Vivir según la carne”, o sea, según los criterios meramente humanos, nos aleja de ese estilo de vida que Cristo Jesús quiere de nosotros.

Mateo 11, 25-30. *Soy manso y humilde de corazón*

Mateo no sólo nos dice aquí que Jesús rezaba, sino que nos transmite el contenido de esa oración. Esta vez se trata de un himno de alabanza, de bendición a Dios Padre, a quien llama “Padre” y “Señor de cielos y tierra”.

El motivo de esta bendición es que Dios ha “escondido” los misterios del Reino a los que se creen sabios, y los ha “revelado” a los sencillos de corazón. Jesús considera como un éxito que los entendidos de su época no le acepten, mientras que la gente sencilla, sí le sigue.

También habla de sí mismo, de su profunda relación con Dios Padre. Es un resumen de “cristología”. Además invita a todos a seguirle, por cansados y agobiados que estén, porque en él encontrarán paz y descanso: él es “manso y humilde de corazón”.

– II –

Vivir guiados por el Espíritu de Jesús

Si el domingo pasado ya hablaba Pablo de las consecuencias de haber sido bautizados en Cristo, incorporados a su misterio de muerte y resurrección e injertados en él, hoy saca las consecuencias respecto a la vida nueva que se espera de los bautizados. Lo hace sirviéndose, como hace en otras cartas, del binomio “carne-Espíritu”.

Aquí “carne” no se refiere al cuerpo humano (lo “carnal” en su dimensión sexual, por ejemplo), sino a las fuerzas meramente humanas, materiales, que sólo saben llevarnos al pecado, con todos los “frutos de la carne” (que describe en Gálatas 5). El “Espíritu” es el Espíritu Santo de Dios, el que resucitó a Jesús de entre los muertos y que quiere resucitarnos también a nosotros: “vivificará también vuestros cuerpos mortales”. Seguir al Espíritu como criterio de vida nos llevará a la plenitud de la vida en Cristo.

Para Pablo, esta es cuestión muy importante: “si vivís según la carne, vais a la muerte; pero si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis”. Se trata de dos dinamos que actúan en cada uno de nosotros y tiran de nosotros hacia estilos de actuación muy diferentes. Pablo constata en sí mismo esta doble “ley”, exclama: “¿quién me librará?” y se da confiadamente la respuesta: “¡la gracia de Dios!”.

Por el Bautismo hemos recibido ya la vida nueva que nos da el Espíritu. Ahora se trata de vivir conforme a esa vida nueva, guiados, no por criterios humanos –la “carne”– sino por el Espíritu.

Un retrato consolador de nuestro Dios

En la primera lectura y en el salmo se nos presenta una vez más un hermoso “retrato” de Dios, que nos mueve a una actitud de confianza en él.

Zacarías nos habla de un rey victorioso, justo, pero humilde. Parece una paradoja. Los reyes poderosos iban montados a caballo, acompañados de carros

de combate, con arcos preparados en las manos. El rey mesiánico, no. Viene cabalgando un asno y viene a traer paz: “dictará paz a las naciones”.

En el salmo se especifica cómo es ese Dios en quien creemos y a quien alabamos, con una definición no filosófica, sino muy cercana a la vida: “el Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad... el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus creaturas... el Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan”.

El mejor retrato de cómo es Dios lo sabemos por su Hijo, Jesús. Él es quien nos lo revela en su identidad, cuando en las parábolas le describe como el padre del hijo pródigo o el pastor que va en busca de la oveja perdida.

Soy manso y humilde de corazón

Pero, sobre todo, cuando se nos dice cómo es Dios es cuando al mismo Jesús se le ve a lo largo del evangelio perdonando, curando, animando a todos. Jesús aparece en verdad como “manso y humilde de corazón”, comprensivo, tolerante, acogedor, que acepta a las personas como son, aunque les invite a dar pasos adelante, que sintoniza con los que sufren, que nunca pasa al lado de uno que le necesita sin detenerse y dedicarle su tiempo, que parece que tiene predilección por los despreciados por la sociedad de su tiempo.

Decir que Jesús es “manso y humilde” no significa tampoco que todo le es igual. Él no sólo anuncia perdón y salvación: también se indigna a veces y eleva la voz denunciando las injusticias y lo que sabe que va contra el bien del pueblo, y sabe coger el látigo y expulsar a los mercaderes del Templo. Jesús tiene convicciones firmes. Es recio en su camino.

Hay días en que escuchamos de sus labios palabras que nos hablan de la exigencia de su seguimiento, o ataques duros contra los orgullosos. Pero hoy se completa su imagen con esta invitación a la confianza y la afirmación de la bondad de Dios.

En verdad, Jesús puede decir las palabras que escuchamos hoy, “venid a mí todos los que estáis cansados y yo os aliviaré... yo soy manso y humilde de corazón”, porque en realidad actuó así durante toda su vida. En el evangelio aparece como el que perdona delicadamente a la pecadora, y nos habla del

padre que perdona y acoge al hijo aventurero, y del pastor que se alegra del reencuentro con la oveja descarriada.

Venid a mí los que estáis fatigados

Después de bendecir a Dios porque revela los misterios más profundos a la gente sencilla, Jesús hace una invitación que después de dos mil años resuena todavía con una fuerza inmensa de esperanza: “venid a mí los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré... cargad con mi yugo y encontraréis vuestro descanso”.

Parece una paradoja el que Jesús nos invite a cargar con su “yugo”, una metáfora que puede recordarnos esclavitud y total dependencia. Jesús se quejó una vez de que los doctores de la ley, en Israel, cargaban fardos pesados en los hombros de los creyentes. Él, no. Nos dice que si cargamos con ese yugo él nos aliviará y nos dará descanso. Porque él es “manso y humilde de corazón”.

Esto no significa que el estilo de vida que nos enseña Jesús, su Evangelio, no es exigente. Ciertamente no nos presenta un programa de vida dulzón, sino empeñativo. Lo que aquí dice, “cargad con mi yugo”, se parece mucho a lo que nos había dicho: “tome su cruz y sígame”.

Ese “yugo” y esa “cruz” que él nos invita a llevar son llevaderos, no por nuestras fuerzas, sino con su ayuda: “venid a mí y yo os aliviaré... encontraréis vuestro descanso”. Jesús es un maestro y un pastor “manso y humilde de corazón”: no nos va a exigir más allá de nuestras fuerzas. “Encontraréis vuestro descanso”. Lo que nos dice (amar a Dios y amar al prójimo) no es en sí nada fácil. Pero con su ejemplo y su ayuda, es llevadero y factible. “Mi yugo es llevadero y mi carga, ligera”. Como el Cireneo le ayudó a él a llevar la cruz, él, Jesús, nos ayudará a nosotros a llevarla y a vencer al mal en nuestras vidas.

Nos viene bien escuchar hoy estas palabras de Jesús, que nos aseguran su cercanía y nos hablan del amor de Dios, porque la vida nos agobia con su ritmo y va gastando nuestra capacidad de esperanza, y a veces hasta nos hace dudar del amor de Dios.

Son los sencillos los que entienden... y son felices

Es bueno que aceptemos también otra lección del evangelio de hoy: la invitación a ser sencillos de corazón, porque así sabremos captar mejor la presencia de Dios en nuestra vida y seremos más felices.

Jesús se alegra de que la gente sencilla de su pueblo, que no son tan rebuscados en sus motivaciones ni tan esclavos de sus prejuicios, saben captar los misterios del Reino. Los que entienden a Jesús son los que no son auto-suficientes, los que no están llenos de sí mismos. Los que se creen sabios dejan escapar las cosas más importantes, porque creen saberlo todo y se fían de sí mismos.

Cuántas veces, en las páginas de la Biblia, los que a los ojos de este mundo aparecen como ignorantes o pobres personas, son las que demuestran haber alcanzado la verdadera sabiduría, los que captan las cosas de Dios y se dejan llenar de su felicidad: los sencillos, los “anawim, los pobres de Yahvé”, los que saben que necesitan de Dios, los que saben escuchar y admirarse y sorprenderse de las obras de Dios en la vida de cada día.

A lo largo de la vida de Jesús, las buenas gentes –no por ignorantes, sino por personas de sentido común y buena voluntad– supieron reconocer a Jesús como el profeta de Dios, mientras que los letrados y fariseos buscaron mil excusas para no creer. Un caso notorio fue el contraste entre el ciego curado por Jesús (Juan 9), sin cultura humana, pero capaz de razonar con lógica y sacar las consecuencias del milagro, cosa que no pudieron o no quisieron hacer los fariseos y autoridades que le interpelaban.

Pero es más entrañable todavía el ejemplo de la Madre de Jesús, que en su *Magnificat* canta a Dios porque ha mirado complacido la humildad de su sierva y porque a los pobres “los llena de bienes”, mientras que a los que se creen ricos y sabios “los despidе vacíos”.

También ahora, hay muchos hombres y mujeres que no han ido a la universidad, pero con una intuición admirable saben comprender con serenidad gozosa los designios de Dios y los aceptan en su vida. ¡Cuántos familiares nuestros, que tal vez no han tenido mucha formación humana ni religiosa, nos han dejado ejemplo de profundidad en su fe y en su vida! En la Plegaria

Eucarística IV del Misal damos gracias a Dios porque Cristo Jesús “anunció la salvación a los pobres”.

No se trata de desautorizar a los doctos y a los profesores. También los que tienen cultura humana y religiosa pueden ser “sencillos de corazón”, porque no se enorgullecen de su sabiduría, y no se fían tanto de su erudición sino que saben que la sabiduría y la salvación auténticas vienen de Dios.

¿Somos nosotros sencillos de corazón? ¿sabemos admirar y agradecer las obras de Dios? ¿o somos tan retorcidos y llenos de nosotros mismos que no sabemos escuchar a Dios ni creemos necesitar su salvación? Si fuéramos un poco más sencillos, no amantes de grandezas, si tuviéramos “ojos de niño” y un corazón más humilde, tendríamos mayor armonía interior, una paz más serena en nuestras relaciones con los demás, una sabiduría más profunda y una fe más estimulante y activa. Seríamos mucho más felices. Encontraríamos de veras paz y descanso en Cristo Jesús.

DOMINGO 15 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Les habló en parábolas

Durante tres domingos, a partir de hoy, escucharemos una serie de parábolas de Jesús sobre la vida cristiana, que Mateo ha reunido en el capítulo 13, en el tercero de los “discursos” o “sermones” que ofrece en su evangelio (ya hemos escuchado el sermón de la montaña y el discurso de la misión).

Estas parábolas, tomadas casi siempre del ambiente doméstico o de la vida del campo, que era el que más conocían sus oyentes, pero que fácilmente podemos entender también los que vivimos en la ciudad, son relatos pedagógicamente contruidos que le sirven a Jesús para transmitir los mensajes del Reino, con comparaciones llenas de expresividad. Pero, como dice él mismo, ante estas parábolas, algunos “oyen y no entienden”, o “miran y no ven”. Mientras que a otros “se les ha dado conocer los misterios del Reino”, precisamente a la “gente sencilla” de la que nos hablaba en el evangelio del domingo pasado.

Hoy, y preparada por la breve comparación que hace Isaías de la Palabra de Dios con la lluvia que empapa la tierra y la hace fértil, escuchamos la conocida parábola del sembrador y de la eficacia mayor o menor de la semilla, que Jesús compara con la Palabra de Dios. Vale la pena proclamar serenamente la versión larga de este evangelio, porque contiene también la “homilía” del mismo Jesús.

Isaías 55, 10-11. *La lluvia hace germinar la tierra*

El profeta –seguramente el “segundo Isaías”– invita a la esperanza. Con la comparación de la lluvia, que fecunda la tierra y le hace producir fruto, nos asegura que la Palabra de Dios es siempre eficaz y fecunda. Así nos prepara para escuchar el evangelio, con la parábola del sembrador y la eficacia de la semilla que es la Palabra de Dios.

También el *salmo* sigue con la comparación poética de la vida del campo: la tierra, la acequia de agua, el riego, la llovizna suave que empapa los terrones, los brotes y, por fin, la cosecha que llena de gozo al campesino: “las colinas se orlan de alegría... los valles se visten de mieses que aclaman y cantan”.

Romanos 8, 18-23. *La creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios*

Sigue hablando Pablo de las consecuencias del Bautismo, por el que hemos entrado en la vida de Cristo Jesús y somos movidos por el Espíritu.

Ya tenemos “las primicias del Espíritu” en nosotros. Pero ahora queda todo un proceso de crecimiento, que Pablo describe con fuerza y esperanza incluso cósmica: “la creación, expectante, aguarda la plena manifestación de los hijos de Dios”. El apóstol se sirve de una comparación muy expresiva, la del parto: “la creación entera está gimiendo con dolores de parto”. Aunque ahora tengamos que sufrir, la perspectiva futura es optimista, porque esperamos la liberación de toda esclavitud y la libertad de los hijos de Dios. Como los dolores del parto –los “gemidos”– de una mujer anuncian la alegría del nacimiento de una nueva vida.

Mateo 13, 1-23. *Salió el sembrador a sembrar*

La parábola del sembrador, la primera de la serie, en sí es muy breve, describiendo el proceso desde la siembra hasta la cosecha, con el dispar éxito de la semilla que el sembrador siembra en el campo en cuanto a los frutos finales, por culpa de los pájaros, o del sol, o de los espinos.

Pero Jesús, después, nos ofrece él mismo lo que se podría llamar la “homilía” de la parábola, aplicándola a la escucha de la Palabra de Dios por parte de los creyentes, y las diversas circunstancias y actitudes nuestras que hacen que esa Palabra, que de por sí es eficaz y siempre salvadora, produzca más o menos fruto.

– II –

La Palabra es eficaz

Se puede entender la parábola de Jesús desde dos perspectivas. Una, más optimista, que parece ser su sentido original: a pesar de todos los obstáculos que los humanos le ponemos, la Palabra de Dios está llena de vigor y siempre produce fruto y, a la larga, es fecunda. O se puede ver desde el otro lado, más pesimista: por muy eficaz y llena de fuerza interior que sea la Palabra de Dios, el Maligno nos la roba o nosotros mismos le ponemos tantos obstáculos, que le podemos restar eficacia.

La comparación de Isaías es muy clara y apunta a la primera línea: la lluvia y la nieve empapan la tierra y la hacen fecunda. Así la Palabra de Dios cumple siempre su misión: “no vuelve a Dios vacía”. Nuestras palabras humanas muchas veces sí son estériles y vacías. Lo que se dice en Hamlet: “palabras, palabras, palabras”. Pero la de Dios siempre es cercana y despierta y eficaz. Como la del Génesis: “dijo, y se hizo”. Es siempre Palabra creadora, vivificadora. Es como la semilla que contiene en sí misma una potencia admirable que dará lugar a un proceso de germinación y al fruto.

Es lo que nos ha hecho repetir el salmo responsorial: “la semilla cayó en tierra buena y dio fruto”. Ojalá que el ciento por uno.

No da fruto automáticamente

Pero por muy poderosa que sea esa Palabra, no actúa automáticamente.

Es hermosa y comprensible para todos la comparación de la semilla que cae en los surcos preparados en el campo y que está destinada a dar una cosecha

lo más abundante posible. Así es la Palabra de Dios que nos es proclamada y que escuchamos y acogemos los creyentes, por ejemplo en la celebración de la Eucaristía.

Pero la semilla no siempre produce igual fruto: si cae en el camino o entre espinos o entre piedras, producirá mucho menos que si en tierra buena. Y aún la que cae en el terreno previsto, depende de si encuentra una parcela más o menos abonada o más o menos profunda, para que el fruto sea de treinta o sesenta o ciento por uno.

Así es la Palabra que escuchamos. Dios la siembra en nosotros con la misma ilusión con que un campesino siembra su semilla en el campo. Pero Jesús nos dice qué suerte dispar puede tener en nosotros el proceso de asimilación de esa Palabra. Por parte de Dios siempre es eficaz, y salvadora. Pero por parte nuestra, no.

La semilla que cae en el camino, y se la llevan los pájaros, dice Jesús que es la Palabra que hemos oído, seguramente con buena voluntad, pero viene el Maligno y nos la arrebató. La que cae entre piedras y no puede echar raíces y acaba por quedar reseca por el sol implacable, dice Jesús que es como la Palabra que no puede echar raíces en algunas personas, por lo superficiales que son, y sus buenos propósitos se van al traste ante cualquier pequeña dificultad. La semilla que cae entre espinos, es la Palabra que es ahogada por la seducción de las riquezas y las demás preocupaciones de nuestra vida.

Cada uno sabrá qué obstáculos encuentra en su caso la Palabra poderosa y salvadora de Dios para no producir los frutos que se esperaban. Esto les puede pasar no sólo a los que están alejados de la fe, sino también a los creyentes, que van acogiendo la semilla de la Palabra, pero a la vez se dejan llenar la mente de mil preocupaciones que les hacen olvidar lo que han escuchado, se “distraen” con otras palabras que también escuchan, son inconstantes o superficiales, y así no puede producir fruto.

La Palabra nos interpela muy personalmente, si la dejamos resonar. Nos ilumina, nos juzga, nos ayuda a discernir, nos estimula, no nos deja en paz. Pero pueden ponerse en marcha, casi insensiblemente, mecanismos de auto-defensa que impiden que tomemos en serio lo que nos ha dicho Dios.

Salió el sembrador...

Ante los muchos casos de fracaso en la tarea de evangelización, no podemos caer en la tentación de dudar de la fuerza interna que pueda tener la Palabra misma. Como dice Isaías, siempre produce algún fruto, no vuelve a Dios vacía.

Pero sí podemos detenernos a pensar si el defecto puede estar en el sembrador, o en su “falta de puntería” al no arrojar la semilla en el campo, o sencillamente en la ausencia de sembradores. Es una palabra de ánimo para los diversos “sembradores” que también ahora hacen falta para dar a conocer el plan salvador de Dios: los misioneros, los predicadores, los catequistas, los padres cristianos, los maestros que quieren educar también en la fe...

No siempre producirá efecto nuestro esfuerzo. Como tampoco fueron sólo éxitos los que cosechó el mismo Jesús, o el infatigable Pablo. Pero, sean cuales sean los resultados inmediatos, tenemos que ser generosos en la tarea de evangelización y sembrar con ilusión a diestro y siniestro, comunicar a cuantos podamos la Palabra salvadora de Dios. Ella es la que producirá fruto.

El sembrador no siempre es el que cosecha a corto plazo. Una persona puede recibir la semilla del evangelio en un retiro, en la experiencia de una visita del Papa, en la peregrinación a un santuario, en el coloquio con una persona creyente. Es la semilla. Nosotros tenemos que favorecer el que exista este contacto. Debemos procurar que no caiga entre espinos o entre piedras o en el camino, sino en tierra buena. Dios será quien riegue y haga crecer esa semilla, hasta producir fruto.

Lo que nos toca a nosotros es sembrar con ilusión, aunque no veamos resultados. Es Dios quien salva, y su Palabra, nos dice Jesús, es eficaz.

Con dolores de parto

Es valiente y poderosa la comparación que aporta Pablo para hacernos entender el proceso dinámico que espera a los cristianos desde el inicio del Bautismo hasta la plenitud de la vida eterna. Estamos todos, el cosmos y cada uno, en gestación, como en dolores de parto.

Ya poseemos las primicias del Espíritu, pero esperamos la plenitud, la maduración, la “plena manifestación de los hijos de Dios”, “la libertad gloriosa”, “la redención de nuestro cuerpo”. Es una visión dinámica y comprometedora de la vida cristiana. La comparación de la mujer que espera un hijo la puso el mismo Jesús: “La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora. Pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo” (Jn 16,21). Pablo dice que no hay ni punto de comparación entre lo que nos toca sufrir aquí abajo con la gloria que Dios nos prepara en la vida definitiva.

Uniendo esta imagen de las dificultades con la de la siembra y la cosecha, recordemos el salmo 125, que dice que los campesinos “al ir iban llorando, sembrando la semilla; al volver vuelven cantando, trayendo las gavillas”. Sembrar a veces cuesta, y también seguir cuidando el campo. Pero la alegría de la cosecha supera y da por bien empleados todos los sudores del camino.

En la Plegaria Eucarística IV del Misal miramos esperanzados hacia el final de la historia, cuando “junto con toda la creación, libre ya del pecado y de la muerte”, esperamos todos gozar definitivamente de la plenitud de gloria y de vida con Dios.

Invitación a la vigilancia

La parábola de hoy incluye una advertencia a los creyentes: tienen que vigilar, porque el Maligno puede robarnos esa semilla de la Palabra de Dios que hemos escuchado. En medio de la vida ajetreteada de hoy, y con tantas voces discordantes, puede suceder esto con facilidad.

Pablo nos viene avisando de que la semilla del Bautismo debe ir creciendo y madurando en nuestra vida. Según la enseñanza de Jesús, nosotros mismos somos el campo en el que puede suceder una historia de fecundidad o de esterilidad. Nosotros mismos, no los pecadores de este mundo o las gentes que no tienen todavía mucha formación religiosa, debemos, no sólo escuchar la Palabra, sino acogerla, asimilarla, “guardarla”, intentar vivir según ella, para producir el fruto que Dios espera de nosotros.

Nos podemos hacer con sinceridad la pregunta: ¿cómo es que esa Palabra de Dios, que escuchamos tantas veces, y con buena voluntad, no produce

frutos en nosotros? Ciertamente no es que la rechacemos, sino que algo la ahoga y la hace ineficaz. La semilla quiere crecer, brotar, dar fruto. Pero tenemos que vigilar para no ponerle dificultades. Para eso necesitamos estar despiertos, vigilantes.

El mundo de hoy –no hace falta que el Maligno actúe de un modo explícito tentándonos– tiene a veces más cercanía y fuerza que la misma Palabra. La vigilancia sobre nuestro “campo” es necesaria. A veces un niño es educado en la fe, y la vive con gozo, y puede seguir haciéndolo en la adolescencia, pero luego entra el joven en la Universidad o en el mundo del trabajo, y según en qué compañías de amigos caiga, puede enfriarse su fe y alejarse de la Palabra. Alguien ha “robado” esa semilla que tenía sembrada. Espinos, pájaros, el sol, el Maligno...

La Palabra que nos dirige Dios es a la vez don y responsabilidad, regalo y compromiso. La Palabra es eficaz de por sí. Pero necesita que se cuide el terreno. No actúa milagrosamente. La Palabra respeta la libertad de cada persona, y cada uno debe poner de su parte su actitud de acogida y de asimilación. Como en los campos se colocan estratégicamente unos espantapájaros para ahuyentar a las aves que pueden robar la semilla, en nuestra vida deberíamos poner todos los medios para que las voces y los afanes de este mundo no hagan estéril la semilla de la Palabra de Dios que quiere actuar en nosotros.

Cada uno sabrá cuáles son los “pájaros” o las “zarzas” o las “piedras” o “el Maligno” que inutilizan en nosotros la fuerza salvadora y transformadora de la Palabra.

Al final del capítulo de las parábolas, que hemos empezado a escuchar hoy, Jesús pregunta a los suyos: ¿habéis entendido todo esto? Ojalá podamos responder nosotros que sí, que no sólo hemos oído la historia, sino que hemos comprendido y aceptado su intención y su interpelación para nuestra vida. Entonces se cumplirá otra bienaventuranza que Jesús añade hoy a su lista: “dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen”.

DOMINGO 16 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

¿Por qué permite Dios tanta cizaña?

Siguiendo con la serie de parábolas que Mateo reúne en su capítulo 13, y de la que el domingo pasado leíamos la primera, la de la semilla que es la Palabra de Dios, escuchamos hoy tres más, sobre todo la del trigo y la cizaña.

Una pregunta aparece continuamente en nuestra historia: ¿por qué permite Dios tanto mal, tanta malicia?, ¿por qué no castiga a los malhechores que cometen tantas injusticias?, ¿por qué permite que la cizaña crezca junto con el trigo, los malos con los buenos?

La respuesta de las lecturas de hoy es que Dios tiene paciencia, que respeta la libertad del hombre, y nos enseña a ser también nosotros más pacientes.

Sabiduría 12, 13.16-19. *En el pecado, das lugar al arrepentimiento*

En este libro de la Sabiduría, uno de los últimos del AT, tal vez un siglo antes de Cristo, leemos hoy una página que ensalza la bondad de Dios para con su pueblo, demostrada continuamente en la historia.

La idea central es que, aunque Dios es todopoderoso y puede hacer lo que quiera, y no tiene que responder de su actuación ante nadie, sin embargo, “juzga con moderación y gobierna con gran indulgencia”, y al pecador

siempre le “da lugar al arrepentimiento”. Esta lectura prepara hermosamente la lección que nos dará Jesús con su parábola del trigo y la cizaña.

El *salmo*, una vez más, como hace dos domingos, canta la bondad de Dios. Nos hace repetir “tú, Señor, eres bueno y clemente”. Llama a Dios “rico en misericordia”, “Dios clemente y misericordioso, rico en piedad y leal”.

Romanos 8, 26-27. *El Espíritu intercede con gemidos inefables*

Sigue Pablo sacando las consecuencias de nuestro Bautismo, que ya nos dio la vida divina como en embrión, pero que tiene que crecer y madurar, ayudado por el Espíritu de Dios.

En la breve página de hoy nos dice cómo el Espíritu es quien sale en ayuda de nuestra debilidad y nos enseña a rezar, porque nosotros “no sabemos pedir lo que nos conviene”. Más aún, es el Espíritu quien ora por nosotros y en nosotros: “el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables”.

Mateo 13, 24-43. *Dejadlos crecer juntos hasta la siega*

Hoy Jesús nos propone tres parábolas muy breves, que conviene leer íntegras, aunque se entretiene más en la tercera, la del trigo y la cizaña, que luego explica –o aplica– a nuestra vida eclesial. Al menos, si se lee sólo la de la cizaña, habría que unirle la explicación de Jesús.

La primera es la del grano de mostaza, una semilla minúscula que da origen a un arbusto bastante grande. La segunda, la de la levadura, que a pesar de su pequeño volumen, tiene capacidad de hacer fermentar toda la masa de harina.

La tercera es la del trigo que siembra el campesino, pero que crece junto con la cizaña, una mala hierba particularmente dañina para las plantas, que ha sembrado de noche “el enemigo”. Los labradores preguntan al amo si será mejor arrancar esa cizaña. El amo prefiere esperar a la cosecha para hacer la separación, no vayan a arrancar también el trigo. En efecto, las raíces de la cizaña se entrelazan fuertemente con las del trigo.

Más tarde, aparte, a sus discípulos, les explica Jesús más detenidamente la tercera parábola, la de la cizaña.

– II –

El Espíritu ora en nosotros

El aspecto que Pablo toca hoy, en la carta a los Romanos, es que el Espíritu, que nos ha comunicado su vida desde el Bautismo, nos ayuda a rezar, más aún, ora por nosotros y en nosotros, con gemidos inefables.

Es el Espíritu quien nos hace recordar todo lo que Jesús nos había enseñado (cf. Jn 14,26), y quien también nos enseña a orar y nos mueve a decir la oración más breve y más densa del cristiano: “Abbá, Padre” (en el Catecismo se insiste mucho en que es el Espíritu quien nos anima en nuestra oración: basta leer CCE 2766).

Es el Espíritu quien inspiró los libros sagrados de la Biblia y quien en la primera parte de la Eucaristía hace que esa Palabra revelada llegue a nosotros con fuerza. Es él quien en la segunda parte es invocado para que transforme el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre del Señor Resucitado, que quiere ser nuestro alimento. Y quien vuelve a ser invocado más tarde para que transforme a la comunidad, “a cuantos participamos” de ese Cuerpo y Sangre, para que seamos un solo cuerpo y un solo espíritu.

La fuerza transformadora de la Palabra de Dios

Ya el domingo pasado se nos proponía la fuerza interior de la Palabra de Dios, comparada con la que tiene una semilla sembrada en tierra. Hoy se nos habla del grano de mostaza que es pequeño pero produce un arbusto en el que pueden anidar los pájaros, y de la levadura, que tiene fuerza para transformar la masa de la harina y hacerla fermentar, convirtiéndola en sabroso pan.

Todas estas comparaciones ponen en evidencia la pequeñez del comienzo –el grano de mostaza, la levadura– y los resultados mucho más grandes, el arbusto y la masa fermentada. Sobre todo pone en evidencia la fuerza interior que tiene el Evangelio y la Palabra de Dios, capaz de transformar el universo. Los creyentes debemos tener confianza en él. Es él quien hará brotar y crecer el Reino, aunque haya empezado de una forma tan sencilla y humilde.

¡Cuántas veces, en la historia de la Iglesia, admiramos obras gigantescas de apostolado que tuvieron orígenes bien modestos, humana y económicamente! Pero la eficacia viene de Dios.

El estilo de las obras de Dios

Las dos comparaciones de la semilla de mostaza y de la levadura nos enseñan también cuál es el estilo de la actuación de Dios.

No es el estilo de la violencia, ni de la espectacularidad. ¿Qué ruido hacen la semilla y la levadura para realizar el admirable proceso de la transformación que producen? El Reino actúa calladamente y con eficacia, porque tiene una fuerza interior que hace pasar a la semilla desde su estado inicial a la madurez del fruto y a la levadura le da la capacidad de transformar una masa de pan. El Reino que vino a implantar Jesús nació en un pueblo insignificante, fue rechazado por las autoridades y el mismo Jesús acabó ajusticiado. Pero ese Reino tenía una fuerza tal que germinó y creció y se ha convertido en un árbol gigantesco que ofrece la salvación a toda la humanidad.

Los creyentes en Jesús, la Iglesia, también deberíamos seguir un estilo de actuación parecido, no basado ni en el poder, ni en el prestigio, ni en la organización admirable de las instituciones, ni en las estadísticas triunfalistas. Los seguidores de Jesús no buscamos aplausos ni pregonamos nuestros éxitos, ni queremos ser protagonistas. Más bien seguimos la consigna que él nos dio: que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha.

Una familia que, con sencillez y constancia, ejerce de “levadura” a su alrededor. Unos jóvenes que dan testimonio, dando ejemplo de honradez y de fidelidad cristiana a sus compañeros en el mundo de la escuela o del trabajo.

Una comunidad religiosa o parroquial que ilumina y transforma, con paciencia y humildad, la sociedad que tiene alrededor. El Reino de Jesús actúa en silencio. Como actúa la semilla sembrada en tierra o como la levadura que actúa dentro de la masa de harina: con eficacia, apoyadas en Dios.

Dios tiene paciencia: no quiere arrancar ya la cizaña

La comparación de la cizaña la aplica el mismo Jesús a la vida cristiana y al proceso del Reino de los cielos. El sembrador es Cristo; el campo, el mundo; el trigo, los buenos (“los ciudadanos del Reino”); el enemigo que siembra mala hierba, el diablo (no sólo “roba” la semilla, como en la parábola del domingo pasado, sino que él mismo siembra mala hierba); la cizaña, “los hijos del mal”; la siega, el final de los tiempos; los segadores, los ángeles...

Jesús aborda aquí la coexistencia del bien y del mal en este mundo, o sea, la coexistencia de los buenos y los malos, del bien y del mal, en este mundo y también en la Iglesia y en nuestro ambiente familiar o social más cercano. En el mundo conviven los buenos y los malos. Hay quien dedica todas sus energías a ayudar a los demás, a curar sus males, a hacer progresar el bienestar, a atender a los enfermos o a los ancianos. Pero hay quien no tiene ningún escrúpulo en producir la muerte y en aprovecharse de los demás para su propio provecho.

Se trata, como en el caso de los muchos salmos que hablan de “los malos”, de las personas cínicas, malvadas, que se ríen de todos, también de Dios, y aplastan a quien pueden para salir airosas en lo suyo. Baste recordar todos los géneros de terrorismo, o el negocio del narcotráfico, o los muchos episodios de genocidio que siguen dándose en el mundo, o los casos de violencia doméstica o de género que nos azota cada vez con más fuerza.

Todo eso no lo quiere Dios, ciertamente. A Dios no le gusta que haya cizaña, ni que triunfen los “corruptores y malvados”. Pero tampoco quiere suprimirlos con una intervención drástica. Como dice el libro de la Sabiduría, aunque Dios es todopoderoso, y lo podría hacer, no castiga al malo: “tu soberanía universal te hace perdonar a todos”, “juzgas con moderación y nos gobiernas con gran indulgencia”. Uno se explica por qué uno de los nombres que más a gusto aplican los musulmanes a Dios es el de “el Pacientísimo”.

Jesús quiere que se deje el juicio y la separación para el día final, sin precipitarse. Propone una perspectiva más a largo plazo. El Juez es Dios, y es él quien hará justicia. Nosotros no tenemos esa misión. Lo nuestro es seguir trabajando, sin perder la paciencia ni la esperanza, respetando la libertad de las personas, dándoles un voto de confianza. No vaya a ser que, queriendo arrancar lo malo, arranquemos también las posibilidades de bien que tienen todos, también los que podemos considerar malos. El ideal no es una Iglesia de sólo santos.

¿Por qué no interviene más Dios para poner orden en este mundo? ¿por qué no castiga a los malvados y les impide seguir haciendo el mal? Dios tiene paciencia. Dios cree en el hombre. Le concede siempre un voto de confianza. No le quiere privar de la libertad. Como ha dicho el libro de la Sabiduría, “en el pecado, das lugar al arrepentimiento”.

¿Tenemos un corazón misericordioso, como el de Dios?

Deberíamos copiar esta actitud de bondad y misericordia en nuestra manera de tratar a los demás. En el libro de la Sabiduría hemos leído, hablando de la bondad y misericordia de Dios: “obrando así, enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano”.

Ante todo, no deberíamos extrañarnos ni asustarnos demasiado porque veamos que existe el mal en la Iglesia o en el mundo. Así como hay mala hierba dentro de cada uno de nosotros, no nos debería poner nerviosos el ver que hay también cizaña en la comunidad cristiana y en la sociedad, en las familias y en las comunidades religiosas. Todos somos débiles, y hay mil tentaciones a nuestro alrededor. En nosotros mismos también coexisten el bien y el mal, la tendencia al bien y la seducción del mal. Alguien que no es precisamente Cristo Jesús siembra “de noche” semillas que no son trigo bueno.

Tampoco deberíamos considerarnos demasiado maniqueísticamente a nosotros mismos (“yo”, o “nosotros los cristianos”) como “el trigo”, y a los otros (“tú”, o “los no cristianos”) como “la cizaña”. Como si la culpa la tuvieran siempre los demás, y nosotros, siempre, la razón. Nos cuesta entonar el “mea culpa” o hacer autocrítica. Nuestra primera reacción es la tentación

de la intransigencia, y hasta el deseo de eliminar al adversario. Jesús nos enseña a dejar el juicio a Dios.

Los que trabajan por el Reino, los sembradores de la semilla, los predicadores, los cristianos “practicantes”, no deberían tener tendencias integristas y fiscalizantes, ni precipitación en querer separar a los malos de los buenos. En el evangelio se nos cuenta algunas veces la actitud de impaciencia e intolerancia de los discípulos de Jesús, como cuando no les quisieron acoger en un pueblo de Samaria. La reacción de los discípulos (de los “hijos del Trueno”, Santiago y Juan) fue tajante: ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo? Es una reacción visceral, poco conforme al estilo de Dios. Jesús les reprochó su actitud y les dio una lección de paciencia.

Deberíamos aprender de Dios su actitud de generosidad y misericordia, y ser más tolerantes con los que tenemos por malos, con los hijos o los amigos o los miembros de la comunidad que pasan por momentos difíciles. Deberíamos tener una paciencia “escatológica”, que concede tiempo a las personas. Como la paciencia infinita de Dios. No somos jueces, ni podemos tan fácilmente condenar a los demás. No porque nos dé igual que se haga el bien o el mal. Lucharemos para que triunfe el bien. Pero no con una actitud intolerante ni violenta. Tenemos que imitar a ese Dios que ya en el AT se nos presenta como clemente y misericordioso, lento al castigo y a la ira, rico en perdón. Un Dios que Jesús nos describió también como el padre que perdona y como el pastor que busca a la oveja perdida y como el sembrador que espera a la cosecha para luego separar la cizaña.

¿Qué actitud hubiéramos tenido nosotros ante el hijo pródigo que vuelve? ¿Y ante la oveja que se ha descarriado voluntariamente, hubiéramos actuado con el corazón comprensivo que muestra Dios, que muestra Jesús, o con un corazón mezquino? Cuando se nos presenta la ocasión, en la vida familiar o social, ¿hacemos fácil la rehabilitación a los que se arrepienten de sus errores o disparates? ¿Hubiéramos ayudado a Pedro a recuperar su dignidad personal, como hizo Jesús? Un testimonio impresionante es el que dio un hombre alcohólico que intentaba salir de su situación: “lo más difícil para un enfermo alcohólico no es dejar de beber, sino que le crean”. A veces, en nuestro entorno, también en el de la Iglesia, un error puede costar a una persona la mala fama el resto de su vida.

Nos gusta meternos a jueces y tomar la justicia por nuestra mano, y no es esa nuestra misión. Lo que nos toca a nosotros es seguir sembrando, y cuidando el campo, y regando, para que la cosecha del Reino sea lo más fecunda posible. Sin pretender un elitismo exagerado, sin recurrir a medidas drásticas ni violentas, sino sabiendo dialogar con los que no piensan como nosotros.

Convivir con el mal no significa aprobarlo, ni que todo nos es indiferente o que tenemos que dejar de luchar a favor del bien. Pero sí hemos de aprender la lección de paciencia y de misericordia infinita de Dios, que se nos ha manifestado en Cristo Jesús. Él nos contó la parábola de la higuera, a la que el dueño, antes de declararla definitivamente como estéril, le concedió tiempo para ver si daba fruto.

DOMINGO 17 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

¿Entendéis bien estas parábolas?

Seguimos y concluimos hoy el capítulo que Mateo dedica a las parábolas de Jesús, con las que nos transmite un mensaje religioso, los rasgos del Reino que él quiere establecer en este mundo: “el Reino de los cielos se parece a...”. Esta vez son la del tesoro escondido en el campo y otra gemela, la de la perla preciosa descubierta en medio de otras. La tercera, que, a su vez, es gemela de la de la cizaña del domingo pasado, es la de la red que recoge peces buenos y malos.

Al acabar de proponer estas parábolas, Jesús hace una pregunta: ¿entendéis bien todo esto? Los discípulos contestan que sí. Uno duda hasta cierto punto que aquellos buenos discípulos entendieran del todo lo que Jesús les quería enseñar, por el modo como siguieron reaccionando ante diversas enseñanzas y acontecimientos.

Ojalá podamos nosotros responder en verdad que sí, que entendemos estas parábolas, ayudados por la explicación que de las más importantes nos hace el mismo Jesús, por los acontecimientos pascales –después de Pascua y Pentecostés se entienden mejor todas las cosas que había dicho Jesús– y por la comprensión eclesial acumulada de siglos.

1 Reyes 3, 5.7-12. Pediste discernimiento

El rey Salomón, que ha pasado a la historia, entre otras cosas, por la fama de su sabiduría, ante la oferta de Dios –“pídemelo lo que quieras”– pide el don de la sabiduría: “un corazón dócil para gobernar, para discernir”.

A Dios le gustó que el joven rey pidiera, no riquezas y poder y victorias contra los enemigos y vida larga, sino “discernimiento”, y se lo concedió, a la vez que también le regaló muchas más cosas que él no había pedido y que hicieron de él uno de los reyes más poderosos de su tiempo.

Por eso, el *salmo* es la oración de un creyente que también aprecia la sabiduría de Dios más que ningún otro bien: “más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata”.

La primera lectura y el salmo nos adelantan la figura del verdadero Maestro y Sabio, Cristo Jesús, que a su vez enseñará a sus discípulos dónde está la verdadera sabiduría, al discernir los verdaderos valores.

Romanos 8, 28-30. Nos predestinó a ser imagen de su Hijo

Pablo anuncia con alegría cuál es el plan salvador de Dios, en el que estamos sumergidos por el Bautismo. Desde toda la eternidad, Dios nos ha predestinado a ser sus hijos, hermanos de nuestro Hermano mayor, el Hijo de Dios: “nos predestinó a ser imagen de su Hijo”.

Ese es el proyecto de Dios sobre nosotros, centrado en Cristo Jesús. Por eso nos ha llamado, nos ha hechos justos y nos ha destinado a la gloria.

Mateo 13, 44-52. Vende todo lo que tiene y compra el campo

También estas últimas parábolas de Jesús –que actúa como “un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo”– están tomadas de la vida cotidiana de la gente de su época y alaban la sabiduría que supone hacerse con el tesoro o con la perla y saber distinguir los peces buenos y los malos.

El que intuye que en un campo hay enterrado un tesoro, hace muy bien

en comprar ese campo, aunque le cueste todo el dinero que tiene. Como hace bien el que ha descubierto, entre otras, una perla que adivina que vale mucho, y la compra.

La parábola de la red del pescador es parecida a la de la cizaña, que leíamos el domingo pasado: también aquí se dice que hay que esperar hasta el final para separar lo bueno de lo malo.

–II–**Predestinados a ser hijos en el Hijo**

La breve lectura de Pablo da ánimos a los cristianos de Roma, y a nosotros, recordándonos que hemos recibido de Dios el don de la adopción como hijos. Dios nos ha escogido y nos ha “predestinado a ser imagen de su Hijo”, de modo que Cristo Jesús es “el primogénito de muchos hermanos”.

Estamos sumergidos en una historia de amor y de salvación por parte de Dios: nos ha predestinado, nos ha llamado, nos ha justificado (hecho justos) y al final estamos destinados a que seamos glorificados.

Realmente son pensamientos que dan sentido a nuestra vida y la llenan de confianza y esperanza. Como dice Pablo, “sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para bien”. Esto debería cambiar nuestra autoestima, nuestra mirada al futuro y nuestra relación con los demás, que también son amados de Dios y hermanos nuestros en Cristo Jesús.

Ser sabios en lo principal

La Palabra de Dios nos invita muchas veces, como hoy, a adquirir y apreciar la sabiduría verdadera.

La primera lectura nos propone el ejemplo del rey Salomón. No es frecuente oír de un joven gobernante que pida a Dios un corazón prudente, sabio. Eso es lo que pide Salomón: reconoce que no le va a resultar fácil gobernar, porque

es inexperto. Es buena esta actitud en uno que empieza. Pide un “corazón dócil”. No unos súbditos dóciles sino que él, el nuevo rey, sea dócil, o sea, atento, que sepa escuchar y así pueda interpretar lo que conviene en cada momento. Es una buena enseñanza sobre la sabiduría que todos necesitamos en nuestra vida.

Al ejemplo del AT nos añade Jesús su enseñanza en forma de parábolas. El que ha descubierto, tal vez por casualidad, un tesoro enterrado en el campo, *lleno de alegría, lo vuelve a enterrar allí mismo –de momento le pertenece al dueño del campo– pero tiene la suficiente sagacidad para vender lo que tiene y comprar el campo y hacerse así con el tesoro. Lo mismo pasa con el comerciante en perlas que descubre una de gran valor y decide también vender todo para adquirirla. Son dos episodios de sabiduría humana que propone Jesús como ejemplo de la sabiduría que deben tener los suyos.*

Hacer opción por los valores del Reino

Las dos parábolas nos invitan a saber discernir dónde están los verdaderos valores y trabajar por conseguirlos. O sea, a ser buenos negociantes no sólo en las cosas materiales, sino también en las espirituales. Hoy tal vez hablaría Jesús de los yacimientos de petróleo enterrados en el campo, o de sellos o monedas de gran rareza que vale la pena adquirir, o de las acciones bancarias que parece que van a subir y por tanto suponen una buena inversión.

Lo importante es que los seguidores de Jesús sean lo suficientemente listos para descubrir que los valores del espíritu son más importantes que todos los demás y hacer una clara opción por ellos. Otros valores son externos y caducos: el mundo nos encandila con cosas llamativas, con baratijas superficiales que no salvan, que no dan felicidad.

El evangelio, el Reino que quiere implantar Jesús, no es meramente negativo, sino positivo y afirmativo. No exige renunciar a cosas por ascética o por masoquismo, sino que propone la búsqueda de auténticos tesoros y perlas que darían sentido a nuestra vida. Como tampoco para el estudiante o el deportista suponen una renuncia negativa o sin sentido los sacrificios que se imponen para conseguir sus metas. Como tampoco es meramente negativo el hecho de que el que se casa y forma una nueva familia tenga

que renunciar en cierto modo a la de sus padres o a otras mil posibilidades alternativas que pudiera tener.

A veces hay que sacrificar algo –“vendió todo lo que tenía y compró el campo”– para conseguir lo que vale más. El seguimiento de Jesús es exigente. En otros momentos nos dijo que había que darle a él preferencia en relación a los padres o los hijos, si hacía falta optar por uno u otro, o incluso anteponer el seguimiento a él a la propia vida.

Aún en lo humano, ¿qué sabiduría demuestra el que cuida sólo lo económico o los éxitos inmediatos, y no la cultura o la amistad o la tranquilidad de conciencia o la paz en la familia? ¿qué favor les hacemos a nuestros hijos si les presentamos como ideales últimos el dinero o el bienestar material, y no les transmitimos valores humanos y cristianos para toda su vida?

Optar por los valores espirituales es invertir bien. Es promesa de éxito y de alegría plena. El que apuesta por los valores seguros no fracasa. Jesús quisiera que nos entusiasmáramos por los valores que él nos propone con la misma alegría y sabiduría que los que descubren esos tesoros y perlas. Como cantamos en el salmo de hoy, ojalá sea verdad que “amo tu voluntad, Señor”, y que “más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata”.

Esperar el tiempo del juicio y de la separación de los peces

El domingo pasado, con la parábola del trigo y la cizaña, Jesús nos daba una lección de paciencia, a imitación de la paciencia infinita y la misericordia de Dios.

De nuevo hoy, con la comparación de los peces buenos y malos que quedan recogidos por la red del pescador, nos está enseñando que no hay que tener prisa en el juicio, sino respetar los ritmos de la historia y de las personas. La separación de los peces buenos y de los no buenos se hará al final. Mientras tanto, en la comunidad eclesial y en el mundo, existe un pluralismo que no debería asustarnos demasiado.

Estamos en el “tiempo de la Iglesia”, en el que conviven dentro de la red los buenos y los malos. A nosotros nos toca echar la red y ser “pescadores de

hombres”, como prometió Jesús a Pedro y a los suyos. No nos toca juzgar y menos condenar, ni tomarnos la justicia por nuestra mano, tratando de arreglar los problemas del mundo. Como hace Dios, tenemos que respetar la libertad de las personas, tratar de ayudarlas sin violencia ni precipitaciones, y no empeñarnos en construir una Iglesia elitista, de sólo santos o perfectos. Aunque sí trabajemos por mejorar esta Iglesia y la sociedad en que vivimos.

La Iglesia es santa, pero está formada por pecadores. Entre ellos, nosotros. Claro que tenemos que luchar contra el mal. Pero sin imitar la presunción de los fariseos, que se tenían por perfectos y excluían a los pecadores. Jesús tenía otro estilo y otro ritmo.

DOMINGO 18 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Comieron todos hasta saciarse

Hoy el evangelio, y la primera lectura que lo prepara, junto con el salmo, describen los dones de Dios bajo la metáfora de la comida y la bebida.

El profeta promete, de parte de Dios, bebida y comida que sacian de veras. Luego, Jesús, compadecido de la multitud, le da de comer, multiplicando los panes y los peces.

Todos entendemos que la humanidad tiene hambre y sed no sólo de pan y de agua, sino que existen también otras clases de sed y hambre, de valores más profundos y espirituales. Hoy se nos asegura que Dios nos ofrece el alimento verdadero.

Isaías 55, 1-3. *Venid y comed*

La segunda parte del libro de Isaías, el llamado “libro de la consolación”, termina animando al pueblo con palabras de esperanza respecto al futuro, la vuelta del destierro.

Entre las numerosas imágenes que utiliza, hoy leemos la de la comida y la bebida. Los sedientos tendrán agua y vino y leche gratis. Los hambrientos están invitados por Dios a platos sustanciosos, de los que sacian, de los que

alimentan de veras. Lo que tienen que hacer los creyentes es “oír, acudir, venir, escuchar, hacer alianza con Dios”.

El *salmo* también sigue con el mismo símil: “abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores”. Con el “retrato” de la bondad de Dios que hemos cantado ya varias veces en los últimos domingos –y no deberíamos cansarnos nunca de repetir– se sigue afirmando que Dios es “clemente y misericordioso, bueno con todos...”. En una de las estrofas escogidas para este salmo meditativo alabamos a Dios: “tú les das la comida a su tiempo y sacias de favores a todo viviente”.

Romanos 8, 35.37-39. *Ninguna criatura podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo*

Es breve el pasaje de Pablo, y contiene una exclamación gozosa, a modo de himno entusiasta y convencido: “¿quién podrá apartarnos del amor de Cristo?”.

Pablo enumera valientemente los obstáculos que pudiéramos tener para hacer peligrar ese amor de Cristo. Ni los elementos interiores como la aflicción o la angustia, ni los exteriores como las persecuciones o los peligros, ni siquiera elementos sobrenaturales, como los ángeles o los principados, ni el presente ni el futuro: nada podrá separarnos de ese amor.

Mateo 14, 13-21. *Comieron todos hasta quedar satisfechos*

Jesús quiere retirarse con los suyos a un lugar tranquilo, pero la gente le sigue y él, una vez más, se compadece de tantas personas que buscan el sentido de la vida (en otra ocasión dijo que los veía “como ovejas sin pastor”). Están en el desierto. Les atiende, cura a los enfermos y luego da de comer a la gente multiplicando los panes y los peces que le presentan (la comida habitual para los galileos). Es un episodio lleno de simbolismo, en el que seguramente los evangelios ven el paralelo y el cumplimiento perfecto de los milagros parecidos de Moisés o de Eliseo en el AT.

La multiplicación de los panes es un milagro al que los evangelios le dan mucha importancia: nada menos que seis veces aparece su descripción. De

ellas, dos en Mateo, de las que leemos la primera. Probablemente se trata de dos episodios distintos. El número de cinco mil seguramente es un número no estadístico sino simbólico, aunque no sepamos exactamente en qué clave habría que interpretarlo.

– II –

El amor de Dios se ha manifestado en Cristo

La segunda lectura de hoy es un himno lleno de entusiasmo lírico, en que Pablo alaba a Dios por lo que ha hecho por la humanidad: su amor se nos ha manifestado en Cristo Jesús.

Es valiente el apóstol al afirmar que nada ni nadie –todos los seres y fuerzas posibles e imaginables– pueden destruir o apartarnos de ese amor. Con interrogantes retóricos y respuestas muy vivas, expresa Pablo su total confianza en el amor de Dios.

Claro que no se trata aquí del amor que nosotros tenemos a Cristo, que por desgracia es bien frágil y cedería a muchas de estas fuerzas. Sino del amor que Dios nos tiene a nosotros, y que se ha manifestado en Cristo Jesús: ese sí que es invencible. Con la ayuda de ese amor, venceremos todas las dificultades que nos salgan al camino. Como fue venciendo a Pablo en su agitada vida de apóstol.

Pablo nos infunde esperanza. No es que vayan a faltarnos tentaciones y obstáculos en nuestra particular historia de salvación. Pero con el apoyo de Dios, todo nos es posible. Nada nos puede separar de su amor. Esta es la fuerza más segura que tenemos a favor nuestro. ¿Creemos esto de veras? ¿tenemos esta confianza de Pablo en el amor de Dios? Y si es así, ¿por qué andamos a veces tan poco animados por la vida?

La comida y la bebida de Dios, la comida verdadera

Dios sabe del hambre y de la sed de la humanidad y nos da beber y de comer.

La invitación es muy antigua, y nos la ha transmitido Isaías: “Acudid por agua... venid, comed sin pagar vino y leche gratis... comeréis bien...”.

Lo hemos experimentado de una manera más concreta y plena cuando Cristo Jesús, el Hijo de ese Dios misericordioso, ha pasado por la vida “haciendo el bien” y atendiendo a todos los que pasaban malos momentos. Esta multiplicación de panes –y además, en abundancia: sobra comida: señal de que han llegado los tiempos mesiánicos– se enmarca en toda una vida en que aparece Jesús curando, escuchando, enseñando, consolando, resucitando, perdonando. Además de su poder divino, Jesús muestra una y otra vez un corazón lleno de misericordia.

No sólo hay hambre de pan. Lo que más regaló Jesús a sus contemporáneos fue esperanza y sentido de la vida. El profeta Isaías apunta a cuál es el alimento verdadero: “¿por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?”. El profeta nos habla de la Palabra y de la Alianza que nos ofrece Dios. La metáfora de la comida y de la bebida es muy apropiada para hacer comprender otros bienes que nos regala Dios: su cercanía, su perdón, su amor. Como hizo tantas veces Jesús, que utilizó el ambiente de una comida, o a veces la imagen de la misma, para proclamar el perdón y la salvación de Dios.

También a los cristianos de nuestro tiempo nos ofrece Dios la verdadera respuesta a nuestras preguntas y hambres.

Dadles vosotros de comer

Además, nos invita a que nosotros, por nuestra parte, demos de comer a los demás. Los apóstoles tenían buen corazón. De ellos salió la idea de que la gente debía estar ya muy cansada y hambrienta. Era hora de enviarlos a descansar y a alimentarse. Pero para Jesús eso no bastaba.

En un primer momento, parece como si Jesús quisiera poner a prueba a sus discípulos. Les dice: “dadles vosotros de comer”. Pero ¿cómo iban a poder dar de comer a tanta gente si tenían sólo cinco panes y dos peces? Menos mal que Jesús está dispuesto a salir al paso del problema con su milagro.

Pero sigue en pie la primera consigna de Jesús: dadles vosotros de comer. No

todo lo hace Dios. No todo lo provee Cristo con su milagro. Es interesante el matiz que aporta Mateo: Cristo da los panes y peces multiplicados a los discípulos, y luego estos se los dan a la gente. Los cristianos, los discípulos de Jesús, deben compartir con él su compasión y su sintonía con el hambriento. En todos los sentidos del hambre y de la sed. Los cristianos somos colaboradores de ese Dios y de ese Cristo que quiere saciar el hambre y la sed de la humanidad.

Consigna que sigue en pie para su comunidad eclesial: ¿no es lo que está haciendo en el mundo, hace ya dos mil años? ¿a cuántos ha partido la comunidad cristiana el Pan con mayúscula de la Eucaristía y los demás sacramentos, y el pan con minúscula de la atención sanitaria, del alimento, del consuelo, de la cultura? La Iglesia, o sea nosotros, aprendemos continuamente la lección de solidaridad y buen corazón de Cristo Jesús.

La caridad de Cristo es concreta. La caridad de sus seguidores lo debe ser también: la atención a los enfermos, a los ancianos, a los que física o moralmente tienen hambre y sed, a los familiares o amigos en situación difícil, a los inmigrantes que encuentran difícil la incorporación a nuestra sociedad... Nosotros no podremos hacer milagros. Pero sí podemos atender al que pasa necesidad y dedicarle nuestro tiempo, nuestro interés, y todos los medios, morales y materiales que estén a nuestro alcance. Eso no sólo con los del Tercer Mundo, sino también con los más cercanos a nosotros, empezando por nuestra propia comunidad y familia. A nuestro lado hay personas que tienen sed, que pasan hambre: de agua, de pan, y también de amor y de felicidad y de sentido de la vida.

Muchas personas están verdaderamente en el desierto, perdidas por el mundo, como la gente que seguía a Jesús, con sus carencias de paz, de amor, de comunicación, de seguridad, de sentido de la vida. ¿Conocemos nosotros la situación de nuestro mundo?, ¿sintonizamos con las grandes preocupaciones de la humanidad?, ¿qué hacemos para salir al paso de esa sed y de esa hambre?, ¿se nos ocurre sólo invitarles a que se vayan a comprar comida al pueblo vecino?

En el juicio final, que nos contará Mateo en uno de sus últimos capítulos, la primera prueba o test de si hemos sido buenos discípulos de Jesús y merecemos su Reino va a ser esta: si hemos dado o no de comer al hambriento.

Además, él lo interpreta como un gesto hecho (o no hecho) a él mismo: “tenía hambre y me disteis de comer... a mí me lo hicisteis”. Vale la pena recoger también el matiz de Isaías: “acudid a por agua también los que no tenéis dinero... tomad sin pagar vino y leche gratis”. Dar gratis, porque también nosotros recibimos gratis los dones de Dios.

Tomad y comed, tomad y bebed

En la Eucaristía tenemos nosotros más suerte que los que comieron los panes y peces milagrosamente multiplicados por Jesús. En la Eucaristía tenemos un sacramento admirable, en el que el mismo Jesús se ha querido convertir en alimento para nuestro camino.

Cristo se nos ^{da} como la Palabra: es nuestro Maestro, que continuamente nos enseña los caminos de Dios, y se nos da como comida y alimento de vida eterna: partimos el pan y repartimos el vino, que él nos ha dicho –y su palabra se mantiene veraz para siempre– que son su propio Cuerpo y su propia Sangre. Él ya sabía que nuestro camino era difícil. Que muchas veces nos encontraríamos perdidos en el desierto y sufriríamos sus cansancios y hambres. Por eso pensó en este sacramento. En el Padrenuestro pedimos a Dios: “danos hoy nuestro pan de cada día”. Ciertamente Dios nos ha dado el mejor Pan: Cristo mismo.

También en la Eucaristía podemos cumplir la consigna de Jesús: “dadles vosotros de comer”. Los diversos ministerios que se ponen en marcha en la vida de la comunidad (catequistas, educadores, atención sanitaria a los enfermos y ancianos, acompañamiento a los inmigrantes o a los marginados) se concretan también dentro de la celebración litúrgica: no sólo podemos celebrar bien nosotros, y en profundidad, el sacramento de la Eucaristía, sino también ayudar a los demás, transmitiéndoles, como hicieron los primeros discípulos, la comida multiplicada por Cristo, la Palabra, la invitación a la oración, la posibilidad del canto, la explicación de la Palabra, la Eucaristía misma... Proclamar bien las lecturas bíblicas, dirigir bien los oportunos cantos, guiar la celebración con bien preparadas moniciones, y sobre todo el ministerio de la presidencia y la homilía, ayudan a todos a aprovechar más ese alimento que Cristo nos ofrece.

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

La tempestad calmada

Después de la multiplicación de los panes, que leíamos el domingo pasado, Mateo nos cuenta el episodio de la tempestad calmada, cuando las olas y el viento del lago sacudían y hacían casi zozobrar la barca de los discípulos.

Una barca zarandeada por las olas y el viento son un buen símbolo de tantas situaciones personales y comunitarias que se van repitiendo en la historia y en nuestra propia vida. Como la del profeta Elías en el AT. Como la de tantos cristianos que experimentan dificultades y miedos tan grandes como los de los apóstoles.

1 Reyes 19, 9a.11-13a. *Ponte en pie en el monte ante el Señor*

Elías, después de un gran éxito, al dejar en evidencia él solo y mandar castigar delante de todo el pueblo a los más de cuatrocientos profetas y sacerdotes del dios falso Baal, sabiéndose perseguido a muerte por la reina Jezabel, tiene que huir al desierto.

En la huida llega al monte Horeb, o Sinaí, donde el pueblo, a la salida de Egipto, había experimentado la cercanía y había firmado la alianza con Dios. Ahí tiene Elías la experiencia de la teofanía de Yahvé, que no se le “aparece” en lo que él podría haber imaginado y que eran los signos tradicionales de la presencia de Dios –el huracán, el terremoto, el fuego– sino en una brisa

suave. En ese encuentro recibe el encargo de volver a la ciudad, de nuevo, a seguir ejerciendo su misión profética, se supone que con un ánimo más calmado y unos métodos más suaves.

El *salmo* habla también de un Dios lleno de paz y misericordia: “muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación”, “Dios anuncia la paz”, “el Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto”.

Romanos 9, 1-5. *Quisiera ser un proscrito, por el bien de mis hermanos*

Con el capítulo 9, hasta el 11, empieza en la carta a los Romanos otro tema que a Pablo le preocupa mucho: la suerte que le espera al pueblo de Israel.

El apóstol muestra un apasionado amor a su pueblo, “los de mi raza según la carne”, y le duele profundamente que no hayan sabido acoger al Mesías, después de tantos siglos de espera y anuncios proféticos.

Reconoce con afecto una lista de dones que siguen teniendo los judíos, como herederos de las promesas del AT.

Mateo 14, 22-33. *Mándame ir hacia ti andando sobre el agua*

Después de multiplicar los panes y dar de comer a la gente, al llegar la noche, Jesús se retira solo al monte, a orar.

Los discípulos, mientras tanto, adentrándose en el lago, están pasando momentos de apuro por el viento recio y contrario que zarandea su barca, y eso que eran pescadores de profesión. Momentos que se convierten en pánico y gritos cuando, en la oscuridad, antes del amanecer, ven venir hacia ellos a Jesús caminando sobre las aguas, tomándole por un fantasma, hasta que oyen su voz tranquilizadora.

Mateo es el único que añade el episodio de Pedro, que pide a Jesús que le deje caminar también a él sobre el lago, pero luego pierde la confianza, tiene miedo a hundirse y es salvado por la mano de Jesús.

La conclusión es una profesión sincera de fe: “eres el Hijo de Dios”. Jesús se había presentado con un atributo divino: “yo soy”, y Pedro se había dirigido a él llamándole “Kyrios, Señor”.

– II –

El destino del pueblo elegido

Es admirable el amor que Pablo muestra por su pueblo. Él quisiera que todos sus hermanos de raza creyeran en Jesús, como lo ha hecho él. Pero ante la obstinación y el rechazo de su pueblo, siente “una gran pena y un dolor incesante”. Llega a decir, cosa que nos puede parecer hasta escandalosa, que “por el bien de su pueblo” aceptaría incluso “ser un proscrito lejos de Cristo”, o sea, un maldito, un excomulgado, si con eso vinieran a la fe sus hermanos.

Los motivos de esta solidaridad son teológicos. Para él, fue seria la elección de Dios en el AT, y todavía hoy los valores del pueblo de Israel siguen ahí: la elección por parte de Dios, la adopción como hijos, la presencia particular de Dios, la alianza que sellaron en el Sinaí, la ley dictada a través de Moisés, el culto con el que entraban en contacto privilegiado con Dios en el Templo, la presencia de patriarcas y profetas... Finalmente, el hecho de que el mismo Jesús “según la carne”, naciera de este pueblo.

Pablo nos da una buena lección a nosotros, los cristianos del siglo XXI. Ante todo, para examinar cuál es nuestra relación anímica con respecto a Israel. Sigue siendo para nosotros un misterio y un interrogante el destino del pueblo judío. También Jesús lloró sobre Jerusalén, porque la amaba, y preveía su ruina. Había intentado “recoger a sus hijos como la gallina protege bajo sus alas a los polluelos”, pero fracasó.

Los valores que Pablo enumera como heredados por su pueblo y transmitidos luego a nosotros, los apreciamos también ahora. Jesús y sus padres y los primeros cristianos eran judíos. Tenemos muchos y entrañables lazos en relación con el pueblo elegido, el pueblo de “la primera Alianza”. Además de la lista que nos ha enumerado Pablo, podríamos recordar que les debemos los salmos, la institución semanal, con el domingo como sustituto del sábado, las fiestas de Pascua y de Pentecostés, que ahora nosotros hemos completado con un sentido cristocéntrico, y categorías tan importantes como la asamblea celebrante, la veneración por la Palabra, el memorial del acontecimiento pascual...

No tendríamos que olvidar la declaración del Vaticano II “Nostra aetate”, sobre “las relaciones con las religiones no cristianas”, en las cuales la Iglesia ve ciertamente también cosas verdaderas y santas. Sobre todo podríamos leer el número 4 de este documento, donde habla del pueblo elegido, la estirpe de Abrahán. También se puede extender esta visión más amplia de Pablo a otras religiones, con las que ahora, tal vez, estamos entrando más en contacto, como la budista o la islámica. La lección es siempre actual: ¿amamos a la humanidad? ¿amamos a esta generación en la que nos ha tocado vivir? ¿sabemos reconocer los valores que tiene el mundo de hoy, la juventud de hoy, los hombres de hoy, aunque también veamos sus deficiencias?

Nos duele, ciertamente, la pérdida actual de fe, no ya en el pueblo judío, sino entre los cristianos, en “nuestro pueblo”, a veces en nuestra propia familia. Pero no por eso dejamos de amar a nuestros contemporáneos y de trabajar por ellos. ¿Somos capaces de sacrificarnos por ellos, de rezar por ellos?

Lecciones para los discípulos demasiado ardorosos

A Elías, Dios le da una buena lección. El profeta, en su camino de huida al desierto, al llegar al monte santo, Horeb, quiere tener la experiencia de la presencia de Dios. Acaba de realizar, en la escena anterior, un gran milagro, haciendo bajar fuego del cielo sobre los ídolos falsos y sobre sus sacerdotes, dando así testimonio del poder del verdadero Dios. Es un hombre fogoso, batallador, guerrero.

¿Cómo se le aparecerá ahora el Señor? Aquí le espera la lección. Cuando Elías está en la cueva del monte, sucede un huracán muy violento, pero el Señor no está en ese huracán. Luego viene un fuerte terremoto, pero el Señor no está ahí. Le sigue un fuego tremendo, pero tampoco ahí está Dios. Finalmente se siente una brisa tenue, y ahí sí, ahí se le manifiesta el Señor y le hace oír su voz. En vez de “brisa tenue”, algunos entendidos dicen que habría que traducir “el rumor de un silencio”.

Dios es imprevisible. Nos prepara continuas sorpresas. No le encontramos allí donde nosotros le suponemos o le queremos. A Dios no le podemos programar con ningún ordenador. Es el Todo Otro. Sus caminos no son nuestros caminos.

A Elías le enseña Dios a calmar su temperamento y suavizar sus métodos. Un profeta que todo él es un fuego, un terremoto, un huracán, por su carácter y sus métodos, aprende que no son esos los métodos de Dios. Dios prefiere una cercanía suave, discreta, hecha a veces de silencio, no la espectacularidad de una tormenta. Jesús tuvo que reprochar a Pedro cuando, en el Huerto, sacó la espada y cortó la oreja a uno de los que venían a prenderle.

Como dice el salmo de hoy, “Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos”. Cuando Isaías anunció, en el primero de los “cantos del Siervo”, cómo sería y actuaría el enviado de Dios, nos aseguró que “no voceará, no gritará por las calles... la caña cascada no la acabará de romper... el pábilo vacilante no lo terminará de apagar...”. Jesús nos invitó a imitarle en su actuación: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”.

¿Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

También Pedro recibe una lección en el episodio que hemos leído hoy. Él tiene muchas intervenciones en el evangelio. Algunas brillantes, como en su confesión del mesianismo de Jesús. Otras, no tanto, como la de hoy.

Pedro sintió, al igual que los demás que estaban en la barca, verdadero pánico, hasta llegar a gritar del susto, ante el agitarse del lago y la presencia del que les pareció un fantasma. Hay días en que el pescador más curtido le tiene respeto a las olas.

Ahí entró en acción Pedro, un poco presuntuoso, y siempre protagonista, y se arriesgó, fiado en el Maestro: “Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas”. Decidido, valiente en principio, salta de la barca y se pone a caminar sobre las aguas. Hasta que la duda le hace perder la seguridad y comienza a hundirse. ¿Esperaba que todo fuera sencillo? ¿que también él podría hacer esos milagros que veía hacer a su Maestro? Pedro es espontáneo, primario, a veces presuntuoso. Sería interesante ver la sonrisa de sus compañeros, ante la situación nada brillante en que se había metido Pedro.

Hombre de poca fe... Es interesante comparar su “oración” de hoy: “¡Señor, sálvame!”, con la que le vino espontánea en el monte Tabor, cuando la transfiguración de Jesús: “qué bien se está aquí, Señor, hagamos tres tiendas...”.

La escena concluye con una profesión de fe: “realmente eres Hijo de Dios”.

Sin la ayuda de Jesús, ni siquiera los apóstoles, incluido Pedro, pueden hacer nada. Jesús tiene que alargar su mano para dar firmeza a Pedro y a los demás.

Las tempestades de la Iglesia y de cada cristiano

Es fácil ver en el episodio de hoy una imagen de las numerosas tempestades que ha tenido que sufrir la comunidad de Jesús a lo largo de los siglos, con vientos realmente contrarios. También las que sufre cada uno de nosotros, en algún momento de nuestra vida, hasta el punto de que nuestra barca personal también amenaza a veces con irse a pique por las circunstancias contrarias internas o externas.

A la Iglesia se la ha comparado desde siempre con una embarcación, “la barca de Pedro”. Todos sabemos que ha tenido tempestades fuertes a lo largo de los siglos y sigue teniéndolas ahora: a veces combatida desde fuera, con vientos fuertes y olas encrespadas, y otras desde dentro, con “mar de fondo”. También tenemos la experiencia de que a veces nos vienen a los labios oraciones como la de Pedro: “sálvanos, Señor, que perecemos”.

Ciertamente nuestra travesía por la historia no ha sido ni está siendo ahora un crucero de placer. Más bien sabemos de vientos y de nieblas y de oscuridad de noche y hasta de fantasmas. Cristo nunca nos prometió que no habría tormentas en nuestra vida. Al revés, nos avisó de persecuciones y peligros de dentro y de fuera. Eso sí: nos prometió que estaría con nosotros hasta el final del mundo. Cristo venía del monte, de pasar la noche en oración. Como pasó orando la otra noche, dramática, del huerto de Getsemaní, en la que tampoco los apóstoles oraban, porque estaban cargados de sueño.

Tanto en las tempestades eclesiales como en las personales, hay una gran diferencia: si Cristo no está en nuestra barca, todo parece que va a zozobrar. Si le admitimos a bordo, se amaina el viento y encontramos fuerza para remar y salvar las peores situaciones: “soy yo, no tengáis miedo”. A veces se nos echa el mundo encima. O creemos que la Iglesia se hunde. O que

Jesús está ausente, o dormido. Si oráramos más, como Jesús en la noche, tendríamos más seguridad y más eficacia en nuestra misión. Oiríamos su voz: “no tengáis miedo, soy yo”.

Pedro aparece aquí como el representante de tantos cristianos que creen en Cristo, que le siguen, que intentan serle fieles, pero que a veces dudan y tienen crisis de fe y sienten miedo e inquietud ante el futuro y caminan en la oscuridad de la noche, con viento en contra.

¡Qué poca fe! ¿Por qué tenéis miedo? Ya nos avisó que “sin mí no podéis hacer nada”. Con él amainó el viento. Debemos confiar más en el Señor. Él está dispuesto siempre a darnos paz y serenidad. No tendríamos que asustarnos demasiado ante las tempestades y los fracasos. Ni entusiasmarnos en exceso por los éxitos.

Vale la pena que recordemos la otra consigna de Jesús: “duc in altum”, “rema mar adentro”. Con el apoyo de la oración y de la presencia del Resucitado y de su Espíritu, nuestra barca comunitaria y personal puede vencer todas las dificultades y tempestades.

DOMINGO 20 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

También los extranjeros reciben la salvación de Dios

Jesús predicaba y actuaba normalmente sólo en territorio de Israel, aunque a veces se acercó a las fronteras de los países paganos. Esta vez entra en territorio fenicio, al norte de Galilea, en el actual Líbano, hace un milagro a favor de una mujer extranjera y además alaba delante de todos su fe.

Es el aspecto que ya se anticipa en la primera lectura, con el anuncio profético de que también los extranjeros pueden acudir al Templo y obtener los favores de Dios.

En un mundo cada vez más pluralista, pero a la vez tentado de particularismo egoísta, nos va bien esta llamada a la universalidad, a la catolicidad, imitando el estilo de Dios y del mismo Cristo Jesús.

Isaías 56, 1. 6-7. *A los extranjeros los traeré a mi monte santo*

Estamos en la tercera parte del libro de Isaías, a la vuelta del destierro. Su primer mensaje es una página muy universalista: la salvación de Dios también está destinada a los extranjeros: “a los extranjeros los traeré a mi monte santo... aceptaré sus sacrificios... mi casa es casa de oración para todos los pueblos”. El profeta afirma que también hay extranjeros que merecen el beneplácito de Dios porque se dan al Señor y le sirven y aman su nombre y guardan la alianza.

Por eso se ha elegido un *salmo* universal y misionero: “oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben”. El deseo y la oración del salmista es que “conozca la tierra tus caminos, y todos los pueblos tu salvación”.

Romanos 11, 13-15. 29-32. *Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel*

Sigue en la carta de Pablo el tema de la obstinación y el misterioso destino de Israel. Vuelve a mostrar el apóstol su amor al pueblo judío, sin perder la esperanza de que un día lleguen a reconocer al Mesías, como lo están haciendo muchos pueblos paganos. Su deseo mayor es “a ver si salvo a alguno de los de mi raza”.

Pablo está orgulloso de poder ser llamado apóstol de los paganos, pero no por eso se desentiende de su pueblo. Si los paganos están siendo admitidos a la comunidad de los salvados, ¿cuánto más no habría que esperar que los del pueblo elegido, los herederos de las promesas, tengan igual o mejor suerte? El razonamiento de Pablo es valiente: “los dones y la llamada de Dios son irrevocables”.

Mateo 15, 21-28. *Mujer, qué grande es tu fe*

Una mujer extranjera, sirofenicia, le pide a Jesús que cure a su hija enferma, que está “poseída por un demonio muy malo”. Jesús no le pone la cosa fácil a la buena mujer. Primero hace ver como que no la oye. Sólo ante la petición de los apóstoles (a los que molesta esa mujer “que viene detrás gritando”), responde, pero parece que negativamente, alegando que él ha sido enviado sobre todo para los que pertenecen al pueblo elegido de Israel.

A la mujer, no sólo parece no atenderla, sino que pone a prueba su fe, con la comparación, que a nosotros nos puede parecer ofensiva, de que el pan es para los hijos y no para los perros, aludiendo al pueblo de Israel, como “los hijos”, y a los demás como no pertenecientes a la casa. Pero la mujer contesta finamente que en cualquier casa, sin quitar el pan a los hijos, se procura que quede algo para los perritos. Jesús, entonces, le concede lo que pide, alabándole su fe: “mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas”.

– II –

Dios quiere la salvación de todos

La Palabra de Dios nos recuerda hoy que también con los que no son de “los nuestros” debemos ser acogedores. También los extranjeros tienen derecho a la salvación de Dios. Dios ama a todas sus creaturas, sea cual sea su raza y su condición social y su religión. Hace llover sobre justos y pecadores. Es el Padre de todos.

Ya en el AT, como hemos visto en Isaías, se anuncia que también los extranjeros pueden agradar a Dios y que serán escuchadas sus oraciones y aceptados sus sacrificios. Cuando el joven rey Salomón, al inaugurar solemnemente el Templo de Jerusalén, oró por su pueblo, pidiendo a Dios que escuchara las oraciones de los que venían a este lugar santo, añadió: “También al extranjero que no es de tu pueblo Israel, al que viene de un país lejano a causa de tu Nombre... a orar en tu Casa, escucha tú desde los cielos y haz según te pida el extranjero, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu Nombre”... (1 Reyes 8, 41ss).

A Pablo le preocupa la suerte de su pueblo

En la carta de Pablo encontramos otra línea de pensamiento: la suerte de su pueblo.

En los primeros años de la comunidad cristiana, había varios frentes en que se intentaba discernir la voluntad de Dios sobre el futuro de la Iglesia: a) la admisión a la fe de los pueblos paganos, y con qué condiciones; b) y la admisión o readmisión del pueblo judío, que había sido el primer destinatario de la salvación mesiánica.

Muchas veces nos encontramos, sobre todo cuando leemos los Hechos de los Apóstoles, con el primero: la admisión de los paganos. Pero Pablo, aquí, reflexiona sobre el segundo de los aspectos. Él desea la conversión de su pueblo, quisiera que los judíos, viendo cómo tantos paganos aceptan la fe, sintieran celos y recapitaran sobre su rechazo de Jesús. ¿Cómo puede ser

que Dios se olvide de su pueblo, el pueblo elegido, el pueblo de “la nunca derogada primera Alianza”?

Para Pablo es clara la voluntad de Dios: todos están destinados a la salvación. El pueblo elegido en primer lugar –él siempre predica primero a los judíos, en la sinagoga, y sólo después pasa a los paganos–, pero también los paganos. Cristo ha muerto por todos.

Jesús alaba la fe de una extranjera

Jesús, aunque predicara normalmente en tierras de Israel, no perdía ocasión para alabar la fe también de los extranjeros: del leproso samaritano que vuelve a dar gracias, del buen samaritano que atiende al herido del camino, al centurión romano por su fe; hoy, a esa mujer extranjera que tiene fe en él. Cuando Mateo escribe su evangelio, muchos paganos están entrando en la Iglesia. Por eso, el milagro de hoy adquiere un simbolismo de justificación y anuncio.

No es la pertenencia al pueblo judío lo que salva, sino la fe en el Enviado de Dios. No es la raza, sino la disposición de cada uno ante la oferta de Dios. Cristo hoy alaba a esta buena mujer, que no es judía. Mientras que muchas veces tiene que criticar la poca fe de los “oficialmente buenos”, los del pueblo elegido.

El evangelio de Mateo, que leemos los domingos de este año, termina con un encargo misionero claro por parte de Jesús: “id y enseñad a todas las naciones...”.

¿Es universal y “católico” nuestro corazón?

Poco caso parecen haber hecho los judíos a este pasaje de Isaías: no aparecen universalistas, instintivamente rechazan a los extranjeros. Jesús tuvo que corregir una y otra vez ese “racismo” que se basaba en que ellos eran “hijos de Abrahán”: pedía que fueran seguidores de Abrahán, no tanto por la herencia racial, sino por la fe.

A las primeras generaciones de cristianos les costó convencerse de que la

puerta del Reino y de la fe estaba abierta también a los paganos. Basta recordar los diversos episodios de los Hechos de los Apóstoles, como cuando Pedro tuvo que rendir cuentas a la comunidad porque había admitido a la fe a la familia del centurión romano, o la mesa redonda que se tuvo que organizar sobre el tema en el llamado “concilio de Jerusalén”.

Todos solemos tener problemas anímicos a la hora de incluir en nuestra esfera de convivencia a gentes de otra cultura o religión o edad, o a los de ideología política distinta. La primera reacción, ante estas personas, es la desconfianza, y las discriminamos fácilmente de mil maneras.

Esto puede sucedernos en varios niveles. Por ejemplo, en el diálogo inter-religioso, empezando por los judíos, como ya veíamos el domingo pasado. Cada vez más, en nuestra sociedad, convivimos con personas de otra cultura y religión, y tendríamos que saber superar los prejuicios. No es que todas las religiones sean iguales. Pero toda persona puede ser fiel a Dios según la conciencia en la que ha sido formada, y puede darnos ejemplos tan hermosos como el de la fe que Jesús alabó en la mujer cananea.

Sería bueno que releyéramos dos documentos del Vaticano II, el que trata de nuestra relación con las otras confesiones cristianas, la *Unitatis Redintegratio*, y la que habla de las religiones no cristianas, entre otras de modo preferente la judía: la *Nostra Aetate*. Nos enseñan a afinar nuestra caridad cristiana y nuestra amplitud de miras en las relaciones con todas estas personas, a la vez que damos testimonio de fidelidad a nuestras convicciones.

En una sociedad cada vez más pluralista, es fácil que nos resulten incómodas y molestas muchas personas: los forasteros, los inmigrantes, los desconocidos, hasta los turistas de paso. Sin embargo, esas personas nos dan lecciones en algunas ocasiones: lecciones de generosidad, de fe, de sinceridad. Es la ocasión para que aprendamos a evitar toda clase de racismo o de nacionalismo excluyente.

Lo mismo sucede en un nivel más doméstico. Tenemos mil ocasiones, en la vida de cada día, para ejercitar esta hospitalidad y apertura de corazón. No vaya a ser que sepamos dialogar con los forasteros y alejados y neguemos luego el diálogo a los de casa. En nuestra misma familia o comunidad, algunas personas no nos resultan simpáticas, por su cultura, por su edad,

por su temperamento. A veces miramos a los forasteros con suspicacia, a los jóvenes con impaciencia, a los adultos con indiferencia, a los pobres con disgusto, al tercer mundo con desinterés, a los alejados de la fe con auto-suficiencia y a los de otra lengua o cultura con recelo apenas disimulado. Pero Dios quiere a todos. Cristo, si tiene alguna preferencia, es para con los débiles y marginados.

¿Tenemos oídos para escuchar las súplicas –a veces, los gritos– de los que a nuestro lado necesitan ayuda? Muchas veces no es ayuda económica lo que necesitan, sino una mano tendida y una cara acogedora y un interés sincero por sus problemas o interrogantes.

Daos fraternalmente la paz

La Eucaristía es cada vez una escuela de universalidad y de caridad. Cuando estamos a punto de participar del mismo Cuerpo y Sangre de Cristo –antes hemos compartido ya la misma Palabra de Dios y hemos rezado y cantado juntos– nos damos la paz con los que están a nuestro lado, sean conocidos o no. Es un gesto simbólico de que también luego, en la vida, acogeremos a los demás, sean o no de nuestro gusto.

Empezamos la misa precisamente con las palabras que Mateo pone en labios de la mujer cananea: “ten compasión de mí, Señor”, que es exactamente la traducción del “Kyrie, eleison”. Eso nos hace humildes, tanto en relación con Dios como en relación a nuestro prójimo.

El día del último juicio, una de las frase que más nos gustará oír de labios del Juez, que es Cristo mismo, es esta: “era forastero y me acogisteis... a mí me lo hicisteis”.

DOMINGO 21 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

A Pedro lo ha puesto el mismo Señor al frente de la Iglesia

El episodio que leemos hoy es importante para el nacimiento de la primera comunidad, y por tanto de la Iglesia.

Como respuesta a un expresivo acto de fe por parte de Pedro, Jesús le alaba y le anuncia la misión que ha pensado para él en la primera comunidad. En otras ocasiones le dice que le hará “pescador de hombres”, o le encomienda que “apaciente sus ovejas”. Hoy emplea dos imágenes más: Pedro será la “piedra” sobre la que quiere edificar su Iglesia, y además le dará “las llaves” de esa comunidad que Cristo quiere fundar.

No encontraremos aquí argumentos para las diversas formas de ejercer el “primado” de Pedro y sus sucesores, pero sí aparece que Cristo, que es la Roca auténtica y el que posee por título propio las llaves del Reino de los cielos, se ha querido servir de personas humanas, aunque sean débiles, como en este caso, para ir edificando su Iglesia.

Isaías 22, 19-23. Colgaré de su hombro la llave del palacio de David

El profeta pronuncia un oráculo contra un tal Sobná, mayordomo de palacio del rey de Judá, que se ve que se hizo odioso por su arrogancia. Por ese orgu-

llo será castigado, pasando su cargo a otro. El profeta expresa la destitución y el nuevo nombramiento aludiendo a unos signos de ese cargo: la túnica, la banda y, sobre todo, las llaves colgadas al hombro. El mayordomo era el que tenía autorización para abrir y cerrar las puertas de palacio. El sucesor sí será lo que el anterior no había querido ser: “padre para los habitantes de Jerusalén”, que es para lo que es elegido un político o un administrador.

Es evidente que se ha elegido este episodio, en sí nada importante en la historia de Israel, para preparar lo que Jesús va a decir a Pedro, concediéndole las llaves del Reino.

El *salmó* recoge, sobre todo, la lección de humildad y confianza en Dios. Así como Dios castiga al mayordomo anterior, el salmista espera que se apiade de todos nosotros: “Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos”, porque está seguro de que “el Señor se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio”.

Romanos 11, 33-36. Él es origen, guía y meta del universo

La suerte de los judíos, los hijos de la promesa en el AT, pero que ahora parecen rechazar la salvación del Mesías enviado por Dios, sigue preocupando a Pablo, y le sugiere una larga serie de reflexiones (capítulos 9-11 de la carta).

Estas reflexiones terminan en el breve pasaje de hoy: un canto entusiasta de alabanza a Dios, de admiración por su sabiduría, que nosotros no entendemos, pero que es la que va guiando la historia de la humanidad.

Pablo plantea unas preguntas retóricas: ¿quién conoció... quién fue su consejero... quién le ha dado primero? Preguntas que, naturalmente, esperan una respuesta negativa: ¡nadie!, porque “él es el origen, guía y meta del universo”. Él sabrá cómo ser fiel a las promesas hechas a su pueblo elegido y cómo conducirlo también a la salvación.

Mateo 16, 13-20. Tú eres Pedro y te daré las llaves del Reino de los cielos

En un momento significativo de su ministerio, cuando acaba su estancia en Galilea y se dispone a subir a Jerusalén, Jesús plantea una doble pregunta a sus discípulos.

La primera es a modo de encuesta sobre lo que “la gente” opina de él. La respuesta es dispersa: unos que el Bautista, o que Elías, o que Jeremías, u otro profeta. La segunda pregunta es directa para ellos: ¿y vosotros? Pedro, una vez más, toma la palabra en nombre de todos y hace una ajustada confesión de fe: “tú eres el Mesías... (esta expresión es común también a los otros evangelios sinópticos, pero Mateo añade:) ...el Hijo de Dios”.

Con ello merece Pedro una alabanza por parte de Cristo, porque esta afirmación se la ha revelado Dios. Con una doble imagen le anuncia que ha pensado en él como jefe de la primera comunidad y le da como una solemne investidura: “yo te digo”... La imagen de la piedra, sobre la que edificará su Iglesia (una de las pocas veces que en el evangelio aparece la palabra griega “ecclesia”, equivalente al “qahal” del AT, la comunidad de Yahvé), y la de las llaves del Reino de los cielos, que tendrá que administrar Pedro.

Jesús asegura que las “puertas del hades o del infierno (o del abismo, de la muerte) no prevalecerán contra esta Iglesia”.

– II –

¿Quién conoce la mente del Señor?

La exclamación final de Pablo, alabando la sabiduría insondable de Dios, nos recuerda también a nosotros que no podemos entender todos los planes de Dios.

A Pablo le preocupaba el destino de su pueblo, que no acababa de entender. A nosotros se nos plantean continuamente otros interrogantes sobre la vida y la muerte, sobre la existencia del mal en el mundo, sobre el sufrimiento de los inocentes.

Dios es insondable. No podemos abarcarlo ni encerrarle en nuestros programas y ordenadores. Nosotros somos limitados y él es el “todo Otro”, y está lleno de sorpresas. A veces, la única solución que tenemos es, como para

Pablo, el silencio, la adoración, la confianza, la alabanza, y saber entonar con convicción el “Gloria a Dios en el cielo” y el “Santo es el Señor, Dios del universo”, y “llenos están los cielos y la tierra de tu gloria”.

Lo que sí sabemos, porque nos lo dice continuamente la Palabra revelada, es que Dios es Padre, Liberador, que busca nuestro bien, que continuamente está perdonando, que él sabrá cómo conducir a la salvación, siempre gratuitamente, a judíos y paganos. “A él la gloria por los siglos”.

Si Pedro, en su sencillez, ha “acertado” con la gran afirmación cristológica del evangelio de hoy, no es ciertamente porque haya estudiado mucho, sino porque se lo ha revelado el Padre. Ya dijo Jesús que “nadie conoce al Hijo sino el Padre y aquel a quien el Padre se lo quiera revelar”, que es a las personas sencillas y humildes, no precisamente a los que se creen sabios.

Para nosotros ¿quién es Jesús?

Es una pregunta importante, esta que recorre todo el evangelio, y luego toda la historia, también la actual: ¿quién es Jesús?

Sus contemporáneos ya dieron respuestas muy diferentes: le llamaron desde embaucador, fanático y aliado con el mismo demonio, hasta profeta, o uno de los profetas que vuelven a la tierra, desde Elías o Jeremías hasta el recientemente fallecido Bautista.

También en el mundo de hoy son divergentes las posturas que se toman en torno a Jesús: desde las dudas de los agnósticos sobre su existencia o sobre su muerte, y las increíbles historias llenas de fantasía—que vuelven a aparecer periódicamente en la historia—sobre su supervivencia en un país del Oriente, o la admiración de quienes le tienen como el hombre ideal, defensor de lo humano, gran maestro, profeta libre y valiente, luchador contra la injusticia, pero sin llegar a lo profundo, hasta la fe más fervorosa, a imagen de la que profesó Pedro afirmando que para él, y para los demás discípulos, Jesús es el Mesías esperado y el Hijo de Dios.

También para nosotros la pregunta debería ser muy concreta y personal. Nos tendríamos que aplicar la interpelación a nosotros mismos, a los que nos confesamos cristianos y participamos en la Eucaristía: ¿quién es Jesús para

nosotros, para mí? Como los discípulos, tenemos que definirnos y tomar partido. No se trata de responder según los libros, o según los conocimientos que tenemos desde pequeños. Claro que todos sabemos que Jesús es “Dios y hombre verdadero”, y que con su muerte y resurrección nos ha salvado. Pero hay afirmaciones que de tanto repetirlas ya no nos dicen nada. Hay que “descongelar” esos conceptos.

Nuestra fe en Cristo Jesús, ¿impregna de veras nuestra vida? ¿o se queda en la esfera del conocimiento teórico? No se trata sólo de formular exactamente nuestras convicciones teológicas, sino que lleguen a influir y configurar nuestra vida. Jesús, para nosotros, no es una doctrina, sino una Persona que vive y que nos interpela y que da sentido a nuestra vida.

¿Se puede decir que creemos en Cristo Jesús de tal modo que aceptamos para nuestra vida su estilo y su mentalidad? ¿o venimos a creer en un Jesús a quien hemos “fabricado” a nuestra imagen y semejanza?

Pedro no duda en dar su respuesta de fe en Jesús

Pedro es el otro protagonista de hoy y, por extensión, también sus sucesores, los Papas.

¡Qué hermosa la profesión de fe que hace, en nombre de sus compañeros, del mesianismo y la divinidad de Jesús! Jesús es el Ungido de Dios, el Enviado, el Salvador que Israel esperaba. Es el Hijo de Dios vivo: fórmula que tal vez no refleja todavía toda la densidad que luego tendría, pero ciertamente supone que Pedro intuye que Jesús es algo más que el Mesías político que el pueblo esperaba.

Es una respuesta todavía no madura, en la que no podemos asegurar que se entiendan en profundidad afirmaciones de una cristología posterior. Pero es una hermosa confesión de fe. Como la que hizo el mismo Pedro cuando, después del discurso del pan de vida, se iban marchando los discípulos, y él se adelantó a expresar su fidelidad total a Cristo: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

¡Qué hermosa también la respuesta de Jesús, encomendando a Pedro la misión que para él ha pensado en medio de la comunidad eclesial! A veces Jesús

tiene que reprender a Pedro, como leeremos el domingo próximo, pero esta vez sus palabras son de alabanza amable, una “bienaventuranza”: “dichoso tú...”, porque eso se lo ha revelado el Padre. Jesús había dicho que “nadie conoce al Hijo sino el Padre y aquel a quien el Padre se lo quiera revelar”. Uno de ellos, de esas “personas sencillas”, es Pedro.

¿Puede ser Pedro una Roca firme para edificar la Iglesia?

Las dos imágenes con que Jesús expresa el cargo que le va a dar son muy expresivas: la de la piedra o la roca y la de las llaves.

La primera supone el juego de palabras entre el griego “Petros” y el arameo “Cefas”, que significan “piedra, roca” y así Jesús le da al apóstol, además del antiguo nombre de “Simón, hijo de Jonás”, el sobrenombre de “Piedra” o “Pedro”, con el que nosotros le conocemos más.

Pero podemos preguntarnos: ¿puede Pedro ser una roca firme como para edificar sobre ella la comunidad eclesial? Porque según aparece en los evangelios, y luego en los Hechos, Pedro tiene muy buenas cualidades de decisión, liderazgo, amor a Cristo, pero a la vez es inseguro, presuntuoso, contradictorio, a veces violento—como cuando sacó la espada y cortó la oreja a Malco—, otras, cobarde, hasta llegar a negar una y otra vez a Cristo Jesús, a pesar de haber prometido que le seguiría hasta la muerte. Pedro es débil, es frágil. Le costó madurar en su fe, le costó prescindir de los prejuicios que tenía por su formación y aceptar los proyectos salvadores de Jesús. ¿Es esa la “roca” sobre la que estamos fundados?

No. La Roca es Cristo, “la piedra que desecharon los arquitectos y es ahora la piedra angular”, como anunciaba ya el salmo 117 y cita Jesús varias veces (cf. Mt 21,42), y el mismo Pedro en su discurso ante el Sanedrín (cf. Hch 4,11) y en una de sus cartas (cf. 2P 2,6-8).

Pero Pedro, precisamente por la profesión de fe que ha sabido formular con tanta decisión, es el signo visible de ese fundamento sólido que es Cristo. La fe de Pedro, en esta escena del evangelio, todavía no es madura. Jesús tendrá que rezar por Pedro: “he pedido por ti, para que tu fe no se apague, y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos” (Lc 22, 31-32). Pero madurará por la experiencia de Pascua y por la gracia del Espíritu en Pentecostés.

Tampoco la fe de los sucesores de Pedro, a lo largo de los dos mil años de existencia que tiene la Iglesia, ha sido siempre madura y ejemplar. Pero no es la fe concreta de unas personas la que salva o hace firme a la Iglesia, sino la presencia de Cristo y su Espíritu, que también ahora tienen que “confirmar en la fe” a los sucesores de Pedro para que estos, a su vez, confirmen en la fe a sus hermanos. Con esa ayuda de Cristo y de su Espíritu, Pedro, y ahora sus sucesores, son los fundamentos visibles de la unidad y de la caridad en la Iglesia.

Cuando en cada Eucaristía nombramos al Papa y al obispo de la diócesis, pedimos por ellos a Dios que les “confirme en la fe y en la caridad”. Es bueno que Pedro, en el que Jesús puso su confianza, fuera una persona frágil, y que Jesús tuviera que “rehabilitarle” luego después de su caída. La solidez del fundamento de la Iglesia está sobre todo en Cristo y en su Espíritu.

Llaves que abren y cierran

La otra imagen con la que expresa Jesús su nombramiento de Pedro es la de las llaves del Reino de los cielos.

Las llaves son necesarias para mantener cerradas o abrir en el momento oportuno las puertas de una casa o de una habitación. Por eso se convierten fácilmente en “símbolo” de poder y de autoridad. Cuando una visita importante llega a una población, uno de los gestos simbólicos de acogida y cortesía era entregarle solemnemente las llaves de la ciudad (o bien, otro símbolo: el bastón de mando, porque ahora las ciudades no tienen ya “puertas” para abrir o cerrar). Por eso, cuando se dice que al tal Sobná le será quitada la autoridad y dada a otro, se afirma que a su sucesor le “colgará del hombro la llave del palacio de David”.

También aquí sabemos que el auténtico poseedor de las llaves del Reino es Cristo. El Apocalipsis habla de él como el Señor que tiene las llaves, que abre y nadie puede cerrar, cierra y nadie puede abrir (cf. Ap 3,7). En una de las “antifonas O” de la novena de Navidad cantamos a Cristo como “Llave de David y Cetro de la casa de Israel, que abres y nadie puede cerrar, cierras y nadie puede abrir”.

Pero es el mismo Jesús quien transmite esta misión de autoridad a Pedro con

el símbolo de las llaves. Aquí se utiliza como equivalente la imagen de “atar y desatar”, en vez de la más lógica de “abrir” y “cerrar”, para expresar el hecho de admitir o no admitir a la comunidad. Es una imagen no exclusiva de Pedro, porque unos capítulos más adelante, el mismo Mateo (Mt 18) la aplica a todos los discípulos.

Uno piensa en seguida en las decisiones que fue tomando Pedro, inmediatamente después de Pentecostés, en la primera comunidad, y cómo, por ejemplo, “abrió las puertas” de la comunidad a los paganos —a Cornelio y a su familia—, aunque no a todos les pareciera de entrada una actitud oportuna.

Aceptar el ministerio del Papa

Como en torno a la figura de Jesús, también caben posturas muy diferentes en los tiempos actuales en relación con los sucesores de Pedro, los Papas: desde la agresivamente contraria, hasta la selectiva, que les apoya o les critica según coincidan o no su talante y sus decisiones con la propia ideología.

El evangelio de hoy nos invita a considerar al Papa como un ministerio querido por el mismo Cristo y, por tanto, a mirarlo con los ojos de la fe. El Papa ha recibido el encargo de asegurar el servicio de la fe, de la caridad, de la unidad, de la misión. La comunidad no es del Papa, sino de Cristo (“edificaré *mi* Iglesia”). Pero el Papa es quien más explícitamente ha recibido la misión de animar, discernir, unir, confirmar a la comunidad de Cristo que, además de una, santa y católica, es también “apostólica”.

Cada vez que celebramos la Eucaristía nombramos al Papa, juntamente con el Obispo de la propia diócesis, para expresar nuestra unión con ellos y para pedir al Señor que les “confirme en la fe y en la caridad”. Este recuerdo de la Misa debería traducirse en una actitud de comunión también en la vida, en la respuesta a su magisterio, en la visión de fe de su papel en la Iglesia. No se trata de una aceptación ciega, pero sí de una postura positiva, desde la fe y el amor, desde la confianza en Cristo y en su Espíritu, que se sirven de los hombres, siempre débiles, para guiar a su Iglesia.

DOMINGO 22 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Tome su cruz y sígame

A partir del capítulo presente, el evangelio de Mateo mira claramente hacia la cruz de Jesús, los acontecimientos de Jerusalén, hacia los que camina con decisión y fidelidad vocacional.

Pero también quiere que sus seguidores, empezando por Pedro y los demás apóstoles, imiten su actitud: si quieren seguirle, deben tomar su cruz y recorrer su mismo camino. Siguiendo también el ejemplo del profeta Jeremías, que tuvo que soportar infinidad de persecuciones y crisis para ser fiel a su misión.

Jeremías 20, 7-9. *La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí*

En el libro de Jeremías hay varios pasajes que se llaman “confesiones de Jeremías”. En el de hoy el profeta se queja amargamente a Dios porque su vocación le ha traído sólo disgustos y persecuciones, porque no sólo tiene que anunciar, sino muchas veces denunciar las cosas que van mal en aquel período inmediatamente anterior al definitivo destierro. Sus palabras le hacen odioso al pueblo y, sobre todo, a las clases dirigentes.

Esto le crea una fuerte crisis que podemos llamar “vocacional”. Se siente solo y abandonado de todos, también de Dios. Protesta con palabras fuertes:

“me sedujiste, Señor”, o sea, “me engañaste”. La tentación que le viene es dejarlo estar: “no me acordaré de él, no hablaré más en su nombre”. Pero la voz de Dios es demasiado fuerte: “ella era en mis entrañas fuego ardiente... intentaba contenerlo y no podía”.

El autor del *salmo*, probablemente en situaciones semejantes, también ha experimentado la alegría de la cercanía de Dios: “mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío”. Pero en momentos de angustia recurre a la ayuda de Dios: “fuiste mi auxilio y tu diestra me sostiene”.

Romanos 12, 1-2. *Ofreceos vosotros mismos como sacrificio vivo*

La segunda parte de la carta a los Romanos –después de los once primeros capítulos, más teológicos, dedicados al misterio de la salvación por la fe– es más práctica. Ahora Pablo ofrece unas exhortaciones más concretas sobre cómo han de vivir los cristianos.

El pasaje de hoy, con una terminología “litúrgica”, afirma que el culto verdadero que debemos rendir a Dios es nuestra vida: “vuestros cuerpos como víctima viva, santa, ese es vuestro culto razonable”. Además, para vivir según la voluntad de Dios, tienen que mantenerse libres de la contaminación de este mundo, que tiene una mentalidad muy diferente de la de Cristo: “no os ajustéis a este mundo”. Porque nosotros, por el Bautismo, hemos sido incorporados con todas las consecuencias a Cristo Jesús y su estilo de vida.

Mateo 16, 21-27. *El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo*

El evangelio de hoy es prolongación del pasaje del domingo pasado. Entonces leíamos la admirable confesión de fe de Pedro y la alabanza de Jesús, que le concede la “investidura” como cabeza de la comunidad, con las imágenes de la roca fundacional y de las llaves del Reino.

Pero hoy, cuando Jesús anuncia por primera vez que va a Jerusalén a padecer y que allí será entregado a la muerte, y resucitará al tercer día, se encuentra con la reacción, de buena fe pero exagerada, de Pedro que quiere impedir

incluso la mención de un fracaso semejante. La respuesta de Jesús esta vez no es ciertamente de alabanza, sino una de las más duras que salieron de su boca: “apártate de mí, Satanás”. Si antes le había alabado porque había sabido oír la voz de Dios, ahora le dice lo contrario: “tú piensas como los hombres, no como Dios”. Si antes le había nombrado “piedra” constructiva, ahora dice que es para él “piedra de tropiezo o escándalo”.

Y les dice a todos que, si quieren ser sus discípulos, deben tomar su cruz y seguirle.

– II –

El drama de un profeta fiel o de un cristiano consecuente

Realmente la figura de Jeremías, profeta que actuó en Judá cuando ya se estaba a punto de consumir el destierro del pueblo a tierras del Norte, en tiempos del débil rey Sedecías, es una figura de Jesús en su camino de pasión y, también, de todo cristiano que quiera ser consecuente con su fe, “tomar su cruz” y seguir al Maestro.

El ministerio que le tocó al joven Jeremías (cuando Dios le llamó tendría apenas veinte años) no fue nada fácil: tuvo que anunciar desgracias si no cambiaban de conducta y de planes incluso políticos de alianzas. Nadie le hizo caso. Le persiguieron, le ridiculizaron. Ni en su familia ni en la sociedad encontró apoyo, fuera de unos pocos años en que el joven rey Josías colaboró con él en la renovación religiosa y social del pueblo, hasta su prematura muerte.

Esto creó en Jeremías momentos de fuerte angustia y crisis personal. A nadie le gusta ser el hazmerreír y la burla de todos. Ciertamente tuvo momentos dulces en su vida de profeta, porque sintió claramente la vocación de poder ser el portavoz de Dios para con su pueblo. Pero fueron también muy duros los momentos malos, como los que se reflejan en el pasaje de hoy: “me sedujiste, Señor...”. Jeremías llega a pensar en abandonar su misión profética. Pero fue fiel a su vocación.

Es el drama de un profeta fiel. Los profetas falsos, los que dicen las palabras que los gobernantes o el pueblo quieren oír, esos prosperan. Los profetas verdaderos, los que siguen la voz de su conciencia y anuncian lo que Dios quiere que anuncien, no suelen ser populares y a menudo acaban mal. Entonces y ahora. Jesús es el ejemplo más claro para nosotros. Él también tuvo momentos de “crisis vocacional”, sobre todo en el huerto de Getsemaní y en la cruz: “Padre, aparta de mí este cáliz... Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Pero también puede suceder lo mismo a los que a lo largo de la historia han tenido que denunciar injusticias o pronunciar palabras proféticas con sinceridad. Eso no vale sólo para el Papa o los obispos y demás pastores, sino para todo cristiano que quiere ser consecuente con su fe. Para todos sigue siendo válido lo de “tomar su cruz” y seguir a Jesús.

Ni a Pedro ni a nosotros nos gusta la cruz

En la mentalidad de Pedro no cabe ni siquiera la idea del fracaso de Jesús. Para él, Jesús es un Mesías victorioso que debe ser reconocido por todos. No puede acabar en la muerte, vencido por sus enemigos. Es una reacción parecida a cuando le vio que se ceñía la toalla, en la cena de despedida, y quería lavarles los pies: tampoco eso cabía en la cabeza de Pedro. Todavía no había entendido ni que el Mesías debía sufrir, ni que la autoridad hay que ejercerla como servicio.

Le quedaba mucho por madurar. En verdad, todavía “pensaba como los hombres, y no como Dios”. Más tarde, cuando predique a Cristo Resucitado, dirá claramente a todos que “el Mesías tenía que padecer”, y él mismo, Pedro, afrontará toda clase de persecuciones, hasta la muerte final en Roma, en tiempos de Nerón, como testigo de Cristo. Pero ahora, antes de esa maduración, le cuesta entender qué quiere decir Cristo Jesús.

A nosotros también nos sigue costando este programa salvador de Dios, que reconcilia consigo a la humanidad asumiendo él mismo el dolor y la muerte, con la entrega total de Cristo Jesús. Jesús extiende este mismo programa a sus seguidores: deberán “negarse a sí mismos”, “tomar la cruz” y seguirle. No porque busquen el sufrimiento en sí, sino porque deben ser capaces de

olvidarse de sí mismos, de asumir el sacrificio que supone la entrega por los demás. Él nos propone una vida vivida al servicio de los demás, y no egoísticamente centrada en nosotros mismos. Jesús nos recuerda qué es lo principal en nuestra vida, salvarnos: “¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?”.

También nosotros tendemos a “pensar como los hombres” y no “como Dios”. Los proyectos humanos van por otros caminos, de ventajas materiales y manipulaciones para poder prosperar y ser más que los demás y dominar a cuantos más mejor. Pero los proyectos de Dios son otros.

¿A quién le gusta la cruz? Ya nos lo avisó Jesús. No nos prometió nunca que su seguimiento sería fácil y cómodo. “Cargue con su cruz y sígame”. Lo que nos pasa, a Pedro y a nosotros, es que preferiríamos un “cristianismo a la carta”, aceptando algunas cosas del evangelio y omitiendo otras. Pedro se encontró muy a gusto en el monte Tabor, presenciando la transfiguración del Señor. Pero en el Calvario, al pie de la cruz, no se le vio. Nosotros apreciamos del seguimiento de Cristo algunos aspectos de consuelo y euforia, pero rehuimos otros de renuncia y sacrificio.

En ese sentido Pedro es un prototipo de seguidor de Cristo. No porque todo lo entendiera e hiciera bien. Sino precisamente porque sintió las mismas dificultades que sentimos nosotros en el seguimiento de Cristo. Coexisten en nosotros momentos en que profesamos con sinceridad la fe y al amor a Cristo, y otros en que somos débiles y “pensamos como los hombres” y merecemos reproches serios de Jesús. La cruz la tenemos como adorno en las paredes o colgada del cuello. Pero la cruz es seria: habla de renunciaciones y sacrificio y muerte.

No es fácil ser buen cristiano. Nunca lo ha sido, pero ahora menos. Nos exige opciones a veces radicales y costosas.

El culto verdadero que ofrece un cristiano

Podemos incluir en este seguimiento “con cruz” lo que Pablo dice a los Romanos sobre cómo debe ser nuestro culto a Dios. En tiempos de Pablo, los recién convertidos al cristianismo tenían que mantenerse vigilantes para

no recaer en la mentalidad pagana que tenían antes, y que es incompatible con la de Cristo.

Lo mismo sucede ahora. Los criterios de actuación que nos puede enseñar el mundo —entendiendo “el mundo” en el sentido de Pablo o de Juan, como el conjunto de fuerzas que nos inclinan al mal— los tenemos que evitar: “no os ajustéis a este mundo”. Todos sabemos qué diferencias encontramos, día tras día, al confrontar nuestro ambiente con la Palabra bíblica que escuchamos en la Eucaristía, tanto en las relaciones sociales, en los negocios y en nuestra ética sexual como en nuestra apertura para con Dios o en nuestro autocontrol. Pablo nos invita a renovar nuestra manera de pensar y nuestros criterios de actuación.

Además, para él la liturgia verdadera, el culto auténtico que Dios espera de nosotros, es la ofrenda vital de nuestra existencia a Dios. El “culto razonable” es ofrecer a Dios nuestro propio cuerpo, en la línea de lo que la carta a los Hebreos, citando el salmo 39, dice de Jesús, quien, en el momento mismo de su encarnación, se ofrece al Padre: “tú no quieres sacrificios de animales, pero me has dado un cuerpo: he aquí que vengo a hacer tu voluntad” (Hb 10,5).

Ciertamente Pablo no niega la importancia de la liturgia ritual, por ejemplo los sacramentos o la oración. Como no la niega Jesús cuando, siguiendo a varios profetas, dice lo de “misericordia quiero, y no sacrificios”. Pero sí nos están diciendo que ese rito exterior debe ser expresión de una actitud interior y vital. Cuando Pablo se enteró de que en Corinto la Eucaristía dominical no iba acompañada de un mínimo de fraternidad, les reprochó duramente que “eso no es comer la Cena del Señor”.

DOMINGO 23 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Consignas para la vida de comunidad

Es difícil ir edificando una buena comunidad. En tiempos de Cristo y ahora. Jesús, en su evangelio, da mucha importancia a lo que va a ser su comunidad, por ejemplo asegurando que “donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo”, como dice en el evangelio de hoy.

Varias veces da a sus discípulos criterios y consignas para su actuación en comunidad. Hoy les enseña la pedagogía con que han de ejercer la corrección fraterna, que también es necesaria en una comunidad (inmediatamente antes de este pasaje que leemos hoy, Mateo pone la parábola de la oveja descarriada, a la que el pastor va a buscar y recupera).

Aspecto este que prepara la lectura del profeta.

Ezequiel 33, 7-9. *Si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre*

Ezequiel compara a un profeta con el vigía o centinela que guarda la ciudad desde una torre, para avisar si se acerca algún peligro (hoy son los aparatos de radar los que detectan la llegada de objetos extraños). Un profeta no sólo “anuncia” cosas de parte de Dios. También “denuncia” y reprende a las personas o a todo el pueblo, haciéndole ver las consecuencias nefastas que puede tener su conducta impropia.

Si no lo hace así, y se calla en los momentos en que debería dar la alarma (o se inventa el mensaje, en vez de transmitir el que Dios quiere), de alguna manera se hace responsable del mal que hace esa persona o ese pueblo, y Dios le pedirá cuentas también a él, aunque el responsable último sea la persona concreta: “si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre”. Porque lo que Dios quiere es la salvación de todos, también de los malos. Por eso pide al profeta que hable a tiempo.

El *salmo* recuerda la época del desierto, en la larga peregrinación del pueblo hacia la tierra prometida, cuando Dios tuvo que amonestar y castigar tantas veces a los israelitas, duros de cerviz, que se desviaban de la Alianza, continuamente tentados por la idolatría y la moral de los pueblos vecinos. Por eso la petición del salmo: “ojalá escuchéis hoy la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón”.

Romanos 13, 8-10. *Amar es cumplir la ley entera*

En la segunda parte de su carta, la más práctica, Pablo da consejos sobre la manera como deben vivir los cristianos.

En el breve pasaje de hoy su mensaje es claro: el amor es la síntesis de toda la ley. Todos los mandamientos del AT y también los del NT se resumen en el amor a los demás: “el que ama a su prójimo tiene cumplido el resto de la ley”, “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, “amar es cumplir la ley entera”.

Mateo 18, 15-20. *Si te hace caso, has salvado a tu hermano*

No leemos, naturalmente, todo el evangelio de Mateo en la selección de los domingos. Del capítulo 18, llamado “discurso comunitario o eclesial”, porque representa una “unidad literaria” en que Mateo reúne enseñanzas de Jesús referentes a las relaciones mutuas entre los creyentes, hoy y el domingo próximo escuchamos dos pasajes muy expresivos y de actualidad: el de hoy sobre la corrección fraterna y el siguiente sobre el perdón.

Pero además también ofrece afirmaciones sobre la responsabilidad de toda la comunidad, que “ata y desata”, y que “ora en común” y que es el primer

lugar de la presencia del Señor: “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo”.

— II —

El amor resume toda la ley

Si hay algún mensaje que se repita más veces en la Palabra de Dios es este del amor fraterno. Tanto en el Antiguo Testamento como en las cartas de los apóstoles como en la enseñanza de Jesús, vamos escuchando una y otra vez el mandamiento del amor, subrayado pedagógicamente por el ejemplo mismo de Jesús, que dedica su tiempo y sus mejores energías a ejercer en la práctica ese amor.

Pablo, hoy en coincidencia de perspectivas con las otras lecturas, también insiste en lo que es uno de los aspectos principales de sus recomendaciones comunitarias: el amor. Baste recordar el “himno de la caridad” de 1 Corintios 13. Para él, el amor resume toda la ley y todos los mandamientos: “el que ama, tiene cumplido el resto de la ley”. Es un eco de la enseñanza de Jesús que también afirmó que el principal mandamiento es el amor.

Más aún: para Pablo el amor es una “deuda” que tenemos continuamente con el hermano y que nunca terminamos de pagar. Es, por tanto, cuestión de justicia, un deber, una deuda que hay que pagar. La caridad con el hermano no es como una limosna o algo añadido que realizamos cuando nos sentimos generosos. La caridad se la “debemos”: “a nadie le debáis nada, más que amor”.

El que el amor al prójimo sea una “deuda”, tiene otra consecuencia: si nos esforzamos por ayudar al hermano, y le curamos, y le damos de comer, y le enseñamos, y le perdonamos, no podemos decir que hayamos hecho nada extraordinario: “somos siervos inútiles: hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

La corrección fraterna

Uno de los aspectos del amor fraterno que no es fácil de ejercitar, y que por ello con frecuencia se descuida, es el de la corrección fraterna. Es el que nos enseña hoy Jesús, como también nos ha adelantado el profeta Ezequiel. La corrección parece una de las constantes de la pedagogía de Dios ya en el AT. Jesús corrige a sus discípulos y a Pedro en concreto. Pablo, en alguna ocasión, tiene que decir palabras fraternas de crítica incluso a Pedro.

Amar al prójimo no es siempre sinónimo de callar o dejarle que siga por malos caminos, si en conciencia estamos convencidos de que es este el caso. Amar al hermano no sólo es acogerle o ayudarle en su necesidad o tolerar sus faltas: también, a veces, es saberle decir una palabra de amonestación y corrección para que no empeore en alguno de sus caminos. Al que corre peligro de extraviarse, o ya se ha extraviado, no se le puede dejar solo. Si tu hermano peca, no dejes de amarlo: ayúdalo.

No se niega que la responsabilidad es de cada persona. Ya al profeta se le dice que amoneste al pecador: “si no cambia de conducta, él morirá por su culpa”. Pero los hermanos deben asumir su parte de responsabilidad en la suerte de cada uno. Un centinela tiene que avisar. Un esposo o una esposa deben ayudar a su cónyuge a corregirse de sus defectos. Un padre no siempre tiene que callar respecto a la conducta y las costumbres que va adquiriendo su hijo. Ni el maestro o el educador permitirlo todo en sus alumnos. Ni un amigo desentenderse cuando ve que su amigo va por mal camino. Ni un obispo dejar de ejercer su guía pastoral en la diócesis.

La comunidad cristiana no es perfecta. Coexisten en ella, como en cada uno de nosotros, el bien y el mal. Pero, como todos formamos parte de esa comunidad, todos somos un poco corresponsables en ella: de un modo particular los que tienen la misión de la autoridad, pero también todos los demás.

Eso pasa dentro de la Iglesia. Son impresionantes al respecto las siete cartas del ángel a las siete iglesias del Apocalipsis, en las que con las alabanzas y ánimos, se mezclan también palabras muy expresivas de corrección y acusación.

Pero también pasa a un cristiano en su relación con la sociedad. Tanto los responsables de la comunidad como los simples fieles, tienen el deber de

llamar la atención en contra de la corrupción de los poderosos o de las injusticias que se cometen contra los débiles o de las desviaciones graves que afectan a los derechos humanos o los de la comunidad eclesial o de los episodios graves de racismo o genocidio...

Dios quiere la salvación de todos. Jesús se entregó por todos, y dijo que no había venido a salvar a los justos, sino a los pecadores, como el médico no está para los sanos, sino precisamente para los enfermos. Así nosotros, los seguidores de Jesús, debemos querer la salvación de todos y no podemos desentendernos del hermano, también cuando le vemos tentado o frágil y en peligro de caer. Se nos pide, no sólo que no hagamos el mal, sino que nos esforcemos en hacer positivamente el bien. Además de los pecados de pensamiento y de obra, existen también, como recordamos en la oración del “yo confieso”, los pecados “de omisión”.

La corrección fraterna bien hecha no sólo aporta beneficios al hermano –aunque de momento tal vez reaccione con disgusto– sino también al que la realiza: “has ganado a un hermano”. Es interesante cómo termina Santiago su carta: “Si alguno de vosotros se desvía de la verdad y otro le convierte, sepa que el que convierte a un pecador de su camino desviado, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados”.

La pedagogía de una corrección eficaz

Los “pasos” que recomienda Jesús para realizar con delicadeza y eficacia esta corrección al hermano son ya conocidos en el AT., y se intentaban seguir también en el ámbito de la sinagoga judía, cuando se trataba de expulsar a alguien de ella.

El primer paso es una conversación privada, un diálogo personal. En el AT ya se recomendaba esta corrección como uno de los modos de mostrar el amor al prójimo: “no odies a tu hermano, pero corrige a tu prójimo, para que no cargues con pecado por su causa” (Lv 19,17). Un caso particular de este primer paso es el del sacramento de la Reconciliación, en diálogo con el ministro y el penitente, discerniendo la dirección de su vida. Aunque este caso se refiere a cuando el mismo penitente se ha acercado y acusa su pecado.

El segundo paso es la advertencia ante uno o dos testigos (ya en Dt 19,15). Así se da cuenta el corregido de que la cosa es seria e importante, y puede sentirse movido a corregirse. Aunque de momento no le guste, y pueda reaccionar con una respuesta un tanto destemplada: “¡ocúpate de tus asuntos!”.

El tercer paso, si hace falta, lo indica Jesús: “díselo a la comunidad”. Sólo en casos extremos, cuando ninguno de estos métodos ha dado resultado, y el hermano se obstina en su desvío, dice Jesús que habrá que considerar que esa persona no quiere pertenecer a la comunidad. No se trata tanto de excomunión, sobre todo en un sentido jurídico y penal, sino pastoral: el deseo es siempre el bien de la persona, no su escarmiento o su castigo.

En los casos que vemos en el NT, este recurso suele referirse a que se apele al apóstol responsable de la comunidad, sobre todo Pablo, como en el caso del “incestuoso de Corinto” (1Co 5,4ss.). Y aun entonces, cuando el hermano prácticamente se autoexcluye de la comunidad, hay que seguirle amando. Esta página del evangelio es una invitación a que revisemos los métodos de nuestra relación con los demás, sobre todo con los que consideramos que se están desviando y habría que ayudarles.

Los ámbitos de la corrección fraterna

Son consignas que se deben aplicar en el ámbito de una familia, o de una comunidad religiosa, y también en el nivel eclesial más universal. Cuando los responsables de una diócesis o de la Iglesia universal tienen que llamar la atención a alguien (con un “monitum”), sobre todo si es escritor o enseña en los seminarios o facultades, se supone que la primera medida que toman no es la de descalificarle sin más, sino de dialogar con él discretamente, y sólo en casos excepcionales llegar a prohibirle la enseñanza o que escriba.

En la regla de san Benito se dice: “El abad se preocupará con toda solicitud de los hermanos culpables, porque no necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Por tanto, como un médico perspicaz, recurrirá a todos los medios; como quien aplica cataplasmas, esto, es, enviándole monjes ancianos y prudentes, quienes como a escondidas consuelen al hermano vacilante y le muevan a una humilde satisfacción, animándole para que la excesiva tristeza

no le haga naufragar, sino que, como dice también el Apóstol, la caridad se intensifique y oren todos por él”.

Tampoco es el caso de exagerar y estar continuamente haciendo sonar “falsas alarmas” por cualquier minucia. Ni tampoco hay que asumir fácilmente el papel de “fiscal” de la humanidad o poco menos, o de “espía” en nuestro mundo doméstico. Además, la palabra de “corrección”, para que sea cristiana y eficaz, la tenemos que decir desde el amor, desde ese amor del que nos habla Pablo. Que se vea que no lanzamos nuestro aviso a la cara, con agresividad o deseos de venganza, sino desde la comprensión y el interés fraterno. Sólo quien ama tiene derecho a corregir. Seguro que lo hará con delicadeza y sabrá encontrar los momentos y las palabras oportunos.

También tiene que ser una corrección hecha desde la humildad. No nos dirigimos al hermano como jueces ni como fiscales, ni desde la perfección y santidad que tenemos nosotros, sino desde la debilidad que reconocemos en todos, en el otro y en nosotros: como personas débiles que se dirigen a otra persona débil.

Son buenas las recomendaciones de Pablo sobre la corrección fraterna: “cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado” (Ga 6,1).

Para eso, no podemos empezar ya de entrada con la condena o la humillación. Muchas veces hay que interpellarle “provisionalmente”, sabiendo antes, si es el caso, escuchar sus explicaciones, porque no siempre son ciertas las cosas que se dicen de los demás. No nos atrevemos a “juzgar” a nadie de entrada. Se supone que cuando un responsable de la comunidad recibe una “denuncia” o queja con respecto a un hermano, lo primero que hace no es creer lo que oye, sino investigar discretamente sobre su veracidad. Ni nos constituimos fácilmente poco menos que en fiscales de la humanidad, con una mentalidad farisaica del que se cree él justo y los demás son unos pecadores.

La corrección es cristiana cuando ayuda, cuando echa una mano, cuando hace fácil la rehabilitación. Como cuando Jesús perdonó a Pedro, o cuando acompañó a los dos discípulos de Emaús saliendo a su encuentro, escuchándoles, explicándoles, y sólo después reprendiéndoles por su cortedad de miras.

Fraternidad corresponsable

La primera reacción que solemos tener cuando vemos a alguien que pasa necesidad, material o espiritual, es desentendernos de él: “no me quiero meter en los asuntos de los demás”, o incluso, ante la pregunta acusadora de Dios: “¿qué has hecho con tu hermano?”, nos atreveríamos más o menos explícitamente a formular la misma excusa de Caín: “¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?”.

Pues sí lo soy. Cada uno no sólo responde ante Dios de su propia conducta y de sus decisiones, sino también en cierto modo es responsable de su hermano. No sólo reza por él, o trata de comprenderle, y le da buen ejemplo, sino que también alguna vez, en el modo que le parezca más conveniente, tendrá que ejercer la corrección fraterna, si le quiere de veras. La suerte de un hermano no nos puede dejar indiferentes. Nadie es extraño para mí.

En la sociedad de hoy, tremendamente individualista, prevalece la actitud, más o menos camuflada con argumentos de libertad y respeto a la persona, de no inmiscuirse en los asuntos de los demás. Pero una cosa es entrometerse en todo, y otra desentenderse del vecino y del hermano, y no atenderle cuando creemos que convendría hacerlo. No asistir a la persona que está en un peligro, no sólo físico, sino también moral, es uno de esos “pecados de omisión” de los que nos tenemos que examinar y arrepentir.

Tampoco es bueno ir propalando entre los demás el “pecado” del hermano, o convertirse en inquisidores entrometidos, o en un continuado “partido de oposición” que lo critica todo negativamente. No se trata de “hablar del” prójimo, sino de “hablar con” el prójimo. Ni debe constituirse la comunidad en un tribunal, ni perseguir al pecador y avergonzarle, sino ayudarle a salvarse. Lo principal no es restablecer el orden, o hacer justicia, o mantener la disciplina, por importantes que sean estos aspectos. Sino salvar al hermano.

Pero, además de las palabras amables y de alabanza —que es de esperar que sean las más— también, cuando hace falta, tenemos que dirigir al hermano palabras de ánimo y corrección, para que recapacite y cambie de conducta. Eso no sólo les toca al Papa o a los pastores de la comunidad, sino en cierto modo a todos. No somos “sociedad anónima”. Muchas veces podemos cola-

horar responsablemente en la comunidad formando parte activa de equipos o consejos pastorales, pero también personalmente.

“El Señor esté (está) con vosotros”

En nuestra Eucaristía ejercemos la “corrección” no tanto para con los demás, sino para nosotros mismos: en el acto penitencial, en la escucha de la Palabra, a cuya luz revisamos nuestra vida, en la oración universal donde presentamos a Dios nuestra intercesión y nuestro compromiso por los aspectos más deficitarios de nuestra generación...

Pero sobre todo, en la Eucaristía se cumple lo que Jesús nos ha prometido hoy: “allí estoy yo en medio de ellos”. El primer lugar de la presencia del Señor Resucitado en la Eucaristía es la misma comunidad reunida en su nombre. Luego su presencia se hará todavía más viva en la Palabra, y, sobre todo, en el Pan y Vino convertidos en su Cuerpo y Sangre. Pero antes, ya está en la comunidad y en el que la preside “in persona Christi”.

Cuando el que preside la celebración saluda a la comunidad con las palabras “el Señor esté con vosotros” (que en latín no tiene verbo, *Dominus vobiscum*, y que se hubiera podido traducir también como “el Señor está con vosotros”), el Misal explica así la intención teológica de este saludo: “el sacerdote, por medio del saludo, manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor; con este saludo y con la respuesta del pueblo queda de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada” (IGMR 50).

Con esta presencia del Resucitado en su comunidad se explican las palabras que hemos escuchado hoy: “lo que atéis... quedará atado, y lo que desatéis... será desatado”. Palabras que antes había aplicado en singular a Pedro y ahora dirige a la comunidad. Todos somos responsables, cada uno a su modo y en su nivel, de la marcha de la Iglesia. También ha dicho: “si dos de vosotros se ponen de acuerdo (en griego dice: “en sinfonía”) para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo”. Este protagonismo y fuerza de la comunidad no se debe a la sociología ni a la dinámica de grupos, sino a la teología: “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

La presencia del Señor en la Eucaristía, y luego en nuestra vida (“a mí me lo hicisteis”), es una de las perspectivas que más sentido y fuerza da a nuestra existencia de cristianos. El evangelio de Mateo empieza con el anuncio del “Emmanuel = el Señor con nosotros”, termina con el “yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”, y aquí, en medio, nos asegura que “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

DOMINGO 24 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

El perdón cambiaría el mundo

Un aspecto importante en la vida de toda comunidad, familiar, eclesial o social, es el saber perdonar. Si el domingo pasado Jesús nos enseñaba cómo corregir al hermano que falta, hoy nos dice que, en todo caso, debemos saber perdonar. Es una de las consignas más difíciles que nos ha dejado Jesús a sus seguidores: más exigente que los diez mandamientos del AT.

Es un mensaje que ya anticipa, como suele suceder en los domingos del Tiempo Ordinario, la lectura del AT. Se podría decir que con estas lecturas pasa lo que sucede con un álbum de fotos, en que a veces situamos en paralelo dos imágenes de la misma persona en dos etapas de su vida, o una misma situación en diversos lugares.

Del mismo modo, el libro de Ben Sira nos invita ya a saber perdonar al hermano, cosa que Jesús nos enseñará todavía con mayor énfasis. El perdón no es un valor que abunde mucho en este mundo. Se habla mucho de justicia, pero de perdón, no.

Sirácida 27, 33 – 28,9. *Perdona la ofensa de tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas*

El libro del Sirácida –el libro de “Jesús, hijo de Sira”–, que antes se solía llamar “Eclesiástico”, fue escrito casi dos siglos antes de Cristo. Entre la serie de reflexiones sapienciales que incluye, nos propone hoy una “ecuación” significativa: si uno no perdona al hermano, ¿cómo puede esperar que a él le perdone Dios? La cólera y el rencor son malos consejeros. La confianza en el perdón de Dios tiene que ir acompañada con nuestro perdón al hermano: “perdona la ofensa a tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas”, “no te enojas con tu prójimo... perdona el error”. La medida que uno use con los demás será la que Dios use con él.

El *salmo* es uno de los más repetidos en esta selección de cantos de meditación, el que describe con entusiasmo la bondad y la misericordia infinita de Dios: “el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia”. Y sigue retratando la actitud bondadosa de Dios: “él perdona todas tus culpas... te colma de gracia y de ternura... no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo...”.

Romanos 14, 7-9. *En la vida y en la muerte somos del Señor*

Hoy leemos por última vez la carta de Pablo a los Romanos, que nos ha acompañado durante dieciséis domingos. En el pasaje de hoy, Pablo quiere que sus lectores sepan distinguir entre lo que es importante y lo que no. Lo principal es nuestra unión con Cristo Jesús. Todo lo demás es relativo.

Es breve la lectura, pero sustanciosa por demás: “si vivimos, vivimos para el Señor... si morimos, morimos para el Señor”. Los que por el Bautismo hemos sido incorporados al Resucitado, le pertenecemos, “en la vida y en la muerte somos del Señor”. Para Pablo siempre es Cristo el punto de referencia.

Mateo 18, 21-35. *No te digo que le perdones siete veces, sino hasta setenta veces siete*

En la vida de la comunidad, sobre la que Mateo ha reunido en el capítulo 18 algunas de las consignas prácticas de Jesús, hay que saber perdonar.

Pedro interviene con una pregunta: ¿tengo que perdonar hasta siete veces? La respuesta de Jesús es sorprendente: ¡setenta veces siete! A continuación, Jesús cuenta la parábola del funcionario que es perdonado y a su vez no es capaz de perdonar. Una parábola que sólo Mateo nos trae en su evangelio. Los diez mil talentos parecen ser una cantidad enorme. Mientras que los cien denarios, una más asequible. En comparación, los diez mil denarios, dicen los entendidos que equivaldrían a unos sesenta millones de denarios. La diferencia es abismal y, por tanto, la lección de la parábola más expresiva.

El rey revoca el perdón anterior y exige el pago de toda la deuda al funcionario. Jesús nos avisa: “si cada cual no perdona de corazón a su hermano”.

– II –

Pertenecemos a Cristo Jesús

Es una convicción que Pablo ha ido desgranando a lo largo de la carta a los Romanos, y en otras: desde el Bautismo estamos insertados –injetados– en Cristo, participamos de su vida, de su Espíritu. Todo en nosotros tiene sentido si lo miramos desde Cristo: la vida y la muerte.

Si creyéramos esto de veras, tendrían signo distinto todas nuestras actitudes: nuestra relación con Dios en la oración filial (como hermanos de Cristo, el Hijo mayor), nuestra caridad para los demás (a todos nos une Jesús), nuestra visión de los acontecimientos pasados y futuros (la resurrección de Cristo da luz a toda la historia).

De este pasaje de Pablo está tomado uno de los cantos que mejor expresan el sentido cristiano y pascual de las exequias: “si vivimos, vivimos para Dios; si morimos, morimos para Dios; en la vida y en la muerte somos de Dios”.

Dios es un Dios que perdona

Nosotros tenemos un corazón mezquino, “lento para el perdón y siempre dispuesto al rencor y la cólera”, podríamos decir afirmando lo contrario que el salmo dice de Dios.

Dios sí tiene un corazón misericordioso y perdonador. El salmo nos lo describe como el que siempre perdona, cura, rescata, colma de felicidad, que no está siempre acusando... Valdría la pena que hoy, cada uno personalmente, leyéramos –rezáramos– este salmo 102 entero, después de la comunión o en otro momento de pausa: es un hermoso himno a la misericordia de Dios.

Cristo Jesús, que es el sacramento y la imagen perfecta de Dios Padre, también nos da, no sólo la enseñanza, sino también el mejor ejemplo del saber perdonar. Describe a Dios como el pastor que recupera y perdona a la oveja descarriada, o como el padre que acoge y perdona al hijo pródigo. Pero además, él mismo, Jesús, actúa con un corazón lleno de misericordia: perdona con delicadeza a la mujer pecadora, muere en la cruz perdonando a sus verdugos, después de resucitado perdona a sus discípulos (come y bebe con ellos), y en concreto a Pedro.

Esta convicción del amor misericordioso de Dios, manifestado en Jesús, nos tiene que infundir confianza en nuestros momentos de debilidad. Tenemos un Dios que perdona. El sacramento de la Reconciliación deberíamos considerarlo como el sacramento gozoso en que nuestra humilde confesión se encuentra con el perdón paterno de Dios, como en la parábola del hijo pródigo.

Nosotros, ¿sabemos perdonar?

Pero ese perdón de Dios, y de Cristo, debe tener otra consecuencia: deberíamos ser capaces también nosotros de perdonar, igual que perdona Dios. No sólo que no nos vengamos, sino que perdonemos. Es la característica que Cristo quiere que tengan sus discípulos: “si saludas sólo al que te saluda, ¿qué haces de extraordinario? Tú saluda también al que no te saluda”. “En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros”. Y uno de los aspectos más expresivos del amor es el perdón.

Pedro, al formular su pregunta, tal vez creía proponer un número exagerado. Si los rabinos parece que tenían el número cuatro como el tope, Pedro pone el techo, el colmo de la generosidad, en el siete. Número que no hay que tomar aritméticamente, sino en el sentido de “muchas veces”.

Pero Jesús le corrige claramente: hay que saber perdonar setenta veces siete, que equivale a “siempre”. No es cuestión de números y contabilidad, sino de cambio de mentalidad. No tenemos que llevar cuenta de las ofensas que nos hacen, o que creemos que nos hacen, ni de las veces que hemos perdonado mostrándonos magnánimos. Dios tampoco lleva contabilidad de las veces que nos perdona. Precisamente Pedro fue objeto de uno de los gestos de perdón más famosos por parte de Jesús, que le rehabilitó ante los demás después de la resurrección.

También a nosotros nos puede reprochar Jesús, como el rey al empleado intransigente: “¿no debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Tendremos que superar la “ley del talión” (ojo por ojo y diente por diente) o la de “el que la hace, la paga”. Además, a veces “perdonamos”, pero no “olvidamos”. Lo que quiere Dios es una “amnistía”: el perdón y el olvido. Como dice el salmo: “como dista el oriente del ocaso, así aleja Dios de nosotros nuestros delitos”

Tenemos muchas ocasiones, en la vida de familia y de comunidad, en las relaciones sociales y laborales, de imitar o no esta actitud de Dios. Envidias, celos, olvidos voluntarios o no, palabras hirientes, o que a nosotros nos parecen hirientes e intencionadas, abandono en los momentos en que necesitábamos ayuda, y no digamos ya casos de “violencia doméstica” o

“violencia de género”, que son los más sangrientos, pero que se pueden considerar como las puntas de iceberg de otras situaciones más cotidianas también muy ingratas.

¿Tenemos un corazón magnánimo, fácil en perdonar? Si el hijo pródigo, al volver a casa, se hubiera encontrado con nosotros, en vez de encontrarse con su padre, ¿hubiera terminado igual la historia? ¿O actuamos como los fariseos, que se creían santos, y como el hermano mayor, que no aceptaba que se perdonase tan fácilmente a su hermano? ¿Somos capaces de hacer fácil la rehabilitación de los que han faltado, como hizo Jesús con Pedro después de su gran fallo?, ¿o estamos continuamente echando en cara los fallos a los demás?

El que se sabe perdonado, perdona más fácilmente

El motivo de saber perdonar a los demás no es sólo la actitud de civilización o filantropía, o el interés de tratar bien a los demás (“hoy por ti y mañana por mí”). El motivo fundamental es el que ofrece Pablo a los Colosenses: “sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo”.

Igual que los cristianos somos unas personas “evangelizadas” (a las que se les ha anunciado la Buena Noticia y están imbuídas de ella) y así se sienten más invitadas a ser “evangelizadoras” de los demás, así también los que se saben “perdonados” por Dios (por ejemplo, en el sacramento de la Reconciliación) están mejor dispuestos a “perdonar” a los demás. Porque se reconocen personas débiles y frágiles y así no tienen la tentación de perdonar como si hicieran limosna o como un signo de magnanimidad, “con aires de perdonavidas”, sino con naturalidad, pensando en las veces que nos ha perdonado a nosotros Dios, y seguramente también en las veces que nos han tenido que perdonar los que conviven con nosotros, sin hacérselo notar demasiado. Uno que ha experimentado en sí mismo la fragilidad está mejor preparado para ser misericordioso.

Todos sabemos que perdonar es difícil. No sólo cuando miramos a las grandes injusticias sociopolíticas entre los pueblos o las etnias –casos de genocidio, o de torturas masivas o de guerras totalmente injustas–,

sino también en nuestra vida cotidiana, con los que tenemos más cerca en nuestra vida de familia o comunidad o trabajo. Cuando nos sentimos ofendidos, nos vienen en seguida a la mente argumentos para no perdonar tan fácilmente: motivos de justicia o de escarmiento pedagógico.

También a nosotros nos puede parecer, como a Pedro, que perdonar siete veces es el colmo de la generosidad. Cristo nos enseña algo mucho más radical: perdonar siempre. Además, tenemos la tendencia a darnos fácilmente por ofendidos, porque interpretamos todo desde nuestro egoísmo. A Pedro se le ocurrió la pregunta: “si mi hermano me ofende...”. Tal vez no le pasó por la mente que él, Pedro, también podría ofender al hermano.

¿Cómo cambiaría la sociedad, y la familia, y la comunidad religiosa o eclesial, si perdonáramos y rompiera así la espiral de las venganzas! Haríamos bien en recordar una vez más una de las bienaventuranzas del sermón de la montaña: “bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”.

Una oración “peligrosa”: el Padrenuestro

Cuando celebramos la Eucaristía, la empezamos con un acto de humildad, pidiendo a Dios que nos perdone y nos purifique: entonamos el “mea culpa” y el “Señor, ten piedad”. Es un buen modo de dar inicio a nuestra celebración.

Pero, unos momentos antes de acudir a la comunión, recitamos el Padrenuestro, la oración que nos enseñó Jesús. En esta oración hay una petición “peligrosa”, porque le decimos a Dios que nos trate como nosotros tratamos a los demás: “perdonanos nuestras ofensas (en arameo, “deudas” equivale a “ofensas”) como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Algunos se saltarían con gusto estas palabras del Padrenuestro (algún músico ya lo ha hecho), porque son comprometedoras.

Podemos recordar lo que dice el Sirácida: “perdona la ofensa a tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas”. También lo que comentó Jesús al terminar de enseñarnos el Padrenuestro: “si vosotros perdonáis a

los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas” (Mt 6,14-15).

También nos damos la paz con los más cercanos, como símbolo de que queremos estar reconciliados con todas las personas en la vida. ¿Cómo podemos acercarnos a la mesa común del Señor, con nuestros hermanos, si no estamos en actitud de reconciliación con ellos, si les guardamos rencor? El Sirácida lo decía ya: “¿cómo puede uno guardar rencor a otro y no tener compasión de su semejante y pedir perdón de sus pecados?”.

Son las dos lecciones de hoy, plásticamente traducidas en el momento culminante de la Eucaristía: nos alegramos del perdón de Dios y manifestamos nuestro propósito de imitar su corazón misericordioso, perdonando también nosotros a los demás. Decir “amén” a Cristo, por ejemplo en la Eucaristía, supone decir también “amén” al prójimo en la vida, y perdonarle, cuando sea el caso.

DOMINGO 25 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Enséñame tus caminos

La parábola que hoy escuchamos en el evangelio es en cierto modo “escandalosa”, porque parece favorecer una injusticia social, o al menos un cierto “despotismo” en el amo de la viña a la hora de pagar a los jornaleros. Ahora nadie aceptaría que uno que trabaja la mitad del tiempo que otro, cobre igual. En el mundo de hoy no entra demasiado el perdón, o la generosidad, o la gratuidad. En la mentalidad de Dios, sí.

Pero la intención de Jesús no es ciertamente darnos una lección de justicia social en las relaciones laborales, sino presentarnos, una vez más, el retrato de un Dios que es bondad y misericordia. Aunque nosotros muchas veces no entendamos los planes de Dios, estos planes están llenos de amor y de gracia, no sólo de justicia. Isaías nos prepara a escuchar esta parábola recordándonos que nuestros caminos no son los de Dios, ni sus planes son nuestros planes.

Isaías 55, 6-9. *Mis planes no son vuestros planes*

Este pasaje cierra la segunda parte del libro de Isaías con un mensaje optimista. El profeta quiere que nos convirtamos a Dios, al que describe como siempre fiel a su alianza y “rico en perdón”, e invita a que todos

rehagan su propio camino, si se han desviado (“que el malvado abandone su camino”) y “busquen al Señor”.

Tanto para el anuncio de su perdón como para la invitación a convertirse, sirve el aviso de Dios: “mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos”. La lógica de Dios no es nuestra lógica.

Por eso en el *salmo* encontramos, por enésima vez, la afirmación de que “el Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad”. Parece como si quisiera preparar el mensaje del evangelio de hoy: “el Señor es justo en todos sus caminos”, aunque muchas veces no le entendamos, porque en verdad “el Señor es grande y es incalculable su grandeza”. Por eso se nos hace cantar: “Cerca está el Señor de los que lo invocan”.

Filipenses 1, 20c-24.27a. *Para mí la vida es Cristo*

Durante cuatro domingos escucharemos unos pasajes de la carta de Pablo a la comunidad de Filipos. Filipos era una ciudad de Macedonia, al norte de la actual Grecia, llamada así porque la había fundado Filipo II, el padre de Alejandro Magno, en el siglo IV antes de Cristo.

Es una de las llamadas “cartas de cautividad”, porque la escribió desde la cárcel. De esa comunidad, la primera que fundó en Europa, guardaba Pablo un recuerdo muy amable, que se nota en toda la carta.

En el pasaje de hoy les confiesa que se encuentra ante una alternativa: ¿le llevarán a la muerte? ¿le absolverán o al menos sobreseirán su causa y le dejarán vivo? Si le hacen morir, tal vez es lo mejor, porque Pablo “desea partir para estar con Cristo”. Si le dejan en vida, tal vez “es más necesario para vosotros”, y así podrá seguir trabajando por Cristo. “No sé qué escoger”.

Mateo 20, 1-16. *¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?*

La parábola que propone Jesús (y que es exclusiva del evangelio de Mateo) es voluntariamente desconcertante y paradójica: parece como si favoreciera la injusticia o al menos la voluntad omnimoda por parte del

dueño de la viña sobre el salario de sus trabajadores. En verdad se cumple lo que había anunciado Isaías: “mis caminos no son vuestros caminos”.

La parábola empieza con las diversas invitaciones al trabajo a distintos jornaleros, ociosos en la plaza del pueblo, a diversas horas del día. La parábola lleva al extremo la situación con la contratación de obreros a ultimísima hora. Pero lo que importa a Jesús es hacer ver la reacción de los que habían trabajado toda la jornada cuando ven que reciben lo mismo que los que han trabajado mucho menos. La respuesta de Jesús es rotunda: “¿es que no tengo libertad para hacer lo que quiero en mis asuntos?”. Claro que con todos ha cumplido lo que era de justicia, lo que habían pactado, pero a los últimos ha querido ser magnánimo y les da más de lo que les tocaba.

La última afirmación es la que centra el mensaje: “¿o vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”.

– II –

Para mí la vida es Cristo

Es impresionante la convicción interior de Pablo, ante el dilema que se le presenta: su actual período de prisión, ¿terminará en la pena capital o le dejarán libre? No quiere guiarse por su gusto o por su seguridad personal, sino por lo que haga más falta para seguir predicando a Cristo y para el bien de las comunidades: “que vosotros llevéis una vida digna de Cristo”.

Si sigue vivo, podrá trabajar por sus comunidades. Pero si muere, es la meta a la que aspira: estar con Cristo para siempre. Para él, “la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia”. Lo importante para él es Cristo. También lo es para los cristianos de sus comunidades, a los que puede ayudar a vivir en Cristo: “lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo”.

Pablo entiende toda su vida orientada a Cristo: “con tal de que se anuncie a Cristo, yo me alegro”, “para mí la vida es Cristo”. ¡Ojalá pudiéramos afirmar otro tanto de nosotros mismos!

Yo soy bueno

¿O vas a tener envidia porque yo soy bueno? En verdad, Dios aparece como nos lo ha descrito el salmo (¿cuántas veces hemos encontrado estas ideas en los salmos responsoriales de los domingos?): “el Señor es clemente y misericordioso... el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas”...

Así aparece ya en el AT. El pasaje de Isaías, con la afirmación de que los planes de Dios no son como los nuestros, está también en un contexto de perdón y misericordia de Dios con su pueblo: “el Señor tendrá piedad, Dios es rico en perdón”. Por eso el salmo es un canto a ese Dios que es bueno con todos, lento a la ira y rico en perdón.

Pero mucho más se nos ha manifestado este amor misericordioso de Dios en el evangelio, en Cristo Jesús, que perdona a los pecadores, que se autoinvita a comer en casa del publicano Zaqueo, que tiene paciencia con los niños, que atiende a los que andan buscando sentido a sus vidas, que cura a enfermos y consuela a los que sufren. El padre del hijo pródigo ¿tenía que acogerle bien por justicia, o por misericordia? ¿tenía que perdonar Jesús a Pedro por justicia o por misericordia?

También en la parábola de hoy aparece esta bondad de Dios. La afirmación “yo soy bueno” es la que da sentido a toda la parábola. No es una lección de justicia salarial —el dueño de la viña paga a todos lo justo—, sino de la generosidad que tiene Dios, que admite como jornaleros a los que se presentan sólo a última hora, sin dar demasiada importancia a este retraso, y luego paga a los últimos más de lo que les tocaría en rigor. Dios es generoso. No premia sólo conforme a nuestros méritos, sino según a su bondad. Su salvación es siempre gratuita.

Dios es justo. Pero, además, y fundamentalmente, es bueno. El apóstol Juan nos dijo que “el que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”.

¿O vas a tener tú envidia?

La parábola que nos cuenta Jesús, y el ejemplo que nos da con su propia vida, nos enseñan que también nosotros tenemos que aprender bondad de corazón en nuestra relación con los demás. ¿Tendemos a reaccionar como los jornaleros de primera hora ante la generosidad que notamos en el amo para con los que se lo han merecido menos que nosotros? ¿Somos propensos a los celos y a la envidia?

La parábola iba para los judíos, que como pueblo elegido de Dios parecían los “titulares” de la promesa, mientras que otros no judíos, los paganos, que podemos considerar como los “suplentes”, no deberían tener derecho a recibir la misma recompensa que ellos. Por ejemplo, los fariseos se escandalizaban cuando veían cómo Jesús comía con “pecadores y publicanos”, gente considerada “impura”. Cuando Mateo escribió su evangelio, muchos paganos iban entrando en la Iglesia, y tal vez iban adquiriendo importancia y peso específico dentro de la comunidad. Se cumplía lo de que “los últimos (los paganos) serán primeros, y los primeros (los del pueblo elegido, los judíos), últimos”.

Pero también a nosotros se nos puede aplicar la misma lección. Los sacerdotes y religiosos pueden tener la tentación de creerse más acreedores del premio que los laicos, o los mayores que los más jóvenes, o los autóctonos que los que vienen de fuera. ¿Cómo reaccionamos ante los éxitos que tienen otras personas en trabajos en que tal vez nosotros hemos fracasado? ¿Estamos dispuestos a alabar los buenos resultados de los demás, a alegrarnos de las cualidades que otros tienen? ¿O adoptamos fácilmente la actitud del hermano mayor, que había trabajado mucho más que el joven, y no había recibido en regalo un cabrito para merendar con sus amigos? ¿Hubiéramos aceptado fácilmente a Pablo, que no era del colegio apostólico, sino perseguidor de Cristo, por más que dijera que ahora se había convertido? ¿Hubiéramos perdonado fácilmente a Pedro sus negaciones?

La pregunta es si tenemos buen corazón o no. Somos a veces tacaños, de corazón pequeño, calculadores en nuestra relación con Dios y con los hermanos. Tenemos una clara tendencia a llevar como una contabilidad

de las horas que trabajamos para Dios, sobre todo si son “horas extra”, como siguiendo las pautas de un contrato laboral. Por eso podemos llegar a pensar que tenemos “derecho al premio” o a la paga. Como Pedro, que un día recordó a Jesús que ellos (los de la primera hora) habían dejado todo por él: “¿y qué nos va a tocar?”. ¿Se podría pensar que un amigo lleve cuentas de los favores que le hace al amigo, o una madre de las horas que dedica al esposo o a los hijos?

Esto no es una invitación a “llegar tarde” o a trabajar menos, sino a evitar la tentación de llevar la contabilidad de los méritos y horas que trabajamos para Dios, “a tanto la hora”.

Los planes de Dios son distintos de los nuestros y, a veces, sorprendentes

En verdad, muchas veces constatamos que nuestra manera de pensar, nuestra mentalidad, no coincide para nada con la de Dios tal como se nos muestra en las lecturas bíblicas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. No conocemos a Dios en profundidad. Nos resulta en verdad trascendente y a veces desconcertante.

A medida que vamos escuchando la Palabra de Dios, nos damos cuenta de que sus caminos no son nuestros caminos. La tendencia es “interpretar” a nuestro modo lo que dice el evangelio, si no cabe en nuestros esquemas mentales. O creamos un “dios” a nuestra imagen y semejanza.

Entre las muchas cosas que no entendemos de Dios, está su capacidad de perdonar. En el pasaje de Isaías leemos que “nuestro Dios es rico en perdón”, y por eso “mis planes no son vuestros planes”. El salmo alaba a Dios porque es “clemente y misericordioso, len to a la cólera y rico en piedad”. Recordamos el disgusto infantil que Jonás tuvo cuando Dios se desdijo de sus propósitos de castigo y perdonó a Nínive. En la mentalidad del profeta no había la misericordia y el perdón. En la de Dios, sí.

Los trabajadores que habían aguantado el calor de toda la jornada en la viña, murmuraban del dueño. No podían quejarse de que a ellos les engañara en su paga, pero no entendieron que pudiera ser generoso con

los últimos. No entendemos que Dios pueda perdonar. Tal vez porque eso nos compromete. El hijo mayor no entendió la mentalidad del padre que acogía al hijo pródigo y se escandalizó de la fiesta. Nosotros, si nos hubieran dejado inventar el final de la parábola, tal vez hubiéramos hecho que el padre castigara al aventurero, o al menos le corrigiera y le exigiera cambiar de conducta.

Tenemos que ir aprendiendo los caminos de Dios, reconocer su soberana libertad, y no escandalizarnos porque a veces “los últimos son los primeros” y Dios es “demasiado bueno” con los pecadores y también les da su denario, como Jesús al buen ladrón que en el último momento dio muestras de conversión. Dios sigue llamando a trabajar en su viña a jóvenes y a mayores, a fuertes y a débiles, a hombres y mujeres, a religiosos y laicos. ¿Admitimos sólo a regañadientes que en la Iglesia actual los laicos o las mujeres tengan más protagonismo que antes?

No tendríamos que proyectar sobre Dios nuestros cálculos y nuestras medidas. A veces nos encontramos perplejos ante Dios, y no tenemos más remedio que reconocer que Dios es el Todo Otro, que es misterioso, que no le podemos encerrar en nuestras medidas, ni le admiten nuestras programaciones de ordenador. A veces quedamos en silencio ante Dios. No tenemos respuesta para todo. Pero lo que sí podemos estar seguros es que él sí la tiene, que nos quiere como un Padre bondadoso, que no lleva contabilidad de nuestras “horas extra”, sino que nos concede gratuitamente sus dones. Él no se rige tanto por la justicia, cuanto por la gracia.

Tendremos que hacer caso de la recomendación de Isaías: “buscad al Señor”, y pedirle una y otra vez: “enséñame tus caminos”.

DOMINGO 26 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Dijo: “voy”, pero no fue

La lección que nos da la Palabra de Dios hoy, empezando por la lectura profética y el salmo, es que no basta decir cosas. No basta la intención. Además, hay que hacer lo que se dice.

A un político no se le aplaude sólo por sus intenciones o sus promesas en época electoral. Luego se espera que cumpla lo que ha dicho. Los fariseos recibieron a menudo reproches de Jesús en esta dirección. ¿Y nosotros?

Ezequiel 18, 25-28. *Cuando el malvado se convierte de su maldad, salva su vida*

El profeta compara la conducta del justo y del malvado, y su responsabilidad respectiva, ante la dura experiencia del destierro y la destrucción de Jerusalén.

Si uno es justo, pero luego “se aparta de su justicia, muere por la maldad que cometió”. Si uno es malvado, pero “se convierte de la maldad, él mismo salva su vida”. Al justo se le pide que persevere en el bien. Al malvado, que se convierta. El mensaje del profeta es esperanzador: invita a todos a confiar en la bondad y el perdón de Dios. Cada uno es responsable de sus actos y no puede escudarse en el grupo al que pertenece.

Por eso el *salmo* recoge una actitud de confianza: “recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna”, y le pide: “no te acuerdes de los pecados de mi juventud”. El salmista pide con humildad: “Señor, enséñame tus caminos”.

Filipenses 2, 1-11. *Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús*

La carta a los Filipenses, que comenzamos a leer el domingo pasado, contiene unos consejos muy propios de Pablo, a la hora de edificar una comunidad fraterna que vive unida en el amor. Él quiere que los cristianos tengan “entrañas compasivas” y “un mismo amor y un mismo sentir”, sin rivalidades.

Les da consignas muy concretas de humildad para con los otros, pero, sobre todo, les propone el mejor ejemplo, Cristo Jesús, que “no hizo alarde de su categoría de Dios” y se rebajó hasta la muerte, entregándose para la salvación de todos: “tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús”. Aquí Pablo nos reproduce un “himno pascual” que seguramente era anterior a él y que tal vez cantaba la comunidad: el himno que nosotros rezamos cada sábado en vísperas.

Mateo 21, 28-32. *Recapitó y fue*

Jesús, que ya ha llegado a Jerusalén, tiene delante a los “sumos sacerdotes y ancianos del pueblo”, o sea, a miembros insignes de Israel, orgullosos de su pertenencia al pueblo elegido de Dios. Está creciendo por momentos la tensión con ellos. Ha expulsado a los mercaderes del Templo y ha pronunciado la maldición sobre la higuera estéril, símbolo de Israel.

Con una parábola muy sencilla y expresiva (propia del evangelio de Mateo) les echa en cara la hipocresía que muchas veces reina en sus actitudes. El hijo que dijo que no, que no iría a trabajar da la viña, pero luego fue. Y el que dijo que sí, que iba, pero luego no fue. En este segundo es donde “retrata” Jesús a las clases dirigentes de Israel. Los contraponen a los publicanos y prostitutas, que tienen mala fama, pero muchos de ellos han sabido acoger el mensaje de Juan el Bautista (y ahora, el suyo, el de Jesús).

– II –

Consignas para una comunidad unida

Las comunidades del tiempo de Pablo, como las de ahora, tenían dificultades para vivir en unión. También en Filipos había desavenencias, discordias, rivalidades, intrigas por ser más que los demás. Era una comunidad normal, como las nuestras. No inventamos nada.

Por eso nos viene bien leer esta exhortación de Pablo, que hoy nos repite a nosotros su deseo de que tengamos “entrañas compasivas” con los demás hermanos, y “un mismo amor y un mismo sentir”.

Son siempre actuales las consignas que él da a los de Filipos. Algunas son humanas, de convivencia civilizada: “dejaos guiar por la humildad y considerar siempre superiores a los demás”. La mayor parte de nuestros disgustos personales y de las tensiones comunitarias se deben a nuestro orgullo: nos creemos superiores a los demás, y por eso nos damos tan fácilmente por ofendidos cuando los demás pasan por encima de nosotros o no demuestran apreciar lo que hacemos. Es una consigna, la de “considerar superiores a los demás”, que no es muy popular en nuestros tiempos ni en la sociedad civil ni en la familiar ni en la eclesial.

Pero hay otras motivaciones sobrenaturales: “nos une el mismo Espíritu”. La motivación principal que Pablo da a los Filipenses - está en la segunda parte de la lectura, que convendría leer entera- es la de que hemos de imitar a Cristo Jesús en su entrega pascual: “tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús”. ¿Cuáles fueron estos “sentimientos” de Jesús? Pablo los describe siguiendo el “himno pascual”, que en pocas líneas expresa el misterio de la muerte y resurrección, de la humillación y la glorificación de Jesús: se despojó de su rango, no hizo alarde de su categoría de Dios, se rebajó hasta la muerte, y una muerte de cruz, la máxima humillación pensable en la época.

Que es exactamente la actitud contraria de los que se creen superiores a los demás y hacen valer sus derechos. La muerte de Cristo no terminó en el

sepulcro: porque Dios “lo levantó sobre todo... de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble...”. Pablo no cita este himno para alabar a Jesús, sino para proponerlo como modelo a la comunidad en su vida fraterna, que muchas veces supone saber “rebajarse” y “no hacer alarde de categorías”.

Cada Eucaristía nos une a Cristo, pero también es una auténtica escuela de fraternidad comunitaria. La petición del Padrenuestro (perdónanos como nosotros perdonamos), el gesto de paz que nos damos con los más próximos (como representantes de todos los que luego trataremos en la vida), la fracción del pan (para expresar que “compartimos” al mismo Cristo): todo eso nos recuerda que el “podéis ir en paz” del final no es punto de llegada, sino más bien de partida hacia una vida coherente con lo que hemos celebrado.

Responsables de los propios actos

A veces la Palabra de Dios nos invita a considerar el aspecto comunitario, social, de nuestros actos. Pero hoy es la responsabilidad personal lo que destaca.

Una primera tentación de los israelitas, sobre todo en un período tan triste como el que vivió Ezequiel, con el destierro y la destrucción de Jerusalén, era la de echar la culpa a Dios: “comentáis: no es justo el proceder de Dios”. El profeta invalida esta acusación: “¿es injusto mi proceder? ¿o no es vuestro proceder el que es injusto?”.

La segunda tentación, que no aparece en la lectura de hoy pero sí en otras, es la de culpar de nuestros males a la comunidad o a los antepasados. Con facilidad podemos quedar tranquilos echando las culpas a este mundo, a la sociedad que nos rodea, a las estructuras, a las estadísticas.

Ciertamente nos influye el ambiente, y esta influencia puede ser fuerte, tanto en bien como en mal. Pero difícilmente nos quita la libertad hasta el grado de poder decir que no tenemos culpabilidad en lo que hacemos mal o mérito en lo que hacemos bien. Normalmente queda un margen de libertad, y es cada uno quien decide. Dios no castiga a nadie por las culpas cometidas por otros.

No el que dice... sino el que hace

El evangelio nos orienta también en otra dirección que se puede decir que es consecuencia de la primera: no bastan las palabras, lo que cuenta son los hechos.

Los destinatarios de la parábola de Jesús fueron en primer lugar las clases dirigentes de los judíos, que creían que con pertenecer al pueblo elegido de Dios ya estaba todo conseguido. Los describe Jesús en la persona del hijo que dijo demasiado alegremente “sí”, pero luego no obedeció. No han acogido el mensaje del Bautista y tampoco el de Cristo.

Esta parábola va a ir seguida por otras dos, que escucharemos los domingos próximos: la viña que el dueño tiene que arrendar a otros, y el banquete festivo al que tiene que invitar a otros, ante el rechazo de los primeros invitados. Las tres muestran una clara denuncia por parte de Jesús: el pueblo elegido no ha sabido ver el día de la gracia, no ha sabido acoger al Enviado de Dios. En concreto, critica la hipocresía de los fariseos, que cuidaban la fachada pero no los contenidos de su fe. No les debió gustar nada a los dirigentes del pueblo que Jesús los comparara con los pecadores públicos a los que ellos despreciaban: “los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios”.

Pero no nos tendríamos que escudar en que Jesús hablaba para los fariseos. Hablaba también para nosotros, si tenemos las mismas actitudes que ellos. La pregunta es para nosotros también: ¿en cuál de los dos hijos nos vemos sinceramente reflejados? Es fácil cuando estamos en la iglesia, cantar cantos al Señor, o contestar “amén” a oraciones y propósitos. Pero luego esa fe, ¿se traduce en obras? Aquí quedan desautorizados los que exteriormente guardan las formas (están bautizados, han hecho la primera comunión, se han casado por la Iglesia, van a misa los domingos, llevan una medalla al cuello) pero luego, en la vida, su estilo de actuación no se parece en nada a lo que dicen creer.

En otros lugares dice Jesús: “No entrará en el Reino de los cielos aquel que dice Señor, Señor, sino el que cumple la voluntad de mi Padre del cielo”, “el que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”, el que “edifica sobre roca es el que oye estas palabras y las pone en práctica”.

Las declaraciones, las promesas y los manifiestos cuestan muy poco. Lo que cuesta es actuar en coherencia. Decir “sí” (en liturgia, “amén”) es sencillo. Palabras como “comunidad”, “democracia”, “justicia”, pueden llenarnos la boca. Pero luego ¿se reflejan en nuestro modo de vivir? De lo que se trata es de armonizar la vida con la fe. En la carta de Santiago se dice expresivamente que “la fe, si no tiene obras, está muerta por dentro”. Esto nos va bien de un modo especial a los que tenemos la misión de “hablar”, no vaya a ser que merezcamos la grave acusación de Jesús con respecto a los fariseos: “haced lo que ellos dicen, pero no hagáis lo que hacen, porque no hacen lo que dicen”.

El hijo que dijo “no”

El que dijo “no” representa a tantas personas que también hoy en día pueden sentir momentos de rebeldía: rebeldía contra la autoridad paterna, o contra la tradición, o contra la Iglesia, o contra Dios mismo tal como ellas lo ven.

Un joven que ha crecido en una familia cristiana luego es sometido a influencias externas que son auténticas ventoleras ideológicas y éticas: no es nada extraño que se “rebele” y diga “no”. Cuánto más si ni siquiera en la familia ni en la escuela ni en la sociedad ha recibido la semilla de la fe. Su deseo de autoafirmación, de libertad y de independencia es lógico. Puede ser hasta signo de madurez y de personalidad ese “no” que a algunos les puede venir espontáneo en su camino de fe.

Lo importante es que alguien les pueda ayudar a que recapaciten y puedan volver ese “no” en “sí”, como el joven de la parábola. Porque puede darse muy bien que entre esas personas “oficialmente no buenas” haya auténticos hijos de Dios, que llevan una vida honrada y solidaria con los demás. Los jóvenes, en efecto, son diferentes, pero seguro que tienen valores que nosotros no teníamos a sus años, y nos pueden dar lecciones a los mayores, no sólo nosotros a ellos (que también). Lo mismo podríamos decir de otra clase de personas que hoy día no son muy apreciadas en la sociedad, por ejemplo los inmigrantes o las que profesan otra religión. No debería extrañarnos si oímos decir que un Obispo ha pasado la fiesta de la Navidad con los reclusos de una prisión, como el representante del Buen

Pastor. A pesar de las circunstancias que les han llevado allí, también ellos son hijos de Dios y puede ser que tengan valores insospechados.

Jesús, el Buen Pastor, hizo una afirmación que nos parece desconcertante: que habrá más alegría en el cielo por un pecador convertido que por cien justos que perseveran.

El que dijo “sí”

Los que dicen “sí”, muchos, seguramente, son luego consecuentes, o intentan serlo, en sus vidas. Pero puede ser que algunos pronuncien ese “sí” superficialmente, sin personalidad, por costumbre o por miedo. Por fuera dicen “sí”, pero dentro están diciendo “no” y tal vez mantendrán la hipocresía que tanto criticaba Jesús en los fariseos de su tiempo.

A veces nos tenemos oficialmente como buenos, pero luego puede ser que nos den lecciones de honradez o de autenticidad otras personas que tenemos como “pecadoras”, pero que no son peores que nosotros. A veces puede pasar lo mismo con los inmigrantes: personas separadas de su tierra y a veces incluso de su familia, que pasan por circunstancias de inestabilidad que afectan también a su práctica religiosa. Pero, ¿quién puede negar que muchas son óptimas personas y desde su situación religiosa y social están respondiendo con buena disposición a la voluntad de Dios? Haríamos bien en respetarlas y darles un margen de confianza, sin creernos superiores a ellas.

Naturalmente, ni la parábola de Jesús, ni su aplicación hoy, son una invitación a imitar al hijo que dijo “no” o a las prostitutas o publicanos, sino a imitar la capacidad que tuvieron esas personas de convertirse y cambiar a una actitud de fe. Si esas personas están por delante en el Reino, no es por lo que habían sido, sino por el cambio que dieron, como el buen ladrón, a última hora, en la cruz.

El ideal no es decir “no” y luego cumplir, como no lo es tampoco decir “sí” y luego no cumplir. El ideal es decir “sí” con convicción y luego ser consecuente y perseverar en el bien. Como hicieron con su “sí” inicial Abrahán, y María y José, y sobre todo el mismo Jesús, en el cumplimiento de su vocación mesiánica hasta la cruz.

DOMINGO 27 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Jesús se enfrenta claramente a las autoridades

La de hoy es otra parábola muy intencionada, la de los trabajadores de la viña que no sólo no entregan al dueño los beneficios que le tocan, sino que maltratan y apalean a sus enviados y matan al hijo (lo hacen “fuera de la viña”, como a Jesús fuera de la ciudad), para quedarse ellos con la viña y sus frutos. Jesús anuncia que les será quitado el Reino a esos viñadores, y les será dado a otros más agradecidos. El pueblo de Israel, sobre todo sus clases dirigentes, está retratado en los primeros, y los pueblos paganos, en los segundos.

El domingo pasado, con la parábola de los dos hijos, el que dice “sí” y no va, y el que dice “no” pero luego va a trabajar, Jesús desenmascaraba la hipocresía de los “oficialmente buenos” del pueblo judío. El domingo próximo hará algo parecido con la parábola de los invitados al banquete del Reino. Hoy, lo denuncia con la parábola de los viñadores ingratos.

Son parábolas que muestran una tensión creciente entre Jesús y sus enemigos, y Mateo las sitúa inmediatamente antes del relato de la Pasión. El asesinato del “hijo” es el punto crítico de la parábola y de los acontecimientos que están a punto de suceder.

Isaías 5, 1-7. *La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel*

El profeta reproduce un hermoso poema, un canto de amor a la viña. Su dueño hace en ella todo lo que un buen labrador puede hacer para asegurarse una buena cosecha: cava, retira las piedras, planta buenas cepas, construye una atalaya o torre para vigilar posibles visitas no deseadas, y prepara ya un lagar para el vino. Pero la viña defrauda totalmente a su amo que tanto la mimó: no da uvas, sino agrazones.

El mismo profeta aplica la comparación al pueblo de Israel y a su capital Jerusalén: “la viña del Señor es la casa de Israel”. Dios también ha derrochado en su pueblo elegido toda clase de cuidados: “¿qué más había hacer por mi viña que yo no haya hecho?”. Pero el pueblo de Israel no correspondió al amor de Dios y no le dio los frutos esperados: “esperé de ellos derecho y ahí tenéis: asesinatos”. El castigo va a ser que la viña quedará abandonada, sin cuidar, con acceso a toda clase de alimañas.

El *salmo* recoge como idea central la misma del profeta: “la viña del Señor es la casa de Israel”. El salmista reconoce el pecado del pueblo y lo merecido que tiene el castigo. Pero a la vez dirige a Dios una humilde oración de súplica: “vuélvete... ven a visitar tu viña... no nos alejaremos de ti... restáuranos, que brille tu rostro y nos salve”.

Filipenses 4, 6-9. *Poned esto por obra, y el Dios de la paz estará con vosotros*

Hacia el final de su carta, Pablo hace a los cristianos de Filipos una serie de recomendaciones que deben caracterizar su vida y asegurarles la paz. Por muchas turbulencias y dificultades que puedan tener, no deben nunca perder la paz: “nada os preocupe”. El medio para conseguir esta armonía es tener una profunda fe en Dios, en diálogo de oración: “que vuestras peticiones sean presentadas a Dios”. Así, “la paz de Dios custodiará vuestros corazones”.

Una segunda línea de pensamiento es la actitud de apertura humana hacia todo lo bueno: “todo lo que haya de verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, virtuoso”, lo han de tener en cuenta. También se pone él mismo

como modelo a imitar: “lo que aprendisteis, oísteis y visteis en mí, ponadlo por obra”. Todo eso les llevará a esa paz interior que todos deseamos: “y el Dios de la paz estará con vosotros”.

Mateo 21, 33-43. *Arrendará la viña a otros labradores*

Jesús, en la etapa final de Jerusalén, en que va agudizándose su enfrentamiento con los dirigentes del pueblo, retrata a estos en la figura de los viñadores ingratos y asesinos. Sus oyentes, sacerdotes y ancianos del pueblo, debieron entender bien –y no les debió gustar nada– la intención de Jesús, que aclara todavía más con la otra comparación de la piedra fundamental del edificio: “la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”. La parábola parece como un resumen nada optimista de la historia del pueblo judío.

Jesús dirige a sus oyentes una pregunta “pedagógica”, para que contesten ellos mismos: “¿qué hará con aquellos labradores?”. Es una pregunta parecida a la que Isaías intercala en la queja de Dios: “ahora, habitantes de Jerusalén, sed jueces entre mí y mi viña”.

La amenaza es clara, y se entiende mejor si se escucha desde los tiempos en que Mateo escribió su evangelio: “se os quitará a vosotros el Reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos”.

– II –

¿Cómo se consigue la paz interior?

Pablo aconseja a los Filipenses que, para que puedan gozar en verdad de la paz de Dios, se dediquen ante todo a la oración y acción de gracias ante Dios. Es él quien nos ayuda a superar las preocupaciones y problemas de la vida. Nos hace recordar un episodio de los viajes del mismo apóstol. Pablo y Silas, después de una jornada que no les pudo ir peor, porque fueron rechazados,

golpeados, encerrados como medio muertos en la cárcel, dice el libro de los Hechos que a media noche estaban cantando salmos en la cárcel.

Un segundo recurso que sugiere Pablo a los suyos: una actitud de apertura y flexibilidad hacia el ambiente que los rodea. Aquellos cristianos estaban en medio de una sociedad pagana: pero seguro que había cosas aprovechables en aquella cultura romano-helénica. Pablo les invita a un espíritu abierto, con discernimiento, pero teniendo en cuenta lo que hay de válido en la sociedad. Es bueno saber ver lo bueno que tiene este mundo, y las personas que nos rodean, y aceptarlo: “todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta”.

También la sociedad concreta en que vivimos y las personas que encontramos en nuestro camino, por muchos valores que creamos que andan peligrando o semiperdidos, seguro que poseen valores que podemos aprovechar los cristianos: los deseos de paz y de justicia, el rechazo de la violencia, la solidaridad, la igualdad entre los sexos, el aprecio de la ecología, el progreso de las ciencias...

Todos andamos en busca de una paz interior, que es una condición para que luego podamos tener paz con los demás y con el cosmos. Si yo estoy en armonía interior, en paz conmigo mismo y con mi historia, contribuiré seguramente a la paz comunitaria. A veces mis disgustos personales provocan desencuentros y tensiones con los demás.

Una relación de unión con Dios, y la aceptación de la historia y de las personas, ciertamente nos ayuda a encontrar esa paz y ese equilibrio que deseamos. Aceptar a los demás o los valores presentes en nuestra generación no significa que todo va bien, o que aplaudimos sin más todo lo que pasa, o que un creyente no va a tener turbulencias en su viaje por este mundo, sino que tiene recursos para vivir su vida en paz interior.

Sería bueno que hiciéramos nuestro uno de los salmos más breves del Salterio, el 130, que nos da la clave para tener paz interior: “Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altancros: no pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre”.

Los malos viñadores

La comparación de la viña está muy presente en los escritos proféticos y también en el evangelio: Jesús la utiliza en varias de sus parábolas y enseñanzas. Aunque seamos habitantes de ciudad, y estemos poco familiarizados con el mundo del campo, podemos entender fácilmente lo que es una viña y los trabajos que requiere y lo que puede representar una buena o una mala vendimia al final de los esfuerzos. También podemos captar la intención de Jesús al comparar esa viña al pueblo de Israel, y la lección que también para nosotros se deriva, porque nosotros, la Iglesia, somos la viña del Señor, y podemos defraudarlo.

En primer lugar la parábola de hoy, bastante más trágica que el poema de Isaías, va dirigida al pueblo de Israel. Jesús reprocha a sus contemporáneos, sobre todo a las clases dirigentes, que no han sabido ver en él al enviado de Dios, que como pueblo elegido no han sabido ofrecer a Dios los frutos que esperaba de ellos.

Pero sería muy cómodo quedarnos en eso. También va para nosotros el mensaje y el reproche. Ahora el profeta diría: “la viña del Señor es la Iglesia de Cristo”. La esterilidad y la infidelidad de Israel, por desgracia, se pueden repetir en la Iglesia y en cada uno de nosotros. No venderemos a Jesús por treinta monedas, ni decidiremos matarle. Pero ¿somos una viña que da los frutos que él espera, o somos una viña estéril o raquíta?

Ante todo, la amonestación va para los dirigentes de la comunidad eclesial, que pueden tener la tentación de sentirse dueños y propietarios de la viña, de la comunidad, y en vez de ayudar a los demás a dar los frutos que Dios espera de todos, la “explotan” en beneficio propio. Pero también se nos aplica la lección a cada uno de los fieles. Dios ha “invertido” en nosotros: nos ha dado la vida, el cuerpo, la salud, talentos naturales, su Palabra, el evangelio, los sacramentos, la comunidad eclesial, personas buenas que nos rodean y nos estimulan. ¿Qué cosecha puede esperar de nosotros este año? ¿Se tendrá que quejar de nuestros pobres frutos como lo hizo de la higuera seca al lado del camino?

Nosotros no somos de los que rechazan a Cristo, ciertamente. Sabemos que él es la piedra angular y creemos en él. Pero, ¿damos los frutos que

él espera de nosotros? ¿Seguirá siendo actual el aviso de Jesús, de que será retirado el Reino a los primeros destinatarios, y les será dado a otros que lo administren mejor? ¿No será esta la explicación del cambio de comunidades cristianas que durante siglos estuvieron llenas de vitalidad y ahora languidecen?, ¿o de familias religiosas que en otros tiempos florecieron en vocaciones y ahora prácticamente han desaparecido?

Si alguien quiere saber cuáles son esos “frutos” que Dios espera de su viña, no tiene más que volver a leer a Isaías: esperaba derecho, y le damos violencia; justicia, y no hay más que lamentos. Los frutos, por tanto, están en el sentido de la caridad y de la justicia.

La Eucaristía, escuela de paz

De la Eucaristía que celebramos los cristianos podemos ir aprendiendo diversas lecciones, por ejemplo de fe y unión con Cristo, o de oración de petición y de acción de gracias, o de caridad fraterna.

Pero hoy tal vez podría conectar nuestra celebración con esa búsqueda de paz interior de la que habla Pablo en su carta. Una Eucaristía bien celebrada puede ser una garantía y un alimento de paz y armonía interior.

Un lugar de culto acogedor y limpio. Un ritmo sereno, con momentos de silencio además de las palabras y los cantos, una estructura dinámica pero bien coordinada de la celebración, con la buena realización de los diversos ministerios. Todo ello nos ayuda a sentirnos en la presencia de Dios, a escuchar su Palabra, a dirigirle nuestras oraciones y cantos desde un ánimo tranquilo y atento a la vez.

Puede ser un auténtico oasis de activa paz en medio del ajetreo de nuestro horario.

DOMINGO 28 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Variaciones sobre un tema

La parábola de hoy –los invitados que no quieren acudir al banquete del Rey y son sustituidos por otros que en principio no habían sido invitados–, insiste en las mismas ideas que habíamos escuchado en domingos anteriores: el hijo que dijo “sí” pero no fue a trabajar, y los viñadores homicidas.

Cuando la Palabra insiste en un mensaje no tendríamos que tener nosotros reparo en seguir reflexionando sobre él y aplicárnoslo a nuestra vida. Aquí se ve la denuncia de Jesús al pueblo elegido que no le reconoció como Mesías y la afirmación de la universalidad de la salvación que ofrece Dios.

Hoy, este mismo mensaje está expresado con matices diferentes, con el simbolismo del banquete festivo al que nos invita Dios en los tiempos mesiánicos. Una invitación que no deberíamos rechazar.

Isaías 25, 6-10a. *El Señor preparará un festín y enjugará las lágrimas de todos los rostros*

El profeta anuncia la futura intervención salvadora de Dios para con su pueblo: Dios prepara un banquete festivo al que invitará a todos. Además,

Dios no quiere nada oculto (“arrancará el velo que cubre a los pueblos”), ni la muerte (“aniquilaré la muerte para siempre”), ni la tristeza (“enjugará las lágrimas de todos los rostros”), ni las humillaciones (“el oprobio de su pueblo lo alejará del país”).

Realmente es un panorama optimista para el futuro de su pueblo, que puede gozarse de esa cercanía amorosa de Dios: “aquí está nuestro Dios... celebremos y gocemos con su salvación”.

El *salmo* parece contagiarse de esta alegría del profeta: “habitaré en la casa del Señor por años sin término”. Es el salmo del pastor, Dios, que cuida de nosotros y nos protege en todo momento: “preparas una mesa ante mí... y mi copa rebosa... Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida”.

Filipenses 4, 12-14.19-20. *Todo lo puedo en aquel que me conforta*

Al final de su carta, Pablo agradece a los Filipenses la ayuda material que le habían enviado a la cárcel donde está prisionero.

A pesar de que afirma que ya a estas alturas él está hecho a todo, a “vivir en pobreza y en abundancia”, porque cuenta siempre con la ayuda de Dios (“todo lo puedo en aquel que me conforta”), Pablo agradece sinceramente esa ayuda: “hicisteis bien en compartir mi tribulación”. Pide para ellos un abundante premio, que Dios se lo pague “con magnificencia, conforme a su espléndida riqueza en Cristo Jesús”.

La carta, y nuestra última lectura de la misma, termina con una solemne doxología: “a Dios, nuestro Padre, la gloria por los siglos de los siglos”.

Mateo 22, 1-14. *A todos los que encontréis convidadlos a la boda*

La tercera parábola, después de la del hijo que dijo “sí” y no fue a trabajar y la de los viñadores homicidas, es la del banquete que ha preparado el Rey.

Los invitados primeros, los judíos, no quieren asistir, poniendo excusas varias. Mateo lo narra más simplificado, pero Lucas añade que uno había comprado unas tierras, otro unas yuntas de bueyes, y otro se acababa de

casar. Lo decisivo debía ser que esos invitados no aceptaban al Rey, y por tanto tampoco su invitación. Algunos llegaron a maltratar y hasta a matar a los criados que les instaban a acudir al banquete.

Entonces el Rey, ante todo, castiga a los asesinos, y luego decide invitar a “todos los que encuentren en los cruces de los caminos”.

La parábola tiene un apéndice –propio de Mateo– que puede parecer extraño. El Rey ve a un invitado que no va vestido de fiesta, y lo manda expulsar y castigar. Porque “muchos son los llamados y pocos los escogidos”. Ciertamente este final no disminuye el mensaje principal y positivo: la invitación universal de Dios a la fiesta de su Hijo.

(Suprimir este “apéndice” de la parábola, que se podría considerar muy bien como otra parábola, parece facilitar la aplicación homilética del mensaje, pero, en realidad, lo empobrece. Sin este final, parece que la parábola se refiere sólo a los judíos. Con él, se ve mejor que Mateo lo incluye para los cristianos, o sea, para nosotros).

– II –

Las lecciones de Pablo

En este último pasaje de la carta a los Filipenses, Pablo nos da unas lecciones que parecen sencillas, pero que son densas en contenido y actuales también para nosotros.

Por ejemplo, agradece la ayuda que los cristianos de Filipos le han enviado por medio de Epafrodito cuando él estaba en un momento de absoluta pobreza, en la cárcel, y pide a Dios que les premie con creces su delicadeza. También nosotros, en nuestra vida de cada día, deberíamos saber agradecer los favores que nos hacen los demás, sobre todo cuando estamos en momentos críticos como en la enfermedad o incluso en la cárcel.

Pablo no había querido nunca aprovecharse de su ministerio para vivir a costa de la comunidad. Al contrario, tenía a honra ganarse la vida con su trabajo personal. También aquí, desde la cárcel, les confiesa a los Filipenses que se conforma con poco, que está acostumbrado tanto a la pobreza como a la abundancia. Pablo se sentía totalmente libre porque no le podían acusar de intereses económicos en su apostolado. Es una buena lección para todo cristiano, y más todavía para los pastores que tienen la misión de la evangelización o de la autoridad en la comunidad, para que eviten todo afán de dinero o todo signo de codicia o de ambición.

También nos da Pablo, aquí y en toda su vida, una gran lección: para él la clave de todo, lo que da sentido a toda su actuación, es Cristo Jesús. La unión con el Resucitado es lo que le da fuerza en todo momento: “todo lo puedo en aquel que me conforta”, que es Cristo.

Los planes de Dios son planes de vida y felicidad

El gozoso anuncio de Isaías va también para todos nosotros, generación tras generación: Dios tiene planes de felicidad y salvación, expresados por una serie de símbolos a cual más optimistas.

El cuadro que describe el profeta es en verdad ideal y maravilloso: un banquete con toda clase de manjares y bebidas, la victoria sobre la muerte, el final de las lágrimas y sufrimientos. Dios es un Dios de vida, y no puede permitir que sus creaturas tengan como destino final la muerte ni la infelicidad. Además, este plan de Dios es “para todos los pueblos”, como dice Isaías.

También en la parábola de Jesús aparece, y con insistencia, esta voluntad salvadora y positiva de Dios. Dificilmente un rey humano hubiera repetido su invitación una y otra vez a los invitados que le hacían ese desaire. Pero Dios, sí. “La mesa está servida”. Podía haber añadido, como hará el Apocalipsis: “y la esposa ya está engalanada”. Invitad a todos los que encontréis en la plaza o en los caminos.

Cuando los profetas, o el mismo Jesús, quieren describirnos cómo es el Reino que Dios nos prepara, recurren a un simbolismo bien positivo y

gozoso: una comida con buenos manjares y bebidas, la comida festiva de una boda. ¿Presentamos nosotros así de positivo y gozoso el cristianismo?, ¿o lo hemos convertido en una serie de verdades a creer o de normas a cumplir o de estructuras a respetar? ¿Hablamos preferentemente del amor y de la misericordia de Dios o insistimos más bien en su justicia, que también es real?

El simbolismo del “comer con y beber con”

El banquete ha sido siempre una de las categorías que mejor entendemos para expresar lo que hay de bueno y de festivo, tanto en relación con Dios como con los hombres. Es alimento y nutrición, pero también es signo de comunión y solidaridad entre los comensales y con el que invita (en este caso, el que invita es Dios).

Este lenguaje del comer con otros (“convivium”) y beber con otros (“symposium”) es uno de los que más universalmente se entiende en las relaciones humanas. Depende mucho de qué calidad tienen los manjares y los vinos que se sirven, pero sobre todo depende del clima y de la comunicación que hay entre los comensales, sobre todo cuando celebran una fiesta familiar, o un encuentro de amigos, o una victoria deportiva o política, o un pacto comercial beneficioso para las dos partes.

Por eso no nos extraña que también en la Biblia se utilice para expresar los planes festivos de Dios. Isaías anuncia que Dios, en los tiempos mesiánicos, preparará un gran banquete festivo, con manjares suculentos y vinos generosos. ¿Qué mejor metáfora podíamos pedir para expresar la fiesta que Dios prepara?

Jesús aparece en el evangelio como una persona que come y bebe con los demás: con sus discípulos, en casa de Mateo o de Zaqueo o de Lázaro. Cuando describe el Reino que él inaugurará, recurre también a este lenguaje: el Reino es un banquete que Dios prepara. Puede servirnos de correctivo si tendemos a presentar el Evangelio sólo como exigencia y ascetismo o deber: todo eso entra en el proyecto de Dios, pero fundamentalmente el Nuevo Testamento nos lo presenta como Buena Noticia, Evangelio, algo digno de celebrarse.

¿Se nos ocurre decir alguna vez, con las palabras de Isaías, “aquí está nuestro Dios, celebremos y gocemos con su salvación”?, ¿o preferimos un cristianismo triste, reducido a cuatro normas a cumplir resignadamente, cuando Dios lo ha pensado como una fiesta?

Aceptar la invitación

Otro aspecto aparece hoy en las lecturas: el contraste entre Israel y los extranjeros. Es un drama antiguo. Los judíos fueron los primeros invitados, el pueblo elegido desde Abraham. Se puede decir que en la mesa de la fiesta sus nombres ya estaban puestos en los lugares asignados. Pero no supieron aprovechar ese privilegio, rechazaron a los profetas y también al Hijo que Dios les envió como Mesías. No se quisieron “sentar a la mesa del Reino”. Otros, que eran “últimos”, se les adelantaron entonces y se convirtieron en “primeros”.

¿Se refiere tal vez el versículo que habla del castigo de Dios (“envió sus tropas que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad”) a la destrucción de Jerusalén el año 70 y a la admisión de los pueblos paganos en la Iglesia? Los primeros destinatarios del banquete habían sido los judíos, pero su rechazo mayoritario de la invitación hizo más lógica la admisión en la Iglesia de todos los pueblos. Ya Jesús les había dicho: “vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán en el Reino de los cielos; en cambio, a los ciudadanos del Reino los echarán fuera”.

También nosotros podemos desaprovechar tantas ocasiones de gracia y de dones gratuitos y de invitaciones de Dios. Oímos tantas voces de profetas y pastores y de otros fieles que nos dan admirables testimonios, y no les hacemos ningún caso. Pasa la Cuaresma y la Pascua, y quedamos igual, sin crecer apenas en alegría y en vida. Pasó el Jubileo del 2000 y tal vez quedamos igual, sin aceptar de Dios la amnistía que nos ofrecía ni ofrecerla nosotros a nadie a nuestro alrededor. Llega el domingo, cuando el Resucitado nos quiere comunicar su alegría y su vitalidad, y nosotros nos entretenemos en mil cosas, seguramente más importantes, y no oímos su invitación, y así el domingo, con su reunión comunitaria y su Palabra iluminadora y el alimento del Cuerpo y Sangre del Resucitado, no llega a ser, como estaba previsto por él, motor y estímulo para toda la semana.

¿Qué excusas ponemos para no sentarnos a la Mesa del Reino? ¿Hemos comprado campos, o unas yuntas de bueyes, o nos hemos casado? ¿Oímos con indiferencia –es de esperar que no con agresividad y violencia– a los “criados” o profetas que de parte de Dios nos anuncian la buena noticia de la invitación? ¿O va sólo para los judíos la queja de Jesús cuando decía: “Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus pollos bajo sus alas, y no habéis querido!”?

¿Tenemos tal vez miedo de entender nuestra fe como un banquete de bodas? En uno de sus chistes gráficos, Cortés dibujaba a unos ángeles que llevaban a la tierra sendas tarjetas de invitación a una boda. Un matrimonio les contestó que no podían ir porque no conocían a los novios. Una religiosa, que no podía porque su superiora seguramente no le dejaría ir a una boda. Al final, los ángeles vuelven al cielo con las tarjetas, y Dios entonces comenta: “tal vez si les hubiera enviado la invitación a un funeral, hubieran aceptado todos”.

Pero vestidos de fiesta

Es sorprendente el final de la parábola: uno de los invitados no está “vestido de fiesta”. La parábola no indica en qué consistió esa incorrección. Es de suponer que no se les pediría traje de ceremonia o de etiqueta, como se hace aún ahora en las ocasiones más solemnes de la vida social, porque aquellos fueron invitados gratuitamente y a toda prisa. O tal vez se les proporcionaba un vestido adecuado, o bien se les pedía sencillamente un traje digno y limpio.

La intención de Mateo parece ser otra: es un aviso sobre nuestra actitud ante la invitación al Reino. Ser invitados al banquete festivo de las bodas del hijo del Rey, supone una coherencia con ese honor. No todos los que pertenecen a Israel, a la raza de Abrahán, son dignos de ese honor. No todos los que pertenecen ahora a la Iglesia –Mateo escribe para la comunidad cristiana– son dignos de ese honor. Por el mero hecho de pertenecer a esta comunidad, no nos deberíamos sentir “seguros” de la salvación.

En la Iglesia, la nueva comunidad de Cristo, hay buenos y malos, gentes de toda raza y condición, trigo y cizaña, peces buenos y malos, conforme a

las anteriores parábolas de Jesús. Porque la salvación de Dios es universal. Pero aquí Jesús exige que todos los invitados “vistan de fiesta”: que haya coherencia entre lo que creemos y nuestra vida, entre la fiesta a la que somos invitados en la Iglesia de Cristo y el estilo de vida que esto supone. Es una enseñanza que Jesús repite a menudo: “no todo el que me diga Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre” (Mt 7, 21).

Las invitaciones de Dios a su fiesta son gozosas, pero también exigentes. No hay nada más exigente que la amistad y el amor y la fiesta. No basta estar bautizados, haber entrado en la sala del banquete, sino que nuestra actitud interior y exterior debe ser acorde con esa dignidad de miembros de la familia de Dios: sentirse hijos en la casa de Dios, en la familia, alegría, confianza y llevar el género de vida que Cristo nos enseñó a sus seguidores. Supone “cambiar de vestido”, de mentalidad, de costumbres, de estilo de vida. Por eso se entiende que Jesús comente al final que “son muchos los llamados y pocos los elegidos”. Como cuando afirmó que la puerta que lleva a la salvación es estrecha, y pocos se deciden a entrar por ella (Mt 7, 13-14).

Lo que sí nos asegura Dios es su cercanía y su ayuda: la última promesa de Jesús fue: “yo estaré con vosotros todos los días”, y ya el salmo nos ha hecho alegrarnos porque “aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sosiegan”.

La Eucaristía, anticipo del banquete de bodas del Cordero

Antes de la Pascua, cuando iba a pasar a través de la muerte a la nueva vida de Resucitado, Jesús dejó a su comunidad un admirable sacramento, la Eucaristía. En ella nos aseguró que nos iba a dar siempre como alimento, hasta el fin de los tiempos, su propio Cuerpo y Sangre. Este sí que es el “convite festivo” al que nos sigue invitando a nosotros. El convite de su Palabra y de su Eucaristía, en el ambiente de una comunidad cristiana reunida en su nombre.

En el momento en que somos invitados a acercarnos a la comunión sacramental, resuenan siempre unas palabras que hablan de bodas y de

convite y de fiesta. La cita es del Apocalipsis: “han llegado las bodas del Cordero y su Esposa se ha engalanado... Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero” (Ap 19).

En la traducción castellana no se refleja toda la riqueza de esa perspectiva escatológica. Al decir “dichosos los invitados a la cena del Señor”, o “a esta mesa” (como traducen en catalán y en euskera), no aparece que seamos invitados al banquete escatológico de las bodas del Cordero con la Esposa, en el tiempo definitivo, sino que somos invitados a “esta Eucaristía” de hoy, lo cual también es también gozoso, pero no expresa toda la intención del banquete definitivo y celeste.

DOMINGO 29 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Sigue la controversia entre Jesús y sus enemigos

Hoy leemos cómo los fariseos proponen a Jesús una pregunta-trampa, sobre la conveniencia o no de pagar los impuestos a los romanos. Pregunta que él resuelve con elegancia y picardía, llevando el tema del terreno político, en el que le quieren comprometer, al religioso, que es el que le interesa a él.

Es una ocasión para que nosotros reflexionemos sobre la siempre difícil conjugación de lo temporal y lo espiritual, del César y de Dios.

Isaías 45, 1.4-6. *Llevó de la mano a Ciro para doblegar ante él las naciones*

El rey de los persas, Ciro, es un personaje providencial para el pueblo de Israel. Con su decreto del año 538 antes de Cristo, después de conquistar Babilonia, no sólo da permiso a los israelitas que quieren para volver a su patria, dejando el destierro de Babilonia que había durado unos cincuenta años, sino que les da facilidades para que puedan reconstruir su país, sobre todo el Templo. Esta política liberal la usó Ciro no sólo con los israelitas, sino también con otros pueblos ocupados o en el destierro.

Ciro “no conoce a Dios”, pero Dios “le lleva de la mano” y “le da un título” (el ungido, el consagrado), y paradójicamente se convierte en instrumento

de Dios para liberar a su pueblo y permitir que siga la línea religiosa y mesiánica que estaba amenazada si duraba más el destierro en tierra pagana.

Lo que sí queda claro es que Dios es el único Dios. Que es la idea que asume el *salmo* para invitar a los creyentes: “aclamad la gloria y el poder del Señor”. Fuera de nuestro Dios no hay ningún otro dios. “Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones”.

1 Tesalonicenses 1, 1-5. *Recordamos vuestra fe, vuestro amor y vuestra esperanza*

Durante cinco domingos leeremos otros tantos pasajes de esta carta de Pablo a los cristianos de Tesalónica (la actual Salónica), capital de la Macedonia romana en el norte de Grecia, una comunidad que él había fundado en su segundo viaje apostólico. Es el escrito que se considera como el más antiguo de todo el Nuevo Testamento, datado hacia el año 51, o sea, unos veinte años después de la muerte de Cristo.

Leemos hoy el saludo de Pablo, a quien se unen Silvano y Timoteo, y unas expresiones muy laudatorias de acción de gracias por los valores que se ven en esa comunidad cristiana. En esta alabanza de Pablo aparecen las tres virtudes cristianas que luego se llamarán “virtudes teologales”, cada una con unos calificativos concretos: “la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza”. Es una comunidad muy viva, con la fuerza del Espíritu que recibió desde el principio.

Mateo 22, 15-21. *Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*

En el marco de la creciente polémica contra Jesús, los fariseos, aliados esta vez con los herodianos, favorables a la ocupación romana, le proponen una pregunta no sincera, sino capciosa. Eso sí, con una apariencia humilde y con “*captatio benevolentiae*” (“sabemos que eres sincero... libre... fiel a Dios”). La pregunta es si es lícito pagar impuestos al César, o sea, al ocupante romano. Si responde que sí, le podrán acusar de colaboracionista

y se malquitará con el pueblo. Si dice que no, podrá ser acusado de rebelde a las autoridades.

Jesús se da cuenta en seguida de su intención tramposa e hipócrita, evita “saltar al trapo” que le proponen y, recurriendo a la imagen del emperador que había grabada en las monedas de la época, les da una respuesta inteligente, que no entra en el fondo de la cuestión (nunca se mete en política), pero sí les invita a saber conjugar dos cosas, aunque ellos sólo le habían preguntado por una: “dad (devolved, pagad) al César lo del César, y a Dios lo de Dios”.

– II –

Dios conduce la historia a su modo

Los éxitos de Ciro los interpreta Isaías como debidos a la elección que ha hecho Dios de este rey para sus planes. Seguramente Ciro actuó como actuó, con una política muy liberal respecto a los pueblos sometidos, movido por sus convicciones y también por sus intereses políticos: devolver la libertad a los judíos desterrados era una garantía de futuros aliados.

Pero, sin saberlo él, estaba siendo instrumento en las manos de Dios y con la vuelta de Israel hacía que se cumplieran las promesas y se salvara no sólo la identidad nacional, sino también la religiosa, del único pueblo “monoteísta” de la época, y se continuara también con la línea mesiánica que amenazaba con romperse si duraba un poco más el destierro.

Dios, el único Dios, el verdadero, como ha afirmado Isaías, va conduciendo la historia también a través de los acontecimientos sociopolíticos, buenos o malos. El entusiasta salmo quiere cantar a un Dios que es Dios de todos los pueblos, sea cual sea su raza y su régimen político. Todos los hombres están destinados a la salvación que Dios ofrece y son invitados a alabarle y a vivir según sus caminos: “Cantad al Señor, toda la tierra... familias de los pueblos, aclamad al Señor... el Señor es Rey, él gobierna a los pueblos rectamente”.

Todo lo conduce él, no hay nada que suceda fuera de su conocimiento y de sus planes de salvación, incluso cuando parece que los tiempos son auténticamente calamitosos.

Una comunidad de fe, caridad y esperanza

Todavía no se habían escrito los evangelios, pero ya en este primer escrito del NT, la carta a los de Tesalónica, aparecen las mismas ideas que en los evangelios, porque antes de escribirse estos, la Buena Noticia anunciada por Jesús se vivía en las comunidades, gracias a la predicación de los apóstoles.

El retrato de aquella comunidad cristiana aparece aquí con envidiable calidad y riqueza: “él os ha elegido... hermanos amados de Dios... el evangelio se proclamó entre vosotros con la fuerza del Espíritu Santo y convicción profunda”. Pablo califica la fe, la caridad y la esperanza de los cristianos de Tesalónica de un modo muy laudatorio: “recordamos sin cesar la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza”.

¿Nos podría felicitar a nosotros Pablo por estas virtudes y por esta vitalidad? ¿Se podría resumir la situación de nuestras comunidades parroquiales, diocesanas, religiosas, con estas alabanzas, en concreto con las tres virtudes que, ya en el primer escrito del NT, aparecen como el resumen de toda la espiritualidad?

El César y Dios

El tema era candente entonces, porque siempre una “ocupación” de un país por fuerzas extranjeras produce divisiones y una oposición generalizada al ocupante, sobre todo porque también afecta a la economía con los impuestos. No es de extrañar que hubiera en tiempos de Jesús “zelotas”, guerrilleros independistas muy activos.

Del terreno político, en el que los adversarios le querían comprometer, Jesús pasa al religioso. No se mete en discernir si es justa o no la ocupación romana. Como no se quiso mezclar en el litigio entre hermanos por una herencia. Él pagaba los dos dracmas del impuesto, junto con sus discípulos

(cf. Mt 17, 24s). Se puede decir que él es y enseña a sus discípulos a ser buenos ciudadanos, además de fieles en el ámbito religioso.

También Pablo recomendará a sus cristianos: “sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios... por eso pagáis los impuestos, porque las autoridades son funcionarios de Dios... da a cada cual lo que se le debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor” (Rm 13.1-7; cf. también 1 Pedro 2,13-17).

Lo que Jesús nos enseña es que debemos dar a Dios lo que es de Dios, además de dar al César lo suyo. Cuando haya que optar por obedecer al César o a Dios, él no tiene ninguna duda: Dios es superior al César. Nuestra obediencia al César no es omnimoda. Ni el dinero ni el César han de ser considerados “dioses” ni rendirles culto. Dios es el único Dios.

Es lo que contestaron Pedro y los apóstoles a las autoridades que les mandaban callar y no difundir la buena noticia de Cristo: “Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hch 4, 19), “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5,29). ¡Cuántos cristianos han muerto, a lo largo de los dos mil de historia de la Iglesia, por no querer “adorar al César”, por no aceptarle como dios!

Sigue siendo difícil la relación entre el César y Dios

Sigue siendo difícil conjugar lo civil y lo religioso, nuestras obligaciones como ciudadanos de este mundo y como cristianos. A lo largo de la historia ha habido formulaciones diversas de esta relación, a las que a veces no se ha respondido muy adecuadamente.

A veces el “cesaropapismo” ha hecho que la autoridad política se inmiscuyera demasiado en el terreno religioso. Otras veces, eran los pastores de la Iglesia los que pisaban excesivamente el terreno económico y político. La consigna de Jesús es que no hay ni disyuntiva exclusivista ni mezcla entre los dos campos, el del César y el de Dios. No conviene ni sacralizar el poder político, ni politizar la misión eclesial. Por desgracia, las dos desviaciones han sucedido con frecuencia.

En la época moderna se ha conseguido en muchos lugares una sana separación entre Iglesia y Estado, firmando concordatos más o menos estables, sellando una relativa autonomía de los dos campos, aunque no una real “dicotomía”. También hoy están en el aire muchos temas candentes, que tienen que ver con el binomio César y Dios: moral sexual, formas de constituir una familia, la misión educativa de la escuela cristiana, la teología de la liberación, los problemas del aborto o el divorcio o la eutanasia, etc.

Un cristiano que quiere ser consecuente en su vida civil y profesional, en el mundo de la enseñanza o de la sanidad, en los medios de comunicación o en la política, tiene aquí, no un tratado completo de actuación, pero sí una consigna de jerarquías que deberá continuamente tener en cuenta. Las Conferencias Episcopales de muchos países han publicado en los últimos años declaraciones y directorios para esta presencia de los cristianos en la “res publica”, en la línea que ya el Vaticano II inició, sobre todo con la constitución *Gaudium et Spes*.

En otro sentido también, la moneda del evangelio nos recuerda que no hemos de dar al bienestar material, que se ve más y nos resulta más inmediato, mayor importancia de la debida, descuidando los bienes de la fe, nuestro destino definitivo, nuestra relación con Dios, la centralidad de su Palabra, la vida eclesial y sacramental.

Por ejemplo, en la vivencia de nuestro domingo semanal, podríamos usar la misma comparación diciendo que es bueno que “demo al César”, a lo humano, a los valores familiares y lúdicos y al descanso corporal y psíquico, lo que se le debe. Pero, a la vez, no podemos descuidar lo que “debemos a Dios”, porque para los cristianos es el día de la creación el primer día del Génesis, el día de Cristo Resucitado, el día del Espíritu Santo que baja en Pentecostés sobre la comunidad eclesial y la llena de vida. Es el día de la reunión comunitaria para celebrar la Eucaristía.

Todo ello tendría que dar un color pascual y de fe optimista a las veinticuatro horas del día. Lo humano y lo espiritual, juntos, en armonía. Lo humano, evangelizado por lo cristiano, y lo cristiano, gozosamente acompañado también por lo humano.

DOMINGO 30 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Lo principal es amar

Le deberíamos estar agradecidos al maestro de la ley que formuló la pregunta a Jesús sobre cuál es el principal mandamiento. Le dio ocasión a Jesús de afirmar que es el amor: el amor a Dios y el amor al prójimo.

De alguna manera esta respuesta completa lo que nos enseñaba el domingo pasado con lo de “dad al César lo del César y a Dios lo de Dios”.

Éxodo 22, 20-26. *Si explotáis a viudas y huérfanos, se encenderá mi ira contra vosotros*

El libro del Éxodo, recogiendo diversas normativas dadas al pueblo por Moisés a lo largo de su peregrinación por el desierto, dedica varios capítulos (19-23) a detallar los términos de la Alianza que Yahvé ha querido hacer con su pueblo. Nosotros la solemos resumir en lo que llamamos “decálogo” o “los diez mandamientos”. Pero son muchos más los detalles que enumera el libro.

Hoy escuchamos unas pocas normas, referentes a la justicia social, o sea, a nuestros deberes para con el prójimo: cómo tratar a los inmigrantes y

forasteros, a los pobres y débiles. Prepara así el libro del Éxodo lo que Jesús va a contestar sobre cuál es el mandamiento principal.

El *salmo* parece recoger sólo lo “vertical” de esta relación, porque el Éxodo ha identificado las dos direcciones. Por eso hemos dicho: “yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza”.

1 Tesalonicenses 1, 5c-10. *Abandonasteis los ídolos para servir a Dios y vivir aguardando la vuelta de su Hijo*

Pablo les recuerda a los cristianos de Tesalónica los inicios de su evangelización, cuando, entre dificultades, “acogieron la Palabra entre tanta lucha con la alegría del Espíritu Santo”, “abandonaron los ídolos y se volvieron a Dios” y a Cristo Jesús, Resucitado, a quien también esperan al final de los tiempos.

Así los de Tesalónica se convirtieron, para íntima satisfacción de Pablo, en modelo para toda la región (Macedonia y Acaya, la actual Grecia): “vuestra fe ha corrido de boca en boca”.

Mateo 22, 34-40. *Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo*

Entre las preguntas que le hicieron sus adversarios a Jesús, esta parece la más “inocente”, aunque seguro que con ella también esperaban ponerle a prueba y cogerle en falta. De la multitud de normas que tenían los judíos, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Entre las diversas escuelas rabínicas había discusiones al respecto: para algunos, por ejemplo, el principal mandamiento era el del sábado.

Jesús responde claramente que lo principal es amar a Dios absolutamente (“con todo el corazón”: cita de Deuteronomio 6,5), y añade otro semejante y unido al anterior: amar al prójimo “como a ti mismo” (Lv 19,18). A lo largo del año este pasaje (entre los tres sinópticos que lo reproducen) se lee hasta siete veces en las eucaristías dominicales y feriales.

– II –

Una comunidad que da buen ejemplo a las demás

Pablo muestra su satisfacción por las buenas noticias que le llegan de una comunidad que él ha fundado en Grecia, la de Tesalónica.

Es una comunidad que se dejó llenar del Espíritu y de su fuerza en las dificultades iniciales. Que abandonó los ídolos y la manera de pensar pagana. Que acogió la palabra de Dios que Pablo les predicaba. En el fondo, siguiéndole a él, seguían a Jesús, cuya vuelta al final de los tiempos esperaban. Esa comunidad se había convertido en modelo para toda la región

¿Sucede algo parecido con nuestras comunidades? ¿nos animamos mutuamente, unas a otras, con nuestro fervor y nuestra riqueza interior? ¿podría Pablo sentirse satisfecho de nosotros?

Amar a Dios y amar al prójimo

¿Cuál es el mandamiento principal? Los judíos tenían centenares de preceptos: exactamente 365 “negativos” y 248 “positivos” (los primeros empiezan por “no...”, y los otros por “debes...”). No es de extrañar. Toda sociedad organizada tiende a multiplicar con el tiempo sus leyes y normas.

También nosotros podemos a veces andar perdidos sin saber bien a qué dar importancia y a qué no. El Código de Derecho Canónico, que regula la vida de la comunidad eclesial (del año 1983), contiene 1752 cánones, que, por cierto, terminan con una norma sobre el traslado de los párrocos y formula un principio que vale para todos los cánones anteriores: “teniendo en cuenta la salvación de las almas, que debe ser siempre la ley suprema en la Iglesia”.

Jesús, de entrada, da más importancia a las personas (Dios y el prójimo) que a la ley o a la norma: lo principal es amar. Pone en primer lugar el

amor a Dios. Pero en seguida le une el amor al prójimo, cosa que puede no gustarnos demasiado.

Amar a Dios “con todo el corazón”, o sea, ponerle a él por delante de todo lo demás, es el primer mandamiento: escuchar su Palabra, encontrarnos con él en la oración, amar lo que ama él, hacer nuestro proyecto de vida contando con él... Pablo alaba a los de Tesalónica porque “abandonando los ídolos, os volvisteis a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”. Es un aspecto que hemos de recordar todos, en medio de un mundo que tiende a privilegiar los horizontes meramente materialistas y hasta idolátricos.

Pero Jesús añade en seguida otro mandamiento que es inseparable del primero: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Cuando el joven rico le preguntó qué tenía que hacer para conseguir la vida eterna, Jesús le recordó, entre los diversos mandamientos, este: “honra a tu padre y a tu madre y amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 19,19). En el sermón del monte había enseñado explícitamente, y además ampliando el mandato a los enemigos: “habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pues yo os digo: amad a vuestros enemigos, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre malos y buenos” (Mt 5,43-45).

En el Ritual del Bautismo, en el diálogo inicial, en la puerta de la iglesia, el ministro pregunta a los padres y padrinos: “al pedir el Bautismo para vuestros hijos, ¿sabéis que os obligáis a educarlos en la fe, para que estos niños, guardando los mandamientos de Dios, amen al Señor y al prójimo, como Cristo nos enseña en el evangelio?”. Es un buen resumen de lo que se espera de uno que empieza su vida cristiana el día de su bautizo.

La justicia social

Este amor al prójimo es concretado muchas veces por la Palabra de Dios. La parte del “código de la Alianza” que hemos leído en el Éxodo son, tal vez, las normas a las que en nuestra sensibilidad espontánea hemos dado menos importancia hasta ahora. Se refieren al trato que hemos de dar a los demás. Moisés descende a detalles que no han perdido nada de actualidad.

a) Cómo actuar con el forastero, con el inmigrante: “no oprimirás ni vejarás al forastero”, y la motivación: “porque forasteros fuisteis vosotros en Egipto”. Este mandato de atender al forastero se recuerda varias veces en la Escritura. El forastero, el inmigrante, con o sin papeles, es el prototipo de persona que necesita ayuda hasta que se establezca definitivamente.

b) Cómo actuar con los débiles: “no explotarás a viudas ni a huérfanos”, y la motivación: “porque si los explotas y ellos gritan a mí, yo los escucharé, se encenderá mi ira y os haré morir a espada”.

c) Cómo actuar cuando un pobre nos pide un préstamo: “si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usurero, cargándole intereses”, y la motivación: “si grita a mí, yo lo escucharé, porque yo soy compasivo”.

Lo más importante es recoger esta “motivación” que se añade a la norma: Dios considera como dirigido él mismo el trato que damos a los forasteros o a los pobres e indefensos: “si los explotas y ellos gritan a mí, yo les escucharé, porque soy compasivo... y se encenderá mi ira contra ti”.

Es impresionante que se nos diga que los gritos de los pobres mal tratados suben hasta Dios mismo. Cuando humillamos a alguien, es a Dios mismo a quien humillamos. Lo que yo hago con ese forastero, o con este pobre del que me resulta fácil aprovecharme, lo estoy haciendo a Dios. Eso ya lo decía el AT, en este caso el libro del Éxodo. Pero nos lo ha dicho más concretamente todavía Jesús: “conmigo lo hicisteis (o dejasteis de hacerlo)”.

Como a ti mismo

A veces, el modelo es Dios Padre: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto... hace llover sobre justos y pecadores...”.

A veces, el modelo es Jesús mismo: “amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

Aquí, el modelo somos nosotros: con la misma medida con que nos amamos a nosotros mismos, hemos de amar a los demás. Sencillamente, basta que hagamos a los demás lo que queremos que ellos nos hagan a

nosotros en los mil detalles de la vida de cada día. Lo enseñó también Pablo: “toda la ley se concentra en esta frase: amarás al prójimo como a ti mismo” (Ga 5, 14).

Si el apóstol Juan dice que “Dios es amor”, es evidente que su ley principal debe ser el amor. El amor en todas las direcciones: el que nos tiene Dios, el que se ha manifestado en Cristo Jesús, el amor que es el Espíritu, el amor que nosotros le debemos a Dios y el amor que debemos tener a los demás.

Si al final del día, haciendo el breve examen de conciencia (sana costumbre, tanto si es dentro de Completas como si no), la pregunta que nos debemos hacer cada día es muy sencilla: ¿he amado?, ¿o bien me he buscado a mí mismo, he pensado sólo en mis intereses, y he tratado con indiferencia al prójimo? Esto vale para el ambiente de una familia o el de una comunidad religiosa o el de una comunidad parroquial o también el de la sociedad en la que vivimos. El mandamiento del amor es una de esas consignas de Jesús a sus seguidores que, si nos la creyéramos de veras y la pusiéramos en práctica, cambiaría el mundo como con un fermento activo.

DOMINGO 31 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

“No hacen lo que dicen”

Hoy es uno de esos días en que las lecturas de la Palabra afectan más explícitamente en primer lugar a los pastores, a los que presiden la Eucaristía y predicán la homilía o tienen alguna clase de responsabilidad en la comunidad. Se puede decir que los que se “sientan en el banquillo de los acusados” hoy somos nosotros mismos, los predicadores y los “maestros”.

Tanto el profeta Malaquías como Jesús critican duramente a los “sacerdotes” y a los “escribas y fariseos”, las clases dirigentes de su tiempo, por su hipocresía y el modo interesado de realizar su ministerio.

Lo mejor es que los “pastores” lo reconozcamos humildemente y reflexionemos sobre si estos reproches nos afectan de alguna manera también a nosotros.

Malaquías 1, 14b – 2, 2b.8-10. *Os apartasteis del camino y habéis hecho tropezar a muchos en la ley*

El profeta Malaquías, en el siglo V antes de Cristo, lanza un duro ataque a los sacerdotes de su época, por lo mal que realizan el culto y el mal ejemplo que dan en su vida. No buscan la gloria de Dios, sino la suya propia.

Con sus interpretaciones de la ley, hacen “tropezar a muchos” y vacían el contenido de la Alianza. Entre otras cosas, porque hacen a menudo acepción de personas: “os fijáis en las personas al aplicar la ley”. Ante esta desviación, el profeta les increpa: “¿no tenemos todos un solo Padre? ¿no nos creó el mismo Señor?”. Por tanto, no deberíamos hacer distinción de personas a la hora de aplicar la ley.

A estos malos sacerdotes se les dirige una fuerte palabra de reproche: “os enviaré mi maldición... os haré despreciables y viles ante el pueblo” (menos mal que han suprimido en esta lectura otra expresión que sigue en el original: “y os echaré estiércol a la cara”).

El *salmo*, breve pero denso, hace decir al salmista: “mi corazón no es ambicioso, ni pretendo grandezas”, con lo que cual hace eco, por una parte, a la acusación dirigida a los sacerdotes que se buscan a sí mismos en el ministerio, y preparan de antemano lo que Jesús nos dirá sobre nuestra conducta de humildad en la vida de la comunidad.

1 Tesalonicenses 2, 7b-9.13. *Deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas*

Pablo refleja en este pasaje la entrañable relación que tuvo y sigue teniendo con la comunidad de Tesalónica. Una relación de pastor diligente, una relación no sólo fraternal o paterna, sino incluso materna: “os tratamos con delicadeza, como una madre cuida de sus hijos”.

El cariño que tuvo Pablo a esa comunidad, por otra parte correspondida por ella, es tal que puede afirmar que quería entregarles “no sólo el evangelio de Dios, sino hasta nuestra propia persona”.

Lo que les transmitió, y ellos aceptaron, no era meramente “palabra de hombre”, sino en verdad “Palabra de Dios”, y ahora está orgulloso Pablo de que, según las noticias que recibe de Tesalónica, esa Palabra “permanece operante en vosotros”.

Mateo 23, 1-12. *No hacen lo que dicen*

Jesús dedica hoy una fuerte crítica a los escribas y fariseos, los dirigentes de la sociedad. Les tacha de hipocresía: “todo lo que hacen lo hacen para que los vea gente”, “les gustan los primeros lugares”, “les gusta que les llamen maestros”. Las “filacterias” eran unas pequeñas bolsitas, atadas con lazos a la frente o al brazo, sobre todo en el momento de la oración. Las “franjas” o “flecós” son unas telas cosidas al manto. Ambos elementos tenían un sentido religioso: las filacterias contenían las palabras principales de la Ley, como signo de obediencia y fidelidad.

Jesús no les reprocha llevar esos elementos, sino hacer de ellos objeto de ostentación. Sobre todo, les reprocha que no cumplen lo que enseñan: “haced lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen, porque no hacen lo que dicen”. Pone un ejemplo referente a su interpretación exigente y rigurosa de la ley: “lían fardos insoportables a la gente y ellos no mueven un dedo para empujar”.

Los verdaderos guías del pueblo no tienen que pretender que les llamen “maestros”, o “padres” o “consejeros”, porque sólo Dios y su Enviado, Cristo Jesús, son los auténticos maestros y guías.

La consigna final afecta de lleno a la actuación de un pastor en la comunidad de Jesús: “el primero entre vosotros será vuestro servidor”.

— II —

Buscar ante todo la gloria de Dios

Entre las tres lecturas de hoy –incidentalmente, la de Pablo también parece razonar en la misma dirección que las otras– nos ofrecen un auténtico *Directorio para los que tienen alguna clase de autoridad*.

Malaquías, de parte de Dios, “el Gran Rey”, denuncia a los sacerdotes porque no hablan de Dios, sino de sí mismos: “no os proponéis dar gloria a mi nombre”.

Jesús echa en cara a los fariseos que pretenden que les llamen a ellos maestros, padres y consejeros. Les argumenta que “uno solo es vuestro maestro”, y “uno solo es vuestro Padre... y todos vosotros sois hermanos”, y “uno solo es vuestro consejero, Cristo”.

Si un pastor de la comunidad—o cualquier otra persona que tiene autoridad, en una familia, o en una escuela o en una comunidad religiosa—pretende sobreponerse a Dios y buscar su propio bien, está desviándose claramente. Sería muy útil que todos recordáramos cómo Juan el Bautista mantuvo su lugar, negando que él fuera el Mesías y orientando a sus oyentes hacia Jesús: “conviene que yo disminuya y él crezca”. Tendríamos que hacer nuestro el lema de aquel salmo: “no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria”. Eso vale para el Papa, los obispos, los sacerdotes y los catequistas, y todos los que de alguna manera enseñan y tienen responsabilidades en la comunidad eclesial.

No buscar los primeros puestos

A todos nos gusta que nos saluden, que hablen bien de nosotros, que nos honren, que nos inviten a ocupar los primeros puestos. A todos nos gusta “salir en la foto” cuando, por la cercanía a personas importantes, eso incide en nuestro prestigio.

El salmo nos ha hecho decir: “modero mis deseos como un niño en brazos de su madre”, “mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros”.

Jesús desautoriza a los fariseos y maestros de la ley que quieren que la gente les admire y alabe, y se hacen llamar “rabí” (“mi señor”, que luego pasó a significar “maestro”). Porque el único Maestro es Cristo. O “padre”, cuando el único Padre es Dios y todos somos hermanos. O “consejero” (en el sentido de “guía, líder, director”), porque el único guía es Cristo.

“Vosotros, en cambio...”: la consigna que Jesús da a los suyos, en particular a sus apóstoles, es que “el primero entre vosotros será vuestro servidor (en griego, “diácono”)), “yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”. Eso lo aprendieron los apóstoles, sobre todo, cuando vieron cómo el Maestro se ceñía la toalla en la cena de despedida y les lavaba los pies: un ministerio propio de los sirvientes. Se puede dar aquí un juego

de palabras que ahora, con la evolución semántica, ya ha perdido parte de su sentido. La palabra “magister”, significaría el que tiene *más* autoridad. Mientras que “minister” será el que tiene *menos* y, consciente de ello, se siente servidor de los demás.

Es una lección también para nosotros. Se supone que nadie emprende la “carrera eclesiástica” hacia el ministerio ordenado en busca de honores y privilegios, sino entendiendo su misión como servicio. Se supone que un sacerdote lucha contra la tentación de acumular poder, o dominio, o prestigio económico, o títulos y distintivos (cómo, ¿todavía no eres “monseñor”?). Se supone que los que realizan un ministerio en la comunidad lo hacen con claro desinterés económico y con entrega personal, no como un privilegio, sino como un servicio.

También añade Jesús que “el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”. Lo que nos recuerda la actitud de María de Nazaret en su canto del “Magnificat”, cuando afirma que el Señor “ha mirado la humildad de su sierva”, y se descentra a sí misma dirigiendo toda la alabanza a Dios: “ha hecho en mí grandes cosas”.

No hacen lo que dicen

Jesús no critica aquí a los impíos, a los anticlericales, a los de vida licenciosa. Sino a algunos de los más piadosos y cumplidores de su época, a algunos fariseos y escribas (tampoco todos, naturalmente). Lo que Jesús les reprocha es su actitud poco consecuente con la fe que dicen tener y con lo que enseñan y hacen cumplir a la gente. Dicen y no hacen. Predican y “no dan trigo”, como dice la sabiduría popular. Hay un evidente desfase entre su doctrina y su vida. Además, son exigentes con los demás y permisivos consigo mismos.

Cristo no sólo enseñó, sino que actuó y nos dio ejemplo. Pudo explicar la parábola del buen samaritano, o la del Buen Pastor, porque él era en verdad el buen samaritano y el buen pastor. Pudo explicarnos la lista de las bienaventuranzas, porque él las cumplía el primero. El libro de los Hechos empieza así: Lucas nos dice que nos va a contar “lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio” (Hch 1,1: “hizo y enseñó”).

Es una advertencia que también a nosotros nos viene bien escucharla a los que son “maestros” en la comunidad. Los que no se sientan ahora “en la cátedra de Moisés”, pero sí en la cátedra de Cristo y en su nombre transmiten a otros la Palabra salvadora de Dios: es un ministerio muy noble, pero que debe ir acompañado del ejemplo personal. Si unos padres cristianos o unos catequistas quieren enseñar a sus hijos, o a sus alumnos, unos determinados valores, como la honradez o la solidaridad, deben ser ellos mismos modelos de esos valores.

En una de las moniciones o exhortaciones que el Obispo hace a los que se van a ordenar de presbíteros les dice: “a vosotros os incumbirá la función de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Transmitid a todos la Palabra de Dios que habéis recibido con alegría. Y al meditar en la ley del Señor, procurad creer lo que leéis, enseñar lo que creéis y practicar lo que enseñáis”

De un árbol frutal esperamos, no sólo que aparezca hermoso en su ramaje, sino que dé frutos. Nos extrañaría que un médico recomendara no fumar, mientras él está fumando a la vista de todos. De igual modo, se entiende el reproche de Jesús a los que Dios ha encomendado la misión de guiar al pueblo por los caminos de salvación, y “no hacen lo que dicen”. Serían como un prestidigitador que hace maravillas con las bolas de colores en sus manos, y, acabado el espectáculo, guarda en una bolsa o en un armario las bolitas hasta la próxima. ¿Somos nosotros así con las ideas y con los consejos y los mensajes que transmitimos a los demás? ¿O podría Jesús avisar hoy a nuestros feligreses o alumnos o hijos u oyentes lo que llegó a decir de los fariseos: “haced lo que os enseñan, pero no hagáis lo que hacen”?

Un pastor que se desvive por su comunidad

El ejemplo de Pablo es en verdad la antítesis de esa imagen tan negativa de los tiempos de Malaquías o del evangelio. Si el profeta y Jesús denunciaban el mal ejercicio del ministerio por parte de los dirigentes de una comunidad, hoy encontramos en Pablo un modelo de pastor celoso y bueno.

En el pasaje de su carta habla de los “esfuerzos y fatigas” que se ha tomado

en su ministerio. No se ha buscado a sí mismo. No ha tenido como meta agradar a los hombres, sino a Dios. Ha querido siempre evangelizar, transmitir a todos la Buena Noticia, dando ejemplo de una entrega total y desinteresada, trabajando “día y noche para no serle gravoso a nadie”.

Es interesante que Pablo se compare, no tanto a un hermano o a un padre que se sacrifica por los demás, sino a una madre. Se dedicó al bien de la comunidad “como una madre cuida de sus hijos”. En verdad Pablo cumplía en su actuación ministerial la enseñanza de Jesús: “el primero entre vosotros será vuestro servidor”.

Este retrato no es de Pablo solo: él mismo usa un plural que abarca a sus colaboradores. Es el retrato de tantos sacerdotes y misioneros que a lo largo de los siglos han dado sus vidas por la comunidad, con una dedicación edificante y desinteresada. Es el retrato de la mayoría, aunque los malos pastores llamen más la atención.

Un buen pastor es uno que no se busca a sí mismo, que saluda a todos, al que se le puede llamar a cualquier hora (también de la noche) para asistir a un moribundo, que visita a los enfermos, y si es el caso ayuda a darles de comer o a cambiar las sábanas de su cama, que sabe estar con los niños y dialogar con los jóvenes y escuchar a los ancianos...

¿Podríamos decir de nuestro trabajo, sin ruborizarnos, lo que Pablo se atreve a decir del suyo?, ¿son tan limpias nuestras intenciones, tan generosa nuestra entrega, tan desinteresado nuestro trabajo?

DOMINGO 32 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Se acerca el final del Año Cristiano

Estamos terminando las semanas del Año Litúrgico, y por eso las lecturas nos van orientando hacia el final de la historia del mundo y la vuelta gloriosa del Resucitado. O sea, hacia la escatología.

Hoy, con la parábola de las doncellas que debían estar preparadas para entrar como damas de honor al banquete de bodas. No hemos leído, pero conocemos bien, la del ladrón que puede abrir un boquete y entrar en casa cuando menos se le espera. El próximo domingo leeremos la parábola de los talentos de los que hay que dar cuenta a la vuelta del amo.

Mirar al futuro es de sabios.

Sabiduría 6, 12-16. *Encuentran la sabiduría los que la buscan*

El autor de este libro sapiencial personifica a la Sabiduría y la hace aparecer como una mujer radiante, hermosa, inmarcesible. Les hará mucho bien a todos, sobre todo a los gobernantes de los países, contar con ella.

Los que la aman y la buscan la encuentran. Pero es ella misma, la Sabiduría personificada, la que se da a conocer a los que la desean, la que está sentada a la puerta, ya de madrugada, esperando que alguien la encuentre, la que sale al paso de los que desean meditar y dejarse conducir por ella.

Para el *salmista*, Dios es la fuente de toda sabiduría y felicidad: “mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío”. Por eso “por ti madrugo” porque “tu gracia vale más que la vida”. En la 1ª lectura se decía que la Sabiduría madrugaba para salir al paso de los deseos de sabiduría. Ahora es el salmista piadoso el que madruga para encontrarse con Dios.

1 Tesalonicenses 4, 13-17. *A los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él*

Pablo presenta a los cristianos de Tesalónica una catequesis sobre la suerte de los difuntos y los acontecimientos del fin del mundo. No tienen que estar tristes “como los que están sin esperanza”. Para los cristianos es la confianza la que debe dar color a su mirada al futuro, porque “si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo a los que han muerto Dios los llevará con él”.

En la segunda parte de la lectura –que no por ser más difícil de explicar deberíamos omitir sin más– Pablo dice lo que pasará “cuando venga el Señor”. Las primeras generaciones creían inminente la vuelta gloriosa del Señor: recordemos que este escrito es el primero de los que se conservan del Nuevo Testamento. Según el misterioso orden que describe Pablo, los primeros en resucitar serán los difuntos: “él descenderá del cielo y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar”. Después los que todavía están vivos iremos “al encuentro del Señor” y “estaremos siempre con el Señor”.

No importa mucho si Pablo también creía o no en la inminencia de la vuelta del Señor. Lo principal es la consigna de confianza y paz que él transmite. Porque la muerte –o el fin del mundo– no va a ser la última palabra, pues Dios nos tiene destinados a la vida, con su Hijo Jesús.

Mateo 25, 1-13. *¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!*

En el evangelio de Mateo hay cinco grandes “discursos” o “sermones” de Jesús, que en realidad son pasajes en los que el evangelista ha querido reunir enseñanzas seguramente dispersas del Maestro. El último de estos

discursos es el llamado “escatológico”, ya al final de su vida, como prólogo al relato de la Pasión.

A ese pasaje pertenece la parábola de las diez doncellas, que es propia de Mateo. Como todas, está tomada de los hechos corrientes de la vida, esta vez de cómo se hacían las bodas en su tiempo. El esposo tarda en llegar, y las doncellas que están designadas para recibirle cuando llegue, se duermen. Pero cinco tienen aceite para sus lámparas, y cinco, no. A estas necias se les cierra la puerta del banquete mientras van a comprar aceite, y las otras cinco sí entran.

Jesús mismo saca la lección de esta parábola: “por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora”, se entiende, de la venida última del Señor.

– II –

Mirada de esperanza hacia el final de la historia

Los primeros cristianos vivían esperando como inminente el retorno de Jesucristo. Pero sea cuando sea esta venida, Pablo quiere que los cristianos vivan llenos de esperanza. Tanto si el fin del mundo sucede después de nuestra muerte o nos encuentra vivos, todos tenemos el mismo destino en Cristo Jesús, o bien, el mismo destino que Cristo Jesús: si él murió y resucitó, así también a nosotros “Dios nos llevará con él”, y así “estaremos siempre con el Señor”.

Lo principal de este mensaje no es el lenguaje apocalíptico que emplea para esta vuelta del Señor (que “desciende”, que suena la “voz del arcángel” y la “trompeta divina”), sino que todos los que creemos en Cristo Jesús “estaremos siempre con el Señor”, que “Dios los llevará con él”. Esto debe llenarnos de consuelo y esperanza. Pablo quiere que los cristianos de sus comunidades vivan con serenidad su vida y también la expectativa del futuro: “consolaos, pues, mutuamente, con estas palabras”.

Nosotros no andamos preocupados precisamente por saber cuándo será

el fin del mundo, a pesar de todas las amenazas de cataclismos nucleares o cósmicos. Tal vez sí por saber cuándo será nuestro fin personal, la hora de nuestra muerte, y cómo nos encontrará en aquel momento el juicio de Dios. En ambas direcciones, Pablo nos invita a la confianza. Nos impone mucho respeto el pensar en nuestra muerte. Pero la fe cristiana debería dar a esta mirada, que lógicamente es seria y no nos deja indiferentes, un color de esperanza, por el mismo motivo que dice Pablo: los que creemos y seguimos a Cristo, tenemos en los planes de Dios el mismo destino que él: “si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo a los que han muerto Dios, por medio de Jesús, los llevará con él”.

La verdadera sabiduría

Hoy se nos invita a ser sabios. La primera lectura, del libro de la Sabiduría –el último libro del AT, escrito unos cincuenta años antes de Cristo–, nos ha cantado las ventajas de encontrar la sabiduría auténtica, que sale a nuestro encuentro y quiere que la busquemos: el que está con los ojos abiertos y sabe acogerla, ese será en verdad afortunado.

Según este libro, es fácil poseer la sabiduría. No hace falta mucha ciencia o cultura: muchas personas sencillas, de las que seguramente hemos conocido algunas en nuestra misma familia o entorno, han tenido ese don de la sabiduría y han visto claramente lo que valía la pena en esta vida, mientras que otros que se creían sabios –lo más, serían eruditos o cultos– no han dado con la clave justa y han malogrado sus energías y su vida.

Sobre todo ha sido Jesús, en su parábola de hoy, narrada con pedagogía y elegancia hasta literaria, quien nos ha puesto ante el dilema. Las muchachas que no supieron estar atentas y preparadas para la venida del novio y no pudieron entrar a la fiesta, son tontas. Las otras, sabias. Además de vírgenes (o sea, muchachas solteras), se les pedía que fueran inteligentes.

Cara al fin del mundo, o incluso a nuestra propia muerte, lo principal no es responder a la curiosidad de saber cuándo sucederán y cómo, sino estar en vela, preparados para que cuando lleguen esos momentos podamos afrontarlos positivamente.

Además, la sabiduría no sólo es esperar, sino también, como nos dice la primera lectura de hoy, salir a su encuentro, buscarla, desearla. Así nuestra disposición receptiva se encontrará con la iniciativa de Dios. Para nosotros, Cristo no sólo fue el Maestro que nos transmitió “palabras”, sino que él mismo “es la Palabra” definitiva que Dios ha dicho a la humanidad. Por eso, la Palabra de Dios que nos es proclamada en la Eucaristía, y la que podemos leer nosotros mismos, o la que meditamos en grupo, es un alimento de auténtica sabiduría que Dios nos ofrece.

Velad, pues

La Palabra de Dios nos invita repetidamente a vigilar.

En la parábola de hoy no importa analizar si son o no verosímiles algunos de los detalles: la tardanza precisamente del esposo, la poca solidaridad de las muchachas prudentes, la idea de que las tiendas puedan estar abiertas a esas horas de la noche, la dureza del esposo que cierra las puertas a los que llegan tarde, contra todas las leyes de la hospitalidad oriental...

Lo principal es la lección que nos da Jesús: las diez tendrían que haber estado preparadas para cuando llegara el novio. Velar es estar alerta, despiertos, preparados, vigilantes. Puede ser que el sueño domine a todos (las muchachas prudentes también se durmieron), pero si uno está preparado, si “tiene aceite para la lámpara”, el dormirse no es grave ni le ha de producir angustia, porque cuando le despierten estará preparado y será admitido a la fiesta.

Velar es mirar al futuro para vivir el presente con mayor motivación y discernimiento. ¿Estamos siempre preparados?, ¿habrá aceite en nuestras lámparas cuando nos llame el Señor a rendir cuentas?

Debemos permanecer vigilantes no sólo en relación a los últimos tiempos, sino a nuestra propia muerte y también a los mil momentos importantes de “encuentros con el Señor” que se van sucediendo en nuestra vida, que son auténticas ocasiones de gracia (en griego, “kairoi”, tiempos propicios). Si estamos despiertos, los podemos aprovechar para ir madurando. Si estamos dormidos o amodorrados, preocupados por otras cosas, se nos

pasará la ocasión, no sabremos descubrir a Cristo presente en los signos de los tiempos, ni en las personas, ni en la Palabra, ni en los sacramentos, y no entraremos a la fiesta.

Velar, mantenerse en vigilia, es lo que hacemos cuando estamos junto al lecho de un enfermo, o lo que hacen los guardias y centinelas en su puesto de observación, o los médicos y enfermeros de guardia. Así, la comunidad eclesial se mantiene en la espera mirando hacia el futuro: es un pueblo en marcha, peregrino, que camina hacia la venida última de su Señor y Esposo. Es una actitud fundamental para todo cristiano: además de creyente y servicial (fe y caridad), un cristiano es una persona que espera, que está en vela, mirando al futuro. Los judíos no supieron reconocer la llegada del Enviado de Dios. También nosotros corremos el peligro de adormecernos y dejar pasar los momentos de gracia que Dios nos ofrece una y otra vez.

No sabemos el día ni la hora

En esta parábola, como en otras, Jesús introduce un aspecto importante: el amo tarda en llegar, el esposo se retrasa, el ladrón no avisa de la hora en que vendrá. “De aquel día y hora, nadie sabe nada, sólo el Padre” (Mt 24,36). “Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor” (Mt 24,42). “Si el dueño de casa supiese a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no permitiría que le abriera un boquete en su casa. Por eso también vosotros estad preparados porque en el momento que no penséis vendrá el Hijo del Hombre” (Mt 24,43).

No sabemos el día ni la hora. Dios no tiene por qué obedecer nuestros cálculos. Actúa cuando menos se le espera. Dios se retrasa: esto es, no sigue necesariamente el horario que le habíamos marcado nosotros. Los de Tesalónica andaban preocupados porque Cristo “tardaba en volver”. Tarda según nuestro reloj: según el suyo, llegará puntualmente.

La mejor manera de estar preparados en el momento decisivo, por ejemplo, de nuestra muerte, es estar preparados día a día. Las cosas importantes no se improvisan.

Que no nos falte el aceite

El aceite tiene muchos usos prácticos en la vida: para cocinar, para suavizar, para curar, para alimentar lámparas. Por eso es también símbolo de realidades más profundas: luz, paz y suavidad (poner un poco de aceite en las relaciones de una comunidad), amor, alegría, salud. En el uso religioso, ya en el AT se empleaba la unción (el masaje con aceite) como signo de la elección y consagración de reyes, profetas o sacerdotes de parte de Dios.

Las muchachas que tenían sus lámparas encendidas, símbolo de fe, de atención, de interés, de amor, entraron a la fiesta de las bodas.

Las comparaciones con nuestro mundo son fáciles. Tienen su lámpara encendida el estudiante al que no conviene que le sorprendan los exámenes sin preparación, el deportista que no espera a última hora en esforzarse por ganar la carrera o al menos a no llegar fuera de control, el viajero que procura muy bien que no le falta carburante para el viaje que emprende en su coche, el administrador que no descuida la economía de cada día para poder llegar a fin de mes, los ecologistas que advierten de que no podemos malgastar en nuestra generación algunos de los bienes de la naturaleza (oxígeno, agua) que van a hacer falta a nuestros sucesores...

Al final, cuando Jesús el Juez nos llame ante sí, aparecerá cuál era ese aceite que teníamos que haber asegurado para nuestra lámpara: si hemos amado, si hemos dado de comer, si hemos visitado al enfermo... Las cuentas corrientes y los aplausos que hayamos recibido de los hombres y la fama que hayamos acumulado, pueden no servirnos para nada. Lo que nos hacía falta era el aceite de la fe, del amor, de las buenas obras.

Vigilar no es vivir con miedo ni dejarnos atenazar por la angustia. Un cristiano no deja de vivir el presente, de incorporarse seriamente a las tareas de la sociedad y de la Iglesia. Pero lo hace con responsabilidad, y con la atención puesta en los verdaderos valores, sin dejarse amodorrar por las drogas de este mundo o por la pereza.

Ojalá acertemos con lo verdaderamente importante en la vida. Ojalá de buena mañana, cuando empecemos la jornada, encontremos sentada a

nuestra puerta la Sabiduría divina, y la convicción de que Cristo “está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo”, y eso nos dé la paz y la serenidad que nos hacen falta para vivir humana y cristianamente. Con aquella esperanza cristiana que mostraba el P. Arrupe cuando dijo que para él la muerte era “el último *amén* de la vida presente y el primer *aleluya* de la vida definitiva”... El aleluya de haber entrado al banquete de bodas.

La Eucaristía mira al futuro

Cuando celebramos la Eucaristía no sólo miramos al pasado –la Pascua del Señor, hace dos mil años–, y al presente, sino también al futuro: “mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Señor Jesucristo”.

La comunidad, después del relato de la consagración, resume en una aclamación esta perspectiva histórica: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: ven, Señor Jesús”.

Cuando somos invitados a acercarnos a la comunión con el Cuerpo y Sangre de Cristo, el sacerdote nos propone una perspectiva más lejana. No sólo nos invita (aunque así parecen decirlo las varias traducciones de la frase), ala comida eucarística de hoy, sino al banquete de bodas del Cordero, ya en el Reino definitivo. En latín dice: “*beati qui ad cenam Agni vocati sunt*”, “dichosos los invitados a la cena (de bodas) del Cordero”.

Cuando Jesús anunció por primera vez que iba a dejarnos la Eucaristía como testamento, ya dijo explícitamente que este sacramento sería como la garantía y la preguistación de la vida eterna: “el que come si Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día”.

DOMINGO 33 DEL TIEMPO ORDINARIO

– I –

Preparados para dar cuentas al final

Hoy es el penúltimo domingo del año cristiano, y una nueva parábola, la de los talentos que hay que hacer fructificar, nos invita a mirar a la vuelta de Cristo Jesús como Juez universal al final de los tiempos.

La alabanza del libro de los Proverbios a la “mujer hacendosa”, como preparación a la parábola del evangelio, habrá que leerla necesariamente desde su contexto histórico, porque el papel de la mujer en la sociedad actual no parece bien reflejada en ese pasaje. Pero, cambiadas las circunstancias sociales, sigue siendo válido el mensaje que transmite.

Sigue la urgente advertencia de Jesús a que estemos despiertos, vigilantes, activos en nuestra fidelidad y en nuestra espera.

Proverbios 31, 10-13.19-20-30-31. *Trabaja con la destreza de sus manos*

El libro de los Proverbios está formado por una serie de poemas y aforismos proverbios: más de novecientos en total– tomados de la sabiduría popular y religiosa de Israel a lo largo de los siglos. El pasaje que leemos hoy es un poema que canta la alabanza de la mujer ideal según los criterios de la sociedad de su época.

Su marido se fía de ella. Su casa sale ganando con su diligencia y con la destreza de sus manos (trabajando el huso y la rueca). Pero, a la vez, esa mujer es generosa: “abre sus manos al necesitado, al pobre”.

En la alabanza se aprecia mucho más estas características del trabajo por la familia que la hermosura, que es “engañosa y fugaz”. Una mujer así “vale mucho más que las perlas”. Merece que sus obras las alaben todos en la plaza, y además por su fe: “la que teme al Señor merece alabanza”.

También el *salmó* habla de una mujer y su valor en la familia: “tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa”. Pero lo que más se alaba en una persona es que sea buena, creyente, que “siga los caminos de Dios”: por eso el estribillo es “dichoso el que teme al Señor”. Cuando en estas lecturas se habla de “temer al Señor” no significa tenerle miedo, sino respetarle, tenerle en cuenta en nuestra vida, servirle, venerarle, seguir sus caminos.

1 Tesalonicenses 5, 1-6. *Que el día del Señor no os sorprenda como un ladrón*

El de hoy es el último de los cinco pasajes que hemos leído de esta carta en las Eucaristías dominicales. Trata de un tema muy propio de este final del Año Litúrgico y aparece también en consonancia con las otras lecturas.

Pablo sigue hablando a sus cristianos sobre el final de la historia y la venida del Señor. A una comunidad que creía inminente esta vuelta del Señor, Pablo le advierte que no sabemos cuándo sucederá eso, y usa para ello las mismas comparaciones que usaba Jesús: “llegará como un ladrón en la noche”, como “los dolores de parto a la que está encinta”. Lo que luego se escribirá en los evangelios –esta carta es anterior a ellos– ya lo transmite Pablo por la enseñanza oral del mismo evangelio.

Lo importante es que los cristianos, que son “hijos de la luz y del día, no de la noche y de las tinieblas”, vivan como tales, en la luz, y no en las tinieblas. Que permanezcan despiertos y vigilantes en sus vidas, no como los demás, que viven despreocupados de lo que es más importante.

Mateo 25, 14-30. *Has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu señor*

Como el domingo pasado con la parábola de las muchachas que debían estar preparadas para cuando llegara el novio, hoy Jesús nos enseña una lección parecida con la de los empleados que deben rendir cuentas de su actuación cuando vuelva el amo de su viaje. Como siempre, Jesús toma pie de las cosas de la vida social: en este caso el depositar el dinero en lo que luego se llamarían bancos, para que produzca más fruto. Es una parábola que conviene leer íntegra, porque así se entiende mejor su mensaje: hay que estar preparados para rendir cuentas a la vuelta del amo.

Al que le encomendó cinco talentos y le devuelve otros cinco, le dedica su alabanza y el correspondiente premio. Lo mismo hace con el que recibió dos talentos y los ha hecho fructificar, consiguiendo otros dos. Con el tercero, que recibió un solo talento y no hizo nada por sacarle provecho, sino que lo enterró y, eso sí, lo devolvió íntegro, le reprende duramente y manda que le expulsen.

— II —

¿Retrato de una mujer actual?

También aquí, como en muchos otros pasajes de la Biblia, hay que saber entender el cambio del entorno social para captar lo que nos quiere decir la Palabra. Ciertamente se nota que el contexto social ha cambiado mucho desde los tiempos en que se escribió esa alabanza a la “mujer hacendosa” o “ama de casa” en el libro de los Proverbios, o se hablaba en el salmo de la mujer como “parra fecunda” en la casa. No dice exactamente que tiene que estar en casa, pero se sobreentiende que es en la familia donde desarrolla su mejor trabajo, también el que requiere la “destreza de sus manos” con el huso y la rueca. No se podía pensar entonces ni en la paridad de oportunidades con los hombres, ni en el trabajo fuera de casa ni en otros aspectos que han cambiado, sobre todo en los últimos siglos.

Además, no se sabe bien si se trata del canto a una mujer que ya existe, o bien a la que debería existir y tener esas cualidades ideales. El poema dice: “una mujer hacendosa, ¿quién la hallará?”.

También podría haber sido el retrato de un hombre, como en algunas de las parábolas que propuso Jesús: “un criado fiel y cuidadoso a quien el amo encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas... dichoso ese criado si el amo, al llegar, lo encuentra portándose así” (Mt 24, 45-46).

El mensaje que aporta el libro de los Proverbios sigue válido también para hoy, tanto para la mujer como para el hombre: alaba su sensatez, su laboriosidad y eficacia, su preocupación por su familia, su generosidad para con los pobres, su fe en Dios (“la que teme al Señor merece alabanza”). Hoy, es verdad, se insistiría en otros rasgos de una mujer, como su amor y su atención de acompañamiento al marido y a los hijos, así como en la corresponsabilidad en las tareas de la comunidad social o eclesial. También sigue válida la advertencia de que la belleza o la apariencia exterior o las joyas no son lo principal en una persona: todo eso muchas veces es engañoso y fugaz. La verdadera belleza está dentro.

O sea, la página de Proverbios no es necesariamente una apología de una mujer metida en casa: pero sí de una mujer, y de un hombre, que aman a los suyos, que no ahorran sacrificios por ellos, y sean trabajadores, previsores, y a los que todavía les queda amor para los pobres y necesitados.

Hacer fructificar los talentos

Con su lenguaje vivo, y hasta provocativo, Jesús nos invita a todos a aprovechar el tiempo presente para conseguir los premios definitivos. En el tiempo intermedio, entre la marcha y la vuelta del amo, los empleados deben saber administrar bien los talentos recibidos. Dos de ellos lo hacen así, y haciendo producir al dinero inicial el ciento por ciento, duplican el capital. No así el tercero, al que el amo llama “malo y holgazán” y que, encima, parece defenderse atacando el carácter del amo.

Todos hemos recibido dones de Dios, unos más que otros, y todos hemos de esforzarnos en usarlos de modo que produzcan frutos. Lo que no

podemos hacer es guardar el talento, con la excusa que sólo es uno y que el amo lo querrá recuperar.

Algunos de esos talentos o dones son naturales: la vida, la naturaleza cósmica que nos rodea, la salud, el cuerpo, las cualidades que cada uno tiene para el arte o para el liderazgo, la capacidad intelectual. Son un “capital” que nos ha dado Dios y que tenemos que administrar para bien de nuestra familia, de la comunidad, de la Iglesia, de la sociedad. Otros, los más importantes según Jesús, son los dones de la gracia, los talentos que él ha dejado a su comunidad cuando de alguna manera “marcha de viaje” en la Ascensión, para que los haga fructificar antes de su vuelta: la fe, la gracia, su Espíritu, la Biblia como Palabra viva de Dios, los sacramentos, la Iglesia...

¿Qué estamos haciendo de esos dones, tanto los de la naturaleza como los de la gracia? ¿Estamos haciendo rendir a ese capital?, ¿lo guardamos para nosotros mismos o lo desarrollamos y comunicamos también para bien de los demás? Jesús no reprende a los que lo han intentado y han fracasado. Sino a los cobardes que ni siquiera lo han intentado. No se reprocha el que el tercer empleado haya perdido o se haya apropiado indebidamente del capital a él confiado: sino que no lo ha hecho fructificar. También debemos arrepentirnos de los “pecados de omisión”.

Israel, que había recibido ciertamente más “talentos” de Dios que otros pueblos, no supo corresponder. ¿Correspondemos mejor nosotros a esa generosidad de Dios, nosotros que recibimos todavía más dones que los israelitas?, ¿o se nos podría aplicar la parábola de la higuera estéril? ¿Colaboramos activamente en la vida de la parroquia, de la diócesis, además de en nuestra familia?

La parábola de hoy es una invitación a no encerrarse, a no refugiarse en una fe estática, sino a trabajar. El Reino de Dios es iniciativa de Dios, sí, pero también es fruto de nuestra colaboración: “id por todo el mundo, anunciad el Evangelio, bautizad, enseñad a cumplir lo que yo os he dicho”. Es una invitación a arriesgarnos, cosa que no quiso hacer el tercer empleado. La vida, en general, es una aventura digna de vivirse. La vida cristiana requiere muchas veces también atrevimiento para “invertir” bien el capital que tenemos.

Cada uno recibe los dones que recibe. Dios es libre y sorprendente en sus decisiones. Lo que cuenta es la actitud de nuestra respuesta. Si yo no valgo para la música o para el arte, no se me pedirá que anime a la comunidad en esas direcciones. Pero seguro que hay otras en que sí que podría aportar bastante más.

Incluso los que no se nombran en esta parábola, los que aparentemente no han recibido ni siquiera un talento –los enfermos crónicos, los discapacitados, los que ya son muy ancianos– seguro que pueden responder a los dones de Dios, aunque sean menos que los de otros, según la medida de su generosidad. Es a ellos a los que Cristo dedicó sus mejores palabras de ánimo en su vida. No se puede decir que estas personas no puedan producir fruto, para Dios y para aquellos con los que viven.

Mirar al futuro es de sabios

De nuevo nos encontramos, y precisamente hacia el final del año, con la recomendación de que tenemos que vigilar y estar despiertos, mirando al futuro. Un viajero hará bien en no olvidar qué destino final consta en su billete. Un administrador es sabio si recuerda a menudo que debe ser exacto en sus asuntos, porque llegará la hora de rendir cuentas.

También va para nosotros el consejo de Pablo. No sabemos cuándo vendrá la hora final. Como no sabemos cuándo querrá entrar el ladrón en nuestra casa. O cuándo le llegarán exactamente los dolores de parto a la mujer encinta. Pero lo que sí deberíamos hacer es estar siempre preparados, actuar como “hijos de la luz e hijos del día, y no como hijos de las tinieblas y de la noche”. Sin trampas. Sin enredos. “Vigilantes y despejados”.

No sabemos cuántos años nos quedan de vida y cuándo seremos convocados a la evaluación final. Pero todos deseamos presentarnos ante el examinador, el Juez, Cristo Jesús, no con las manos vacías, sino de modo que él nos pueda dirigir las palabras que prometió a los que se han esforzado por vivir según sus caminos: “¡Muy bien! Eres un empleado fiel y cumplidor. Como has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu señor”.

DOMINGO 34 DEL TIEMPO ORDINARIO JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

– I –

Una fiesta que mira al futuro

Estamos terminando el año litúrgico. El domingo que viene, con el Adviento, iniciaremos de nuevo ese proceso celebrativo que nos hace participar un año más de la gracia de la salvación.

La fiesta de Cristo Rey del Universo antes se celebraba el último domingo de octubre, desde el año 1925 en que la instituyó el papa Pío XI. Pero en la reforma de Pablo VI, el 1969, se trasladó, de muy buen acuerdo, al último domingo del año cristiano, el domingo 34 del Tiempo Ordinario.

Nuestra mirada a Jesús como Rey del Universo, ahora con un tono claramente escatológico, mirando al futuro de la historia, debe guiarse sobre todo por los textos de lecturas, oraciones y cantos, que nos ayudan a todos a entrar en el misterio de esta fiesta y ver nuestra historia como un proceso del Reino que todavía no se manifiesta, pero que se está gestando y madurando hasta el final de los tiempos.

Terminamos hoy la lectura que hemos hecho a lo largo de todo el año –ciclo A– del evangelio de Mateo. A partir del domingo próximo, empezaremos con el Adviento el ciclo B, con el evangelio de Marcos como el “evangelio del año”.

Ezequiel 34, 11-12.15-17. *A vosotras, mis ovejas, os voy a juzgar entre oveja y oveja*

El profeta anima a su pueblo, en los momentos más tristes de su historia, con palabras esperanzadoras. Dios se presenta a sí mismo –y la promesa se cumplirá de un modo completo en futuro rey o Mesías–, como un Pastor bueno, que apacienta a sus ovejas, las busca y recoge si se dispersan, las libra de los peligros que puedan correr, las venda y cura si se hieren.

Es un Dios fiel y misericordioso que también “juzgará entre oveja y oveja” y entre “macho cabrío y carnero”, porque el capítulo de Ezequiel contiene una queja muy dura contra los malos pastores que gobernaban Israel. Esto último prepara el evangelio del “juicio final” del mismo Juez que es nuestro Pastor.

El *salmo* no podía ser otro que “el Señor es mi pastor, nada me falta”, en que se alaba esa actitud amable y desinteresada del pastor que conduce a las fuentes de agua, que repara las fuerzas, que prepara comida en la mesa, que unge la cabeza de alegría, que es todo bondad y misericordia.

1 Corintios 15, 20-26.28. *Devolverá a Dios Padre el Reino, y así Dios lo será todo en todos*

Ya casi al final de su segunda carta a la comunidad de Corinto, en el capítulo que dedica a la resurrección (c. 15), Pablo eleva este canto a la realeza de Cristo Jesús, que también se lee el día de la Asunción de Nuestra Señora. Cristo ha resucitado el primero. Por Adán murieron todos. Por Cristo todos volverán a la vida. La resurrección de Cristo está unida, por tanto, a la nuestra.

Resucitarán en un determinado orden: primero Cristo, como primicia. Después, los que son de Cristo. Al final Cristo devolverá su Reino a Dios Padre, y se someterá él mismo a Dios, una vez aniquilados todos sus enemigos, el último de ellos la muerte. Entonces, “Dios lo será todo para todos”.

Mateo 25, 31-46. *Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros*

Este pasaje llamado del “juicio final” es exclusivo del evangelio de Mateo, y cierra, antes de la Pasión, el largo “discurso escatológico” de Jesús. Describe el juicio de una manera muy popular: el rey que hace de juez y pone a unos a la derecha y a otros a la izquierda, con los buenos y los malos simbolizados por las ovejas y las cabras.

El criterio de selección para este Juez no va a ser si pertenecen o no a un pueblo o grupo determinado, sino cómo han actuado en la vida: si se han cuidado de los pobres y necesitados. El examen va a versar sobre la caridad para con los hambrientos, los sedientos, los forasteros, los desnudos, los enfermos, los encarcelados: o sea, las “obras de misericordia”. Jesús lo describe en positivo y en negativo, con el premio y el castigo correspondientes, terminando siempre con la misma clave: “conmigo lo hicisteis”, “tampoco lo hicisteis conmigo”.

– II –

La perspectiva de resurrección para los seguidores de Jesús

Pablo, en su catequesis sobre la resurrección de los muertos al final de la historia, se basa sobre todo en la resurrección de Cristo. Igual que él ha pasado a la nueva existencia, después de haberse inmolado en la Cruz por todos, así los que le siguen van a ser resucitados, después de él.

Esa es la perspectiva escatológica que nos hace sabios para vivir la vida presente. La clave de nuestra salvación final es nuestra solidaridad con el segundo Adán, Cristo Jesús.

El Reino está viviendo todavía una historia muy dinámica y movida. Cristo tiene que vencer a todos sus enemigos, y finalmente a la muerte. Entonces quedará completada su misión y podrá entregar a su Padre el Reino maduro

y perfecto, con todas las generaciones de creyentes que se hayan adherido a él. Cristo ha vencido ya, pero todavía sigue la batalla en sus miembros. Él da sentido a toda la historia, él inaugura el Reino, que sigue ahora adelante en su Iglesia y en la humanidad, en marcha hacia la plenitud.

Al final se manifestará él como “Rey del Universo”, y un “examen final” decidirá la suerte de cada uno de nosotros.

Un Rey misericordioso, defensor del pobre

¿Qué clase de Rey es este en quien creemos y a quien seguimos, Cristo Jesús? Ezequiel no le presenta como un caudillo guerrero, o como un rico poderoso, sino como un pastor solícito del bien de sus ovejas. Sobre todo dedicado a las ovejas que se descarrían o corren peligros o quedan heridas.

El Dios del que habla el profeta Ezequiel es juez (juzgará entre oveja y oveja, y sobre todo denunciará a los malos pastores) pero a la vez es pastor, guía, médico y liberador. Lo mismo hace el salmo responsorial, que quiere que veamos sobre todo el amor y la misericordia de nuestro Dios y Pastor.

Es lo que se cumplió perfectamente en su Enviado, Cristo Jesús. Esa es su realeza. No entendió su Reino como privilegio, no buscó poder político, ni prestigio social, ni fuerza militar, ni riquezas. Sus “credenciales” las proclamamos en el prefacio: “el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz”. Nuestro Rey se entregó por todos en la cruz, mostrándonos que sólo el amor y la entrega solidaria pueden salvar al mundo.

Sus seguidores –cada uno de nosotros– tendremos que aprender esta lección. Nuestra actitud no debe ser de dominio, sino de servicio. No de prestigio político o económico, sino de diálogo humilde y comunicador de esperanza. Evangelizamos más a este mundo con nuestra entrega generosa que con nuestros discursos o en la ostentación de nuestras instituciones. En nosotros también debe cumplirse lo de que “servir es reinar”.

Seremos examinados sobre el amor

La materia para este examen van a ser las obras, no las palabras. Ya había avisado antes: “No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino... sino el que haga...”. En el fondo, son la “obras de misericordia” las que deciden.

Podría ponernos otras “preguntas de examen”: si hemos rezado, si hemos hablado bien, si hemos hecho penitencia, si pertenecemos a la Iglesia y, dentro de ella, a alguna asociación o comunidad religiosa, si hemos profetizado en su nombre, si hemos hecho milagros... Pero no: el examen se decidirá, no por lo que hayamos dicho o escrito, sino por lo que hayamos hecho: en concreto, si hemos sabido imitar la actitud de entrega y caridad y servicio del mismo Jesús.

Jesús es un maestro y un pedagogo magnífico: no emplea, por ejemplo, la palabra “amor”, que puede resultar gastada o ambigua. Los ejemplos concretos que pone siguen teniendo la misma actualidad hoy en día: si hemos dado de comer a los que tienen hambre, si hemos dado de beber al sediento, si hemos atendido al forastero, si hemos vestido al que está desnudo, si hemos visitado a los enfermos y a los encarcelados.

Son exactamente las obras de que dio ejemplo él, Jesús, el buen samaritano por excelencia. Si por alguien tuvo predilección fue por los más pequeños, los pobres, los marginados. El que el examen vaya a decidirse por el hecho de haber dado o no de comer a los pobres o haber visitado a los enfermos, parecería no estar a la altura de la sublime teología del evangelio. Sin embargo, es así: el examen no va a ser sobre lo que sabemos, sino sobre lo que hacemos, sobre el amor que mostremos para con el prójimo.

Es impresionante la motivación última: lo que hayamos hecho o dejado de hacer con todas esas personas lo hemos hecho o dejado de hacer con él: “conmigo lo hicisteis”. La pregunta final será: ¿hemos amado, hemos descubierto a Jesús presente en la persona de nuestros hermanos, hemos atendido a los enfermos y a los fracasados? ¡Resulta que Cristo estaba durante todo el tiempo ahí cerca, en la persona de nuestros hermanos: el mismo Jesús que en el día final será el pastor que divide a las ovejas de

las cabras y el juez que evalúa nuestra actuación! ¡Resulta que lo que va a decidir nuestra suerte final es el haber dado o no un vaso de agua fresca en su nombre o en haber hecho visitas amables a los enfermos! No importa por qué el juez del evangelio separa a las ovejas y a las cabras, a unas a la derecha y a otras a la izquierda. Sí importa que separa a los que han tenido buen corazón y a los que no.

Con razón se dice que es esta una de las páginas más “incómodas” de todo el Evangelio. Se entiende demasiado. Nosotros ya no podremos poner cara de extrañados o aducir que no lo sabíamos: ya nos lo ha avisado él. Nos ha dicho cuáles van a ser las preguntas del examen.

Dichosos los invitados al banquete de bodas del Reino

A ese Jesús lo tenemos presente también, de un modo privilegiado –como Palabra viva y como Alimento de vida– en la Eucaristía.

En el Padrenuestro pedimos siempre: “venga a nosotros tu reino”. Hoy lo podemos rezar o cantar con mayor confianza. Porque creemos en Cristo, intentamos seguir su camino, superando a veces tentaciones de desánimo, seguros de que él quiere construir unos cielos nuevos y una tierra nueva, un Reino que –vale la pena anticipar su descripción del prefacio– es un reino de verdad y de vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz.

El alimento es la Eucaristía, el mismo Cristo, el Resucitado, que se nos da como fuerza para que sigamos su camino con perseverancia y alegría. Cuando el sacerdote nos invita a acercarnos a la comunión, dice unas palabras que, en su versión latina, apuntan claramente a un banquete festivo, “dichosos los invitados a la cena de bodas del Cordero”, de Cristo (“ad coenam Agni vocati sunt”). No se trata sólo de que estamos invitados a “esta mesa” de la Eucaristía, que ya es mucho, sino a lo que esta mesa prefigura y anticipa: la mesa del banquete celestial, la mesa festiva de bodas, ya en el Reino definitivo.

Con razón pedimos a Dios en la poscomunión de hoy, después de recibir el alimento de la inmortalidad: “te pedimos, Señor, que quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con él en el reino del cielo”.

SANTÍSIMA TRINIDAD

Domingo siguiente a Pentecostés

– I –

Nuestra fe y nuestra vida son “trinitarias”

La fiesta de hoy no sería de por sí necesaria en el transcurso del año cristiano, porque en toda oración comunitaria ya nos dirigimos y celebramos a Dios Trino.

Pero no resulta superfluo el que este domingo lo dediquemos a glorificar explícitamente a ese Dios que es Padre, Hijo y Espíritu, que son los que dan pleno sentido a nuestra existencia cristiana. Eso, precisamente, cuando terminamos la Pascua, en la que Dios Trino, con un evidente protagonismo diferenciado –la actuación salvadora del Padre, el misterio pascual de la entrega de Cristo y la fuerza vivificadora del Espíritu–, nos ha querido comunicar con mayor densidad su vida divina.

En los tres ciclos las lecturas de este día son diferentes y nos presentan un retrato vivo del Dios Trino, no a partir de definiciones filosófico-teológicas, sino de sus actuaciones tal como se nos describen en la Biblia. En este ciclo A se nos presenta a un Dios que es trascendente, misterioso, pero a la vez cercano a nuestra vida y lleno de amor y misericordia.

Éxodo 34, 4b-6.8-9. Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso

En el relato del Éxodo se muestra un encuentro de Moisés con Yahvé, en el monte Sinaí: “el Señor bajó en la nube (clásico símbolo de la divinidad) y se quedó con él allí”.

Moisés pronuncia con respeto el nombre de Yahvé, y entonces Dios mismo proclama su identidad que es su mejor “definición” y que aparece muchas veces a lo largo del Antiguo Testamento: “Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad”.

Moisés, animado por esta afirmación, se atreve a interceder por su pueblo, a pesar de que acaban de cometer un gran pecado de idolatría: “que mi Señor vaya con nosotros... perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya”.

El *salmó* nos hace entonar con alegría una alabanza cósmica y de historia de salvación: “a ti gloria y alabanza por los siglos”, porque es el Creador, y a la vez se ha acercado a nuestra historia: es el “Dios de nuestros padres”.

2 Corintios 13, 11-13. La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo

Pablo anda siempre preocupado por que reine la paz y la unidad entre los cristianos, esta vez de Corinto. En esta consigna que les da al final de su carta, entra de lleno una visión “trinitaria” de la vida cristiana: “la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con vosotros”.

Esta referencia al Dios Trino debe unir a los cristianos: “tened un mismo sentir y vivid en paz: y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros”.

Juan 3, 16-18. Dios mandó su Hijo para que el mundo se salve por él

En el diálogo con Nicodemo, claramente “cristológico”, se presenta Jesús como el Hijo y el Enviado de Dios para salvar al mundo, de modo que se salven todos por él.

En este breve pasaje aparecen términos muy propios de Juan: creer, vida, salvación, juicio, amor. Sobre todo se formula la razón de ser de todo: “tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo para que no perezca ninguno de los que creen en él”.

– II –

El misterio de un Dios Trascendente

En las últimas décadas se ha dado en la Iglesia una clara acentuación del carácter “trinitario” de nuestra vida personal y eclesial. El Catecismo de la Iglesia Católica, del año 1992, nos sitúa continuamente, por ejemplo cuando habla de la celebración litúrgica, en una relación explícita con el Dios Trino, poniendo, sobre todo, un énfasis en el Espíritu que no habían destacado otros documentos anteriores, por ejemplo el Vaticano II. Cuando Juan Pablo II nos convocó para el Jubileo del año 2000, lo fuimos preparando con un año “dedicado” a cada una de las Personas de la Trinidad, para concluir con el año jubilar centrado en las tres.

Pero ¿quién es Dios? ¿cómo es ese Dios en quien creemos? No es indiferente la imagen que tenemos de Dios. De ella depende en gran parte nuestra relación con él: relación de criaturas, de esclavos o de hijos.

Los textos oracionales de la Misa insisten sobre todo en el “admirable misterio” de la “eterna Trinidad y la Unidad todopoderosa” (colecta) y dicen que confesamos nuestra fe “en la Trinidad santa y eterna y en su Unidad indivisible” (poscomunión). Sobre todo el prefacio –que hasta hace pocos años decíamos cada domingo– ensalza la admirable comunión de las tres Personas en una única naturaleza: “eres un solo Dios, un solo Señor, tres Personas en una sola naturaleza”, “sin diferencia ni distinción... de única naturaleza e iguales en su dignidad”.

Es admirable y nunca podremos comprender bien el misterio de esas tres Personas llenas de vida, trascendentes, plenamente unidas entre sí, aunque puede parecer una visión demasiado elevada para los que caminamos por este mundo lleno de preocupaciones y límites.

Un Dios cercano, que perdona y acompaña

Pero nuestro Dios no es un Ser perfectísimo y lejano, omnipotente y frío, retratado en un problema “aritmético” de personas y naturalezas. Dios es admirable en sí mismo y en la obra de la creación, admirable en su trascendencia y, a la vez, cercano a la historia del pueblo de Israel, de la Iglesia y de cada uno de nosotros.

Si las oraciones de la Misa hablan en una dirección, hay que completarlas con lo que nos presentan las lecturas bíblicas, que nos presentan a un Dios personal, cálido, cercano y salvador. Un Dios que se define no a partir de ideas o teorías, sino de acontecimientos y de actuaciones salvadoras.

Un Dios que sale al encuentro de Moisés y de su pueblo. Un Dios que se presenta a sí mismo como “compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad”. Por eso Moisés le pide confiadamente “que mi Señor vaya con nosotros”, “perdona nuestras culpas”, “tómanos como heredad tuya” Después del pecado del pueblo, que se había construido un becerro de oro y le adoraba, Dios, llevado de ese amor y esa capacidad de perdón y clemencia, renueva con él la Alianza. Aquí y en otros muchos pasajes se puede ver cómo Dios ya en el AT es un Dios cercano, lleno de amor a su pueblo.

Esta cercanía se hace más palpable en el NT, cuando Dios aparece como el Padre de nuestro Señor Jesús. Pablo, en el pasaje de hoy, le llama “el Dios del amor y de la paz”, y el evangelio, en el diálogo con Nicodemo, contiene la gran afirmación: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él”. La iniciativa es de él. Todo se deriva de su amor a la humanidad: por eso envía a su Hijo, no para condenar, sino para dar vida y salvar. Si alguien se condena, es porque él mismo se juzga, al no aceptar el don de Dios.

Pablo, al final de su carta, en su saludo trinitario, a cada Persona le atribuye una cualidad: a Cristo Jesús, la “gracia”; al Padre, “el amor”; al Espíritu, la “comunión”. Dios es Padre, Hermano, Espíritu que anima y llena de vida.

Ciertamente, el Dios de la Biblia es un Dios cercano, no meramente filosófico y “todo Otro”. Es un Dios que es Padre, que se ha querido acercar a nosotros y ha entrado en nuestra historia, que nos conoce y nos ama. Un Dios que es Hijo, que se ha hecho Hermano nuestro, ha querido recorrer

nuestro camino y se ha entregado por nuestra salvación. Un Dios que es Espíritu y nos quiere llenar en todo momento de su fuerza y su vida.

¿Creemos en ese Dios de la Biblia y vivimos según esa fe?

En un mundo como el nuestro, en el que parece estar de modo ser ateos, o al menos agnósticos, en el que Dios no cuenta en los programas ni de los pueblos ni de muchas personas, hoy nos enfrentamos a una interpelación personal cada uno de nosotros: ¿quién es Dios para mí? ¿es un Ser supremo al que le tengo miedo, o es un Padre y un Hermano que está cercano a mí y me quiere llenar de vida?

¿Creemos de veras, aunque no lo entendamos plenamente, en ese Dios cálido de la Biblia que se presenta él mismo como compasivo y misericordioso, rico en clemencia y lealtad?, ¿en ese a quien Pablo llama “el Dios del amor y de la paz”?, ¿en ese Dios de quien Jesús dice que “tanto amó al mundo que le envió su Hijo para que todos tengan vida eterna”?

Si de veras creemos en ese Dios, tal vez nuestra vida tendría que ser bastante más optimista y dinámica. Sí, además, comunicamos a otros esa imagen de Dios, tal vez habría menos ateos y agnósticos. ¿De qué Dios reniegan los que se dicen ateos?, ¿qué imagen de Dios tienen en su cabeza para reaccionar así? Según qué idea tienen de Dios, uno piensa que más vale que sean ateos, que no crean en ese Dios. Pero si alguien les presentara los retratos de Dios que las lecturas de hoy nos ofrecen, del Dios de la Biblia, del Dios que nos describe Jesús, ¿seguirían negándose a aceptarle en sus vidas? Si se dieran cuenta que nosotros no creemos en un libro o en una doctrina o en un Ser lejano, sino que vivimos como hijos y hermanos y movidos por el Espíritu, y que de ahí sacamos la fuerza y los ánimos para amar, para estar más unidos en la comunidad, para luchar por la justicia y para construir un mundo mejor, tal vez sería más creíble nuestro testimonio, y haríamos más fácil el acceso de otros hacia ese Dios.

Nuestra vida, “trinitaria” de principio a fin

Hoy no es un día para intentar explicar el “misterio de la Trinidad”, sino de

recordar cómo ha actuado y sigue actuando Dios en bien nuestro, y cómo toda nuestra vida está marcada y orientada por su amor:

* ya en el Bautismo fuimos signados y bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, envueltos, por tanto, ya desde el principio, en su amor;

* en la celebración de la Eucaristía, al principio nos santiguamos en su nombre, el presidente nos saluda en su nombre (hoy hemos escuchado en la lectura de Pablo una hermosa formulación de este saludo: “la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros”), y al final nos bendice también en el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo;

* durante la misa cantamos el Gloria y el Credo, centrados en la actuación de las tres divinas Personas; y el sacerdote, en nombre de la comunidad, siempre dirige la oración al Padre, por medio de Cristo y en el Espíritu;

* en la “doxología” o alabanza final de la Plegaria Eucarística, se dice solemnemente cuál es la dirección de toda nuestra oración: “por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria”;

* ¿cuántas veces, durante nuestra vida, nos santiguamos a nosotros mismos en el nombre del Dios Trino, recordando nuestra pertenencia a él?;

* ¿cuántas veces rezamos esa breve y densa oración que es el “Gloria al Padre”, como resumen de nuestras mejores actitudes de fe?

Realmente se puede decir que todos “somos trinitarios”, que estamos invadidos del amor y la cercanía y la vida de ese Dios Trino. Eso es lo que puede darnos fuerzas para seguir con confianza el camino de Jesús en nuestra vida.

Si le sabemos cercano, aunque no le veamos, si como Moisés le suplicamos: “que mi Señor vaya con nosotros”, y recordamos la promesa de Jesús en su despedida: “yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”, tal vez cambiaría nuestra imagen de Dios, nuestra relación con él y nuestro testimonio sobre él.

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

Domingo siguiente a la Trinidad

– I –

Una fiesta muy popular

La fiesta del Corpus –que ahora se llama mejor “del Cuerpo y Sangre de Cristo”– ha arraigado hondamente en el pueblo cristiano, desde que nació en el siglo XIII.

Es una celebración que nos hace centrar nuestra atención agradecida en la Eucaristía como sacramento en el que Cristo Jesús ha pensado dársenos como alimento para el camino, haciéndonos comulgar con su propia Persona, con su Cuerpo y Sangre, bajo la forma del pan y del vino.

En la fiesta de hoy no nos fijamos tanto en la celebración de la Eucaristía, aunque la organicemos y celebremos con particular festividad, sino en su prolongación, la presencia permanente en medio de nosotros del Señor Eucarístico, como alimento disponible para los enfermos y como signo sacramental continuado de su presencia en nuestras vidas, que nos mueve a rendirle nuestro culto de veneración y adoración.

Deuteronomio 8, 2-3.14b-16. *Te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres*

Moisés recuerda a su pueblo, cuando va a entrar en la Tierra Prometida, los muchos dones que Dios les ha hecho, no sólo liberándolos de Egipto, sino ayudándoles a lo largo de su largo peregrinaje por el desierto, sobre todo en cuanto a la bebida y la comida: “no te olvides del Señor tu Dios, que te sacó de Egipto... que sacó agua para ti de una roca... que te alimentó en el desierto con el maná”.

Es verdad que a veces, como buen pedagogo y padre, Dios les ha castigado por sus maldades. Pero siempre les ha dado muestras de un amor exquisito y les ha acompañado en su camino. El maná ha quedado en la memoria de Israel como el mejor símbolo de cómo Dios les favoreció en su viaje y, para nosotros, en una de las mejores figuras de la futura Eucaristía. El mismo Jesús (en Juan 6), cuando promete el pan de vida eterna que será su Cuerpo y Sangre, lo compara con el maná que los judíos comieron en el desierto.

Por eso el *salmo* es de agradecimiento y recuerda también algunos de esos favores de Dios a su pueblo: “glorifica al Señor, Jerusalén... te sacia con flor de harina... con ninguna nación obró así”.

1 Corintios 10, 16-17. *El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo*

Una de las consultas que los Corintios le hicieron a Pablo fue si en las fiestas de dioses paganos podían acudir, como antes de su conversión, a los banquetes gratuitos que en su honor se organizaban. Pablo, que en otros aspectos es muy liberal (pueden aceptar carne en casa de amigos o comprarla en las tiendas sin mirar si ha sido sacrificado o no a ídolos), en este caso se pone intransigente. No pueden acudir a esos banquetes porque supondría adorar a esos dioses.

Los cristianos ya tenemos nuestra comunión con Cristo Jesús: precisamente en la Eucaristía participamos de él, entramos en comunión con su Cuerpo y su Sangre. No necesitamos buscar otros dioses o diosas con los que celebrar ninguna fiesta.

Los cristianos ya tenemos nuestra comunidad. Precisamente en la Eucaristía recibimos fuerza para que esta comunidad crezca y se mantenga unida: “siendo muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan”. No necesitamos otras comunidades con las que celebrar fiestas.

A la vez que responde a la consulta, nos hace Pablo a nosotros un gran favor: nos dice qué es la Eucaristía para él.

Juan 6, 51-58. *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*

Del “discurso del pan de vida”, que siguió en la sinagoga de Cafarnaún al milagro de la multiplicación de los panes que había realizado Jesús el día anterior, leemos hoy la parte más “eucarística”.

Si antes había afirmado que “el que crea en mí tendrá vida”, ahora dice “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”. A la fe le sigue el sacramento. Jesús describe los efectos de este sacramento afirmando que el que le come “habita en mí y yo en él”, y todavía otro más sorprendente: “así como mi Padre vive y yo vivo por mi Padre, así el que me coma vivirá de mí”.

– II –

Cristo, nuestro alimento de vida eterna

En este admirable sacramento, Jesús ha querido ser para su comunidad, hasta el final de los siglos, el Maestro que transmite la Palabra viva de Dios. Pero además ha querido ser el alimento que nos da fuerzas y nos transmite vida: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él... vivirá de mí como yo vivo del Padre”.

El simbolismo de la comida y la bebida es muy expresivo. Como al pueblo

de Israel, en el camino del desierto, Dios le alimentó con el maná y sació su sed con agua viva de la roca, también a nosotros, en el camino siempre difícil de la vida, Cristo nos da a comer su Cuerpo y su Sangre: él mismo es el verdadero “viático”, alimento para el camino, alimento que es fortaleza y alegría. Ojalá tuviéramos en verdad hambre y sed de Cristo, para vivir con más sentido nuestra vida.

La Eucaristía la ha pensado Cristo como sacramento de unión con él. Es la dimensión “vertical” del sacramento, que nunca acabaremos de apreciar y agradecer. Lo primero que afirma Pablo, en la breve lectura de hoy, es que “el cáliz de bendición que bendecimos, ¿no nos une con la Sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no nos une con el Cuerpo de Cristo”.

En el “discurso del pan de vida”, que Jesús hizo en la sinagoga, dice explícitamente que “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”. Pero sigue describiendo los “efectos” que va a producir en sus creyentes este “comer y beber” eucarísticos. Dice, ante todo, que “el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”: hay una “interpermanencia” entre Cristo y el que le come con fe, como la unión íntima que más adelante, en el capítulo 15, describirá entre la cepa de la vid y los sarmientos. Pero, además, con una comparación que nosotros no nos hubiéramos atrevido a pensar, dice que “el que me come vivirá por mí, al igual que yo vivo por el Padre”.

De ahí la absoluta negativa de Pablo para que los corintios acudan a otros convites sagrados en honor de otros dioses o diosas: “no podéis beber de las dos copas, la del Señor y la de los demonios (los dioses falsos), no podéis participar de las dos mesas, la del Señor y la de los demonios”.

En el prefacio I de la Eucaristía afirmamos con seguridad: “su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica”.

La Eucaristía nos une con nuestros hermanos

Pero la Eucaristía tiene también una dirección “horizontal”, que es la que hoy ha descrito Pablo a continuación en su carta a los Corintios.

Participar en la misma mesa, después de haber escuchado la misma Palabra, nos debe hacer crecer en la actitud de fraternidad, sin necesidad de ir buscando otras comunidades con las que celebrar fiestas: “siendo muchos, un solo pan y un cuerpo somos, porque todos comemos del mismo pan”. Compara a la comunidad con un “pan” y con un “cuerpo”, comparaciones ambas muy expresivas. La razón de que se hayan constituido un “pan” (hecho de granos de trigo) y un “cuerpo” (todos los miembros en una unidad orgánica) es que “todos comemos un mismo Pan”, que, en el contexto, es la Eucaristía.

Eso nos compromete, según Pablo. Comulgar con Cristo significa que hemos de evitar toda clase de idolatría, adorando a dioses falsos que nos ofrece en abundancia nuestro mundo, valores humanos en los que sentimos la tentación de poner nuestra confianza y dedicarles nuestro culto. Sería faltar al primer mandamiento: “no tendrás otro dios más que a mí”.

Pero, a la vez, la Eucaristía nos debe hacer crecer en fraternidad. Ya que comemos del mismo Pan, luego debemos vivir unidos, creciendo en unidad fraterna a la vez que en fe y amor a Cristo Jesús. Sin buscar otras comunidades extrañas con las que convivir o celebrar. La comunidad de Jesús, animada por su Espíritu y alimentada con su Cuerpo y Sangre, es la comunidad en la que tenemos que invertir nuestro tiempo y nuestro esfuerzo e interés. Como se ha dicho tradicionalmente, la Iglesia hace la Eucaristía y también la Eucaristía hace a la Iglesia.

En el prefacio II de la Eucaristía se alaba a Dios porque “con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles, para que una misma fe ilumine y un mismo amor congrege a todos los que hombres que habitan un mismo mundo”.

La celebración y la prolongación de la Eucaristía

Por otra parte, la Eucaristía tiene dos dimensiones: su celebración, la misa, en torno al altar, y su prolongación, con la reserva del Pan eucarístico en el sagrario y la consiguiente veneración que le dedica la comunidad cristiana.

La finalidad principal de la Eucaristía es su celebración y que los fieles comulguen con el Cuerpo y Sangre de Cristo. Pero desde que la comunidad cristiana empezó a guardar el Pan eucarístico, sobre todo para los enfermos y el caso del viático para los moribundos –costumbre que data ya de los primeros siglos– fue haciéndose cada vez más “connatural” que se rodeara el lugar de la reserva (ahora, el sagrario) de signos de fe y adoración hacia el Señor.

El Concilio Vaticano II impulsó una reforma de la “celebración” de la Eucaristía. En los años siguientes, con la introducción de las lenguas vivas, la mayor riqueza de lecturas bíblicas en los varios Leccionarios, la distribución más expresiva de los varios ministerios, la recuperación de la concelebración, de la Oración Universal, de la comunión bajo las dos especies, etc., ciertamente se ha conseguido esta finalidad: ahora se “celebra” mejor que antes la Eucaristía.

Pero tal vez, y esto no lo había querido el Concilio, se perdió o disminuyó en algunos lugares la sensibilidad que teníamos por el culto a la presencia eucarística de Cristo también fuera de la celebración.

Documentos posteriores como la instrucción *Eucharisticum Mysterium*, de 1967, y, sobre todo, el *Ritual del Culto a la Eucaristía*, de 1973, nos han dado motivaciones y orientaciones prácticas muy buenas para recuperar, allí donde hiciera falta, también este aspecto más contemplativo y adorante de la Eucaristía, que prolonga la celebración y a la vez la prepara y la hace posible con mayor profundidad. También Juan Pablo II, en su encíclica *La Iglesia vive de la Eucaristía*, del año 2003, además de invitarnos a admirar y agradecer sinceramente el don de este sacramento, nos recuerda el valor que debe tener en nuestras comunidades el culto al Señor Eucarístico fuera de la celebración de la Misa.

Mejorar la celebración. Mejorar el culto

La fiesta de hoy nos invita a hacer un esfuerzo por mejorar nuestra Eucaristía en sus dos vertientes, que son dos aspectos del mismo misterio.

a) Ante todo, mejorar la misma celebración de la Misa, como signo de nuestro aprecio del sacramento que nos dejó el Señor. Este compromiso

de ir mejorando nuestras celebraciones lo debemos recordar a lo largo de todo el año. Pero hoy, de un modo particular, cuidando, por ejemplo, la *procesión de dones en el ofertorio, con la presentación del pan y del vino para la comunión*; realizando mejor el gesto de la paz y la fracción del pan, para significar la fraternidad. Es también un día muy apropiado para llevar de un modo más significativo la comunión a los enfermos que la hayan pedido.

Sobre todo, participamos de la comunión bajo las dos especies. Hoy tiene más sentido que nunca participar de Cristo también con la comunión en su Sangre, utilizando para ello el modo más conveniente. El vino, apuntando más directamente a la Sangre, nos recuerda de un modo especial que estamos participando del Sacrificio pascual de Cristo.

b) También es conveniente que reflexionemos si prestamos suficiente atención al culto eucarístico fuera de la celebración. Hoy, seguramente, haremos algún acto especial de adoración, prolongando la Eucaristía con una procesión más o menos solemne, o bien con unos momentos de meditación y alabanza antes de la despedida.

Este culto –respeto y adoración expresiva– deberíamos cuidarlo siempre: la dignidad del sagrario, la lámpara encendida, la genuflexión cuando al principio y al final de la celebración pasamos ante él, los momentos personales de oración o “visita” ante el Señor en la Eucaristía, la organización de la “bendición con el Santísimo” con una “exposición” más o menos prolongada y solemne para la adoración comunitaria.

A todos nos convienen esos momentos, personales o comunitarios, de oración más pausada, meditativa y serena ante el sagrario, en que, por una parte, prolongamos la celebración de la Eucaristía y, por otra, preparamos la siguiente, intentando aprender las lecciones que nos da ese Cristo que ha querido hacerse Eucaristía para nosotros. Podemos organizar algunas veces –por ejemplo en torno a esta fiesta del Corpus– una “exposición” con la bendición del Santísimo, o unas jornadas más prolongadas de exposición y adoración.

En el *Ritual del Culto a la Eucaristía*, que es el documento eclesial que motiva y regula la adoración al Señor Eucarístico, hay toda una serie de

consignas muy educativas para nuestra relación con el Señor Eucarístico fuera de la Misa, y también sobre la oportunidad o no de las procesiones por las calles de una población.

Nos dan ejemplo los fieles que pertenecen a la “Adoración Nocturna”, o los que toman parte voluntariamente, por turnos, en la Adoración Perpetua en algún Santuario. Así como parroquias o casas religiosas que organizan periódicamente –a diario o los domingos– unas horas de adoración al Cristo eucarístico.

La Eucaristía nos ayuda a crecer en la vida de fe

No sólo la celebración eucarística, sino también los momentos de adoración ante el sagrario o ante el Santísimo expuesto nos ayudan a dar a nuestra vida el tono de comunión con Cristo, comunión de fe y amor, como motor de nuestra actuación como discípulos suyos en medio de este mundo, creciendo en nuestra unión con los hermanos.

En la celebración de la Misa recibimos el “cuerpo eucarístico” de Cristo, para que así nos vayamos edificando todos como el “cuerpo eclesial” de Cristo, y sabiendo que quien tiene el verdadero “cuerpo glorioso” de Cristo es él, que desde su existencia gloriosa ha querido dársenos como alimento para nuestro camino.

En la primera epiclesis o invocación de la Plegaria Eucarística, el sacerdote pide que baje el Espíritu para que el pan se convierta en el cuerpo eucarístico. Pero luego, después de la consagración, le vuelve a invocar para que esta vez transforme a la comunidad, a los que vamos a participar de la comunión, para que todos seamos “un coro cuerpo y un solo espíritu”, que es la finalidad última de la Eucaristía.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

15 de agosto

— I —

Una fiesta que alegra nuestro verano

La fiesta de hoy es una de las más populares y consoladoras de las que la Iglesia dedica a la Virgen María, que aparece como modelo de lo que es y espera ser toda la comunidad cristiana.

Es una fiesta que, el hemisferio norte, nos alegra el verano y constituye en muchas poblaciones la “fiesta mayor”, dándoles la ocasión de una entrañable celebración humana y cristiana. Es una buena noticia y una fiesta “contagiosa” de esperanza para la Iglesia: más aún, para toda la humanidad.

La solemnidad de la Asunción tiene también una misa vespertina de vigilia, pero aquí consideramos sólo la misa del día con sus textos de oración y de lectura bíblica, que nos parecen más apropiados.

Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10ab. *Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal*

En la batalla entablada entre el bien y el mal, tal como la cuenta con su lenguaje simbólico el Apocalipsis, hoy leemos la aparición de “una figura

portentosa en el cielo: una mujer vestida del sol... encinta, le llegó la hora y gritaba entre los espasmos del parto”.

Contra ella surge “un enorme dragón rojo... enfrente de la mujer que iba a dar a luz”. Pero la victoria es de Dios: “dio a luz un varón y lo llevaron junto al trono de Dios, y se oyó una gran voz: ya llega la victoria y el reino de nuestro Dios y el mando de su Mesías”.

El *salmo* resalta también la figura de una mujer, presente en el triunfo de Dios: “de pie a tu derecha está la reina, enojada con oro”. A esta mujer “la traen entre alegría y algazara” al palacio del Rey.

1 Corintios 15,20-27a. *Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo*

En el capítulo que dedica al tema de la resurrección de los muertos, Pablo transmite a los cristianos de Corinto su convicción de que nuestra resurrección es lógica consecuencia de la de Cristo. “Cristo ha resucitado como primicia de todos los que han muerto”, como el segundo y definitivo Adán. Como del primero nos vino la muerte, del segundo todos esperamos vida. Después de Cristo, que es la primicia, resucitarán los cristianos, y esto será un proceso continuado, hasta que Cristo “devuelva a Dios Padre su reino, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza”. Porque “Dios ha sometido todo bajo sus pies”.

Pablo no nombra a la Virgen María como partícipe de esa resurrección a la vida. Pero en la fiesta de hoy lo que celebramos es precisamente que ella fue la primera después de su Hijo en experimentar esta victoria total contra la muerte, también corporalmente.

Lucas 1, 39-56. *El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes*

El *Magnificat*, el himno de alabanza a Dios que Lucas pone en labios de María de Nazaret, es un canto “pascual” que agradece a Dios que sabe enaltecer a los humildes. Como ha resucitado a Cristo Jesús de entre los

mueertos, así Dios protege al pueblo elegido y, también, ha hecho maravillas en la Madre del Mesías.

Después de oír la alabanza de su prima Isabel: “dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”, María prorrumpe en el cántico que tantas veces proclama la comunidad cristiana ya durante dos mil años. Ella sí que puede decir: “ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo”, porque “ha mirado la humillación de su esclava” (sería mejor traducir, como hace la versión catalana, “la pequeñez de su sierva”).

María alaba a Dios por el estilo con que lleva la historia: “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”.

– II –

Victoria en tres tiempos

La fiesta de hoy se puede decir que tiene tres niveles.

a) Es la *victoria de Cristo Jesús*: el Señor Resucitado, tal como nos la presenta Pablo, es el punto culminante del plan salvador de Dios. Él es la “primicia”, el que triunfa plenamente de la muerte y del mal, pasando a la nueva existencia, como el segundo y definitivo Adán que corrige el fallo del primero y conduce a la nueva humanidad a la salvación.

b) Es la *victoria de la Virgen María*, que, como primera seguidora de Jesús, la primera cristiana y la primera salvada por su Pascua, participa ya de la victoria de su Hijo, elevada también ella a la gloria definitiva en cuerpo y alma: “has elevado en cuerpo y alma a los cielos a la inmaculada Virgen María” (oración colecta).

El motivo de este privilegio lo formula bien el prefacio de hoy: “Con razón no quisiste, Señor, que conociera la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo”.

Ella, que supo abrirse totalmente a Dios, que le alabó con su *Magnificat* y le fue radicalmente dócil en su vida respondiendo con un “sí” total a su vocación (“hágase en mí según tu Palabra”), es ahora glorificada y asociada a la victoria de su Hijo. Ella estuvo siempre con Jesús, en su nacimiento, en su vida, al pie de la cruz y en la alegría de la resurrección. Ella se dejó llenar del Espíritu ya desde su concepción, y luego en su maternidad y en el acontecimiento de Pentecostés. Finalmente fue glorificada como primer fruto de la Pascua de Jesús, asociada a su victoria en cuerpo y alma, gozando ya para siempre junto a él. En verdad el Señor “ha hecho obras grandes” en ella.

c) Pero es también *nuestra victoria*, porque el triunfo de Cristo y de su Madre se proyecta a la Iglesia y a toda la humanidad. En María se condensa nuestro destino. Al igual que su “sí” fue como representante del nuestro, también el “sí” de Dios a ella, glorificándola, es un “sí” a todos nosotros: señala el destino que él nos prepara.

La comunidad eclesial es una comunidad en marcha, en lucha constante contra el mal y contra todos los “dragones” que la quieren hacer callar y eliminar. La Mujer del Apocalipsis, la Iglesia misma, y dentro de ella de modo eminente la Virgen María, nos garantiza nuestra victoria final. La Virgen es “figura y primicia de la Iglesia, que un día será glorificada: ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra” (prefacio). Por eso, además de ser fiesta de la Virgen, es también nuestra fiesta.

Un sí a la esperanza

La fiesta de hoy, con sus cantos, oraciones y lecturas, quiere contagiarnos esperanza y optimismo. Necesitamos fiestas de estas, porque la imagen de “comunidad en marcha y en lucha” que nos da el Apocalipsis de fines del primer siglo sigue siendo actual también en nuestros tiempos y en la historia personal de cada cristiano. No nos resulta fácil el camino de la fidelidad a Dios.

La Asunción es un grito de fe en que es posible la salvación y la felicidad: que va en serio el programa liberador de Dios. Es una respuesta a los

pesimistas, que todo lo ven negro. Es una respuesta al hombre materialista, que no ve más que los factores económicos o sensuales: algo está presente en nuestro mundo que trasciende nuestras fuerzas y que lleva más allá. Es la prueba de que el destino del hombre no es la muerte, sino la vida, y que es toda la persona humana, corporeidad y espíritu, la que está destinada a la vida, subrayando también la dignidad y el futuro de nuestro cuerpo.

En María ya ha sucedido. En nosotros no sabemos cómo y cuándo sucederá. Pero tenemos plena confianza en Dios: lo que ha hecho en ella quiere hacerlo también en nosotros. La historia “tiene final feliz”. En la oración colecta pedimos a Dios que “aspirando siempre a las realidades divinas lleguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo”. María está presente en nuestro camino, como lo estuvo en el de su Hijo. Con su ejemplo, con su intercesión y auxilio materno.

Cada Eucaristía nos acerca a nuestra ascunción

Cada vez que participamos en la Eucaristía, dirigimos a Dios nuestro canto de alabanza, inspirado en el *Magnificat* de María. La Plegaria Eucarística que el sacerdote proclama en nombre de todos es un canto que alaba a Dios por la historia de amor y salvación que va realizando en nuestro mundo. El *Magnificat* de María se ha convertido en el canto gozoso de liberación de tantas personas y pueblos que sufren en nuestro mundo, por motivos políticos o económicos. Los que se sienten oprimidos elevan, con María, su canto al Dios que derriba a los poderosos y que enaltece a los humildes.

Por otra parte, en la Eucaristía recibimos como alimento el Cuerpo y la Sangre del Señor Resucitado, que nos aseguró: “quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día”. La Eucaristía es como la semilla y la garantía de la vida inmortal para los seguidores de Jesús. Por tanto, también nosotros estamos recorriendo el camino hacia la glorificación definitiva, como la que ya ha conseguido María, la Madre.

Cada Eucaristía nos sitúa en la línea y la esperanza de la Asunción. Si la celebramos bien, vamos por buen camino.

FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1 de noviembre

— I —

Los Santos, nuestros hermanos e intercesores

Hoy las tres lecturas se refieren a la fiesta que celebramos: el misterio de esa multitud innumerable de personas que ya gozan de Dios y siguen en comunión con nosotros.

Es una fiesta que nos transmite alegría y optimismo. No es nada extraño que haya calado muy hondo en la sensibilidad del pueblo de Dios, junto con el recuerdo de los difuntos el día siguiente. ¡Qué hermoso es el canto de “introito” clásico en este día, el “Gaudeamus”: “alegrémonos todos en el Señor, al celebrar este día de fiesta en honor de todos los Santos”!

Como ambientación espiritual estaría bien que leyéramos las páginas que dedica el Catecismo al artículo del Credo: “Creo en la comunión de los Santos” (CCE 946-962).

Apocalipsis 7, 2-4.9-14. *Apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua*

En las visiones del Apocalipsis aparece hoy una muy dinámica: el panorama de una gran asamblea, “una muchedumbre inmensa de toda nación, raza y lengua”, los bienaventurados, que están en el cielo “de pie delante del trono (de Dios Padre) y del Cordero (Cristo) vestidos con vestiduras blancas y

con palmas en sus manos”, y cantan con voz potente las alabanzas de Dios. El número 144.000 es evidentemente simbólico, el resultado de esta multiplicación: 12 por 12 por 1000, la plenitud de las doce tribus de Israel. Además de ese número, se habla de una multitud innumerable.

Esta multitud de creyentes que ya participan de la salvación tienen una historia: “son los que vienen de la gran tribulación”. En el cielo se unen a los ángeles, los “ancianos”, los “cuatro vivientes” y todos adoran a Dios y le entonan himnos de alabanza.

El *salmo* se fija en los que ya gozan de la victoria, pero señalando cuál ha sido su camino para llegar a esta alegría: “estos son los que buscan al Señor”. Porque “quién puede subir al monte del Señor... el hombre de manos inocentes y puro corazón”.

1 Juan 3,1-3. *Veremos a Dios tal cual es*

La idea que más veces repiten las cartas de Juan, que somos hijos de Dios y objetos de su amor de Padre, se une hoy a la de nuestro destino en la salvación definitiva.

La realidad de ahora ya es gozosa, pero todavía tiene que llegar lo mejor: “ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos”. Cuando llegue el final, “cuando se manifieste”, “seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es”.

Mateo 5,1-12a. *Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*

El evangelio elegido para esta fiesta es el de las bienaventuranzas, porque se consideran el mejor camino para llegar a esa felicidad definitiva del cielo, el camino que han seguido los Santos de todos los tiempos.

Dando inicio al sermón de la montaña, Jesús proclama unas sorprendentes bienaventuranzas: llama felices a los pobres, a los que sufren, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los que son perseguidos por su fe.

En realidad hay una novena bienaventuranza, esta vez en segunda persona: “dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan...”, mientras que las ocho anteriores están en tercera: “dichosos los pobres porque de ellos es el Reino de los Cielos”.

– II –

Son hermanos nuestros

Las innumerables personas que ya gozan de la plenitud de vida en el cielo son nuestros hermanos. De la mayoría no conocemos los nombres. Algunos, pocos en comparación con la muchedumbre de los bienaventurados, han sido canonizados o beatificados, reconocidos por la Iglesia en su “Martirologio” y propuestos como modelos de vida cristiana. De ellos, a algunos, también muy pocos en comparación con los varios miles del Martirologio, se les rinde culto oficial en la Iglesia universal o en las particulares: son los que aparecen en el Calendario litúrgico.

Hoy celebramos a todos, no sólo a los que constan en las listas oficiales, sino a los que están en la lista de Dios, que son muchísimos más. Nuestra contabilidad no tiene ni punto de comparación con la de Dios. El prefacio de hoy afirma que son “nuestros hermanos”, “los mejores hijos de la Iglesia” y que “en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad”.

Son personas que han tenido los mismos oficios y las mismas dificultades y tentaciones que nosotros, que han seguido a Cristo, viviendo su evangelio, y ahora gozan de la plenitud de la vida en Dios. Entre ellos, están la Virgen María y los Santos más importantes y conocidos, los patronos de la diócesis o de la ciudad o de la parroquia, los fundadores de comunidades religiosas, los que aparecen en las cristaleras o en los varios laterales de nuestras iglesias. Otros, la mayoría, nos son desconocidos, pero han tenido el mérito de una fe sufrida y humilde, y ahora gozan de Dios. Entre ellos, seguramente, familiares y conocidos nuestros.

El mejor éxito de Cristo

Estos Santos se puede decir que son el mejor éxito de Cristo Jesús. Son miles y millones de personas que le han seguido fielmente a lo largo de los siglos y han dado testimonio de él con su vida.

El canto de júbilo de los salvados es también el nuestro: “la victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero, Cristo Jesús”. Por su número y porque han demostrado que es posible vivir según el evangelio de Jesús, los Santos son dignos de que celebremos su fiesta, y que se convierta su fiesta en alabanza de Cristo, porque ellos son el mejor fruto de su Pascua.

La visión optimista del Apocalipsis, con las multitudes que describe, de toda raza y condición, unidas a los miles y miles de ángeles, nos llena de orgullo y de estímulo. Ha habido muchísimas personas buenas que han tomado en serio su fe y su vida cristiana. Ellas representan para Cristo su mejor victoria y, para nosotros, un estímulo y una garantía de que sí es posible cumplir el estilo de vida de Jesús.

Los Santos no han sido ángeles o héroes de otro planeta: son personas que han vivido en este nuestro mundo, en tiempos tan difíciles o más que los nuestros (“vienen de la gran tribulación”). Poco ayudados generalmente, como nosotros, por el ambiente. Pero han amado. Se han esforzado. Han realizado en sus vidas el proyecto de vida de Cristo, sus bienaventuranzas.

Un regalo del Espíritu

En un mundo en que no abundan ni las noticias positivas ni los modelos de vida coherente, vale la pena subrayar lo que representan los Santos: un regalo de Dios a la humanidad y el mejor don del Espíritu a su Iglesia. Es bueno que hayan aparecido y sigan apareciendo carismas, instituciones y movimientos: pero sobre todo podemos alegrarnos de que el Espíritu Santo nos regale personas santas, que son la mejor gloria de la familia cristiana y hasta de la humanidad. Hayan sido o no importantes, hayan dejado o no grandes obras escritas o fundado familias religiosas, o hayan vivido sencillamente, desconocidas de todos menos de Dios, dando un ejemplo de entereza y generosidad.

Estas personas son las que nos devuelven la fe en el género humano. Muchos van obteniendo premios y medallas por sus éxitos deportivos o artísticos o culturales. Es muy bueno que así sea, porque vale la pena premiar a los que enriquecen de alguna manera a la humanidad. Pero hoy podríamos pensar que los que merecen más premios y homenajes son estas personas, famosas o desconocidas, que han cumplido su carrera recibiendo los aplausos de Dios y ennobleciendo a la humanidad entera.

El que últimamente se estén realizando tantas beatificaciones y canonizaciones, por parte del papa Juan Pablo II, tiene, según él mismo, esta finalidad: que puedan alegrarse todos, en la Iglesia universal o en las Iglesias locales, de que el Espíritu sigue enriqueciendo a su comunidad con el don de la santidad, y así pueden mirarlos como a modelos e intercesores más cercanos.

Nos señalan el camino

Papas y niños, mártires y religiosos, fundadores y laicos, reyes y sencillas madres de familia, misioneros y personas que han pasado años en su lecho de enfermedad, doctores de la Iglesia y humildes legos de un monasterio desconocido: los Santos nos están demostrando que es posible cumplir el evangelio y programar la vida según Dios. No son teorías, son modelos vivientes y cercanos.

No todos han obrado milagros, ni han dejado escritas obras admirables. Muchos se han santificado en la vida normal de cada día y ahora experimentan en plenitud la felicidad que Cristo prometió a los que le son fieles. Sobre todo nos han enseñado que las bienaventuranzas de Cristo siguen teniendo todo su valor. Es el camino que ellos han intentado seguir: la humildad, la pobreza, la apertura a Dios, la búsqueda de la verdad y de la justicia, la pureza de corazón, la actitud de misericordia, el trabajo por la paz, la entereza ante las tentaciones y las dificultades...

Ese camino nos lleva a la felicidad y a la vida: “cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es”. Vale la pena que nos dejemos animar, en la fiesta de hoy, por el ejemplo de todos estos Santos. Que le demos gracias a Dios porque también en nuestro tiempo sigue regalándonos esta clase de personas que nos devuelven la confianza en la humanidad y en la Iglesia.

Sintiéndonos ayudados por esta multitud de Santos, podemos dar gracias a Dios, en el prefacio: “nos concedes celebrar la gloria de tu ciudad santa, la Jerusalén celeste, que es nuestra madre, donde eternamente te alaba la asamblea festiva de todos los Santos. Hacia ella, aunque peregrinos en país extraño, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y gozosos por la gloria de los mejores hijos de la Iglesia: en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad”.

La comunión de los Santos

Estamos celebrando la fiesta de nuestros hermanos, en un día muy especial. Pero es que a lo largo de nuestra vida les tenemos muy presentes, igual que a los difuntos, a los que mañana recordaremos de modo especial, pero a los que no olvidamos en otros muchos momentos de nuestra vida.

Una de las verdades más consoladoras de nuestra fe es la “comunión de los Santos”, o sea, la unión misteriosa que existe entre ellos y nosotros, entre la Iglesia de los bienaventurados del cielo y la Iglesia peregrina en la tierra.

En cada Eucaristía les recordamos, deseando seguir su mismo camino aquí abajo y compartir después la herencia definitiva con ellos. Cuando decimos el “yo confieso” les invocamos para que intercedan por nosotros: “por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles y a los santos...”. Cuando encomendamos a Dios a los difuntos, pedimos a Dios que salgan a su encuentro los Ángeles y los Santos.

Sobre todo en la Plegaria Eucarística nos sentimos unidos a los que han recorrido ya el camino y participan de la Pascua definitiva de Cristo, que siguen perteneciendo a nuestra familia y son nuestro mejor modelo, nuestros más válidos “intercesores” ante Dios: “veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María... y la de todos los Santos: por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección” (Plegaria I), “y así con María y los apóstoles... merezcamos por tu Hijo Jesucristo compartir la vida eterna” (Plegaria II), “y un día reúnenos cerca de ti con María la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, para celebrar en tu reino la gran fiesta del cielo” (Plegaria I niños).

DOSSIERS CPL DISPONIBLES

2. Adviento*
3. El arte de la homilía
4. La cincuentena pascual*
5. Navidad y Epifanía*
9. Antiguo Testamento. Guía para su lectura*
12. Claves para la oración
15. Penitencia – Reconciliación
16. La misa dominical, paso a paso*
17. Claves para la Eucaristía
20. Celebrar la Eucaristía con niños*
21. La misa diaria. Material*
22. 22 salmos para vivir*
23. El bautismo de los niños*
26. El sabor de las fiestas
27. Canto y música
28. Celebrar las fiestas de María*
30. Homilias para el matrimonio*
31. Homilias para las exequias*
32. Nuevas homilias para el bautismo*
33. Vía Crucis*
34. El domingo cristiano
35. Ministerios de laicos
36. Liturgia de las Horas. 20 siglos de historia
37. La mesa de la Palabra
38. La música en la liturgia
39. La comunidad celebrante
40. Gestos y símbolos
41. Cómo no decir la misa
42. Principios y normas de la Liturgia de las Horas*
43. Orar los salmos en cristiano
44. Celebrar la venida del Señor: Adviento-Navidad-Epifanía
46. La alabanza de las horas. Espiritualidad y pastoral
47. Oración mariana a lo largo del año*
48. Lectura de la Biblia en el año litúrgico
49. Pastoral de la Eucaristía
50. El leccionario de Lucas. Guía*
51. Catequesis y celebración de la primera comunión*
52. Pascua/Pentecostés
53. Orar con la Iglesia: Laudés/Vísperas de una semana*
54. La oración en la escuela de Jesús
55. La celebración de la penitencia*
56. Oración ante los iconos
57. Celebrar la Cuaresma*
58. Modelos bíblicos de oración
59. La celebración de las exequias